

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

I
NARRATIVA

CPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH
Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-01-2 (T. I)
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Palabras del Excmo. Señor Presidente de la República Dr. Leonel Fernández Reyna	VII
Palabras de Doña Carmen Quidiello de Bosch	XI
Presentación de las <i>Obras Completas</i> <i>Guillermo Piña-Contreras</i>	XIII
Cronología <i>Guillermo Piña-Contreras</i>	XXIII
Introducción <i>Pedro Vergés</i>	LXV

CAMINO REAL

La mujer	3
Revolución	7
El abuelo	15
Sombras	23
El alzado	29
La pájara	33
El algarrobo	41
Forzados	45
El cuchillo	51
Cundito	57
Guaraguaos	63
La sangre	77
Lucero	85
Lo mejor	93
San Andrés	99

La negación	105
Camino real	109

DOS PESOS DE AGUA

Dos pesos de agua	139
Los amos	151
El funeral	155
Todo un hombre	163
En un bohío	171
Un hombre virtuoso	177
La verdad	187
Chucho	203
El cobarde	211
El resguardo	217
Piloncito	223
La desgracia	229
Un niño	237
La pulpería	243
Rosa	251
Dos amigos	285
Los últimos monstruos	299

OCHO CUENTOS

Luis Pie	311
El socio	319
Fragata	341
Capitán	349
Poppy	365
El río y su enemigo	377
Maravilla	391
El difunto estaba vivo	403

PALABRAS DEL EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA DOMINICANA
DR. LEONEL FERNÁNDEZ REYNA

En República Dominicana y América Latina la personalidad de Juan Bosch evoca una brillante carrera de escritor de ficción, al cuentista y narrador cuya técnica ha dejado marcas indelebles en importantes escritores del Continente hispánico, y una obra literaria que figura igualmente, entre otros idiomas extranjeros, en inglés, francés, alemán e italiano. Su personalidad evoca también al destacado autor de la monumental historia del Caribe *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe, frontera imperial* o, para salir de los límites de nuestra lengua y de América Latina, su impactante *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* y *David, biografía de un rey*, traducidos también al inglés y al francés, así como *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* que ha sido vertido a más de 12 lenguas y que todavía hoy, más de cuarenta años después de su primera edición, sigue de actualidad.

En República Dominicana Juan Bosch es una de las figuras más importantes del pasado siglo XX. Sin temor a exagerar, uno de los políticos más influyentes de nuestro país desde su llegada a Santo Domingo, el 20 de octubre de 1961, apenas unos meses después del ajusticiamiento del dictador Rafael L. Trujillo Molina, hasta su fallecimiento el 1° de noviembre de 2001. Su regreso marcó un hito en la historia política dominicana: fue el primer Presidente elegido democráticamente tras 31 años de dictadura. Lamentablemente, para los

dominicanos y América Latina, el gobierno de Juan Bosch fue derrocado el 25 de septiembre de 1963, siete meses después de haber asumido la Presidencia de la República.

Las consecuencias de ese golpe de Estado repercuten aún en República Dominicana: una guerra civil que costó la vida a miles de dominicanos y una intervención militar extranjera en abril de 1965 que cambió el curso de nuestra historia y la mentalidad dominicana. 1965 significa, pues, un cambio no sólo en la concepción del mundo de Juan Bosch sino también en su obra y en su acción política. Es ese Juan Bosch que influye de manera notable en muchas mujeres y hombres de mi generación. En mi caso particular, lo seguí en la fundación del Partido de la Liberación Dominicana en 1973 y tuve el inmenso privilegio de acompañarlo, como candidato a la Vicepresidencia de la República, en las elecciones de 1994, las últimas en que participó como candidato presidencial antes de su retiro de la política el 19 de junio de ese año.

A pesar de que había abandonado su carrera de escritor de ficción al terminar el 1960 para dedicarse completamente a la política, sus *Cuentos escritos en el exilio*, *Más cuentos escritos en el exilio*, *Cuentos escritos antes del exilio*, *La Mañosa*, *El oro y la paz*, *Judas Iscariote, el calumniado* y *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, entre otras obras, fascinaron a los dominicanos que lo descubrieron luego de más de 23 años de la censura que sufrió no sólo su obra sino también su nombre durante la dictadura de Trujillo; pero también ese mismo efecto de fascinación provocaron, a partir de 1967, sus importantes ensayos *Composición social dominicana*, *Dictadura con respaldo popular*, *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana*, *El Partido, concepción, organización y desarrollo*, *El PLD, un partido nuevo en América* y, de continuar, la lista sería larga, cuyos aportes son insoslayables para el análisis de la realidad histórica, social y política de nuestro país.

En ese sentido, para la República Dominicana es pues un honor publicar, en el marco del “Año del Centenario del Natalicio de Juan Bosch”, las *Obras completas* de uno de los dominicanos más destacados en las letras y la política dominicanas.

PALABRAS DE DOÑA CARMEN QUIDIELLO DE BOSCH
PRESIDENTA DE LA COMISIÓN PARA LA CONMEMORACIÓN
DEL “AÑO DEL CENTENARIO DEL NATALICIO
DE JUAN BOSCH”

El 30 de junio de 1943, precisamente cuando Juan Bosch celebraba el 34 aniversario de su nacimiento, nos casamos en La Habana, Cuba. Desde que nos conocimos, por azar, en septiembre de 1941, comprendí qué tipo de hombre me había deparado el destino para ser su compañera. Era ya un escritor con cierto renombre en República Dominicana, Puerto Rico y Cuba. No obstante, lo que más me impresionó de su personalidad, además de su obra literaria, fue su entrega por los demás y, sobre todo, la dedicación a su país cuyo pueblo padecía desde hacía más de una década la oprobiosa dictadura de Trujillo. Era el líder del Partido Revolucionario Dominicano, organización que había ayudado a fundar en 1939 y con la cual llegaría a la Presidencia de su país años más tarde. Desde entonces supe que tenía que compartir mi vida con un hombre de un inmenso talento, exageradamente honesto y capaz de sacrificar hasta su propia vida para que su país alcanzara la libertad.

Mi primera impresión fue acertada. Los 58 años de vida común no fueron diferentes a los del exilio antitrujillista. Su obra, luego de abandonar la producción literaria y consagrarse definitivamente a la acción política, se enriqueció con el análisis político y el ensayo histórico y sociológico... Y, como

si la historia se estuviera repitiendo, fundó, en 1973, el Partido de la Liberación Dominicana, ideado para cumplir con otra etapa histórica en la lucha por las libertades y el bienestar de su pueblo.

Sé muy bien, por la agitada vida que nos tocó vivir en diferentes países, que compilar sus *Obras completas* es una ardua labor y un encomiable trabajo; sin embargo, no dejo de preguntarme, cuando tomo conciencia de la cantidad de volúmenes que la integran, ¿cómo pudo, con esa vida de peregrino dedicada a los demás, escribir tanto? ¿Cómo pudo mantener siempre el rigor y la calidad que la distinguen? Sólo el talento de un hombre excepcional podría servirme de explicación.

Para mí, sus hijos y familiares es un gran honor que sus *Obras completas* puedan llegar al público de lengua española, y que el 2009 sea declarado por la Presidencia de la República Dominicana el “Año del Centenario del Natalicio de Juan Bosch”.

PRESENTACIÓN DE LAS *OBRAS COMPLETAS*

Guillermo PIÑA-CONTRERAS

Reunir las *Obras completas* de Juan Bosch es una tarea algo más que compleja. Pretender dar al público la totalidad de sus escritos lo es aún más. Compleja por la manera como el reconocido escritor y político dominicano organizó su propia obra; difícil por la vida que llevó durante los 23 años, diez meses y siete días de un primer exilio que se inició el 13 de enero de 1938 y terminó el 20 de octubre de 1961. Durante esos años su periplo se extendió de Puerto Rico a Chile, pasando por Cuba, México, Guatemala, Honduras, Venezuela, Haití, Costa Rica, Bolivia, Estados Unidos, Francia, Bélgica, Austria, Italia, Israel y España. Desplazamientos unas veces en campaña contra la dictadura dominicana de entonces y otras forzado por la presión política de gobiernos que, por temor a disgustar a Rafael Trujillo, no deseaban tener en su territorio una personalidad como la suya.

De los países mencionados, en Cuba es donde desarrolla, además de pasar la mayor parte de su prolongado exilio, su más importante actividad política, literaria e intelectual; y sólo en Puerto Rico, Bolivia, Chile, Venezuela y Costa Rica residió más o menos de manera permanente. Sin embargo, debido a su accidentada estancia en esos lugares y la falta de un archivo particular en buena y debida forma así como la desaparición de publicaciones periódicas en las que Bosch fue un frecuente colaborador en República Dominicana y Cuba,

por ejemplo, nos ha privado, por el momento, de algunos de sus textos reproducidos en la prensa de estos países; lo mismo sucede con otras colaboraciones en revistas y periódicos de Puerto Rico, al inicio de su exilio antitrujillista, igualmente de Bolivia o de Chile, entre 1953 y 1956, de Venezuela y Costa Rica, entre 1958 y 1961. Nos referimos, además de algunos textos de ficción, a un gran número de artículos sobre la situación política de República Dominicana y otros temas políticos y literarios de carácter internacional publicados entre 1940 y 1961. Durante esos años desarrolló una intensa actividad contra la dictadura que sufría su país que se tradujo, muchas veces, en artículos de los cuales no se tiene referencia alguna y otros que, a pesar de conocerse la fuente, no han podido ser localizados a la fecha de hoy. Por suerte, la mayoría de los textos, conferencias y ensayos de esa época Bosch los publicó de nuevo en revistas y periódicos dominicanos luego de su regreso en 1961, y otros los incluyó en obras posteriores.

Antes de su salida de República Dominicana su nombre era conocido en los medios literarios dominicanos. Había publicado artículos de opinión, crónicas y reflexiones sobre las letras nacionales en periódicos y revistas de circulación nacional, particularmente en *Mundo*, *Bahoruco*, *Alma Dominicana*, *Renovación* y sobre todo en el *Listín Diario*. En este último llegó incluso a ejercer la función de director de la página cultural. Su cuento "La mujer", figuraba en la antología *Les conteurs hispano-américains* (Francia, 1933), de Georges Pillement, y otros relatos se habían publicado en Puerto Rico, Cuba y Costa Rica, antes de que diera a la estampa su primera colección de cuentos, *Camino real* (1933, corregida y reeditada en 1937), su ensayo, *Indios, apuntes históricos y leyendas* (1935), y *La Mañosa, la novela de las revoluciones* (1936, revisada, corregida y reeditada en Cuba en 1940).

Para organizar las *Obras completas* de Juan Bosch hemos procedido pues a dividir las en diferentes renglones según el género y, estos a su vez, en orden cronológico. Hacemos esta salvedad porque el mismo Bosch había utilizado un sistema editorial muy particular para difundir su obra literaria. Por ejemplo, poco después de su regreso a Santo Domingo, en 1962, publicó bajo el sello de la Librería Dominicana dos antologías: *Cuentos escritos en el exilio* y *Más cuentos escritos en el exilio* en las que reunía relatos de obras del exilio como *Dos pesos de agua* (La Habana, 1941), *Ocho cuentos* (La Habana, 1947), *La Muchacha de la Guaira* (Chile, 1955), e incluía en la primera *Cuento de Navidad* (Chile, 1956). Años más tarde, en 1974, publicó otra colección bajo el título *Cuentos escritos antes del exilio* en la que agrupaba textos de *Camino real* (Santo Domingo, 2^{da}. edición 1937), y de *Dos pesos de agua*.

Sin obedecer completamente al criterio de Juan Bosch presentamos sus obras de ficción en el orden de su primera edición. Debo aclarar que hemos respetado en algunos casos su criterio y “Bumbo”, que fuera excluido de la edición de 1937 de *Camino real*, figura, junto a “Kazán”, “El hombre que lloró”, “La mancha indeleble” y “El culpable”, en la sección “Cuentos dispersos (1929-1979)”, del tomo II de esta edición. De esos relatos, sólo fueron incluidos en *Cuentos escritos en el exilio* “La mancha indeleble”, redactado, según sus propias palabras, el 31 de diciembre de 1960, y “El hombre que lloró”. Ambos publicados por primera vez. Es necesario agregar que no se tiene constancia de que “El hombre que lloró” hubiera figurado en algún periódico o revista de lengua española. Así pues para ubicar al lector, hemos señalado al pie de los “cuentos dispersos” la fuente bibliográfica de los mismos.

Siguiendo entonces ese criterio, la obra de ficción de Juan Bosch ha sido reunida en 4 tomos bajo el título genérico de *Narrativa*. El tomo I contiene, además de un estudio de

introducción elaborado por Pedro Vergés y una cronología de Juan Bosch de Guillermo Piña-Contreras, las colecciones de cuentos: *Camino real* (1933), *Dos pesos de agua* (1941), y *Ocho cuentos* (1947). El tomo II, también precedido por una introducción de Pedro Vergés, reúne *La muchacha de la Guaira* (1955), y *Cuento de Navidad* (1956), pero igualmente incluye los relatos dispersos en periódicos y revistas o en las antologías que publicó en Santo Domingo en 1962 y en 1974; de igual manera “Kazán” y “El culpable” que figuran en *Textos culturales y literarios* (1988).

La Mañosa, la novela de las revoluciones (1936), con un estudio y notas de Guillermo Piña-Contreras, en cambio, ocupa completamente el tomo III y ha servido de base la edición cubana de 1940, pero también se incorporan al mismo tomo los 4 manuscritos que se conservan de la novela y se le agrega un aparato crítico que concierne a las diferentes ediciones del primer relato de largo aliento de Bosch en el que intervino con correcciones unas veces de suma importancia, otras un poco someras.

Para mantener el orden cronológico de la narrativa, el tomo IV reúne, precedido de un estudio de Bruno Rosario Candelier, *El oro y la paz* (1975), *Indios, apuntes históricos y leyendas* (1935), la poesía dispersa en revistas y periódicos y un apéndice con un fragmento de la novela “Sargento primero” y otro de un episodio radial “Bolívar, de Trujillo a Caracas”. El tomo V, con una presentación de Olivier Batista Lemaire, constituye un caso particular, pues en éste se reúnen, bajo el título de *Teoría literaria*, los textos teóricos, prólogos, críticas, crónicas y entrevistas que dan una visión global de la teoría de la literatura de nuestro autor. En este volumen se incluyen sus famosos “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos” y otros textos del mismo género en los que Bosch hace explícita su teoría del arte que practicó con suma destreza llegando a ser unos de

los más importantes cuentistas de América Latina. Decía que se trata de un caso particular, porque muchos de esos trabajos fueron publicados por Bosch en *Textos culturales y literarios* (1988), y otros en una obra que no fue autorizada por él titulada *Prólogos de Juan Bosch*. Los cuentos, los fragmentos de novela y de episodio radial los situamos en los tomos II y IV respectivamente. De *Textos culturales y literarios* únicamente fueron reservados para otro volumen “Hostos y la Revolución cubana” y “Semblanza de Juan Marinello”.

Luego, siguiendo la cronología de la primera edición de cada obra y enriqueciéndola con un índice onomástico, reunimos en los tomos VI y VII, ambos con introducción de Marcio Veloz Maggiolo, las biografías y los estudios del mismo género, es decir, *Mujeres en la vida de Hostos* (1938), *Hostos, el sembrador* (1939), *Simón Bolívar y la guerra social* (1966), y *Juan Vicente Gómez, camino hacia el poder* (1982), en el volumen VI; en el VII, con el mismo criterio, se encuentran pues *Judas Iscariote, el calumniado* (1955), *David, biografía de un rey* (escrito en 1956 y publicado en 1963), y *Bolívar, biografía para escolares* (1960).

Con un estudio de Manuel Núñez, el tomo VIII, en cambio, concierne a los textos autobiográficos. Así pues *Cuba, la isla fascinante* (1955), un homenaje de Bosch a Cuba, el país donde se formó como político y en donde se desarrolló como escritor profesional; *Viaje a los antípodas* (1978), que marca un hito en su evolución política, y *El PLD, un partido nuevo en América* (1989), que puede ser considerado no sólo su último libro sino también su memoria política.

Los tomos IX, X, XI y XII están consagrados a la *Historia dominicana*. Los dos primeros llevan estudios de Juan Daniel Balcácer; el XI de Wilfredo Lozano y el XII de Roberto Cassá. El tomo IX, además de sus trabajos sobre la dictadura de Trujillo, contiene artículos y ensayos de Bosch sobre su participación

en lucha contra Trujillo así como su obra *Las dictaduras dominicanas* (1988); el X sus importantes análisis *Composición social dominicana* (1970) y *La guerra de la Restauración* (1982); el XI incluye *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1964), varios folletos sobre la Revolución de abril de 1965, la ocupación militar norteamericana y los ensayos *Clases sociales en República Dominicana* (1982), y *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana* (1985); el tomo XII, excepcionalmente, integra en el mismo volumen *Capitalismo tardío en la República Dominicana* (1986), y *El Estado, sus orígenes y desarrollo* (1988). Aunque este último no concierne al estudio de la historia dominicana, nos sirve de puente, por su dimensión internacional, para los tomos XIII y XIV, con estudios de Pablo Maríñez, dedicados a la *Historia del Caribe*; en el XIII figura únicamente su monumental *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* (1970), y en el XIV, *Apuntes para una interpretación de la historia costarricense* (1963), *Capitalismo, democracia y liberación nacional* (1983), y *Póker de espanto en el Caribe* (1988). El tomo XV, también con una introducción de Pablo Maríñez, reúne sus tesis políticas: *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (1967), y *Dictadura con respaldo popular* (1969).

En *Textos históricos*, tomo XVI, hemos agrupado, con un estudio de Odalís G. Pérez, *Breve historia de la oligarquía y Tres conferencias sobre el feudalismo*, ambos de 1971, así como *Máximo Gómez: de Monte Cristi a la gloria* (1986), y *Breve historia de los pueblos árabes* (1991). Los tomos XVII y XVIII, con introducción de Juan Miguel Pérez, tienen de particular que en ellos hemos procedido a desplazar algunos trabajos del XVII, por ejemplo, relativos a la dictadura de Trujillo, que Bosch había reunido en *33 artículos de temas políticos* (1988), para colocarlos en el tomo IX, que agrupa trabajos sobre el tema de Trujillo y las dictaduras dominicanas. *Textos políticos* reúne,

además de 33 artículos de temas políticos, *El Partido: concepción, organización y desarrollo* (1983). En *Textos económicos* (XVIII), que integra *Temas económicos* I y II, ambos de 1990, hemos procedido a eliminar los artículos que de un volumen al otro se repiten; sin embargo, las charlas radiales que fueron utilizadas y reelaboradas para estos textos económicos han sido mantenidas en detrimento de los tomos consagrados a los discursos y charlas radiales que Bosch pronunció a lo largo de toda su larga y fructífera vida intelectual.

Así, pues, en ese mismo orden y criterio se reúnen, con estudios de Manuel Matos Moquete, en esta primera entrega de las *Obras completas* de Juan Bosch, los primeros cuatro volúmenes titulados *Discursos y charlas radiales* (XIX: 1938-1965; XX: 1966-1967; XXI: 1970; y XXII: 1971-1972). Hemos tenido el cuidado de sacar varias de las charlas que Bosch, luego de reelaborarlas, incluyó en algunos de los libros que él mismo, en su labor editorial, organizó. No hemos tomado en cuenta, sin embargo, las colecciones de artículos que fueron publicadas mientras aún vivía, pero que, por razones de salud, no pudo intervenir en ellas.

En vista de la dificultad editorial que presenta la obra de Juan Bosch hemos preferido detener esta primera entrega en los discursos y charlas radiales en 1972, pues por razones de metodología queremos continuar con los tomos de discursos hasta 1994, cuando por última vez Bosch, al renunciar a la actividad política, se dirigió a la República Dominicana el 19 de junio de 1994. Una vez terminada la serie *Discursos* daremos inicio a los tomos relativos a su labor periodística. De un lado, los relativos al periodismo político que realizó a lo largo de su vida, sobre todo en las revistas *Política, teoría y acción* (PRD, 1972-1973), *Política, teoría y acción* (PLD, 1980-1991), y su inmensa colaboración en el periódico del Partido de la Liberación Dominicana, *Vanguardia del Pueblo*; del otro,

el trabajo periodístico que desarrolló durante toda su vida desde que se inició en la carrera de escritor sin olvidar su enorme colaboración en *Carteles*, *Bobemia*, *Información*, *Gaceta del Caribe* y *Puerto Rico Ilustrado*, entre otras publicaciones de Cuba y Puerto Rico. Nos referimos, evidentemente, a los artículos que Bosch no incluyó en libros. Y finalmente prepararemos, como es natural, una suerte de miscelánea con los artículos que, en el curso de la organización de estas *Obras completas*, vayan siendo localizados y no pertenezcan al mismo género.

Como se ha podido observar, cada tomo está precedido por un estudio de un escritor dominicano. Todos han trabajado siguiendo una norma editorial elaborada especialmente para las *Obras completas*. En cuanto a las portadas, hemos optado por un diseño único y, para facilitar la consulta de cada tomo, aparece en la contraportada de los mismos un resumen del contenido de las obras que lo integran.

Es de rigor reconocer en estas páginas el inmenso esfuerzo desplegado, para que estas *Obras* hayan podido ver la luz, por Eduardo Selman Hasbún, Secretario de Estado sin Cartera; Juan Daniel Balcácer, Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias; José Chez Checo, quien estuvo al cuidado de la edición; Eric Simó, por la diagramación, el diseño de la cubierta, los índices onomásticos y el arte final, así como a la periodista y novelista cubana Marta Rojas, quien se ha ocupado de la compilación de los trabajos de Juan Bosch dispersos en periódicos y revistas cubanos, y a Manasés Sepúlveda en República Dominicana.

No puedo terminar sin una mención especial al Excmo. Sr. Presidente de la República, Dr. Leonel Fernández Reyna, quien ha sido el principal propulsor de la publicación de estas *Obras completas* en el “Año del Centenario del Natalicio de Juan Bosch”, e igualmente a la Fundación Juan Bosch y muy

particularmente a doña Carmen Quidiello de Bosch por todas las facilidades que nos proporcionaran para que el lector de lengua española tuviera acceso a las obras de uno de los dominicanos más sobresalientes del siglo XX.

CRONOLOGÍA

Guillermo PIÑA-CONTRERAS

Hacia 1785-1795

Nacen en La Guardia, Galicia, España, Marcos Gaviño y María Rosa Cividanes; Manuel Benito Núñez e Ignacia Arzúa abuelos paternos y maternos respectivamente de Juan Benito Gaviño Núñez, abuelo materno de Juan Bosch.

Hacia 1820-1825

Nace en La Guardia, Galicia, España, Buenaventura Gaviño Cividanes, bisabuelo materno de Juan Bosch.

Hacia 1820-1830

Nace en La Guardia, Galicia, España, Gertrudis Núñez Arzúa, bisabuela materna de Juan Bosch.

1837

19 de junio: Nace en Tortosa, Barcelona, España, Francisco Bosch Ximeno, abuelo paterno de Juan Bosch.

Hacia 1840

Nace en Tortosa, Barcelona, España, María Cinta Subirats, abuela paterna de Juan Bosch.

1852

1 de noviembre: Nace en La Guardia, Galicia, España, Juan Benito Gaviño Núñez, abuelo materno de Juan Bosch.

2 de noviembre: Juan Gaviño es bautizado en la iglesia parroquial de Santa María de la Villa de La Guardia por el sacerdote Juan Manuel González Blanco. Juan Benito Domínguez y Luisa Peregrina Domínguez fueron los padrinos.

Hacia 1860

Nace en Juana Díaz, Puerto Rico, Petronila Costales, abuela materna de Juan Bosch.

Entre 1870-1880

Juan Gaviño emigra de España a Puerto Rico, en donde se casa con Petronila Costales, con quien procreó tres hijos: Juan, Rosa y Ángela.

1877

16 de julio: Nace en Tortosa, Barcelona, el padre de Juan Bosch, José Bosch Subirats, hijo de Francisco Bosch y María Cinta Subirats.

1886

30 de agosto: Nace en Juana Díaz, Puerto Rico, Angela Gaviño Costales, madre de Juan Bosch.

Hacia 1890

Juan Gaviño enviuda y se casa con Vicenta Cintrón.

Hacia 1897

Juan Gaviño llega de Puerto Rico a la República Dominicana con toda su familia. Primero trabaja en el Ingenio Puerto Rico, propiedad de la familia Serrallés, en San Pedro de Macorís. Luego se dedica a la agricultura en Río Verde, La Vega.

Hacia 1898

José Bosch Subirats, desde Barcelona, se traslada a Marsella, Francia, luego a Marruecos y a Brasil. En Manaó trabajó, como albañil, en la construcción de La Opera. Más tarde se trasladó a Curaçao.

1899

26 de julio: Ulises Heureaux, Presidente de la República Dominicana, es abatido en la ciudad de Moca.

1900

1 de enero: José Bosch Subirats llega a Santo Domingo. Trabaja en la construcción del Palacio Presidencial, construye la chimenea de ladrillo del ingenio Italia (hoy CAEI). Luego se establece en La Vega. Trabaja en la construcción del Palacio de don Zoilo y del Teatro La Progresista.

1906

6 de noviembre: José Bosch Subirats y Ángela Gaviño se casan en La Vega.

1907

30 de noviembre: Nace en La Vega el primer hijo de la familia Bosch-Gaviño: José Andrés.

1909

30 de junio: Nace en La Vega Juan Emilio, segundo hijo del matrimonio Bosch-Gaviño.

29 de agosto: Nace en La Vega Mario Sánchez Guzmán, compañero de infancia y adolescencia de Juan Bosch.

24 de diciembre: Juan Emilio Bosch Gaviño es bautizado en la parroquia de La Concepción de La Vega. Juan Gaviño y Juana Cintrón de Gaviño fueron los padrinos.

1911

Principios de año: Ante la crisis social y política imperante en la República Dominicana la familia Bosch-Gaviño se traslada a Haití.

19 de noviembre: Ramón Cáceres, Presidente de la República Dominicana, es asesinado en Santo Domingo.

17 de agosto: Nace en Cabo Haitiano Ángela Bosch Gaviño.

1913

Nace en Cabo Haitiano Francisco Bosch Gaviño.

22 de febrero: Derrocan a Francisco Madero en México. Se inicia la Revolución Mexicana.

1914

28 de junio: Asesinato del Archiduque Francisco Fernando de Austria. Europa al borde de la guerra.

Julio: Estalla la Primera Guerra Mundial en Europa.

19 de noviembre: Nace en Santo Domingo Isabel García Aguiar quien se casaría con Juan Bosch el 19 de junio de 1934.

1915

29 de abril: Nace en Santiago de Cuba Carmen Quidiello quien se casaría con Juan Bosch el 30 de junio de 1943 en La Habana.

28 de julio: Intervención militar de los Estados Unidos en Haití.

Agosto: La familia Bosch-Gaviño vuelve a La Vega, República Dominicana.

Septiembre: Juan Bosch es inscrito en el colegio San Sebastián de La Vega. Su padre, para que le aceptaran, tuvo que falsear su edad y decir que tenía 7 años.

23 de septiembre: Nace en La Vega María Josefina Bosch Gaviño.

1916

29 de agosto: El capitán H. S. Knapp del ejército de los Estados Unidos anuncia la creación de un Gobierno Militar en la República Dominicana.

1917

Nace en La Vega Ana Leticia Bosch Gaviño.

Septiembre: Conoce a Mario Sánchez Guzmán en el Colegio San Sebastián del Padre Fantino en La Vega.

7 de noviembre: El Ejército Rojo toma la ciudad de Petrogrado, Rusia. Primera Revolución Socialista del Mundo.

1918

Durante el año: Juan Bosch pronuncia un discurso ante la tumba de un profesor vegano. Escribe sus primeros cuentos. Esos textos se perdieron en el fuego que destruyó la biblioteca del escritor cubano-dominicano Federico García Godoy. Edita y dirige, junto a Mario Sánchez Guzmán, el periódico escolar *El Infante*.

Juan Bosch acompaña a su padre en sus viajes por la Línea Noroeste de la República Dominicana.

1920

26 de enero: El poeta español Francisco Villaespesa, autor de “Canto a Santo Domingo”, ofrece un recital en el Casino Central de La Vega.

1921

Durante el año: Juan Bosch lee en la biblioteca de su abuelo materno el *Mío Cid*, *Diablo mundo* de Espronceda, *Orlando furioso* de Ariosto y *Los doce pares de Francia*. En la de su padre lee por primera vez *Don Quijote de la Mancha*.

1922

Durante el año: Mueren de disentería, en La Vega, Francisco y Ana Leticia, hermanos de Juan Bosch.

28 de octubre: Marcha de Mussolini hacia Roma. El fascismo se instala en Italia.

Hacia 1923

Juan Bosch comienza a publicar poesía en *Las Brisas del Birán*, de Barahona.

1924

Principios de año: Juan Bosch viaja a la Capital. Comienza a trabajar en la casa Lavandero de Santo Domingo.

12 de febrero: Muere en La Vega el escritor Federico García Godoy, nacido en La Habana, Cuba, el 25 de diciembre de 1857.

26 de junio: Nace en La Vega Ana Dolores Bosch Gaviño, última hija del matrimonio Bosch-Gaviño.

12 de julio: Las tropas del ejército de los Estados Unidos desocupan la República Dominicana.

1925

19 de diciembre: Muere en La Vega Juan Gaviño.

1925-1926

Juan Bosch trabaja en la casa comercial de Ramón Corripio.

1926-1927

Por motivo de salud Juan Bosch vuelve a La Vega y luego se traslada a Constanza.

1927-1928

En la Capital, Bosch trabaja en la casa Font Gamundi y Cía.

Durante 1925-1929

Comienza a publicar cuentos y poemas en revistas y periódicos de provincia. En su poesía utiliza el pseudónimo de Rigoberto de Fresni.

1929

Durante el año: Juan Bosch comienza a publicar cuentos y artículos en periódicos de Santo Domingo, *El Mundo* y *Listín Diario*.

24 de octubre: Crisis de la Bolsa de valores de Wall Street. En Estados Unidos se inicia la gran depresión económica.

1929-1930

Septiembre: Los padres de Juan Bosch deciden enviarlo a Barcelona donde su familia paterna.

1930

Junio: La familia Bosch-Gaviño se traslada a la ciudad de Santo Domingo. Bosch trabaja en Barcelona vendiendo publicidad y ponche crema fabricado por una firma venezolana. Organiza allí una compañía teatral de las llamadas de Variedades y viaja a Venezuela con ese grupo teatral que fue contratado para actuar en el Teatro Olimpia, de Caracas.

16 de agosto: Rafael L. Trujillo Molina toma posesión del cargo de Presidente de la República Dominicana.

3 de septiembre: durante la travesía, se recibió en el buque en que viajaba la noticia del ciclón de San Zenón.

Noviembre: Los efectos del Gran Crack de 1929 se sienten en toda la América Latina. En Caracas fracasa la presentación de la Compañía de Variedades llevada por Bosch y éste se ve obligado a trabajar descargando a medianoche los camiones cargados de frutos agrícolas que llevan al mercado de San Felipe. Luego, por recomendaciones de un amigo, consigue trabajo en el C. y C. Coney Island Park, anunciando el motodromo del parque de diversiones. De Caracas se trasladan a Valencia, Puerto Cabello y Curaçao, donde también trabajó, en la construcción de un teatro que estaba fabricando en esa isla un ingeniero italiano casado con una vegana; de Curaçao, el Coney Island pasó a Puerto España, capital de la isla Trinidad, donde además de anunciante del motodromo trabajó en la panadería Columbus; de Trinidad, el Coney Island fue llevado a Martinica, donde se encontraba el 14 de julio de 1931, y en Martinica decidió volver a la República Dominicana en agosto del mismo año.

1931

4 de octubre: Juan Bosch publica un poema en el periódico *Listín Diario*. En esa época firmaba aún Juan E. Bosch.

1932

Durante el año: Escribe el cuento "La mujer", que será traducido a varios idiomas, y se convierte en colaborador de la revista *Baboruco*, fundada y dirigida en Santo Domingo por Horacio Blanco Fombona, venezolano, hermano del conocido novelista Rufino Blanco Fombona.

Junio: Pasa cuatro semanas en Constanza.

1933

Durante el año: Se reúne con un grupo de jóvenes escritores dominicanos en casa del poeta Rafael Américo Henríquez. Entre los que asistían a esas tertulias se encuentran Héctor Incháustegui Cabral, Manuel del Cabral, Franklin Mieses Burgos, entre otros. Ese grupo de jóvenes forma lo que se conoce hoy en la historia literaria dominicana como La Cueva.

31 de enero: Adolf Hitler es nombrado canciller de Alemania. Comienza el Tercer Reich.

24 de noviembre: La imprenta El Progreso publica *Camino real*, primera colección de cuentos de Juan Bosch.

"La mujer" es traducido al francés por Georges Pillement e incluido en la antología *Les Conteurs hispanoaméricains*.

4 de diciembre: Es apresado y acusado de haber colocado una bomba el 20 de noviembre, cerca de la medianoche, en el cementerio de la avenida Independencia de Santo Domingo y de formar parte de un grupo terrorista que tenía el proyecto de asesinar al presidente Trujillo.

1934

15 de enero: En el curso de la investigación, por lo que guardaba prisión desde el 4 de diciembre del año anterior, es interrogado por el juez de Instrucción Manuel Ángel González Rodríguez en relación a la acusación de atentar contra la vida del Presidente Trujillo, de ser miembro de una sociedad secreta, revolucionaria y terrorista, denominada Vanguardia de la Dignidad Nacional así como de haber ayudado a la fabricación y colocación de varias bombas mortíferas.

Fines de febrero: Por intervención de varios amigos, es liberado de la prisión que guardaba desde el 4 de diciembre de 1933.

21 de febrero: Augusto César Sandino es asesinado en Nicaragua.

19 de junio: Juan Bosch se casa con Isabel García Aguiar.

1935

Durante el año: Juan Bosch sigue publicando cuentos y artículos en los periódicos nacionales. Sigue colaborando de manera regular en la revista *Baboruco*, dirigida por el escritor venezolano Horacio Blanco Fombona. Dirige la sección literaria del *Listín Diario*. Fue en esa época que sugirió al poeta Pedro Mir dedicarse a escribir poesía de tipo social. Publica su segundo libro: *Indios, apuntes históricos y leyendas*.

Primavera: Bosch es nombrado en la Dirección General de Estadísticas. Organiza, bajo la dirección de Mario Fermín Cabral, el Censo Nacional de Población de la República Dominicana.

1936

23 de junio: La imprenta El Diario de Santiago publica *La Mañosa: la novela de las revoluciones*.

18 de julio: El coronel Francisco Franco desembarca en las costas de Andalucía, España. Se inicia la Guerra Civil española.

26 de diciembre: Nace su hijo León Bosch García.

1937

Octubre: Rafael Trujillo ordena exterminar a los haitianos de Dajabón.

1 de noviembre: Bosch es nombrado Jefe del Servicio de Información de la Dirección General de Estadísticas, bajo la dirección de Vicente Tolentino Rojas. A mediados del mismo mes Mario Fermín Cabral le da la noticia de que Trujillo ha decidido nombrarlo diputado. Esa noticia le lleva a decidir su salida del país llevándose con él a su mujer que estaba embarazada y a su hijo León, viaje para el cual había empezado a prepararse desde el mes de septiembre.

Finales de año: Juan Bosch es elegido Presidente de la Sección de Periodismo y Literatura del Ateneo Dominicano. Virgilio Díaz Ordóñez era entonces el Presidente del Ateneo.

1938

5 de enero: Discurso de Juan Bosch en favor de Trujillo como parte de su estrategia para obtener el pasaporte que le permitiría salir de República Dominicana pocos días después.

13 de enero: Ante la proposición de Trujillo, de hacerle diputado, Bosch decide salir de la República Dominicana para Puerto Rico con la excusa de quebrantos de salud de su esposa. Sólo sabían que no volvería hasta la caída de la dictadura de Trujillo sus amigos Mario Sánchez Guzmán, Virgilio Díaz Ordóñez y Emilio Rodríguez Demorizi.

13 de enero: Juan Bosch llega a San Juan, Puerto Rico, en compañía de su esposa Isabel García, de su hijo León y con sólo 90 dólares en los bolsillos. Entre sus primeros amigos en Puerto Rico figuran Nilita Vientós, Presidenta del Ateneo de Puerto Rico, y Luis Muñoz Marín, entonces poeta y más tarde gobernador de Puerto Rico. Se instala con su familia en la casa número 50, tercer piso, de la calle Luna en el viejo San Juan.

Febrero: En una visita que hizo a la Biblioteca Carnegie de Puerto Rico en busca de trabajo, Bosch es contratado por Adolfo Hostos para dirigir la recopilación de las obras completas de su padre, Eugenio María de Hostos.

27 de febrero: Bosch renuncia, por carta a Trujillo, a su cargo de Jefe del Servicio de Información de la Dirección General de Estadísticas de la

República Dominicana. La renuncia es efectiva el 28. Entre los argumentos que le llevan a tomar esa decisión está su carrera de escritor: “Mi destino es ser escritor, y, en ese campo, nada podía ya darme el país; y no sería eso sólo causa bastante a hacerme dejar el lugar de mis afectos, sino que, además de no poder seguir siendo escritor, tenía forzosamente que ser político, y yo no estoy dispuesto a tolerar que la política desvíe mis propósitos o ahogue mis convicciones y principios”.

14 de marzo: Nace en San Juan, Puerto Rico, su hija Carolina.

7 de noviembre: Pronuncia, en el Ateneo Puertorriqueño, una conferencia titulada *Mujeres en la vida de Hostos* que publica la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico. Una segunda edición se hace en 1939 y una tercera en 1988.

1939

Principios de enero: Juan Bosch llega al puerto de La Habana, procedente de San Juan, Puerto Rico, en el vapor Iroquois. El comité pro homenaje a Hostos le había enviado a La Habana para supervisar y dirigir la edición de las obras completas de Eugenio María de Hostos. En el puerto le estaba esperando el doctor Enrique Cotubanamá Henríquez para proponerle la fundación del Partido Revolucionario Dominicano, y le presentó a Carlos Prío Socarrás, dirigente del Partido Revolucionario Cubano, partido que serviría de modelo para la creación del PRD.

Finales de enero: Fundación del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), en casa de Virgilio Mainardi Reyna en El Cano, La Habana.

26 de enero: Las tropas del general Francisco Franco penetran en Barcelona.

3 de septiembre: Estalla la Segunda Guerra Mundial en Europa.

Durante el año: Bosch dicta una serie de conferencias en el Instituto Hispano-Cubano de Cultura y en el Club Atenas sobre la República Dominicana. Publica cuentos y artículos en las revistas puertorriqueñas *Alma Latina* y *Puerto Rico Ilustrado*, y en la revista cubana *Carteles*. Se edita en La Habana su biografía *Hostos, el sembrador*.

1940

Durante el año: Los exiliados republicanos españoles siguen llegando a la República Dominicana.

26 de enero: En La Habana la imprenta La Verónica de Manuel Altolaguirre publica la segunda edición, corregida, de *La Mañosa*.

14 de junio: Las tropas nazis ocupan París.

Julio: Bosch publica “El Río y su enemigo”. En diferentes ocasiones Juan Bosch ha dicho que tuvo conciencia de que dominaba el género del cuento al escribir “El Río y su enemigo”, el 12 de agosto de 1942 (cf. ROSARIO-CANDELIER, Bruno, *Juan Bosch: un texto, un análisis y una entrevista*, Santo Domingo: Ed. Alfa y Omega, 1979, p.51). Esta afirmación puede ser considerada cierta en cuanto al texto que le

hizo descubrir que ya dominaba la técnica del cuento, pero no sucedió en la fecha antes mencionada, pues “El Río y su enemigo” había sido publicado el 13 de julio de 1940 en *Puerto Rico Ilustrado*, y el 21 de julio del mismo año en la revista cubana *Carteles*. Ese error cronológico no tiene importancia, si se considera que unos años más tarde, en julio de 1944, Bosch dictaba una conferencia en el Instituto Hispano-Cubano de Cultura sobre “Las Características del cuento” (reproducida en *Mirador Literario*, La Habana: julio de 1944, pp.6-9), en la que hace explícita, por primera vez, su teoría del cuento, la cual iba a ser desarrollada en 1958 en la conferencia dictada en la Universidad de Caracas con el título *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*.

Finales de año: Bosch lee los cuentos de Horacio Quiroga y la poesía de Pablo Neruda. Quiroga tendría mucha influencia en su obra en cuanto a la técnica del cuento se refiere. Los diputados del Partido Revolucionario Cubano le solicitan su colaboración en la redacción de algunos artículos de la nueva Constitución cubana.

1941

Durante el año: Juan Bosch se desempeña como vendedor de productos farmacéuticos por toda Cuba. También escribe para la emisora CMQ de La Habana dos programas: *Los Forjadores de América* y *Memorias de una dama cubana*. Se hace en La Habana la segunda edición cubana de *La Mañosa* (Editorial Lex). Obtiene, en Santo Domingo, el primer premio de los Juegos Florales Hispanoamericanos con su cuento “El Socio”. Publica en Cuba *Dos pesos de agua*.

22 de junio: Las tropas alemanas invaden la Unión Soviética.

21 de noviembre-7 de diciembre: Juan Bosch y Juan Isidro Jimenes-Grullón viajan a México para asistir, como representantes del PRD, al I Congreso de la Central de Trabajadores de América Latina (CETAL). Encuentro con Ángel Miolán. Al finalizar el congreso, obtienen que la CETAL condene los crímenes de Trujillo en República Dominicana. Por esta acción, tanto Bosch como Jimenes-Grullón, fueron declarados “traidores a la Patria”. Hace amistad con Vicente Lombardo Toledano.

30 de noviembre: Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes-Grullón y Ángel Miolán dejan constituida la Sección de México del PRD.

7 de diciembre: Los Estados Unidos de América declaran la guerra al Japón después del bombardeo de la base americana de Pearl Harbor.

1942

15 de enero: Se inicia, en Río de Janeiro, la Conferencia Panamericana para la entrada en guerra de los Estados de América Latina.

Abril: Juan Bosch viaja a New York para formar la Seccional del PRD en esa ciudad.

15 de junio: Por presiones de la dictadura de Trujillo deja de circular el periódico *Listín Diario* en Santo Domingo.

1943

29 de marzo-7 de abril: Primer Congreso del PRD en La Habana (Hotel Nueva Luz, en el consultorio del Dr. Romano Pérez Cabral). En esa ocasión, por presiones de Trujillo al Gobierno de Cuba, el PRD fue bautizado Unión Democrática Antinazista Dominicana (UDAD). Bosch es elegido Secretario General de la misma.

3 de mayo: Se publica el divorcio entre Juan Bosch e Isabel García Aguiar en La Habana. Bosch se había separado de Isabel García en 1939.

Junio: Juan Bosch obtiene el premio Hernández-Catá de Cuba por su cuento "Luis Pie".

30 de junio: Juan Bosch se casa en La Habana con Carmen Quidiello. La boda fue apadrinada por la escritora española María Zambrano y por el general Enrique Loynaz del Castillo, el poeta Nicolás Guillén fue testigo del matrimonio.

24 de julio: Benito Mussolini es derrocado en Italia.

24 de agosto: Trujillo ordena la verificación del lugar de nacimiento de Juan Bosch. El dictador quería inhabilitar jurídicamente la posible candidatura de Juan Bosch a la Presidencia de la República aduciendo que no había nacido en República Dominicana.

Finales de año: Bosch es nombrado director de la oficina del Senador Carlos Prío Socarrás.

1944

3 de marzo: Bosch obtiene el Premio Extraordinario Hatuey, otorgado por la Sociedad Colombista Panamericana en La Habana, con motivo del 1^{er} Centenario de la Independencia Dominicana. Se desempeñaba entonces como asesor del Primer Ministro de Cuba, Carlos Prío Socarrás.

19 de julio: José Bosch Subirats, padre de Juan Bosch, es acusado por la policía de Trujillo de proxenetismo en represalia a las actividades políticas de su hijo en Cuba. Fue liberado el 25 del mismo mes.

7 de noviembre: Franklin D. Roosevelt es elegido por cuarta vez presidente de Estados Unidos.

9 de noviembre: Bosch es enviado a México por el PRD para intensificar la campaña de denuncia en contra de la dictadura de Trujillo en República Dominicana.

Diciembre de 1944-enero de 1945: Viaja a México, Guatemala (Juan José Arévalo era Presidente de la República), y Venezuela, como enviado del PRD para hacer campaña en contra de la dictadura de Trujillo. En Caracas, donde llega en enero de 1945, hace amistad con el novelista Rómulo Gallegos y con el poeta Andrés Bello.

1945

Abril: Viaja al Salvador y Panamá para hacer campaña en contra de la dictadura de Trujillo. Finales de abril: Benito Mussolini es ejecutado en Italia, y Adolf Hitler se suicida en Alemania.

7 y 9 de agosto: Los americanos lanzan la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, Japón. Unos días más tarde, el 15, Japón capitula y termina la Segunda Guerra Mundial.

Agosto: Bosch es nombrado secretario particular del Primer Ministro de Cuba Carlos Prío Socarrás, quien además le propone la dirección del periódico *Siempre*, órgano del Partido Revolucionario Cubano Auténtico. Bosch aceptó con la condición de que su nombre no apareciera nunca en las páginas del periódico.

5 de noviembre: Viaja a Caracas para respaldar, junto al PRD, al Presidente Betancourt.

12 de noviembre: Juan Bosch dicta conferencia en el teatro Olimpia de Caracas en la que denuncia la dictadura de Trujillo, fue presentado por el novelista Rómulo Gallegos.

21-24 de noviembre: Viaja a Haití para solicitar ayuda al Presidente Elie Lescot en la lucha contra Trujillo. El Presidente Lescot colaboró con US\$25.000 que fueron utilizados para la compra de un avión DC-3, un Cessna y un AT-3 y armas que serían utilizados en la frustrada expedición de Cayo Confites en septiembre de 1947.

Durante el año: Bosch integra, junto al general Juan Rodríguez, Leovigildo Cuello, Ángel Morales y Juan Isidro Jimenes-Grullón, la Junta Revolucionaria que dirigió la frustrada expedición contra Trujillo en Cayo Confites, Cuba.

1946

24 de febrero: Juan Domingo Perón es elegido Presidente de Argentina.

Mayo-junio: Viaja, junto a Virgilio Mainardi Reyna, a Maracay, Venezuela, para entrevistarse con el emisario que había sido enviado a República Dominicana para ponerse en contacto con el Lic. Antinoe Fiallo, conocido opositor al régimen de Trujillo, para que organizara el apoyo interno a las fuerzas del exilio que atacarían la dictadura. Luego se trasladaron a Caracas con la finalidad de entrevistarse con Rómulo Betancourt para obtener las armas necesarias para llevar a cabo la expedición.

19 de junio: Nace en La Habana Patricio Bosch Quidiello, primer hijo de Juan Bosch y Carmen Quidiello.

Agosto: Se organiza en Santo Domingo el Partido Socialista Popular.

1947

28 de septiembre: La expedición militar de Cayo Confites es interceptada por fragatas de la Marina de Guerra cubana en alta mar cuando navegaban rumbo a la República Dominicana para derrocar a Trujillo. El ejército expedicionario lo componían más de 400 soldados. Uno de ellos era el joven estudiante de Derecho Fidel Castro.

29 de noviembre: La ONU divide Palestina en dos Estados: uno judío y otro árabe. Bosch publica poco después, en La Habana, *Ocho cuentos*.

1948

Principios de año: Juan Bosch acompaña al Presidente electo de Cuba, Carlos Prío Socarrás, a México, Guatemala, Costa Rica y Venezuela.

30 de abril: La Organización de Estados Americanos (OEA), es fundada en Bogotá, Colombia.

Durante el año: Desaparece del lugar donde estaba guardado el archivo de Bosch, con toda su correspondencia y los originales de un libro compuesto por once cuentos que debía titularse *Callejón Pontón*.

Noviembre: Acompañado de Pompeyo Alfau, viaja a Costa Rica a llevar las armas que Carlos Prío Socarrás enviara a José Figueres para que se defendiera de la agresión del dictador Somoza de Nicaragua.

25 de noviembre: Golpe de Estado militar derroca el gobierno de Rómulo Gallegos en Venezuela.

1949

Junio: Desembarca en Luperón, República Dominicana, una expedición militar integrada por dominicanos con la finalidad de derrocar a Trujillo. Esta expedición fracasaría unos días más tarde.

1 de octubre: Proclamación de la República Democrática Popular de China.

1950

Principios de año: Reorganización del PRD en La Habana.

8 de junio: Se inicia la guerra en Corea.

11-12 de noviembre: II Congreso del PRD en la residencia de Juan Bosch en La Habana.

Diciembre: Mauricio Báez, líder obrero dominicano, es secuestrado y asesinado en La Habana por agentes de Trujillo.

1951

7 de septiembre: Muere en París la actriz dominicana María Montez.

20 de diciembre: Nace en San José, Costa Rica, Bárbara Bosch Quidiello.

1952

10 de marzo: Fulgencio Batista toma el poder en Cuba tras derrocar el gobierno de Carlos Prío Socarrás.

Verano: Luego de haber recibido presión de varios Estados latinoamericanos, Trujillo acepta dejar salir hacia Puerto Rico a los padres de Juan Bosch. Se establecieron, hasta la muerte de Trujillo, en Costa Rica. Salieron acompañados de su nieto León, quien fue a juntarse con su padre en La Habana.

Durante el año: III Congreso del PRD en La Habana.

2 de octubre: Andrés Requena, novelista dominicano, es asesinado en New York por agentes de Trujillo.

1953

26 de julio: Fidel Castro, junto a un grupo de jóvenes, asalta el cuartel Moncada en Santiago de Cuba. Bosch es acusado de haber participado en ese asalto, se le encarcela en la fortaleza La Cabaña, de donde saldrá diez días después por intervención del general Enrique Loynaz del Castillo, el sobreviviente de la guerra de independencia cubana con mayor rango. Luego, a los pocos días, se asila en la Embajada de Costa Rica, país donde su amigo José Figueres había sido elegido Presidente de la República.

Otoño: León Bosch, hijo mayor de Juan Bosch, ingresa a la Academia de pintura San Alejandro de La Habana.

1954

Enero-febrero: León Bosch presenta a su padre a los argentinos Ricardo Rojo y Ernesto –Che– Guevara en San José, Costa Rica.

Abril: Por presiones del dictador Somoza, Juan Bosch sale de San José, Costa Rica, para Bolivia. Le acompañan su hijo León y Pompeyo Alfau. Poco tiempo después viaja a Santiago de Chile donde se relaciona con Salvador Allende y los principales dirigentes del Partido Socialista.

Agosto: Termina la redacción de *Judas Iscariote, el calumniado* en Molinos de Nieblas, Chile.

Octubre: Se traslada a Santiago de Chile. Le acompañan su hijo León y Pompeyo Alfau.

27 de junio: El gobierno de Jacobo Arbenz es derrocado en Guatemala.

Finales de año: Crea en Santiago de Chile una fábrica de baterías de automóviles, la cual vende para dedicarse a escribir. Después de vender la fábrica se traslada a Molinos de Nieblas y allí escribe “El Indio Manuel Sicuri” y “La muchacha de la Guaira”.

1955

5 de enero: José Bosch (Pepito), hermano mayor de Juan Bosch, es condenado a un año de prisión y multa, por “sustracción de energía eléctrica” en Santo Domingo por los tribunales de la dictadura. Esta condena se hacía en represalia a las actividades políticas de su hermano contra Trujillo.

16 de septiembre: Juan Domingo Perón es derrocado en Argentina.

22 de noviembre: Jesús de Galíndez, escritor español, es secuestrado en New York y posteriormente asesinado por órdenes de Trujillo.

Diciembre: Bosch sale de Santiago de Chile hacia Brasil, donde permanece poco tiempo antes de dirigirse a La Habana.

Durante el año: Redacta *Póker de espanto en el Caribe*, que tras haberse perdido será publicado en 1988. Publica *Judas Iscariote, el calumniado*, *La muchacha de La Guaira* y *Cuba, la isla fascinante*.

1956

Julio: Invitado al Congreso de los Trabajadores del Transporte, Bosch viaja a Viena, Austria, vía Bélgica, con Ángel Miolán y Nicolás Silfa para solicitar el bloqueo contra Trujillo. Encuentro con Víctor Raúl Haya de la Torre en Bruselas, Bélgica, y luego en París (14 de julio).

Agosto: Viaja a Roma, donde comienza a escribir *David, biografía de un rey*, y después, con la finalidad de documentarse sobre el tema, a Israel. Publica en Chile *Cuento de Navidad*.

26 de septiembre: Termina de redactar *David, biografía de un rey*.

Finales de año: Viaja de Israel a Madrid, donde se encuentra con su hijo León que estudiaba pintura en Madrid y luego a La Habana.

1957

10 de enero: Muere en Chile la poeta Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura en 1945.

17 de abril: La República Dominicana hace presión a la Organización de Estados Americanos (OEA) para que las obras de Juan Bosch no figuren entre las obras representativas de América escogidas por la Institución.

Marzo: Primera redacción de *El oro y la paz* en La Habana.

Durante el año: Es designado jefe de redacción de una Publicitaria en La Habana.

27 de septiembre: François Duvalier es elegido presidente de Haití.

1958

18 de enero: Cae la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela.

26-29 de marzo: Bosch es hecho preso por la policía de Batista en La Habana. Es liberado por presión de intelectuales y el 4 de abril viaja a Caracas.

5 de abril: Instala su residencia en Caracas, Venezuela.

18 de noviembre: Juan Bosch inicia un ciclo de Conferencias sobre la técnica del cuento en la Universidad Central de Caracas.

Durante el año: En la antología *Les Vingt meilleures nouvelles de l'Amérique latine* (París), se incluye la traducción al francés de "El Indio Manuel Sicuri".

1959

1 de enero: Fidel Castro toma el poder en Cuba.

27 de febrero: Conferencia de Bosch en la Universidad Central de Caracas sobre la dictadura de Trujillo. De esa conferencia saldrá luego su libro: *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*.

24 de marzo: Se constituye en Caracas, Venezuela, el Bloque Universitario de Liberación Dominicana (BULD), integrado por el Partido Revolucionario Dominicano, el Movimiento de Unidad Democrática,

el Movimiento Popular Dominicano, Acción Liberadora Dominicana y La Organización 27 de febrero, entre otros.

4 de junio: Muere en Santo Domingo Mario Sánchez Guzmán.

14 de junio: Expedición de Constanza, Maimón y Estero Hondo, integrada por dominicanos, cubanos, venezolanos, americanos y otros latinoamericanos que luchaban por la libertad de la República Dominicana.

1960

24 de junio: Rómulo Betancourt, Presidente de Venezuela, es objeto de un atentado por órdenes de Trujillo.

Agosto: Después del atentado de Trujillo contra el Presidente Betancourt, la OEA, reunida en Costa Rica, decide bloquear económicamente a la República Dominicana.

9 de noviembre: John F. Kennedy es elegido presidente de Estados Unidos.

25 de noviembre: Las hermanas Patria, Minerva y María Teresa Mirabal son asesinadas por órdenes de Trujillo.

27 de diciembre: Termina de escribir *Simón Bolívar, biografía para escolares*. Este libro lleva, por iniciativa de Carmen Valverde de Betancourt, un prólogo de Rómulo Gallegos.

31 de diciembre: Juan Bosch redacta "La mancha indeleble", que será incluida en 1962 en su antología personal *Cuentos escritos en el exilio*.

1961

27 de febrero: Una carta pública a Trujillo firmada por Bosch aparece en el periódico *La Esfera*, de Caracas.

4 de abril: Bosch es nombrado profesor del Instituto de Educación Política de Costa Rica. Es en este Instituto donde dicta la conferencia *Una interpretación de la historia costarricense*, que en 1962 sería publicada en Costa Rica.

12 de abril: El astronauta soviético, Yuri Gagarin, es el primer hombre en viajar al espacio.

30 de mayo: Rafael L. Trujillo Molina es ajusticiado en las afueras de Santo Domingo.

1 de junio: Juan Bosch se dirige a unas 250 personas reunidas en el parque central de San José de Costa Rica, luego de conocerse la noticia de que Trujillo había sido asesinado. En su improvisado discurso dejó claro que Trujillo no tendría herederos.

5 de julio: Llega a Santo Domingo la Comisión Ejecutiva del PRD, integrada por Ángel Micolán, Nicolás Silfa y Ramón Castillo. Se difunde por La Voz Dominicana un mensaje de Juan Bosch al pueblo dominicano.

6 de julio: El PRD instala sus locales en la calle El Conde N° 13 de Santo Domingo.

11 de julio: Se forma en Santo Domingo la Unión Cívica Nacional.

16 de julio: Primer mitin del PRD en Santo Domingo.

Septiembre de 1961: Viaja a Miami, Estados Unidos, para reunirse con Emilio Rodríguez Demorizi representante del Presidente de La República Dominicana, Joaquín Balaguer. Luego viaja a Washington para entrevistarse con funcionarios del Departamento de Estado y con dirigentes de la Unión Cívica Nacional dominicana.

17 de octubre: El gobierno dominicano expide documento de viaje a Juan Bosch para regresar a la República Dominicana.

20 de octubre: Juan Bosch regresa a Santo Domingo luego de 23 años de exilio.

19 de noviembre: Ramfis Trujillo ejecuta a los supervivientes del complot contra su padre.

28 de diciembre: Disolución del Partido Dominicano.

1962

20 de febrero: El astronauta estadounidense John Glenn viaja al espacio.

Durante el año: La Librería Dominicana publica: *Cuentos escritos en el exilio* y *Más cuentos escritos en el exilio* así como *Una interpretación de la historia costarricense*.

17 de diciembre: Debate, transmitido por radio y televisión, entre Juan Bosch y el Padre Láutico García. La presentación de Bosch durante el debate tuvo una gran influencia en la abrumadora victoria en las elecciones generales que se celebraron tres días después en República Dominicana.

20 de diciembre: Juan Bosch, candidato del Partido Revolucionario Dominicano, es elegido Presidente de la República con poco más del 59% de los sufragios expresados: 619,491 votos contra 317,327 de la Unión Cívica Nacional, organización que más se le acercó.

1963

2 de enero-10 de febrero: El Presidente electo, Juan Bosch, se entrevista en Estados Unidos con el Presidente Kennedy, en Francia con el Presidente De Gaulle y en Inglaterra con el Primer Ministro Harold MacMillan.

4 de febrero: Primera edición de *David, biografía de un rey*.

27 de febrero: Juan Bosch y Segundo Armando González Tamayo se juramentan como Presidente y Vice-presidente de la República ante la Asamblea Nacional.

6 de marzo: Muere en Santo Domingo Ángela Gaviño de Bosch, madre de Juan Bosch. Poco más tarde, el 20 de abril, muere su padre, José Bosch Subirats.

28 de abril: A consecuencia del ataque a la Embajada Dominicana en Port-au-Prince, la República Dominicana rompe relaciones diplomáticas con Haití.

14-17 de septiembre: Visita de Estado del Presidente Juan Bosch a México.

25 de septiembre: Golpe de Estado militar contra el gobierno de Juan Bosch. El Presidente es hecho preso en el Palacio Nacional de Santo Domingo.

27 de septiembre: Renée Klang de Guzmán, esposa del Ministro de Agricultura del Gobierno presidido por Bosch, Antonio Guzmán, lleva el mensaje del depuesto Presidente al pueblo dominicano al *Listín Diario*, publicado en la edición del 28 de septiembre.

28 de septiembre: El depuesto Presidente Bosch es recibido en el aeropuerto de San Juan de Puerto Rico por el gobernador Luis Muñoz Marín.

21 de diciembre: Manolo Tavárez Justo y un grupo de militantes del 14 de Junio que se habían sublevado en las montañas, en protesta contra el Golpe de Estado, son asesinados.

1964

Durante el año: Bosch termina de escribir, en enero, *El oro y la paz*; en abril, *Bolívar y la guerra social*, y, a finales de julio, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*.

1965

24 de abril: Golpe de Estado contra el gobierno de facto de la República Dominicana. Estalla un levantamiento popular por el retorno de Bosch a la Presidencia de la República.

28 de abril: Tropas del ejército de los Estados Unidos ocupan militarmente la República Dominicana. Todos los intentos de Bosch por regresar a su país se vieron frustrados.

4 de mayo: El gobierno francés condena la intervención militar americana en la República Dominicana.

24 de junio: Viaja a New York desde San Juan, Puerto Rico, con la finalidad de ilustrar correctamente a la opinión pública estadounidense en torno al movimiento constitucionalista y también con la finalidad de ganar apoyo para la Revolución constitucionalista dentro de los sectores liberales de Estados Unidos.

28 de junio: Juan Bosch sale ileso de un atentado en su contra en San Juan, Puerto Rico.

3 de septiembre: El Dr. Héctor García-Godoy es nombrado Presidente provisional de la República Dominicana.

25 de septiembre: Juan Bosch regresa a Santo Domingo.

Finales de año: Se publica, en New York, *The unfinished experiment; democracy in the Dominican Republic*.

1966

Principios de año: Se publica en Londres y New York la traducción de *David, biografía de un rey* bajo el título: *David, the biography of a King*. Se edita en Londres *The unfinished experiment; democracy in the Dominican Republic*.

1 de junio: Se celebran elecciones generales en República Dominicana, aún con las tropas de intervención de Estados Unidos en el país. Joaquín Balaguer, candidato del Partido Reformista, resultó elegido Presidente de la República.

Septiembre: Las tropas del ejército de los Estados Unidos desocupan la República Dominicana. Se publica en París: *Saint-Domingue, crise de la democratie en Amérique latine.*

27 de noviembre: Bosch parte para España donde escribirá *Composición social dominicana, De Cristóbal Colón a Fidel Castro y El pentagonismo, sustituto del imperialismo.* Este último sería traducido a más de doce idiomas.

1967

Durante el año: La Universidad de Los Andes (Venezuela), publica los *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos* de Juan Bosch, bajo el título: *Teoría del cuento. Pentagonismen*, traducción al danés de *El Pentagonismo*, se publica en Dinamarca.

10 de diciembre: Miguel Ángel Asturias obtiene el Premio Nobel de Literatura.

Finales de año: El coronel Francisco Alberto Caamaño abandona su cargo de agregado militar en Londres.

Finales de diciembre-principios de enero de 1968: Estadía de Juan Bosch en Venezuela.

1968

Durante el mes de mayo: Manifestaciones obrero-estudiantiles en las calles de París.

Mediados de año: El cuento de Juan Bosch "En un bohío" es premiado en Madrid.

Octubre: Juan Bosch es invitado por el mariscal Joseph Tito a Yugoslavia. También viaja por otros países de Europa del Este. Se edita en inglés *Pentagonism* de Juan Bosch.

1969

Principios de año: Les Editions du Seuil, París, publican *Le Pentagonisme*; también es traducido al sueco bajo el título *Pentagonismen*.

28 de abril: El general Charles De Gaulle renuncia a la Presidencia de Francia.

6 de mayo: Juan Bosch termina la redacción de la *Tesis de la dictadura con respaldo popular*. Desde hacía unos meses residía en París donde terminó de redactar, el 6 de junio, su monumental historia del Caribe: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*.

Octubre-noviembre: Viaje a los antípodas: Corea, China, Vietnam y Cambodia.

1970

Principios de año: O pentagonismo, substituto do imperialismo se publica en Portugal.

17 de abril: Regreso de Bosch a Santo Domingo. Días antes había terminado su *Breve historia de la oligarquía*, y en Santo Domingo se acababa de publicar su obra, *Composición social dominicana*.

16 de mayo: Joaquín Balaguer es reelegido Presidente de la República Dominicana. El PRD se abstuvo de participar en las elecciones por considerarlas viciadas.

Agosto: Bosch inicia la publicación de la Colección Estudios Sociales, una serie de folletos para la capacitación política de los militantes del PRD.

4 de septiembre: Salvador Allende, candidato de la Unidad Popular en Chile, es elegido Presidente de la República.

1971

20 de agosto: Se pone en circulación, en Santo Domingo, *Tres conferencias sobre el feudalismo*, de Juan Bosch.

21 de octubre: Pablo Neruda obtiene el Premio Nobel de Literatura.

1972

Durante el año: Juan Bosch intensifica sus charlas radiales con la finalidad de educar políticamente al pueblo. Se publica el primer número de la revista *Política, teoría y acción*, órgano teórico del PRD.

20 de noviembre: Regresa de París José Francisco Peña Gómez, secretario general del PRD.

1973

3 de febrero: El coronel Francisco A. Caamaño encabeza un desembarco de guerrilleros en la República Dominicana. Caamaño cae en combate en las montañas de San José de Ocoa el 15 de febrero.

A mediados de año: José Francisco Peña Gómez renuncia como secretario general del PRD.

11 de septiembre: Salvador Allende es derrocado y asesinado por militares chilenos. El poeta Pablo Neruda muere dos días más tarde.

23 de septiembre: Juan Domingo Perón es elegido Presidente de Argentina.

18 de noviembre: Bosch renuncia del Partido Revolucionario Dominicano, el cual, junto a otros dominicanos del exilio, había fundado en 1939 en La Habana, Cuba.

15 de diciembre: Juan Bosch, junto a quienes renunciaron con él del PRD, funda el Partido de la Liberación Dominicana.

1974

16 de mayo: Joaquín Balaguer es reelegido Presidente de la República por tercera vez. Ningún partido de oposición participó en las elecciones.

1 de agosto: Se pone en circulación el periódico *Vanguardia del Pueblo*, órgano oficial del Partido de la Liberación Dominicana (PLD), fundado por Bosch, al renunciar del PRD, el 15 de diciembre de 1973.

8 de agosto: Richard Nixon renuncia a la Presidencia de Estados Unidos a consecuencia del escándalo de Watergate. Bosch publica, en Santo Domingo, una colección de cuentos bajo el título: *Cuentos escritos antes del exilio*.

15 de diciembre: Bosch viaja a México. Se reúne con el ex-rector de la Universidad de Buenos Aires, Rodolfo Puigros. Dicta conferencia en la Universidad Autónoma de México (UNAM) y se entrevista con el Presidente Luis Echeverría.

1975

Principios de enero: Viaja a La Habana, Cuba, invitado por el Partido Comunista Cubano, ciudad donde no había vuelto desde 1958. Se reúne con sus amigos de la época del exilio y con el Presidente Fidel Castro.

11-18 de enero: Forma parte del Tribunal Russell II en Bruselas, Bélgica.

14 de enero: Dicta conferencia, junto al escritor argentino Julio Cortázar, en la Universidad de Lieja, Bélgica.

31 de enero-2 de febrero: Es invitado al Congreso del Partido Socialista de Francia por François Mitterrand.

18 de febrero: Después de casi dos meses de viaje por Cuba, México, Bélgica, Suecia, Francia, Italia, España y Venezuela, regresa a Santo Domingo.

Abril: Las Ediciones Vanguardia publican el folleto *De México a Kampuchea*, de Juan Bosch. En octubre se publica el segundo folleto: *Guerrilleros y crisis eléctrica*.

30 de abril: Viet-Nam del Sur capitula sin condiciones.

Principios de mayo: Invitado por Miguel Otero Silva, Bosch viaja a Caracas para asistir a la celebración de la derrota mundial del fascismo.

Octubre: *El oro y la paz*, segunda novela de Bosch, sale a la luz pública.

Diciembre: Viaja a Bogotá, Colombia, en calidad de delegado del Tribunal Russell II.

1976

10-17 de enero: Tercera y última reunión del Tribunal Russell II en Roma. Esta sesión fue presidida por Juan Bosch.

13 de febrero: Ediciones Vanguardia publican *De la concordia a la corrupción*, de Juan Bosch.

24 de abril: Juan Bosch obtiene el Premio Nacional de Novela de la República Dominicana con *El oro y la paz*, editado por primera vez en 1975.

Mediados de año: Primera edición, en Santo Domingo, de *El Napoleón de las guerrillas*.

Finales de junio: Viaja a Argelia para asistir a la Conferencia de la Liga por la Lucha de la Libertad de los Pueblos.

1977

20 de enero: Jimmy Carter, sucede al demócrata Gerald F. Ford en la Presidencia de los Estados Unidos.

24 de febrero-2 de marzo: Juan Bosch viaja a La Habana. Una delegación del Comité Dominicano de Amigos de Cuba, encabezada por Bosch, es invitada a La Habana con motivo del 82 aniversario del Grito de Bayre, última etapa de la guerra de independencia.

25 de marzo: Juan Bosch dicta conferencia sobre el origen de Panamá en el Centro Cultural Masónico de Santo Domingo.

16 de julio: Durante un acto celebrado en la Casa Nacional del PLD, Juan Bosch dona al Partido de la Liberación Dominicana la pensión de Presidente de la República la cual se había negado a percibir durante 13 años y 10 meses: RD\$79,789.67.

30 de septiembre: Puesta en circulación de nuevas ediciones de las obras de Juan Bosch: *Bolívar y la guerra social*, *Breve historia de la oligarquía*, *Tres conferencias sobre el feudalismo*, *El Napoleón de las guerrillas* y *Judas Iscariote el calumniado*, en el Centro Cultural Masónico de Santo Domingo.

10 de octubre: Se inician, con la participación de Juan Bosch, las transmisiones de La Voz del PLD, al través de Radio Continental.

1978

Principios de año: Se pone en circulación la obra de Juan Bosch *Viaje a los antípodas*.

16 de mayo: Antonio Guzmán, candidato del PRD, es elegido Presidente de la República. El PLD participa por primera vez en elecciones.

21 de junio: Juan Bosch somete a la justicia a Jacobo Majluta, dirigente del PRD y Vice-presidente electo de la República, por difamación e injurias. Majluta no comparece ante el tribunal por razones médicas.

4 de julio: El director de Radio Continental suspende la emisión del programa La Voz del PLD debido a declaraciones emitidas por Juan Bosch relativas a las cancelaciones de tres periodistas de *El Nacional de ¡Ahora!* por el hecho de ser miembros del PLD. Según Bosch las cancelaciones de los periodistas se hacía en represalias al reciente sometimiento a la Justicia por difamación e injurias al director del diario, Rafael Molina Morillo.

3 de diciembre: Luis Herrera Campins, demócrata-cristiano, triunfa en las elecciones presidenciales de Venezuela.

1979

Finales de junio: Escritores e intelectuales de renombre internacional visitan a Bosch en Santo Domingo con motivo de su 70 aniversario.

30 de junio: Se llevan a cabo varias manifestaciones en ocasión del 70 aniversario de Juan Bosch con la presencia de diversas personalidades del mundo intelectual internacional, en particular Nicolás Guillén, Gabriel García Márquez, Miguel Otero Silva y Régis Debray.

13 de julio: Juan Bosch viaja a Cuba encabezando la delegación dominicana para participar en las celebraciones del Tercer Festival de Artes Creativas del Caribe (CARIFESTA), del cual Bosch era invitado de honor. Durante este festival le fue rendido un homenaje a Juan Bosch.

17 de julio: La dictadura de la familia Somoza es derrocada en Nicaragua. El Frente Sandinista de Liberación Nacional toma el poder.

1980

Enero: Comienza a circular el primer número de *Política: teoría y acción*, revista teórica del Partido de la Liberación Dominicana.

24 de marzo: El arzobispo Oscar Romero es asesinado en El Salvador.

24 de mayo: Bosch participa en el Foro Internacional de la Paz que tuvo lugar en Viena. Primera edición de *Conferencias y artículos*.

4 de noviembre: Ronald Reagan es elegido Presidente de los Estados Unidos de América.

1981

10 de mayo: François Mitterrand, candidato del Partido Socialista Francés, es elegido Presidente de Francia. Bosch viaja a París, invitado por el Presidente Mitterrand, a su toma de posesión.

1982

16 de mayo: Salvador Jorge Blanco, candidato del PRD, es elegido Presidente de la República. El PLD obtiene sus primeros diputados.

Durante el año: Bosch, en colaboración con el venezolano Luis Cordero Velásquez, publica en Caracas, Venezuela, *Juan Vicente Gómez: camino del poder*.

3 de julio: El Presidente de la República Dominicana, Antonio Guzmán, se suicida en su despacho del Palacio Nacional.

9-13 de septiembre: Juan Bosch participa en México en el Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Norteamericanos Diálogo de las Américas.

20 de octubre: El gobierno cubano condecora a Juan Bosch con la Orden Félix Valera. Durante el año publica *La Guerra de la Restauración y Clases sociales en la República Dominicana*.

10 de diciembre: Gabriel García Márquez obtiene el Premio Nobel de Literatura.

1983

Marzo: Casa de las Américas de Cuba publica una selección de relatos de Juan Bosch: *Cuentos*.

23 de abril: *Conferencias y artículos* de Juan Bosch sale a la luz pública en Santo Domingo.

Noviembre: Juan Bosch publica *El Partido: concepción, organización y desarrollo*.

1984

8 de febrero: Bosch viaja a Quito, Ecuador, para participar en la audiencia solemne del Tribunal Anti-imperialista de Nuestra América (TANA), del cual era miembro.

23-24-25 de abril: Protestas populares en los barrios de Santo Domingo contra el alza de los precios a los alimentos de primera necesidad. La represión de esas protestas se convierte en masacre.

Durante el mes: se publica en Santo Domingo, *Capitalismo, democracia y liberación nacional*.

1985

22 de abril: Juan Bosch participa en España en la reunión de ex-presidentes de América Latina, España y Portugal para tratar sobre la Educación, la Ciencia y la Cultura.

1 de agosto: Juan Bosch participa en el encuentro celebrado en La Habana, Cuba, sobre la Deuda Externa en América Latina.

Durante el año: Se publican dos libros de Bosch en Santo Domingo: *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana* y *La fortuna de Trujillo*.

1986

Febrero: La dictadura de la familia Duvalier llega a su fin en Haití. Bosch publica *La Guerra de la Restauración*.

16 de mayo: Joaquín Balaguer es elegido Presidente de la República. El PLD obtiene dos senadores y 19 diputados. Bosch publica, en septiembre, *El Capitalismo tardío en la República Dominicana*.

1987

Marzo: Se edita en Santo Domingo *Máximo Gómez: de Monte Cristi a la gloria, tres años de guerra en Cuba*.

15 de septiembre: Es puesto en circulación en Santo Domingo un nuevo libro de Bosch: *El Estado, sus orígenes y desarrollo*.

20 de diciembre: El Ayuntamiento de La Vega, ciudad natal de Bosch, le declara hijo preclaro de la ciudad.

1988

Enero: La Editora Alfa y Omega publica *Textos culturales y literarios* de Juan Bosch.

28 de febrero: El Partido de la Liberación Dominicana adopta el boschismo como teoría del Partido.

24 de marzo: Es puesta en circulación, en la Maison de l'Amérique latine de París, la colección de cuentos de Juan Bosch, traducidos por Guillermo Piña-Contreras y Françoise Mironneau, *Vers le port d'origine*.

10 de junio: El Presidente Fidel Castro condecora a Juan Bosch con la orden de José Martí, la más alta distinción que otorga el gobierno cubano.

Julio: Juan Bosch es invitado a la Convención del Partido Demócrata de los Estados Unidos de América.

Septiembre-octubre: Se ponen en circulación tres obras de Bosch: *Las dictaduras dominicanas*, *33 artículos de temas políticos* y *Póker de espanto en el Caribe*.

2 de noviembre: La sala capitular del Ayuntamiento de La Vega designa una calle con el nombre de José Bosch Subirats.

15 de noviembre: Juan Bosch obtiene el Premio de mejor libro de cuentos extranjeros, de la Fundación FNAC de París, por su libro *Vers le port d'origine*.

9 de diciembre: Juan Bosch es proclamado candidato a la Presidencia de la República Dominicana por el Partido de la Liberación Dominicana para las elecciones del 16 de mayo de 1990.

11 de diciembre: Gran marcha nacional por la patria del PLD, con miras a las elecciones de 1990.

15 de diciembre: 15° aniversario de la fundación del Partido de la Liberación Dominicana.

17 de diciembre: Acto de develización con la presencia de Juan Bosch, organizado por el Ayuntamiento de La Vega, de los rótulos de las calles de esa ciudad con los nombres de José Bosch Subirats, padre de Juan Bosch, y Mario Sánchez Guzmán, mejor amigo de Bosch. Recibe el Tamarindo de Oro de La Vega.

1989

7 de enero: Muere en Tokyo el emperador Hiro-Hito de Japón.

10 de enero: Juan Bosch viaja a Puerto Rico para encabezar los actos celebrados en conmemoración del 150 aniversario del natalicio de Eugenio María de Hostos. La Universidad de Puerto Rico le declara Ciudadano Hostiano Distinguido.

23 de enero: Muere en Cadaqués, España, el pintor Salvador Dalí.

Durante el mes: Bosch declara ante la prensa dominicana que no es enemigo de la Iglesia.

7 de febrero: Tras golpe de Estado contra Alfredo Stroessner terminan 35 años de dictadura en Paraguay.

1 de abril: Invitado por el Comité de Amigos, Juan Bosch dicta conferencia en el Centro de Estudios Avanzados de San Juan, Puerto Rico, sobre la problemática dominicana.

4 de abril: La America Society de la Universidad de Columbia, New York, invita a Juan Bosch a dictar una serie de conferencias sobre Eugenio María de Hostos y sobre política dominicana.

7 de abril: El Departamento de Español de la Universidad de New York organiza un panel de discusión sobre su obra. Durante su permanencia en esa ciudad se reúne con Edward Koch, alcalde de New York.

1 de mayo: Primeras elecciones libres en Paraguay desde 1928, el general Andrés Rodríguez es elegido Presidente de la República.

14 de mayo: Carlos Menem, candidato peronista, es elegido Presidente de Argentina.

19 de mayo: Juan Bosch rinde homenaje al coronel Rafael Tomás Fernández ante la tarja conmemorativa en el lugar donde cayó durante la Revolución de abril de 1965.

4 de junio: Represión en Pekín contra los manifestantes de la plaza Tian Anmen. Muere en Teherán el imán Ruhollah Khomeyni, guía de la República islámica de Irán.

18 de junio: Solidarnosc, sindicato dirigido por Lech Walessa, resulta ganador en las elecciones legislativas de Polonia.

23 de junio: Se inician las festividades del ochenta aniversario de Juan Bosch y cincuenta años de actividad política organizadas por el Comité Pro-Homenaje.

26 de junio: En acto celebrado en el Palacio Nacional, el Presidente de la República, Joaquín Balaguer, impone a Juan Bosch la condecoración de la Orden del Mérito de Duarte, Sánchez y Mella, Gran Cruz Placa de Oro.

27 de junio: Se inaugura una Exposición Iconográfica titulada *Juan Bosch, un hombre de siempre* en el Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo. Se proyecta por televisión el documental de Guillermo Piña-Contreras, *Juan Bosch: un hombre de su tiempo*.

28 de junio: Una exposición de artistas plásticos dominicanos en honor a Juan Bosch, se inaugura en la Galería de Arte Moderno de Santo Domingo.

29 de junio: Un coloquio sobre la narrativa latinoamericana, con la participación de Juan Bosch y de varias personalidades internacionales, tiene lugar en el Auditorio del Banco Central de Santo Domingo.

30 de junio: En un acto solemne en el Teatro Nacional de Santo Domingo, se ponen en circulación los dos primeros volúmenes de las *Obras Completas* de Juan Bosch.

14 de julio: El PLD, un partido nuevo en América y la segunda edición de *Póker de espanto en el Caribe* de Juan Bosch, son puestos en circulación en el CODIA de Santo Domingo.

16 de julio: Muere en Cuba el poeta Nicolás Guillén.

4 de agosto: Jaime Paz Zamora es elegido Presidente de Bolivia.

2 de septiembre: La Feria del Libro de Juan Bosch es inaugurada en La Romana. Esta feria recorrerá 14 municipios de la República Dominicana.

10 de septiembre: Hungría abre sus fronteras a los alemanes de la República Democrática de Alemania y autoriza la libre circulación de sus ciudadanos.

27 de septiembre: Juan Bosch denuncia intento de fraude electoral a través de la cédula de identidad.

2 de octubre: Juan Bosch viaja a los Estados Unidos para participar en diversos eventos culturales y políticos. Mesa redonda en la Biblioteca del Congreso sobre Historia del Caribe; reunión en la Cámara de Comercio Iberoamericana; encuentro con Joao Baena Soares, Secretario General de la Organización de Estados Americanos; reunión con miembros del Senado y de la Cámara de Representantes; conferencia en Georgetown University sobre La Crisis económica y su impacto en la política dominicana, seguida de un almuerzo-diálogo en la facultad de relaciones exteriores de la referida Universidad; en Washington, entrevista con Bernard Awnson, Secretario de Estado Adjunto para asuntos iberoamericanos del Departamento de Estado; y, en New York, asiste como invitado de honor a la Misa de la Hispanidad, y se reúne luego con el Cardenal O'Connors.

18 de octubre: Erich Honecker, Presidente de la República Democrática Alemana, renuncia a sus funciones.

19 de octubre: Camilo José Cela obtiene el Premio Nobel de Literatura.

29 de octubre: Juan Bosch viaja a Venezuela en donde fue objeto de varios homenajes del Congreso venezolano y del Ateneo de Caracas. Dicta conferencia en la Universidad Central de Venezuela; la Gobernación del Estado de Miranda le hace Huésped Distinguido. Se entrevista con el Presidente Carlos Andrés Pérez.

5 de noviembre: Juan Bosch, invitado por el Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Harvard, dicta conferencia sobre literatura y política. Luego dicta conferencias en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) y en la Northeastern University.

10 de noviembre: Destrucción del muro de Berlín. Se inicia el proceso de reunificación de Alemania.

14 de diciembre: Patricio Aylwin es elegido Presidente de Chile poniendo fin a 16 años de la dictadura de Augusto Pinochet.

17 de diciembre: Fernando Collor de Melo es elegido Presidente de Brasil.

22 de diciembre: Nicolae Ceaucescu, Presidente de Rumanía, y su esposa son ejecutados por un tribunal popular.

Principios de diciembre: Juan Bosch se reúne con Felipe González, Presidente del Gobierno Español, en el Palacio de la Moncloa. Dicta conferencia en la Universidad Complutense sobre su obra ensayística y participa en una mesa redonda sobre el mismo tema en el Ateneo de Madrid.

1990

Principios de año: Se publica en Santo Domingo *Temas económicos I* de Juan Bosch.

6 de febrero: Juan Bosch obtiene el Premio Nacional de Literatura de la Fundación Corripio, Santo Domingo.

11 de febrero: Nelson Mandela, prisionero desde 1962, es liberado en Africa del Sur.

21 de febrero: En San Juan, Puerto Rico, Bosch ofrece una charla sobre el programa de gobierno del PLD en el Centro de Convenciones de El Condado. En la Universidad de Puerto Rico, dicta conferencia sobre la realidad dominicana. Se entrevista con Miguel Hernández Agosto, Presidente del Senado.

26 de febrero: Violeta Chamorro es elegida Presidenta de Nicaragua.

13 de marzo: *El PLD, colección de estudios sociales*, de Juan Bosch sale a la luz en Santo Domingo.

26 de abril: Se publica el tomo III de las *Obras completas* de Juan Bosch.

16 de mayo: Joaquín Balaguer es elegido por quinta vez, en elecciones discutidas, como Presidente de la República. Bosch, candidato del Partido de la Liberación Dominicana, inconforme con los resultados, denuncia irregularidades en el conteo de los votos. El Presidente de Guatemala, Marco Vinicio Cerezo, en un mensaje, le expresa su solidaridad. El 21, se publica el tomo IV de las *Obras completas* de Juan Bosch.

6 de junio: En protesta por los resultados de las elecciones del 16 de mayo, Juan Bosch devuelve al Presidente Balaguer la condecoración de la Orden del Mérito Duarte, Sánchez y Mella que había recibido el 26 de junio de 1989.

12 de junio: Muere José Figueres, ex-presidente de Costa Rica y amigo personal de Juan Bosch.

20 de junio: La Editora Dipa Verlag de Frankfurt, Alemania, publica antología de cuentos de Juan Bosch, traducidos por Klaus Jetz, bajo el título de *Das Mädchen aus La Guaira*.

30 de junio: Puesta en circulación de los tomos III y IV de las *Obras Completas* de Juan Bosch.

10 de julio: Durante una visita a Santo Domingo, Camilo José Cela, premio Nobel de Literatura, emite opiniones de respeto y de admiración sobre la obra de Juan Bosch.

2 de agosto: Irak invade Koweit.

10 de agosto: Puesta en circulación del tomo II de *Temas económicos* de Juan Bosch.

2 de octubre: Juan Bosch pronuncia el discurso de clausura en el Congreso Iberoamericano de Periodistas que tuvo lugar en Santa Cruz de Tenerife, Canarias, España.

3 de octubre: Reunificación de Alemania.

11 de octubre: El escritor mexicano Octavio Paz obtiene el Premio Nobel de Literatura.

5 de noviembre: En rueda de prensa, Juan Bosch, ante la crisis política y económica que vivía la República Dominicana, pide al Presidente Balaguer que renuncie.

22 de noviembre: Margaret Thatcher renuncia como Primer Ministro de Inglaterra, John Major la reemplaza.

1 de diciembre: Es terminado el túnel bajo el Canal de la Mancha que une Francia e Inglaterra.

17 de diciembre: Jean-Bertrand Aristide es elegido Presidente de Haití.

Diciembre: Se inaugura en Salcedo, con la asistencia de Juan Bosch, la Plazoleta Hermanas Mirabal.

1991

Enero: Juan Bosch inicia sus colaboraciones para la Agencia EFE en la rúbrica *Crónica de Nuestro Mundo*.

4 de enero: Juan Bosch participa en México en el Foro Internacional sobre la Situación de América Latina auspiciado por el Foro Internacional Independiente 1492-1992 y el Centro de Estudios Internacionales (México-Alemania).

16 de enero: Se inicia, luego de varios meses de negociaciones para que Irak se retirara de Koweit, la guerra del Golfo Pérsico.

1 de marzo: Irak capitula y se retira de Koweit.

15 de marzo: Juan Bosch hace pública su renuncia a su condición de miembro y Presidente del PLD. Durante el mes, se publica *Temas históricos I*.

21 de marzo: Juan Bosch revoca su renuncia a petición popular de los organismos del PLD.

4 de mayo: Ateneo Amantes de la Luz de Santiago entrega a Juan Bosch la medalla Pro-Arte Nacional.

22 de mayo: Puesta en circulación de *Breve historia de los pueblos árabes*.

24 de mayo: Juan Bosch dicta conferencia, "30 años después de la muerte de Trujillo", en el Club de Comercio de Puerto Plata. En la India, Rajiv Gandhi, Primer Ministro, es asesinado.

15 de junio: Boris Yeltsin es elegido Presidente de la Federación de Rusia.

17 de junio: Abolición del apartheid en Africa del Sur.

24 de junio: Se publica el tomo V de las *Obras completas* de Juan Bosch.

28 de junio: Juan Bosch dicta charla sobre los "Orígenes del Caribe" ante la Asociación de Funcionarios Diplomáticos acreditados en República Dominicana en el Hotel Lina de Santo Domingo.

2 de agosto: Puesta en circulación de la 5^a edición de *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*.

19 de agosto: Fracasa intento de golpe de Estado contra Gorvatchov en la Unión Soviética.

3 de septiembre: Sale a la luz el tomo VI de las *Obras completas* de Juan Bosch.

11 de septiembre: La Unión Soviética anuncia el retiro de su ayuda militar a Cuba.

18 de septiembre: Juan Bosch preside la inauguración del seminario auspiciado por el Ayuntamiento de La Vega, La Vega y su destino urbano.

1 de octubre: Golpe de Estado militar depone al Presidente de Haití Jean-Bertrand Aristide.

19-25 de octubre: Bosch visita, como invitado especial, la República de Taiwan. El 24, se publica el tomo VII de sus *Obras completas* en Santo Domingo.

14 de noviembre: Juan Bosch preside la apertura del III Congreso Nacional del Movimiento Campesino Independiente (MCI), en el Banco Agrícola de Santo Domingo.

20 de noviembre: Oscar Arias, ex-presidente de Costa Rica y premio Nobel de la Paz, visita a Juan Bosch en Santo Domingo para invitarle a participar en el Congreso de la Organización Universitaria Interamericana.

8 de diciembre: La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es reemplazada por una Comunidad de Estados Independientes. Gorvatchov renuncia el 25 de diciembre.

Finales de año: La revista *Américas* de la OEA publica en inglés, "La bella alma de Don Damián" de Juan Bosch.

1992

1 de enero: Publicación del tomo VIII de las *Obras completas* de Juan Bosch.

16 de enero: El Frente guerrillero Farabundo Martí firma un acuerdo de paz con el Gobierno salvadoreño.

4 de febrero: Fracasa intento de golpe de Estado militar en Venezuela. El coronel Hugo Chávez, jefe golpista, es hecho prisionero.

Febrero: Juan Bosch inaugura la Casa de la Cultura de La Vega y su anfiteatro auspiciados y construidos por el Ayuntamiento de La Vega. En La Romana, preside el acto de inauguración del Parque del Barrio San Carlos construido por el Ayuntamiento de esa ciudad.

6 de marzo: Alberto Fujimori disuelve el Parlamento de Perú.

6 de abril: Comienza la guerra en Bosnia, Yugoslavia.

7 de abril: El embajador de Ecuador en República Dominicana, Horacio Sevilla Borja, hace la presentación de la edición dominicana de *Simón Bolívar: biografía para escolares* de Juan Bosch.

10 de abril: El Ayuntamiento de Bonao declara a Juan Bosch Visitante Distinguido.

21 de mayo: El Tratado de Maastricht que crea la Unión Europea, es ratificado en Londres.

28 de mayo: Puesta en circulación de las obras de Juan Bosch: *Indios, apuntes históricos y leyendas* y *Simón Bolívar: biografía para escolares* en la Universidad Católica Madre y Maestra y en el Ateneo Amantes de la Luz, de Santiago. Es declarado Hijo Adoptivo del Municipio por el cabildo de esa ciudad.

Durante el mes de junio: Juan Bosch dicta conferencia en Ponce, Puerto Rico, sobre la situación política de la República Dominicana.

29 de junio: En ocasión del 83 aniversario de Juan Bosch, se inaugura la Primera Exposición Colectiva de Artistas Visuales de la Colección Permanente de Pinturas Dominicanas en el Hostal Nicolás de Ovando de Santo Domingo.

10 de julio: El general Noriega, ex-presidente de Panamá, es condenado a 40 años de prisión por tráfico de drogas por un tribunal de Estados Unidos.

10 de septiembre: Juan Bosch es investido como Profesor Honorario de las Facultades de Humanidades, Ciencias Económicas y Sociales, y Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

12 de septiembre: Abimael Guzmán, líder y jefe del movimiento guerrillero Sendero Luminoso, es hecho prisionero en Lima, Perú.

29 de septiembre: Fernando Collor de Melo, Presidente de Brasil, es destituido de sus funciones por corrupción.

10 de octubre: Juan Bosch viaja a los Estados Unidos en donde agota una agenda de quince días visitando New York, Boston, Washington y Virginia como conferencista invitado de varias universidades norteamericanas. Durante ese recorrido, se reúne con el Alcalde de New York, Sr. David Dinkins. En Santo Domingo, el papa Juan Pablo II asiste a la Conferencia Episcopal.

12 de octubre: República Dominicana celebra el V Centenario del Descubrimiento de América. Se inaugura el monumental Faro a Colón.

16 de octubre: El Premio Nobel de la Paz es concedido a la guatemalteca Rigoberta Menchú.

Principios de noviembre: Juan Bosch visita la Feria del Libro de Providence, Rhode Island, como invitado especial.

3 de noviembre: Bill Clinton, candidato del Partido demócrata, es elegido Presidente de Estados Unidos.

10 de noviembre: Muere en Santo Domingo Isabel García Aguiar, primera esposa de Juan Bosch.

27 de noviembre: La Fundación Ayacucho de Venezuela publica una antología de Bosch: *Cuentos selectos*.

13 de diciembre: Juan Bosch es proclamado candidato a la Presidencia por el PLD, para las elecciones del 16 de mayo de 1994.

1993

1 de enero: La República de Checoslovaquia decide dividirse en las repúblicas Checa y Eslovaca.

19 de enero: Juan Bosch es investido como Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

28 de marzo: A instancias de Juan Bosch se constituye el Frente Patriótico Nacional que agrupa varios partidos y organizaciones políticas.

1 de mayo: Pierre Berégovoy, ex-primer ministro de Francia, se suicida.

20 de mayo: El Presidente Carlos Andrés Pérez es destituido por la Suprema Corte de Venezuela por corrupción.

25 de mayo: Fracasa golpe de Estado civil del Presidente Jorge Serranola al decidir disolver el Parlamento, la Suprema Corte y las garantías individuales de Guatemala. El 5 de junio el Parlamento designa a Ramiro León Carpio como Presidente.

28 de mayo: Juan Bosch es investido como Doctor Honoris Causa en Letras por el City College de la Universidad de New York.

6 de junio: El Partido Socialista español gana las elecciones legislativas en España. Felipe González, a pesar de no tener la mayoría, se mantiene como Presidente del Gobierno Español.

24 de junio: El Comité Central del PLD ofrece almuerzo de gala en honor a Juan Bosch, en ocasión de su 84 aniversario.

29 de junio: Puesta en circulación del tomo IX de las *Obras completas* de Juan Bosch en Casa de Bastidas, Santo Domingo.

30 de junio: En ocasión del natalicio de Juan Bosch y de sus bodas de oro con Carmen Quidiello de Bosch, una serie de actos son realizados en su honor por el PLD y el Comité de Homenaje a Juan Bosch.

2 de julio: Puesta en circulación del cassette *Cuentos de Juan Bosch*, narrados por Freddy Ortiz, con los siguientes cuentos: lado A: 1) "La mujer", 2) "El cuchillo", 3) "En un bohío", 4) "El resguardo"; lado B: 1) "Los amos", 2) "El algarrobo", 3) "El alzado", 4) "Un niño".

27 de julio: Fidel Castro autoriza la circulación de dólares e invita a sus compatriotas del exilio a invertir en Cuba.

31 de julio: Muere el rey Balduino de Bélgica.

31 de octubre: En Roma, fallece el cineasta Federico Fellini.

1 de noviembre: El Tratado de Maastricht entra en vigor. La Comunidad Económica Europea se transforma en Unión Europea.

8 de noviembre: El pintor Osvaldo Guayasamín autoriza al PLD la reproducción en serigrafía del retrato que hiciera de Bosch en 1981.

14 de noviembre: Puerto Rico rechaza, por plesbicitico, convertirse en el 51° Estado de la Unión.

12 de diciembre: El demócrata-cristiano Eduardo Frei es elegido Presidente de Chile.

15 de diciembre: El PLD conmemora su 20° aniversario.

23 de diciembre: El Partido de la Liberación Dominicana y el Frente Nacional Progresista, firman un acuerdo electoral.

1994

7 de enero: Insurrección de campesinos en Chiapas, México.

2 de febrero: Rafael Caldera asume la Presidencia de Venezuela.

6 de febrero: Triunfa José Figueres (hijo) en las elecciones presidenciales de Costa Rica.

23 de marzo: Luis Donald Colosio, candidato a la Presidencia de México por el PRI, es asesinado.

Principios de abril: Juan Bosch es operado de cataratas en Boca Ratón, West Palm Beach, Florida. Regresa al país el 21 de abril.

24 de abril: El derechista Armando Calderón Sol es elegido Presidente de El Salvador.

8 de mayo: Ernesto Pérez Balladares, del Partido Revolucionario Democrático, es elegido Presidente de Panamá.

10 de mayo: Nelson Mandela, elegido Presidente de África del Sur el 29 de abril, toma posesión.

16 de mayo: En República Dominicana, tras elecciones discutidas, Joaquín Balaguer, candidato a la Presidencia de la República por el Partido Reformista Social-Cristiano, resulta triunfador en las elecciones presidenciales derrotando a José Francisco Peña Gómez, candidato del Partido Revolucionario Dominicano.

3, 13 y 15 de junio: Miles de cubanos se asilan en las embajadas de Bélgica, Alemania y Chile en La Habana.

19 de junio: En el II Pleno Nacional de Dirigentes, Juan Bosch renuncia a sus posiciones ejecutivas en el PLD poniendo fin a 56 años de actividad política.

27 de junio: Juan Bosch recibe en homenaje una placa de reconocimiento del programa de televisión El Show del Mediodía, y de El Gordo de la Semana por sus años de servicios en beneficio de los mejores intereses de la Patria.

30 de junio: 85 aniversario de Juan Bosch. "Lo Mejor de lo Nuestro", programa de la emisora La Superpotente entrega una placa de reconocimiento

a Bosch por los aportes a la literatura y al adecentamiento de la vida política dominicana.

1 de julio: Yasser Arafat vuelve a Gaza luego de 27 años de exilio.

2 de julio: La Fundación Guayasamín invita a Juan Bosch a la celebración del 75 aniversario del reconocido artista ecuatoriano.

25 de julio: Tratado de Paz entre Israel y Jordania.

7 de agosto: El Gobierno de Cuba autoriza la salida de los cubanos de las embajadas de Bélgica, Alemania y Chile.

22 de agosto: Ernesto Zedillo, candidato del PRI, es elegido Presidente de México.

20 de septiembre: Intervención militar de Estados Unidos en Haití. Regresa el 15 de octubre Jean-Bertrand Aristide.

3 de octubre: Fernando Cardoso es elegido, en la primera vuelta, Presidente de Brasil.

10 de octubre: El v Congreso del Partido de la Liberación Dominicana proclama a Juan Bosch Presidente Ad Vitam del Partido.

21 de octubre: Juan Bosch es investido como Doctor Honoris Causa en Humanidades de la Universidad O & M de Santo Domingo.

24 de noviembre: El Senado y la Cámara de Diputados de la República Dominicana declaran a Juan Bosch Maestro de la Política y Gloria Nacional.

27 de noviembre: Julio María Sanguinetti resulta ganador en las elecciones presidenciales de Uruguay.

1995

26 de enero: Juan Bosch recibe el premio El Guachupitazo de Oro, por su trascendencia en la vida nacional. 29 de enero: Conflicto fronterizo entre Ecuador y Perú.

17 de febrero: Ecuador y Perú firman una declaración de paz sin llegar a un acuerdo definitivo sobre el problema fronterizo.

27 de febrero: Durante el acto inaugural del IV Congreso de la Vanguardia Estudiantil Dominicana (VED), Juan Bosch recibe una placa de reconocimiento por sus aportes a la educación y a la ciencia.

2-6 de marzo: Juan Bosch es hospitalizado tras sufrir un desmayo provocado por un acceso de lipotimia.

26 de marzo: Entra en vigor el Acuerdo de Schengen que permite la libre circulación en los países fronterizos con Francia y España.

31 de marzo: Las tropas de Estados Unidos en Haití son reemplazadas por las de la ONU.

7 de abril: Juan Bosch es declarado miembro honorario de la Asociación Médica Dominicana (AMD).

9 de abril: Alberto Fujimori es reelegido, desde la primera vuelta, Presidente de Perú.

28 de abril: Puesta en circulación de la pieza de teatro *La eterna Eva y el insoportable Adán*, de Carmen Quidiello de Bosch.

4-7 de mayo: Representación en el teatro de Bellas Artes de *La eterna Eva y el insoportable Adán*, de Carmen Quidiello de Bosch.

7 de mayo: Jacques Chirac es elegido Presidente de Francia.

14 de mayo: Carlos Menem es reelegido, desde la primera vuelta, Presidente de Argentina.

22 de junio: Exposición colectiva de pintura, en conmemoración del natalicio de Juan Bosch en el Hostal Nicolás de Ovando de Santo Domingo.

24 de junio: Coloquio sobre la vida y obra de Juan Bosch en el Auditorio del Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.

28 de junio: Juan Bosch recibe del Ayuntamiento de Baní una placa de reconocimiento y lo declara Hijo Distinguido de la ciudad.

29 de junio: La Secretaría de Asuntos Culturales del Partido de la Liberación Dominicana celebra encuentro artístico con Juan Bosch con la participación de varios artistas nacionales en ocasión del natalicio del político.

30 de junio: 86 aniversario de Juan Bosch. Transmisión de programa especial sobre la Vida y obra de Juan Bosch al través de una cadena de emisoras en todo el territorio nacional. Encuentro de confraternidad en homenaje a Juan Bosch con la participación de personalidades políticas, empresariales e intelectuales entre los que se distinguen al Presidente de la República Joaquín Balaguer, a José Francisco Peña Gómez y al Cardenal Monseñor Nicolás de Jesús López Rodríguez, entre otros.

5 de septiembre: Se autoriza en Cuba la creación de empresas con capital extranjero.

24 de septiembre: Juan Bosch es investido como Doctor Honoris Causa de la Universidad Tecnológica de Santiago (UTESA).

30 de septiembre: Durante el Festival de Teatro de La Habana, se presenta en el Teatro Nacional de Cuba, *La eterna Eva y el insoportable Adán* de Carmen Quidiello de Bosch.

22 de octubre: Celebración del 50 aniversario de la ONU.

4 de noviembre: El Primer Ministro de Israel, Ytzaak Rabin, es asesinado.

18 de noviembre: El Papa Juan Pablo II rechaza la ordenación de mujeres.

14 de diciembre: Se firma en París el Acuerdo de Paz concluido en Dayton entre los presidentes de Bosnia, Serbia y Croacia.

17 de diciembre: René Preval es elegido Presidente de Haití.

1996

7 de enero: Álvaro Arzú es elegido Presidente de Guatemala.

8 de enero: Muere en París François Mitterrand.

29 de enero: Juan Bosch recibe placa de reconocimiento por sus aportes a la cultura dominicana y por su condición de ciudadano ejemplar, durante la ceremonia de entrega de los Premios Casandra.

16 de febrero: Se firma en Chiapas, México, el primer acuerdo entre el Gobierno y el Movimiento de Campesinos Zapatistas en donde se le reconoce una cierta autonomía a los indígenas del país.

3 de marzo: El Partido Popular de José María Aznar, sale victorioso en las elecciones legislativas de España.

7 de marzo: Henri Vidal, embajador de Francia en República Dominicana, impone a Juan Bosch la Orden del Mérito en el grado de Comendador en Artes y Letras. 20 de marzo: Se detecta en Inglaterra la epidemia conocida como la "vaca loca".

4 de mayo: José María Aznar es designado Presidente del gobierno español.

6 de mayo: Luego de 36 años de guerra y de más de 100,000 muertos, la guerrilla y el gobierno guatemalteco firman en México un acuerdo sobre la tierra, la educación y la salud.

2 de junio: El Partido de la Liberación Dominicana y el Partido Reformista Social-Cristiano firman un Pacto Patriótico Nacional en apoyo al candidato del PLD, Leonel Fernández, para la segunda vuelta de las elecciones presidenciales del 30 de junio.

4 de junio: La Organización de Estados Americanos (OEA), reunida en Panamá, rechaza por unanimidad la ley Helmes Burton, del 12 de marzo de 1996, que refuerza el embargo de Estados Unidos a Cuba.

30 de junio: Leonel Fernández, candidato del PLD, es elegido Presidente de la República Dominicana. Juan Bosch cumple 87 años.

7 de julio: Abdalá Bucaram, del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE, populista), es elegido Presidente de Ecuador.

11 de julio: Estados Unidos niega visa al Presidente de Colombia Ernesto Semper al acusarlo de estar ligado al tráfico de drogas.

16 de agosto: Leonel Fernández Reyna se juramenta como Presidente de la República Dominicana.

3 de octubre: La escritora polaca Wyslawa Szymborska obtiene el Premio Nobel de Literatura.

20 de octubre: Arnoldo Alemán, candidato de Alianza Liberal, es elegido Presidente de Nicaragua.

5 de noviembre: Bill Clinton es elegido Presidente de Estados Unidos por segunda vez. Roosevelt y Clinton han sido los únicos del Partido Demócrata reelegidos en la historia de ese país.

9-11 de noviembre: La VI Cumbre Iberoamericana tiene lugar en Viña del Mar, Chile. Se condena enérgicamente la ley Helmes-Burton que refuerza el embargo de Estados Unidos contra Cuba. Fidel Castro, Presidente de Cuba, firma la declaración final consagrada al pluralismo político.

19 de noviembre: Fidel Castro es recibido por Juan Pablo II en El Vaticano y le invita a visitar Cuba.

7-8 de diciembre: Los representantes de 27 países del Continente americano de 34 países invitados (con excepción de Cuba), reunidos en Santa Cruz, Bolivia, adoptan un plan de acción para un desarrollo viable del Continente.

17 de diciembre: El ganés Kofi Anan es designado, por aclamación de la Asamblea General, como Secretario General de las Naciones Unidas. Un comando del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) toma como rehenes a más de 300 personas en la Embajada del Japón en Lima, y exige la liberación de 500 de sus militantes, encarcelados en Perú, entre los cuales se encuentra su máximo dirigente, Víctor Polay.

29 de diciembre: El Presidente Álvaro Arzú y los representantes de la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), firman en Guatemala un acuerdo de paz, poniendo fin a treinta años de guerra civil.

1997

6 febrero: El Presidente de Ecuador, Abdalá Bucaram, es destituido por "incapacidad física y mental".

22 de abril: Las unidades especiales del ejército peruano irrumpen en la residencia del embajador japonés en Lima y abaten a los 14 miembros del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA), que retenían, desde el 17 de diciembre de 1996, a 72 rehenes. Uno de los rehenes y dos militares mueren durante el asalto. Se crea una polémica en torno a las circunstancias de la muerte de los miembros del comando.

30 de junio: Juan Bosch celebra en La Habana, Cuba, su 88 aniversario.

7 de julio: Juan Bosch y Carmen Quidiello de Bosch regresan a Santo Domingo desde La Habana, Cuba.

27 de julio: *Vanguardia del Pueblo*, órgano del PLD, rinde homenaje a Juan Bosch y le hace entrega de una placa de reconocimiento por su obra política y literaria.

5 de agosto: En Bolivia, el antiguo dictador Hugo Bánzer, quien dirigió el gobierno militar de 1971 a 1978, es elegido Presidente de la República.

6 de octubre: El Premio Nobel de Literatura es otorgado al dramaturgo italiano Dario Fo.

26 de octubre: En Argentina, las elecciones legislativas parciales dan la victoria a la coalición de oposición La Alianza, en detrimento del Partido Justicialista del Presidente Carlos Saúl Menem quien, hasta ese momento, contaba con la mayoría absoluta del Congreso.

5 de noviembre: Alumnos dominicanos del fallecido ex-presidente de Costa Rica José Figueres, y del Profesor Juan Bosch en el Instituto de Estudios Políticos de San José, ofrecen un almuerzo en homenaje a estos

dos maestros de la política latinoamericana. Al acto asistió José Figueres hijo, ex-presidente de Costa Rica.

16 de noviembre: Fallece en Francia Georges Marchais, Secretario General del Partido Comunista francés de 1969 a 1994.

20 de noviembre: El Gobierno de Venezuela condecora a Juan Bosch con la Orden del Libertador Simón Bolívar, en el grado de Gran Cordón.

15 de diciembre: El PLD celebra sus 24 años de fundación.

18 de diciembre: Una nueva especie de palmera es bautizada con el nombre de *Coccothrinax boschiana* en honor a Juan Bosch. La planta, endémica de la isla, fue sembrada formalmente durante un acto en la Plaza Central del Jardín Botánico Nacional.

25 de diciembre: Un mes antes de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, Fidel Castro autoriza excepcionalmente la celebración de la Navidad en Cuba.

1998

Durante el año: La Universidad de Puerto Rico edita una *Antología personal* de Juan Bosch. El PLD publica en un libro sus trabajos en *Vanguardia del Pueblo* bajo el título de *El Periódico del Partido y la comunicación de masas*, y la Presidencia de la República dos volúmenes de sus *Discursos políticos*.

10 de marzo: El General Augusto Pinochet, dictador de Chile de 1973 a 1990, abandona la jefatura del ejército. Es nombrado Senador vitalicio.

24-25 de marzo: En Argentina, el Parlamento adopta un texto no retroactivo mediante el cual se anulan las amnistías votadas en 1987 en favor de los militares culpables de violaciones a los derechos humanos durante los años de la dictadura (1976-1983).

2 de abril: Madrid normaliza sus relaciones diplomáticas con Cuba y nombra a Eduardo Junco como embajador en La Habana.

18-19 de abril: Al terminar la Segunda Cumbre de las Américas en Santiago de Chile todos los países iberoamericanos, con excepción de Cuba, confirman su voluntad de crear una vasta zona, de Alaska a Tierra de Fuego, de libre intercambio (ALCA) en el 2005.

19 de abril: Fallece en México Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura en 1990.

7 de mayo: Juan Bosch es condecorado por el Gobierno francés con la Legión de Honor, en el grado de Gran Oficial.

10 de mayo: Raúl Cubas, candidato del Partido Colorado, es elegido Presidente de Paraguay.

Durante el mes de junio: Juan Bosch es investido como Doctor Honoris Causa en Humanidades de la Universidad Tecnológica del Cibao.

9 de junio: En Argentina, el antiguo jefe de la junta militar de 1976 a 1983, el General Jorge Videla es arrestado por “crímenes contra la humanidad” perpetrados durante la dictadura militar en contra de menores.

21 de junio: Andrés Pastrana Arango, candidato conservador, es elegido Presidente de Colombia.

30 de junio: Juan Bosch es investido como Doctor Honoris Causa en Humanidades de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

12 de julio: Jamil Mahuad es elegido Presidente de Ecuador.

13 de agosto: Los Presidentes del Ecuador y del Perú firman un acuerdo, en Brasilia, de retiro recíproco de sus fuerzas fronterizas abriendo la vía para una solución negociada del conflicto.

21-23 de agosto: Reunidos en Santo Domingo en ocasión de su primera cumbre, los jefes de Estado y de Gobierno del CARIFORUM, el cual reagrupa 14 países de la comunidad caribeña (CARICOM), incluyendo Haití y la República Dominicana, intentan crear una unión económica con Cuba.

30 de agosto: En Panamá, los electores panameños rechazan, por más de un 62% de votos, una reforma a la constitución que permitiría al Presidente social-demócrata, Ernesto Pérez Balladares, de presentarse en las elecciones presidenciales de 1999.

22 de septiembre: El ciclón George devasta la República Dominicana.

4 de octubre: Fernando Henrique Cardoso es elegido por segunda vez Presidente de Brasil.

8 de octubre: El Premio Nobel de Literatura es otorgado al escritor portugués José Saramago.

16 de octubre: Dos jueces españoles, Baltasar Garsón y Manuel García Castellán, quienes indagan sobre la operación “condor”, llevada a cabo por los dictadores de América Latina contra sus opositores, logran el arresto de Augusto Pinochet, antiguo Presidente chileno, en una clínica de Londres.

26 de octubre: Perú y Ecuador firman en Brasilia un acuerdo de paz global y definitivo que debe poner fin a 56 años de disputas fronterizas.

30-31 de octubre: El ciclón Mitch devasta América Central, principalmente Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala.

6 de diciembre: El antiguo coronel golpista Hugo Chávez, apoyado por la izquierda, es elegido Presidente de Venezuela.

13 de diciembre: Por tercera vez en treinta años, con 50.2% de los votos, los puertorriqueños se pronuncian por la vía del referéndum, contra la anexión de su territorio a los Estados Unidos de América en calidad de Estado 51 prefiriendo de esta manera mantener su estatus actual de Estado Libre y Asociado.

1999

14 de enero: Acusado de perjurio y obstrucción a la justicia en el caso Monica Lewinsky, se inicia el proceso por *impeachment* al presidente Clinton.

20 de enero: El general Reynaldo Bignone, último presidente de la Junta Militar argentina, es hecho prisionero por secuestro de niños en prisión durante la dictadura.

7 de febrero: Muere en Anmán el rey Hussein de Jordania.

12 de marzo: Hungría, Polonia y la República Checa adhieren a la OTAN.

24 de marzo: La OTAN inicia operaciones militares en Yugoslavia contra Serbia en exigencia de la liberación de la provincia de Kosovo.

12 de abril: El Presidente Clinton es reconocido, en el caso Paula Jones, culpable de ultraje a la Corte por un juez de Arkansas.

2 de mayo: Mireya Moscoso es elegida Presidenta de Panamá.

16 de mayo: Una fuerte abstención caracteriza el referendun en favor de los derechos ciudadanos a los indígenas de Guatemala. El "no" obtuvo 56% de los sufragios expresados.

17 de mayo: Ehud Barak, partidario de la Paz, es elegido Primer Ministro de Israel.

3 de junio: Las fuerzas de la OTAN entran en Kosovo luego del acuerdo firmado con la República Federal de Yugoslavia.

23 de junio: Un sello de la serie Escritores Contemporáneos Dominicanos del Instituto Postal Dominicano es emitido en honor a Juan Bosch en ocasión de su 90 aniversario.

Finales de junio: En ocasión del 90 aniversario de Juan Bosch, el Senado de la República le otorga un pergamino que lo acredita como uno de los más grandes líderes dominicanos del siglo XX. La Embajada dominicana en Quito, Ecuador, inaugura una biblioteca especializada con el nombre de Juan Bosch.

1 de julio: Circula documental, en formato vhs, de Guillermo Piña-Contreras, Juan Bosch: el camino de la historia.

3 de julio: Puesta en circulación de las ediciones gemelas de *Cuba, La isla fascinante*, de Juan Bosch. Acto simultáneo en la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana, y en la Biblioteca Nacional de Santo Domingo, República Dominicana. Puesta en circulación de *Novelas y leyendas completas*, de los tomos III y IV de sus *Discursos políticos* y una edición de *Prólogos* de Juan Bosch.

23 de julio: Muere en Rabat el rey Hassan II de Marruecos.

25 de julio: Los candidatos de Hugo Chávez obtienen 119 escaños de 128 en las elecciones legislativas de Venezuela.

17 de agosto: Terremoto deja un saldo de más de 40,000 víctimas en Turquía.

15 de septiembre: La ONU envía una fuerza multinacional al Timor Oriental para proteger su independencia.

30 de septiembre: El escritor alemán Gunter Grass obtiene el Premio Nobel de Literatura.

3 de octubre: El Partido Liberal, neo-nazi, obtiene 27% de sufragios en las elecciones legislativas de Austria para convertirse en la segunda fuerza política del país.

13 de octubre: La CIA compra a los rusos los archivos del servicio secreto de la República Democrática de Alemania, STASI.

15 de octubre: La Universidad, la Biblioteca Nacional y la Sociedad de Escritores de Chile hacen homenaje a Juan Bosch por su aporte a la literatura de lengua española. Bosch estuvo representado por su esposa Carmen Quidiello de Bosch.

19 de octubre: Muere en Francia la escritora Nathalie Sarraute, autor de *Tropisme*.

21 de octubre: Una mujer, Hélène Carrère d'Encausse, es elegida Secretaria Perpetua de la Academia Francesa.

28 de octubre: Muere el poeta español Rafael Alberti.

15 de noviembre: China entra en la Organización Mundial de Comercio (OMC).

4 de diciembre: Una mujer, Michèle Alliot-Marie, es elegida Presidenta del neo-gaullista Reunión para la República. El Presidente de Francia Jacques Chirac fue su fundador en 1978.

20 de diciembre: La Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) acoge propuesta de la Asociación de Periodistas Profesionales (APP) de la República Dominicana para otorgar a Juan Bosch el Premio José Martí a la Excelencia del Periodismo Dominicano, en su mención Escritor destacado del Siglo. La entrega de este galardón tendrá lugar el 5 de abril del 2000 dentro del marco de las celebraciones del Día del Periodista Dominicano.

22 de diciembre: Luego de ocho días de torrenciales aguaceros, una avalancha de lodo deja un saldo de más de 30,000 muertos en Venezuela.

31 de diciembre: Por problemas de salud, el Presidente de Rusia, Boris Yeltsin, renuncia.

2000

7 de enero: La Asociación de Clubes de Santo Domingo rinde homenaje a Juan Bosch en la cima del Pico Duarte.

7 de abril: Se le concede el premio "José Martí a la Excelencia del Periodismo Dominicano" de la Fundación Latinoamericana de Periodistas.

20 de abril: Se inaugura en Santo Domingo la III Feria Internacional del libro dedicada a Juan Bosch.

9 de agosto: Un busto de Juan Bosch es develizado en la Plaza de la Cultura de Santo Domingo.

2001

13 de febrero: VI Congreso del Partido de la Liberación Dominicana dedicado a Juan Bosch, presidente ad vitam del PLD.

22 de marzo: El Ministerio de Educación y Cultura del Ecuador otorga a Juan Bosch la Condecoración Nacional al Mérito de primera clase.

31 de mayo: El Poder Ejecutivo de la República Dominicana somete un proyecto de ley que designa con el nombre de Juan Bosch el edificio que aloja las oficinas gubernamentales de Santo Domingo.

2 de junio: Proyecto de ley del Poder Ejecutivo que convierte en Museo Juan Bosch el edificio donde estaba la casa en que nació Juan Bosch el 30 de junio de 1909 en La Vega, y designa una calle con su nombre.

21 de junio: José Rafael Lantigua presenta en Santo Domingo la edición de *Cuentos más que completos* de Juan Bosch publicado por la editorial Alfaguara en México.

13 de agosto: El Presidente de la República Dominicana, Hipólito Mejía, promulga la Ley 138-01 que designa con el nombre Juan Bosch la avenida Independencia de La Vega, la misma calle en que nació el escritor y político en 1909.

27 de agosto: Juan Bosch es hospitalizado tras sufrir deficiencia respiratoria provocada por un colapso del pulmón izquierdo. Es intervenido quirúrgicamente el 29. Es dado de alta el 6 de septiembre.

15 de septiembre: Juan Bosch es hospitalizado de urgencia en el centro médico Plaza de la Salud. El 28 es trasladado al Centro de Estudios Avanzados Dr. Abel González.

1 de octubre: Carmen Quidiello de Bosch propone la creación de un movimiento contra la violencia en República Dominicana.

1 de noviembre: Fallece Juan Bosch en el Centro de Estudios Avanzados Dr. Abel González de Santo Domingo.

2 de noviembre: Las exequias de Juan Bosch tienen lugar en el cementerio municipal de La Vega, su ciudad natal.

INTRODUCCIÓN

Pedro VERGÉS

El Cibao de Bosch

Antes de comenzar, quiero advertir al lector de lo siguiente. El análisis que hago en el presente ensayo se refiere única y exclusivamente a los cuentos cibaños de Bosch y, por lo tanto, no atañe a los que, incluidos también en el volumen, que no son, por otra parte, muchos, tienen lugar en otros escenarios y reflejan ambientes y personajes totalmente distintos¹. Pero la decisión no es caprichosa. Obedece al hecho de que el estudio completo de la obra de Bosch me ha llevado a considerarla como la suma de dos conjuntos claramente diferenciados entre sí. Uno corresponde al que he denominado “ciclo cibaño” y está caracterizado por su intención y su unidad temática. El otro representa la búsqueda de nuevos escenarios y está sujeto a nuevos intereses. Su rasgo principal es, al revés de lo que sucedía en el primero, el de la dispersión. Y así,

¹ Son los siguientes: “Un hombre virtuoso” (p.177), “Dos amigos” (p.285), “Los últimos monstruos” (p.299), “Luis Pie” (p.311) y “Fragata” (p.341), BOSCH, Juan, *Obras completas*, T I, Santo Domingo, Edición de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009. En lo adelante, para mantener coherencia editorial de las *Obras completas* de Juan Bosch, las citas incluidas en el texto, en las que sólo figura el número de la página, corresponden al tomo I de esta edición, cuando se refieran al tomo II de la misma, serán precedidas de “II” seguida del número de la página. Vale señalar que el autor del presente ensayo trabajó con la obra de Juan Bosch, *Cuentos más que completos*, México, Alfaguara, 2001, 580p. (N. del E.).

mientras el primero es el resultado de la aplicación de una estrategia narrativa sin la cual no es posible comprenderlo del todo, el segundo responde a la ausencia de una estrategia equivalente. Aclaro también que ambos conjuntos no constituyen una secuencia, es decir, que el segundo no sucede al primero. Desde la publicación de *Camino real*, en 1933, a la de *Dos pesos de agua*, en 1941, Bosch sólo publicó (en forma de libro) cuentos y una novela, *La Mañosa*, en 1936, de ambiente exclusivamente rural, de ambiente cibaëno. De modo que durante ese período el predominio del primer conjunto es absoluto. Reina, por decirlo así, solo. Pero, a partir de *Dos pesos de agua*, la narrativa en cuestión empieza a darles entrada a los temas y a las preocupaciones que acabarán configurando el segundo conjunto. A partir de entonces, éste convivirá con el primero, en una especie de solapamiento apenas perceptible, pero cierto, conformando un doble proceso inverso mediante el que, mientras el primero decrece en presencia y en fuerza, al segundo le ocurre lo contrario. Es lo que explica que haya en este volumen cuentos pertenecientes a ese segundo conjunto cuyo estudio, por razones de espacio y de lógica editorial, encontrará el lector en el prólogo del siguiente volumen de estas *Obras*, que los contiene casi en su totalidad.

Dicho esto, me apresuro a poner al lector en antecedentes de que *Camino real*, el primer libro de Bosch, puede y debe leerse de modos muy diversos, pero también, y así lo he hecho para la redacción de estos apuntes, como la expresión de una clara pugna entre dos narraciones, “La mujer”, por un lado, y “Camino real” por el otro. Este último relato ha gozado de poca fortuna (con sobrada razón, en gran medida) entre los estudiosos de la obra de Bosch, que, o lo ignoran olímpica, y hasta vergonzantemente, o apenas se detienen a señalar las debilidades que lo alejan de la perfección de, precisamente, “La mujer”. Pero la significación de “Camino real” no atañe

solamente a la valoración crítica que hagamos de él, sino también a su importancia dentro de la dialéctica de la conformación del universo narrativo de Bosch. Quiero insistir en el hecho de que, de los elementos en pugna en ese primer libro, el que Bosch tiene como seguro, como suyo, no es el relacionado con los aspectos técnicos del cuento, sino el relativo a la parte, por así decir, ideológica de su propuesta narrativa. Bosch debía de sentir que la voluntad reivindicativa implícita en esa elección, o, lo que es lo mismo, el aspecto político-social de su obra, estaba mejor expresado en “Camino real” que en “La mujer” o en cualquiera de las otras piezas del conjunto. Y estaba en lo correcto.

La misma estructuración del relato, que no cuento, si nos guiamos, y debemos hacerlo, por el concepto del género sustentado por Bosch, nos da pie para pensarlo así. El personaje central de “Camino real” es, de hecho, un alter ego del autor. Se trata de un Juan que nada tiene de campesino, pese a que así se nos presenta, y sí mucho de personaje conflictivo e inquieto (de “conciencia crítica”) que utiliza la primera persona para darnos, a modo de defensa, su visión de la tierra y los hombres del Cibao, portadores, una, de las características y, los otros, del cúmulo de valores que el autor se propone destacar y defender.

Autor y narrador son en él dos y uno. Los discursos extemporáneos del relato, aquellos en que el protagonista paraliza la acción para aleccionarnos acerca de las bondades del Cibao y del campesino cibaeco, en una especie de repentino “menosprecio de corte y alabanza de aldea”, no tienen más función que la de puntualizar los aspectos que constituirán, en lo sucesivo, los objetivos del autor. Esas parrafadas apoloéticas no han sido escritas de manera gratuita, sino respondiendo a una finalidad muy específica: la de acotar el ámbito en el que Bosch concentrará sus esfuerzos narrativos.

La misma elección del título del cuento como título del libro indica que para Bosch —que no debía desconocer que “La mujer” estaba más cerca de su ideal creativo—, “Camino real” poseía mayor representatividad. Bosch era muy consciente de esa especie de rivalidad entre ambas narraciones, como lo demuestra el hecho del lugar que, al margen del título, les adjudica en el volumen. En la primera edición de *Camino real*, el cuento que lo abre es “La mujer” y el que lo cierra “Camino real”, lo que no está exento de significación. Todo lo que pasa en el libro, todo lo que el libro significa temática, estilística y formalmente, está como suspendido entre esos dos polos de tensión que señalan, cada uno por su lado, los extremos de una indecisión. En esa posición, los dos cuentos se erigen en representantes y custodios de dos líneas de fuerza, de dos posibilidades todavía en germen. Una demuestra de manera inequívoca una perfección técnica que acerca al autor a su modelo. La otra es contentiva de los fundamentos ideológicos que le sirven de base a la estrategia por la que ha de guiarse. La una es una muestra de lo todavía inalcanzado y la otra la manifestación palpable de una determinación, o de una posición, ya tomada. Y la elección no le ofrece duda.

Salta a la vista que los fallos técnicos, las notorias desviaciones del hilo narrativo, la debilidad de la trama, las deficiencias que caracterizan a “Camino real” no pesaron en el ánimo de Bosch, que debió de concederle, en ese momento, más importancia a la presentación de su “programa” que al resalte de unas facultades técnicas que estaba, por demás, lejos de poseer a plenitud. Esta decantación de primera hora —esta mayor necesidad, o incluso urgencia, de precisar objetivos en detrimento de cualquier otra posibilidad— resulta de la mayor importancia tanto para el estudio de ese primer conjunto como para el del resto de la obra de Bosch. Pero la contradicción no se manifiesta solamente en lo técnico y en lo

ideológico, sino en lo estilístico, aspecto en el que hay una segunda pugna aparentemente secundaria y, sin embargo, fundamental, tan relevante como la primera. También en este plano hay una dicotomía y un dilema y Bosch se inclinará por las posibilidades que le sugiere “Camino real”.

Este aspecto me parece tanto más relevante cuanto que, sin él, resulta imposible entender el posterior desarrollo de la narrativa boscheana. Podría argumentarse que “La mujer” es, en este sentido, una excepción y que los rasgos que lo identifican y que le dan esa peculiar atmósfera de texto no sólo bien concebido y acertado, sino raro, con relación al conjunto de la obra, son la consecuencia del azar, de una especie de improvisación que hizo que el autor lo redactara así, y no de otra manera. El mismo Bosch, con su repetida historia de la forma en que lo escribió, ha contribuido, sin duda, a consolidar esa apreciación². No puedo en este prólogo adentrarme en las diferencias formales entre ambas narraciones. Pero sí diré que tales diferencias deben ser consideradas, antes que como consecuencia del rapto referido por el autor, como el producto del ya mencionado enfrentamiento que se produce en el terreno del estilo y que lo lleva, aprendiz todavía, a dudar entre un camino y otro.

Es verdad que, en determinados momentos, en ciertas partes de algunas narraciones, las peculiaridades sintácticas de “La mujer”, que no son sino rasgos de estilo, asoman por igual. “Dos pesos de agua” es buen ejemplo de ello. Pero ese hecho lejos de debilitar nuestro argumento, lo refuerza, porque viene

² “No lo dominaba [el cuento] porque el cuento me dominaba a mí. En el caso de “La mujer”, por ejemplo, me senté a escribir una carta a un amigo, a maquinilla, y comencé, puse la fecha, puse el nombre del amigo [...]. Allí me paré y entonces escribí el cuento. Es decir, yo no planeaba el cuento; el cuento me salía; el cuento me dominaba”. Vid FERNÁNDEZ DE OLMOS, Margarita, *La cuentística de Juan Bosch (un análisis crítico-cultural)*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1982, p.166.

a demostrar que la tensión entre los extremos paradigmáticos (“La mujer”, por un lado, “Camino real”, por otro) está presente a lo largo de la elaboración del conjunto, en esa etapa caracterizada por la combinación de determinación y búsqueda a que pertenece en la trayectoria del autor. El análisis estilístico no cabe, como digo, en este prólogo ni su inclusión me parece, de hecho, necesaria. Por eso me limitaré a los rasgos diferenciales más destacados de uno y otro cuentos para delimitar las dos posibilidades abiertas y la elección de Bosch, que adelanto que será la de “Camino real”.

Lo primero que llama la atención en “La mujer” es la simplicidad de las frases y el uso sistemático de la elipsis, tónica que se impone desde el mismo comienzo. Estos procedimientos, que en principio procuran establecer una comunicación más eficaz y directa del contenido, terminan dándole a la narración, cuando se considera la totalidad del texto, y, no las partes, un doble cometido que urge tener en cuenta. El primero, más estilístico que narrativo, es el anafórico, que intensifica, por insistencia, la impresión deseada, la de hallarnos en un ámbito cerrado que actúa a la manera de un escenario teatral, o de un set cinematográfico, fuera del cual ni los protagonistas del relato podrían tener vida ni la acción que realizan podría tener lugar. La recurrencia, en las tres partes de la narración, de los mismos elementos (la carretera muerta, la gran momia, el acero blanco, los cactus, el acero rojo...) que poseen la fijeza de un decorado ad hoc cuya presencia y cuya intensidad sólo disminuyen cuando tienen por fuerza que cederle paso a la acción, contribuyen, en efecto, a convencer al lector de que la consumación de la tragedia que se nos narra es, en tales condiciones espaciales, absolutamente inevitable. El segundo de ambos cometidos resulta, en cambio, más narrativo que estilístico. Consiste en una especie de reducción al mínimo de las posibilidades descriptivas, lo que hace que,

como ya he observado, no haya ni un solo elemento que no esté al servicio de lo que se desea comunicar. Se consigue así una asepsia de la frase, que, lejos de expandirse, tiende a mantenerse dentro de los límites básicos de la comunicación. Nada de adjetivaciones gratuitas o imprecisas, nada de información redundante, nada de intromisiones líricas, nada de concesiones que excedan el marco de lo necesario. Ambos cometidos, cada uno a su modo, cada uno en su área de acción y, al mismo tiempo, de manera conjunta tienden a la concisión más estricta o, lo que es lo mismo, a una economía de medios tan extrema que contrasta con el resto de la obra de Bosch, en la que no volverá a repetirse el fenómeno.

Así las cosas, conviene que diga que, aunque desde el punto de vista del contenido, con ciertas inevitables diferencias, “La mujer” no se separa de los demás cuentos del libro, lo cierto es que, desde el punto de vista formal, lo que existe entre ellos —entre “La mujer” y el resto— es una contradicción irreductible, casi una confrontación. “La mujer” inicia una modalidad estilística que el conjunto no sigue. Peor aún, a la que el conjunto se opone. Es verdad que, de vez en cuando, y sin llegar a ser predominante, esa modalidad asoma en alguna que otra pieza. Considerando el volumen, no como una convivencia más o menos armónica de unidades, sino como una suma, se podría hablar incluso de una alternancia insegura, accidentada, entre dos modos de narrar. Uno, el de “La mujer”, de clara raigambre expresionista, y otro directamente vinculado con el realismo y cuya muestra más extrema está representada por “Camino real”. Pero lo que eso demuestra es que la elaboración de “La mujer” no es, estilísticamente hablando, un caso aislado, por extremo que sea, sino el mascarón de proa de una tendencia finalmente desestimada. La preferencia del autor termina inclinándose por la segunda.

El mismo inicio de “Camino real” nos indica con claridad meridiana, la diferencia y el alejamiento que el autor establece con respecto a “La mujer”³. Basta una simple comparación de ese fragmento, representativo del conjunto, con el comienzo abrupto, descarnado, desprovisto de circunloquios, directo, de “La mujer”, para comprender que estamos en presencia de otra manera de contar las cosas. Los rasgos que señalábamos allí, la elipsis, la brevedad, la concisión, quedan aquí completamente olvidados, preteridos. Aquí es la fluidez de la frase lo que predomina, como si se tratara de seguir apaciblemente la linealidad del relato. El ritmo narrativo no sufre ni el más mínimo sobresalto. Todo está puesto en su lugar para que el lector perciba y se identifique con los rasgos básicos del mundo rural que el autor ha convertido en motivo de análisis y reivindicación. Por eso sostengo que “Camino real” constituye el “programa” de la estrategia ya referida, toda vez que el narrador plasma en él las preocupaciones y los puntos de vista que irá, posteriormente, desarrollando, hasta cumplirlo, en la totalidad de los cuentos del conjunto de que hablo. Frente a semejante realidad, “La mujer” constituye una *rara avis*, tanto en el conjunto al que pertenece como en el más amplio de la obra de Bosch, que no sólo acotó, como hemos apuntado, el marco temático de una parte de su narrativa, sino que eligió la manera, o la impronta formal (estilística), que le aplicaría a la totalidad. La parte de “Camino real” en la que se presenta el “programa” en cuestión es un texto discursivo y sin duda inoportuno, una especie de “encarte” incluido en el cuerpo del relato, al que por eso mismo debilita, y cuya validez

³ “Cuando terminó la cosecha de tabaco, con la perspectiva de tiempo de agua por delante, decidí ir hacia otra tierra en busca de trabajo. En el camino de Los Higos me alcanzó un hombre que andaba de prisa. Llevaba machete al cinto, una hamaca doblada al hombro y otro pequeño bulto rojo en la mano derecha. Vestía pantalones azules y muy estrechos, camisa amarilla, sombrero de cana. Me saludó en voz baja y siguió; pero a pocos metros se detuvo” (p.109).

reside precisamente en eso, en el carácter de manifiesto, de “carta de intenciones”, que posee. Comienza con la frase: “¿Eres tú, hombrecillo de ciudad, quien habla despectivamente del campesino y le llamas entre otras cosas haragán?” y termina con la siguiente: “¿Es haragán ese hombre?” (pp.114-118).

Se trata, como es evidente, de una réplica, en este caso a una corriente de opinión muy extendida entre la intelectualidad y los sectores medios de principios de siglo y aun de décadas posteriores⁴. Todos los tópicos contrarios al campesino y mencionados por Bosch en sus declaraciones aparecen aquí apasionadamente refutados. El campesino no es un haragán ni un vago. Pero también resulta clara la intención de proporcionarle al lector las directrices necesarias para entender el porqué de lo dicho hasta entonces en *Camino real* y de lo que se le dirá en lo sucesivo acerca de lo mismo. “Camino real” adquiere así el carácter de un texto guía que nos permitirá leer todo el primer conjunto de la narrativa de Bosch como una paráfrasis de sus argumentaciones. Y que conste que esto no lo digo pensando solamente en el encarte que acabo de citar, sino en la totalidad del relato. Pues, aunque es en el encarte en donde el narrador organiza y concentra los planteamientos básicos de su “programa”, los que le darán pie a su narrativa, lo cierto es que el espíritu y la intención en que se fundamentan son evidentes en toda la narración, hasta el punto de convertirla en lo que ya he dicho. El narrador, confundido con el personaje protagonista, proyecta en “Camino real” una imagen idealizada del campesino que se hace extensiva a la región en su totalidad. El Cibao queda, por ese medio, integrado en la misma concepción idílica del hombre que la habita: “Rica y grande es esta tierra cibaëña. Se alza al cielo en

⁴ La más descarnada exposición de esa corriente de opinión se encuentra en LÓPEZ, José Ramón, *La alimentación y la raza*, Santiago de Cuba, Tipografía de Juan E. Ravelo, 1896.

la loma, se arrastra en el valle; silba allá el viento entre los recios pinos y desmelenada aquí la palma serena. Rica y grande tierra ésta [...]. Se hunde el camino entre el follaje, baja a las hondonadas, se enloda en las charcas y en la sabana pelada se tuesta al sol. Crecen a su vera el mango y el cajuil, la guanábana y el caimito, el zapote y el níspero; la ceiba gigante y la jabilla lo ven, desde sus altas ramas, saltar sobre sus raíces.” (p.134).

De la implícita declaración de propósitos en que se convierten los párrafos citados, que son la razón de ser del cuento entero, si los extrapolamos y los ponemos en relación con la obra de Bosch, en vez de considerarlos en el limitado contexto del relato, hay dos que me interesa destacar. Uno es el concerniente al aspecto sociocultural, de extraordinaria relevancia, como veremos luego, y se refiere a cuanto tiene que ver con el hombre en sí mismo, con el campesino que puebla la región, los personajes de las narraciones de su primer conjunto. El otro, manifiesto en el segundo de dichos párrafos, es el que llamaré “telúrico”, inscribiéndome, al hacerlo, en una tradición crítica que le ha dado categoría definitiva en el análisis global de la narrativa hispanoamericana⁵. “Hay muchos caminos reales, tantos como pies que los busquen”, dice Bosch, al final del relato, como si confirmara su intención general de desentrañar los secretos de la realidad que lo obsesiona. Pero también como si, al mismo tiempo, valiéndose de la imagen del viajero, decidiera continuar el recorrido llevando

⁵ La crítica no acaba de ponerse de acuerdo en una denominación precisa para este tipo de narrativa. “A related indication of the concept’s indeterminate nature is the plethora of terms that it has subsequently engendered. That the label stands on very imprecise theoretical foundations is demonstrated by the existence of a number of other related and equally vague denominations such as novela criolla, novela rural, novela costumbrista, novela telúrica and novela regional. Even more specific categories have been produced in an attempt to further subdivide the field, such as novela campesina, novela de la selva, novela gauchesca and several others.” Vid ALONSO, Carlos J. *The Spanish American regional novel*, Cambridge University Press, 1990, p.39.

de la mano a un lector que ya conoce parte, pero al que todavía le queda (como al autor) lo mejor por delante. Porque también así se puede interpretar, y analizar, el “ciclo cibaño” del dominicano, como si fuera el resultado de un viaje emocional, perturbador a ratos, siempre conmovedor, no solo por las interioridades y secretos de una realidad previamente acotada, sino por el reflejo o la impresión que conserva de ella. El recorrido así anunciado nos interna necesariamente en un territorio ficcional que, sin dejar de coincidir con su referente, como producto de un inevitable proceso de mimesis, se verá sometido, en un grado todavía mayor, y con constancia indeclinable, a las exigencias de la estrategia previamente indicada, de cuyo despliegue programático nos enteramos a través de “Camino real”. Tres características, las de ser “cerrado”, “único” e “impreciso”, definen el perfil de ese territorio, que no es otro que el Cibao de Bosch, y por medio de ellas, utilizándolas a manera de guías, procuraré adentrarme en el conocimiento de sus interioridades y de sus secretos, que son, al fin y al cabo, los de la narrativa que lo contiene.

El Cibao de Bosch es ‘cerrado’ porque ni física ni, digamos culturalmente, se relaciona con realidades distintas a la suya, con ese más allá geográfico con el que debía de tener, por pequeño que fuera, algún tipo de vínculo. En el Cibao de Bosch no tienen cabida ni lo extranjero ni lo forastero y, cuando asoman, lo hacen tan tímidamente que nunca alcanzan a tener personalidad propia ni jerarquía suficiente. Es verdad que la región había permanecido décadas en un estado de franco inmovilismo, pero también lo es que ya para la época de los cuentos empezaba a dar señales de clara evolución hacia un estadio diferente. La intervención norteamericana del 1916 y la construcción de una red vial compuesta por tres carreteras principales, propició el principio del fin de esa compartida incomunicación. A eso hay que agregarle que el tiempo histórico

de las narraciones no es sólo el que coincide con la primera infancia del autor —nacido, recordemos, en 1909—, sino que se prolonga hasta la década del 30, fundamental en la historia dominicana. Si proporciono la información es para que se vea que, pese a que, en ese transcurso, la situación real de la comarca y, por lo tanto, de sus habitantes (los personajes de la cuentística boscheana), debía de haber experimentado algún tipo de modificación, Bosch se empeña en mantener inalterables sus ideas respecto al medio y a las condiciones de vida que lo caracterizan. Es como si el afán reivindicativo que lo anima lo llevara a no tener en cuenta no solamente los cambios que pudiera haber experimentado, sino ni siquiera la posibilidad de que se produjeran. En su mundo (en su Cibao) no los hay. No puede haberlos.

Entre la opción de una secuencia en movimiento, en la que el tiempo histórico hubiera tenido que desempeñar necesariamente un papel decisivo, con las variaciones que tal cosa implicaba, y la de una foto fija, Bosch se decide por esta última⁶. La utilización del cuento, en el que el tratamiento del tiempo permite una inmovilidad mayor que en la novela (el cuento es estático, la novela dinámica) ayuda al narrador en este aspecto y no es, por eso mismo, tan inocente ni espontánea como aparenta. Su concepción ideal del mundo elegido se convierte así en predominante y única. Y como toda su atención se concentra en comunicárnosla, no hay cambio real ni circunstancia histórica que lo desvíen de ese cometido ni que lo hagan introducir en sus narraciones particularidades que puedan distorsionársela. De ese empeño invariable del

⁶ La infancia del novelista coincide con el período de la invasión norteamericana, que va del 1916 al 1924, pero ese acontecimiento no se refleja, ni siquiera tangencialmente, en los textos. Se trata de una singularidad realmente notable, que nos hace pensar que o bien el autor hace abstracción del hecho o bien las experiencias sobre las que se basa son las anteriores al 16 y posteriores al 24.

autor proviene la impresión de inmovilidad (de realidad no modificada ni modificable) que nos producen dichas narraciones si, de acuerdo con la lectura que considero conveniente, hacemos abstracción de su carácter de unidades autónomas, válidas en sí mismas, y las consideramos como íntima y dinámicamente relacionadas entre sí. Como partes, en resumen, de una unidad mayor elaborada en función de la estrategia que ya conocemos.

El Cibao de Bosch es, además, ‘único’, lo que significa que ocupa, de manera exclusiva y excluyente, la totalidad del universo narrativo, en el que no hay lugar, extrañamente, para nada más. No existen poblaciones ni tierras que no sean las suyas, ni sus caminos conducen nunca a ninguna parte que se halle fuera de sus fronteras, inexistentes en el texto, por lo demás. Los muchos caminos reales del personaje/narrador de “Camino real” no son, en puridad, sino maneras de comunicar lo mismo con lo mismo, como los trazos de un laberinto sin salida. Es verdad que son “tantos como pies que los busquen”, pero no para ir a cualquier sitio, no para salir del coto prácticamente vedado de la comarca, sino para adentrarse cada vez más en él⁷. Hay, sin duda, factores objetivos (factores de la realidad real) que condicionan esa demarcación tan estricta en la ficción. Los más importantes son la escasa población y la carencia, ya que sólo existían los caminos reales, de vías de comunicación verdaderamente eficaces, así como la precariedad de las condiciones materiales existentes para la época elegida y descrita. Hay otros, de índole cultural o histórica, que

⁷ La presencia de la carretera en la narrativa de Bosch tiene mucho que ver con el tiempo histórico de las narraciones, toda vez que su construcción coincide con la invasión norteamericana de 1916-1924, período en el que, como confiesa el mismo Bosch, anduvo con su padre haciendo comercio por la llamada Línea Noroeste. Cfr. ROSARIO CANDELIER, Bruno *La narrativa de Juan Bosch*, p.228.

también influían en esa especie de encierro generalizado en que vivían las tres grandes regiones del país, pues no era sólo cosa del Cibao. Pero las dichas son ya suficientes para entender el hecho.

Lo que interesa destacar es que se trata de una realidad que se le presenta al lector dando por sentado que ya sabe de lo que se le habla. Hay, en este sentido, la imposición de una lectura estrictamente nacional, dominicana, de los cuentos de Bosch íntimamente vinculada con la intención primigenia establecida en “Camino real”. Bosch desea denunciar una situación que considera injusta, inadmisible, ponerla en evidencia ante los ojos del mundo, pero primero ante los ojos de un lector específico, que es el dominicano de cierta condición, por si acaso no sabe, o ha olvidado, que aquella existe y que tiene que ver, y no poco, con él, responsable también de su existencia⁸. Y como no es necesario insistir en lo que se supone que ese lector conoce, no existe una descripción detallada ni del universo en cuestión ni de las partes de que está compuesto. Como máximo, puntualizaciones esporádicas del lugar de la acción o de alguno que le quede cerca y que nos permita intuir en dónde, aproximadamente, se produce esta última.

⁸ “Toda obra literaria utiliza como medio de expresión el lenguaje; toda obra literaria entra en un proceso de comunicación a distancia; toda obra literaria es el elemento intersubjetivo de un proceso semiótico de dialogismo entre el lector y el autor, en una relación en la que se reconocen dos sujetos, un autor que escribe para un lector, y un lector que condiciona la forma de escribir del autor, proyectando sobre él un efecto *feedback*; pero, como se trata de un proceso de comunicación a distancia, quien interviene en ese dialogismo (nunca diálogo, por más que se ha dicho y repetido) no es el lector real, sino la idea que el autor se forma de su lector: para él elige unos temas determinados; pensando en él les da un orden y busca la forma más adecuada para desarrollarlos, el modo más interesante de presentarlos, según el fin que se propone. [...] El autor no escribe por escribir, como ejercicio sin fin, escribe para un lector que lo entiende porque conoce las claves de su discurso, el código de su sistema de signos.” *Cfr.* BOBES NAVES, María del Carmen, *La novela*, Madrid, Editorial Síntesis, 1998, p.29.

En esa ‘imprecisión’, que es la última de las tres características mencionadas, hay un cierto eco cervantino, si se toma en cuenta el doble efecto de desconocimiento voluntario (“de cuyo nombre no quiero acordarme”) de lo específico (“En un lugar”) y de concreción de lo abstracto, de lo general (“de la Mancha”) del famoso comienzo del Quijote. Pero no porque, en el caso de Bosch, éste no quiera acordarse del lugar de la acción, ni de situar debidamente todas y cada una de sus narraciones, sino porque, de acuerdo con sus planteamientos originales, le resulta innecesario. Y hasta inconveniente, si lo miramos bien. No es posible, por eso, la elaboración de un mapa, ni siquiera de un plano, del Cibao que fuera el resultado de los datos implícitos en los cuentos de Bosch. Sabemos que el río al que se enfrenta el Julián de “El río y su enemigo” es el Yuna o que el desastre de “Dos pesos de agua” ocurre en un sitio llamado Paso Hondo. Pero eso, ¿qué significa? No hay nada en ninguno de ambos cuentos que singularice, narrativamente hablando, tales emplazamientos. Del primero sólo sabemos que queda “más abajo de Villa Riva” y el segundo es tan impersonal que al lector le da lo mismo que se llame de esa o de otra forma. Para el lector no es más que una marca, un simple nombre, la denominación fortuita de uno de los múltiples sitios que el autor pudo haber elegido (o inventado), lo que, por otra parte, no deja de carecer de cierta perceptible intencionalidad.

Por este procedimiento, que no cambia, cualquier lugar, por mínimo y por insignificante que sea, se convierte en el Cibao entero. La representatividad de que están investidos los personajes y el paisaje de Bosch les viene precisamente de esa identificación plena entre los cuentos, como unidades, y la suma de ellos, como referencia máxima. La limitada especificación de los lugares de la acción va, para colmo, acompañada,

y reforzada —cuando existe—, por una perceptible y acaso deseada vaguedad. Un balance de los 38 cuentos relacionados directamente con el Cibao de Bosch nos lo demuestra sin asomo de duda. En realidad, cuando se los identifica, los lugares de la acción se pueden clasificar de estas dos maneras. Una, la de aquellos que el lector tiene que deducir a partir de otro que se les da con ese exclusivo fin. Otra, la de los que simplemente se mencionan, sin que esto le dé pie al narrador para entrar en detalles descriptivos que conviertan el emplazamiento en un punto de especial interés o particular importancia. Este desinterés del autor por la especificidad del escenario de sus narraciones contribuye a la despersonalización de la región y aumenta la sensación de universo único que se propone transmitirnos. Tanto es así que casi la mitad de ellos se desarrollan al margen de la toponimia, lo que quiere decir que lo hacen en cualquier parte de la región. Y, por supuesto, en cualquier tiempo⁹.

Así las cosas, las localidades que van apareciendo aquí y allá apenas sirven para, como máximo, remitirnos al entorno infantil en que debía apoyarse —por recordarlo o por conocerlo mejor—, la imaginación del autor. En la configuración toponímica que nos proporcionarían esas escasas

⁹ Según esto, habría tres grupos. Uno, en el que no se nos indica el lugar de la acción, pero sí uno cercano que nos sirva de guía en su localización. Está compuesto por las siguientes 12 narraciones: “La verdad”, “La pulpería”, “Sombras”, “La pájara”, “Lo mejor”, “Camino real”, “El funeral”, “La desgracia”, “Todo un hombre”, “El río y su enemigo”, “Maravilla” y “El difunto estaba vivo”. Otro, en el que el lugar simplemente se menciona, sin que esto lleve al narrador a describirnoslo. Son un total de 9: “Dos pesos de agua”, “Piloncito”, “Chucho”, “La pájara”, “Guaraguaos”, “Un niño”, “El socio”, “Rosa” y “El abuelo”. El tercero estaría formado por aquellas narraciones en las que no se menciona el lugar de la acción. Son los siguientes: “La mujer”, “El resguardo”, “El cobarde”, “Revolución”, “Papá Juan”, “El alzado”, “El algarrobo”, “Forzados”, “El cuchillo”, “Cundito”, “La sangre”, “Lucero”, “San Andrés”, “La negación”, “En un bohío”, “Mal tiempo” y “Capitán”, es decir, 17, de los 38 que forman el total.

menciones podríamos encontrar tanto una geografía básica (e íntima) como un vínculo preciso con la parte autobiográfica del conjunto. Si hacemos el esfuerzo, descubriríamos que hay, en efecto, en comparación con el desdibujamiento predominante, un Cibao diminuto —eco del de su infancia— que le sirve al autor de cantera y de punto de partida. El Cibao de Bosch, el general, viene a ser, más que un desglosamiento, una ampliación de ese particular reducto emocional. Un clima predominantemente húmedo, un par de ríos, unos montes tupidos, una vegetación exuberante y ubérrima, unos caminos apenas transitados, una tierra feraz y unos habitantes cuyos modos y medios de vida y cuya conducta permanecen invariables y fijos precisamente a causa de la inmovilidad espacio temporal a que están sometidos: a eso se limita el Cibao de Bosch. De su reiterada aparición en cada una de las narraciones (y no de la reducida toponimia empleada) proviene, a su vez, junto a la inmovilidad ya mencionada, la acentuada impresión de unidad que recibimos del conjunto.

El aislamiento como realidad y como consecuencia

Todas estas circunstancias tienden a dar de la región una imagen de aislamiento de la que no hay manera de escapar y que se corresponde, por supuesto, con la del aislamiento real de la región, que era más que notorio, aun cuando a este respecto conviene tener en cuenta que, por la naturaleza de su economía y por su situación geográfica, nunca fue tan acentuado como el de las otras regiones. El Cibao de finales del siglo XIX, con ser tan atrasado, tenía, en realidad, vínculos comerciales ciertos y constantes con el extranjero y contaba con dos de los puertos más importantes del país, Puerto Plata y Sánchez y con una red, reducida, pero eficaz, de trenes que unían dichos puertos con las principales poblaciones del interior y a

estas entre sí¹⁰. Esto significa que, al hablar del Cibao, lo hacemos de una pluralidad, no tanto cultural, por cuanto en este aspecto, la homogeneidad es mucho más acentuada, como económica y social, y significa también que hay un Cibao que, con ser tan importante, el narrador no narra. Entre las posibilidades de dar la imagen de un Cibao completo, en el que se alternaran los distintos niveles de vida, y la de un Cibao parcial que actuara, de cara al lector, como prototípico y representativo, Bosch elige esta última. Su Cibao es, dentro de los posibles, el Cibao más rural, más aislado y ajeno a todo roce, así sea tangencial, con las manifestaciones de la modernidad, precarias, pero ciertas, presentes en su seno. El Cibao de Bosch es una sinécdoque mediante la que éste hace abstracción de las diferencias y se concentra en lo esencial, en lo común al todo, sin atender al hecho de que, al actuar así, se verá obligado a restringir su campo de mira y a ignorar otros aspectos de su característica diversidad. De ahí que el aislamiento de marras me parezca no sólo el correlato de una realidad indiscutible, sino el producto de una elección hecha con el propósito, no necesariamente consciente, de acentuar al máximo los valores de toda índole de sus personajes, objetivo esencial de una estrategia de la que el narrador no se separa nunca.

¹⁰ "Puerto Plata es el gran puerto del siglo XIX y sus conexiones se extendían hasta los Estados Unidos, Haití, Islas Vírgenes, Curazao, Holanda, Alemania e Inglaterra. [...] Santiago, La Vega, Sánchez y Montecristi estaban efectivamente unidas por vías de comunicación terrestre, ferrocarrileras y en algunos sitios hasta fluviales. Junto a Puerto Plata formaron una oligarquía comercial mucho antes que Santo Domingo. Todo esto en gran parte se debía al ecomercado del tabaco que había formado una sociedad de cosecheros, comerciantes, almacenistas y exportadores que eran capaces de movilizar casi todo el capital que corría por el recién nacido país y, sobre todo, por el Cibao." *Cfr.* YUNÉN, Rafael Emilio, "El espacio cibaño", p.20, en DE LOS SANTOS, Danilo y FERNÁNDEZ ROCHA, Carlos, *Este lado del país llamado el Norte*, Santo Domingo, Comisión Permanente de la Feria Nacional del Libro, 1998.

Fiel a este planteamiento, a esta concepción de las cosas, Bosch no permite la más mínima fisura en su universo ficcional. Los cuentos de su primer conjunto son, por eso, tan estrictamente rurales, que llama la atención la impenetrabilidad de que hacen gala. Un repaso de los objetos de la reiterada y casi empecinada cotidianidad en que tienen lugar, nos mostrará que no hay en ella nada que permita colegir una vinculación, así sea mínima, con su contraparte, o, lo que es lo mismo, con lo urbano y, por esa vía, con lo civilizado, con lo que, sin embargo, no deja de mantenerse, por lo menos en parte, en latente tensión. No hay una olla, no hay un caldero, no hay una aguja, no hay una plancha, no hay, por supuesto, una máquina de coser, no hay nada que delate una ruptura, así sea momentánea, del aislamiento de marras¹¹. En el cuento “Cundito”, Emilia “aplancha” (p.57). Pero es algo tan raro como la casi surrealista aparición, en el cuento “Lo mejor”, en la silla de montar de Tilo, que anda, paradójicamente, en aprestos revolucionarios, de un paraguas (p.93). Y la explicación de esa drástica exclusión no puede ser la simplicísima del acentuado ruralismo del país y de la separación “objetiva” del campesino de los bienes de consumo propios del área urbana,

¹¹ En realidad, puede decirse que casi la totalidad de los objetos que aparecen en los cuentos de Bosch están ya en “Camino real”, que también en esto se presenta como el texto en el que se concentran y se especifican las preocupaciones esenciales del autor. Del rastreo realizado no he encontrado, de hecho, en ninguno de los cuentos, uno solo que no esté ya incluido en el “inventario” de “Camino real”. Ocurre también que en su totalidad (y descontando, naturalmente, aquellos que, por ser instrumentos de trabajo, son más rurales que urbanos, pese a su procedencia, como es el caso de los machetes y los colines, aunque no así los aperos de labranza, cuya presencia sería de esperar y que, no obstante, no aparecen nunca) los objetos de uso diario están de una u otra forma vinculados con la naturaleza, cuando no provienen directamente de ella. Considero esta peculiaridad como la expresión objetiva del escaso grado de desarrollo económico de la región, pero también del innegable propósito del autor de impedir que la atención del lector se desvíe de aquello que le interesa poner de manifiesto.

pues por extrema que fuera, ya hemos visto que podía no haber sido del todo irreducible. Está, más bien, en la acotación hecha por el autor, representativa, pero parcial, del ámbito regional propio de las ficciones, o, lo que viene a ser lo mismo, en la estrategia narrativa por la que se rigen¹².

Digamos, por otra parte, que no todos los cuentos de Bosch están situados en el mismo período. Se trata de una variación inespecífica de cuya realidad el lector se hace cargo, por medio de los cambios introducidos en el escenario de la acción y que consisten precisamente en la presentación de objetos ajenos a lo rural. Hay, por ejemplo, un cuento, titulado “El socio”, en el que el personaje central “usaba automóvil y tenía luz eléctrica, nevera y fonógrafo”, pero además tenía “litografías que colgaban de una pared” y el fonógrafo era “bastante viejo, con su colección de discos”, que son, no cabe duda, signos o indicios, si no de progreso, de evolución y cambio. Pero incluso en los casos en que podemos, o bien presumir o bien constatar la presencia de esas muestras de modernidad en el entorno, el ambiente en que se desenvuelve la vida de los personajes, por no mencionar el mundo de los valores que la sustenta, permanece impasible y excluido no sólo de su disfrute o de su posesión, sino también del mínimo contacto con cualquiera de ellas. Permanece en el sitio que el autor ha tenido a bien asignarle. En realidad, en los dos o tres casos en que los utensilios de uso cotidiano se enfrentan a la presencia de semejantes novedades, representantes de un mundo que no existe en la concepción boscheana del Cibao, la aparición de

¹² En la novela *La Mañosa* ocurre exactamente lo mismo. El único objeto “industrial” que aparece en toda la novela es también, curiosamente, un paraguas. La determinación del narrador es, en este sentido, tan drástica que ni siquiera el oficio del padre, que en la novela organiza viajes frecuentes en busca de mercancías lógicamente distintas, lo anima a la inclusión de objetos no rurales en el relato, que permanece así tan incontaminado como el Cibao de los cuentos.

estos tiene todas las características de un accidente, de una intrusión inesperada, y se produce siempre del lado de los amos.

Y es que esas novedades no se relacionan, en ningún caso, con el personaje campesino, el cual, sin duda, sabe de su presencia, ni tampoco le causan ningún tipo de reacción. “La mesita de mármol cargada de libros, revistas y periódicos” de don Justo en “Camino real”, o los objetos ya citados de don Anselmo en “El socio”, que son, junto con los de “Un niño” y los libros y revistas de “Papá Juan”, más alguno que otro de igual irrelevancia, los únicos objetos cotidianos no rurales que se mencionan en los treinta y ocho cuentos dedicados al Cibao, son totalmente ajenos para los personajes campesinos de ambas narraciones. O son, como en “Camino real”, absolutamente inasequibles o, como en “El socio”, ignorados, o, como en “Un niño”, “invisibles”. Realidades, en los tres cuentos, de otro mundo. No hay vinculación expresa, ni sugerida, entre el mundo de los personajes y el introducido en la narración por dichos objetos, que resultan no solamente exóticos, sino además extemporáneos, toda vez que producen, de forma repentina y abrupta, un rompimiento de la armonía y de la coherencia. No de la narración en que se los menciona, pero sí de la totalidad a la que ésta pertenece, que es lo que me interesa destacar.

Lo mismo sucede cuando, en lugar de objetos cotidianos, se trata de presencias de otro tipo. En tales casos la mostración de lo urbano tampoco contribuye a modificar la imagen de la región ni la visión del mundo de los personajes campesinos, que se presentan siempre igual de firmes y de fijas, igual de monolíticas. La existencia de un ferrocarril en “la parte norte del Cibao, por donde gime la tierra bajo la locomotora” o de la carretera, tan presente en “La mujer” y en “Un niño”, lejos de indicar los cambios que, con independencia de la postura del narrador, que no los reconoce, se

producen en esa realidad, parecen tener la función de poner todavía más en evidencia la inmovilidad de la que vengo hablando. Y aun diré más: ni la locomotora, en un caso, ni la carretera, en el otro, despiertan la simpatía de este último, que las trata, más que como señales esperanzadoras, como intromisiones impertinentes.

En “Camino real”, que ya hemos visto que es, además de un programa, un alegato en defensa de la región y de sus habitantes, el personaje/narrador, que por algo hace las veces de alter ego del autor, lleva tan lejos su determinación de exaltar las bondades de una y otros, que hasta celebra, en un paralelismo contrastante, la superioridad y el triunfo de la tierra, de lo rural, sobre la máquina, sobre el progreso que representa. Dice allí el narrador: “He visto allá, junto a los raíles largos y paralelos, los restos de alguna potente máquina inglesa ahogada por la yerba, Por el monte” (p.136). Y de inmediato añade: “El monte cibaño se ha señoreado de la civilización. Nada que no salga del corazón mismo de esta tierra podrá dominarla. Y el corazón del hombre aquí es tan dadivoso y tan fragante como la tierra” (*Ibid.*). En cuanto a “La mujer”, basta con recordar su comienzo: “La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve vida. El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo, un rojo que se hizo blanco, y sigue ahí, sobre el lomo de la carretera” (p.3), para confirmar lo que digo. Hay una malignidad insoslayable en esas presencias, ajena, sin duda, a la preocupación intelectual de Bosch (para quien la modernidad no podía ser, bajo ningún concepto, negativa), pero lógica para la percepción idealizada del narrador¹³. Locomotora y carretera, como símbolos, resultan

¹³ En “Forzados” se da un reforzamiento y una confirmación de esta tendencia de Bosch. En dicho cuento la pesadilla de Bolito, el personaje principal, adopta la forma de las máquinas que acaba de ver en la carretera, en cuya

para éste, y para la defensa de la coherencia estructural que se propone, inoportunas y hasta perjudiciales. Son elementos a los que el autor opone indudable resistencia y a los que no les da la más mínima posibilidad de actuar como vasos comunicantes entre dos espacios antitéticos que se excluyen recíprocamente, so pena de que se produzca una contaminación no deseada del uno por el otro¹⁴.

Si nos atenemos al planteamiento ideológico en el que se sustenta la narrativa regionalista, en la que late siempre la tensión entre “civilización y barbarie”, no deja de sorprender esa preferencia incondicional del autor por la ruralidad, en detrimento de su contraparte. Pero la sensación se desvanece cuando tenemos en cuenta que esa actitud es la consecuencia de su identificación con los personajes y con lo que, en ese enfrentamiento, representan. En “Camino real” es evidente que el narrador se deja arrastrar por el bucolismo de su sentimiento y se olvida de que la modernidad que desea para la región está representada por esa “máquina inglesa ahogada por la yerba” y los que desea desterrar (los mismos de los que se queja en otro momento de la misma narración) por ese monte cibaño cuya feracidad parece turbarlo. Podría pensarse que se trata de algo accidental, un desliz momentáneo. Pero no es así. Se trata de una actitud que se pone de manifiesto siempre que surge la oportunidad, por escasas que sean.

construcción lo obligan a trabajar: “No supo cuándo le entró el sueño, pero debió ser tarde. Despertó porque soñó que aquellos dos rodillos venían sobre él y él estaba amarrado a tres recias estacas y tendido a la fuerza sobre la carretera...” (p.47).

¹⁴ El simbolismo negativo de la carretera puede tener un cierto fundamento en el hecho de que, como realidad, es nueva en el Cibao, ya que las primeras comenzaron a construirse en la segunda década del siglo XX, y podía atribuírsele, por su irrupción abrupta en el paisaje y en la vida, una cierta agresividad. Pero no ocurre así en el caso del tren, que formaba parte desde hacía décadas de la realidad cibaña y que siempre había sido considerado como uno de los más claros signos de progreso de la región.

En “Un niño” (pp.237-241), sin ir más lejos, el narrador lleva esta propensión al punto de establecer una dicotomía moralizante entre ambos extremos, lo que tal vez sea la causa de su debilidad narrativa. El esquema de que se vale el narrador es en extremo simple y evidente. Por un lado la ciudad, lo moderno, representado por los tres personajes que, tras interrumpir el viaje a consecuencia de un percance mecánico, se ven obligados a sentarse a la sombra del bohío y, por otro, el campo, el atraso, personalizado en la figura del niño, extremos de una pugna insuperable. El que se acerca al niño hace las veces de conciencia crítica y procura una conciliación entre ambos. La invalidez del niño se presenta, simbólicamente, como el impedimento para que se produzca. Es decir, que el narrador persiste en su postura. Y si bien, en contraste con las maravillas de la civilización, no hace aquí una alabanza de las bondades de la ruralidad, como en “Camino real”, sí deja claras las deficiencias que la caracterizan, estableciendo una implícita relación de dependencia de la segunda con respecto a la primera. La civilización aparece, así, como responsable de los males del campo, con lo que la acusación queda resaltada y permanece en el ánimo del lector como el objetivo básico del cuento.

Pero los asomos de intromisión en el aislamiento de ese universo “cerrado, único e impreciso” que es el Cibao de Bosch provienen, a veces, de instancias intangibles, aunque reales, que se presentan en la narraciones como muestras de la existencia de ese otro espacio (de ese espacio ajeno) que el autor se empeña en mantener a raya. Me refiero a ciertas referencias explícitas que aparecen, unas y otras, también en muy escasas ocasiones y que son, por su irrelevancia, demostrativas del celo con que el autor lucha por preservar su mundo tan intacto como le sea posible. El Cibao de Bosch vive, no convive. Es un universo ensimismado: no sale de sí mismo. No asoma

en él nada que contradiga esta afirmación. Pese a que sus problemas de dependencia y de padecimientos son la consecuencia de la marginación y del abuso a que lo someten unas estructuras y una jerarquía con las que se, halla íntimamente vinculado y cuyas raíces se hunden en el desorden administrativo y político y en la injusticia social (rasgos urbanos y/o civilizados por excelencia), no hay en el conjunto de estos relatos nada que refleje o traduzca esa supeditación. De los muchos personajes que aparecen en los 38 cuentos sobre los que fundamento mis observaciones, solo hay, aparte de los del cuento que acabo de citar, dos no campesinos: el huésped de Justo Félix en “El río y su enemigo” y el visitante de don Anselmo en “El socio”. Pero son irrelevantes como tales¹⁵. Ambos actúan como presencias inactivas cuyo único fin consiste en poner en marcha la acción y llevarla con buen pie (esta vez sí) hasta el final. Los dos son, por definición, no sólo secundarios sino, además, pasivos. Su vinculación con el mundo rural no es posible, porque se lo impide la barrera que el autor coloca entre éste y el que ellos representan. De la misma manera que los objetos que he mencionado antes, ninguno de ellos adquiere relevancia

¹⁵ Hay otro que finge ser campesino, pero que no termina de resultar convincente. Es el personaje/narrador de “Camino real”. Es el único de ellos que tiene consistencia como tal. Pero, como *alter ego* del autor, su actuación no entra en juego con el mundo observado, del que, cumplida su misión de establecer los principios por los que habrá de regirse el narrador, se retira, sin más. Su papel de testigo —o de escribano que levanta acta— y de vocero de lo que va a venir es uno de los factores que contribuyen a restarle fuerza dramática y verosimilitud y a debilitar por consiguiente la narración. Con todo, y si lo consideramos desde el punto de vista propuesto en este estudio, su aparición se convierte en fundamental para la comprensión del conjunto. Su creación es en el fondo un pretexto de que se vale el autor para meterse en el ambiente que desea narrar y ponerlo en contraste con su opuesto y, en este sentido, y sin que importe demasiado su incoherencia narrativa, no cabe duda de que cumple a cabalidad su cometido. No creo, sin embargo, que pueda catalogarse de intelectual, como hace Fernández de Olmos en su obra (p.55), pues en la narración, y ahí está su fallo, no se presenta como tal.

suficiente para modificar el aislamiento en que el narrador insiste en mantener su mundo. Igual que la de aquellos, su aparición es tangencial y momentánea, y no afecta ni directa ni indirectamente la firmeza de lo otro.

Pero ni la de los objetos ni la de estos tres ciudadanos de ahora son las únicas apariciones de lo urbano (ni las únicas demostraciones de su evitación, vale añadir) que pueden mencionarse en el análisis. Otra es la correspondiente a las fuerzas del orden, que se produce también escasamente, pero que no debemos pasar por alto. Las fuerzas del orden, las tropas del ejército, funcionan en los cuentos en que irrumpen —y nunca mejor dicho—, como representantes de una superioridad que los campesinos saben, aunque lejana, real, y, en este sentido, tienen una significación especial, relacionada con la violencia. Pero no cabe duda de que su aparición en escena puede también interpretarse como un acercamiento de lo urbano con el que, a fin de cuentas, están íntimamente vinculadas. Es verdad que, así como, en los casos anteriores, lo urbano no despertaba interés, por indiferencia o desconocimiento, en el mundo rural, con el que no establecía nexos significativos, en este le provoca una reacción defensiva, de rechazo, que implica el reconocimiento de su existencia. Así, al menos, nos lo hacen pensar las actitudes de los personajes campesinos involucrados en la acción. Pero no hay que confundir las cosas. La configuración dramática es una y la estructural otra. Y yo me refiero a la segunda. La diferencia señalada es dramática y, consiguientemente, no esencial. No afecta para nada a lo que en el fondo me interesa, que es poner de relieve, como ya he dicho, la impenetrabilidad del aislamiento impuesto por el narrador a su mundo y la imposibilidad (derivada de esa imposición) de que el contacto entre ambos produzca una modificación del segundo por el primero. De manera que tampoco ahora se vulnera el principio.

Otro recurso, el último, empleado por el autor para la consecución de su propósito es el del desconocimiento o la ignorancia a que somete todo lo que, de acuerdo con sus planes, no cabe en su terreno, o no le pertenece. Llama la atención, por ejemplo, el hecho de que en el Cibao de Bosch no se mencionan ni una sola vez el nombre del país —ni siquiera el gentilicio— ni el de la ciudad, Santo Domingo, que sólo encontramos en el cuento “La verdad” y bajo el calificativo de “la Capital” (p.187). Santiago, que es el otro punto que, dentro de la misma región, podría servir, aunque fuera de un modo menos acentuado, de relativo contrapunto urbano, sólo se menciona, y como de pasada, un par de veces¹⁶. Las otras regiones, el Este y el Sur, por su parte, no existen. Hay una mención de “en camión de San Juan” (p.320), en el cuento “El Socio” y otra en “El resguardo” de un “papabocó” de Barahona (p.219),¹⁷ más alguna otra tan igualmente vagas como estas. Pero nada más. Al mar apenas se le nombra. En “Un niño”, el personaje ve, desde la altura en que se encuentra, muy a lo lejos, “la vaga línea donde el mar y el cielo se juntaban” (p.237). En “Mal tiempo”, Eloísa, que llevaba treinta años viviendo en el lugar, “no había podido evitar el terror que sentía ante el mar, que estaba bien cerca” (II, p.93). Y eso es todo. La mediterraneidad (la mismidad) del Cibao de Bosch es tan absoluta que, más que de territorio rodeado de otros territorios, nos produce la impresión de ser una isla rodeada de vacío por todas partes. El tren no va ni viene de ningún sitio, los ríos no desembocan en ningún mar ni en ningún puerto, las carreteras no existen o carecen de vida, son animales muertos.

¹⁶ Aparece, por ejemplo, en “Guaraguaos”, pero sin relación alguna con el meollo de la narración: “Bucandito envió noticias desde la Línea Noroeste: los bolos triunfaban bajo la jefatura de Desiderio y se acercaban a Santiago, ciudad que pretendían sitiar” (p.67).

¹⁷ “Papabocó” es palabra de origen haitiano equivalente a “brujo”.

Sólo hay innumerables caminos reales “tantos como pies que los busquen” y todos conducen, como ya hemos visto, a lo mismo. Ante ese panorama, no me parece posible dudar del empeño de Bosch de no ceder un ápice en la configuración de un universo narrativo en el que lo rural fuera un absoluto para, a partir de ahí, hacer más llamativos, tanto como sus valores, sus deficiencias y sus padecimientos.

La visión sociocultural. Entre la autonomía y la paráfrasis

En la configuración parafrástica que a partir de “Camino real”, Bosch utiliza para organizar a su universo narrativo, los aspectos relacionados con los modos de vida y la visión del mundo de sus personajes se van poniendo de manifiesto de forma paulatina. Serán el resultado del viaje ya sugerido como posibilidad en dicho relato. Claro que, como no se trata de un recorrido ordinario, sino *sui generis*, por decirlo así, las etapas que lo componen no tienen nada que ver ni con rutas trazadas de antemano ni con poblaciones o lugares específicos, que, como ya he señalado, apenas aparecen en el texto. El de Bosch es un recorrido que nada tiene que ver con pintoresquismo alguno. No es ni siquiera un recorrido por la naturaleza cibaëña, cuya presencia en él también está permeada por una ideología, lo mismo que en los principales autores de la misma corriente, sino por el interior del hombre que lo habita, el verdadero norte del viajero, el único territorio que le interesa dar a conocer. Es, en suma, un recorrido que tiene mucho de antropológico, de psicológico, de social y que, por eso mismo, vincula la narrativa de Bosch con la pretensión ontológica propia de la narrativa hispanoamericana de las primeras décadas del siglo.

Bosch centra su atención en tres grandes áreas de significación para la construcción de su “ciclo cibaëño” de narraciones. Quiero decir con esto que elabora sus ficciones a partir de

ellas, a semejanza de quien organiza una estructura que puede ser contemplada como un rompecabezas —cuyas piezas encajan las unas en las otras sin esfuerzo—, o como un calidoscopio, si, en vez de considerarlas aisladamente, las consideramos en conjunto y en relación dinámica y continua las unas con las otras. Las dos imágenes me parecen críticamente acertadas. Pero utilizaré como referencia analógica la segunda, debido a que, por su dinamismo, se compadece más con la forma en que contemplo las partes del todo, que tienen para mí, además de su carga de sentido propia, la que les proporciona su comercio con el resto, con el que se hallan en una interacción permanente y recíproca. Esas áreas de significación son las siguientes: 1) la atinente a la idiosincrasia y al talante moral de los personajes, de un perfil tan preciso que no da ni siquiera una mínima señal de resquebrajamiento; 2) la compuesta por todas aquellas actitudes y creencias que los vinculan con el medio en que viven y con el país a que pertenecen y, 3) la que expresa sus relaciones con las instancias de poder (tanto las inmediatas, con las que conviven a diario, como las mediatas, cuya presencia carece de concreción, aunque no de representación concreta, en el conjunto), y percibimos lejana y ajena a los hechos que se nos narran.

1 El ser de la región

El campesino es el héroe de esta especie de epopeya de la cotidianidad en que termina convirtiéndose el esfuerzo narrativo de Bosch. Se mire como se mire, se trata siempre de un héroe positivo, cargado de virtudes y, sobre todo, de una ética que no por rudimentaria deja de ser importante y de la cual le viene el rasgo que mejor lo caracteriza: la coherencia. Siempre hay una explicación, o una justificación, para las acciones de este hombre, que actúa en función de una visión del mundo que lo domina todo de manera uniforme. Tal vez por eso los

pocos personajes que transgreden el código no son nunca principales y, cuando lo son, tienen siempre una coartada moral, una explicación que los salva en última instancia y que procura exonerarlos de toda condena y hasta de toda culpa. La actitud del autor es, en este sentido, muy clara, de modo que el lector no percibe lo negativo como un mal en sí mismo, sino como la consecuencia de fuerzas y de circunstancias ajenas a quienes las realizan, siempre que pertenezcan al campesinado, la cantera de sus héroes. Poner en relación lo que acabo de decir con lo proyectado en “Camino real” parece a estas alturas redundantes, pero resulta necesario. Porque en los párrafos que contienen la intención del autor están contempladas no tanto la defensa, digamos jurídica, del hombre del campo cibaño como, de manera especial, la de su probidad y su entereza. Allí, frente a toda injusticia, queda clara la caracterización moral del campesino como un hombre “bondadoso, con su casa abierta a todos los caminantes, la mesa puesta a todo hambriento, la hamaca o el catre tendidos a todo soñoliento, la voluntad presta a señalar el buen camino para quien se perdió en las lomas o en la sabana o en el monte” (p.118).

Esa toma de posición, ese punto de vista, permeará todas las narraciones de Bosch, incluso en los casos en que, como ya he dicho, el cerrado código ético que rige el mundo de sus personajes resulte violentado por cualquiera de ellos. No existe en los 38 cuentos cibaños de Bosch un solo personaje principal que proyecte una imagen de perversidad. No hay protagonistas malos. No es posible encontrar en ellos el talante malvado y bellaco de algunos de los que nos salen al paso en la sabana de Gallegos, en la selva de Rivera y de Quiroga o en la pampa de Güiraldes, para no salirnos de los libros considerados como fundamentales de la corriente en que se inscribe la obra de Bosch. De modo que la atención de este va a concentrarse, desde el principio hasta el final, en poner en

evidencia, además de otras cosas, esos valores. Y es que los personajes de Bosch son, ante todo, hombres (y mujeres, pero, sobre todo, hombres) de una sola pieza. Su existencia, mísera hasta el extremo, está cargada, sin embargo, de un gran sentido de la dignidad y del respeto que se tienen a sí mismos. Todo está, por decirlo así, reglamentado en ella. El más mínimo movimiento, la más mínima acción, obedecen a unas normas no escritas, pero inflexibles, que convierten su cotidianidad en el trasunto de una ceremonia. Los valores morales están por encima de los materiales en esta sociedad que nada posee y son los que, en el fondo, la mantienen viva y segura de sí misma. El catálogo de escenas en los que esta verdad se hace evidente es extenso y abarca diversos aspectos. En realidad, no hay un solo cuento de Bosch en el que no haya, no una enseñanza, pues el aspecto didáctico está excluido de ellos, o existe a su pesar, pero sí una demostración o una prueba tanto de la existencia de dichos valores como de la íntima relación establecida entre ellos y la conducta de los personajes. Es una normativa de doble vía, según la cual hay cosas que se hacen (que pueden hacerse) y cosas que no se hacen (que no pueden hacerse), y tan imperativa e inflexible, dentro de su aparente simpleza, que la más mínima sospecha de su incumplimiento genera rechazo y soluciones de una drasticidad a veces trágica.

Dos muy buenos ejemplos de esto último son los cuentos “El alzado” (pp.29-32) y “La desgracia” (pp.229-235). Ambos son demostrativos del extremo grado de asunción del código ético por parte de los personajes, que haríamos mal en considerar como individualidades, y no como lo que son, portavoces de una conducta y de un modo de ver y de entender el mundo al que pertenecen. Nótese que, en el primero, el padre, que ha recibido con orgullo al hijo que regresa al bohío tras la derrota de su bando, reacciona indignado ante la decisión de éste de entregarse a sus inesperados enemigos cuando estos lo

rodean junto al padre. Pero esa reacción viene provocada por una situación ambigua o confusa. El miedo del hijo no está confirmado. Es más, por el contexto del cuento se puede asegurar que no existe. Es una simple sospecha del padre (la posibilidad de que la frase pronunciada por su hijo, “salga y diga que yo me entrego”, pueda deberse a cobardía), la que lo hace tomar la decisión extrema de salir y gritarles a los del cerco: “Mi hijo está ahí y se rinde si le aseguran que van a fusilarnos juntos”. O lo que es lo mismo, de compartir la muerte para evitar la deshonra, o lo que él entiende como tal. Nótese también que la escena tiene lugar entre el hijo y el padre, que no hay testigos de ella y que esa circunstancia podría facilitar en principio una actitud más flexible por parte de este último, toda vez que el motivo de la deshonra no lo conocería nadie más y no podría generar, por lo tanto, rechazo ni castigo por parte de la colectividad. Pero ni así. La inflexibilidad se mantiene a toda costa, por encima de lo que sea. El código no es una formalidad social, una normativa de convivencia. O no sólo. También, y sobre todo, es una confirmación de la esencia. No se es si no se es de una determinada manera, si el comportamiento no está sujeto a una concepción de la vida en la que no caben medias tintas. La doble moral no tiene lugar en ella ni los valores relatividad ninguna. Los términos paritarios y enfrentados “valor/cobardía”, “lealtad/traición”, “amistad/enemistad” son inmutables y como tales cumplen una función estricta de distribución clara de las acciones esenciales (repito: esenciales) en la clasificación mayor de bueno y malo, último par que los acoge a todos.

En “La desgracia”, el segundo de ambos cuentos, sucede igual, aunque aquí el motivo de la deshonra y de la protesta está íntimamente vinculado con el precepto evangélico de no cometer adulterio y eso le proporciona un matiz religioso que justifica doblemente la actitud asumida y el castigo. El

descubrimiento de la infidelidad en el seno de su propia familia trastorna por completo al viejo Nicasio. Lo relevante en este caso no es tanto el hecho, condenable *per se*, como el dolor moral que acaba produciendo en el portador del código, un dolor tanto mayor cuanto que la infractora no es otra que su hija. También en este cuento la deshonra equivale a la muerte. A la muerte moral, me apresuro a decir. La determinación de morir junto al hijo es, en el viejo de "El alzado", el resultado del temor y la vergüenza que le produce la sinrazón que para él supondría continuar vivo después de haber sabido que el hijo es un cobarde. Para el de "La desgracia", la situación es todavía más trágica. Peor que la muerte es saber que no se ha estado a la altura de los principios que sostienen la existencia. La deshonra es, así, una muerte en vida y está, además, íntimamente relacionada con lo colectivo a través del núcleo básico de lo familiar. Por eso los dos viejos sienten la proveniente de sus hijos con la misma intensidad que si la hubieran originado ellos. Hay en este sentido una similitud y un paralelismo claros en ambos protagonistas, que identifican la deshonra con la muerte y asumen la culpa ajena (la violación del código por uno de los suyos) como propia. Porque el saber del primero es idéntico al del segundo. No importa que aquel parta de una presunción y éste de una certeza. Los dos obedecen a lo mismo y su posesión produce la misma indefensión y el mismo desamparo. El saber de los protagonistas no es, en resumen, el saber específico, circunstancial, anecdótico que nos indica la trama. En ellos la verdad esencial está más allá de lo meramente dramático o narrativo. Es un saber moral, que trasciende lo episódico y que se convierte, desde el momento en que se tiene, en un motivo de tormento interior insoportable.

El hecho de que los dos sean ya viejos y padres de los transgresores no es tampoco gratuito. La edad, que no es, sin embargo, necesaria, pues ya veremos que el código la

trasciende en el Cibao de Bosch, aumenta la gravedad de las decisiones adoptadas, que se ven así como la imposición de quienes, por su superioridad, biológica y jerárquica, están investidos de la máxima autoridad posible. Y de la máxima sabiduría, que es otro aspecto que no debemos pasar por alto y que es el que los dota de esa especie de grandilocuencia básica sin la que no es posible comprenderlos del todo. No por nada sus parlamentos están revestidos de una contundencia y una seguridad que los lleva al extremo de sacar conclusiones definitivas y trascendentes, como sucede con el viejo de “La desgracia”, cuyo “saber es peor”, sin dejar de estar relacionado con lo que acaba de pasar, adquiere en su boca un carácter de indiscutible verdad universal que refuerza la actitud adoptada.

Estos dos rasgos: el honor y el valor (o sus contrarios: la deshonra y la cobardía) son el tronco de un árbol ético que extenderá sus ramas en todas direcciones. El sentido del honor, entendido como el máximo respeto hacia uno mismo, determinará en estos hombres sentimientos fundamentales, como la lealtad, la honradez a toda prueba, el cumplimiento de la palabra dada o el reconocimiento de la autoridad consentida, mientras que el valor los hará firmes y serenos, justos o razonablemente autoritarios. Se trata de unas normas enraizadas en una tradición que viene de lejos y que, en cierto sentido, son patrimonio de determinados tipos de sociedades, en especial de las rurales, al tiempo que la consecuencia de una endogamia moral largamente practicada y consentida¹⁸. Y, si bien un análisis de esa naturaleza nos llevaría a terrenos distantes y distintos y nos haría perder de vista el objetivo que me he propuesto, conviene que tengamos muy en cuenta

¹⁸ En lo esencial, es el mismo concepto del honor hispánico, tan presente en el teatro y en la narrativa clásica española.

el detalle, porque lo que sí resulta evidente es que ese comportamiento está tan estrechamente vinculado al ser de la región que no hay manera de entender los conflictos que en ella se presentan sin darle, como a la naturaleza, como al tipo de organización social, como al grado de su desarrollo, la extraordinaria importancia que posee para la comprensión de lo que se nos narra.

El reconocimiento de esa importancia es lo que lleva al autor a ponerla de relieve de forma tan notoria que, como ya he dicho, no hay una narración en que no esté presente. La visión moral de los personajes no es aquí un accidente, una posibilidad que convive con su violación o con su desconocimiento, como una parte más de la existencia. La vida no se concibe sin la adecuación del comportamiento a la norma. Y como se trata de un marco general y sin fisuras no hay nadie que escape de la rigidez de sus imposiciones. En los ejemplos señalados, los protagonistas son ancianos porque así lo quiso el autor, a quien le convenía, narrativamente hablando, que lo fueran. La edad intensifica el sentido de la autoridad, amén de que pone de relieve la continuada vigencia del código. Pero el cumplimiento y la exigencia del cumplimiento de éste se manifiestan por igual en todos los estratos y niveles. Hombres y mujeres de todas las edades se sienten igualmente comprometidos con lo mismo, independientemente de la circunstancia. Por eso no hay conflictos generacionales en ese mundo cerrado y único, porque todos acatan la autoridad de lo así establecido. Lo único que puede evitar la aplicación del código es una consideración de orden también moral que sea parte de él y cuyo reclamo o cuyo mandato se perciba en un momento dado como superior.

“El cuchillo” (pp.51-55) ejemplifica a la perfección lo que acabo de decir. En él Cundito, tras encontrarse, al cabo de mucho tiempo, con la mujer que se le había ido con otro,

queda tan aturdido que apenas se da cuenta de lo que hace. Decide, sin embargo, vengar la afrenta. Con tal fin, compra un cuchillo y vuelve al bohío donde halló a la mujer. Pero en ese momento se oye el llanto del niño que la nueva pareja ha tenido en el ínterin y Cundito desiste de su propósito. Cuando se aleja, acaricia el cuchillo recién comprado y piensa: “Me servirá para trabajar”. Este cuento es el único del primer conjunto en que el personaje decide no cumplir con lo que su moral le exige que cumpla. Por eso lo traigo a colación. Es verdad que el autor, para lograr la verosimilitud del cambio de decisión final, tiene que introducir al principio un elemento que lo haga posible, y es el tiempo transcurrido entre el engaño y el encuentro. Debido a eso el lector sabe que el sentimiento del protagonista no puede ser el mismo de cuando recibió la ofensa y que su capacidad de reacción ya está francamente disminuida para enfrentar la situación. Que ha perdido justificación. El hombre “nunca creyó que la mujer pudiera irse así, para siempre”, dice el narrador. Y añade: “Pero de eso han pasado ya más de quince menguantes y de quince crecientes. Olvidó uno las veces que bajó hinchado el río; las que llenó y secó el maíz; las que se esponjó la tierra a la luna llena. Por tiempos se ahogaba el bohío en la lluvia y en semanas enteras se achicharraba al sol” (p.52).

Sólo así es posible, no tanto que el lector acepte como que el narrador pueda presentar una historia basada en la modificación del código, o, lo que es lo mismo, en una situación excepcional. Y la de “El cuchillo”, que lo es, no podía serlo sin que hubiera una disminución de la carga emocional, ni tampoco sin que después apareciera una fuerza mayor (el niño) que justificara el torcimiento del rumbo marcado por el código. O por el destino, ya que ambos están en cierto modo identificados.

Ahora bien, aquí, como en otros momentos, Bosch se vale de un dato falso¹⁹. Esa fuerza mayor no es, con todo, la presencia imprevista del niño, que llora en el momento culminante, sino el crecimiento interior que en ese instante experimenta el protagonista, la grandeza espiritual (“lo voy a dejar huérfano”) que lo hace sobreponerse al mandato sin sentirse por ello disminuido ante sí mismo. Sin perderse el respeto. La vida se le impone al protagonista, que, lejos de resistirse, la comprende y actúa en consecuencia. Hay en esta reacción una utilización de la inteligencia que lo convierte en sabio y lo hace crecer ante los ojos del lector. No podía ser de un modo diferente, porque tampoco aquí el autor ha perdido de vista que de lo que se trata es de poner de relieve, allí donde haga falta, aquella bondad intrínseca del campesino de la zona. Sólo que no lo hace de manera forzada, sino introduciendo elementos explicativos que dependan del funcionamiento interno del código al que se deben y que, por lo tanto, conviertan en lógico lo ilógico y una reacción aparentemente contradictoria en consecuente. En esa tesitura, al lector no le resulta ni forzado ni difícil admitir que, por decirlo así, un golpe de ternura sea capaz de desplazar al rencor en el corazón de un hombre, como sucede en “El cuchillo”, lo que coincide, una vez más, con la intención básica de Bosch de hacer de sus personajes héroes esencialmente positivos.

En “Cundito” (pp.57-62), se da un caso parecido al anterior. También en este cuento se interponen, entre la ofensa y el castigo, una acción y un sentimiento que apuntan a la posibilidad de que el portador del código desista de su empeño y se decida por el perdón, o por el olvido. Pero el parecido es sólo aparente, consecuencia de la similitud en la composición, ya que, lejos de eso, el cuento se convierte en un ejemplo

¹⁹ Aprovecho para apuntar que es un recurso que Bosch utiliza con frecuencia.

hipertrofiado de cumplimiento inexorable del código, que no tiene en cuenta ninguna consideración que lo contradiga. En él, Cundito, su protagonista, abofeteado por Genén, más fuerte, se ve en la necesidad moral de vengar la afrenta. Entre una cosa y otra, sin embargo, Genén se ve atrapado por un temporal y Cundito, que lo sabe, olvida momentáneamente la afrenta y lo rescata. Lo carga hasta el poblado, donde se conoce lo de la bofetada y donde, por lo tanto, produce asombro con su acción. ¿Habrá olvidado la ofensa? De ningún modo. Antes de marcharse deja bien claro su determinación, pidiéndoles a los presentes que le digan a Genén, cuando despierte, que él, Cundito, tiene necesidad de arreglar lo de la galleta “y que tenga entendido que Cundito Frías paga las galletas como un hombre: a puñaladas”.

Aquí, a diferencia de lo que sucede en el anterior, se produce un aplazamiento de la aplicación del código, y es muy digno de notar que lo que media entre la ofensa y su castigo no es, como allí, una reflexión ética, sino un gesto solidario. El dato es importante por dos razones. Primera, porque, al no tratarse de una reconsideración de los motivos, en ningún momento se pone en juego la consideración de la ofensa. El héroe, empeñado en salvarle la vida a su enemigo, no se ve obligado a replantearse la determinación de la venganza, que permanece, por lo tanto, inmutable. Y segunda, porque, a pesar de esto, la acción emprendida por el protagonista cumple con el objetivo de resaltar sus cualidades positivas (desprendimiento, generosidad, valor) con el fin de que el lector sienta, al final, que su exigencia, lejos de estar impulsada por la mezquindad o por un simple deseo de venganza, se fundamenta en una ética y es, en el amplio sentido de la palabra, un acto justiciero. Al igual que en los casos anteriores el episodio termina, en “Cundito”, con una sentencia de carácter moral que pretende ser el resumen, no sólo de

una secuencia circunstancial, sino de una concepción general sobre las cosas. Es como la justificación inapelable de la decisión tomada. La mezcla de seguridad y de certeza en el juicio que implican tales expresiones es lo que les da a los personajes ese aire de estar, en ese momento al menos, más allá de toda contingencia, de jueces infalibles y, como transmisores de una herencia ancestral, de hombres sabios.

Gestos como estos se repiten en la obra de Bosch cada vez que la situación lo demanda, aun cuando ésta no llegue a ser tan extrema como las tres citadas. Porque el apego, o, más bien, la sumisión a las normas, despoja la existencia de superficialidad y la dota, al mismo tiempo que de una gran rigidez, de una solemnidad extrema. Hay, en suma, una lógica del comportamiento que debemos tener en cuenta si se quiere evitar que, como les sucede a lectores desprevenidos, el desenlace de ciertos conflictos resulte absurdo o incomprensible. Sólo así podemos entender reacciones como la del viejo José Dolores de “La negación”, quien, al cabo de muchos años de no ver al hijo, va en su busca y encuentra a la nuera, a la que se presenta y bendice, y al nieto, ya crecido. Su alma está llena de alegría y regocijo por el encuentro. Al rato pregunta por el hijo y se entera de que está preso y de la causa: robo. El autor no describe la vergüenza que lo cubre. Pero debió de ser grande porque en la escena final el viejo llama a la mujer y le pide perdón. “Tenía hambre y sueño y por eso hablé embuste”, le dice. Y ante la extrañeza de la otra, le da esta explicación drástica y dolorosa: “Es que yo no soy el taita de Ufemio”.

La misma perplejidad podría producirnos, de no estar prevenidos, el cuento “La mujer”, cuya protagonista actúa de una forma para muchos extraña. Seymour Mentón dice que sorprende por su falta de lógica, aunque a renglón seguido admite que “se comprende muy bien al tener en cuenta el ambiente

primitivo”²⁰. Y aunque no es exactamente así, porque Mentón se refiere, sin duda, al ambiente primitivo del cuento, la afirmación es aceptable si ampliamos el concepto. Esa falta de lógica desaparece en cuanto ponemos en relación al personaje con las características de su mundo, en cuyo caso se llena de inmediato de una coherencia indiscutible. Pues lo que hace la mujer, al golpear al hombre que, para defenderla, se enfrenta a su marido, es reafirmar, de una forma brutal, si se quiere, pero cierta, su acatamiento de una normativa sin la cual no es posible comprender los alcances de la narración. Son, claro, situaciones límite, por decirlo así, en las que parece natural que el código se imponga. Pero el código no está hecho solo para ocasiones excepcionales. Antes, por el contrario, está tan arraigado en la cotidianidad, que, pese a la drástica firmeza con que se pone de manifiesto en tales ocasiones, los personajes testigos de su cumplimiento no manifiestan la más mínima sorpresa.

El único sorprendido —ya por la pericia del autor, ya por el imprevisto resultado de la acción, o ya por ambas cosas— es el lector. Los personajes testigos adoptan, más bien, una actitud entre fatalista y aprobatoria que indica claramente hasta qué punto consideran normal la solución impuesta. Y no importa que el narrador decida permitirles que hablen o que, por el contrario, nos oculte su opinión (la de los personajes) al respecto. En ambos casos la impresión del lector es la de que el cumplimiento es un hecho no contradictorio y universalmente admitido. Puede incluso ocurrir, como en “Cundito”, que se exija de antemano, aunque lo normal es la aceptación implícita. De ahí que demos por cierta, o por segura, la aprobación del hijo de “El alzado” a la propuesta que el padre les grita a los soldados, o admitamos sin titubeo que la hija del

²⁰ En *El cuento hispanoamericano*, antología, 2, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p.100.

viejo de “La desgracia” aceptará el castigo y se marchará para siempre, o que la nuera del viejo de “La negación” guarde silencio frente a una declaración a todas luces falsa y para ella de, necesariamente, dudosa veracidad.

La verosimilitud de aquellas narraciones de Bosch íntimamente relacionadas con la moral del grupo proviene, no cabe duda, de la capacidad de convicción del narrador, de sus habilidades técnicas, pero también se ve fortalecida —y Bosch, que lo sabe, lo utiliza a conciencia—, por la monolítica coherencia de una ética conductual que se explica por sí misma. Tanta es la fuerza de cohesión de ese entramado invisible que une y rige la vida de los personajes del Cibao de Bosch que no hay relación que escape de sus límites. Los lazos familiares y amistosos, así como los relativos a toda convivencia, sin olvidar los que los vinculan con instancias ajenas a su mundo, como el poder, el mando y la justicia, quedan supeditados a la rigidez de sus designios. El padre reparte bendiciones y castigos como un demiurgo. Su autoridad es, en todo momento, indiscutible. La obediencia debida es un imperativo que sólo desaparece con la muerte. Los hijos, con independencia de la edad y de su importancia, piden la bendición de rodillas y acatan sin chistar las sugerencias, los reproches, los castigos y las órdenes que les vienen del padre. Las mujeres, más aun que los hombres, obedecen y callan. Los niños crecen asimilando tales ejemplos, que se presentan como inamovibles. Como seres menores de la organización, estos tres grupos asumen su minoría sin contratiempos ni contradicciones, a la espera de su promoción en la escala, cuando sean padres, adultos y madres, aunque en el caso de estas últimas la variación sea casi imperceptible.

El equilibrio del código implica un tratamiento desigual, pero aceptado, sin cuya comprensión no es posible el análisis correcto de ciertas actitudes de los personajes,

de las que lamentablemente no puedo ocuparme aquí. La que describo es una sociedad que se rige, en el fondo, por sus propias leyes, y no por las otras —las institucionales—, que percibe como ajenas e impuestas desde una lejanía inalcanzable de la que ya hice mención en su momento²¹. Este último aspecto es tanto más importante cuanto que nos proporciona la clave para entender por qué, cuando se produce una violación del código, no hay nada que detenga la acción del que haya de darle cumplimiento. El otro código, el penal, no es, en tales casos, un obstáculo. Y, de hecho, ni el protagonista de turno ni los demás se molestan en tomarlo en consideración. El código de vida lo supera con creces y lo ignora. La consecuencia de la acción justiciera del protagonista podrá tener repercusiones que afecten su vida, y los personajes, todos, lo saben. Pero la conciencia de esa realidad no le impide cumplir con su misión ni hace que los demás procuren impedirselo. En el ya citado “El cuchillo”, por ejemplo, el hombre que va a lavar con sangre la ofensa recibida no duda ni un segundo, y si, por un momento, se acuerda de la justicia —del otro código— no es para considerarlo, sino para desestimarlo con desdén: “El hombre no pensaba: iba sereno, con serenidad amarga; pero sabía bien qué haría. Después... ¡Qué contra! ¡Para los hombres de verdad se había hecho la cárcel!” (p.54). Y lo mismo sucede en “Cundito”, a cuyo protagonista no le pasa por la cabeza que la venganza pueda procurarle un problema con la Justicia.

²¹ H. Hoetink denomina, de una manera sumamente gráfica y contundente, “aparatos de sanción” a las instancias de poder que ejercen una coerción real, aunque lejana y nunca superior a la del código propio, en el Cibao de Bosch. Cfr. HOETINK, H. *El pueblo dominicano (1850-1900)*, Santiago, RD, UCMM, 1971, cap. V, pp.133-155.

La relación con el medio

La rigidez de estos principios de orden ético no es, sin embargo, la única que condiciona la visión del mundo de los personajes. El Cibao de Bosch es un espacio que trasciende lo estrictamente social y ninguno de ellos puede dejar de ser víctima o resultado del aislamiento en el que sobreviven, que el autor, como hemos visto, intensifica adrede. El Cibao de Bosch es, en realidad, el resultado de una interacción permanente entre lo uno y lo otro que el análisis desglosa con fines explicativos, pero que funciona como una unidad indisoluble. El código ético, que rige la existencia interna de la colectividad, no está al margen del que ésta utiliza para reglamentar su convivencia con el medio de que forma parte. La coherencia y la armonía que vamos encontrando a medida que profundizamos en el conocimiento del Cibao de Bosch proviene de la vigencia simultánea de ambos.

La diferencia radica en que, mientras, en la aplicación del primero, el hombre es el que decide el cuándo y el cómo, en la observación del segundo se convierte en una especie de entequeia sin fuerza ni protagonismo, incapaz de contrarrestar lo que se le presenta siempre como un designio superior. La mezcla de seguridad e indefensión que nos producen siempre proviene de esa contradicción permanente y es lo que nos lleva a percibirlos como seres en permanente tensión interior. La firmeza con que actúan cuando tienen que aplicar el código en los momentos en que tienen que hacerlo contrasta considerablemente con la sumisión casi infantil con que aceptan las imposiciones de lo que los supera, contra lo cual no hay rebelión posible. Lo que no ocurre nunca es el desatamamiento. Así como procuran cumplir y hacer cumplir la normativa ética, de la que se sienten dueños y señores, así mismo obedecen o se amoldan a las señales o disposiciones provenientes de seres y de fuerzas que no controlan nunca y en las que creen a

pies juntillas. Un estudio específico de las creencias en que se apoya ese comportamiento nos llevaría al establecimiento de un sincretismo básicamente cristiano con una fuerte dosis del animismo propio de occidente y cierta influencia africana no claramente manifiesta, que actúa como en sordina. Pero ese no es, por el momento, el punto.

Lo que sí interesa es establecer cómo influye eso en la conformación del universo narrativo boscheano y cómo lo maneja Bosch en beneficio propio, vale decir, en pro de la mejor aplicación de su estrategia, por un lado, y del enriquecimiento temático de su narrativa, por el otro. Digamos, de entrada, que la impresión de unidad y encerramiento que nos produce el Cibao de Bosch está íntimamente relacionada con esa especie de identificación constante del mundo circundante con el mundo imaginario de quienes lo pueblan. La minúscula y particular cosmogonía que vincula al uno con el otro, heredada y enriquecida a lo largo de siglos de intenso aislamiento, dota a la naturaleza de tal autonomía que no hay manera de que se la conciba sin ellas. A la percepción fatalista de los personajes acerca de sus condiciones de vida, según la cual el mundo siempre ha sido y será de la misma manera, se le une la creencia equivocada de que el medio en que habitan es lo que no es. Se trata, si lo miramos bien, de algo comprensible y hasta lógico. La cultura rural (por lo menos a ciertos niveles de desarrollo, como es el caso de la que nos ocupa) es inimaginable sin el factor mágico-religioso. Lo que llama la atención es el hecho de que en el Cibao de Bosch no haya tampoco en este aspecto, como no la había en lo concerniente al código ético, la más mínima señal de resquebrajamiento. También aquí se nota la ausencia de rasgos modernizantes —o civilizadores— que pudieran apuntar en esa dirección, y hay que contar, por consiguiente, con esa realidad como constituyente básico, del principio al fin, de lo que se nos narra. No hay

forma de entender las actuaciones de los personajes sin la referencia a ese segundo código conductual que los ata al determinismo de lo inevitable.

El personaje/narrador de “Camino real”, que allí hace las veces, no solo de *alter ego* del autor, sino de portador del mensaje civilizador, se esfuerza por contrarrestar la dependencia que se establece por ese medio. Con tal fin utiliza los argumentos necesarios, en una especie de improvisada lucha contra el oscurantismo que sabe de antemano que no puede ganar y cuya inclusión en el cuento hay que interpretar, más bien, como una forma hábil de poner de manifiesto (en el catálogo de características desplegado en la narración) ese aspecto esencial de sus criaturas.

“[...] Una luz clara y violenta iluminó, a través de las rendijas, nuestra habitación. Selmo se santiguó y murmuró:

‘—Ave María Purísima.

‘Yo me quedé mirándolo y pregunté:

‘—¿Por qué has hecho eso, Selmo...?’

‘—Para que la Virgen me libre de los relámpagos —contestó.

‘Nada dije, pero me atormenté pensando si convenía explicar a esta gente que una tempestad nada tenía que ver con Dios; que eso consistía, sencillamente, en un choque de nubes. ¡Señor! ¿Cómo es posible que los hombres vivan ignorantes de por qué oyen; en la creencia de que todas las cosas vienen de un ser milagroso; de que sus vidas están dispuestas así y no tienen derecho a rebelarse, a pretender una vida mejor?’ (p.125).

Pero la misma actitud de sus interlocutores, que no le prestan ninguna atención, a despecho de la respuesta que le da uno de ellos, resulta indicativa del grado de interiorización de dicho código por parte de los personajes y, más importante aún, nos da luz sobre la actitud del autor frente a ese aspecto

de la realidad que pretende narramos. Por medio de “Camino real”, texto iluminador en más de un sentido, como hemos tenido ocasión de ver, sabemos que el autor es perfectamente consciente de cómo el ser humano que se ha impuesto la misión de defender (y de explicarnos) es absolutamente incomprendible sin esa carga de creencias, y no pierde ocasión de hacerlas actuar en el texto como elemento explicativo, generalmente causal, de las motivaciones de la acción. Las ocasiones en que se pone de manifiesto esa especie de entendimiento con lo desconocido (fuerzas ocultas de la naturaleza o fuerzas ocultas en la naturaleza), que envía señales u órdenes, son múltiples. Son, en realidad, lo mismo que ocurriría con la actitud ética, una constante.

Palabras finales

El análisis que acabo de realizar de la parte regional de la narrativa de Juan Bosch sirve de base, creo, para la comprensión en profundidad de las actitudes y las acciones de los personajes que la pueblan. Más aún, nos posibilitan entender no tanto el temperamento de cada uno de ellos como las diferentes modalidades de acercamiento utilizadas por el autor para facilitarnos ese entendimiento. Quedaría, por ver, por ejemplo, cómo la peculiar relación de todos ellos con su propio medio que acabo de describir le da pie a Bosch para, por decirlo así, hipertrofiar el realismo que define su narrativa y convertirse en uno de los precursores del realismo mágico que años más tarde se erguiría como una modalidad emblemática de la literatura hispanoamericana del siglo XX. A partir de la base que creo haber sentado en este prólogo tendríamos oportunidad también de establecer con más claridad su vinculación (y sus diferencias) con respecto a la literatura criollista, de la que proviene, y con el particular telurismo que caracteriza a varias de sus obras más representativas, desde *Segundo*

Sombra hasta *Los pasos perdidos*, pasando, cómo no, por *La vorágine*. Nos daríamos perfecta cuenta de que el ciclo cibaño de que he venido hablando y, consiguientemente, de que el que he denominado Cibaó de Bosch, no sólo no se agota en sus cuentos, sino que tiene una prolongación, tanto formal como de contenido, en su novela *La Mañosa*, que se escribe bajo la sombra del cuentista y que adelanto aquí que no es sino un relato de relatos y de relatores en permanente deuda con el universo de los cuentos, hasta el punto de que en ella se pueden detectar, entrelazando su autonomía, nada menos que seis composiciones narrativas (llamémoslas así) diferentes, que son, a saber, 1) el designado como relato “marco”, que coincide con el comienzo y el final de la novela y les da cabida a los restantes, 2) el de Pepe y el General, 3) el de José Veras, 4) el de los hijos de Dimas, 5) el del combatiente desahuciado y, 6) el de la mula. Comprenderíamos, en fin, que el Cibaó así descrito nos proporciona, además del placer literario, la posibilidad de establecer una arqueología social de la región, toda vez que se trata de un mundo ya inexistente, al tiempo que nos sirve de base para la comprensión cabal de una intrahistoria nacional ya desaparecida, elementos sin los que no es posible la del proceso de conformación del ser nacional en que, se quiera o no, nos encontramos todavía. Tendríamos, ya por último, base suficiente para determinar el peculiar proceso seguido por la narrativa dominicana posterior a la aparición en nuestro medio de las narraciones analizadas en el presente ensayo y cómo, frente al alejamiento y hasta el rechazo de utilizar la misma materia prima o la misma temática campesina de Bosch, dando así la impresión de hacer una literatura desvinculada de la del vegano, la influencia de éste a partir de su perfección técnica es tal que no hay posibilidad de explicar el desarrollo de la cuentística posterior sin remitirnos a su magisterio. Pero nada de eso

cabe en este modesto empeño de introducir al lector, de una manera tal vez algo distinta a la utilizada por otros, en una narrativa que en sus momentos de mayor acierto (y no sólo en los cuentos de temática regional) adquiere las dimensiones de un narrador de primerísima categoría.

CAMINO REAL

LA MUJER

La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve vida. El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo, un rojo que se hizo blanco, y sigue ahí, sobre el lomo de la carretera.

Debe hacer muchos siglos de su muerte. La desenterraron hombres con picos y palas. Cantaban y picaban; algunos había, sin embargo, que ni cantaban ni picaban. Fue muy largo todo aquello. Se veía que venían de lejos: sudaban, hedían. De tarde el acero blanco se volvía rojo; entonces en los ojos de los hombres que desenterraban la carretera se agitaba una hoguera pequeñita, detrás de las pupilas.

La muerta atravesaba sabanas y lomas y los vientos traían polvo sobre ella. Después aquel polvo murió también y se posó en la piel gris.

A los lados hay arbustos espinosos. Muchas veces la vista se enferma de tanta amplitud. Pero las planicies están peladas. Pajonales, a distancia. Tal vez aves rapaces coronen cactus. Y los cactus están allá, más lejos, embutidos en el acero blanco.

También hay bohíos, casi todos bajos y hechos con barro. Algunos están pintados de blanco y no se ven bajo el sol. Sólo se destaca el techo grueso seco, ansioso de quemarse día a día. Las canas dieron esas techumbres por las que nunca rueda agua.

La carretera muerta, totalmente muerta, está ahí, desenterrada, gris. La mujer se veía, primero, como un punto negro, después, como una piedra que hubieran dejado sobre la momia larga. Estaba allí tirada sin que la brisa le moviera los harapos. No la quemaba el sol; tan sólo sentía dolor por los gritos del niño. El niño era de bronce, pequeñín, los ojos llenos de luz, y se agarraba a la madre tratando de tirar de ella con sus manecitas. Pronto iba la carretera a quemar el cuerpo, las rodillas por lo menos, de aquella criatura desnuda y gritona.

La casa estaba allí, cerca, pero no podía verse.

A medida que se avanzaba, crecía aquello que parecía una piedra tirada en medio de la gran carretera muerta. Crecía, y Quico se dijo: Un becerro, sin duda, estropeado por auto.

Tendió la vista: la planicie, la sabana. Una colina lejana, con pajonales, como si fuera esa colina sólo un montoncito de arena apilada por los vientos. El cauce de un río; las fauces secas de la tierra que tuvo agua mil años antes que hoy. Se resquebrajaba la planicie dorada bajo el pesado acero transparente. Y los cactus, los cactus coronados de aves rapaces.

Más cerca ya, Quico vio que era persona. Oyó distintamente los gritos del niño.

El marido le había pegado. Por la única habitación del bohío, caliente como horno, la persiguió, tirándola de los cabellos y machacándole la cabeza a puñetazos.

—¡Hija de mala madre! ¡Hija de mala madre! ¡Te voy a matar como a una perra, desvergonzada!

—Pero si nadie pasó, Chepe; nadie pasó —quería ella explicar.

—¿Qué no? ¡Ahora verás!

Y volvía a golpearla.

El niño se agarraba a las piernas de su papá; no sabía hablar aún y pretendía evitarlo. Él veía a la mujer sangrando por la nariz. La sangre no le daba miedo, no, solamente deseos de llorar, de gritar mucho. De seguro mamá moriría si seguía sangrando.

Todo fue porque la mujer no vendió la leche de cabra, como él se lo mandara; al volver de las lomas, cuatro días después, no halló el dinero. Ella contó que se había cortado la leche; la verdad es que la bebió el niño. Prefirió no tener unas monedas a que la criatura sufriera hambre tanto tiempo.

Le dijo después que se marchara.

—¡Te mataré si vuelves a esta casa!

La mujer estaba tirada en el piso de tierra; sangraba mucho y nada oía. Chepe, frenético, la arrastró hasta la carretera. Y se quedó allí, como muerta, sobre el lomo de la gran momia.

Quico tenía agua para dos días más de camino, pero casi toda la gastó en rociar la frente de la mujer. La llevó hasta el bohío, dándole el brazo, y pensó en romper su camisa listada para limpiarla de sangre.

Chepe entró por el patio.

—¡Te dije que no quería verte más aquí, condenada!

Parece que no había visto al extraño. Aquel acero blanco, transparente, le había vuelto fiera, de seguro. El pelo era estopa y las córneas estaban rojas.

Quico le llamó la atención; pero él, medio loco, amenazó de nuevo a su víctima. Iba a pegarla ya. Entonces fue cuando se entabló la lucha entre los dos hombres.

El niño pequeñín, pequeñín, comenzó a gritar otra vez; ahora se envolvía en la falda de su mamá.

La lucha era silenciosa. No decían palabra. Sólo se oían los gritos del muchacho y las pisadas violentas.

La mujer vio cómo Quico ahogaba a Chepe: tenía los dedos engarfiados en el pescuezo de su marido. Éste comenzó por cerrar los ojos; abría la boca y le subía la sangre al rostro.

Ella no supo qué sucedió, pero cerca, junto a la puerta, estaba la piedra; una piedra como lava, rugosa, casi negra, pesada. Sintió que le nacía una fuerza brutal. La alzó. Sonó seco el golpe. Quico soltó el pescuezo del otro, luego dobló las rodillas, después abrió los brazos con amplitud y cayó de espaldas, sin quejarse, sin hacer un esfuerzo.

La tierra del piso absorbía aquella sangre tan roja, tan abundante. Chepe veía brillar la luz en ella.

La mujer tenía las manos crispadas sobre la cara, todo el pelo suelto y los ojos pugnando por saltar. Corrió. Sentía flojedad en las coyunturas. Quería ver si alguien venía. Pero sobre la gran carretera muerta, totalmente muerta, sólo estaba el sol que la mató. Allá, al final de la planicie, la colina de arenas que amontonaron los vientos. Y cactus, embutidos en el acero.

REVOLUCIÓN

Tuvo suerte Toño: Cholo estaba solo. Entró como un ventarrón, miró a todos lados y, casi ahogándose, dijo:

—Ya está, Cholo. Deogracia se pronunció.

Cholo se quitó el cachimbo de la boca violentamente; echó el cuerpo un poco alante, pero no habló.

Toño estaba allí y no estaba. Se le veía la cara como si el sol la estuviera derritiendo. Hurgaba con la vista los rincones, la puerta, el camino.

Cholo sintió la nuez de Adán subirle y bajarle.

Con la mano izquierda abierta se alisó el bigote crespo. El esfuerzo que hizo para calmarse le surgió a la frente.

—Bueno... —dijo— Deogracia sabe lo que hace.

—Sí, pero...

Toño no podía hablar. Viéndole tan nervioso, Cholo se sintió más sereno, más dueño de sí.

—Siéntese, compadre. Usté está asustado.

—Es que, mire... —contestó el otro—. Horitica está aquí el gobierno.

—¿Y qué?

—Que reclutan.

—Esas son caballás. No hacen nada. Ellos saben que Deogracia es hombre peligroso.

Pero Toño parecía no comprender; ni un instante miró de frente a Cholo. Éste se remojaba los labios, uno con otro, y tenía la vista perdida. Al fin habló:

—Ya era hora. Tenemos bastante tiempo fuñidos.

Toño casi salta de la silla. Atropelladamente, como quien tiene miedo de no terminar, se explayó:

—Yo no espero. Esta noche me ajunto con Deogracia. Mire a ver si usted quiere.

Cholo arrugó el entrecejo. Pensó en Tonila; dejó el cachimbo en la pared, enganchada la raíz en una ranura, y se mordió la uña del pulgar derecho.

—¿Cuántos somos? —preguntó de pronto.

Toño se sabía comprendido ya por Cholo; no iba a engañarle. Contestó:

—Con usted ocho.

—Bueno... Bueno... Pero usted sabe que dejo mi mujer y mi muchacho. Yo no voy al monte a pendejada hasta que no tumbemos al gobierno...

—No se apure —contestó el otro—. Esto es un asunto serio.

Toño conocía a Cholo y lo sabía hombre de compromiso. Se había serenado ya y no hurgaba los rincones con la vista.

—Hasta luego, compadre. Atardeciendo lo espero.

Estrechó la mano fuerte y callosa que le extendía Cholo. Con paso seguro salió al camino. Cholo vio su espalda ancha, a contraluz, en la puerta.

Temprano llamó Cholo a Tonila, puso en su mano una moneda y dijo:

—Compre sal, que Toño y yo vamos al pueblo a llevar un ganado. Estaremos como diez días.

—¿Cómo? —preguntó ella.

Algunas veces había hecho su marido lo mismo, sobre todo al principio de su unión. Después sabía ella que no había tal ganado. Pero aquellos fueron otros tiempos; no

tuvo el temor de una revuelta; mas, lo mismo que antes, la boca se le quedó un poco abierta al terminar la pregunta.

—Sí, mujer —aseguró Cholo.

Luego se fue a la habitación. La hamaca colgaba de un solo clavo, enrollada. La desamarró, extendió en el suelo, dobló a lo largo y comenzó a envolverla.

Tonila llegó hasta la puerta, con gesto indiferente.

—¿Y van al pueblo? —preguntó.

—Yo creo —evadió el marido.

Estaba pensando en lo malicioso que era Toño: no quiso decir palabra mientras no tuvo seguridad; pero apostaba cualquier cosa a que Toño sabía los planes de Deogracia.

Otra vez la voz de Tonila:

—Entonce' procure ver a Pirín.

—¿A Pirín? —Cholo habló con la cara vuelta, asombrado—. No me parece que esté en el pueblo. Lo hubieran visto.

—Pero quién sabe —insinuó la mujer.

Él bajó la vista. La hamaca ya era un bulto. Se sintió preso en una red de araña muy fina y muy resistente.

—Mire, Tonila —dijo con lentitud—. Pirín se ha portao como sinvergüenza. No parece hijo de nosotros'.

—Verdá es —asintió Tonila—. Pero procúrelo.

Cholo estuvo un rato preso en la telaraña. Después sacudió la cabeza para retirar de ella a su hijo.

Toño le aconsejó:

—Arremánguese los pantalones que horita estamos en la loma.

No hizo caso. Sentía la hamaca en el hombro como si alguien llevara una mano puesta en él. Toño iba a su lado, pero no le veía, aunque lo sentía. Alguna vez decía algo y

entonces contestaba como quien hablaba de lejos. De momento preguntó, sin saber por qué:

—¿Y los compañeros?

—Están arriba —contestó Toño.

Y agregó:

—No díbamos a venir todos juntos.

—Verdaderamente —corroboró Cholo—. Hasta mi embuste hablé. Le dije a Tonila que diba con usté al pueblo a llevar un ganado.

—Tamaño ganado —comentó Toño.

Callaron. El universo estaba como lleno de café molido.

Cholo no sabía explicarse, pero le parecía que la noche era espesa. Algunas veces había días espesos también. Generalmente sucedía eso antes de llover.

Se acentuaba el repecho. La loma estaba ante ellos como una gran cabeza negra. Cholo quería saberse más seguro; había vaguedad en todo él.

—¿Y la carabina? —preguntó.

—Deogracia tiene muchas —fue la contestación.

Cholo no dudó, pero le hubiera gustado más tener la suya entre las manos.

—Usté es malicioso, Toño —afirmó—. No quiso decir nada hasta el último momento.

—Yo quería que hubiera seguridad, compadre —sopló el otro.

El día amaneció turbio, como lleno de humo. Abajo, en el valle, parecían estar quemando hojas verdes.

Cholo sentía la sangre lenta, tenía ganas de beber café y se figuraba subido en un árbol.

Deogracia le había visto la noche anterior. La mirada de Deogracia era un muro que no le permitía avanzar. Dijo:

—Yo le tengo confianza, Cholo, usted lo sabe.

Y eso le agradó: sabían quién era.

El humo se hacía tenue. Comenzaban a dibujarse contornos de hombres tirados en tierra y hasta se veían espaldas anchas, manos fuertes apoyadas en el suelo y cabezas crespas. Todas las cabezas eran lana teñida.

Cholo había tendido su hamaca entre un copey y un roble. Llenaba el cachimbo cuando la voz gruesa, pero apagada, cruzó el matorral y le llegó.

—¡Cholooo...!

—¡Ijaa! —respondió en igual tono.

—¡Lo llama el general!

Se incorporó y desamarró la hamaca. Tardó lo menos posible en envolverla. Cuando iba sentía los oídos llenos. ¡Había tantas calandrias y tantos jilgueros entre los árboles...!

Deo gracia estaba sentado sobre una caja de cartuchos. Limpiaba su revólver y ni siquiera le miró. Allí, a su lado, humedecidas por el sereno, estaban las carabinas. Deo gracia las señaló y dijo:

—Coja una y vaya con Toño.

Clavó los cinco dedos en el arma. Estaba increíblemente fría. Se echó la hamaca al hombro izquierdo y sujetó el Máuser con la mano derecha. Toño había roto marcha ya.

En la vereda no cabían dos. Bajaban y era menester clavar las uñas de los pies en tierra. Estuvo largo rato viendo los calcañares del compañero: gruesos, recios, veteados, como si hubieran comenzado a abrirse. La pierna subía maciza, ennegrecida por el sol y el polvo. Tenía los pantalones remangados hasta la rodilla.

De improviso Toño se detuvo en seco. Volvió violentamente la cara. Parecía un rostro hecho en bronce, muy sólido, muy muerto.

—Vamos a revisar abajo —dijo, mirándole fijamente.

—Bueno... —contestó Cholo, como quien no da importancia a lo que habla.

Ya el sol iba metiéndose por entre el humo del amanecer.

—¡Mírelo, concho! —murmuró Toño.

Se le vio la cara contraer de rabia; apretó los labios, tiró el bulto de la hamaca y se echó el rifle a la altura de los ojos.

—¡No! —rogó Cholo—. ¡Metámono' al monte!

Fueron cinco minutos tensos, reptando, procurando no hacer ruido. A doscientos metros rompía el paisaje una línea amarilla, compuesta, móvil.

—Vienen para acá —murmuró Toño.

Eran hombres fornidos. Comenzaban a subir la loma con firmeza imponente. Se les veía casi sin perfiles, medio alumbrados por un sol débil.

—Tenemos que dirnos, Cholo —dijo Toño.

Agregó a seguidas:

—O usted solo.

Sus ojos relucían como si hubieran sido pedazos de espejo. Apretaba demasiado los dientes.

—Coja por aquí, ¡pero vivo! —y señaló a su derecha—. Dígale a Deogracia que estamos cogidos.

Cholo no le oyó; tenía la vista fija, como si se le hubieran muerto los ojos, nada más que los ojos. Las zarzas no le dejaban ver bien, o tal vez fuera alucinación. Alargó el brazo izquierdo para retirar algunas ramitas.

—¿No oye? —rompió Toño colérico.

Toño creyó volverse loco. Él vio a Cholo dejar el Máuser, mejor dicho, tirarlo lejos de sí. De pronto se incorporó. Tenía la cabeza llena de hojas secas. La mirada era de loco: clara, clara. Alzó los brazos y corrió, gritando con acento impresionante:

—¡Pirín! ¡Pirín!

Sí. También Toño vio a Pirín. Fueron unos segundos en los que no pudo pensar. Ya el ejército estaba a cincuenta metros. Se detuvieron de golpe, quizá si impresionados a su vez: un hombre bajaba a saltos largos, con los brazos abiertos en cruz, dando gritos desaforados:

—¡Pirín! ¡Pirín!

Toño midió la desgracia. Vio muchos soldados volverse hacia el compañero llamado con tanta vehemencia. Y lo calculó: sólo una cosa podía salvar a Deogracia: tiroteo. Pero quiso aprovechar su primer tiro. Cholo, corriendo como loco, estaba ya a diez pasos de las fuerzas. Toño puso toda su alma en apuntar bien. El tiro retumbó entre los árboles como alarido siniestro. Cholo dio media vuelta, sintió sabor a cobre subirle a la garganta y crispó las manos.

A través del humo, Toño le vio caer. Oyó las órdenes. Inmediatamente después, un tiroteo cerrado, como si hubieran querido talar los árboles a balazos.

EL ABUELO*

Yo vi a mi abuelo crecer hasta cubrirme el horizonte. Alzó los hombros, apretó la quijada con tal fuerza que los dientes crujieron, se pasó el dorso de la mano izquierda por los ojos y rompió marcha.

Mi abuelo era alto, muy alto; su espalda se balanceaba al caminar; apenas movía los brazos, terminados en manos huesudas.

Yo marché tras él. También en mí había crecimiento. De pronto me subió una oleada caliente, llenándome el pecho, y rompí en llanto. Había visto a Garantía lamer la sangre. Mi abuelo volvió el rostro, me clavó aquella mirada honda y dura, se detuvo, posó sobre mi cabeza su manaza huesuda y me empujó levemente.

Yo me estrujaba los ojos con los puños.

Minguito acostumbraba jugar conmigo en la enramada. Era bajetón, regordete, negro; sus ojos pardos no miraban: acariaban. Traía siempre palillos de fósforos quemados, amarrados en una punta de su fular rojo, los sacaba y comenzaba a fabricar casitas. Me decía después:

—A que no la tumba.

* Publicado en la primera edición de *Camino real* (La Vega, Imprenta El Progreso, 1933), con el título "Papá Juan" (N. del E.).

Yo soplaba, soplaba; al fin pegaba un manotazo y destruía la construcción.

Minguito reía. Acaso comentaba:

—Diache ‘e muchacho...

Un domingo, temprano aún, papá Juan le llamó, con aquella su voz acostumbrada al mando.

—Minguitooooo...

Minguito salió de la cocina, destocado. El abuelo señaló el cocotal. Parecía no querer hablar, como siempre. Yo miré hacia el lugar que indicaba el dedo tostado. Minguito también miraba. Tenía en la mano el sombrero negro y le daba vueltas.

—¿Te atreves a tumbar cocos? —preguntó el abuelo.

—Ello... —aventuró Minguito.

Papá Juan no dijo una palabra más. Se fue, arrastrando las piernas; subió los escalones, se sentó en la galería y me llamó:

—¡Juan!

Me alzó en vilo, me colocó en sus rodillas y empezó su historia:

—Una vez iba Constantino a la guerra y vio en el cielo una cruz de estrellas; debajo había una inscripción: “Con esta cruz vencerás...”.

El abuelo reía a medida que hablaba. Yo espiaba sus ojos negros, brillantes. En mi abuelo hablaban más los ojos que la boca. El sol le ponía un brillo tenue en la calva.

—Pero nunca debes creer semejantes tonterías, Juan —decía inesperadamente—. Los hombres inventan todos esos cuentos para manejar a los demás.

Ya no, no... Me agradaban las historias, pero sin complicaciones.

—¿Has visto alguna vez a Dios? —preguntaba de repente.

Y proseguía:

—Nadie ha visto a Dios. Date cuenta de esto: nadie le ha visto. Además, para que te convenzas, cierta vez...

Me alzó de nuevo, para cambiar de pierna. Yo volví la cabeza y vi a la tía, amarilla, esmirriada, con su moño sobre la coronilla y sus pelos en la barba, vestida con amplias faldas blancas. La tía dejó oír su voz de tinaja quebrada:

—¡Gaviño! ¡No enseñes herejías al angelito!

Papá Juan volvió el rostro. Sus ojos negros se animaron con aquella luz ruda que tanto me agradaba. Parecía, al hablar, que escupía:

—¡Hazme el favor de atender a tus oficios, Vicenta!

Estuvo un rato con el ceño arrugado. Yo seguí con la vista la mancha blanca de la tía que se alejaba por el pasillo medio oscuro, sin hacer ruido; después pasé la mano por la cara del abuelo, y supliqué:

—Sigue tu cuento, abuelito.

—¿Has visto? —me dijo—. Ya la vieja quiere meterme a rezador.

Se sonrió un momento, tornó a cambiarme de pierna y prosiguió:

—Pues cierta vez, a la orilla del Miño, un río que hay allá en España, apareció una virgen sobre un árbol. Yo estaba pequeñín, poco más que tú...

Sonó un golpe apagado. De alguna parte salió la voz:

—¡Don Juan!

Abuelo miró. Minguito estaba entre las pencas de una mata de coco y tiraba frutos a tierra. El sol brillaba en las hojas y pegaba en la cara negra de Minguito. Sus ojos pardos parecían no vernos.

—¿Tumbo más? —preguntó.

—Sí; todos —ordenó abuelo.

Y dirigiéndose a mí:

—Yo estaba pequeñín, como te decía; es algo que nunca olvidaré.

De momento me pareció que abuelo no pensaba en lo que decía. Miraba lejos, seguramente. Sus ojos no tenían brillo, sino claridad, claridad honda. Parecían charcos de agua limpia.

—Indudablemente son unos canallas, Juan —aseguró de repente—. Figúrate que yo tenía un tío cura y había visto algunas veces la imagen en su habitación.

No me sabía bien eso de que rompieran el encanto que yo esperaba; pero el abuelo reía, reía. Medio disgustado me volví: Nico atravesaba el patio.

Nico era alto, delgado, con piernas y brazos flacos. Tenía color de calabazo seco y juraba a cada paso. Le vi cruzar en dirección del cocotal, agacharse a recoger los frutos tumbados por Mínguito y disponerlos en montones. Oí aquel:

—¡Cuidado, Nico!

Y el grito. Vi después a Nico tendido boca abajo, con los brazos en cruz, y a Mínguito bajar de golpe, resbalando por la leve inclinación del tronco. Me impresionaron los ojos de Mínguito: de pardos se habían tornado grises. Se le notaba la palidez, aun por encima de su color oscuro. No se movía; se tapaba la boca con una mano y parecía que quería huir.

Papá Juan se incorporó; me dejó en el suelo y corrió. El sol hacía brillar los cocos recién tumbados y la calva de abuelo.

Yo sentía frío, mucho frío. Hubiera querido entrar en la casa y gritar, pero no podía. Nico me llenaba las pupilas. Apenas veía los pies desnudos de Mínguito, inmóviles como si hubieran echado raíces de pronto.

Abuelo revolvió a Nico. Tenía la voz firme de siempre, cuando gritó:

—¡Vicenta! ¡Trae agua!

Tía se asomó a la puerta. La vi correr apresuradamente. Pareció querer hablar con la cocinera, pero de seguro las palabras no le salían.

Garantía, color miel de abeja buena, era flaco, largo, y sus ojos me gustaban porque miraban con cierta tristeza. No sé qué de persona sufrida había en los ojos de Garantía.

La noche anterior había ido a algún festín de cerdo muerto. Cuando entró, todo él contrito, el rabo entre las piernas, papá Juan lo llamó con rudeza. Vino pasito, pasito; se acurrucó junto a los pies de abuelo y pegó el hocico en tierra. No se le veían los ojos: el miedo los había apagado.

Yo no quise jugar con Garantía. Nunca podría explicar lo mucho que me impresionó la escena de la mañana, sobre todo cuando, ya en la galería, vi a Nico moverse y le oí decir, apenas vuelto en sí:

—Fue aposta...

Recuerdo fijamente cómo se alzó mi abuelo; casi estrujaba los puños entre los ojos de Nico. Habló con indignación, con voz de trueno:

—¡Cómo demonios lo iba a hacer aposta, muchacho!

Y luego, la cara como cenizosa de Nico; aquella mueca de cansancio; la sensación de que se le caían pedazos de rostro. Estaba tirado sobre el piso, la cabeza en una mancha de agua. Se incorporó muy lentamente, se pasó la mano por el lugar golpeado y se levantó. Le vi al rato buscar su sombrero con los ojos.

Me había dejado la escena como estrujado. Recordaba las piezas de ropa, cuando las retuercen para extraerles el agua, antes de ponerlas a secar.

Por eso no jugué con Garantía.

—Ignacio de Loyola fue un navarro testarudo y malo, Juan —explicaba el abuelo—. Fundó la Orden de Jesús y le premiaron sus maldades haciéndole santo.

Estábamos en la galería, junto a la enredadera de carmelitas. El sol se colaba blandamente por entre las hojas y se posaba en la camisa blanca de abuelito. Sin saber yo por qué, los dedos huesudos y tostados de papá Juan se clavaron en mis brazos. Me volví: tuve sólo la impresión de una mujer que corría dando gritos. La mujer llevaba las manos apretadas sobre la cabeza, los brazos contra la cara y el negro pelo suelto. Después pasaron más gentes corriendo. Los pies golpeaban el camino real y se cruzaban ladridos de perros. Oímos el rumor que se acercaba. Papá Juan estaba de pie, toda la dura mirada rompiendo las mallas que daban al camino.

Un grupo se acercó al portón; algo traían cargado. Papá Juan avanzó, su paso era largo y seguro; balanceaba la espalda y apenas movía los brazos.

Yo corrí tras él y tropecé con la mirada muerta de Minguito, con la mirada que era espesa y a flor de ojos. La sangre le salía del costado y caía a chorros finos sobre el polvo de la vereda. Los hombres caminaron de prisa hacia la enramada, señalada por el brazo recto de mi abuelo.

Él se volvió al camino. Me pareció que no podía ver porque sus ojos eran como telas estiradas. Llamó al otro grupo, y cuando tuvo frente a sí a Nico, su mano grande, su mano de trabajador, dibujó un semicírculo imponente en el aire. La voz era sorda y agría.

—¡Asesino!

Nada más dijo, pero pareció masticar cada sílaba.

Nico se acercó más aún. Tenía la cabeza baja y se le veía la frente pálida. Pretendió mover el brazo derecho, como si hubiera querido secarse alguna lágrima. Cuando habló, las palabras le salieron a golpes, ahogadas:

—Don Juan... Fue aposta... Él estaba enamorado... enamorado... de Mariquita...

—¡Asesino! —tornó a decir mi abuelo.

Yo vi claramente cómo escupía al hablar. Su voz era un soplo caliente y recio.

Nico alzó los hombros. Era ahora una dolorosa figura de hombre vencido, destrozado. Todo él parecía acurrucarse y alejarse, alejarse... Se me antojó que estaría mojado, como si hubiera llovido. Pero lo doloroso de su figura, de su desmadejamiento, se tradujo en la voz:

—Don Juan... fíjese que yo... yo... no le... no le he faltado el respeto... Por eso...

—¡Asesino! —le escupió mi abuelo, casi sobre el oído.

Yo estaba soliviantado y tenía ganas de romper en gritos. Aquí, junto a mí, mi abuelo encorvado movía el brazo y hablaba con lentitud, más impresionante que un incendio. Estaba, además, el hombre vencido, destrozado, encogido, lejano...

—Por eso... no lo maté... no lo maté en su casa... don Juan... —seguía Nico. Fíjese que fue... que fue en el camino real...

Papá Juan apretó la quijada; extendió el brazo señalando el camino y miró al grupo.

Se lo llevaron. Era una masa abigarrada y murmurante. Abuelo creció hasta cubrirme el horizonte.

Entonces fue cuando sentí aquella oleada caliente que me llenaba el pecho; Garantía lamía la sangre y caminaba sobre la enramada, tras la huella roja que dejó Minguito.

SOMBRAS

En medio de la lluvia, a ratos, encendían fósforos allá arriba. Después hacían corretear una gran carreta. Se oían las ruedas chocar con el empedrado del cielo.

Telo comenzó a alejarse al rumor de la lluvia que golpeaba sordamente en las yaguas. Sentía cómo se iba desvaneciendo en sí mismo hasta convertirse en algo blando. Pudo pensar, en el sopor, que era un hombre de algodón y algo más. Ese algo más es lo que se va cuando dormimos.

Telo pasó, desde su idea, al sueño pesado de quien trabaja doce horas diarias. Ya no le molestaban los fósforos con que Dios, seguramente, encendía un cachimbo tan grande como la tierra.

De improviso, el chapotear de los caballos y los ladridos furiosos del perro. Telo se incorporó con asombro y tiró a su mujer del brazo. Sintió el corazón palpar tan aceleradamente que casi parecía una sola diástole. Se oían voces atropelladas, como si la gente que venía estuviera borracha. Además, Telo comprendía que eran muchos los que se acercaban. Tuvo la esperanza de que fuera la tropa de Minguito.

Alianza estaba furioso. Sus ladridos eran secos, veloces y cortos como tiros. Telo oyó una voz ronca decir:

—¡Alto! ¡A tierra!

—Tírate... —dijo él en voz baja a su mujer.

Cuando dieron aquellos golpes retumbantes en la puerta, Telo tenía en la mano su cuchillo. Él no recordaba cómo lo había conseguido en tanta oscuridad.

La voz que mandó primero ordenó:

—¡Abra!

Telo contestó, con las palabras estranguladas por el asombro:

—¿Quién llama?

—El ejército —respondieron de modo cortante—. Ya voy —dijo Telo.

Pero en verdad, no pensaba ir. Maquinalmente pasó a su cuarto, se puso la camisa azul y los pantalones. Aún en ese momento no sabía qué debía hacer. Abrió la puerta, cierto; pero sin detenerse a pensar cómo le convenía obrar. Tan atropelladamente procedió que no se le ocurrió hacer luz.

Al abrir vio caballos y hombres desdibujados; mejor dicho; los adivinó. Estaba en el vano de la puerta, con los ojos de idiota, como si lo hubieran tirado en un charco de lodo, incapaz de penetrar el misterio que suponía la caballería entre esas lomas.

—¿Qué quieren?

—¡Haga luz!

Telo se dio una palmada en la frente. Conoció entonces que tenía las manos como hielo. Comentó:

—Anda la porra... Verdá.

Al encender la jumiadora vio a la mujer en un rincón del aposento, acurrucada, envuelta en una bata listada, con los ojos muy abiertos y las manos apretadas contra el seno.

—¿Qué pasa, Telo? —inquirió ella.

Su voz fue tan tenue que Telo no oyó las palabras, aunque las adivinó. El tiempo era escaso y susurró:

—Quédate ahí.

Al amparo de la jumiadora pudo ver la cara del teniente: trigueño quemado; usaba bigote pequeño y tenía en la mirada un abismo preñado de oscuridades. A Telo le impresionó hasta lo increíble la mirada del teniente. No así los ojos de veinte soldados clavados en él. Al entrar se dio cuenta de que la luz hacía reflejar el revólver de un cabo como si hubiera sido espejo.

—¿Quién está en ese cuarto? —inquirió el oficial—. Mi mujer nada más —contestó Telo.

El otro, como si no le hubiera oído, ordenó:

—¡Registre eso, cabo!

Apoyó el codo derecho en la pierna respectiva, aguzó la mirada y estudió largamente a Telo.

Telo había recobrado su sangre fría. La jumiadora parecía un ojo que se cerraba y abría intermitentemente. Los ladridos de Alianza desesperaban.

—Llame ese maldito perro. ¿No es suyo?

—Sí, mi teniente.

Anduvo hasta la puerta, con paso lento, y silbó.

La luz hizo destacar los ojos de Alianza. Dieron la impresión de dos brasas suspendidas en el aire: el can era más negro que la noche.

—Esto es lo único, teniente —dijo el cabo señalando a la mujer. Ambos volvieron el rostro. Todavía la hembra conservaba los ojos demasiado abiertos. Estaba en la puerta del aposento y producía el efecto de algo que no tardaría en desmadejarse.

El jefe chasqueó los labios y detuvo la atención en la mujer. Después acentuó el movimiento de cabeza para ver a Alianza, cuyos gruñidos inquietaban. El perro, con seguridad, miraba hondo en aquellos desconocidos.

—Está bien, cabo —dejó oír el teniente.

Telo no levantaba los ojos de los zapatos de su interlocutor. Las palabras del militar eran lentas, medidas:

—De manera que usted no ha visto nada.

—No, mi teniente, ni aún sabía que había revolución.

—Pero yo tengo noticias de que han pasado por aquí —insistió el otro—. Un tal Minguito los manda...

—Tal vez haigan pasado de noche. Yo no sé decirle.

—Súbito el militar cambió de táctica. Preguntó, como quien no da importancia a lo que habla:

—¿Este camino lleva a Básima?

Telo esperaba esa pregunta. Hacía rato que le retozaba un trocito de hielo en el pecho. Si seguían el camino... Pero no hizo esfuerzo alguno para encontrar la respuesta: ella surgió como empujada de muy hondo:

—Bueno... Ese no. Yo tengo un trillito, casi hecho por mí; pero no cabe la caballería. Está por donde ustedes vinieron, nada más que yo atravieso la quebrada, cruzo el potrero y llego media hora antes.

El teniente jugaba con la punta de su corbata. Calmosamente cruzó las piernas. Se rozó las manos, una contra otra, como quien tiene frío. Preguntó:

—¿Por qué vive usted aquí, tan lejos de la gente?

—Bueno... Como estos son terrenos comuneros, que no cuestan nadita.

—Sí, comprendo —terminó el teniente.

Otra vez el trocito de hielo en el pecho. Ya ese hombre hacía muchas preguntas. Telo no comprendía cómo había podido salvarse.

Alianza tornó a sus ladridos furiosos cuando el extraño se incorporó. Enseñaba lo único blanco que tenía: dientes. Los ojos persistían en su empeño de ser dos brasas suspendidas en el aire.

Telo tenía en las pupilas esa imagen: veinte hombres montando a caballo, con movimientos iguales, al amparo de su jumiadora. Pero su lámpara no era más que una leve esperanza estrangulada por la noche. Los militares se desdibujaron. Los cascos rompieron algunos espejos rotos que habían formado la lluvia y la luz. Alianza ladró mientras no le ordenó el dueño callar.

Cuando entró al bohío le salió al paso la inquietud de su compañera.

—¿Se fueron, Telo? —inquirió alargando la mirada.

Se sentó en el catre. Comenzó a rascarse la cabeza y, como quien consulta, dijo en alta voz:

—Tengo que dir. Yo creo que no lo saben.

—¿Qué no lo saben? Mira, lo apuesto...

—Si no me equivoco —soliloqueó él— están ahora en Las Cruces. Minguito está corriendo un gran peligro, Fiquín.

—Pero no vaya, Telo.

—¡Usté no tiene que mandarme, concho! —vociferó Telo en cambio brusco y voz sorda.

Fiquín se quedó estupefacta. No encontró otro camino que llorar.

Telo se alumbró con la jumiadora, quitó la aldaba a la puerta que daba a la cocina y se quedó con el oído pegado a la hoja medio abierta.

Alianza ladró de nuevo.

Telo oyó la última súplica de su mujer, pero le halaba muy fuertemente la idea de su amigo cercado por el ejército. Él sabía dónde estaba, cuánta gente tenía, qué armas: hubiera sido un indigno dejándolo a su suerte.

Apagó la jumiadora. Por el trillito comenzó su sombra a fundirse en la gran sombra de la noche. Fiquín rezaba.

El disparo pudo no haber sido, porque Telo sólo tuvo el asombro de los árboles iluminados repentinamente por su

resplandor rojizo. Todo volvió a ser negro. Se llevó la mano derecha al pecho y sintió la humedad del suelo, al caer.

Fiquín comprendió la verdad; mas no perdió el conocimiento sino cuando oyó, detrás del bohío, la voz ronca del teniente:

—No me equivocaba. Los ojos de la mujer lo vendieron.

Y luego, como quien habla con otro:

—Busca los muchachos. Están en Las Cruces.

Fiquín lloraba. Hasta los ladridos de Alianza parecían hechos de sombras.

También a ella la estranguló la noche, como a la lamparita...

EL ALZADO

Se le hacen charcos oscuros, lagunas de tinta. Claro: el sueño domina aunque no querramos. Y en llevar bien abiertos los ojos y sensibles los oídos va la vida: en este camino, cuando menos se espera desemboca un pelotón y ya está hecho. Bonita cosa dejarse matar sin ver al viejo, después de tanta fatiga.

Juan Antonio piensa:

—Lo mejor será echarse al monte.

La noche es terriblemente negra. Además, la tierra húmeda de lluvia reciente no deja oír pisadas de caballos que vengan. A él mismo le es difícil verse las manos. Y ahora no recuerda si aquí, a la derecha, hay alambrada, ¡Maldita memoria!

El aire es frío, mojado. Sin duda que pronto lloverá de nuevo. Quiera Dios que a la cabezada del río no sea así. De cualquier modo hay que llegar. Están, en primer lugar, el deseo de ver al padre, de tranquilizarle; y en segundo, la necesidad de comer y descansar.

—Por aquí, Morito; por aquí.

El alzado le habla a su caballo como pudiera hacerlo a una persona. Tiene una voz ronca, resonante. Y el animal entiende; tuerce a la derecha, echa cuesta arriba, por el barranco, y se adentra en el bosque, sacudiendo en los flancos su enlodada cola.

El rancho del viejo estaba ahí. Se veía como la copa de un árbol caído.

El bruto se detuvo, comprendiendo que no debía hacer ruido. Juan Antonio sintió como un crecimiento en el pecho y tuvo necesidad de respirar hondo. Hubiera querido tirarse y llamar; pero se contentó con acariciar la crin de Moro. Le pareció después que se hundía algo: la misma impresión que si el suelo, bajo los pies de su caballo, fuera de arena movediza. Se rehizo pronto, silbó; y luego, cuando en el limpio del frente se acostó un cuadro de luz, llamó con voz que le salió opaca:

—¡Taita! ¡Taita!

Al abrazar al viejo le hizo daño sentirle tan huesudo, como si no tuviera carne. Él, en cambio, era todo músculos. Y alto, además.

No se dijeron una palabra. Entraron de brazos y Moro se quedó mordisqueando la grama. De vez en vez le corría por la piel un temblor.

El hijo se sentó en la hamaca, tiró a un rincón el sombrero de fieltro y se despojó del revólver. Todo el cinturón era un alineamiento de balas. Luego se incorporó y puso el arma en una silla.

El viejo le miraba, le miraba: aquel mechón de cabellos lacios y negros, que le caía sobre la frente como un chorro de alquitrán; y los ojos, pequeñitos y a flor de piel; y los dientes muy blancos y muy parejos.

—Tú tienes hambre, ¿verdad, Juan? ¿Qué te preparo?

—No, taita, nadita. Será mañana.

La luz del hacho hacía bailar las sombras.

Comenzó a desvestirse, pero al quitarse la camisa procuró que el padre no viera una cicatriz que le atravesaba el pecho.

—¿Y fue que te derrotaron? —preguntó el viejo.

—Sí, hombre. Bueno... Un desbarajuste.

Se quedó un rato silencioso, con la barbilla en la mano.

—Pero eso no es nada —agregó—. Horitica estamos prendidos otra vez.

Al viejo se le dibujó una sonrisa afilada. Sentía una brisa grata y fresca envolviéndole.

—Asina es, hijo. Agora debes dormir.

—Yo sí creo... ¡Tengo sueño...!

Se le cerraban los párpados. Cada pierna y cada brazo le pesaban una barbaridad.

—Taita —recomendó—, asegúreme a Moro donde pueda comer. Debe estar muerto de hambre, el pobre.

El viejo se incorporó. Al abrir la puerta oyó, blando y lejano, un mugido. Calculó dónde estaría ese toro; después pensó:

—Algún infeliz se está al morir.

El cielo estaba encapotado y negro.

Juan Antonio despertó a los ladridos. El corazón le dijo lo que sucedía y de un salto corrió hasta la silla. Con el revólver en la mano, sigilosamente pasó a la otra habitación. Su padre dormía. Trató de ver por la rendija y en la penumbra adivinó la línea de soldados, que a otro le hubiera parecido una sinuosidad del terreno. Cuando volvió el rostro ya el viejo se había incorporado.

—Estoy cogido, taita —dijo secamente.

Y al cabo de un segundo agregó en poca voz:

—Salga y diga que yo me entrego.

El viejo palideció. Los iris se le hicieron pequeños como puntas de alfileres y miró a su hijo con una mirada que hacía daño de tan dura. Se llegó hasta él, sin hacer ruido, y sordamente desgranó las sílabas del insulto:

—Eso era lo último que yo esperaba de ti.

Juan Antonio no quiso entender el significado de esas palabras. ¿Acaso el padre lo creía cobarde? Y apretó más el revólver, como queriendo deshacerlo a fuerza de dedos.

Lentamente, como si nada sucediera, el viejecito todo huesos comenzó a vestirse. Después, con paso seguro, atravesó su cuarto y llegó a la puerta que daba al camino. Resuelto, sin titubeos, la abrió; y antes de que el sargento diera orden de disparar, deshizo la distancia que les separaba y asombró a la soldadesca con su voz aplomada:

—Mi hijo está ahí y se rinde si le aseguran que van a fusilarnos juntos.

Dijo, cruzó los brazos y se dio a ver cómo el sol comenzaba a poner oro en los cogollos de los pinos.

LA PÁJARA

La lluvia nos envolvió de golpe. Estábamos subiendo el tercer repecho de El Montazo y la noche se nos venía encima. Los pinos empezaron a ahogarse en una especie de humo claro; los menos cercanos al camino acabaron por desaparecer en la boca gris de la lluvia.

Detrás de nosotros la tierra llana se había perdido bajo el humo. Detuve un momento el caballo y traté de hundir los ojos en esa masa blanda; quise después ver el camino levantado, alzado; pero tuve nada más la visión de agua sucia escapándose por las orillas.

Malico no se mojaba. A media tarde, cuando cruzábamos El Pajonal, dijo con la voz rota por el trote de su montura:

—Desde El Montazo tenemos agua.

Se detuvo en el primer palmar que nos salió al paso, echó pie a tierra, tomó la mejor yagua que halló; la dobló luego por mitad, hizo un corte redondo, para que le cupiera la cabeza, y se la puso a modo de camisa. En este momento yo tiritó de frío y me doblo huyendo de la lluvia que pega como arena arrojada de alto; pero Malico va erguido y canta. No veo a los demás: también el humo blando traga hombres.

El viento brama. Se adivina que debe envolver el bohío y trata de arrancarlo. La lluvia clavetea en las yaguas, asoma por alguna gotera y golpea sorda e isócronamente la tierra del piso.

Es curioso; pero todos tienen esta noche los ojos rojos: veo claramente la llama temblar en los iris. Fue una suerte que Fellé metiera leña en el bohío la última vez, porque ahora hemos podido hacer fuego y calentarnos.

Nelio está en cuclillas, cruzado de brazos y con los ojos metidos en el fuego. Fuma su cachimbo con gran lentitud y la fogata le barniza la frente.

Taquito, pequeñín, renegrado, fuma también; se sujeta ambos pies con las manos y empuja de vez en vez los maderos. De pronto habla, con su vocesita quebrada:

—¡Jum...!

—Po' dende que orée el sol estamos andando —asegura Nelio.

Fellé vuelve el rostro. Su cara indolente enrojece de pronto. La llama retoza con su piel oscura, grasienta. Se echa el sombrero atrás de un golpe, pasa su mano dura por todo el rostro, y dice:

—Se conoce que usté no ha montiado aquí, Nelio.

Sonríe muy levemente, torna el sombrero a su posición anterior. Acaba por encerrarse de nuevo en su gesto distraído.

Chilín alarga el brazo. Al final está el cachimbo, con la raíz vuelta hacia el Oeste, como si quisiera señalar mejor. Se le escucha, pero sólo se le ve la mano.

—Ahí está enterrado el pobre Filo —dice.

Y encoge el brazo.

Se oye mejor ahora el chisporrotear de los maderos. Las goteras golpean el piso con regularidad. Veo a Taquito apoyar las manos en tierra y empujarse a sí mismo buscando calor. Nelio pregunta, sin volver el rostro, como quien no da importancia a lo que habla:

—¿Se averiguó de qué murió, Chilín?

—En un desbarranque —ilustra la voz.

—Y vea: dos días estuvo muerto el pobre. Lo halló taita —terció Malico.

Chilín pide:

—Déjeme sitio, Nelio.

Es el más viejo. Blanco hasta los cabellos, ojos azules que parecen espinas, alto, flaco; no tiene dientes y la voz le suena arrastrada. Se acerca a la fogata, toma con su mano derecha un tizón, lo lleva al cachimbo; chupa un poco, vuelve el tizón a su sitio y aleja los ojos hacia el techo.

—Lo hallé de chepa —dice—, porque la yegua baya se me metió por la quebrada; pero no creía que estaba muerto.

Calla; calla y fuma. Es como si no estuviera aquí: su mano izquierda en el cachimbo, todo él enigmático y cerrado como una maleza...

Fellé le toca en un brazo y ruega:

—Cuéntenos lo de la culebra, viejo.

Y Chilín, casi sin mover los labios, adelanta:

—Eso sí fue lo raro...

De pronto veo a Malico revolverse, poner en las piernas la vaina del colín y mirar a Fellé con ojos fieros. No dice una palabra, pero está pálido como si le hubiesen insultado. Su color blanco rosáceo se ha hecho verdoso, a pesar del rojo de la llama. Se enmarca la cara entre las manos y mira la fogata. Me parece que le arderá su barba negra.

—¿Qué fue? —pregunta Nelio.

Los ojos de Malico saltan de Fellé a Nelio. Pretende hablar, pero Chilín empieza.

—Yo andaba atrás de la yegua baya. Esa condenada se metió por la quebrada. Entonces estaba lobita. Le tiré el lazo como diez veces, pero se me diba, porque había mucho matojo.

Calla, toma otra vez el tizón, lo pone sobre su cachimbo y chupa. No tiene dientes y los carrillos se le hunden hasta parecer encontrarse por dentro.

Las palabras le salen con humo.

—En eso la vide que se quedó mirando para abajo, se espantó y largó un relincho. Yo también vide, porque me chocó: ahí mesmo estaba la culebra, colorada y de este gordo.

Chilín retira su mano del cachimbo y con las dos abarca la pierna derecha.

—Estaba enrollaíta —prosigue— y se quedó aguitándose. ¡Mire! ¡Yo ni an me quiero acordar! Creí que me diba a bajar. Jalé por mi colín y le tiré un machetazo, pero se desenrolló y salió en carrera. Me le fui atrás, y cuando menos lo esperaba topé con el difunto.

Vuelvo la cara: Malico está como quien trata de no oír. Tiene los ojos clavados en el suelo y a veces los entrecierra. El viejo Chilín se agarra las rodillas con las manos. En voz baja, como si no quisiera decirlo, aventura:

—La vieja Clemencia me dijo que eso era el Enemigo Malo. Asigún dicen, Filo no se había confesado nunca...

Taquito tiene cara de sueño. Ya no fuma. A ratos cabecea, a ratos se estruja la cara con su manecita renegrida.

De pronto Nelio empieza a hablar. Sujeta el cachimbo por delante de la rodilla derecha y mira por encima del hombro:

—Por eso no, porque una vez me pasó a mí tamaño lío con una culebra y...

Malico se adelanta. Por entre las llamas cruza su puño cerrado, revolviéndolo como si quisiera destrozarlo todo. Está casi echado en el suelo y sus ojos se han bebido el rojo de la fogata. Le cuesta trabajo soltar las palabras. Abre la boca como si temiera no terminar:

—¡Se acabó, carajo! A mi taita no le diba a faltar el respeto, ¡pero el que miente aquí más esa pájara se tiene que matar conmigo!

Chilín se irguió lentamente. Su sombra cubrió casi un paño de pared. Había dejado el cachimbo y parecía otro. Los ojos estaban casi blancos y la mano le temblaba al señalar a su hijo.

—¿Qué es eso, Malico? —tronó.

De pronto cruzó, ágil como un gato, por encima de la hoguera, se agachó cuanto pudo y alzó una mano. El hijo miraba entre asustado y suplicante. Yo quise sujetarlo. Vi los ojos de Malico huir, huir. Me pareció después que apretaba los dientes. Los pies del viejo bailoteaban entre las brasas. La luz enrojeció un hilillo que corría junto a la nariz de Malico, hasta perderse en el bigote negro.

Chilín volvió a su sitio, con el ceño fruncido, y señalando con una proyección de la barbilla a Nelio, dijo:

—Siga su cuento.

Pero todos sentíamos el ardor en la cara, como si la bofetada hubiera sido a cada uno y no a Malico.

Le hubiera tumbado la cabeza de un machetazo: desde las once teníamos las reses entramojadas, sin embargo, el maldito potro nos mantenía corriéndole atrás todavía. Resolvimos cercarlo, desesperados ya. Chilín no se hubiera atrevido a decir ahora que para buscar animales mansos no hacía falta el perro: este potro había sido domado, pero estaba tan brioso y tan mañoso como si nunca lo hubiera tocado mano de hombre.

Desde el lomo de mi mula, la sogá lista y el deseo sobrante, lo acechaba cerca de un matorral, cuando me pareció oír un relincho alegre; a seguidas me golpeó los oídos su paso inquieto, como si tamborileara. Lo vi cruzar la gramita del alto a toda carrera, la larga crin al viento.

—¡Ahí va, Malico! —advertí.

El potro se asomó a la barranca, volvió la cabeza y tomó impulso. Hubiera saltado, de seguro, pero el lazo lo alcanzó. Malico clavó su montura. De pronto vi su cabeza descender: me pareció después que se arrastraba. Cuando me bajé de la mula vi a Malico desesperado, tratando de envolver la soga en un tronco seco.

—¡Corre, que se ajorca ese condenao! —vociferó.

El animal alzaba la cabeza y daba saltos furiosos. Oí el alegre ¡jaaa! de Fellé. Su lazo cruzó sobre mi cabeza y al rato asomó por entre los amaceyes su sonrisa tranquila.

Malico señaló con la mirada su montura.

—Aguaiten —dijo—, se quebró la pata.

Chilín oyó claramente. Venía cerca, a pie.

—¿Cómo fue eso? —preguntó.

Malico posó los ojos en el potro, que tenía las orejas erectas y los ojos llenos de luz.

—Este maldecido que se quiso juir por aquí.

Su brazo indicaba la barranca, cerrada de malezas como cabeza de negro.

Chilín se acercó. Miró la montura malograda, detenidamente; se volvió luego a su hijo y mandó:

—Quítele el aparejo.

Malico fue hacia Nelio. Tenía cara de asustado. Parecía no querer hacer lo ordenado. Muy sordamente aseguró:

—Eso fue por estar mentando esa pájara anoche.

Chilín adelantó. El sol hacía caer sobre la barbilla la sombra de su nariz. Se plantó frente a Malico, sacudió una mano y afirmó:

—Fue porque diba a pasar, nada más.

Y a seguidas:

—Quite ese aparejo pronto que tenemos el agua arriba.

Nelio y Fellé habían pasado ya con las reses. Un poco detrás iban Malico y Chilín. Quise ser el último, porque tenía miedo del potro en ese paso. La Ceja se enredaba a la loma, apretándola. Era larga y estrecha. Apenas si cabía una montura.

Taquito se empeñó en montar el potro.

—Él no es lobo, Taquito, pero está muy brioso —advirtió Fellé.

La manecita renegrada hizo un gesto de desprecio. Montó. El animal caminaba ladeándose, queriendo clavar cada pata en el camino.

Nosotros veíamos las nubes acercarse, buscarse, hasta parecer un remolino. El cielo no era ya más que un depósito de humo. Nos aplastaba la pesadez de la atmósfera. Si hasta se dificultaba respirar...

—Este sí es calor —aseguró Taquito volviendo el rostro.

Sonreí. Entrábamos en La Ceja y el potro se ladeó.

—¡Jum! ¡Cuidado con tu maña! —rezongó Taquito.

La lluvia estaba sobre nuestras cabezas. Se veía venir. Nos acechaba.

Fue al tomar La Ceja. Yo iba justamente detrás. Toda la loma se llenó con esa luz impetuosa y blanca. El relámpago fue exactamente una culebra. Una culebra que Dios tiró a la tierra. Tuve el tiempo preciso, antes de estallar el trueno, de ver a Taquito levantar la mano derecha y hacer la señal de la cruz. A seguidas nos apretujó el sonido largo de cañón arrastrado de loma en loma.

El caballo se alzó. Le veía la larga crin blancuzca. Se movió a un lado y lanzó un relincho que prolongó el trueno. Sus patas traseras golpeaban con nerviosidad la orilla del abismo. Hubiera querido tirarme y correr, pero tenía miedo de espantar el potro. La mano de Taquito, pequeña y renegrada, se alargó buscando una raíz. Yo vi claramente sus dedos engarfiados, sus ojos vueltos a mí, su boca entreabierta. Oí

gritos, carreras. Hubo luego rumor sordo de cosa que rodaba y golpeaba. Venían todos, pero sólo me pareció ver a Chilín. De momento, como si hubiera enloquecido, señalando el pedazo de tierra arrancado, gritó Malico:

—¡La pájara! ¡La pájara! ¡Yo lo dije! ¡Lo dije!

Chilín se quedó mirándome. Tenía vergüenza. Pero me miraba. ¡A mí! ¡A mí! ¡Como si yo hubiera sido el asesino de Taquito...!

EL ALGARROBO

El hombre que estaba allá adentro, en el corazón del monte, oía sólo dos cantos: el suyo y el del hacha.

De mañana empezó a tumbar la yaya y a los primeros golpes aletearon los pajaritos. Piaron y se fueron. El hombre, duro, oscuro y desnudo de cintura arriba, los siguió con la vista. Por entre los claros de las hojas había manchas azules.

“Aoé, tolalááá...”.

El canto triste del hombre resonaba en el monte. Hasta muy lejos, tropezando con todos los troncos, se regaba el golpe del hacha.

Tres días estuvo él tirando al suelo los árboles que rodeaban el algarrobo; pero no se sentía con fuerzas para picar el algarrobo. Seis hachadores hubieran tardado una semana. Era un árbol grueso hasta lo increíble, majestuoso, alto: el rey del monte.

La tarde sube las lomas desde la tierra llana; después persiste en levante una pintura rojiza. El hombre piensa que el cielo se quema. En el filo de su hacha está también el incendio del cielo.

Todavía canta él. Viene cantando, como si eso le ayudara a caminar. Tras los guayabales, aquí a la izquierda, recoge su humildad el techo del bohío.

El hombre viene cantando, la mano oscura mecida, la otra al mango del hacha. Su mujer no está a la puerta, como siempre.

Estamos acostumbrados al silencio, tan acostumbrados que los pensamientos nos hablan a la vista nada más. Por eso le sorprende al hombre la voz.

—Lico, estoy mala.

Su mujer, que se siente mal. Tiene el vientre esponjado y espera...

Lico piensa en la yegua, en la vaca.

—Cuidado si está cerca —murmura él.

Siente que la mujer se mueve y la oye quejarse débilmente.

Lico tiene los ojos abiertos y no ve. Recuerda su vaca joca: un día se fue, despaciosa, los ojos apagados, la barriga hinchada; otro día volvió con su ternero; lo lamía con una gran ternura, como quien acaricia. Encuentra una razón y se prende de ella.

—Yo no lo esperaba tan pronto.

La mujer se queja y susurra:

—Pero yo estuve hoy en el río, lavando.

Él, esperanzado aún, pregunta:

—¿Busco a Lola?

Y la mujer dice:

—Bueno.

A la vuelta se fue Lico a la cocina y encendió fuego; se estuvo allí esperando, silencioso y cansado. Veía en sus manos la mancha roja de la llama. Tenía frío y hambre.

La madrugada empezaba a borrar la noche cuando el hombre oyó el quejido sordo; hubo después otra voz, delgadita y fañosa, que parecía llegar del monte cercano.

Ya no se necesitaba la llama en la cocina. Tan lejano como fue posible cantó un gallo. Lico se levantó y salió: quería ver el sol; pero antes que el sol asomó Lola su cara estirada y cenizosa.

—Dentre —dijo—. Es la misma cara del taita.

Lico vio a su mujer, bajo la sábana roja, con la cabellera como una raíz negra regada en la almohada. Ya no tenía el vientre esponjado y el catre parecía pequeño: junto a la madre había una cabeza menudita, sin nariz definida, sin ojos definidos, sin boca definida: era como una carita de barro gastada por la lluvia.

El hombre quiso reír.

—Lola dice que se parece a mí —comentó.

La mujer le miró, miró al niño, sin moverse, y aprobó en silencio.

El hombre estuvo un rato callado; al fin dijo:

—Yo tengo que dirme a la tumba. No te alevantes que Lola se queda.

Y nada más. De un rincón tomó su hacha. Se detuvo un segundo en la puerta, alzó los ojos y vio el cielo.

Se fue, al hombro el hacha y el sol en filo. Su hijito tenía color de camino. Llegaría tarde al trabajo.

Pensó:

—Hoy tumbo el algarrobo.

Y el algarrobo era grueso hasta lo increíble, majestuoso, alto: el rey del monte era el algarrobo...

FORZADOS

Aquello no fue algo avisado ni esperado; la tropa se presentó en grupos, vomitando juramentos, con los rifles a discreción. Estaban groseramente vestidos. Bolito recuerda con fijeza la polaina rota de uno que más bien parecía bandolero que soldado.

Eran como fieras uniformadas surgiendo de cada matorral, de cada piedra. Además no se les veía jefe, puesto que repartidos entraban en los bohíos. Su primera acción era golpear brutalmente al perro. Leal, por ejemplo, estuvo largo rato aullando a causa de un culatazo en la cabeza.

Nunca sintió Bolito indignación tal. Al principio, como creyera que no había otros, empuñó con tanta fuerza el cabo de su colín que la mano se hizo parte del machete. Pero después heló y apenas si pudo mover los labios al querer hablar. Oyó las quejas del viejo Amalio y, fina de emoción como la espuela de su gallo, la voz de Angué en súplicas:

—No me amarren, por lo que más quieran. Yo voy donde ustedes manden.

Ninina no articuló palabra. Verdad es que de los ojos le salían dos chorros de lágrimas. Pero Ninina no quiso estrujarse los párpados con la mano, siquiera: lo mejor era no darle penas a Bolito.

Bolito accedió a salir, mas era necesario empujarle para satisfacer la animalidad. Desde el camino vio uno de los soldados sonreír a Ninina; acaso pensaba en el catre... ¡Asesino!

Juntaron su brazo izquierdo al derecho de Ricardo y los liaron con una soga de majagua, como a los andullos. Ricardo miraba con ojos torcidos y apretaba los labios. De Bolito tan sólo los dedos cambiaron; los contrajo en lento movimiento y las venillas crecieron hasta querer romper la piel. Eso fue todo. . .

La línea era larga, larga. Caminaban bajo el sol como quien no camina. Hubieran podido estar así años y años, sin que los pies dolieran ni el sol quemara, a pesar de ir todos descalzos y de sudar. Nadie habló; pero los soldados reían mientras duró la marcha.

Bolito levantó los ojos al cielo y le asombró su luz. Vio a los primeros subiendo un repecho y recordó su tiempo de peón, cuando venía por este camino arreando las vacas de Viguín, el amo. Igual, exactamente igual. También las vacas venían amarradas en parejas. Verdad es que a veces se detenían para arrancar algún matojo.

Llegaron con la noche. No había casas en aquel lugar, sino como unos depósitos de madera, blancos. En la entrada se recortaban las sombras de dos rodillos. Atravesaron antes una carretera que se veía blanca, pero a medida que las nubes dejaron ver la luna se hizo verdosa. Después los metieron en una enramada grande y los mandaron dormir sin desamarrarlos. Bolito, con la mano libre, fue quitando las piedrecillas que le molestaban; sintió más tarde cómo la humedad se le adentraba lentamente en el cuerpo. Tenía ganas de hablar y escupir. Dijo muy quedo, al mucho tiempo:

—¿Habrá revolución, Ricardo?

—Ojalá... —contestó el otro.

Bolito alzó un tanto la cabeza para ver los alrededores y le cortaron la vista unas sombras que paseaban; tenían algo sobre el hombro y la luna hacía brillar cuchillos largos en las puntas de esos algos.

Dentro, una masa negruzca se movía sin hacer ruido. Parecían grandes gusanos metidos en un pudridero grande. Bolito recordó las lágrimas de Ninina y se mordió la lengua al pensar en aquel soldado rezagado que sonreía a su mujer y deseaba, con seguridad, un catre.

No supo cuándo le entró el sueño, pero debió ser tarde. Despertó porque soñó que aquellos dos rodillos venían sobre él y él estaba amarrado a tres recias estacas y tendido a la fuerza sobre la carretera...

En la madrugada la masa se veía gris, pero seguía hediendo. Algunos se ponían en pie y se sacudían el polvo. Ricardo dijo, a la vez que se rascaba la cabeza:

—Oye, Bolito, mi mujer está preñada.

Bolito pensó contestar algo; mas sentía la lengua pegada al paladar y la quijada dura, como si en la noche se le hubiera hecho piedra.

Un hombre que no era soldado, sino como ellos, vino con un cuchillo y empezó a cortar las sogas. Los brazos estaban insensibles y tardó mucho en irse de las manos aquel color amoratado. A poco otro se acercó y dijo en alta voz:

—Hemos querido reunirlos aquí para que trabajen en la carretera.

—¡Y pa' eso había que traernos amarrados como a criminales! —estalló alguien.

Bolito murmuró:

—Yo creí que estaban reclutando...

El hombre no hizo caso y prosiguió:

—Solamente es por cuatro días, pero el que no esté conforme puede decirlo; en el pueblo lo ablandarán.

Se quedó unos minutos sonreído, enseñando medio diente de oro. Volvió a hablar, esta vez señalando una barraca de madera techada de zinc:

—Vayan pasando uno a uno por ese depósito. Cojan un pico y pónganse aquí en fila.

Las piedras quemaban las plantas de los pies y pedacitos menudísimos de ellas, al romperlas, pegaban en la cara. Ricardo no hacía más que apretar la quijada y secarse el sudor. Se le veía cómo se iba cargando de rabia, de rebeldía. Bolito presentía una explosión: Ricardo volaría hecho pedazos, harto de pensar en su mujer. Hacia el medio día puso el pico a manera de bastón, y rezongó.

—Bolito, Nelia está preñada.

—Son cuatro días nada más —dijo Bolito para aliviarle.

Pero Ricardo no entendía. Se dio a ver, a ver; paseó los ojos por todas partes y amenazó:

—¡Ay concho! ¡Si me dejan!

La carretera sonaba como casa de madera, al techarla; eran golpes sin acorde, sin voluntad.

A las doce dijo un soldado:

—¡A comer!

En la enramada había racimos de plátanos y entregaron un arenque por cabeza. Para asar los plátanos debían ellos mismos hacer fuego. Y el que no quería, que no comiera...

De vuelta, el sexto día, Bolito no quiso decir palabra. Sentía necesidad de llegar pronto para ver a Ninina y encerrarse en el bohío. Tenía la impresión de ir huyendo de algo terrible,

de algo que venía pisándole los talones. Al primer cansancio estaría sobre él un rodillo, un horrible y lento rodillo que le destrozaría los huesos, la cabeza, todo... Por su gusto hubiera echado a correr velozmente para llegar antes. Ricardo sólo juraba:

—¡Ay mi mama! ¡Me la pagan así sea de aquí a cien años!
El grupo iba como un rebaño, sin reír, sin comentar.

Todavía estaba el sol alto. Bolito vio su casa y dijo a Ricardo:

—Hasta mañana.

Entró despacio. No vio el perro ni le interesó. Ninina saltó sin acertar a decir palabra; quiso abrazarle, pero él huyó del brazo, cruzó la habitación, cogió el machete y salió por el fondo.

Ninina, de improviso, tuvo la seguridad de que una desgracia la cercaba y gritó. Llamó con fuerza:

—¡Bolito! ¡Bolitooo!

Mas Bolito no volvió el rostro. Lo que sí hizo fue apresurar el paso un poco más. Se metió en el conuco, atravesó el pequeño cacaotal y se detuvo junto a una palmera, la rodeó, se agachó y comenzó a hoyar. Con la mano izquierda iba sacando la tierra negra y húmeda. Un pie de profundidad tendría el hoyo cuando el machete chocó con algo que dejó oír ruido metálico. Bolito, cuidadosamente, se dio a ensanchar el agujero y extrajo con lentitud una vasija de lata cuadrada. La destapó. Hasta la mitad tenía aceite de coco. Con un brillo raro en los ojos, Bolito sacó de la vasija un reluciente revólver que chorreaba aceite. Lo desgoznó, sonreído, sin ver nada de lo que le rodeaba. Después, con el mismo amor que a un niño, lo puso junto al pecho y comenzó a acariciarlo lentamente...

Hacia las lomas remotas se le iban los ojos húmedos.

EL CUCHILLO

Afuera se come la luz el paisaje; aquí dentro está el hombre y la soledad le come el pecho.

Por las lomas va subiendo el hacha y clarea el monte; se empinan, todavía, algunos troncos sobre el agua; pero el hacha sobra en la tierra llana y sobra también el sol.

El hombre está solo aquí dentro; es como si no mirara su mirada. Sin embargo, igual que el frijol recién nacido apunta la esperanza, y los ojos se le van.

Cuando el becerro está enfermo, con gusanos, se le sigue la huella y se hace la cruz; si el gusano está en el pecho no basta la cruz.

En el monte es otro el hombre: los caminos reales hacen daño. El bohío está a la vera del camino real como si tuviera miedo al monte. El perro ya no ladra cuando el hombre entra: alza la mirada, el hocico pegado en tierra, mueve lentamente el rabo. El hombre sabe que ahora nadie le espera: desde la puerta hasta el patio, un silencio hosco. Sólo habla la luz, de noche, cuando hay quemadas en la loma.

En la tierra parda de la vereda borra el viento las huellas porque no llueve; pero la huella que se hizo en lodo endurece al sol y queda ahí, pétrea y áspera. Por eso es bueno el monte:

el pie no halla relieves; se trabaja, no se suda y se canta. La voz se mece de rama en rama, de rama en rama; la tierra es fresca y hay sombra siempre.

El hombre no debiera ir al bohío para no recordarla y para no ver los ojos húmedos del perro que ya no saluda, como si temiera hacer daño.

Nada; no dejó un solo objeto suyo; ni la raíz del cachimbo, ni el peine, ni el pañuelo viejo de madrás que se amarraba a la cabeza.

El hombre es ahora otro; nunca creyó que la mujer pudiera irse así, para siempre. Él pensó que la mujer debía vivir y morir en el bohío de su marido.

Más allá del mes supo con quién: Saro. Ignoraba dónde estaban, pero probablemente no era cerca.

Pero de eso han pasado ya más de quince menguantes y de quince crecientes. Olvidó uno las veces que bajó hinchado el río; las que llenó y secó el maíz; las que se esponjó la tierra a la luna llena. Por tiempos se ahogaba el bohío en la lluvia y en semanas enteras se achicharraba el sol.

El hombre tenía lista su carga. Las tardes anteriores estuvo caminando por los bohíos lejanos, los más cercanos sin embargo, en busca de encargos. La comadre Eulogia le pidió un “túnico” y un acordeón de boca para el muchacho; don Negro, “fuerte azul” de pantalones.

A la luz verde de la menguante, poco antes del amanecer, cargó la bestia. Allá, atrás y distante, la mancha oscura y recia de la loma...

Ladró el perro, con la cabeza alta, como quien tira mordiscos al cielo manchado de estrellas; el hombre hizo restallar el fueite y dijo:

—¡Vamos, animal!

Y la loma, el bohío, el camino, el perro, y la sombra que la menguante alargaba sobre el polvo pardo: todo se fue alejando, alejando. Hasta que la subida deshizo el hombre, la bestia, el fuate...

Así iba el hombre bajo el sol: meciéndose sobre la carga de frijoles, encorvados y altivos los ojos, apretados los labios y los dientes. La mañana se iba haciendo dura encima de su cabeza. Tenía una sed rabiosa que le secaba la boca y le hacía estirar el pescuezo en busca del bohío acogedor.

Tuvo una impresión rara, como de cosa que se nos alza en el pecho y nos ahoga. No quiso saltar del animal, sino que lo acercó a la puerta. El bohío parecía recién hecho y limpio. Saludó, fatigado. Aquella cosa en el pecho le hacía daño: era como si se le escondiera la voz. Pidió agua. Vio el brazo de la mujer y adivinó el otro ocupado en sostener el niño que gemía. Entonces, cuando bajó la cabeza para dar las gracias, la vio. Aquello no duró más de un segundo. Oyó a la mujer gritar y la vio cubrirse la cara con la mano que un momento antes sostuviera el jarro de hojalata. Le pareció que enloquecía, él, él mismo; que debía tirarse y ahogarla. Pero el caballo echó a andar. Ahí estaba el camino largo, silencioso, soleado.

El comprador le engañó con un cajón de frijoles, pero él no quiso protestar ni dejarlo entender. Tenía un pensamiento, no por vago menos tenaz: Saro. Porque era indudable que Saro estaba en el bohío, o en el conuco; que no debía hallarse

distante. Compró el “fuerte azul” del viejo Negro, el “túnico” y el acordeón de su comadre Eulogia. Quiso irse cuando el comprador le puso en las manos el dinero sobrante; pero estaba allí, en el parador, una cosa que le sujetaba, le clavaba: el cuchillo nuevecito, de mango oscuro redondo, con adornos en latón. Gravemente, como quien ha estado mucho tiempo sin hablar, preguntó:

—¿Cuánto vale ese cuchillo?

El comprador le miró la mano tosca, en la que se dormía todavía el dinero sobrante.

—Lo que tiene ahí —dijo.

El hombre pensaba que Saro le había hecho mucho daño; estaba, allá lejos, el bohío vacío, perdido en aquel silencio hosco y asfixiante; el perro era un compañero que daba más dolor; tenía que trabajar mucho durante el día para dormir después solo, en brava soledad.

—Páselo —dijo.

El camino parecía una soga larga enredada en las patas del caballo. El hombre no pensaba: iba sereno, con serenidad amarga; pero sabía bien qué haría. Después... ¡Qué contra! ¡Para los hombres de verdad se había hecho la cárcel!

Pero el hombre sintió un vértigo cuando vio el bohío: quería no fallar. Ojeó los alrededores: a ambos lados del camino estaba el monte acogedor, donde meterse para siempre. El camino, sin él, seguiría igual: largo, silencioso, cansado.

—¡Saludooo! —roncó a la puerta.

Entonces el niño lloró adentro y le molestó al hombre oírlo llorar.

—Lo voy a dejar huérfano —pensó.

Pero cuando Saro se asomó a la puerta él estaba sereno.

—Vea —dijo sin saber cómo—. En ese paquete hay un túnico pa' su mujer y un acordeón pa' el muchacho. Eran de mi comadre Ulogia, pero...

Los ojos de Saro se quedaron inmóviles, azorados.

El hombre, desenredando ya con las patas del caballo la sogá larga del camino, sentía en la espalda una brisa cálida y lenta que le empujaba. Acarició al rato, con la mano tosca, el mango del cuchillo y pensó:

—Me servirá pa' trabajar...

CUNDITO

—Le dieron una galleta a Cundito —dijo Querito acercándose al grupo.

—¿Una galleta? ¿Y quién? —inquirió Chucho.

—Genén, el de la vieja Masú —respondió a la vez que buscaba con los ojos dónde sentarse.

Quintín clavó la mirada en Querito, se rascó la barba y abrió la boca como deseando hablar; pero pareció arrepentirse y se conformó con lanzar a considerable distancia un negro salivazo.

Quintín era un hombrecillo arrugado, amarillento, amigo de bien aconsejar y enemigo del mucho hablar. En ese momento pugna por decir y por no decir. El caso es serio: a Cundito le han dado una galleta y las galletas se pagan a puñaladas. Como si no comenzara a hablar ahora, dice:

—Eso es seguro, seguro. Gumersinda, la novia de Genén, está en el lío. ¡Lo apuesto!

—Hasta yo... —afirma Querito.

Emilia vive enfrente y aplancha. Se conoce que lo hace porque canta; tiene una voz agradable y entona bien esas viejas canciones tan del gusto de Quintín. Detrás, el sic-sic de un machete que afilan se mezcla con el canto y se derrama por el llano alfombrado de verdolaga.

Es Ceíto quien afila. Está en cuclillas; por debajo de la pierna derecha pasa el machete, sujeto por el cabo con la diestra;

ocupa la otra mano en vaciar, intermitentemente, agua en la piedra de amolar. A poco pasa la yema del dedo grueso izquierdo por el filo y lava un tanto el colín.

Ceíto se vuelve para ver el grupo y oye a Quintín decir:

—Mal hecho, muy mal hecho. El hijo de mi comadre Masú abusa de Cundito porque es más débil.

—¡Eso no; eso no! —salta Ceíto—. Genén se ha engañado. Cundito no puede quedarse con esa galleta. Los hombres somos o no somos.

Querito, metido en asombro, inquiere:

—¿Pero tú lo sabías y no lo dijiste, Ceíto?

—Es que a mí no me gusta desacreditar a naiden —contesta.

Toma otra vez el jigüerito con su mano izquierda, echa agua en la piedra y sigue afilando su machete.

Al atardecer comenzó el ventarrón. Cundito creía enloquecer con el ruido de los árboles que caían en la loma. La lluvia venía a retazos, como trapos grises tremolados, y le pegaba en el rostro obligándole a cerrar los ojos. El techo de su rancho duró media hora, o menos. Se fue, levantado por las mil manos del viento, que comenzó inmediatamente a destrozar los hilos de tabaco. No se veía más allá de diez pasos, pero el instinto le llevó hasta la barranca. Allí encontró un hueco junto a un viejo tronco y esperó la calma. Era noche cerrada cuando amainó.

¡Ah setiembre maldito! ¡Siempre igual! Debió haber vendido su tabaco en agosto, como todos los años; así no lo hubiera perdido.

Cundito oyó el viento alejarse. Se sentía igual que si un tropel de cientos de caballos corriera por el monte arrancando a su paso arbustos y la tierra misma. Como el poblado estaba

al otro lado de la loma nunca lo azotaba el temporal. Cundito dispuso marchar; y se fue, haciendo semicírculos con los brazos, apartando las ramas que le cerraban el camino.

Estuvo así casi media noche. No podía ver ni la tierra que pisaba; la negrura era como una masa compacta y recia, imposible de partir con la simple vista. A veces resbalaba y caía; otras encontraba, providencialmente, algo donde sujetarse.

Pensando iba en el río, que debía bajar botado, cuando le pareció oír una voz muy apagada. Fue un interminable momento durante el cual se le cargó el alma con la idea de muertos, fantasmas, entierros. Sintió las manos frías y un temblorcillo en las piernas. Otra vez la voz, como salida de muy lejos. Era una queja, pero una queja que la humedad traía con acento helador. Cundito se quedó encogido, horadando con los ojos la noche, incapaz de caminar ni de pensar, siquiera...

La reacción no tardó en llegar; vino con la misma intensidad que aquel acogedor temor.

—¿Y si fuera un hombre? —se preguntó.

De súbito pensó que podría ser Genén. Por ahí cerca debía estar su conuco, a juzgar por lo que había caminado. Sí, era él, no cabía duda.

No se acordó de la galleta; en nada pensó. Caminaba tan de prisa como si el camino hubiera estado expedito y alumbrara el sol. Delante de él marchaba su alma con pasos acelerados. La sentía irse, irse... Cuando oyó otra vez la voz, juntó las manos a la boca haciendo embudo y sin dejar de caminar gritó a todo pulmón:

—¡Ya voooooyy!

Un rumor sordo, de agua que se despeña, llegó a él; fue entonces cuando tuvo seguridad: lo que así sonaba era el chorro que había en el fundo de Genén. Una vez en la orilla del fundo, sintió alivio.

—¡Genén! ¡Genééén! —llamó.

Pero Genén no respondió. Cundito comenzó a tantear, buscando la alambrada. Al fin pasó. Tanteando, tanteando, fue subiendo el repecho hasta ver un montón de escombros que se recortaba negro, aun en la misma oscuridad.

Los brazos de Cundito eran fuertes; tenía en los músculos hierro de su machete. Comenzó a remover maderos, tropezando, cayendo, levantándose. El viento había tirado un árbol sobre el rancho de Genén y éste fue apresado por los horcones de su propia guarida. Cundito logró al fin tocar los pies y se dio a jalar con unos bríos descomunales. Genén se quejaba, aunque muy débilmente.

Fue una lucha que duró una hora larga. Cundito no se daba cuenta de que era él mismo: había perdido la noción de todas las cosas. Ahora no estaba allí; aquél que se quejaba no se nombraba Genén, ni mucho menos; nadie había abofeteado a Cundito; nunca recibió una galleta de manos de Genén. Lo cierto es que no existía Genén ni existía Cundito. Sólo había dos hombres luchando. Uno, mejor dicho...

Cuando logró sacar el cuerpo del otro se retornó a sí un tanto, pero no de modo que pudiera recordar el disgusto. Palpó por todos lados el cuerpo y empezó a asustarle la idea de que pudiera estar muerto. El calor de las axilas, a pesar de estar empapado en agua, le convenció de lo contrario. Llegó entonces el más duro luchar.

Cundito apenas podía con Genén. Además éste se había tornado plomo y no hubo modo de doblarlo para facilitar la carga. La conciencia de su flaqueza enfureció a Cundito y la rabia le dio fuerzas suficientes para cebarse al hombro el cuerpo de Genén. Se esforzó en ver hasta que le dolieron los ojos; y al fin comenzó a bajar el repecho, caminando a ciegas y plantando todo el pie para no resbalar.

Se oía distintamente la canción del chorro fortalecido por las aguas, y las sombras trituraron a aquel hombre tambaleante que caminaba abrumado con la carga de su enemigo.

Era como si hubieran surgido del vientre azul de la mañana.

El lodo cubría los pies de Cundito, tal que zapatos. Cundito caminaba balanceándose y la ceniza del amanecer pintaba de gris su cara.

Quintín fue el primero en verlos llegar. Lo único que se le ocurrió pensar fue que Cundito había muerto a Genén en algún lance, pero inmediatamente se dio cuenta que de haber sido así no lo hubiera traído sobre sus propios hombros. Además, Genén no sangraba.

En la cocina, una vez hubo dejado a Genén en el catre, Cundito se dejó caer sobre una caja de gas vacía. Querito y Chucho hablaban en voz baja y le miraban. Quintín tenía el rostro tranquilo, demasiado tranquilo; se sentó en el pilón, se echó el sombrero sobre la frente y dijo, frotándose las manos:

—Mica, hija, háganos un cafecito.

E inmediatamente, dirigiéndose a Cundito:

—Cuéntanos cómo fue eso.

Cundito no contestó; sacó el cuchillo de la vaina y se entretuvo en hacer rayitas en la tierra. Dijo luego a Ceíto, dejando oír claramente cada palabra:

—Yo me voy, compadre; estoy muy cansado y si bebo café no duermo después. Le encargo que cuando Genén despierte me le diga una cosa.

Volvió el cuchillo a la vaina y se rascó una pierna. Notó la atención prendida en todos los ojos.

—¿Qué?... —preguntó Ceíto rompiendo el silencio.

—Que yo necesito arreglar ese asunto de la galleta y que tenga entendido que Cundo Fría paga las galletas como hombre: a puñaladas.

Dijo, se levantó, escupió en la puerta y salió a pasos largos.

GUARAGUAOS

El viejo Valerio señaló las aves y dijo:

—¿Usted los está aguaitando? Bueno... Esos son querebebés. Atrás de los querebebés vienen las golondrinas, atrás de las golondrinas viene el agua, y atrás del agua... ¡Cristiano! Dios sabe lo que viene atrás del agua.

A diez pasos corría el río; inmediatamente después se alzaba el monte tupido: capá, quiebrahacha, amacey, algarrobo, amapolo, palma.

¡Monte! ¡Monte!

Al atardecer, no importa dónde esté, si me hallo solo y sentado en una silla serrana, recuerdo aquel monte. Todo él se iba alzando envuelto en enredaderas: bejuco camarón, cundeamor, bejuco musú. Todo él estaba como arropado por las hojas que se juntaban, apretaban y confundían hasta no saber uno si bajo las hojas de capá había verdaderamente, capá. Ahí mismo, a la orilla del río, la tierra se escondía en la tramazón magnífica de raíces de pomos; agua abajo iban siempre los frutos rosados y amarillos. A media tarde sentíamos, arriba, arrullos de palomas.

¡Monte! ¡Monte! ¡Ventre de árboles y de sombra...!

Ya tenemos aquí diez meses el viejo Valerio y yo, diez meses esperando. No sabemos cuándo ha de volver Bucandito; no sabemos en qué lejana parte del país estará ahora; pero le esperamos.

Bucandito se fue antes de que Desiderio se alzara. Bordas había pasado ya para Puerto Plata, al frente de las fuerzas, y nosotros tuvimos la esperanza de que terminara pronto aquello; sin embargo...

—Vea, Juan —sopló el viejo Valerio en esos días—. Tanto rogarle al muchacho, y nada. Cuando el cuerpo pide una cosa...

Así era. ¿Cómo podría yo decir de aquella fiebre que le hacía los ojos brillantes, de aquella admiración que le dejaba mudo, de aquel estarse quedado? Bucandito enloquecía cuando veía pasar un buen jinete armado de colt o de máuser con un pañuelo azul al cuello... Gritaba, empinándose:

—¡Vivan los bolos!

Y si el jinete se volvía y, entusiasmado, replicaba:

—¡Vivaaannn!

Bucandito, niño aún, me clavaba en el brazo las uñas y enseñaba los dientes en una sonrisa inexplicable.

Yo recuerdo lo sucedido una mañana de sol: el viejo Valerio, Bucandito y yo, renovábamos las yaguas del bohío; habíamos abierto las nuevas al sol y las pisábamos con montones de piedra y troncos pesados. Él estaba sobre el caballete, recibiendo las que yo le entregaba. Se veía pequeñín, comparado con las palmas que rodeaban el bohío, entre cuyas ramazones se enredaba el sol caprichosamente. Sentimos pisadas de caballos y nos detuvimos un momento para ver pasar la cabalgata: era un grupo armado, con pañuelos rojos al cuello. El que parecía ser jefe, de anchas espaldas y jinetear elegante, gritó, en pasando frente a nosotros:

—¡Viva Horaciooo!

Mecánicamente miré a Bucandito: se había alzado sobre el caballete y parecía tan seguro como sobre una roca. Levantó su bracito derecho, quemado por el sol, y su vocecita se coló a través de los mangos y los joberos que servían de espeques:

—¡Embuste! —dijo—. ¡Vivan los bolos!

El grupo se detuvo como clavado.

—¡Muchacho! —regañó el jefe.

Los ojos del viejo Valerio iban del jinete a su hijo; pero Bucandito, como si le hubiera enardecido el regaño, gritó más recio aún:

—¡Que vivan los bolos!

Entonces el otro volvió repentinamente la cabeza, miró a los suyos, se viró a nosotros con una sonrisa amplia y, sacando el revólver que brillaba como espejo, disparó al aire y clavó su montura que se alzó gallarda sobre sus patas traseras.

—¡Tú vas a gritar agora que vivan los rabuses, muchacho e porra! —rabió el hombre.

Y Bucandito:

—¿Quién? ¿Yo? Mejor máteme.

El hombre enfundó otra vez su revólver, hizo caracolear el caballo, metió mano en un bolsillo, sacó un clavao y lo tiró a mis pies a la vez que señalaba a Bucandito y decía:

—Eso es pa' ti, muchacho. ¡Tú vas a ser un hombre de a verdad!

Con las pisadas de los caballos se confundió la voz de Bucandito:

—¡Yo no le cojo cuarto a rabuses!

¡Cierto que Bucandito Valerio fue un hombre!

Recuerdo un caso, por aquellos meses, que me impresionó: salimos a montar nidos de guineas alzadas. Con nosotros iba Princesa, una perra negra, flaca y lenta, huevera como ella sola. En el primer nidal ella se dio a comer huevos y como Bucandito la acosara le fue encima. Se le llevó entre los dientes blancos el meñique de la zurda. El muchacho no se inmutó por aquel chorro de sangre que le salía de la mano: alzó el colín, vomitó una imprecación y de un mandoble partió en dos la cabeza del animal como si hubiera sido un melón. Desde entonces no hubo más perros en la casa.

El tiempo, a esa edad, se nos va de prisa. Un día nos encontramos con dieciocho años encima. Yo tenía poca noción de las cosas que sucedieron entonces, pero Bucandito tenía anhelo de pelea e inteligencia clara y se hacía idea precisa de los motivos que hacían trepidar el país a cada paso.

Una tarde nos fuimos a Jamao Arriba. Empezaban las corridas de San Andrés y había baile allá. A Bucandito parecía no interesarle la diversión, porque se mantenía por el patio o los rincones, conversando con sus amigos en voz baja.

Tengo muy vagamente el recuerdo de aquella noche: la tambora, un acordeón que alargaba las notas, la güira... A ratos me quemaba la garganta con tragos de aguardiente. Bailé con Yeya, la trigueña de Bijero. ¡Qué duros y qué cálidos eran los senos de Yeya!

Camino de casa, cerca del amanecer, Bucandito me dijo:

—Esperémonos un chin, Juan.

Se estuvo un rato callado, como si rumiara algo. Al cabo dijo:

—Tú sabes que abajo de la ceiba salen muertos. Yo quiero verlos antes de dirme.

—¿De irte? —pregunté.

—Sí hombre... Pa'l monte.

Quise mirarle. Sus facciones se desleían en la media luz de la madrugada. ¡Pero yo no podía estar equivocado! ¡Si Bucandito era casi un niño! ¿Sus dieciocho años? ¿Y qué? ¿Dejaba por eso de ser un cuerpecito enclenque, bajito, como si tuviera apenas quince? Tres años antes, nada más, le había dicho un hombre que llegaría a ser macho de verdad. ¿Acaso aquel tiempo que anunciaba el hombre había llegado?

¡Bucandito! ¡Bucandito! El viejo Valerio no dijo palabra cuando no te encontró por la mañana; pero yo sé con seguridad que lo sintió porque sus ojos estuvieron opacos más de una semana.

Bucandito envió noticias desde la Línea Noroeste: los bolos triunfaban bajo la jefatura de Desiderio y se acercaban a Santiago, ciudad que pretendían sitiar. Recomendaba que dejáramos el lugar y nos fuéramos a Loma Tocaya, donde tenía el viejo terrenos, porque probablemente todo el Cibao ardería con la llegada de Horacio. El hombre que nos trajo nuevas mientras esperaba el café que calentaba en el fogón, nos decía:

—Muchacho ese que se ha dado guapo... El general lo quiere y nada más lo oye usted con Bucandito pa' arriba y Bucandito pa' bajo.

Yo sentía el calorcillo que me subía por los pies.

Vi la cara del viejo: por los ojos, por los carrillos, por la frente, por todo el rostro le salía una luz rara, que le hacía joven y bello. Pero no habló.

Fue tal como lo dijo el viejo Valerio: tras los querebebés vinieron las golondrinas; tras las golondrinas vino el agua; sin embargo, nadie sabía lo que podía venir tras el agua.

¡Monte! ¡Monte! ¡Yo te veía escondido en la lluvia gris, aquellos interminables días ahumados! El río bajaba sucio y veloz. Tú estabas allí, tan inmutable, tan sereno como si nada sucediera. A tu sombra se fueron a esconder palomas, calandrias, carpinteros, petigres, guineas, perdices. Los becerros y las gallinas se salvaron de las aguas porque tú les brindaste la seguridad de tu tierra empinada. ¡Monte! ¡Monte!

El viejo Valerio tampoco se inmutaba; seguía callado, encerrado en una costra irrompible, oscura. Día a día, con los pies en el travesaño de la silla, los brazos cruzados y los ojos semicerrados, se pasó aquel tiempo esperando, esperando. ¿Qué le importaban al viejo Valerio la lluvia, los becerros, los relámpagos? Él esperaba... Nada más.

No vimos el sol en dos meses. Zumbaba en nuestros oídos el rasras lento del aguacero. ¡Ni leña seca con que encender una hoguera para calentar café, siquiera! La cuaba era algo precioso que debíamos economizar como oro.

Yo tenía los pies blancos y blandos, como la flor de la campanilla. Y el río... ¡Monte noble y fuerte! ¡Fuiste benigno como para permitir que la orilla del río llegara hasta los troncos de tus primeras palmeras!

¡Qué día aquél, viejo Valerio, cuando vimos el sol empujar suavemente las nubes grises! Las palmas parecían esponjadas, rizaditas, y el gallo manilo batió las alas satisfecho.

¡Qué día aquél, viejo Valerio! Te levantaste pasito de la silla, fuiste a la puerta y dijiste, con una voz sin emoción:

—Pue' ser que venga agora.

Cierto que el río bajaba sucio aún, cierto que la tierra fan-gosa necesitaba muchos días de sol; cierto que en la tarde llovizó. Mas a pesar de todo, ¡qué mañana tan eterna en mi alma, viejo Valerio!

Aquella noche me eché en mi barbacoa con una alegría rara, amarga, que me mordía como perro bravo. Ya me hacía falta el zumbido de la lluvia para adormecerme. Sentía al viejo Valerio moverse; esperaba oírle quejarse. Pero se me fueron haciendo pesadas las piernas, los brazos, la cabeza... Sentí, como si aquello sucediera muy lejos, el cacareo desasosegador de las gallinas. Me despertó, al fin, la voz de Valerio que decía:

—Juan, las gallinas están cacareando. Eso es anuncio de desgracia.

¿Cómo no iba yo a comprender que, lo mismo que en el mío, la imagen de Bucandito se había clavado en su cerebro?

Pero el sueño me dominó, precisamente cuando hubiera querido llorar un poco. Una lágrima, siquiera...

Nada más sentí uno: el último. Sonó igual que si hubieran dado una pedrada en un tronco de palma. Él, sin embargo, los había oído todos y preguntó:

—¿Oyó los tiros, Juan?

—¿Tiros? —dudé yo.

—Sí hombre, un tiroteito por allá, pa' los lados de La Pelada.

El viejo hablaría, probablemente, con la vista en dirección al techo. Yo estaba así, por lo menos. Por debajo de la puerta se colaba un vientecillo desagradable, que entraba hasta mi rincón, buscaba las rendijas de la barbacoa y me enfriaba la espalda. Yo no pensaba; pregunté, seguramente con la intención de no dejar al viejo así, esperando que yo hablara:

—¿Será alguna fiesta?

Él contestó:

—Hubiéramos oído la tambora.

Dije luego:

—Debe estar amaneciendo.

—Falta mucho todavía —le oí decir.

Y a continuación:

—Me tienen caprichoso esos tiros...

El sueño pudo más que todo ese montón de preguntas que se me iba agrupando en el cerebro y en el corazón. Doblé las piernas, pegué casi las rodillas a la cara, me volví a la pared y me fui hundiendo otra vez en el lodo blando y negro de la noche.

Me tiré de la barbacoa, soñoliento aún, precisamente cuando el gallo manilo saludaba la mañana con un canto recio y prolongado.

Todavía la tierra del piso estaba húmeda y se sentía la brisa mañanera cargada de agua. El viejo Valerio salió de la otra habitación; se apretaba el cinturón y dijo:

—Buen día, Juan.

—Buen día —respondí.

Abrió la puerta del patio, se detuvo un momento, vio el tamarindo donde dormían las gallinas y se metió en el ranchón que nos servía de cocina. Yo cogí el jigüero y me fui al río. Sobre sus aguas se posaba una luz azul tenue. En el monte había tal cantar de pájaros que no parecía sino que celebraban fiestas. Yo vi algunas calandrias en los pomos que orillaban el río, con las plumas levantadas y la cabeza bajo el alita, buscando algún piojillo molesto, sin duda.

El agua estaba más limpia que el día anterior. Tal vez hoy, aquí en la ciudad, tiraría una que no fuera cristalina; pero allá... ¡cuántos días alimentándonos con agua sucia como de poza! ¡Y menos mal que siquiera eso nos quedaba: agua sucia!

Un cuarto de camino había hecho el sol y nos miraba de lado, radiante en el cielo más azul que he visto. Uno veía así, a su alrededor, y le parecía estar metido en un círculo de palmeras, tamarindos, cañafístulos, guanábanos. Sólo el monte rompía la línea suave de la curva y se empinaba poco a poco, como si pretendiera alcanzar el sol.

Valerio estaba sentado a la puerta del patio; de vez en cuando se apretaba la mano contra el rostro y sonaba la nariz. Yo llegué a pensar que quizá estuviera enfermo. Pero el viejo, pasado un rato, se levantó, entró la silla al bohío, tomó un machete y me dijo:

—Ayúdeme a talar el frentecito, Juan.

Y nos pusimos a trabajar.

El sol caía de refilón en nuestras espaldas. Estábamos silenciosos y parecíamos oír solamente el ritmo de los machetes que tenían un alegre grito metálico al tronchar los guayabos y los pajonales de cola de gato. Era un trabajo bastante largo, pero agradable; empezábamos a sudar y yo creía tener en la espalda una gran plancha recién sacada del fuego. Vi en eso al viejo: se había erguido sin prisa; a poco tomó el machete en la mano zurda y con la otra hizo pantalla: miraba por encima del monte.

Hay impresiones que no se olvidan: he ahí una. Recordaré siempre la bella figura del viejo Valerio, firme, con el pecho salido y la cabeza hacia atrás, la mano sobre los ojos, el machete al final del brazo que descansaba alargado, lacio. A pocos metros estaba el río y parecía haberse detenido para verle. El sol se apretaba contra la piel quemada del viejo; le brillaba en los bigotes canos, en la frente ancha y recta, en la punta de la nariz y en la barbilla avanzada.

Aquella mirada fija me arrastró; quise ver también. Pero mis ojos azules debieron hundirse en el azul del cielo. La claridad me hacía daño y se me clavaba en ellos como espinas. Sólo me pareció ver dos pequeñas cruces muy altas, perdidas, que se movían con elegancia y trazaban grandes círculos cada vez más bajos.

El viejo Valerio, como si se hubiera roto aquel hilo que le sostenía erguido, bajó de golpe la cabeza y se cruzó de brazos, sin soltar el machete. Después se fue moviendo poco a poco y quedó frente a mí. Su mirada indefinible, serena, inmutable, parecía acariciarme. Dijo:

—Vea, Juan... Esos tiros...

Se le apagó la voz, pero volvió a hablar en tono opaco:

—Dios quiera. Para mí debe haber algún hombre o algún animal malgrado.

Yo estaba agachado, con una rodilla en tierra, y mientras él hablaba me sostenía con la diestra en el cabo del machete y la punta de éste en tierra.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

Entonces él señaló muy vagamente el lugar donde estaban aquellas manchitas y explicó:

—Esos son guaraguaos y están por los lados de La Pelada.

Se dobló, apretó los labios, y como si nada hubiera dicho, se dio a talar con bríos renovados. Los machetes daban pequeños gritos agudos y los primeros arbustos tumbados se mareaban al sol.

Yo pensaba muchas cosas. El trabajo parecía acelerar en mí una fiebre nueva y noble: no sentía el sudor ni el sol; quería nada más trabajar, pero hacerlo sin descanso. Iba abriendo una especie de trochita entre los arbustos, directa al río, y calculaba todo lo que nos era necesario hacer, ya que había sequía. Pronto estarían los caminos transitables y podría uno ir a la tierra llana en busca de carne. Además tendríamos que traer las tres vacas paridas, que ahora vagaban por los terrenos incultos. Y todo esto venía a tiempo: la carne de la puerca gacha se estaba acabando. ¡Qué satisfacción saber que el cacao secaría y que no tardaríamos en tener café bueno!

En ese montón de ideas me asaltó una: los guaraguaos. ¿No habría muerto, por casualidad, uno de los terneros nuevos? ¿Alguna vaca, tal vez? ¿Para qué, si no para comer carne muerta, habían venido los guaraguaos? Es seguro que estarían lejos, porque las gallinas no habían cacareado temerosas. ¡Hombre!

—¡Viejo! —llamé antes de terminar el pensamiento.

Él me miró con ojos acariciadores.

—Si las gallinas cacarearon anoche, fue por los guaraguaos
—terminé.

Y su voz suave me llegó:

—No, hijo. La gallina no ve de noche. Eso fue mal anuncio.

—Será que las aguas han ahogado uno de los becerritos...

Valerio tenía en ese momento una matita de pomo en la mano, pegada a tierra, y la iba a trozar con su machete afilado; pero no lo hizo: se levantó, me miró hondo, sacudió la cabeza. Quería hablar y no se atrevía. Al fin...

—Lo mejor es dir a La Pelada.

Y se quedó viendo el monte.

Estuvo un instante callado; después movió la cabeza de arriba abajo y, como asustado, consintió:

—Sí... Vámonos.

Rompió marcha de una vez, decidido. Yo quise lavarme las manos emporcadas de lodo. El agua lenta y turbia del río era fría como mano de muerte.

¡Monte! ¡Monte! ¡Ventre de árboles y de sombras...! Eres húmedo y acogedor. Mis pies desnudos se pegaban a tu tierra negra; mis ojos azules se enredaban en tus árboles serenos; mis manos ansiosas se prendían de tus bejucos. Era una hora antes de medio día; en la tierra llana el sol se extendía como verdolaga blanca; en mis espaldas era plancha recién sacada del fuego; pero en tu seno pardo parecía tardecita. Yo vi la perdiz, color de hoja seca, brincar confiada; y la paloma gris en las ramas del yagrumo y del cigua prieta, sin temores.

El viejo Valerio caminaba de prisa; su respiración era sonora. No volvía la cara atrás ni decía palabra. Algunas veces levantaba el brazo y cortaba a machetazos los bejucos. Después los retiraba con la punta del arma. Teníamos muy a

menudo necesidad de sujetarnos a ramas de árboles para poder subir. Y era como si a cada instante el monte se fuera alzando más, más, más...

La Pelada es una planicie entre las lomas Tocaya y Guarina. Una vegetación pobrísima, de pajonales pardos, resecos, y algún que otro palo de cabirma, es todo lo de admirar en ella. La tierra rojiza, abundante en piedras, parece hozada por cerdos. No se puede caminar de prisa entre aquellos montones de pedruscos disimulados por el pajonal.

A nosotros se nos fue metiendo el sol poco a poco, poco a poco; y lo encontramos de pronto completo, vaciado en La Pelada.

Yo no vi nada, lo juro; pero ¿cómo no había de sorprenderme aquel súbito arrancar de Valerio; su andar preciso, como si supiera a conciencia qué quería hacer? De pronto vi los cerdos correr acompañándose de gruñidos. Valerio alzó el machete, lo tiró a los animales y dijo:

—¡Chonchos condenados! ¡Comiendo carne de gente!

Fue en ese preciso instante cuando sentí el mal olor que se me pegó a la nariz y se prendió de ella lo mismo que una mano.

Lo que había allí no era más que algo deforme, un montón impreciso de carnes, con el vientre y la cara roídos. Los perros de los alrededores, los ratones, los jíbaros, los cerdos, quizá los guaraguaos, ¡qué se yo cuántos animales se habían alimentado durante una noche y medio día con la carne de un hombre muerto!

Yo me quedé algo retirado; el viejo Valerio parecía un árbol, porque hasta media pierna se veía hundido entre la yerba tostada de los pajonales. Tenía la mano izquierda en la nariz, y ni un músculo de su cuerpo se movía. Sólo que aquellos ojos estaban muy opacos cuando se volvió para decirme:

—Tráigase un yaguacil, o dos; y si no halla busque yaguas.

Antes de marchar le vi sentarse y dejar el brazo derecho caído entre las piernas. Parecía irse disolviendo en el sol del medio día.

Eso no podría explicarse nunca y por tanto no me detendré en ello; pero yo ruego a todos procurar huir de las tierras incultas porque son crueles como hombres malos. Nadie podría figurarse lo que supone caminar hora y media, atravesar un monte sombrío, con los restos de un hombre a cuestas. Aquel montón de huesos y carne hedía de un modo horrible. En mi vida, el recuerdo de esa hora y media es atormentador y me sabe a pesadilla. ¡Yo siento a cada instante aquí, en la nariz, en la boca, en el estómago, el asco de aquella jornada!

Cuando soltamos el yaguacil, frente al bohío, procuré no mirar lo que había en él. De lo que la ropa azul dejaba ver sólo la mano izquierda se había conservado intacta, pero llena de manchas azulosas, casi moradas. Yo reconozco que no era yo quien vivía entonces; me parece que no anduve sobre la tierra, sino en el aire, y que entonces estaban las cosas sujetas entre sí con telarañas.

¡Huid de las tierras incultas, porque son crueles como hombres malos!

Yo no hablé media palabra mientras hoyábamos, ni hubiera podido hacerlo. La tierra pegajosa por las lluvias recientes se hacía rebelde. El sudor y el barro nos ponían una costra que parecía apretarnos por todos lados. No teníamos más que dos machetes y el deseo de acabar pronto. ¡Cómo nos miraba desde el Oeste el ojo blanco del sol!

El viejo Valerio se fue a cortar la madera mientras yo echaba tierra. Después aquella cruz, rama un momento antes y ahora montada, blanquecina, parecía un niño que nos llamara con sus bracitos abiertos.

Yo sentía las manos torpes, los dedos hinchados, y un deseo de no hacer nada, como si estuviera por dentro lleno de humo. Valerio se sentó a la puerta, frente a la tumba. Tenía los ojos muy opacos todavía y hacía ya cuatro horas que no hablaba. Sus manos largas, lentas, estaban juntas entre las piernas. Yo me quedé mirándole y, al rato, como si algo me obligara hacerlo, dije:

—Vámonos a Jamao, viejo. Yo no puedo seguir viviendo aquí...

Con la vista clavada en la cruz, igual que reanudando una conversación rota, el viejo Valerio recomendó:

—No mate nunca un guaraguao, Juan, y procure que no lo mate naiden.

Y, a mi silencio lleno de asombro que se tragó sus palabras, explicó:

—Si no hubiera sido por ellos no estuviera mi hijo enterrado aquí ahora.

Yo grité:

—¿Qué, viejo?

Entonces fue cuando me miró.

—¿No vido el dedo que le faltaba en la mano, el que le llevó la perra?

Viejo Valerio: dejé La Tocaya después de tu muerte; pero no debes ignorar que voy a veces para adornar tu tumba y la de Bucandito.

¡Todavía está mi alma de rodillas frente a tu magnífica serenidad, viejo Valerio!

LA SANGRE

¡Al fin! ¡El viejo Nelico iba a hablar! Era muy duro el silencio del viejo Nelico; sin embargo nadie podría decir si había menos dureza en sus palabras.

A Tato le parecía que alguien le tenía sujeto; un solo gesto bastaría para desbarrancarle.

El viejo Nelico apoyó ambas manos en las rodillas, se impulsó y se puso en pie. Caminó como si se arrastrara. Cuando estuvo frente a su hijo se irguió; parecía más alto. Puso una mano sobre el hombro izquierdo de Tato; entrecerraba los párpados y movía los labios.

—Asunta... —dijo.

Poco a poco, sin él darse cuenta, clavaba las uñas en la carne de su hijo. Tato soportaba la mirada sin explicarse cómo.

—Asunta —repitió—. No te digo que busque pleito, pero si te fuñen... Aguaita... Pa' que la cruz vaya donde ti, que vaya donde otro.

Se movió como para irse, pero volteó repentinamente.

—¡Y que no sepa yo que un hijo mío se ha dado pendejo! —recomendó.

Miraba de lado. Se conocía que no había terminado de hablar; parecía masticar algo. Tato le vio arrastrar los pies y se asombró de que no escupiera, como de costumbre.

El viejo Nelico oyó claramente los tres golpes, porque no había dormido. A seguidas la voz.

—Compadre, compadre...

En la oscuridad tendió la mano y tomó el pantalón. Sentía los pies helados.

—Ya voy —dijo.

Su mujer se movió. Nelico no la vio, mas la sintió. Tuvo ganas de despertarla, porque le pareció que amanecía, pero después recordó que había luna creciente.

Debía ser media noche. Su compadre estaría arrimado a la pared, contra la ventana, estrujándose la cara para espantar el sueño.

Tornó a largar la mano y cogió la camisa: quiso encender un fósforo para ver mejor, pensó en su mujer y desistió.

Hubiera querido evitarlo, pero una fuerza rara le obligaba a hacerlo, y abrió la ventana al fin, aunque sin ruido. La compañera medio se incorporó. Por la ventana se asomaba un paño azul iluminado.

Nelico vio la sombra acercarse, como agarrándose a la pared.

—¿Qué, compadre? —preguntó en voz baja.

—Hay desgracia. Mataron a Gengo —contestó la sombra.

El viejo Nelico abrió la boca: Tato le exprimió el cerebro. La voz cascada de la mujer golpeó su espalda.

—¿Qué pasa, Nelico?

—Nada —dijo volteándose.

Hizo hacia afuera una señal con la mano, cerró la ventana y encendió un fósforo: las sombras empezaron a arremolinarse alrededor de la luz. Su compañera no era más que un bulto deforme y negro, con pequeños brillos rojos.

Caminó hacia la cabecera del catre, tomó el colín y quiso salir. El fósforo era ya una pequeñita línea rosada en la punta de sus dedos. La mano de su mujer se engarfió en la manga de su camisa, tiró de él.

—¿Y qué es, Nelico? —preguntó otra vez la voz cascada.

—Nada —murmuró—. Creo que cortaron a Gengo.

A él le pareció que ella se había pasado la mano derecha por la frente.

—¡Jesús! —comentó la mujer.

Nelico echó a andar, con cuidado para no tropezar. Se sentía torpe, a pesar de que los pies estaban más livianos. La mano fue haciendo menos presión en su manga. Al salir empujó levemente la puerta, pero dejó una rendija que cortó en dos la sombra espesa del aposento y los ojos de la mujer.

Es casi seguro que su compadre no hablaría si no anduviera; hay una inexplicable sensación: las palabras salen como de una cinta.

—Lo encontraron al lado de la mayita de Fefa —explica despaciosamente—. Y tiene una puñalada aquí, Dios salve el lugar —termina.

Alza el brazo izquierdo y con la otra mano señala debajo de la axila.

—¡Concho! —comenta Nelico—. Es noble la cortada.

Hay un paréntesis. Parece que el otro exprime un colador de café, porque aprieta los dedos, tal vez piense que está ordeñando.

Con la misma lentitud de antes ilustra:

—Y hasta boca bajo estaba.

Otra vez Tato en su cerebro. Tiene miedo de ver de frente.

—Entonces encontramos el matador —asegura.

Se pasa la mano zurda por el bigote; se balancea como mulo cargado. De improviso, volviendo la cara, como si quisiera aun en la noche ver la impresión que sus palabras producen, pregunta:

—¿Y quién lo halló?

—Balbino —responde el otro con rapidez.

—Eso es raro... Y de noche —aventura Nelico.

—Diba pa' su casa —explica el compadre—. Dice él que estaba en un jueguito de dados. Asigún él no era difunto todavía cuando lo topó, porque dizque asuntó los quejidos. Estaba echado ahí mismo, a la vera del camino real.

Nelico calla. No piensa sino en andar. Raro que las piernas estén esta noche tan ágiles...

—¿Hay mucha gente? —pregunta sin levantar la cabeza.

—Unas cuantas —responde el inquirido.

Ya no hablan más. El colín golpea con regularidad el muslo de Nelico; se oye claramente el tac tac. Su compadre respira como gente cansada.

La cara del muerto parece moverse cuando el aire agita la luz. Tiene abiertos los ojos y todo el rostro ha tomado color de cera puesta al sol. Hay poca gente. Tres mujeres, a la cabece-
ra, rezan con voz cansada.

Los rostros se ven entre sombras: al moverse alguno, la vela le pega en la piel. Todo el bohío parece hecho con lana: es como si los vivos no fueran de carne y hueso: apenas se siente el crujir de una silla.

Con el pie derecho en el quicio, Nelico se descubrió y dijo:

—Buenas noches.

Casi a coro contestaron los de dentro:

—Noche...

Atravesó con paso seguro la habitación, se dirigió hacia la pared del fondo, donde tres o cuatro parecían conversar sin que se les oyera, y tomó asiento. Uno movió la cabeza para acercársele.

—¿Cómo está mi comadre? —preguntó con voz ajena de entonación.

—Tal cualita —contesta Nelico en el mismo tono, moviendo levemente la mano.

Nadie llora, nadie hace gesto de dolor. Los hombres cuchichean entre sí y una de las rezadoras pasa a menudo su mano negra por la cara, como estirándola.

Nelico dobla el cuerpo, apoya los codos en las rodillas y pregunta:

—¿Gengo tenía familia?

—No señor —responde alguien.

Se incorpora; va hacia el muerto que está rígido, con la boca entreabierta, en el catre. Tiene las manos cruzadas sobre el vientre.

Nelico ve la mancha de sangre en la axila. De momento su voz, la única voz en ese silencio forzado, tiene entonaciones potentes:

—Apareje su caballo y vaya al pueblo, Meco. Hay que avisar a la autoridad.

A seguidas cruza la habitación, se planta frente al grupo, detiene los ojos en cada uno, como buscando, y pregunta:

—¿Dónde está Balbino?

Pero no espera la respuesta: señala una sombra que debe ser un hombre. Ordena:

—Tráigame a Balbino, Justino.

La luz de la vela, pegada al catre, junto a la cabeza del muerto, parece tropezar a cada paso; por instantes alumbra hasta cerca de los rincones. Ahora, por ejemplo, enrojece la mano seca de Nelico.

Las rezadoras hablan entre sí; una sujeta la frente con la mano que sostiene el rosario. Alguien comenta:

—Tamaño cosa venir de tan lejos a morir.

Nelico no parece viejo: la oscuridad le lima las arrugas. Cuando da el frente a la luz los ojos le enrojecen como si tuvieran brasas en el fondo.

Camina con paso cansado, como cuando habló con Tato; se dirige a una silla, carga con ella y toma asiento junto al muerto. Cruza las piernas. La punta del colín roza la tierra del piso.

Nelico cabecea. A ratos entra gente, entonces levanta el rostro, mira al recién llegado y ojea la herida; él sabe que la herida sangrará cuando entre el matador.

Siente sueño y tiene sabor a ron en la garganta. Se le enfrían las manos si piensa que Balbino llegará de un momento a otro; sin embargo, Tato le exprime el cerebro. Quisiera recordar con precisión qué le dijo ayer tarde. Molesta, pero hubiera podido suceder que el muerto ahora no fuera Gengo, sino Tato...

La habitación se ha ido llenando poco a poco de gente, el rumor de conversaciones es espeso; se siente humo arañar en la garganta.

Nelico oye los perros ladrar. Son como tachuelas clavadas en una tela negra. También los gallos...

No debe tardar en llegar la leche tibia del día.

Nelico oyó pisadas. Su corazón corría, corría. Su corazón golpeaba como un caballo bueno golpea con sus pezuñas la tierra.

La mancha roja de la camisa pareció agrandarse. Nelico vio la mancha crecer y notó que fluía sangre, pero muy lentamente. De pronto aquello fue un golpe que parecía llenar todo el pecho del difunto. Nelico tuvo miedo de que no fuera cierto y palpó. Sí: la sangre caliente, pegajosa y roja, le había mojado la mano.

Tenía la cabeza llena de aire. Los ojos abiertos, muy abiertos, vivieron ese instante sólo para mirar la puerta. Y ahí estaba; lo veía. Era una sombra vaga, diluida en la media luz del amanecer. Se movía. Parecía no querer entrar. A ratos los pies amagaban hacerlo.

Pero de pronto la sombra se movió y apoyó una mano en la puerta. Nelico vio la cara negra, con los ojos brillantes. La vela se había vuelto dos en los ojos del que llegaba.

Nelico creyó volverse loco. Todavía pensó que tal vez no fuera cierto. Podría muy bien ser Balbino. Pero entonces la sombra hizo señales con la mano, como llamando. Murmuró luego:

—Taita...

Nelico no supo cómo lo hizo. Tenía un miedo horrible de que los demás hubieran visto. La mancha de sangre seguía agrandándose.

Veía, veía...

No fue él, no. Alguien le sujetó por los brazos y le puso en pie. Caminó. Era una sensación de blandura, de andar sobre algodón. El amanecer llegaba cansado y gris. Nelico se sentía marchar hacia el amanecer.

—Venga —dijo Tato sin entonación.

Le siguió. Tenía casi la seguridad de que el muerto venía detrás. No lo hacía en sus pies, no; era como volando. Estaría tieso, las manos en el vientre.

—Fui yo —dijo Tato volviéndose inesperadamente.

La cara de Nelico estaba ahora verdosa. El amanecer pasaba por sus pómulos una mano suave, untada de aceite. No veía ni hablaba. Sus ojos eran, acaso, agujeros abiertos sobre una noche cualquiera.

Sentía vagamente rumor de conversación. Los de adentro hablarían cosas sin importancia. ¿Qué era esto, Dios? Gengo, Tato... Quería tomar café y trabajar.

Tato arrancaba briznas de yerba de guinea. Al rato alzó la cabeza y habló:

—Emprésteme su caballo, taita. Tengo que dirme.

De pronto le pareció llenarse de claridad; sujetó la mano de su hijo con fuerza increíble.

—¿Y fuiste tú, Tato?

Se sentía asombrado. El entrecejo estaba como si dos dedos negros y finos le atravesaran la frente; le brillaban los ojos y la mañana comenzaba a poner sus dos puntitos blancos en ellos.

—Sí, fui yo: pero como hombre...

—¡Ah! —comentó.

Ahora se le volvía todo confuso. Había hablado ayer tarde con Tato; recuerda algo. ¡Qué vaguedad! Pero tal vez Tato estuviera en este momento en su casa, sobre el catre, apuñalado. Y sería sangre suya, su sangre...

Estuvo largo rato con la vista en el suelo. Ya brillaban los cogollos de los árboles.

—Si, vete, hijo. Dile a tu mama que te dé el bayo y una onza que tengo en mi baúl.

No hablaba con tranquilidad ni con dolor. Era como si la voz saliera del camino y no de él.

Tato se destocó, se arrodilló y rogó:

—La bendición, taita...

No contestó. Miraba aquel agujero blanco que se agrandaba en el cielo. Sintió gente arrimarse a la puerta.

—Y coge mi silla y mi revólver —dijo.

Tato se incorporó. Comenzó a caminar como si fuera hacia el sol. Se veía encorvado. Quizás ahora no pudiera andar: tendría sangre en el pecho.

El viejo Nelico se volvió; arrastraba los pies. Le dio trabajo sentarse de nuevo frente a Gengo. Pero no pensaba ya en que el matador viniera. Tenía sólo la preocupación de que Tato podría muy bien esconderse por el agujero blanco que se alzaba lentamente sobre la tierra...

LUCERO

José Veras miró a su compadre mansamente, hizo resbalar los ojos y chasqueó los labios; se le acercó, dobló la cabeza y, como temeroso de que lo oyeran, dijo:

—Lo ojieron, compadre.

El otro tuvo miedo de que José Veras rompiera a llorar; había algo muy doloroso en su voz.

Pero José Veras volvió rápidamente el rostro y clavó en la loma una mirada más dura y asesina que una bala.

Es posible que por los caminos reales del Cibao no pase otro animal como aquél. Andaba, y nadie veía sus pezuñas menudas en tierra: las llevaba siempre ocultas en el oro del polvo. Su cola ondulaba como río, sin salir de cauce, y era elegante aun llevándola amarrada en trenzas con una cinta azul. Su pescuezo brillante estaba siempre arqueado. Su piel... Lucero: ¡cómo brillaba tu piel al sol!

Tenía en la frente, como clavada en su pelo negruzco, una mancha blanca. Poco más abajo, y a los lados, los ojos le reventaban llenos de luz.

Es posible que por los caminos reales del Cibao no pase otro animal como aquél.

José Veras estaba sentado a la puerta del bohío. Acababa de secar la saliva con el roce de su ancho pie.

—Vea —dijo—. Yo tengo nada más cuatro cosas, manque sea pobrecito: Lucero, mi revólver, mi gallo y mi mujer.

Echó el cuerpo sobre las piernas, se frotó las manos y prosiguió:

—Y si me fueran a quitar lo mío, nada más quisiera que me dejaran a Lucero.

Filo Soto recostó su silla en el marco de la puerta, tiró un brazo tras el asiento y murmuró:

—Hasta yo, si fuera mío...

Y se quedó viendo el camino.

Esperaban. La tierra estaba más parda que nunca. Allá lejos azuleaban las lomas.

—Asunte, José —recomendó Filo—; asigún veo, va a tener mal viaje. Aguaite cómo está la loma.

José levantó sin prisa la cabeza y corroboró:

—Este tiempo puñetero... Agua y agua y agua. Dios quiera que ese muchacho haiga amarrado a Lucero. Horita oscurece y cualquiera no sale de noche.

Casi antes de que terminara, una voz llamó, de adentro.

—Compadre...

—Voy —contestó José.

A su espalda, en la penumbra de la puerta, asomó una cara trigueña y arrugada.

—No se apure —observó—. Era pa' decirle que atraque con el caballo.

—Aquí estamos esperando ese condenado muchacho, compadre.

El otro caminó sin hacer ruido, sacó la cabeza para ver el camino y tropezó con Filo Soto.

—Buena tarde, Filo.

—Buena, don Justo. ¿Cómo sigue la enferma?

—Igual —dijo.

Y a seguidas:

—Mi compadre sale horitica pa' el pueblo.

Filo movió la cabeza, como quien dice que sí. Después observó:

—Estará toda la noche andando.

—Pero voy bien montado —terminó José Veras.

Ese barro rojo no es barro: es mil manos juntas, pequeñitas y fuertes, que se aferran a las patas del animal y lo dejan exhausto. Y la lluvia en la noche no es lluvia: es arenilla pegajosa lanzada contra la cara y los muslos.

No se ve una raíz; no se sabe dónde está el hoyo. El camino es tierra recién amasada tirada sobre la loma. Nada más.

José Veras pensó muchas cosas y luchó mucho consigo mismo, pero sobre todo eso estaba lo otro: Lucero.

Lucero iba a malograrse una pata; Lucero podía desbarrancarse de momento. Cierto que él iba encima, pero... él, ¿qué era él?

Sentía al animal buscar a tientas el lugar donde plantar el casco con seguridad. A veces removía la cabeza y resoplaba. José agarraba los estribos y levantaba los pies, temeroso de que un tocón le destrozara un dedo.

Ahí mismo, a ambos lados del camino, la lluvia caía pesadamente y con lentitud. Alguien dejaba caer piedras desde muy alto.

A José le molestaba andar tan despaciosamente, pero tenía miedo de apurar el animal. No. Además... ¡Bueno! Hubiera sido mejor que la mujer hubiese muerto ayer mismo u

hoy; daba igual. El caso era no haber tenido necesidad de hacer este viaje perro...

Pero ya era demasiado mortificarse. Lo mejor sería buscar bohío donde parar. José Veras no estaba dispuesto a que Lucero se malograra, aunque se le muriera la mujer a Justo Mata.

Estaban sentados, algunos en sillas, otros en un banco largo, los restantes en el suelo. José Veras sentía la tela secarse sobre su cuerpo y le hacía bien el calorcillo. Las llamas se levantaban y enrojecían los rincones de la cocina.

El hombre que le abrió la puerta, oscuro y medio desnudo, dijo a la vez que le miraba los ojos:

—Que Dios le guarde el caballo, amigo.

Y el viejo de la barbilla blanca aprobó:

—Y dígalo.

José sentía un agradecimiento verdadero subirle del pecho y calentarle más que la fogata. Dijo, entre sonrisas:

—Yo estoy en creer que él fue el que me trujo porque yo no veía ni an mi mano.

Entonces el viejo chupó su cachimbo, miró de reojo la marmita donde se calentaba el agua, y murmuró:

—Vea... Usté es hombre arrestado. Yo no me tiro este camino solo y de noche.

El más joven, que estaba allá en el rincón, entre sombras y a la punta del banco, corroboró:

—¡Jesús! ¡Ni an por paga!

El viejo miró la puerta. Sus brazos rodeaban sus rodillas y la mano parecía pegada al cachimbo para siempre. Se pasó la izquierda por los ojos, como si tuviera sueño, y explicó, a la sonrisa dudosa de José Veras:

—Usted no ha podido darse cuenta, porque la noche está bien cerrada, pero vea: un chin más abajo de la subida que usted cogió pa' llegar aquí hay tres cruces. Por delante de esas tres cruces —aseguró señalando el probable lugar— no pasa naiden de todo este pedazo de noche.

Ahora ya no había sonrisa en José. Él había visto la intensa palidez que tenían los demás, había sentido el frío silencio que se pegaba a los hombres. Sus ojos estaban más brillantes que de costumbre. Recordaba. Sí: muy probable. Él creyó haber adivinado, en la oscuridad, tres cruces. ¡Concho! ¡Verdad! ¡Si Lucero se había quedado largo rato parado frente a ellas, con las orejas rectas y temblando, tal vez sí de miedo!

José Veras no pudo resistir. Casi gritaba.

—¡Dígame lo que pasa! —rogó.

Pero el viejo no contestó. Aquel silencio frío seguía pegándose a los hombres, pegándose más que el barro rojo de mil manecitas fuertes.

Se oía claramente el glu-glu del agua que hervía ya.

El viejo se volvió, miró a uno de aquellos hombres y ordenó:

—Mayía, atienda el agua. Háganos un cafecito, que el amigo está muy entripado y no es bueno que se acueste asina.

José vio la cara de aquel que se levantó a ver el agua. Se le conocía el miedo: parecía hurgar con los ojos, a un mismo tiempo, en todos los lugares de la cocina.

—Lo que pasa —dijo el viejo inesperadamente— es que ahí sale el difunto Frosito, al que mataron en los tiempos de Perico Lazala. Asigún me contaba el viejo Félix, fueron unos criminales del Sur, dizque pa' robarle el caballo.

—¡Yo no lo vide! —aseguró violentamente José.

—Ni falta que hace, amigo —cortó el viejo—. Por aquí lo hemos visto nada más dos o tres, y no hemos quedado con ganas de verlo. Créalo...

José se sentía muy delgado, muy capaz de ser roto por cualquier débil cosa: una ramita, por ejemplo. El viejo estaba sentado ahí, en el suelo, mirando la puerta y con la mano clavada, como si fuera para eternamente, en el cachimbo. Pero el viejo volvió su mirada clara, casi azul, sobre José y dejó oír estas palabras, dichas con serenidad y claridad.

—Dos veces lo vide y dos veces me ha ojiado el animal; pero un hijo de mi compadre Chemo que diba a pie murió ojiado por él. Asina que le agradezco haberse conformado con el caballo, porque si no...

—Pero... ¿y eso?

José hizo la pregunta nervioso. No comprendía si se estaban burlando de él. No se sentía. Todas las cosas eran claras como agua de río limpio. Estos hombres, estos hombres... ¿No sería acaso una pesadilla?

—Vea...

El viejo le miraba fijamente ahora. Había empezado a hablar. Desde atrás del fogón, los ojos del muchacho que atendía al café pendían del viejo.

—Ojea a los que van sin montura porque cree que son los criminales, y a los que van a caballo porque dizque cree que todos los que pasan son el de él.

El hombre moreno que le abrió la puerta musitó:

—Jesús, Ave María Purísima...

José Veras no sentía ya la ropa secarse sobre su cuerpo.

Serían las diez. Comenzaba a subir una cuesta de tierra que no era roja ni negra ni amarilla. Lucero levantaba las patas pesadamente y José Veras se daba cuenta de ello. Tenía la boca amarga y cerrada a disgusto. Los ojos buscaban

cuidadosamente cada piedra, cada tocón del camino, para apartar el animal. Le molestaba el sol, no por él, sino por Lucero.

Y allá, a media cuesta, Lucero se detuvo, trató de volver la cabeza, bajó el pescuezo de pronto y cayó golpeando el camino con sus rodillas lustrosas y finas.

José pretendió hacer algo. Quitó de pronto la silla al animal, le tiró de las orejas, quiso abrirle la boca.

Los ojos luminosos de Lucero le miraban desde una lejanía indecible, muy tristes.

José lo vio después, con sus patas temblorosas, blanqueando la mirada, estirarse y resoplar con trabajo.

No quería llorar, pero le asomaban las lágrimas a los ojos. Esperó. Esperó. Cargó luego con la silla y se fue. Al atardecer llamó a la puerta, miró fijamente al hombre moreno que le había abierto la noche anterior, y dijo:

—Guárdeme esta silla aquí, amigo. Entréguesela a cualquiera que vaya pa' los lados de casa.

El hombre moreno le vio irse. Pero no pensó que José Veras iba a esperar la noche sentado al lado de las tres cruces y que a la hora de las ánimas iba a atronar el monte con su vozarrón:

—¡Yo estoy aquí, carajo! ¡Salme, muerto! ¡Salme, Frosito, pa' que me hagas mal de ojo a mí también! ¡Sal, pendejo...!

Era media tarde. Su compadre le vio casi al llegar. Venía a pie. Nada comprendió y sólo atinó a preguntar:

—Adiós... ¿y Lucero?

—Lo ojieron, compadre —dijo una voz rota.

Tuvo miedo de que José Veras rompiera a llorar: había demasiado dolor en su voz.

Pero José Veras se irguió, volvió rápidamente el rostro y clavó en la loma una mirada más dura y asesina que una bala.

LO MEJOR

Por la tierra seca y dorada de la enramada empezaban a entrar lenguas de agua.

Tilo tenía los ojos entrecerrados y sentía sueño. A ratos el caballo movía una pata. Estaría también soñoliento.

El otro metió mano en un bolsillo, sacó cachimbo y vejiga, llenó el primero y se dispuso a fumar. Antes dijo:

—Yo voy a dar una chupadita, compadre.

Tilo veía ahora el agua caer por el alero de la enramada. Sentía ganas de tirarse del caballo y echarse en el suelo; pero ese polvo dorado se pegaba mucho a la ropa.

—Se me hace que no escampa hoy —dijo como para sí—. Yo estoy pensando en seguir.

—¡Ah hombre mal agradecido! —comentó el otro.

Tilo lo miró. El rostro de su compañero enrojeció al resplandor del fósforo con que encendía el cachimbo. Sobre la silla había cruzado el paraguas y afincaba los pies en los estribos. Soltó una bocanada de humo espeso que le envolvió momentáneamente; después sujetó el cachimbo, lo enderezó y dijo:

—¡Dizque queriendo mojarse con tan buen techo! —indicaba con los ojos las yaguas de la enramada.

Tilo veía cómo los hilos grises de la lluvia se estrechaban hasta cubrir las palmas mohinas.

—Apure su caballo, que la noche está aquí —aconsejó Tilo.

El compadre clavó su montura. Era un rucio careto, natural, largo. Se apareó con el melao de Tilo a poco andar. Su compadre llevaba la mano izquierda apoyada en la pierna y la rienda alta en la derecha.

—Asunte —dijo—. Este trotecito es el de los caminos largos. Manque sea dudoso se llega más pronto.

—Pero es que yo tengo hambre —objetó Tilo.

—Asujétesela. Horita estamos en el fundo de Sico.

Tilo alargó la mirada y le pareció ver el camino rojo subiéndolo, extenuado. Podría muy bien no ser más que una barranca... Pero estaba intrigado. Se alzó sobre los estribos, extendió el brazo y señaló:

—¿Qué es aquello?

—Rancho Arriba —inició el otro.

El compadre seguía con la mano en el muslo. Llevaba la cabeza baja y el caballo parecía un arco.

—Debe estar muy resbaloso —aventuró Tilo por decir algo.

—Asigún —dijo el compadre sin alzar la cabeza.

Y cinco o seis pasos más allá:

—Parece que por aquí no ha llovido tanto.

Sin dar explicaciones clavó su caballo, tiró de la rienda y quedó inmóvil, atravesado en el camino real. Tilo le vio llevar una mano atrás; en la mano vino luego la botella.

—Dése un trago —ordenó alargándosela.

Tilo sintió el ardor en la garganta, escupió y comentó:

—¡Concho!

El otro adelantó dos pasos, pegó el anca de su montura a la cabeza de la de Tilo y, en voz muy baja, dijo:

—Vamos a esperar la noche ahí.

Su índice derecho señalaba el monte tupido. Tilo tuvo ganas de protestar, pero le ahogaban los ojos del compadre.

La noche era cálida y pesada. Tilo no podía verse las manos. Oía el resoplar de su caballo y a veces lo sentía doblarse

buscando mejor trillo. Le parecía estar metido en un horno oscuro o en un vientre inmenso. A ratos se llevaba la mano al revólver, lo acomodaba algo, metía dedo en el gatillo: eso le hacía sentirse más fuerte.

En su imaginación veía claramente a su compadre doblado, empeñado en mirar de lado, con los ojos negrísimos flotando sobre el barro. El caballo sería un arco, acaso...

La voz, así, sin esperarla, le impresionó como si fuera sacrilegio:

—Haga lo menos ruido posible porque en la subida vive un hombre medio peligroso. Ni an me acordaba ya.

Sintió el rucio apresurarse un poco y la voz sonó más cerca, casi soplándole:

—Si usted no me pregunta cómo se llamaba la cuesta, hago tamaña caballá.

No habló más. Tilo tenía ganas de quejarse por el hambre o por cualquier cosa. Era igual. Podía también decir que sentía retorcimiento en las costillas.

La noche se los tragaba, se los tragaba. Tal vez no, porque ellos estaban mejor. Pero lo cierto era que se sentían partes de lo negro.

Tilo no se explicaba cómo su compadre pudo dar con el bohío, porque también el bohío estaba perdido en el vientre oscuro.

El compadre arrimó el caballo bajo el alero. Fue entonces cuando la montura suya quiso saltar, atenaceado el oído por ese ladrido seco. Luego oyó el gruñir sordo del perro. El rucio pateaba y bajaba el pescuezo.

Tres golpes suaves se pegaron a las tablas de la pared. Adentro hubo rumor de gente que se movía. Después la voz de su compadre se enredó a la noche:

—Sico... Soy yo...

Por las rendijas vino luz. Tilo adivinaba un hombre que se vestía. Tal vez tuviera sueño aún.

Él sentía frío. Su compañero debía tener los ojos reventones. Poco a poco, sin quererlo, calentó la culata del revólver con sus dedos nerviosos.

¡Al fin! La aldaba sonó. Se comprendía que Sico abría la puerta con precauciones. Después, muy lentamente, un cuadro de luz se fue haciendo ancho hasta alumbrar las patas enlodadas del rucio.

El compadre se atravesó en la puerta. Sólo veía su sombra, Brillante en los contornos. Oyó a Sico decir:

—Creía que no diba a llegar. Bájese y dentre.

Tenía la jumiadora en una mano, a la altura de la cabeza, y todo un lado de la cara rojo. El brazo derecho de su compadre enlazó el tronco de Sico. Al apearse sintió como que nunca tocaría tierra con sus pies. El suelo era blando y pegajoso.

Su compadre dijo:

—Alevante a su mujer, Sico. Mi compadre se está muriendo de hambre.

Entonces Sico le miró. La jumiadora estaba en los dos ojos de Sico, al fondo. Alargó la mano y sintió unos dedos fuertes apretujándosele.

Hablaron largo, pero Tilo apenas ponía caso. Sentía sueño y hambre; mejor sueño que hambre. El compadre servía ron y manoteaba; su voz era apagada hasta lo increíble. También en sus ojos negrísimos estaba la jumiadora. Tilo lo veía mejor ahora: enjuto, trigueño; el bigote ralo, caído; la boca fina y torcida, por el cachimbo, tal vez. Afinó la mirada cuando Sico dijo:

—El viejo Nano es gobiernista y no se puede contar con naiden mientras esté aquí.

El compadre sirvió otro trago. Tilo le veía algo raro en la frente. Hubo un momento en que el hombre tuvo intención de blasfemar; se comprendió. Sin embargo, se contentó con golpear la mesa con los nudillos.

—Bueno —dijo al rato, lentamente—, pero nosotros no vamos a fracasar por un viejo.

—Yo creo —aventuró Sico sin levantar los ojos.

Tilo sintió algo rozarle la pierna. El perro estaba ahí; era berrendo y grande. Después oyó la mujer trajinar en la cocina. El hambre seguía rascándole la garganta.

Su compañero se dobló. Ahora la jumiadora le alumbraba apenas la nariz. Alargó una mano, tocó la pierna de Sico y silabeó:

—Acuche...

Tornó a enderezarse, sirvió más ron, escupió y prosiguió:

—Usté sabe cómo están las cosas. Si no tumbamos al gobierno el gobierno acaba con nosotros.

Sico asintió con un movimiento de cabeza. Dijo:

—Ahora es.

—¿El viejo Nano vive todavía en Los Prietos? —preguntó su compadre.

—Todavía —confirmó.

Tilo sintió un relente frío en la espalda. Sico se puso en pie, al tiempo de decir:

—Déjeme atender a la montura.

Pero el otro le sujetó un brazo y ordenó:

—No desensille el mío, que tengo necesidá de dar una salidita.

Sico se volvió; parecía muy asustado y abría la boca.

—Asunte —recomendó—. No trate de conquistar al viejo Nano, porque le puede costar caro.

—No es eso —dijo el compañero moviendo la mano.

Tilo se levantó desde el fondo espeso de su sueño.

—Saldrá después que comamos, compadre —dijo.

—Claro... —aseguró el otro.

Cruzó las piernas, sacó cachimbo y vejiga, llenó el primero y se dio a encenderlo con la luz roja y gruesa de la jumiadora.

Estaba en el catre, acurrucado, friolento. Pensaba en su compadre y le parecía oírle llegar. Sico era hombre simpático. El camino, su caballo. Había un montón de cosas en el cerebro de Tilo. Hasta la mujer de Sico, y su sancocho. ¡Buena yuca!

Raro, pero el sueño parecía estacionado. Lo sentía, sí; pero sin la pesadez de antes. Quizá fuera el hambre, más que otra cosa.

Inesperadamente aquello. Indudablemente eran tiros. Uno, dos, tres. Nada más. Los tiros serían, acaso, fosforitos en el vientre negro e inmenso de la noche. Alargó el pescuezo y esperó. Tenía frío, mucho frío.

Le pareció, al rato, que venía alguien a caballo.

Cierto; ahí estaba. Sintió cómo una persona trataba de abrir el portón. Después las pisadas sonaron en el patio. El que fuera desmontó. Cuatro, cinco minutos. Había ruido de estribos y hebillas. Desensillaba, de seguro. Oyó claramente el manotazo dado en el anca del caballo. Luego el cuidado, al andar, de alguien. Una aldaba se dejó caer, pero apenas rompía la masa espesa de la noche. Ahora, ya en la habitación, las espuelas sonaban con desparpajo. Él tenía la mano agarrotada sobre la culata del revólver. La voz le jamaquió:

—Que duerma con Dios, compadre.

Sintió los nervios aflojar. Lo último fue el crujir del catre bajo el cuerpo enjuto y trigueño.

Tilo comprendió entonces, y tuvo ganas de rezar por el alma de don Nano, que a esa hora debía estar muy lejos.

SAN ANDRÉS

Toda la tarde anterior la pasó Guarín hablando de lo mismo: el gallo gallino.

—Yo quisiera echarlo con el canelito de Toño —le decía a Yoyo—. Dende que asomó por el cascarón sabía yo que se diba a dar legítimo ese gallino. Figúrese, encastado por mí.

Se quedó un rato pensativo y dijo, mientras miraba la puerta.

—Lo malo está en que gane la pinta negra. Yo no le juego a la pinta ganadora, compai Yoyo.

Y al otro día, desde el amanecer, empezó a prepararse. Se vistió como lo pedía la solemnidad: saco de casimir negro, pantalón de dril, polainas resacas, zapatos amarillos, camisa blanca y sombrero “panza de burro”. El potro, reluciente a fuerza de aceite de coco y de aguacate, tenía nerviosidad de muchacha que espera novio. Guarín se terció el Colt, signo de su autoridad como alcalde pedáneo, y montó de un salto, sin poner pie en estribo. Ya así, pensó poner su gallo en una funda, pero le pareció después que el trayecto era muy corto.

—¡Eloísa! —llamó—. Páseme el pollo y no se olvide de la vela del difunto.

Clavó. Las patas del animal parecieron deshacer un dibujo del camino.

—¡Tráigame dulces, taita! —gritó Nandito al tiempo de despedirse el sol, en el recodo, de las ancas del potro.

El día era digno de noviembre. Una brisa fresca y suave bajaba de las lomas y doblaba la yerba páez. De allá arriba bajaban unas manchas blancas. Las muchachas, de seguro, que venían a la fiesta. En el alambre de una cerca un pollo jabao batió las alas, como satisfecho, y cantó con claridad y fuerza.

—Buena seña —se dijo Guarín optimista cuando vio su gallo erizar las plumas del pescuezo para contestar al jabao.

Ahora le hacía falta el compadre Andrés Segura. Venía, hasta cinco antes, todos los años a su lado, sonreído y feliz. Nadie gozaba estas peleas como el difunto. Se armó de pleito, una Nochebuena, y lo abalearon.

—Compadre —recomendaba en su último día—, sólo le pido que me prenda una vela todos los San Andrés; si no, le salgo y le hago perder su gallo.

Él pretendía consolarle:

—No se apure, compadre. Yo tengo tres plomos en el cuerpo y estoy buenesinigo y sano. Total, esto es una caballaíta. Pa' el otro santo suyo está usted en la gallera, como en todos.

Pero Guarín sabía que estaba hablando mentira: era un balazo noble el que tenía su compadre. Amaneciendo el día veinticinco dobló un poco la cabeza, se esforzó en sonreír, palideció, perfiló la nariz y se fue al otro mundo.

Todos los años, en San Andrés, se quemaban velas en su casa por el descanso de su compadre.

Estaba ganando la pinta clara. El primero fue un jabao de su cuñado Fernando, que mató en la segunda picada. Y siguió la clara arriba. A menos que no cambiara en la tarde... Porque Guarín acostumbraba pelear sus gallos a última hora, para coronar bien el día.

Como a las cinco consiguió casarlo. Le presentaron un girito que salía con el suyo hasta en la medida de las espuelas; ni que pesarlos hubo. Su rival era un desconocido. Claro que

pudo haber conseguido otro desde temprano, pero él no se tiraba con ningún buen amigo. Y eso, que Fello le mandó un canelo por trasmano.

—Lo que es dende hoy en adelante, a mi compai Fello le ando con cuidado, Rogelio. Dizque tirándose conmigo. ¿Usted ha visto?

Soltaron los gallos, por fin. En la primera picada el de Guarín levantó bien. Se conoció que acabaría matando. La voz del dueño se alzó sobre el griterío que llenaba, desde la gallera, todo el poblado.

—¡Doy veinte a cinco a mi gallo! ¡Vente a cinco!

—Pago —contestó tranquilamente el del giro.

El gallino picó y cortó al vuelo, en el pescuezo.

—¡Doy treinta a cinco! —vociferó Guarín entusiasmado.

—Pago —volvió a decir el otro.

Medio atontado por el golpe, el girito se detuvo y aguantó nuevo tiro de su rival; mas de súbito emprendió carrera, como tratando de cansar al matón.

La valla del gallino alborotó de un modo inaudito. En lo mejor de esta explosión de entusiasmo, el gallo perdido se detuvo, clavó su pico en el pescuezo del perseguidor y lanzó un espolazo que, atravesando un ojo del otro, le vació interiormente el opuesto. Enloquecido, el gallino dio vueltas tirando picotazos al aire. Tuvo como una heroica lucidez: batió las alas, cantó con voz débil y cayó sobre el lado derecho, sacudido por temblores.

Guarín, sin decir palabra bajó a la arena, envolvió su gallo en una mirada de dolor y comenzó a pagar las apuestas. Luego se echó al brazo su pupilo muerto y salió de la gallera con la garganta seca.

No sabía cómo caminaba ni se explicó por qué había entrado a la pulpería. Ya en ella pidió, sin alzar la vista.

—Póngame un trago de a rial oro, don Antonio.

Lo tomó de un solo golpe, pegó en el mostrador con el fondo del vaso y tornó a pedir:

—Écheme otro de la misma medida.

Bebiendo estaba cuando llegó Fello.

—Arrepare en esto, Guarín —recomendó—: el hombre del giro vino nada más que a ganarle, porque naiden lo ha visto dende la pelea.

—No converse caballá —escupió él—. Acompáñeme a un trago.

Y dirigiéndose al pulpero:

—¡Ponga dos de a medio oro, don Antonio!

En el estrecho espacio que dejaba el mostrador, Guarín pretendía caminar, pero tambaleaba. En lo alto, hacia el Oeste, el crepúsculo venía a lomos de burro cansado. Los hombres y las mujeres estaban regados por el pobladito y de rato en rato salían grupos a los que acompañaban ladridos.

Guarín estaba solo en la pulpería; el gallino, frío, dejaba caer el pescuezo por el brazo de su dueño, que no quería deshacerse de él. Hablaba, mas las palabras se le enredaban en la lengua.

—Don Antonio, póngame dos tragos dobles —dijo trabajosamente.

Y como el pulpero trajera un vaso, explicó:

—No, viejo; no. Yo quiero dos tragos en dos vasos.

Don Antonio le miró asombrado. ¿Para quién era el otro servicio?

—Bueno —asintió—. Como usted quiera, Guarín; pero sepa que no bebo.

—No es pa' usted, compai —replicó—. No es pa' usted. Ese otro se lo va a beber el difunto Andrés Segura, que hoy es día de su santo.

Guarín no terminaba de decir esto cuando apareció en la puerta, hacia su espalda, el desconocido dueño del giro que

ganó la pelea. Entró sin hacer ruido, echó mano al vaso y se bebió el ron de un sorbo; puso su diestra sobre el hombro de Guarín muerto de asombro, y dijo:

—Dios se lo pagará, compadre; la culpa fue de su mujer, que no prendió la vela.

Al bajar la puerta, desapareció. Guarín se tiró afuera sin comprender lo que sucedía. Llegó hasta la esquina, mudo y sintiendo que la cabeza se le iba, pero en ninguna parte vio sombra de persona. Mas cuando quiso volver a la pulpería, el gallino muerto se estremeció, levantó el pescuezo y rompió los tímpanos de Guarín con un canto sonoro.

LA NEGACIÓN

Viendo a José Dolores se recibe la impresión de que vivió caminando: hay en todo él como polvo de camino. Sus ojos parecen devolver paisajes. José Dolores habla y uno evoca a la abuela, cuando registraba baúles.

—Éste fue mi primer traje largo —dejaba oír la vieja.

Y así él. Arrinconados por ahí, en su cerebro, tiene los recuerdos.

Ahora se entretiene en cortar andullo; va sacando finísimas rajitas que luego deshace entre las manos.

—En mi tiempo no había carretera —dice—. Por eso no me acostumbro. Dende que se me estiricó el bayo juré no andar más que con esto —y señala los pies.

Sonríe. Tiene una alegría de hombre sano, acostumbrado al bien y cargado de conformidad.

Por la puerta se ven las cosas como alambradas: la lluvia es recia, sonora.

Dos pequeños desgranar el maíz. En la sombra de un rincón se adivina la silla de montar.

—Con Dios por delante —proyecta su huésped— entre unos diítas siembro todo ese limpio que usted vido antes de llegar. El maíz es degallao.

José Dolores piensa que Eufemio también estará preparando la siembra. Tendrá un conuco para los víveres de la

casa. Él recuerda haberle dejado buena tierra recién lista para frijol. ¡Las cosechas que habrá hecho en tanto tiempo!

Se alegra de pensar en el hijo; su contento es tal que le salta por los ojos. En este momento, por ejemplo, se siente capaz de seguir su camino, a pesar de la lluvia y de la noche que se le viene encima.

Eufemio debe estar ajembrado. Quizá tenga algún hijo. ¡Quién sabe!

El roce de las mazorcas hace dúo a la lluvia: rass rass...

José Dolores siente olor de cocina.

—Es Cunda —explica el huésped—; no le gusta que la gente pase hambre.

Él empieza a sonreír. ¡Grata vida ésta! De pronto entra un pequeño, chorreando agua y morado de frío.

—Ese becerro condenado no aparece —rezonga.

El más chiquitín lo mira y sonrío.

José Dolores se esponja. La palizada se esconde en la lluvia. Las mazorcas prosiguen su dúo: rass rass...

Cabeceaba el día un sueño cuando se le entró cuerpo adentro la locura. Eso es; locura. Corrió, corrió. La casa, el jardinillo, los mangos detrás; todo lo vio como en derrumbe. Se ahogaba. No supo cuándo saltó la tranca. Aquel perro bermejo que empezó a ladrar... Locura, eso es: locura.

—¡Ufemio! ¡Ufemio!

¡Qué alegría, qué alegría! ¡Había llegado! ¡Y tantos años! ¡Tantos!

—¡Ufemio! ¡Ufemio! —gritó de nuevo.

Fue mujer quien contestó. Apareció en la puerta del bohío, secándose las manos con un trapo listado. La voz era lenta:

—¿Qué quiere usted?

—¿No vive aquí Ufemio, doña?

—Para servirle.

A poco más grita. ¡Qué contento, Dios; qué contento!

—Es que yo soy su taita —dijo.

—¿José Dolores? —preguntó ella asombrada.

Casi no la oyó porque se le iba la cabeza. Hubiera querido meterse por el bohío, corriendo, corriendo; ver todo con aquellos ojos que le saltaban de alegría; abrazar a la mujer, y la casa y el perro.

—Dios te bendiga, hija —logró decir.

Y terminó:

—Porque tú eres su mujer. Segurito...

Entró. El perro bermejo estaba echado a la puerta. Tenía la cabeza entre las piernas y comenzó a gruñir.

Cuando él vio aparecer aquel pequeño por la puerta del patio sintió un vuelco en el corazón. ¡Si tenía su misma cara!

Corrió y lo alzó en brazos.

—¿Cómo te llamas, lindura?

El niño no quiso contestar; le azoraba ese hombre.

—Es tu agüelo, Lolito —terció la mujer.

—¿Le pusieron como a mí?

Las lágrimas le caían en abundancia. No quería conterlas porque se sentía feliz llorando. La mujer le miró, le miró y prefirió irse. Volvió al rato: el viejo acariciaba al niño y sonreía.

—Usté me va a esperar un chin, taita, en lo que le preparo algo —dijo.

José Dolores puso al nieto en las piernas:

—Agüelo te va a comprar un potriquito —decía—; y si te portas bien te va a llevar al pueblo.

La mujer tornó a poco trayendo plátanos humeantes. Él quería partir su comida con Lolito y sólo tenía ojos para mirarle.

Fue al cabo de un rato cuando preguntó por Eufemio. El alma se le quedó en un hilo al ver la nuera secándose una lágrima.

—¿Muerto? —preguntó angustiado.

La contestación tardó; tal vez no tanto como le pareció a José Dolores.

—Preso.

—¿Preso?

Sobre la rodilla, la mano se le hizo una mueca.

—¿Por qué?

Lolito los miraba como tratando de no oír. El perro bermejo lanzaba dentelladas cazando moscas.

—Robó —dijo ella al fin.

El sol se metió por las rendijas y le encontró listo. Lo único que le hacía extraño era el brillo de los ojos. Se llegó hasta el patio y llamó a la mujer.

—Quiero que me dispense, doña —rogó—. Tenía hambre y sueño y por eso hablé embuste.

Ella no abrió la boca, pero la interrogación se le leía en los ojos.

—Es que yo no soy el taita de Ufemio —explicó.

No esperó. Miró, al pasar, a Lolito. Quiso detenerse; sin embargo, tuvo fuerzas para saltar la tranca con agilidad. Ni siquiera volvió la cara antes de tragárselo el recodo.

CAMINO REAL

Cuando terminó la cosecha de tabaco, con la perspectiva de tiempo de agua por delante, decidí ir hacia otra tierra en busca de trabajo. En el camino de Los Higos me alcanzó un hombre que andaba de prisa. Llevaba machete al cinto, una hama-ca doblada al hombro y otro pequeño bulto rojo en la mano derecha. Vestía pantalones azules y muy estrechos, camisa amarilla, sombrero de cana. Me saludó en voz baja y siguió; pero a pocos metros se detuvo.

—¿Usted sabe si por aquí habrá finca? —preguntó.

—Yo ando en lo mismo —dije.

La cara era como de madera joven: la nariz fina y recta; abajo se le rompía la piel en carnosa boca; arriba le salía el sol tras unos ojos negros, bajo cejas abundantes.

En el modo de pararse, en la voz; en la firmeza con que miraba, en el entrecejo alto: en todo aquel hombre había algo atractivo y gallardo.

No caminó sino que esperó a que yo estuviera cerca para decir:

—Deberíamos andar juntos...

—¡Claro! —dije.

Y ya fuimos dos voces y cuatro pies para pelear aquel camino tan indiferente y tan retorcido.

En estas acogedoras tierras, nuestros dos hombres hacen amistad muy pronto, porque nadie desconfía de los demás. Una persona puede ser mala en el Este y buena en el Sur; puede haber muerto otra en la Frontera y salvar una vida en el Cibao. Hay tonterías de gran importancia para decidir: los tragos, una mujer, groserías dichas en momentos de ira: he aquí las causas por las que un hombre mata. Aquí, en el Cibao, dos cosas deshonoran: robar o soportar una injuria.

Aquel hombre me había dicho, como quien tira palabras sobre el camino, que se llamaba Floro y que venía de Tavera. Quería ver tierra, según él. Después, sin regateos, bajo una jabilla, abrió su bulto rojo y me tendió casabe y carne salada. No sabía quién era yo ni le importaba. Probablemente esa misma tarde, a ser necesario, hubiera dado gustoso la vida por defender la mía.

—Todos nosotros semos hermanos en este mundo —dijo mientras comía.

En la noche (sobre nosotros la media herradura del cuarto creciente) dormimos bajo un caimito. Yo estuve buen rato observando el ir y venir de los cocuyos entre los árboles, bajo las negras enaguas del monte que parecía tragarse el camino real. Floro no quiso tender su hamaca “porque yo no tenía”. Su machete durmió desnudo y en el filo se hacía menudita la alta luna.

Floro y yo vimos, el segundo día de caminata, el techo alto de una casa. Era de zinc y las palmeras casi lo cubrían. Todavía tuvimos que andar bastante para ver la cerca. El potrero extenso, de un constante color verde, con algún que otro higüero parido y alguna que otra palma real; las manchas de las reses, berrendas, blancas, pintas, negras; la yerba de guinea subiendo un cerro, como gruesa e inmensa alfombra; la vivienda, sobre pivotes que debían ser troncos de hoja-ancha; la portada de viraje; el limpio de frente a la casa; la laguna que

se peleaba con el sol, cerca de la entrada; los patos y las gallinas y hasta los pavos que vimos cruzar durante el rato que estuvimos detenidos; todo nos indicaba que estábamos en sitio donde podíamos encontrar trabajo. Floro me dijo:

—Compai, aquí hallamos.

Abrió la puerta y tomó la ancha avenida. Yo me entretuve en poner la tranca y le vi, doblado pero ágil, alto, fino y dispuesto. Un maldito perro negro se plantó allá, frente a los escalones de la casa, enseñó los blancos dientes y ladró como loco; pero Floro no acertó el paso: quería entrar y le importaba poco el perro.

Yo observaba la galería de la casa y vi salir un hombre alto y ancho de hombros, que apoyó ambas manos en la pasarela; estaba vestido con pantalón negro y camisa blanca; tenía además la cabeza cubierta de sombrero oscuro. Al pronto me pareció criollo, porque su color era quemado como el de casi todos los de esta tierra de sol, pero cuando habló, por el tono de la voz, por no sé que altivez al llamar, pensé que era extranjero.

—¡Pirata! ¡Quieto! —tronó.

El perro movió el rabo, dejó de ladrar, volvió la cabeza para ver al dueño y entró humildemente bajo la casa.

Floro se descubrió. Tenía un porte gallardo y atractivo.

—Saludo —dejó oír.

Y yo, cuando estuve cerca, agregué:

—Saludo.

El señor alto entrecerró los ojos y levantó el labio superior. Noté que tenía las cejas casi blancas y muy apretadas.

—Buen día —respondió.

E inmediatamente después:

—¿Qué se les ofrece? Están en su casa.

Floro dejó su bulto rojo sobre un escalón y movió el cuerpo en media vuelta para deshacerse de la hamaca. Subió luego con desparpajo, como si la casa fuera suya.

—Nosotros quisiéramos un trabajito —dijo cuando estuvo frente al señor.

El extranjero volvió a entrecerrar los ojos, observó detenidamente a Floro.

—¿Un trabajito? —preguntó.

—Cualquiera —observé yo.

Entonces se volvió a mí, hizo lo mismo que con Floro y apoyó el codo derecho en la pasarela de la galería.

—¿De dónde son ustedes? —preguntó de improviso.

Floro dijo:

—Yo soy de Tavera y mi amigo de La Vega; pero él viene de la vuelta de Santiago.

—¿De Tavera? —el señor parecía dudar—. ¿De Tavera? Sí —añadió, como quien se contesta a sí mismo—. Allá tengo buenos amigos: los Núñez.

Floro amplió:

—Con los Núñez estoy yo emparentado.

—Bien, bien —aprobó el señor.

Y a seguidas:

—Sí, tengo trabajo. Quiero que mis peones se ocupen en una cosa cada uno. Me hacen falta un ordeñador y alguien que entienda de caballos.

Él no nos miraba ahora. Hablaba como para sí.

—Vea —observó Floro—. Estamos bien porque yo de caballo entiendo mi chin.

—¿Doma? —preguntó el otro.

—¿Yo? Yo le amanso hasta al Enemigo Malo.

El señor se movió, como para entrar.

—Hay que suponer que usted ordeña —dijo mirándome.

—¡Claro! —Asentí.

Entonces él caminó hasta el extremo de la galería que estaba a su espalda, apoyó ambas manos, como cuando nos

recibió. Yo le veía la ancha espalda y admiraba su buena camisa blanca. Usaba pantuflas de cuero amarillo.

—¡Selmo! —llamó.

Y una voz contestó:

—¡Ya voy, don Justo!

Un hombre bajito, pero aparentemente fuerte, quemado, con ropa burda de trabajo, ojillos inquietos y negro pelo alborotado, subió a poco los escalones.

—Esta gente trabajará aquí —dijo señalándonos el señor—. Llévalos ahora a la cocina para que coman.

Y sin esperar nuestras gracias ni agregar una sílaba, dio la espalda, entró a la casa y le vi sentarse junto a una mesita que soportaba una increíble carga de libros y periódicos.

El corral estaba bastante lejos de nuestro dormitorio; había que hacer una caminata de casi media hora, por entre el potrero húmedo. Era redondo y amplio, de troncos gruesos superpuestos hasta una altura superior a la de un hombre. De tarde se arreaban las vacas paridas hasta allí. ¡Cómo cansaba andar a saltos entre la yerba cortante, por todo aquel inmenso potrero, buscando las reses que estaban rezagadas, escondidas en esa gran alfombra verde! Después había que apartarlas de sus crías y encerrar éstas en el chiquero, hecho en el mismo corral. Alguna vaca recentina enfurecía cuando le llevaban el ternero y constantemente estaba uno expuesto a una cornada, o a varias.

A la semana yo conocía todas las vacas hábiles para el ordeño por sus nombres: India, Grano de Oro, Graciosa, Caprichosa, Rabo Negro, Lirio Blanco, y ¡tantas más! Y los nombres de los terneros, entre los que muchos se distinguían porque uno tenía la pezuña negra y el otro no; porque uno tenía el rabo grueso y el otro delgado.

Eran bastantes las vacas a ordeñar. A las dos de la mañana estaba yo en pie; y a esa hora, con el muchacho que debía

ayudarme, un trigueñito vivo y callado, tomaba el camino del corral con mi linterna de mano. Siempre, como si hubiera hecho promesa, Liquito, el ayudante venía tras de mí silbando algún merengue.

¡Qué fantástica belleza la del potrero, las noches de luna, cuando sobre las palmeras húmedas de sereno se hacía plata la luz!

Día a día, muchas veces, cuando todavía no había terminado el primer ordeño, se aparecía el señor en su gallardo caballo melao; se arrimaba al corral desde su montura, una mano sobre la otra en el arzón de la silla; preguntaba cómo estaba la faena; se interesaba por saber cuánta leche daba cada vaca. Y si yo le decía que tal o cual estaba herida, se tiraba del animal, venía, me miraba con aquellos ojos entrecerrados, observaba la herida de la res y decía:

—Bien, bien. Creolina.

O prefería callar.

Al amanecer, empezando el sol a hacer cristales en las pencas de las palmeras, venía Silvano con los burros para llevar la leche a la casa. Don Justo veía la operación de la carga, decía alguna maldición si se derramaba algo de líquido y terminaba clavando su melao para ir al último potrero, al otro lado del río, donde Floro cuidaba de los caballos y de los mulos y donde, por no sé qué herencia árabe lejana, don Justo se detenía complacido hasta bien entrado el día, acariciando con mirada y mano enamoradas las ancas de algún bello potro o la crin larga y rizada de alguna yegua parida.

¿Eres tú, hombrecillo de ciudad, quien habla despectivamente del campesino y le llamas entre otras cosas haragán?

¡En el campo trabaja el hombre sin tregua! Yo lo sé por mí, que tenía el día corto siempre, aunque Silvano o Selmo me ayudaran cuando tenía que estampar una res, capar un toro o despuntar un becerro guapetón. Luego, ¿sabes tú lo desamparada, lo pesada que es aquella vida? Si llovizna, empiezan los toros a quejarse con mugidos aterradores; de noche nos come la oscuridad: dondequiera asegura la tradición que aparece un fantasma, los mismos cocuyos asustan, porque “son almas en pena de muertos”; hay alimañas, como la cacata, capaces de poner la vida de un hombre en peligro; no tiene uno diversión, porque trabaja igualmente un día laborable que un domingo, y si juega gallos o va a una fiesta, debe doblar el trabajo luego; de noche grita el campo por boca de los perros condenados; no puede uno chancear con un compañero, que el campesino es susceptible y bravo; no se gana con qué mudar una mujer; a media madrugada hay que vestirse con la ropa sucia y húmeda. Ya soñoliento, cuando los ojos buscan la hamaca, le pesa al hombre doblarse para lavar sus pies. ¿Y si llueve? ¿Has pensado tú, mariquita de ciudad, que gastas paraguas y capa de agua, lo que significa tomar, friolento y cansado, bajo la lluvia fina de la madrugada, sin nada que te abrigue, el camino del potrero? ¿Lo has pensado? ¿Sabes acaso lo que es desatar el nudo de un lazo de majagua que en la noche se hinchó con la lluvia? Hay que prenderse de él con los dientes, porque los dedos entumecidos no tienen fuerza. Si tienes un minuto libre, es para afilar el machete o el cuchillo; después de comida, a tejer la sogá que se está desflecando; antes de cena, a componer el aparejo de tu montura que empezó a romperse; al anocheecer, echar el caballo flaco y viejo, con que arreas las vacas al río, al potrero para que coma. ¿Y lo otro? Ordeñar, curar las reses con gusanos, untarles creolina en las heridas, juntarlas al atardecer para ver si falta alguna, apartar las paridas de las

horras. En esto último nada más se te va un día, mariquita de ciudad. ¡Y eres tú solo, tú solo, tal vez como mucho con un chiquillo que tenga los ojos grandes, sea delgado y vivo y se llame Liquito, tan pequeñín que apenas lo ves sobre el caballo entre la alta yerba de guinea! ¡Tú solo, sin tener con quien charlar, con quien desahogarte! ¡Tú solo en todo aquel campo monstruosamente egoísta! ¡Tú solo, sin un espejo donde verte, siquiera!

¿Y los otros, los que trabajan en las siembras, en el cacao, en el maíz; esos infelices a quienes el amo visita todas las tardes “para ver qué hacen los vagos”? Día a día, ¿sabes?, tumbando, talando, desyerbando para que la maleza no se trague el tabaco; quemando, cortando los racimos de palma y sancochando rulos para los puercos; siempre revueltos entre los platanales, manchados y untados de esa savia pegajosa que deja el plátano: abriendo la mazorca del cacao, fermentando y secando el grano de oro; enloquecidos entre la cogida del café y la siembra del maíz, entre el arreglo de la palizada que se llevó el río y la templada del ya viejo alambre de púas; entre la peligrosa tumba de los cocos de agua y la hachada del viejo árbol seco para leña. ¡Ay, muñequito de ciudad, que en el campo se aprovecha todo y es muy duro el trabajo! ¡Pesa demasiado el hacha, demasiado recia es la tela de fuerte azul con que te hacen la camisa y es sobrada la exigencia del señor que te obliga trabajar doce horas diarias para darte cinco pesos cada día treinta!

¿Y Selmo, que fabrica el queso, echa maíz a las gallinas, atiende a don Justo, le hace sus diligencias en el pueblo, reparte la leche que deben llevar los muchachos a la ciudad, se ocupa en la venta de la leña, barre el frente de la casa, tuesta el café?

¿Y la negra María, la pobre y vieja negra, que hace humear el fogón de madrugada y tiene café colado a las cuatro, como si quisiera brindarle al mismo sol; que cocina en pailas enormes, que lava la sal porque al amo le gusta limpia antes

de molerla, y desgalla el arroz descascarado a pilón, y sala la carne para que no le caigan querezas, y limpia de tierra la papa, la batata, el ñame, la yuca, antes de pelarlos; parte la cuaba con que ha de encender el fogón, astilla la leña rebelde, baja al patio en busca de cilantro; recorre los nidales tras los huevos y va hasta el alambre para conseguir un musú que le sirva de estropajo: ¿y esa pobre negra que cocina para más de veinte hombres, no habla en todo el día, la cerca la noche fregando y tiene todavía que subir a la casa para rezar al amo la letanía, el rosario, la oración y todos los rezos juntos?

¿Y Liquito, trigueñito pequeñín, de cejas negras y finas, de ojos sinceros y asombrados, que no abre la boca porque si hablara empezaría a quejarse para no terminar? Liquito el niño, que recuerda desde cuándo está aquí y sabe muy bien que dejará esto cuando la muerte lo sorprenda; que crecerá acomodándose a esta vida sufrida, sin esperanza de mejorar, sin ambición, sin conciencia.

¿Y Floro? ¡Ah, diablos! Floro está allá, en la humedad, como hongo de camino, metido entre el estiércol de los mulos todo el día con la cal sobre la matadura del animal que se peló cargando leña, que la cal impedirá la culebrilla y con la culebrilla se desgracian las monturas. Floro está allá: medio día para bañar los caballos de silla y cortarles la comida; medio día para tejer sogas, componer angarillas y arreglar árganas; la madrugada para lazar los diez mulos que hoy y mañana y pasado mañana tienen que llevar la carga, sea cacao, leña, leche, cocos, maíz, café, andullos, plátanos, tabaco, naranjas, batatas, yuca; los diez, los veinte, los treinta que han de estar continuamente pisoteando caminos enlodados o caminos secos, bajo la amenaza del fute, cuyos trallazos los enloquecen de terror; los veinte, los treinta mulos que no pueden quejarse y a los que se les da demasiada paga con un poco de cal sobre la matadura y un potrero amplio donde comer cinco o seis días corridos, si no

hay carga. Los mulos de la recua de don Justo, como nosotros, recua infeliz de don Justo o de cualquier otro amo.

¿El campesino? ¿El campesino haragán? ¿El campesino que paga todos los impuestos igual que el rico, que no tiene escuela ni teatro ni luz eléctrica? ¿El campesino a quien reclutan para mandarle a las revoluciones, a la matanza? ¿El campesino a quien el comisario del pueblo quita su caballo “para hacer una diligencia oficial” y se lo devuelve deshecho? ¿El campesino bondadoso, con su casa abierta a todos los caminantes, la mesa puesta a todo hambriento, la hamaca o el catre tendidos a todo soñoliento, la voluntad presta a señalar el buen camino para quien se perdió en las lomas o en la sabana o en el monte? ¿El campesino que trabaja desde antes del sol mañanero hasta más allá del sol de la tarde, sembrando el tabaco para que fume el hombre de ciudad, sembrando el cacao para la golosina o el chocolate, el café para el vicio o la fortaleza, los frijoles y el arroz para la comida; que cría cerdos y vacas y gallinas; que lo produce todo y lo vende por centavos miserables, para enriquecer a los demás, los otros, los echados del templo a latigazos? ¿Es haragán ese hombre?

Nuestro dormitorio era una sola habitación larga, de tablas de palma, sin pintar, techada con yaguas. Tenía tres puertas al Oeste y dos ventanas al Norte. El piso era la misma tierra, alisada por tantas pisadas; los rincones rezumaban humedad y criaban yerbas. Había montones de tusa, higüeros secos, aparejos, sillas de montar, frenos. Las gallinas andaban por ella todo el día, buscando cucarachas y otras alimañas; ensuciaban los dos bancos largos de madera amarilla donde nos sentábamos y hacían sus nidales entre la tusa o en los viejos

aparejos. Las rendijas anchas, por donde nos entraba el sol, estaban cubiertas de telarañas.

Por la mañana se veían las hamacas pegadas a la pared, pequeños bultos de tela azul o amarilla, pero a primanoche empezábamos a desatarlas y colgarlas. Hacia las siete, si no teníamos que desgranar maíz, íbamos a la laguna, cerca de la entrada, nos lavábamos los pies y volvíamos para echarnos cada uno en su hamaca; charlábamos luego un rato, pues que sin ver la cara del otro y con el cachimbo en la boca, descansado ya, es mejor hablar y contar al grupo silencioso algo nuevo para ellos o algo viejo en ellos, aunque lo ignoren.

Entre dos puertas, en la pared que daba al oeste, colgábamos la linterna de mano y su luz roja nos encendía los ojos. En la pared de enfrente se agigantaba cada movimiento de la hamaca o se hacía monstruoso el tamaño del hombre que, de pronto, se incorporaba para ver mejor al hablar. Después, cuando el sueño empezaba a mordernos, íbamos limpiando el cachimbo, golpeándolo contra la palma de la mano zurda, medio doblados en la hamaca, como quien va a tirarse. Luego uno decía:

—Noche.

Y las voces iban gradualmente apagándose; pero siempre se despedía cada quien del grupo con un:

—Que duerman bien...

O

—Hasta mañana.

Hasta que, improviso, alguno preguntaba:

—¿Se puede apagar la luz? Y si alguien contestaba:

—Sí.

O si el silencio se tragaba la pregunta, el que la había hecho se tiraba de su hamaca, levantaba el tubo y soplaba. La noche entraba de pronto, como un murciélago inmenso y silencioso. Acaso Pirata o Boca Negra trataran de romperla a ladridos, en la entrada o bajo el piso de la casa del amo.

Con el tiempo de agua me trajo don Justo un compañero, porque las vacas daban más leche y mi trabajo se hacía largo. Se llamaba Prieto y era indio oscuro, con cejas peladas, nariz ancha, boca gruesa y ojos glaucos. Se le veía, en el pelo castaño, en la disparidad entre su color y sus ojos, entre sus pómulos y sus cabellos, que era hombre endemoniado. Regularmente son bravos y callados estos cibaños que traen encima todas las razas.

Prieto trabajaba mucho y reía más. Tenía unos grandes y blancos dientes de negro que le daban aspecto de hombre fuerte. Rezongaba a menudo, porque el amo no le dejó llevar sus gallos de pelea, “mi único vicio”, como decía él. Don Justo creía que los peones perdían tiempo en atender a sus gallos.

Prieto me tomó pronto gran cariño. Me decía que había dejado su mujer encinta, en Palmarejo, y que andaba “por el mundo” en busca de dinero para el parto. No se explicaba, entre otras cosas, por qué yo era tan cordial con Floro, “un hombre que tiene las cejas tan paradas y que con naide habla”. Poco a poco se me fueron haciendo largos los ratos de ocio; pero comprendía que si el amo llevó a Prieto no fue para aliviarme la faena, sino porque temía que con la abundancia de trabajo, el ordeño terminara tarde y se perdiera leche. Sin embargo, Prieto acabó siendo mi Cirineo y yo llegué a quererle como a hermano menor.

Una lluviosa tarde, después de pensarlo mucho, me atreví hacer lo que durante tanto tiempo fue mi más hondo deseo en la finca.

Cuidadoso de no ensuciar con mis enlodados pies los escalones, subí, la palabra prieta en la garganta y una ligera

liviandad en el pecho; me detuve en la galería y esperé a que don Justo levantara la cabeza y él mismo me empujara a decir qué deseaba.

Estaba en su mecedora amarilla; tenía a su lado la mesita de mármol cargada de libros, revistas y periódicos; entre sus piernas largas y delgadas, cubiertas con pantalones negros, había un libro grande, de canto dorado; la mano oscura de tanto sol acariciaba la página que no tardaría en volver. Don Justo respiró hondo y levantó la cabeza. Era la suya una cara cuadrada, de frente alta y arrugada, de cejas blancas y apretadas, nariz alta y despótica desde el entrecejo, junto al que se escondían los ojillos negros de párpados arrugados, hasta las ventanillas levantadas; tenía la boca fina y ancha, sobre mentón cuadrado, entre la blanca pelambre de la barba. De la quijada al pescuezo le sobraba piel. Probablemente don Justo fuera calvo; yo no puedo decirlo porque nunca le vi destocado, sino siempre con aquel sombrero de fieltro oscuro, bajo el que parecía escondido.

—¡Hola, Juan! —dijo.

Su voz era gruesa y autoritaria, aunque no quisiera. Ese día parecía estar de buen humor. Entrecerró el libro, el índice derecho entre las páginas que leía, y agregó, al tiempo que se estrujaba la cara, como quien tiene la vista cansada, con la mano zurda:

—Descansando, ¿eh?

—Un poco, don Justo —contesté.

Él debió leerme la indecisión en la cara.

—¿Qué te trae? —preguntó.

—Desearía que me prestara algo de leer —dije.

El viejo se llevó la mano izquierda a la rodilla del mismo lado, meció el cuerpo hacia adelante, entrecerró más los ojillos y levantó el labio superior.

—¿Qué leer? —dudó.

Se le veía el asombro en las arrugas de los ojos, en las de la boca, en aquel labio levantado, en la actitud de espera que tenía todo él.

Había una agradable penumbra en la habitación. Yo distinguía bien el pedazo de sala que tenía enfrente; no así los rincones de la izquierda, envueltos en sombras.

Don Justo resopló, hizo un esfuerzo y se puso en pie. Me pareció un poco cargado de espaldas.

—Bien, Juan —dejó oír.

Se acercó a la mesilla, puso en ella el libro, abierto bocabajo, como para no perder la página que había estado leyendo cuando yo le interrumpí, y se volvió a mí. Levantó los brazos y me pareció que iba a apretarse el cinturón.

—¿Qué te gustaría leer? —preguntó de repente.

—Algo importante, don Justo, que enseñe —expliqué.

—¿Que enseñe?

Pero esta última pregunta la hizo en un tono especial, como si al mismo tiempo se estuviera haciendo otra por dentro. Oí como si hubiera alargado demasiado la primera sílaba.

—Sí —dije—. De carácter social o político; algo que no sea novela, por ejemplo.

Repentinamente el viejo alzó la cabeza. Otra vez arrugó el labio superior. Me di cuenta, entonces, de que tenía dientes postizos.

La oscuridad del rincón que yo veía se iba haciendo más espesa y empezaba a invadir el cuadro de luz que entraba por la puerta abierta en cuyo vano estaba yo de pie, con el sombrero de cana entre las manos. Don Justo parecía también una sombra, algo de otro mundo con las lucecillas de sus ojos interrogando, alto, la camisa blanca impecable, los brazos colgantes, las manos oscuras inmóviles junto a las piernas, la cara corroída por la penumbra y la pelamen blanca.

El viejo dio la espalda, respiró fuerte una vez más y pareció buscar algo sobre la mesilla.

—Bien, Juan —dejó oír—. Busca tú mismo. Aquí hay mucho que leer.

Yo no me acordé de que podía ensuciar el piso con mis pies enlodados. La mancha blanca de la camisa se hizo a un lado y las pantuflas de don Justo rasgaron el silencio que yo llevaba dentro.

¡Ah, el asombro de aquella gente cuando, al saludar, tropezaban con el compañero embebido en su lectura! Yo estaba sentado en uno de los largos bancos, bajo la luz roja de la linterna. Por las tres puertas entraba el aire en ráfagas y ululaba en las rendijas de la pared de enfrente. Del potrero venía el viento húmedo. Olía a sal y estiércol el viento.

Los hombres llegaban, duros, callados y mal olientes, con su burda ropa azul, descalzos y enlodados; saludaban, sorprendidos; iban a un rincón, dejaban el colín o la sogá o el aparejo y buscaban asiento en el otro banco. Después desenvainaban el cuchillo que lleva cada campesino a la cintura, sacaban la vejiga de puerco, extraían de ella el andullo y lo picaban cuidadosamente sobre un extremo del banco. Yo adivinaba los ojos prendidos en mí cuando estrujaban el tabaco entre ambas manos, cuando llenaban el cachimbo, cuando guardaban la vejiga. Les veía la cara enrojecer al llevar el fósforo encendido hasta cerca de la boca, para encender mejor. Después ellos, un brazo cruzado sobre el vientre y el otro ocupado en el cachimbo, herméticos y calmosos, se daban a verme.

Oí dos, apoyados a una ventana, quejarse del mal tiempo. Hablaban con voz apagada, pero yo comprendía que hubieran

querido hablar de mí. Las letras me bailaban ante la vista. Me sentía satisfecho y lleno de una gran ternura.

Aquella noche llegó Floro un poco más tarde. No se fijó en mí al entrar, sino que fue derecho hacia el rincón más cercano y tiró un bulto de sogas.

—Me están fuñendo las sanguijuelas —dijo.

Prieto estaba tendiendo su hamaca, el cachimbo a la boca y cubierto todavía con su sombrero de cana. Se volvió como azorado.

—¿Le han caído a usted? —preguntó.

—¿A mí? —Floro parecía malhumorado—. Al melao de don Justo se lo están comiendo.

Selmo cruzó las piernas.

—Jum —observó—. Cuídelo, porque lo quiere más que a la niña de los ojos.

Prieto dijo:

—Dejemos el conversao, que a Juan le molesta.

—Ustedes no molestan —protesté.

Entonces Floro me miró, endureció la vista, arrugó el entrecejo y vino hacia mí.

—Adios, Juan, y ¿qué es eso?

—Leyendo —expliqué.

—¿Leyendo? —dudó—. ¿Usted sabe de letra?

Yo sonreí. Floro estaba de pie ante mí, las manos a la cintura, alto, delgado. La luz de la linterna le enrojecía la cara y escondía sus ojos en sombras. Caminó y se sentó a mi lado.

—Vea —dijo—. Yo hasta había pensado que usted sabía de letra.

Tenía las manos entre las piernas y el cuerpo tirado sobre éstas. Yo observé sus manos largas y ásperas, con gruesas venas de relieve. Se movió y tomó una revista. La acercó a los ojos. Veía las figuras, los grabados. Estuvo así un largo rato; después se levantó, fue hacia su hamaca y la desató.

—Yo daría hasta un brazo por saber un chin —dijo mientras la colgaba.

Y una voz aseguró, allá en la sombra de una ventana:

—Dichoso el que pueda. Ojalá yo y mi alma.

Yo me quise hundir en la lectura, pero me parecía estar caminando sobre barro resbaladizo. Hasta muy tarde tuve en el cráneo, mortificándome como un abejón, esas palabras.

—Ojalá yo y mi alma.

Una noche, la recia lluvia queriendo destrozar el techo de yaguas, estábamos arrinconados unos, los más en sus hamacas, Prieto y Floro mirando grabados de las revistas. Una luz clara y violenta iluminó, a través de las rendijas, nuestra habitación. Selmo se santiguó y murmuró:

—Ave María Purísima.

Yo me quedé mirándole y pregunté:

—¿Por qué has hecho eso, Selmo...?

—Para que la Virgen me libre de los relámpagos —contestó.

Nada dije, pero me atormenté pensando si convenía explicar a esta gente que una tempestad nada tenía que ver con Dios; que eso consistía, sencillamente, en un choque de nubes. ¡Señor! ¿Cómo es posible que los hombres vivan ignorantes de por qué oyen; en la creencia de que todas las cosas vienen de un ser milagroso; de que sus vidas están dispuestas así y no tienen derecho a rebelarse, a pretender una vida mejor?

La lluvia seguía roncando en las yaguas. De rato en rato venía la luz clara, rápida, y sobre nosotros resonaba el trueno. De pronto me mordió la desigualdad, la horrible desigualdad entre estos hombres buenos, trabajadores, sufridos, conformes con su vida miserable, descalzos, hediondos y sucios;

y los otros, retorcidos entre sus lacras morales, codiciosos, fatuos, vacíos, innecesarios; o los menos, los amos autoritarios, rudos y despóticos. Una amargura que venía de muy hondo me subió a los labios, y hablé. Yo no recuerdo qué dije, pero lo que fuera lo hice con calor y sinceridad, porque la gente callaba y me miraba; algunos, acostados ya, levantaron la cabeza y me observaron. Arriba resonaba la lluvia, a veces el relámpago alumbraba y entonces retumbaba el trueno; entre las rendijas mugía el viento. Pero mi voz era más fuerte que la voz de la naturaleza.

Alguien aprobó, aprovechando una pausa mía:

—Asina es, señores.

Yo hablaba. Les decía que en la ciudad los hombres viven con toda comodidad, limpios y tranquilos; que no debían creer en aparecidos, en fantasmas, en brujerías; que sobre nosotros descansaba la carga de todo el país; que la tierra era de todos y para todos y puesto que nosotros la trabajábamos, nuestro debía ser el provecho.

—La única riqueza de la República —explicaba— es su agricultura; si nos negamos a trabajar el país morirá de hambre.

En el calor de mi discurso, cuando me parecía fácil vencerles de qué era un amo, me atajó Selmo.

—Pero don Justo es un buen hombre —dijo.

Y entonces Floro, que había estado callado y me miraba, tronó:

—¡Buen hombre! ¡Carajo!

Prieto agregó:

—A mí no me dejó traer mi gallo.

Y otro dijo:

—Verdá es; mire a ver si nosotros tenemos acordeón pa' divertirnos. Don Justo se ha creído que todos nosotros somos sus hijos.

Yo me sentía molesto y callé. ¡Señor, que los hombres vivan como cerdos y cabritos, ignorantes de sus más elementales derechos!

Me dolía la cabeza de un modo horrible, pero había de seguro alguna parte del cuerpo que me dolía más. Yo no podía localizarla.

Esa noche soñé con millares de hombrecillos, abrumados bajo el peso de enormes fardos; pasaban lejos de mí, doblegados, y apenas les distinguía los rostros estirados por viejos sufrimientos. Yo estaba amarrado con cadenas, en medio de la gran llanura cruzada por aquellos hombrecillos, y no podía desatarme a pesar del violento deseo que tenía de correr y ayudarles.

—¡Idiotas! —grité—. ¡Tirad los fardos!

Y una voz sin entonación salida de todas aquellas bocas, contestó:

—¡Estamos bien así!

Como perdíamos tiempo en la enseñanza, dormíamos dos o tres horas menos. Yo estaba la mitad de ese tiempo enseñándoles las letras, el resto explicándoles mil cosas. Floro conocía ya los veintiocho signos, pero no sabía escribirlos; a Prieto le era difícil señalar la “q”, porque la confundía con la “p”. Nunca, en los años que he vivido, gocé de tanta satisfacción como en aquellos días.

Una mañana, terminado el ordeño, Liquito me llamó para que viera su nombre, hecho a punta de cuchillo en uno de los maderos que formaban el corral. Aquel niño suscitaba en mí una emoción rara, como si en él se encerrara mi esperanza. Los otros tenían mucho lastre, pero él... ¡Quién sabe cuánto podía florecer la semilla que yo sembraba en Liquito!

Pero mi situación se hacía difícil en la finca. Don Justo no me hablaba con la buena voluntad de antes; noté que procuraba esquivar mi conversación; le molestaba a ojos vistas que

le pidiera periódicos y revistas. Una madrugada estaba el viejo como siempre, arrimado desde encima del caballo a la pared del corral; se clareaba el limpio cielo tropical y yo le veía la cara amarillenta y arrugada. Liquito me trajo a Grano de Oro, una vaca mansa, que no necesitaba “maneo” para el ordeño; como quería ganar tiempo, puesto que me quedaban algunas vacas por despachar y otras tantas a Prieto, no le puse la “manea” en las patas traseras. Yo no sé qué demonio raro le entró a Grano de Oro: tiró una patada, cabeceó y dio media vuelta. La lata de leche que estaba a mi lado, hacia mi izquierda, fue volcada por el animal.

—¡Condenado! —rugió don Justo, los ojos brillantes y la barbilla levantada.

Yo le miré y observé después a Prieto. Había levantado el rostro y miraba extrañado a don Justo.

A mí me ardía el pecho y parecía tener una brasa en la boca. Pero me hice el fuerte y nada dije.

Dos días después, en la noche, estábamos sentados Floro y yo a la entrada del dormitorio. Un limpio y estrellado cielo azul nos cobijaba. Por sobre los cerros del Oeste se levantaba la uña cortada de la luna creciente.

Los muchachos habían encendido hogueras en el patio, junto a la puerta del potrero, y nosotros sentíamos el calor pegarnos en el rostro. Floro, mirando el suelo, las manos juntas entre las abiertas piernas, preguntó:

—¿Por qué está usted aquí, Juan?

Yo no hubiera querido contestarle; pero la noche, las estrellas allá arriba, la brisa cargada de olores que doblaba las yerbas en el potrero... ¡qué sé yo cuántas cosas más!, me obligaron.

Hablaba en voz baja, metido en mis recuerdos. Mi voz me sonaba rara, como si una emoción contenida me cerrara la garganta. Yo era, esa noche, como un árbol del camino, las hojas abiertas a todos los vientos, dueño del paisaje; un árbol de esos que se duermen cuando llueve y se rizan al sol mañanero.

Frente a las fogatas cruzaban los muchachos, las saltaban, bailoteaban; las sombras largas, entre resplandores rojos, llegaban a mis pies. Floro tenía los ojos como carbones encendidos y parecía de piedra.

Los compañeros iban llegando, silenciosos y graves; algunos tomaban asiento en los bancos, dentro; otros se ponían en cuclillas, un brazo sujetando el otro y ese ocupado en el cachimbo; pero todos callaban para oírme. La emoción me fue dando calor, más calor que el que de las hogueras nos llegaba. Veía las caras enrojecidas pendientes de mi conversación; sentía la respiración cansada de esos hombres; me aturdían las risas de los muchachos que saltaban las fogatas. Y fui, inconscientemente, alzando la voz, alzándola, hasta que ella fue como el roncar del río desbordado. Lo decía todo, todo lo que había ido la vida amontonando en mí de amargo, de doloroso, de nauseabundo. Todo... Hasta que una voz, quebrada por la cólera, hizo volver las caras azoradas.

—¿Conque el sabio, eh?

Di el frente al que hablaba, como si no fuera yo. No me dolía esa burla, porque estaba muy hundido en mí mismo.

Por la ventana, los ojillos negros brillando en rojo, la cuadrada quijada dislocada por una sonrisa de sarcasmo, estaba don Justo.

—Ya comprendo —agregó— por qué se trabaja ahora a disgusto aquí.

Ni entonces tuve deseos de contestarle. El calor de las hogueras me envolvía. Además, ¡estaba allá arriba un cielo tan limpio, tan limpio, tan estrellado!

Los hombres se levantaron callados, como siempre; pero Prieto quedó allí, en cuclillas, a mis pies, los brazos agarrados; y Floro, la cabeza baja y las manos juntas.

El viejo dio la vuelta. Oía el rac-rac lento de sus pantuflas y, sin alzar la cabeza, vi sus negros pantalones. Llegó a la puerta. Tenía la boca estirada todavía por esa sonrisa sarcástica que tanto daño hacía.

—No trabaje mañana, Juan —dijo.

No contesté, pero me dolió la despedida.

Él se detuvo apenas un segundo, el tiempo justo para decir eso, y siguió en dirección de las hogueras; pero se volvió, ya algo retirado, y remachó:

—Por la mañana le arreglo la cuenta.

Entonces Prieto, poniéndose en pie, preguntó asombrado:

—¿Lo bota?

—Claro —dije.

Floro me miró como quien insulta. No dijo media palabra, pero se incorporó y se fue. Le vi abrir la puerta del potrero. Bajo la luz lunar parecía verde, como la alta yerba en la que se perdió su figura.

Cuando entré vi a Selmo, la cara terrosa y la mirada huida. Liquito también estaba allí y parecía asustado. Yo comprendí que quería llorar.

Para la vida de estos trópicos no hay leyes, o están desorganizadas: tras la noche alta y clara, estrellada y fresca, viene el día ahogado, ronco de lluvia. Aquel que yo debí esperar en el camino real, de espaldas a don Justo, al corral, a Prieto, a Floro, a Liquito, a mi sudor mezclado con estiércol, fue un día en que parecía derrengarse el cielo. Regaba el ventarrón la lluvia en menudas gotas grises, que entraban por las rendijas y rociaban la

habitación. Las nubes lentas, oscuras y pesadas, estaban tan bajas que no tardarían en tocar las cimas de los cerros. En el potrero se doblaba la yerba y las palmas se dormían sobre el paisaje.

Me levanté temprano. Despacio, como si me sobrara tiempo, arreglé mi bulto; dos mudas de ropa, la hamaca que había mandado comprar al pueblo, el machete. Después me senté recostado a la pared del fondo. Por la puerta se me daban las cosas veladas. En el patio había charcas de agua sucia.

Cerca de medio día asomó un rayo de sol por entre las bajas nubes. Todavía teníamos agua, pero no tanta. Yo pensé entonces ver a don Justo; no pude: en aquella finca inmensa y desolada estaba sembrada gran parte de mí mismo. Los potreros se cercan con alambre de púas y la res que quiere escapar deja trozos palpitantes de su carne entre ellas; yo sería tan sólo una res que escapaba.

Los compañeros empezaron a llegar, cubiertos con yaguas o envueltos en sacos de pita para guarecerse de la lluvia. Venían a comer; se arrinconaban, en cuclillas, friolentos, me miraban. Después Selmo, ahogado por aquel silencio tan sembrado de lástima dijo:

—Lo que ha hecho Floro...

Yo oí esa voz apagada. Al rato dijo alguien a quien se le adivinaba el cachimbo en la boca:

—Y vea, don Justo no se lo perdona.

Otra vez el silencio. Pesaban demasiado las nubes sobre nosotros. Yo observaba aquellas caras con el deseo de no olvidarlas después.

De pronto oscureció la habitación. Había alguien a la puerta. Una voz aguardentosa y recia dijo:

—¡Dése preso!

Y vi los ojos enrojecidos de un hombre oscuro, con los labios gruesos y nariz agresiva, prendidos en mí.

—¿Yo? —pregunté.

Entonces asomó la cara de don Justo tras la espalda del hombre oscuro.

—Sí, a ti, a ti, desvergonzado —dijo.

Me clavó las uñas en la hombrera de la camisa; me miró por primera vez, sin arrugar la cara; pero tenía el mentón desencajado por aquella odiosa sonrisa.

Yo agregué retazos de murmuraciones que estallaron en el coro, palabras del viejo y del desconocido que llegó con él: Floro había robado el caballo “melao” de don Justo y me acusaban de complicidad. Pensé, abrumado y lejano, que lo que se perseguía era no pagarme. Entonces me sacó de hondo, como una luz violenta que me deslumbraba, la voz del viejo.

—¡Amarre a ese canalla!

—¿A mí? ¿A mí? —interrogué angustiado.

Me saltaba algo en la cabeza. Había muchos ojos clavados en mí. La gran tierra era de todos. Había que dejarse comer por ella un día.

—¡Que me amarre, si se atreve! —grité.

Entonces oí la voz de Prieto, colérica y sonora:

—¡Juan no es ladrón, carajo!

Pero me llevaron, codo con codo, doblado. El patio estaba resbaloso. Ya en él volví la cara: Liquito se estrujaba los ojos con los puños, sacudido por sollozos; en el rostro de Selmo asomaba una sonrisa fría y dolorosa.

La lluvia gris, que parecía levantarse de la tierra, me envolvía hasta ahogarme, como si hubiera sido una niebla espesa y cálida. Todavía vi, en la ventana de la cocina, los pómulos lustrosos de la negra María suspendidos sobre mí.

Me dejaron en la sala, tirado sobre una silla desvencijada. Por lo que decían entendí que esperaban a Floro. Lo habrían mandado perseguir, de seguro.

Lo trajeron al fin, a la caída de la tarde, amarrado. Levantó la cabeza cuando entró a la medio oscura sala de don Justo. Su mirada era dura y altiva. Nadie hubiera podido resistir aquellos ojos negros, audaces y luminosos. Su cara se había hecho filosa y el perfil cortaba.

—Para qué me procura usted —dijo, más bien que preguntando, ordenando.

Don Justo juntó los labios. Le silbaba la palabra entre ellos.

—¡Ladrón! —exclamó.

—¡Más ladrón es usted!

El viejo levantó sus grandes y quemadas manos. Parecía invocar algún santo.

—¡Canalla!

—¡Mejor cállese! —gritó Floro.

Entonces el hombre oscuro, con los labios apretados, se adelantó, el puño cerrado y el brazo alto.

Mi compañero le miró como si hubiera querido fulminarle.

—¡No me ponga la mano! —rugió.

Pero el hombre oscuro no hizo caso. Yo dejé caer los párpados. A un mismo tiempo me sentí frío y medio asfixiado. Cuando miré de nuevo vi a Floro sacudir la cabeza, tembloroso de ira.

El otro, el que le había traído bajo la fría lluvia, por todo aquel enlodado camino, sonrió.

El viejo habló con voz ronca. Parecía que entraban sonidos por todas las puertas. Yo cerré los ojos y esperé.

La oscuridad avanzaba cansada y se escondía en los rincones de la sala. Oí la voz del viejo.

—Lléveselo —dijo.

Yo pensé:

—¿A cuál de los dos?

Pero a mí me dejaron, y me soltaron, además. Tenía las manos amoratadas, frías, y me dolían los brazos.

Don Justo, sin mirarme la cara, me despachó:

—Váyase a dormir —rezongó.

Y al rato:

—Se irá de aquí mañana.

En la noche, todas las miradas clavadas en mí y conociendo cuánto hubieran dado por poder preguntar algo, pensé que el viejo había tenido miedo de que yo fuera tras Floro en la negra noche. Podría soltarlo; hasta matar al alcalde pedáneo que le llevaba. Y sabe Dios si hubiéramos vuelto a pedirle cuentas a él.

Una lasitud suprema me invadía. Antes de dormir tuve pena por el viejo don Justo, que pensaba tan mal de los demás. Pero no me pregunté por qué había robado Floro.

Al otro día, solo bajo el turbio cielo, con la fe arruinada, salí de aquella casa. Tan sólo la mano negra de la vieja María se sacudió, desde la ventana de la cocina, para decirme adiós. Pirata, el perro que nos ladró a la llegada, llegó conmigo hasta el portón. Vi las palmas adormecerse sobre el paisaje y un pato con su andar inseguro acercarse a la laguna. Después, el camino enlodado, desolado, largo.

Rica y grande es esta tierra cibaëña. Se alza al cielo en la loma, se arrastra en el valle; silba allá el viento entre los recios pinos y desmelenada aquí la palma serena.

Rica y grande tierra ésta. Hay muchos caminos reales, tantos como pies que los busquen. Se hunde el camino entre el follaje, baja a las hondonadas, se enloda en las charcas y en la sabana pelada se tuesta al sol. Crecen a su vera el mango y el cajuil, la guanábana y el caimito, el zapote y el níspero; la ceiba gigante y la jabilla lo ven, desde sus altas ramas, saltar sobre sus raíces.

Somos pocos los hombres que hollamos estos caminos en busca de trabajo, porque son contados los cibaños que no tienen fundo; además, no abundan las grandes fincas. Por eso dos hombres que buscan trabajo pueden encontrarse un día, aunque el Cibao sea grande y rico, aunque hayan estado años sin verse, aunque la cárcel le haya podrido a uno un buen trozo de la vida.

Floro y yo estamos aquí, bajo la jabilla desde la que caen gotas pesadas y sonoras. Ha llovido en la madrugada. Cerca muge el río Jima, que corre raudo y sucio.

Esperamos a que el Jima se calme para cruzarlo. Floro tiene rámpanos en un pie y no quiero que atrape una infección entre las turbias aguas.

El camino está aquí, a nuestra vera; es pedregoso y gris. Baja de pronto y se ahoga en el río.

Yo pienso y bostezo; Floro hace, con el cuchillo, dibujos en la tierra. De pronto habla:

—Vea, Juan —dice.

Señala los dibujos. Leo distintamente: Floro. Y entonces me asalta, como llama voraz y rápida, el recuerdo.

—¿Por qué robaste, Floro? —pregunto de improviso.

Él mira asombrado y calla. De seguro había olvidado aquello. Además, en el Cibao es deshonra robar. Pero, apagadas y lentas, me llenan sus palabras:

—Yo estaba cansado de verlo a usted asína.

—¿A mí? —inquiero.

—Tenía ganas de que usted tuviera cuartos para dirse.

Comprendo. Un nudo me cierra la garganta. Tengo miedo de gritar.

—Usted no es gente de esto, compadre —asegura violentamente, la mano apoyada en una raíz de la alta jabilla.

—¿Yo? —pregunto, por decir algo.

Y entonces, él, como si todavía le pesara haber fracasado, sonríe amargamente y dice:

—Hubiera vendido el caballo en cuarenta pesos. Con eso le sobraba a usted.

—¿Y tú? —dijo.

—A mí naiden me conoce. Contimás que yo había estado en la cárcel una vez que malogré un sinvergüenza.

Él calla. Arriba barre el viento las hojas de la jabilla. Veo el tobillo de Floro hinchado, el rámpano como una cueva. Probablemente fuera el grillo. ¡Y por mí! ¡Por mí! Claro: él se fue por el potrero la misma noche que don Justo me despidió.

Me levanto. Del otro lado del río, por la ladera escarpada, sembrado de piedras menudas y grises, sube el camino cansado. A su lado muge el Jima de aguas raudas y turbias. Pienso:

—Debí tomar otra vía.

Recuerdo la parte norte del Cibao, por donde gime la tierra bajo la locomotora. He visto allá, junto a los raíles largos y paralelos, los restos de alguna potente máquina inglesa ahogada por la yerba, por el monte. El monte cibaño se ha señoreado de la civilización. Nada que no salga del corazón mismo de esta tierra podrá dominarla. Y el corazón del hombre aquí es tan dadivoso y tan fragante como la tierra.

El camino real está a nuestra vera, esperándonos. Otro lado del río sube por la ladera pedregosa. Floro y yo no sabemos adónde vamos.

¡Es tan rico y tan grande este Cibao, y son tantos los caminos que lo cruzan!

DOS PESOS DE AGUA

DOS PESOS DE AGUA

La vieja Remigia sujeta el aparejo, alza la pequeña cara y dice:

—Déle ese rial fuerte a las Ánimas pa' que llueva, Felipa.

Felipa fuma y calla. Al cabo de tanto oír lamentar la sequía levanta los ojos y recorre el cielo con ellos. Claro, amplio y alto, el cielo se muestra sin una mancha. Es de una limpieza desesperante.

—Y no se ve ni an señal de nube —comenta.

Baja entonces la mirada. Los terrenos pardos se agrietan a la distancia. Allá, al pie de la loma, un bohío. La gente que viva en él, y en los otros, y en los más remotos, estará pensando como ella y como la vieja Remigia. ¡Nada de lluvia en una sarta bien larga de meses! Los hombres prenden fuego a los pinos de las lomas; el resplandor de los candelazos chamusca las escasas hojas de los maizales; algunas chispas vuelan como pájaros, dejando estelas luminosas, caen y florecen en incendios enormes: todo para que ascienda el humo a los cielos, para que llueva... Y nada. Nada.

—Nos vamos a acabar, Remigia —dice.

La vieja comenta:

—Pa' lo que nos falta.

La sequía había empezado matando la primera cosecha; cuando se hubo hecho larga y le sacó todo el jugo a la tierra, les cayó encima a los arroyos; poco a poco los cauces le fueron quedando anchos al agua, las piedras surgieron cubiertas de

lamas y los pececillos emigraron corriente abajo. Infinidad de caños acabaron por agotarse, otros por tornarse lagunas, otros lodazales. Sedientos y desesperados, muchos hombres abandonaron los conucos, aparejaron caballos y se fueron con las familias en busca de lugares menos áridos.

La vieja Remigia se resistía a salir. Algún día caería el agua; alguna tarde se cargaría el cielo de nubes; alguna noche rompería el canto del aguacero sobre el ardido techo de yaguas.

Desde que se quedó con el nieto, después que se llevaron al hijo en una parihuela, la vieja Remigia se hizo huraña y guardadora. Pieza a pieza fue juntando sus centavos en una higüera con ceniza. Los centavos eran de cobre. Trabajaba en el conuquito, detrás de la casa; sembraba maíz y frijoles. El maíz lo usaba en engordar los pollos y los cerdos; los frijoles servían para la comida. Cada dos o tres meses reunía los pollos más gordos y se iba a venderlos. Cuando veía un cerdo mantecoso, lo mataba; ella misma detallaba la carne y de las capas extraía la grasa; con ésta y con los chicharrones se iba también al pueblo. Cerraba el bohío, le encargaba a un vecino que le cuidara lo suyo, montaba al nieto en el potro bayo y lo seguía a pie. En la noche estaba de vuelta.

Iba tejiendo su vida así, con el nieto colgado del corazón.

—Pa' ti trabajo, muchacho —le decía—. No quiero que pases calores, ni que te vayas a malograr como tu taita.

El niño la miraba. Nunca se le oía hablar, y aunque apenas alzaba una vara del suelo, madrugaba con su machete bajo el brazo y el sol le salía sobre la espalda, limpiando el conuco.

La vieja Remigia tenía sus esperanzas. Veía crecer el maíz, veía florecer los frijoles, oía el gruñido de sus puercos en la pocilga cercana; contaba las gallinas al anochecer, cuando

subían a los palos. Entre días descolgaba la higüera y sacaba los cobres. Había muchos, llegó también a haber monedas de plata de todos tamaños.

Con temblores en la mano, Remigia acariciaba su dinero y soñaba. Veía al muchacho en tiempo de casarse, bien montado en brioso caballo alazano, o se lo figuraba tras un mostrador, despachando botellas de ron, varas de lienzo, libras de azúcar. Sonreía, tornaba a guardar su dinero, guindaba la higüera y se acercaba al nieto, que dormía tranquilo.

Todo iba bien. Pero sin saberse cuándo ni cómo, se presentó aquella sequía. Pasó un mes sin llover, pasaron dos, pasaron tres. Los hombres que cruzaban por delante de su bohío la saludaban diciendo:

—Tiempo bravo, Remigia.

Ella aprobaba en silencio. Acaso comentaba:

—Prendiendo velas a las Ánimas pasa esto.

Pero no llovía. Se consumieron muchas velas y se consumió también el maíz en los tallos. Se oían crujir los palos; se veían enflaquecer los caños de agua; en la pocilga empezó a endurecerse la tierra. A veces se cargaba el cielo de nubes; allá arriba se apelotonaban manchas grises; bajaban de las lomas vientos húmedos, que alzaban montones de polvo.

—Esta noche sí llueve, Remigia —aseguraban los hombres que cruzaban.

—¡Por fin! Va a ser hoy —decía una mujer.

—Ya está casi cayendo —confiaba un negro.

La vieja Remigia se acostaba y rezaba: ofrecía más velas a las Ánimas y esperaba. A veces le parecía sentir el roncar de la lluvia que descendía de las altas lomas. Se dormía esperanzada; pero el cielo amanecía limpio como ropa de matrimonio.

Comenzó la desesperación. La gente estaba ya transida y la propia tierra quemaba como si despidiera llamas. Todos los arroyos cercanos habían desaparecido; toda la vegetación de las

lomas había sido quemada. No se conseguía comida para los cerdos; los asnos se alejaban en busca de mayas; las reses se perdían en los recodos, lamiendo raíces de árboles; los muchachos iban a distancias de medio día a buscar latas de agua; las gallinas se perdían en los montes, en procura de insectos y semillas.

—Se acaba esto, Remigia. Se acaba —lamentaban las viejas.

Un día, con la fresca del amanecer, pasó Rosendo con la mujer, los dos hijos, la vaca, el perro y un mulo flaco cargado de trastos.

—Yo no aguanto, Remigia; a este lugar le han hecho mal de ojo.

Remigia entró en el bohío, buscó dos monedas de cobre y volvió.

—Tenga; préndale esto de velas a las Ánimas en mi nombre —recomendó.

Rosendo cogió los cobres, los miró, alzó la cabeza y se cansó de ver cielo azul.

—Cuando quiera, váyase a Tavera. Nosotros vamos a parar un rancho allá, y dende agora es suyo.

—Yo me quedo, Rosendo. Esto no puede durar.

Rosendo volvió el rostro. Su mujer y sus hijos se perdían ya en la distancia. El sol parecía incendiar las lomas remotas.

El muchacho se había puesto tan oscuro como un negro. Un día se le acercó:

—Mama, uno de los puerquitos parece muerto. Remigia se fue a la pocilga. Anhelantes, reseca las trompas, flacos como alambres, los cerdos gruñían y chillaban. Estaban apelonados, y cuando Remigia los espantó vio restos de un animal. Comprendió: el muerto había alimentado a los

vivos. Entonces decidió ir ella misma en busca de agua para que sus animales resistieran.

Echaba por delante el potro bayo; salía de madrugada y retornaba a medio día. Incansable, tenaz, silenciosa, Remigia se mantenía sin una queja. Ya sentía menos peso en la higuera; pero había que seguir sacrificando algo para que las ánimas tuvieran piedad. El camino hasta el arroyo más cercano era largo; ella lo hacía a pie, para no cansar la bestia. El potro bayo tenía las ancas cortantes, el pescuezo flaco, y a veces se le oían chocar los huesos.

El éxodo continuaba. Cada día se cerraba un nuevo bohío. Ya la tierra parda se resquebrajaba; ya sólo los espinosos cambronales se sostenían verdes. En cada viaje el agua del arroyo era más escasa. A la semana había tanto lodo como agua; a las dos semanas el cauce era como un viejo camino pedregoso, donde refulgía el sol. La bestia, desesperada, buscaba donde ramonear y batía el rabo para espantar las moscas.

Remigia no había perdido la fe. Esperaba las señales de lluvia en el alto cielo.

—¡Ánimas del Purgatorio! —clamaba de rodillas—. ¡Ánimas del Purgatorio! Nos vamos a morir achicharrados si ustedes no nos ayudan!

Días después el potro bayo amaneció tristón e incapaz de levantarse; esa misma tarde el nieto se tendió en el catre, ardiendo en fiebre. Remigia se echó afuera. Anduvo y anduvo, llamando en los distantes bohíos, levantando los espíritus.

—Vamos a hacerle un rosario a San Isidro —decía.

—Vamos a hacerle un rosario a San Isidro —repetía.

Salieron una madrugada de domingo. Ella llevaba el niño en brazos. La cabeza del muchacho, cargada de calenturas, pendía como un bulto del hombro de su abuela. Quince o veinte mujeres, hombres y niños desarrapados, curtidos por el sol, entonaban cánticos tristes, recorriendo los pelados

caminos. Llevaban una imagen de La Altagracia; le encendían velas; se arrodillaban y elevaban ruegos a Dios. Un viejo flaco, barbudo, de ojos ardientes y acerados, con el pecho desnudo, iba delante golpeándose el esternón con la mano descarnada, mirando a lo alto y clamando:

¡San Isidro Labrador!

¡San Isidro Labrador!

¡Trae el agua y quita el sol,

San Isidro Labrador!

Sonaba ronca la voz del viejo. Detrás, las mujeres plañían y alzaban los brazos.

Ya se habían ido todos. Pasó Rosendo, pasó Toribio con una hija medio loca; pasó Felipe; pasaron otros y otros. Ella les dio a todos para velas. Pasaron los últimos, gente a quienes no conocía; llevaban un viejo enfermo y no podían con su tristeza; ella les dio para velas.

Se podía tender la vista sin tropiezos y ver desde la puerta del bohío el calcinado paisaje con las lomas peladas al final; se podían ver los cauces secos de los arroyos.

Ya nadie esperaba lluvia. Antes de irse los viejos juraban que Dios había castigado el lugar; y los jóvenes que tenía mal de ojo.

Remigia esperaba. Recogía escasas gotas de agua. Sabía que había que empezar de nuevo, porque ya casi nada quedaba en la higüera, y el conuco estaba pelado como un camino real. Polvo y sol; sol y polvo. La maldición de Dios, por la maldad de los hombres, se había realizado allí; pero la maldición de Dios no podía acabar con la fe de Remigia.

En su rincón del Purgatorio, las Ánimas, metidas de cintura abajo entre las llamas voraces, repasaban cuentas. Vivían consumidas por el fuego, purificándose; y, como burla sangrienta, tenían potestad para desatar la lluvia y llevar el agua a la tierra. Una de ellas, barbuda, dijo:

—¡Caramba! ¡La vieja Remigia, de Paso Hondo, ha quemado ya dos pesos de velas pidiendo agua!

Las compañeras saltaron vociferando:

—¡Dos pesos, dos pesos!

Alguna preguntó:

—¿Por qué no se le ha atendido como es costumbre?

—¡Hay que atenderla! —rugió una de ojos impetuosos.

—¡Hay que atenderla! —gritaron las otras.

Se corrían la voz, se repetían el mandato:

—¡Hay que mandar agua a Paso Hondo! ¡Dos pesos de agua!

—¡Dos pesos de agua a Paso Hondo!

—¡Dos pesos de agua a Paso Hondo!

Todas estaban impresionadas, casi fuera de sí, porque nunca llegó una entrega de agua a tal cantidad; ni siquiera a la mitad, ni aún a la tercera parte. Servían una noche de lluvia por dos centavos de velas, y cierta vez enviaron un diluvio entero por veinte centavos.

—¡Dos pesos de agua a Paso Hondo! —rugían.

Y todas las Ánimas del Purgatorio se escandalizaban pensando en el agua que había que derramar por tanto dinero, mientras ellas ardían metidas en el fuego eterno, esperando que la suprema gracia de Dios las llamara a su lado.

Abajo, en Paso Hondo, se nubló el cielo. Muy de mañana Remigia miró hacia Oriente y vio una nube negra y fina, tan

negra como una cinta de luto y tan fina como la rabiza de un fueite. Una hora después inmensas lomas de nubes grises se apelotonaron, empujándose, avanzando, ascendiendo. Dos horas más tarde estaba oscuro como si fuera de noche.

Llena de miedo, con el temor de que se deshiciera tanta ventura, Remigia callaba y miraba. El nieto seguía en el catre, calenturiento. Estaba flaco, igual que un sonajero de huesos. Los ojos parecían salirle de cuevas.

Arriba estalló un trueno. Remigia corrió a la puerta. Avanzando como caballería rabiosa, un frente de lluvia venía de las lomas sobre el bohío. Ella sonrió de manera inconsciente; se sujetó las mejillas, abrió desmesuradamente los ojos. ¡Ya estaba lloviendo!

Rauda, pesada, cantando broncas canciones, la lluvia llegó hasta el camino real, resonó en el techo de yaguas, saltó el bohío, empezó a caer en el conuco. Sintiendo arder, Remigia corrió a la puerta del patio y vio descender, apretados, los hilos gruesos de agua; vio la tierra adormecerse y despedir un vaho espeso. Se tiró afuera, radiosa.

—¡Yo sabía, yo lo sabía, yo lo sabía! —gritaba a voz en cuello.

—¡Lloviendo, lloviendo! —clamaba con los brazos tendidos hacia el cielo—. ¡Yo sabía!

De pronto penetró en la casa, tomó al niño, lo apretó contra su pecho, lo alzó, lo mostró a la lluvia.

—¡Bebe muchacho; bebe, hijo mío! ¡Mira agua, mira agua!

Y sacudía al nieto, lo estrujaba; parecía querer meterle dentro el espíritu fresco y disperso del agua.

Mientras afuera bramaba el temporal, soñaba adentro Remigia.

—Ahora —se decía—, en cuanto la tierra se ablande, siembro batata, arroz tresmesino, frijoles y maíz. Todavía me quedan unos cuartitos con qué comprar semillas. El muchacho se va a sanar. ¡Lástima que la gente se haya ido! Quisiera verle la cara a Toribio, a ver qué pensaría de este aguacero. Tantas rogaciones, y sólo me van a aprovechar a mí. Quizá vengan ahora, cuando sepan que ya pasó el mal de ojo.

El nieto dormía tranquilo. En Paso Hondo, por los secos cauces de los arroyos y de los ríos, empezaba a rodar agua sucia; todavía era escasa y se estancaba en las piedras. De las lomas bajaba roja, cargada de barro; de los cielos descendía pesada y rauda. El techo de yaguas se desmigajaba con los golpes múltiples del aguacero, Remigia se adormecía y veía su conuco lleno de plantas verdes, lozanas, batidas por la brisa fresca; veía los rincones llenos de dorado maíz, de frijoles sangrientos, de batatas hinchidas. El sueño le tornaba pesada la cabeza y afuera seguía bramando la lluvia incansable.

Pasó una semana; pasaron diez días, quince... Zumbaba el aguacero sin una hora de tregua. Se acabaron el arroz y la manteca; se acabó la sal. Bajo el agua tomó Remigia el camino de Las Cruces para comprar comida. Salió de mañana y retornó a media noche. Los ríos, los caños de agua y hasta las lagunas se adueñaban del mundo, borraban los caminos, se metían lentamente entre los conucos.

Una tarde pasó un hombre. Montaba mulo pesado.

—¡Ey, don! —llamó Remigia.

El hombre metió la cabeza del animal por la puerta.

—Bájese pa' que se caliente —invitó ella.

La montura quedó a la intemperie.

—El cielo se ‘tá cayendo en agua —explicó él al rato—. Yo como usté dejaba este sitio tan bajito y me diba pa’ las lomas.

—¿Yo dirme? No, hijo. Horita pasa este tiempo.

—Vea —se extendió el visitante—, esto es una niega. Yo las he visto tremendas, con el agua llevándose animales, bohíos, matas y gente. Horita se crecen todos los caños que yo he dejado atrás, contimás que ‘tá lloviendo duro en las cabezadas.

—Jum... Peor que esto fue la seca, don. Todo el mundo le salió huyendo, y yo la aguanté.

—La seca no mata, pero el agua ahoga, doña. Todo eso —y señaló lo que él había dejado a la puerta— ‘tá anegado. Como tres horas tuve esta mañana sin salir de un agua que me le daba en la barriga al mulo.

El hombre hablaba con voz pausada, y sus ojos grises, atemorizados, vigilaban el incesante caer de la lluvia.

Al anoecer se fue. Mucho le rogó Remigia que no cogiera el camino con la oscuridad.

—Dispués es peor, doña. Van esos ríos y se botan...

Remigia se fue a atender al nieto, que se quejaba débilmente.

Tuvo razón el hombre. ¡Qué noche, Dios! Se oía un rugir sordo e inquietante; se oían retumbar los truenos; penetraban los reflejos de los relámpagos por las múltiples rendijas.

El agua sucia entró por los quicios y empezó a esparcirse en el suelo. Bravo era el viento en la distancia, y a ratos parecía arrancar árboles. Remigia abrió la puerta. Un relámpago lejano alumbró el sitio de Paso Hondo. ¡Agua y agua! Agua aquí, allá, más lejos, entre los troncos escasos, en los lugares pelados. Debía descender de las lomas y en el camino real formaba un río torrentoso.

—¿Será una nieja? —se preguntó Remigia, dudando por vez primera.

Pero cerró la puerta y entró. Ella tenía fe; una fe inagotable, más que lo había sido la sequía, más que lo sería la lluvia. Por dentro, su bohío estaba tan mojado como por fuera. El muchacho se encogía en el catre rehuyendo las goteras.

A media noche la despertó un golpe en una esquina de la vivienda. Se fue a levantar, pero sintió agua hasta casi las rodillas. Bramaba afuera el viento. El agua batía contra los setos del bohío. Entonces Remigia se lanzó del catre como loca, y corrió a la puerta.

¡Qué noche, Dios; qué noche horrible! Llegaba el agua en golpes; llegaba y todo lo cundía, todo lo ahogaba. Restalló otro relámpago, y el trueno desgajó pedazos de oscuro cielo.

Remigia sintió miedo.

—¡Virgen Santísima! —clamó—. ¡Virgen Santísima, ayúdame!

Pero no era negocio de la Virgen, ni de Dios, sino de las ánimas, que allá arriba gritaban:

—¡Ya va medio peso de agua! ¡Ya va medio peso!

Cuando sintió el bohío torcerse por los torrentes, Remigia desistió de esperar y levantó al nieto. Se lo pegó al pecho; lo apretó, febril; luchó con el agua que le impedía caminar; empujó, como pudo, la puerta y se echó afuera. A la cintura llevaba el agua; y caminaba, caminaba. No sabía adónde iba. El terrible viento le destrenzaba el cabello, los relámpagos verdeaban en la distancia. El agua crecía, crecía. Levantó más al nieto. Después tropezó y tornó a pararse. Seguía sujetando al niño y gritando:

—¡Virgen Santísima, Virgen Santísima!

Se llevaba el viento su voz, y la esparcía sobre la gran llanura líquida.

—¡Virgen Santísima, Virgen Santísima!

Su falda flotaba. Ella rodaba, rodaba. Sintió que algo le sujetaba el cabello, que le amarraban la cabeza. Pensó:

—En cuanto esto pase siembro batata.

Veía el maíz metido bajo el agua sucia. Hincaba las uñas en el pecho del nieto.

—¡Virgen Santísima!

Seguía ululando el viento, y el trueno rompía los cielos.

Se le quedó el cabello enredado en un tronco espinoso. El agua corría hacia abajo, hacía abajo, arrastrando bohíos y troncos. Las ánimas gritaban, enloquecidas:

—¡Todavía falta; todavía falta! ¡Son dos pesos, dos pesos de agua! ¡Son dos pesos de agua!

LOS AMOS

Cuando ya Cristino no servía ni para ordeñar una vaca, don Pío lo llamó y le dijo que iba a hacerle un regalo.

—Le voy a dar medio peso para el camino. Usté está muy mal y no puede seguir trabajando. Si se mejora, vuelva.

Cristino extendió una mano amarilla, que le temblaba.

—Mucha' gracia', don. Quisiera coger el camino ya, pero tengo calentura.

—Puede quedarse aquí esta noche, si quiere, y hasta hacerse una tisana de cabrita. Eso es bueno.

Cristino se había quitado el sombrero, y el pelo abundante, largo y negro le caía sobre el pescuezo. La barba escasa parecía ensuciarle el rostro, de pómulos salientes.

—'Tá bien, don Pío —dijo—; que Dió se lo pague.

Bajó lentamente los escalones, mientras se cubría de nuevo la cabeza con el viejo sombrero de fieltro negro. Al llegar al último escalón se detuvo un rato y se puso a mirar las vacas y los críos.

—Qué animao 'tá el becerrito —comentó en voz baja,

Se trataba de uno que él había curado días antes. Había tenido gusanos en el ombligo y ahora correteaba y saltaba alegremente.

Don Pío salió a la galería y también se detuvo a ver las reses. Don Pío era bajo, rechoncho, de ojos pequeños y rápidos. Cristino tenía tres años trabajando con él. Le pagaba un

peso semanal por el ordeño, que se hacía de madrugada, las atenciones de la casa y el cuidado de los terneros. Le había salido trabajador y tranquilo aquel hombre, pero había enfermado y don Pío no quería mantener gente enferma en su casa.

Don Pío tendió la vista. A la distancia estaban los matorrales que cubrían el paso del arroyo, y sobre los matorrales, las nubes de mosquitos. Don Pío había mandado poner tela metálica en todas las puertas y ventanas de la casa, pero el rancho de los peones no tenía puertas ni ventanas; no tenía ni siquiera setos. Cristino se movió allá abajo, en el primer escalón, y don Pío quiso hacerle una última recomendación.

—Cuando llegue a su casa póngase en cura, Cristino.

—Ah, sí, cómo no, don. Mucha' gracia' —oyó responder.

El sol hervía en cada diminuta hoja de la sabana. Desde las lomas de Terrero hasta las de San Francisco, perdidas hacia el norte, todo fulgía bajo el sol. Al borde de los potreros, bien lejos, había dos vacas. Apenas se las distinguía, pero Cristino conocía una por una todas las reses.

—Vea, don —dijo—, aquella pinta que se aguaita allá debe haber parío anoche o por la mañana, porque no le veo barriga.

Don Pío caminó arriba.

—¿Usted cree, Cristino? Yo no la veo bien.

—Arrímese pa' aquel lao y la verá.

Cristino tenía frío y la cabeza empezaba a dolerle, pero siguió con la vista al animal.

—Dése una caminadita y me la arrea, Cristino —oyó decir a don Pío.

—Yo fuera a buscarla, pero me 'toy sintiendo mal.

—¿La calentura?

—Unjú. Me 'tá subiendo.

—Eso no hace. Ya usted está acostumbrado, Cristino, vaya y tráigamela.

Cristino se sujetaba el pecho con los dos brazos descarnados. Sentía que el frío iba dominándolo. Levantaba la frente. Todo aquel sol, el becerrito...

—¿Va a traérmela? —insistió la voz.

Con todo ese sol y las piernas temblándole, y los pies descalzos llenos de polvo.

—¿Va a buscármela, Cristino?

Tenía que responder, pero la lengua le pesaba. Se apretaba más los brazos sobre el pecho. Vestía una camisa de listado sucia y de tela tan delgada que no le abrigaba.

Resonaron pisadas arriba y Cristino pensó que don Pío iba a bajar. Eso asustó a Cristino.

—Ello sí, don —dijo—; voy a dir. Deje que se me pase el frío.

—Con el sol se le quita. Hágame el favor, Cristino. Mire que esa vaca se me va y puedo perder el becerro.

Cristino seguía temblando, pero comenzó a ponerse de pie.

—Sí; ya voy, don —dijo.

—Cogió ahora por la vuelta del arroyo —explicó desde la galería don Pío.

Paso a paso, con los brazos sobre el pecho, encorvado para no perder calor, el peón empezó a cruzar la sabana. Don Pío le veía de espaldas. Una mujer se deslizó por la galería y se puso junto a don Pío.

—¡Qué día tan bonito, Pío! —comentó con voz cantarina.

El hombre no contestó. Señaló hacia Cristino, que se alejaba con paso torpe como si fuera tropezando.

—No quería ir a buscarme la vaca pinta, que parió anoche. Y ahorita mismo le di medio peso para el camino.

Calló medio minuto y miró a la mujer, que parecía demandar una explicación.

—Malagradecidos que son, Herminia —dijo—. De nada vale tratarlos bien.

Ella asintió con la mirada.

—Te lo he dicho mil veces, Pío —comentó.

Y ambos se quedaron mirando a Cristino, que ya era apenas una mancha sobre el verde de la sabana.

EL FUNERAL

Cuando empezaron a caer las lluvias de mayo el agua fue tanta que se posó en los potreros formando lagunatos. Despeñándose por los flancos de la loma, chorros impetuosos arrastraban piedras y levantaban un estrépito que asustaba a las vacas. Las infelices mugían y se acercaban a las puertas del potrero, con las cabezas altas, como rogando que las sacaran de ese sitio. Los entendidos en ganado, que oían a las reses bramar, decían que pronto se les reblandecerían las pezuñas. Aconsejado por ellos, don Braulio dispuso que llevaran las vacas hacia las cercanías de la casa, pero se negó resueltamente a que Joquito bajara con ellas.

Joquito, pues, se quedó solo en el potrero. Estuvo inquieto toda la tarde y pasó la noche bajo un memizo, bramando de cuando en cuando. Bramó también unas cuantas veces al día siguiente; sin embargo no se desesperó sino al atardecer; a la hora de las dos luces, sin duda convencido de que sus compañeras no regresarían, lanzó bramidos tan prolongados y tan dolorosos que hicieron ladrar de miedo a todos los perros de la comarca. Al iniciarse la noche se oyó el toro hacia el fondo del potrero, pegado a las lomas; más tarde, cerca del camino real, lo que indicaba que recorría el campo sin cesar y de seguir así no tardaría en saltar sobre la alambrada. Poco antes del amanecer don Braulio oyó a los perros que ladraban en forma agitada muy cerca de la casa; a

poco oyó un bramido corto y el sordo trote de la bestia, que sin duda correteaba alegremente por el camino real.

Suelto en aquel lugarejo, donde no había más reses que las ventitantas de don Braulio, un toro como Joquito era una amenaza para todo el vecindario, de manera que había que encerrarlo en el potrero cuanto antes, y para eso salió don Braulio con sus peones y unos cuantos perros.

Don Braulio montaba su potro bayo, verdadera joya entre caballos, y encabezaba el grupo. Llevaban media hora de marcha y los hombres iban charlando alegremente; de pronto una mujer gritó que el toro venía sobre ellos, noticia que produjo alguna confusión. Como en frenesí, los perros comenzaron a ladrar y a correr hacia el frente, como si hubieran olido a Joquito. Con efecto, Joquito no tardó en dejarse ver. Avanzaba en una carrera de paso parejo, ladeándose con gracia juvenil y hacía retumbar la tierra bajo sus patas. Al tropezar con los perros se detuvo un momento y miró en semicírculo. Estudiaba la situación, que no le era favorable porque no había salida sino hacia atrás, y Joquito, no parecía dispuesto a volver por donde había llegado. De súbito pateó la tierra, bajó la testuz y lanzó un bramido retumbante, que hizo huir a los perros. Los hombres se habían quedado inmóviles.

Pero don Braulio era un viejo duro, y diciendo algunas palabras bastante puercas se adelantó hacia el animal. Joquito no dudó un segundo: con la cabeza baja, arremetió con todo su peso. Los peones vieron esa mole rojiza, de brillante pelamen, cuya nariz iba rozando el suelo, arremeter ciegamente con la cola erecta. Don Braulio ladeó su bayo y eludió el encuentro. Joquito se detuvo en seco. Como los peones gritaban y le tiraban sogas al tiempo que los perros lo atormentaban con sus ladridos, el toro se llenaba de ira y rascaba la tierra con sus patas delanteras. La cola parecía saltarle de un lado a otro, fueiteándole las ancas.

Don Braulio volvió a pasar frente al animal, y éste, fuera de sí, se lanzó con tanta fuerza sobre la sombra del caballo que fue a dar contra la palizada del conuco de Nando, y del golpe echó abajo un lienzo de tablas. Al ver ante sí un hueco abierto, Joquito pareció llenarse de una diabólica alegría; se metió en el conuco y en menos de un minuto tumbó dos troncos jóvenes de plátano, destrozó la yuca y malogró un paño de maíz tierno. Nando se lamentaba a gritos y don Braulio pensaba cuánto iba a costarle esa tropelía de su toro.

Dos veces más se repitió el caso, en el término de media hora: una en el arrozal del viejo Morillo, más allá del arroyo, donde Joquito batió la tierra y confundió las espigas con el lodo; otra en el bohío de Anastasio, en cuyo jardín entró haciendo llorar de miedo a los niños y asustando a las mujeres. Don Braulio pensó que tendría que matar al toro, y era un milagro que a medio día Joquito siguiera vivo.

A las dos de la tarde, sudados, molidos, los peones pedían reposo para comer. Habían recorrido a paso largo todo el sitio desde la Cortadera hasta el Jagüey, desde la loma hasta el fundo de Morillo. Algunos vecinos se habían unido a la persecución y los perros acezaban, cansados. Plantado en su caballo, don Braulio se sentía humillado. En eso, de un bohío cercano alguien gritó que Joquito llegaba.

—¡Ahora veremos si somos hombres o qué! —gritó don Braulio. Apareció el toro, pero no con espíritu agresivo; ramoneaba tranquilamente a lo largo del camino, moviéndose con la mayor naturalidad. Por lo visto Joquito no quería luchar; sólo pedía libertad para correr a su gusto y para comer lo que le pareciera.

Pero los perros estaban de caza, y en viendo al toro comenzaron a ladrar de nuevo. Con graves ojos, Joquito, se volvió a ellos, y en señal de que los menospreciaba, tornó a ramonear. Los perros se envalentonaron, y uno de ellos llevó

su atrevimiento hasta morderle una pata. Joquito giró violentamente y en rápida embestida atacó a sus perseguidores. El animal había perdido otra vez la cabeza.

Pero también don Braulio había perdido la suya. El cansancio, la idea de todos los daños que tendría que pagar, la vergüenza de haber fracasado, y quizá hasta el hambre, le encolerizaron a tal punto que espoleó al bayo sin tomar precauciones. Así, el choque fue inevitable. El golpe paralizó a la peonada, que durante unos segundos interminables vio cómo Joquito mantenía en el aire al bayo, mientras don Braulio hacía esfuerzos por sujetarse al pescuezo de su caballo. De súbito el caballo salió disparado y cayó sobre las espinosas mayas que orillaban el camino, y de su vientre salió un chorro de sangre que parecía negra. Desde el suelo, adonde había sido lanzado, don Braulio sacó su revólver y disparó.

Entre los gritos de los peones resonaron cinco disparos, Joquito caminó, con pasos cada vez más tardíos; después dobló las rodillas, pegó el pescuezo en tierra y pareció ver con indecible tristeza su propia sangre, que le salía por la nariz y se confundía con el lodo del camino.

Hasta los perros callaron, por lo menos durante un rato. Algunos peones corrieron para ayudar a don Braulio a ponerse de pie. Debió sufrir golpes, porque se sujetaba las caderas y tenía la cara descompuesta. Cuando lo conducían hacia la casa, dijo:

—Desuéllenlo ahí mismo.

Extrayendo los cuchillos de las cinturas, varios hombres se lanzaron sobre Joquito, y una hora más tarde la carne del toro, partida en grandes piezas, era llevada a la cocina de don Braulio. Ahí pareció terminar todo.

Tornó a lloviznar, y el agua borró el último rastro de la sangre de Joquito. Los perros se hartaron con los pedazos inservibles de la víctima, y cuando se acercaban las cuatro de la

tarde nada parecía haber sucedido y nada indicaba que Joquito había sido muerto y descuartizado en el camino real.

Pero de pronto resonó en la vuelta del camino un bramido lleno de tristeza y de ira a la vez. En alocada carrera, los niños llenaron los vanos de las puertas, porque les pareció que el propio Joquito bramaba desde más allá de la vida. Pero no era Joquito. Un toro negro, nunca visto en el lugar, apareció por el recodo, caminó con el pescuezo alargado, ventteó, abriendo los hoyos de la nariz, y tornó a bramar como antes. Por los lados de la loma respondió otro bramido, y el toro volvió hacia allá sus desolados ojos. Parecía esperar algo; después caminó más, pegó el hocico en tierra, olió el lodo y revolvió el fango con patas pesadas. Allí, olfateando, buscando, estuvo un momento; al cabo alzó otra vez la cabeza, y con un grito angustioso, impresionante, cargó de pesadumbre los cuatro vientos.

Los niños de la casa no se atrevieron a moverse; apenas respiraban. De pronto vieron aparecer una vaca gris. Igual que el toro, era desconocida en el lugar e igual que él se acercó, olió y lanzó un doliente quejido. Juntas ya, las dos reses empezaron a patear. Daban vueltas, como ciegas, como forzadas, y tornaban a quejarse. Inesperadamente reventó cerca otro potente bramido, y de algún lugar no lejano salió otro. Entonces se arrimó a la puerta un viejo campesino y se puso a observar los matorrales.

—Horita 'tá esto cundió de toros —dijo.

Seguía cayendo fina y susurrante la llovizna. Una vaca pasó al trote y fue a juntarse con el toro y la vaca que daban vueltas en el lugar donde había caído Joquito. También ella gritó, oliendo el lodo. Y de pronto llegaron por caminos insospechados seis o siete reses más, que hicieron lo mismo que las otras tres. Juntando los cuernos parecían hacerse preguntas sobre lo que había ocurrido allí, y a poco empezaron

todas a bramar a un tiempo, a agitarse, a cruzar los pescuezos entre sí, a mover las colas con apenada lentitud.

En el aposento de don Braulio, donde las mujeres colocaban cataplasmas en las caderas del amo, resonaban los angustiosos gemidos de las bestias. La gente se asomaba a la puerta a ver qué sucedía. ¿De dónde salían tantas reses? Ya había más de docena y media y la lluvia, que engrosaba a medida que la tarde caía, no detenía la marcha de otras que se veían llegar a lo largo de los callejones. Aquel lugar no era sitio de ganadería y con la excepción de las reses de don Braulio, no había vacas ni toros. ¿De dónde salían las que llegaban, pues?

El viejo campesino explicó que cuanta res oyera aquellos bramidos iría al sitio, aunque tuviera que caminar horas y horas. Era el velorio de un hermano, y ninguna faltaría a la cita.

—Son asina esos animales —dijo.

En efecto, así eran. Media hora después, vacas, novillas, bueyes, toretes y becerros se amontonaban en el sitio donde cayó Joquito. Olían la tierra, gemían y se restregaban los unos a los otros. Hollaban el lodo con sus pezuñas y parecían preguntar llenos de dolor, a los montes, a los cielos y al camino qué habían hecho de su hermano, de su vigoroso y bravo compañero. Los bramidos de los toros, los quejidos de las vacas, los balidos de los pequeños se confundían en una imponente música funeral, y resonaban bajo ella los roncros gemidos de los bueyes viejos. Asustados por aquel concierto lúgubre, los caballos de la vecindad erizaban las orejas y se quedaban temblando, y los perros buscaban abrigo en los rincones de los bohíos.

Mientras crecía sin cesar, el grupo seguía mugiendo y cada vez se enardecía y se desesperaba más. Se hacían más roncros sus gritos de dolor. Desde las vueltas distantes de los callejones seguían saliendo compañeros, que nadie sabía para dónde

iban, y que debían recorrer grandes distancias para llegar a la cita. Atravesando arroyos, toros enormes que sin duda habían roto las alambradas de sus potreros, llegaban para llorar por aquel que no habían conocido. Con su pesado andar, desde las lomas descendían viejos y graves bueyes cargadores de pinos; finas novillas hendían las yerbas de los pastos y se dirigían al lugar de la tragedia.

Había pasado ya más de una hora desde que llegó el toro negro, primero en comenzar el funeral de Joquito. Eran, pues, más de las cinco y el día lluvioso iba a ser corto. Cansados de llorar, los toros empezaron a remover la tierra con sombría desesperación; la removían y la olían, como reclamando la sangre de Joquito que ella se había bebido. Iban y venían de una a otra orilla del camino, atropellándose con majestuosa lentitud, y parecían preguntar a la noche, que ya se insinuaba, dónde estaba su hermano, por qué le habían asesinado, qué justicia tan bárbara era la de los hombres.

Pareció que la noche iba a hacerse de golpe, por un corte súbito de la escasa luz que todavía quedaba sobre el mundo. Inesperadamente, antes de que se produjera tal golpe, los animales, como si un maestro invisible los hubiera dirigido, rompieron en un impresionante crescendo final, y el imponente lloro ascendió a los cielos y flotó allá arriba, en forma de nube sonora que oprimía los corazones. El crescendo se mantuvo un rato; después fue debilitándose; un minuto más tarde comenzaba a dispersarse todo aquel concierto acongojador, y al cabo de otro minuto más sólo se oía en la distancia el bramido de algún toro que abandonaba el lugar. Los quejidos fueron oyéndose cada vez más y más distantes; cada vez parecía ser menor el número de los que gritaban, y al fin, cuando la oscuridad empezaba a adentrarse, se oía uno que otro bramido perdido, más lejano a medida que transcurrían los segundos y a medida que la noche crecía.

El viejo campesino pensó que muchos de los bueyes que llegaron allí andarían toda esa noche sin descanso, y tendrían que trepar lomas, echando a rodar las piedras; que muchas vacas y novillas cruzarían arroyos y lodazales en busca de sus querencias; que algunas de esas reses se estropearían con las raíces y los tocones, otras se cortarían con las púas de los alambres, y quién sabía a cuántas les caerían gusanos en las heridas que recibirían esa noche.

Pero no importaba lo que pudieran sufrir. Habían cumplido su deber; habían ido al funeral de Joquito. Lo dijo así él.

—¿Sin conocerlo? —preguntaron los niños.

—Unjú, sin conocerlo. Las reses son asina.

Y el viejo campesino pensó con satisfacción en la ventaja de ser hombre. Porque ni él, ni sus amigos, ni nadie en fin perdía su sueño a causa de que en un camino real cayera muerto un señor desconocido.

TODO UN HOMBRE

Yeyo va a explicar su caso. Tiene gestos parcos y voz sin importancia. La gente se asombra de verle tan humilde. Es de cuerpo mediano, de manos gruesas y cortas, de ojos dulces. La verdad es que parece avergonzado de la importancia que le da el público. El juez le mira con fijeza y la gente se agolpa y se pone de pie. Yeyo está contando su caso con una tranquilidad desconcertante.

Él había oído hablar de Vicente Rosa, claro. En la región nadie ignoraba su fama; además, lo había visto con frecuencia. Vicente Rosa era lo que muchos llaman un hombre de sangre pesada. ¿Antipático? No; a él, Yeyo, no le caían los hombres ni mal ni bien; cada uno es como es y eso no tiene remedio. Pero si le preguntaran qué clase de hombre le parecía ser Vicente Rosa diría que un abusador. Cuando estaban construyendo la carretera de Jima le dieron a Vicente un cargo de capataz y estableció una casa de juego. Los peones, campesinos ignorantes, muchos de ellos haitianos, perdían allí el escaso jornal; después caían desfallecidos de hambre sobre el camino que construían y Vicente los arreaba a planazos. Un día los infelices se negaron a seguir siendo explotados. ¡Mala idea! Vicente montó en cólera y empezó a repartir machetazos. Algunos quisieron defenderse, pero aquel hombre era un torbellino. Abrió cráneos, tumbó brazos, seguido de los seis o siete amigos

que les salen siempre a tales fieras, y entre alaridos de mujeres y de niños echaba por tierra los bohíos y les prendía fuego. Hasta los montes vecinos persiguió a los aterrorizados peones, y después se las arregló tan bien con la gente del pueblo que hasta presos fueron algunos de los perseguidos. Siempre sucede igual, claro, y también le parecía a Yeyo que tal cosa no tiene remedio.

Lo malo estuvo en que Vicente Rosa abusó de su fama de guapo. En la gallera nadie se atrevía a cobrarle si perdía, y cuando entraba en una pulpería el pulpero rogaba a Dios que se fuera pronto. Lo mismo si estaba una hora que si estaba diez bebiendo, decía tranquilamente que le apuntaran lo que fuera y nunca se acordaba de la deuda. En las fiestas les quitaba a los hombres las parejas sin decir palabra... Un hombre sangrudo, lo que se dice sangrudo.

El caso con Yeyo ocurrió así:

Por las vueltas de Pino Arriba vivía Eleodora. Toda la gente que llenaba la sala del tribunal vio a Eleodora. Bajo el pelo de brillante negrura mostraba la frente trigüeña; después, las cejas finas, los ojos pequeños, y la nariz y la boca. ¡Qué boca, Dios! Sonrió dos veces y la gente se moría porque lo hiciera de nuevo. Era una boca menuda, de labios carnosos y dientes macizos. Cuando el juez le ordenó levantarse para jurar, muchos hombres la miraron alhelados. ¡Eso sí era mujer! Eleodora miraba a Yeyo con simpatía y la gente no quería admitir que hubiera algo entre dos seres tan distintos.

Yeyo era muy firme hablando. El juez preguntó:

—¿Estaba usted enamorado de la joven?

—Me gustaba —dijo resueltamente.

—Yo le pregunto a usted si estaba enamorado.

—Eso de enamorarse no es asina, señor. A uno le gusta lo bonito, pero enamorarse viene de adentro y asígn las condiciones de la mujer. Tal ve andaba por enamorarme...

No se lo puedo asegurar, pero si el señor me lo permite le diré que lo que pasó hubiera pasao manque ella hubiera sido vieja y fea.

Descontando todos los circunloquios de la tramoya judicial, el caso puede sintetizarse así: Vicente Rosa, con su fama de guapo y sus ojos atravesados, estaba un día dándose tragos en la pulpería de Apolonio Torres, y allí mismo, sentado sobre una pila de aparejos, fumaba pacíficamente su cachimbo Yeyo Ramírez. Por dos veces estuvo Vicente mirándole con sorna. Yeyo, tranquilo, indiferente, le devolvía las miradas. Parece que Vicente perdió los estribos. Ordenó un trago de cuatro dedos y se dirigió con él hacia Yeyo.

—¡Beba, decolorío! —ordenó.

El joven no movió un músculo. Simplemente respondió:

—No bebo, amigo.

—¡Beba, le digo! —tronó el guapo.

—Le he dicho que no bebo.

—¡Beba! ¿O no sabe quién le habla?

—Sí, yo lo sé; usted es Vicente Rosa, pero yo no bebo.

Los tres o cuatro hombres que estaban en la pulpería se apresuraron a intervenir. Un viejo negro explicó:

—No puede, amigo; 'tá enfermo.

Yeyo rectificó fríamente:

—Unq unq, no 'toy enfermo na'. Lo que pasa es que no me da la gana de complacer al amigo.

Vicente Rosa hizo ademán de irle arriba, pero se le echaron encima los demás y lo contuvieron. Tenía los ojos fulgurantes como candelas y soplaba como animal.

—Váyase, Yeyo —rogaba el viejo negro.

—No puedo —explicaba Yeyo—, porque 'tá al caer una jarina y si me mojo me da catarro.

Hecho un ciclón, Vicente Rosa luchaba por desasirse de los otros, y hacía temblar toda la pulpería.

—Aquiétese, Vicente, aquíétese —suplicaba el pulpero.

Sólo Yeyo estaba tranquilo allí. Seguía fumando con escafofrante serenidad y sus ojos dulces parecían ver el tumulto desde lejos. Por segundos volvía la mirada hacia el camino real, como si no tuviera que ver nada con lo que sucedía. El color azul de las lomas presagiaba lluvia.

—Vea que viene gente, Vicente —dijo el pulpero.

Y en efecto, llegó gente. Al ver la brega Eleodora se detuvo un instante, pero en seguida alzó la voz para pedir media libra de azúcar y un centavo de jabón, y esa voz, que parecía un canto de ruiseñor, aplacó la reyerta. Fue un toque mágico. Vicente Rosa abrió la boca y desendureció los ojos. La muchacha, cortada, se volvió a Yeyo. Había percibido el ambiente de violenta admiración que había estallado a su presencia y parecía avergonzada.

Yeyo se levantó y se dirigió a ella.

—¿Ha visto? Ya empezó la jarina.

La muchacha se lamentó:

—Anda la porra, dique llover agora —y miró hacia el camino.

El que no quiso ver la llovizna fue Vicente Rosa. Ni se movía ni hablaba ni parecía recordar su reciente furia. Eleodora se puso de espaldas al mostrador. En el inicio de sonrisa que le llenaba el rostro de gracia se le veía el placer que le daba tanta admiración, aunque pareciera estar solamente interesada en el leve caer de la llovizna que iba haciendo brillar las hierbas y que empezaba a engrosar imperceptiblemente, cubriendo en la distancia la masa negruzca de las lomas.

De súbito aquella calma se rompió con unos pasos felinos de Vicente Rosa. Sus ojos volvieron a tener el brillo de antes y su boca volvió a mostrar el mismo gesto desdeñoso. Echó el cuerpo sobre el mostrador, mientras Eleodora simulaba estar tranquila. Vicente Rosa se le acercó más.

Eleodora hizo un movimiento inapreciable, rehuendo al hombre, y cruzó los brazos. Poco a poco su cara iba haciéndose pálida y dura.

Con una insultante sonrisa de media cara, Vicente Rosa preguntó:

—¿Cómo te llamas, lindura?

—Eleodora —contestó ella secamente.

—Tú vas a ser mujer mía —aseguró él.

Ella le cortó de arriba abajo con una mirada relampagueante y se apartó más. Entonces Vicente Rosa levantó una mano y la asió por la muñeca. La muchacha se revolvió y empezó a injuriarle. Yeyo Ramírez puso el cachimbo en el mostrador.

—Suéltela, amigo —dijo con voz serena.

Vicente soltó una palabra gruesa y se le fue encima a Yeyo. Pero Yeyo no esperó el ataque. Del mostrador, sin que nadie supiera cuándo, tomó la botella de ron con que el pulpero servía a Vicente. Los hombres corrieron, dando voces, a meterse entre los dos, y Eleodora lanzó un grito al ver la botella hecha pedazos y la sangre salir a chorros. Vicente Rosa quiso levantarse y sacar el cuchillo que llevaba a la cintura, pero Yeyo le sujetó el brazo, se lo torció hasta hacerle soltar el arma y después le pegó con el pie en la cara. El pulpero se llevaba las manos a la cabeza. Yeyo se volvió a la muchacha. Estaba un poco pálido, pero la voz no se le había alterado.

—Venga, que la voy a llevar a su casa —dijo.

La sentía temblar a su lado y veía gente correr hacia la pulpería. Cuando llegaba a la puerta del bohío de Eleodora, dijo:

—Anda... Se me quedó el cachimbo en la pulpería. Déjeme dir a buscarlo.

Eleodora estaba tan asustada que no trató de impedirlo.

Cuando los pocos amigos de Yeyo se enteraron de lo que había pasado, se presentaron en su casa. Yeyo vivía solo. Tenía un conuquito bien cuidado, que desde el mismo bohío

iba en suave pendiente hasta las orillas del arroyo. Aislado en aquel campo de viviendas desperdigadas, forjaba su vivir pacientemente, sin meterse con nadie. Un compadre suyo quiso dormir con él esa noche.

—No me ofenda, compadre —dijo secamente.

El compadre se fue cuando ya la noche confundía los árboles y las piedras, las alambradas y el camino.

Yeyo no se durmió en seguida. Apagó la luz y estuvo fumando su cachimbo y pensando en lo ocurrido. Recordaba fijamente cada movimiento de Vicente Rosa, y recordaba también, no sabía por qué, el caballito que tenía estampado la etiqueta del ron. Percibió un aire fresco.

—Qué calamidad —se dijo—, presentarse tiempo de agua con el arroz madurando.

El aire indicaba que la lluvia seguiría. Había llovido hasta medio día, pero después paró de llover y el agua caída apenas reblandeció los caminos.

No le daba sueño a Yeyo. ¿Le gustaba Eleodora? Sí, le gustaba. Ahora, que para casarse... eso había que verlo. Él sospechaba que a la muchacha le agradaba más de la cuenta que los hombres la galantearan.

Los amigos decían que Vicente Rosa iba a cobrarse la herida. Bueno, que lo hiciera. A él no le preocupaba eso gran cosa. Le molestó un poco darse cuenta de que estaba atento a los rumores de afuera. El silencio del campo, sostenido bajo el pausado ronronear de la brisa, hacía que la noche fuera grande e impresionante. Acaso tremolaban las hojas de un mango, tal vez una yagua vieja del techo se levantaba y tornaba a caer. El oído de Yeyo sabía distinguir cada ruido. Dejó de fumar, golpeó el cachimbo contra la palma de una mano, se puso de lado y se cubrió lo mejor que pudo.

El sueño empezó a llegar lentamente. Al principio era como una remota sordera que apagaba los rumores más fuertes al

tiempo que hacía perder la noción de ciertas partes del cuerpo; después el mundo fue reduciéndose, haciéndose más pequeño, más diminuto, hasta que llegó el momento en que los ruidos de afuera, el frío, la aspereza del catre, se esfumaron del todo. Pero todavía quedaba un punto imperceptible, una línea inapreciable, que duraría menos que todo lo que puede medirse. Iba a pasar ya al sueño completo. Y ahí fue cuando Yeyo alzó de golpe la cabeza. Había oído pasos. Sonaban apagados y lentos, pero eran pasos. Yeyo aguzó su atención. Se oían unas voces casi no dichas. Le pareció que alguien recomendaba irse por detrás del bohío. Creyó oír que decían:

—Yo me quedo aquí.

—Vicente Rosa —dijo Yeyo, en un susurro.

Con extraordinario sigilo, cuidándose de que el catre no hiciera ruido, se fue echando afuera y le parecía que nunca iba a lograrlo. De la silla cogió la ropa y sujetó el cinturón por la hebilla, para que no sonara; después se puso la camisa, pero sin abotonarse. Todavía tuvo tiempo de llevarse el sombrero a la cabeza, pues se preparaba como si fuera a salir. Andaba buscando a tientas el cuchillo sobre la silla cuando llamó una voz desconocida.

—¡Yeyo, Yeyo, alevántese!

No respondió. Aún no daba con el cuchillo. La voz sonaba por un lado del bohío. ¿Quién sería ese perro? Algún amigo de Vicente Rosa. Y Vicente Rosa debía estar en la puerta acechando que él saliera para asesinarlo.

—¡Yeyo, Yeyo, alevántese!

Buscaba aún. Iba a ponerse nervioso. Lo mejor era desentenderse de todo y hacer luz, qué caray. De todas maneras iban a matarlo. Le había llegado su hora; eso era todo. Pero en ese momento, cuando ya estaba buscando en el bolsillo del pantalón la caja de fósforos, recordó que había puesto el cuchillo en el catre, bajo la almohada.

La voz llamó de nuevo. ¿Quién sería el condenado ése?

Yeyo se pegó a la pared, y con pasos cuidadosos se arrimó a la puerta; después, empleando la mano izquierda, fue levantando la aldaba sin que se produjera el menor sonido; y de golpe abrió la puerta y avanzó.

—Vide una sombra —explica— y le metí el cuchillo. Asina fue el asunto.

La gente alza la cabeza para ver el rostro de Yeyo. Él no dice una palabra más y el silencio de la sala se hace palpable. El juez levanta la mirada.

—Dígame, acusado: ¿por qué sabiendo usted que quien estaba en la puerta era Vicente Rosa, y que iba a matarlo, no se quedó en su catre, con lo cual hubiera podido evitarse la tragedia?

Yeyo pone cara de persona que no entiende y mira en redondo hacia el público como buscando que alguien le explique tan extraña pregunta.

—Le he preguntado —insiste el juez— ¿por qué no se quedó acostado, con lo cual se hubiera evitado la tragedia?

Yeyo parece comprender entonces. Tranquilo, con su voz dulce y sus ojos inocentes, se vuelve hacia el magistrado y dice:

—Porque cuando a uno van a llamarlo a su casa, manque uno sepa que es pa' matarlo, su deber 'tá en atender al que lo llama.

EN UN BOHÍO

La mujer no se atrevía a pensar. Cuando creía oír pisadas de bestias se lanzaba a la puerta, con los ojos ansiosos; después volvía al cuarto y se quedaba allí un rato largo, sumida en una especie de letargo.

El bohío era una miseria. Ya estaba negro de tan viejo, y adentro se vivía entre tierra y hollín. Se volvería inhabitable desde que empezaran las lluvias; ella lo sabía, y sabía también que no podía dejarlo, porque fuera de esa choza no tenía una yagua donde ampararse.

Otra vez rumor de voces. Corrió a la puerta, temerosa de que nadie pasara. Esperó un rato; esperó más, un poco más; ¡nada! Sólo el camino amarillo y pedregoso. Era el viento ahí enfrente, el condenado viento de la loma, que hacía gemir los pinos de la subida y los pomares de abajo; o tal vez el río, que corría en el fondo del precipicio, detrás del bohío.

Uno de los enfermitos llamó, y ella entró a verlo, deshecha, con ganas de llorar pero sin lágrimas para hacerlo.

—Mama, ¿no era taita? ¿No era taita, mama?

Ella no se atrevía a contestar. Tocaba la frente del niño y la sentía arder.

—¿No era taita, mama?

—No —negó—, tu taita viene después.

El niño cerró los ojos y se puso de lado. Aun en la oscuridad del aposento se le veía la piel lívida.

—Yo lo vide, mama. ‘Taba ahí y me trujo un pantalón nuevo.

La mujer no podía seguir oyendo. Iba a derrumbarse, como los troncos viejos que se pudren por dentro y caen un día, de golpe. Era el delirio de la fiebre lo que hacía hablar así a su hijo, y ella no tenía con qué comprarle una medicina.

El niño pareció dormir y la madre se levantó para ver al otro. Lo halló tranquilo. Era huesos nada más y silbaba al respirar, pero no se movía ni se quejaba; sólo la miraba con sus grandes ojos. Desde que nació había sido callado.

El cuartucho hedía a tela podrida. La madre —flaca, con las sienes hundidas, un paño sucio en la cabeza y un viejo traje de listado— no podía apreciar ese olor, porque se hallaba acostumbrada, pero algo le decía que sus hijos no podrían curarse en tal lugar. Pensaba que cuando su marido volviera, si era que algún día salía de la cárcel, hallaría sólo cruces sembradas frente a los horcones del bohío, y de éste, ni tablas ni techo. Sin comprender por qué, se ponía en el lugar de Teo, y sufría.

Le dolía imaginar que Teo llegara y nadie saliera a recibirlo. Cuando él estuvo en el bohío por última vez —justamente dos días antes de entregarse— todavía el pequeño conuco se veía limpio, y el maíz, los frijoles y el tabaco se agitaban a la brisa de la loma. Pero Teo se entregó, porque le dijeron que podía probar la propia defensa y que no duraría en la cárcel; ella no pudo seguir trabajando porque enfermó, y los muchachos —la hembra y los dos niños—, tan pequeños, no pudieron mantener limpio el conuco ni ir al monte para tumbar los palos que se necesitaban para arreglar los lienzos de palizada que se pudrían. Después llegó el temporal, aquel condenado temporal, y el agua estuvo cayendo, cayendo, cayendo día y noche, sin sosiego alguno, una semana, dos, tres, hasta que los torrentes dejaron sólo piedras y barro en el camino y se llevaron pedazos enteros de

la palizada y llenaron el conuco de guijarros y el piso de tierra del bohío crió lamas y las yaguas empezaron a pudrirse.

Pero mejor era no recordar esas cosas. Ahora esperaba. Había mandado a la hembra a Naranjal, allá abajo, a una hora de camino; la había mandado con media docena de huevos que pudo recoger en nidales del monte para que los cambiara por arroz y sal. La niña había salido temprano y no volvía. Y la madre ojeaba el camino, llena de ansiedad.

Sintió pisadas. Esta vez no se engañaba; alguien, montando caballo, se acercaba. Salió al alero del bohío, con los músculos del cuello tensos y los ojos duros. Miró hacia la subida. Sentía que le faltaba el aire, lo que la obligaba a distender las ventanas de la nariz. De pronto vio un sombrero de cana que ascendía y coligió que un hombre subía la loma. Su primer impulso fue el de entrar; pero algo la sostuvo allí, como clavada. Debajo del sombrero apareció un rostro difuso, después los hombros, el pecho y finalmente el caballo. La mujer vio al hombre acercarse y todavía no pensaba en nada. Cuando el hombre estuvo a pocos pasos, ella le miró los ojos y sintió, más que comprendió, que aquel desconocido estaba deseando algo.

Había una serie de imágenes vagas pero amargas en la cabeza de la mujer; su hija, los huevos, los niños enfermos, Teo. Todo eso se borró de golpe a la voz del hombre.

—Saludo —había dicho él.

Sin saber cómo lo hacía, ella extendió la mano y suplicó:

—Déme algo, alguito.

El hombre la midió con los ojos, sin bajar del caballo. Era una mujer flaca y sucia, que tenía mirada de loca, que sin duda estaba sola y que sin duda, también, deseaba a un hombre.

—Déme alguito —insistía ella.

Y de súbito en esa cabeza atormentada penetró la idea de que ese hombre volvía de La Vega, y si había ido a

vender algo tendría dinero. Tal vez llevaba comida, medicinas. Además, comprendió que era un hombre y que la veía como a mujer.

—Bájese —dijo ella, muerta de vergüenza.

El hombre se tiró del caballo.

—Yo no más tengo medio peso —aventuró él.

Serena ya, dueña de sí, ella dijo:

—‘Tá bien, dentre.

El hombre perdió su recelo y pareció sentir una súbita alegría. Agarró la jáquima del caballo y se puso a amarrarla al pie del bohío. La mujer entró, y de pronto, ya vencido el peor momento, sintió que se moría, que no podía andar, que Teo llegaba, que los niños no estaban enfermos. Tenía ganas de llorar y de estar muerta.

El hombre entró preguntando:

—¿Aquí?

Ella cerró los ojos e indicó que hiciera silencio. Con una angustia que no le cabía en el alma, se acercó a la puerta del aposento; asomó la cabeza y vio a los niños dormitar. Entonces dio la cara al extraño y advirtió que hedía a sudor de caballo. El hombre vio que los ojos de la mujer brillaban duramente, como los de los muertos.

—Unjú, aquí —afirmó ella.

El hombre se le acercó, respirando sonoramente, y justamente en ese momento ella sintió sollozos afuera. Se volvió. Su mirada debía cortar como una navaja. Salió a toda prisa, hecha un haz de nervios. La niña estaba allí, arrimada al alero, llorando, con los ojos hinchados. Era pequeña, quemada, huesos y pellejo nada más.

—¿Qué te pasó, Minina? —preguntó la madre.

La niña sollozaba y no quería hablar. La madre perdió la paciencia.

—¡Diga pronto!

—En el río —dijo la pequeña—; pasando el río... Se mojó el papel y na' más quedó esto.

En el puñito tenía todo el arroz que había logrado salvar. Seguía llorando, con la cabeza metida en el pecho, recortada contra las tablas del bohío.

La madre sintió que ya no podía más. Entró, y sus ojos no acertaban a fijarse en nada. Había olvidado por completo al hombre, y cuando lo vio tuvo que hacer un esfuerzo para darse cuenta de la situación.

—Vino la muchacha, mi muchacha... Váyase —dijo.

Se sentía muy cansada y se arrimó a la puerta. Con los ojos turbios vio al hombre pasarle por el lado, desamarrar la jáqui-ma y subir al caballo; después lo siguió mientras él se alejaba. Ardía el sol sobre el caminante y enfrente mugía la brisa. Ella pensaba: "Medio peso, medio peso perdido".

—Mamá —llamó el niño adentro—, ¿no era taita? ¿No 'tuvo aquí taita?

Pasándole la mano por la frente, que ardía como hierro al sol, ella se quedó respondiendo:

—No, jijo. Tu taita viene después, más tarde.

UN HOMBRE VIRTUOSO

Con voz premiosa, don Juan Ramón llamó a su mujer. Tenía ya largo rato sentado a la puerta de su casa, observando hacia la de enfrente. Parecía un gato en acecho. La mujer llegó secándose las manos con el delantal.

—Siéntate aquí, porque yo tengo que ir al patio. Atiende a lo que hace Quin. En media hora ha ido dos veces a la pulpería, y eso da que pensar.

La mujer, respetuosa de las manías del marido, obedeció con resignado gesto, y cuando su cónyuge volvió, rindió cuentas de su misión: nada había sucedido. Él la miró fijamente y ella advirtió la desconfianza en sus ojos.

—Te digo que no, Juan Ramón.

Bien, no era cosa de discutir. Su mujer había sido siempre así, medio burlona, y a su edad no podría cambiar. Aceptó, pues, el resultado, pero se propuso aumentar la vigilancia para no darle después a la mujer el gusto de pensar que él no había tenido razón.

Pasado un rato Quin dejó el martillo sobre un parador, se detuvo en la puerta, como persona que no sabe a punto fijo qué debe hacer, se atusó los enormes bigotes grises y se quedó viendo hacia la calle.

¿Qué pensaba Quin? Eso era lo que hubiera querido saber don Juan Ramón. Tenía allí, a su alcance, a ese hombre de pocas carnes, de frente abultada y ancha, de mirada vaga y

sonrisa un tanto maligna; estaba parado a pocos metros de él y sin embargo no le veía. ¿Por qué Quin no le veía? Volvió Quin a pasarse la mano por el bigote y a poco adelantó un pie. Rompería a andar, seguro que empezaría a caminar.

Pero de pronto Quin dio la vuelta, tomó otra vez su martillo y se puso a clavar. Don Juan Ramón se desilusionó. Una tristeza indefinible bajó a los aposentos de su alma y amargó sus rincones más apartados. Si la mujer hubiera estado allí habría visto cómo los redondos y tenaces ojos de su marido habían perdido brillo. Don Juan Ramón se sintió desilusionado y hasta pensó levantarse e irse al patio. Pero no podía moverse de allí. Esperaba que algo sucedería, y además gozaba un poco del sol que entraba por la puerta y calentaba sus viejos pies friolentos.

Pasaron los minutos, uno tras otro, sin descanso y sin prisa; pasó un cuarto de hora. Don Juan Ramón temía que le entrara sueño y buscaba en la calle algo en que poner su atención, un papel que volara llevado por la brisa o una mariposa que pasara con su alocado trajinar. Y de pronto advirtió que Quin había salido y con su lento andar iba camino de la pulpería. Don Juan Ramón se sintió traicionado. Aquella endiablada piedra brillante que le llamó la atención había sido la causa de su descuido.

Quin iba subiendo ya la acera de la pulpería. Don Juan Ramón se puso a dar un paseo frente a su casa. Con las manos a la espalda y los ojos clavados en la pulpería, trataba de ver qué hacía Quin en ella, y no podía. Sus viejos ojos no alcanzaban ya tan lejos. ¿Y qué haría Quin en la pulpería; qué buscaba con tantos viajes a la pulpería?

Quin salió y volvía con la cara más animada. Don Juan Ramón oyó su voz ronca y gastada saludándole, y hasta le pareció que había levantado una mano en gesto afectuoso. Pero don Juan Ramón no se dejaba engañar por saludos. Se

sentía disgustado. ¡Esa maldita piedra! Su mujer también era culpable, porque si en vez de estar por allá adentro be-
rreando con la cocinera se hubiera quedado en la puerta, habría visto algo. Es que no se puede hallar gente que ligue realmente con uno.

Mordiéndose los labios, don Juan Ramón entró y cruzó hasta el patio. No quería seguir vigilando; sabía que era inútil. Hasta el patio llegaban los rítmicos golpes del martillo de Quin. Don Juan Ramón esperaba un rato, media hora más. Pero no pudo esperar tanto. Pues los golpes habían cesado y él se dirigió a su observatorio, aunque ya sin el interés de antes. Se sentó un poco a disgusto, y desde su silla podía ver la sombra de Quin removiendo baúles y tomando medidas.

Quin trabajaba con animación porque se sentía estimulado. Cada vez que perdía el ánimo —lo cual le sucedía varias veces en la jornada— iba a la pulpería, y el pulpero, que conocía su timidez, le servía un vasito de ron antes de que llegara. Quin se escondía tras una estiba de sal, levantaba el codo, alzaba la cabeza, abría su enorme boca y se echaba en ella el ron. Se humedecía siempre los bigotes, cosa que le agradaba porque después iba remojando los labios con las gotas que pendían de los gruesos pelos, y la ilusión de que estaba bebiendo le duraba un rato largo. Pero si había gente Quin se hacía el desentendido, hablaba con el pulpero de alguna cosa; en ocasiones hasta compraba algo que no necesitaba, y no se atrevía a echar los ojos sobre el vasito. Cuando notaba que los presentes no pensaban irse se marchaba haciendo al pulpero una seña con la cual indicaba que volvería pronto.

Ese miedo de que la gente supiera que él bebía evitaba que Quin se emborrachara. Nadie le vio borracho nunca, y don Juan Ramón no había sospechado de él hasta el día anterior, cuando notó que había hecho cinco viajes a la pulpería en pocas horas. Don Juan Ramón había hablado varias veces con Quin,

y si era verdad que lo había hallado un poco raro, a veces muy tímido y a veces más alegre de lo justo, no sospechó de él.

Allá en el taller de Quin se alzó una voz tarareando una vieja canción. Don Juan Ramón oyó y le pareció estar soñando. ¿Cantando Quin, Quin cantando? No; no era posible.

—¡Ana, Ana! ¿Oyes a alguien cantar? ¿Te parece que alguien canta?

La mujer se acercó y dijo que sí, que a su juicio Quin cantaba; estaba segura de que ésa era su voz. Don Juan Ramón no quería creerlo; se levantó, decidido a averiguarlo todo, y con las manos en la espalda cruzó la calle. Quin tarareaba acompañándose del martillo. Don Juan Ramón estuvo un rato en la puerta, observándole, hasta que Quin se volvió y le miró. Algo raro halló don Juan Ramón en los ojos del bauletero. Quin se cortó, dejó de cantar y se puso a, buscar clavos en una cajita. Avisado ya, don Juan Ramón se hizo el distraído. Para él lo más importante en ese momento era oler. Toda la vida se le fue a la nariz. Empezó a hablar, a elogiar los grandes baúles forrados de lata multicolor que estaban amontonados junto a una pared. Pero en realidad, lo que hacía era acercarse a Quin para percibir el olor, para cogerle el rastro de su vicio.

Sin embargo no podía. Allí hedía a todo, y el mismo Quin despedía un tufo a ropa vieja y a cola que mareaba a don Juan Ramón. Además, Quin rehuía al visitante.

Habla que habla, pasaba el tiempo y don Juan Ramón no daba señales de irse. Quin debía tener algo por dentro porque volvía angustiado los ojos a la calle y parecía mortificado. Don Juan Ramón observaba esa inquietud de Quin y disfrutaba el inefable contento de andar tras una buena pista. Pasó media hora. Quin estaba sintiendo la necesidad de un poco de ron; perdía el sosiego, buscaba baúles que arreglar, y entre todos los que había allí no encontraba por cuál empezar. Subió el sol, y sólo cuando de enfrente llamó la voz de doña Ana diciendo

que era hora de comer decidió don Juan Ramón dejar a su víctima. Quin respiró como quien sale de un peligro y se fue derecho a la pulpería.

Quin creía que a un hombre como don Juan Ramón se le engaña fácilmente. Si al entrar en la pulpería hubiera vuelto la cara, habría visto que la puerta de don Juan Ramón no estaba cerrada: allí detrás, acechando, ardían los ojos del vecino, y cuando Quin salió a comer, don Juan Ramón se fue a ver al pulpero, a quien con fingida inocencia le sacó el secreto de los viajes de Quin.

Pasada la hora de la siesta, Quin iba a salir en busca de su primer vasito de la tarde cuando oyó que le llamaban. Su vecino cruzó la calle, esa vez con pasos enérgicos, y cuando estuvo a su lado le preguntó de buenas a primeras, con voz tan grave que impresionó a Quin de mala manera:

—Dígame, ¿va usted a beber otra vez?

El baulero no supo qué contestar. Era tímido y no se atrevía a negar ni se atrevía a decir la verdad. Se quedó perplejo, con los ojos turbios.

Don Juan Ramón le tomó por un brazo y le empujó hacia adentro. De súbito lo dejó libre, se echó hacia atrás y empezó a hablar. Lo que le salía de la boca era un chorro de palabras. Quin estaba alorado. Peroraba el otro sobre los efectos del alcohol en la naturaleza humana, y el baulero se llenaba de susto.

—...Los espíritus alcohólicos alojados en el estómago ascienden a través de las paredes estomacales, se introducen en las venas, se confunden con la sangre, destruyen las válvulas del corazón, y un día, quizá hoy mismo, acaso esta noche, mientras usted duerme, se queda bonitamente muerto, sin saber por qué. Y en cuanto al cerebro...

Quin abría la boca y se quedaba inmóvil y frío. ¿Y era eso así, Señor? ¿Estaba él realmente en peligro de morir en ese mismo instante? El miedo empezaba a adueñarse de todo su

ser y sentía la columna vertebral blanda, los pulmones agarrados y la garganta seca. Abría los ojos cada vez más. Don Juan Ramón seguía hablando. Hablaba de Dios, de la virtud, de la moral, de fisiología, de economía... Era un torrente de palabras que ahogaba a Quin.

Mientras su víctima se acongojaba y se hundía por segundos en un mar de tribulaciones, don Juan Ramón paladeaba el delicado placer de sentir que estaba salvando a una criatura caída en los horrendos antros del vicio. Veía a Quin asustado y a medida que aumentaba el miedo del vecino crecía la sensación de seguridad y de alegría que iba ganando el alma suya, su atormentada alma de hombre virtuoso.

Don Juan Ramón ignoraba de dónde le salían tantos conceptos. Él mismo se asombraba de lo mucho que sabía, y entusiasmado por su irresistible elocuencia hablaba y hablaba sin descanso, con los ojos metidos en los despavoridos ojos de Quin. Éste, al fin, no pudo resistir más de pie y se dejó caer sobre un baúl, y desde allí alzaba la cabeza hacia su vecino con atribulado gesto de súplica. Pero aquello no ablandaba a don Juan Ramón, que volvió a martillar sobre lo de las paredes estomacales, las venas y el corazón. Quin apenas podía pensar ya. Sin duda esa misma noche le tocaría morir. Sus gruesos bigotes temblaban y sentía frío en los huesos.

Nunca hubiera podido decir Quin cuánto tiempo duró aquello. A él le pareció una eternidad. Su miedo llegó a nublarle la vista, a hacerle perder la noción de todo. Sobre él, incansable, don Juan Ramón suplicaba:

—Dígame que no va a beber más; por la salvación de su alma, por el bien del género humano, dígame que no va a beber más.

Quin no sabía qué responder, y tan pronto aseguraba que sí como que no. Pensaba en la noche, la horrible noche solitaria y oscura, y él muerto sobre su catre, muerto,

¡muerto! Ah, Dios, ¿por qué bebía, por qué había cogido ese maldito vicio? Y tal vez no sería en la noche; sino en la tarde; quizá sería una hora después, mientras martillaba sobre un baúl.

¿Cómo iba él a beber más, cómo? No. Juraba que no; lo juraba por sus recuerdos más sagrados. ¡Oh, morir en la soledad, a media noche! Era escalofriante. No podía pensarlo. Sentía el vientre helado y le golpeaban las sienes. Y la voz de ese señor, esa voz.

Paralizado de miedo, Quin no fue esa tarde a la pulpería y en la noche no pudo dormir. En la oscuridad veía su cuerpo, con todo y ropa, con sus viejos pantalones y su saco raído, metido en un ataúd, bajo tierra. Los gusanos —millones y millones de malignos gusanos— entraban por las cuencas de sus ojos, trepaban por sus bigotes, destruían en un segundo sus flacas mejillas. Su corazón recibía de golpe una carga de alcohol y dejaba de funcionar. Los espíritus alcohólicos —¿cómo eran esos espíritus, Señor?— subían en rauda ascensión a su cerebro y allí se metían por cuevas y hendeduras hasta envenenarlo todo y revolver la masa encefálica tal como él revolvía la cola.

Quin sentía sueño, un sueño pesado, que le salía de los huesos, y hubiera querido poder abandonarse a ese sueño. Empezaba a dormirse y de pronto abría los ojos, despavorido. ¡No, no! ¿Cómo dormir, mientras la muerte acechaba? Se le helaría la sangre sin él darse cuenta, se quedaría ahí sin vida... Era insufrible; él no podía sufrir más.

Los ruidos de la noche crecían desmesuradamente. Las cucarachas se movían dentro de los baúles y parecían un ejército de gusanos que llegaba lentamente, en busca de su víctima. El tiempo se retardaba hasta lo imposible. Allí estaba el pulpero sirviendo un vasito. Quin iba a cogerlo, a echárselo en la boca, pero surgían los terribles espíritus, aquellos infernales

espíritus, y Quin caía desmayado. La noche era interminable; no tenía fin; jamás acabaría. Ahí, en su catre, Quin se ahogaba.

De golpe despertó lleno de terror. Se había dormido, y ya las luces del día clareaban el aposento. ¿Estaba realmente vivo? ¿Y si era su alma la que había despertado mientras su cuerpo yacía sin vida? La angustia de la duda roía el corazón del baulero. Se movió un poco; se llevó las manos al bigote y lo encontró en su lugar, lacio y abundante. Luego, estaba vivo, porque un alma no tiene bigote; aunque él había oído decir que el ánima de ciertos difuntos no quiere admitir, al principio, que no pertenece ya al mundo de los hombres y siente como si en realidad no lo hubiera dejado. ¡Qué tormento tan difícil de explicar! ¿Pero estaba él vestido? Pues sí, estaba vestido. Por lo visto no se quitó la ropa para acostarse. ¿Y vivía? ¿Eran verdaderos esos ruidos que llegaban de la calle?

Todavía incrédulo, Quin anduvo por su habitación, llenándose de susto cuando alguna sombra entraba por las rendijas agrandándose en el aposento. Al abrir la puerta vio a don Juan Ramón sentado enfrente, con los ojos fijos en el taller.

Quin se puso a trabajar. Estaba pálido, nervioso, y no acertaba a meter un clavo derecho. A cada momento se sorprendía disponiéndose a tomar el camino de la pulpería, pero se detenía a pensar un instante en la fuerza de los hábitos y en las paredes estomacales y los espíritus alcohólicos. ¡Y qué fuerte era eso de la costumbre! El cuerpo le pedía un vasito, uno nada más; se lo reclamaba la garganta.

Una hora después llegó don Juan Ramón, le preguntó cómo había pasado la noche y volvió a hablar de los estragos del alcohol. Pero Quin no le oía. Le ardía el estómago, le temblaban las manos, le faltaba aire; le parecía que estaba perdiendo la vista. ¡Oh, qué falta le hacía un vasito, uno solo!

Aguantó una hora. Don Juan Ramón se fue, pero se sentó en la acera a vigilarle. Cuando el sol llegó a mitad del cielo Quin empezó a sudar y a sentir náuseas. ¡Un vasito, un solo! Sabía que si tomaba aunque sólo fueran dos dedos se entonaría y se le pasaría aquel vértigo que le aturdía. Pero don Juan Ramón estaba enfrente, vigilando, y dentro de su alma estaba el miedo que le paralizaba. Martilló todavía en un cuadro de madera destinado a un baúl pequeño. De pronto un frío de hielo subió desde sus pies hasta su frente, Y cayéndose, aturdido, sin vista, se dirigió al catre y se echó en él. Ya no supo más de sí ni se enteró de que los vecinos —las vecinas, para decirlo con más propiedad— entraron, arreglaron el aposento, le quitaron la ropa y se hicieron cargo de él. Cuando volvió en sí, dos días más tarde, entrada la noche, vio resplandores de luces a sus lados y oyó algo así como una confusa voz lejana que hablaba de la Gracia divina. Después alguien le tomó la muñeca y le abrió la boca. Enseguida todo volvió a ser vago, distante. Por la mañana, al otro día —¿o era el mismo día, con otra luz?—, creyó oír decir, con bastante claridad:

—Fue por dejar de beber. Sobrevino una depresión...

La voz pasó a ser murmullo, y ese mismo murmullo se alejaba más, cada vez más y más y más. En el fondo de su pecho comenzó a formarse una sensación agradable de tranquilidad, de honda paz. De pronto sintió que no podía respirar. Una señora dijo que sonreía, y así debía ser, sólo que bajo sus enormes bigotes nadie podía ver si movía o no los labios. Lo que sucedía era que Quin buscaba gotas de ron en los pelos; las buscaba como en un sueño. Fue su último deseo.

Don Juan Ramón estaba sentado a la cabecera del moribundo. Muy serio, vigilaba atentamente la faz de su vecino. De pronto levantó una mano, indicando que todo había acabado, y dijo solamente:

—Ya.

Sobre el rostro de Quin se había extendido velozmente un tinte amarillo y a seguidas empezaron los huesos a brotar, a crecer, a querer salirse de la piel.

Don Juan Ramón se volvió y escudriñó con ávida mirada la cara del médico. ¿Había dicho que fue por dejar de beber, o había él oído mal? Fingió indiferencia al preguntarlo.

—Sí—respondió el médico—. No siempre pueden dejarse las costumbres de golpe.

Don Juan Ramón se quedó mudo de asombro. ¿Era posible que un médico afirmara tal cosa? ¿Por qué? ¿Por qué?

Súbitamente don Juan Ramón creyó ver algo raro en los ojos del joven galeno, y de pronto, relampagueante, iluminando los rincones más oscuros de su alma, sintió la sospecha. Se puso de pie, casi de un salto, y se acercó al médico. Otra vez volvió a agitarse todo su ser, a sentir la vida entera alojada en la nariz. El instinto le decía que había dado con una buena pista, y temblaba de emoción.

Porque sin duda alguna el médico había hablado así para calmar su propia conciencia. También él debía ser, como Quin, un desgraciado vicioso.

LA VERDAD

Nadie se explica por qué el matador de Quique Blanco ha rechazado las proposiciones que se le han hecho; por qué se niega a que lo retraten. Un periodista dijo que era muy humilde, y se cuenta que se avergonzó cuando quisieron hacerle un regalo digno de su hazaña. Ayer oí contar otra vez la historia. Refiere que el muchacho —un jipato de las vueltas de Moca— aprovechó un corto sueño de Quique, le arrebató el revólver y le destrozó la cabeza. Hay quien asegura que entre las víctimas de Quique figuró el padre de su matador, que éste sólo quiso vengarse y que por eso rechaza la notoriedad que le ha dado el suceso.

Yo aseguro que no hay tal cosa. La verdad, la absoluta verdad de los hechos la tiene una sola persona. Soy yo. Ahora la voy a hacer pública, y desafío a que alguien pretenda desmentirme.

Bajando de las vueltas de Villa Trina echaba mi caballo por veredas ahogadas entre matorrales. Eso ocurría en el mes de enero. Buscaba a don Aspasio Guzmán, a quien conocí en la Capital y de quien tuve promesas de un contrato para medir sus propiedades. Él mismo me dijo que sus terrenos empezaban en el llano y que eran tantos que algunos de sus potreros

trasponían las estribaciones primeras de la Cordillera y caían por las vueltas de Conuco. Confieso que me entusiasmé. Lo que me estaba haciendo falta era un cliente de esa naturaleza, y aunque estábamos un poco tragueados sentí que el hombre hablaba verdad. Él bebía escandalosamente. Era ancho y alto, con un vozarrón insufrible. Tomó más de la cuenta y se puso necio. Manoteaba como un energúmeno, increpaba a los sirvientes y se pelaba la garganta gritando vivas al gobierno. Estábamos en un sitio alegre. Don Aspasio llamó a una muchacha y ella no le hizo caso; eso le enfureció y se levantó con evidentes intenciones de pegarle. Al tiempo de querer andar dio algunos traspies y cayó de bruces. Se quejó un poco; lanzó palabrotas inaudibles. Nadie le hacía caso, ni él me lo hacía a mí, que lo removía invitándole a levantarse. Cuando me iba de allí, poco después, don Aspasio roncaba como un cerdo.

¡Lo que anduve tras el hombre al día siguiente! No dejé hotel en que no le buscara. Lo describía minuciosamente; me refería sobre todo a su enorme leontina de oro macizo y al anillo que llevaba en la mano izquierda, que debía pesar media onza. Nadie me dio noticia de don Aspasio; y como yo no estaba en condiciones de perder un cliente, aunque no tuviera el aspecto de campesino rico que tenía aquél, resolví irme a Moca y averiguar dónde vivía. Total, gastaría seis o siete pesos. Con ellos no podía ser más pobre, y sin ellos no podía ser menos rico.

Me encaminaron hacia Villa Trina. De allá bajaba aquella tarde plácida. Con el fresco de la hora parecía animarse mi montura. Como coloreada por un humo vago, mecida por una brisa acariciante, la tarde disipaba mis preocupaciones y me infundía cierta paz. Hasta a silbar me puse. A trechos elevaba la cara. Un poco ahora, otro a seguidas, el cielo se me iba mostrando por entre las ramas oscuras del monte.

La noche empezaba ya a soldar los perfiles, a igualar los relieves y los colores. Avivaba el paso mi caballo, y fuera del vago rumor que surge de los bosques que se adormecen, todo era tranquilidad en los alrededores. De pronto, pegado a mí, tan rápido que apenas pude apreciar de dónde salía, un hombre sujetó el freno de la montura al tiempo que mirándome fijamente decía:

—Déme una candelita, amigo.

Conteniendo mis nervios estudié velozmente al intruso; después metí mano en el bolsillo y vi cómo sus ojos siguieron el movimiento de esa mano. Parecía receloso. Era negro y tenía aspecto miserable. Vestía camisa color indefinible, hecha trizas, sin botones. Llevaba un macuto grande bajo el brazo. Cuando le tendí los fósforos se destocó y sacó del fondo de la gorra el cachimbo. Al encender le vi una escasa barba —muy pocos pelos cortos— y una cicatriz en la mejilla derecha. Era feo e impresionante. Sin soltar el freno miró a todos lados, como persona perseguida.

—Como que viene de lejos —susurró.

La verdad es que yo deseaba que aquel hombre me diera oportunidad de entrar en confianza con él. Me tenía como hechizado, quizá por su imprevista aparición. Así, cuando me habló le respondí en seguida.

—¿De Villa Trina? —pareció dudar—. Pero cristiano... ¿y pa' qué no cogió el camino del pueblo?

—Es que no soy práctico por aquí —expliqué—. Ando buscando a un hombre.

—¿Cómo se llama? —me interrumpió.

—Don Aspasio; don Aspasio Guzmán. Tiene unas tierras...

—Sí; pero él vive pa' los laos de la Rosa. Eso es por Hinchá, amigo.

—¿Está seguro? Hace dos días que ando averiguando.

Estaba pensando que me ayudaba el destino, que aquel hombre había sido puesto allí para que me dijera eso, nada más. Pero hubo un ruido en el monte, como de pasos, como de carreras. Rápido, el hombre se tiró tras las patas de mi caballo.

—¡Cállese! ¡Cállese! —ordenó en un soplo.

Sentí la amenaza de su voz. Era impresionante y baja. Esperé. Nada. El silencio había tornado. Poco a poco él se fue irguiendo, rodándose tras mi montura, vigilante siempre. Nada. Durante medio minuto sus ojos siniestros estuvieron hurgando en la noche naciente, y pareció intranquilo.

—¿Usté ha topao gente? —preguntó en voz leve.

—No. Deje atrás un hombre, hará como dos horas.

Tornó a mirarme con fijeza. Parecía no confiar en mí.

—¿Un hombre? ¿Cómo andaba vestido?

—Con pantalón de fuerte azul. Venía a pie —dije.

—Ah...

Juraría que se le entristecieron los ojos. Despegó la mano del caballo.

—Bueno, amigo... —empezó— yo me voy; tengo mucho que andar. ¿Usté no tendrá algo pa'l camino?

—Cómo no; por aquí debe aparecer algo. Un momento.

En el fondo del bolsillo se me había enredado la mano con lápices, llaves, papeles, y ya había pescado dos monedas de a diez, cuando oí al hombre rogar, con un tono distinto al que había usado:

—Hágame un bien, amigo: si lo pechan y le preguntan que si vido un hombre asina, como yo, diga que no. Es un bien que usté va hacer. Diga que no y usté verá que no le pesa.

Me miraba con ojos amargos mientras yo ponía las monedas, en su mano. Me dio tristeza.

—Diré que no; júrelo —aseguré.

Él quiso sonreír, pero no pudo. Dijo simplemente:

—Vea, Dios le ha de pagar eso.

Y casi sin terminar la frase se sumergió en el monte, fundiéndose con la negrura de la noche, que avanzaba lentamente.

En el parque, en las casas de familia, en los grupos que jugaban dominó llenando las puertas de las pulperías, la gente del pueblo no sabía hablar de otra cosa.

—Sí, pasó anoche por aquí...

—Dicen que se metió por un cacaotal que está del otro lado de Arroyo Cano...

—Una vieja que lo vio asegura que va herido...

Inocente como era, apenas entendía, hasta que alguien me explicó:

—Quique Blanco, que vino de Puerto Plata para acá hace tres días.

—¿Quique Blanco?

—Unjú.

—Antier tarde —dijo un tercero— se tiró con un sargento en Licey y mató a una muchachita que atravesaba.

Yo me quedé confundido. Para mí Quique Blanco había cruzado la frontera muchos meses atrás. Hacía ocho años que tenía en jaque a todo el Cibao. Se presentaba de improviso en Santiago, desaparecía y al otro día abaleaba un soldado en Salcedo. Nadie supo cómo se las arreglaba para recorrer distancias tan largas. Se dijo que era brujo, que cuando lo quería se hacía invisible. Se le temía como a un dios implacable. El gobierno despachó cientos de hombres tras él, y el ejército llenaba la cárcel de pobres campesinos, sospechosos de encubrirle. Nada. Mandaron a Número Mayor, un sargento famoso en la persecución de criminales; jamás volvió Número Mayor. Se tuvo el soplo de que Quique iba a dormir a un ranchón de tabaco, y un grupo le cogió el

nidal desde el atardecer. A media noche resonó un tiro, que le destrozó la cabeza a uno de los perseguidores, y se oyó tronar arriba, entre las pacas de tabaco, la voz impresionante de Quique Blanco:

—¡Vengan a cogerme si se atreven!

Puesto a contar las hazañas de Blanco, un hombre llevaba más de una hora, y algunas de las que relataba parecían realmente fantásticas. Mi interés fue decayendo a medida que aumentaba el sueño que tenía. Me sentía deshecho, quemado por el sol del camino, y decidí irme a casa. Al levantarme no me acordaba de Quique Blanco; me preocupaban mis asuntos y tras ellos andaba... Hasta que tres días después...

Con el sol de caída volvía a Moca. Me sentía alegre. Era un gran tipo aquel don Aspasio, tan gritón y tan hospitalario. Estuvo enseñándome tablones de plátanos, de yucas, de frijoles, de piñas. Me llevó al potrero, lejísimo, pegado al río. La yerba lozana cubría a las reses, y sólo el ondular de aquella especie de gigantesca alfombra señalaba el lento paso de una vaca. Estuvimos viendo también los chiqueros, y las pocilgas de siete polanchinos enormes, que no podían ponerse de pie de tan gordos y gruñían ligeramente, echados a la sombra de aguacates frondosos. Era un encanto el sitio. Lo que me desagradó fue ver un bohío pobrísimo en medio del maizal. Guarecía a la familia de un peón. Estaban flacos y demacrados los niños, y aunque el mayor, de cinco que eran, no tendría arriba de siete años, se pasaban el día solos, como huerfanitos, sin comer otra cosa que mazorcas tiernas, hasta que llegara el padre a salcocharles plátanos. Les di centavos, mientras ellos me pedían la bendición. Eran tan tímidos que no se atrevían a coger las monedas.

Le dije a don Aspasio que solucionara el problema de esa familia abandonada, y me contestó que en el campo los muchachos se crían como los cerdos, comiendo tierra. Estuve sobre un cuarto de hora sin hablar. Creo que soy cobarde, porque de otro modo hubiera reaccionado inmediatamente contra aquella asesina tranquilidad. Quizá lo hubiera hecho; pero necesitaba del hombre.

Volvía contento. Ya al salir me había prometido firmarme el contrato por la mensura del sitio de Las Quebradas. En camisa, con su gran tabaco en la boca, escandaloso de voz y figura, estuvo diciéndome adiós y recomendándome que volviera de momento a darme unos tragos.

No hice más que dejar de verlo, al tomar el paso del arroyo, cuando oí el silbido. Era muy bajo, sostenido, largo. A pesar de la hora, el lugar infundía no sé qué sensación de soledad y de asechanza. Miré a todos lados, vuelto un lío de nervios. Iba a romper marcha otra vez y tornó a dejarse oír aquel silbido impresionante. Me sentí vigilado, amenazado y violento. Cesó de nuevo cuando ya estaba a pique de tirarme del caballo y arremeter contra el monte. Pero no hice más que picar espuelas y arrear al animal para que lo oyera otra vez.

Había decidido asustar al caballo y lanzarlo a toda carrera sobre sus pasos. Es difícil de explicar. El sitio húmedo y sombreado; la soledad; el silbido aquél, que tenía una modulación lúgubre; quizá el temor subconsciente de que anduviera por allí Quique Blanco, aunque en verdad no lo recordaba en este instante; todo contribuía a llenar el momento de cierto prestigio bárbaro, imponente. Además, el campo cibaño es siempre impresionante. Le parece a uno, ahogado como está por la selva nutrida, que brujos poderes lo acechan y lo cercan, que lo vigilan mil ojos misteriosos. Siempre me impuso el monte cibaño; pero jamás como aquella tarde. Creí que iba a estallarme el corazón. Lo sentía reventándose el pecho,

y por mucho que buscaba un objeto, un hombre, una bestia, cualquier cosa cuya presencia explicara aquel silbo, algo sobre qué descargar mis nervios, no veía, no encontraba. Fueron unos segundos de pesadilla, horribles e inolvidables.

Iba a lanzar el caballo ya, cuando una voz muy baja sopló a mi espalda:

—Soy yo, amigo; soy yo.

Me fui volviendo poco a poco, para no demostrar mi impresión. Todavía no precisaba. Se movió una rama en el matorral que estaba justamente a los pies de mi caballo.

—Soy yo —tornó a decir la voz.

Entonces fue cuando la reconocí. Empecé a soltar los nervios. —Salga —casi ordené.

—No —el hombre me enseñó el rostro por entre la turba de hojas—; véngase usted atrás de mí, que yo no puedo salir al camino. Hágame ese bien.

Todavía temía algo.

—Salga; no hay nadie —aseguré.

—Le digo que no puedo salir. Esto 'tá cundió de guardias.

De pronto el desconocido sacó la cabeza, ojeó con indecible rapidez el camino y de dos saltos se puso del otro lado. Fue como una sombra. Nadie le hubiera visto. Yo mismo me quedé pasmado. Me hechizó el hombre. Consciente de que no debía hacerlo, convencido de que estaba procediendo como un tonto, me tiré del caballo y corrí tras él. Pero aun siguiéndole, apenas le veía. Acertaba a columbrar, apenas, sus ojos relampagueantes, que recorrían veloces las sombras del monte. De pronto se detuvo.

—Sentémono aquí —dijo—. 'Toy cansao, amigo.

Sin la menor sospecha, totalmente confiado, me senté a su vera.

Había transcurrido un tiempo que me pareció muy largo, sin que ni el desconocido ni yo dijéramos palabra. Ambos parecíamos ver los bejucos cerrados que dominaban los troncos y descendían como cortinas. Se percibía el rodar de un arroyo y el aire estaba cargado de húmeda frescura. Oíamos el freno del caballo que andaría ramoneando por el camino. Parecíamos dos amigos fatigados. Él dijo:

—Usted dirá que le voy a gastar los fósforos. Necesito uno.

Tenía cierta tristeza en la sonrisa y era muy feo. Ésa vez lo veía mejor. Le brillaba la piel y sus ojos mostraban una dureza impresionante. Le tendí la caja. Encendió calmosamente. Después dijo, mirándose los pies descalzos:

—Amigo, yo nunca fallo. Me dio el corazón que usted era buena gente, y como tenía tanta necesidad de conversar... Van pa' siete años que no converso al paso, amigo...

Ahí me asaltó la sospecha. Fue una intuición precisa y segura como un tiro certero.

—Pero entonces usted es...

No me dejó acabar.

—Sí, amigo. Yo creía que ya usted lo sabía.

Y me llenó de sorpresa verlo tan sereno y tan triste a la vez, como si nada hubiera dicho, como si no fuera el objeto de una caza feroz y larga.

Llevaríamos más de media hora allí. Él había contado innumerables episodios de su vida y parecía muy cansado. Tenía una voz triste.

—¿Y por qué anda en estos pasos? —le pregunté.

—Amigo —dijo—, la maldá... Por maldá de un compañero me veo asina. El mejor hombre 'tá regoso a pasar por esto.

La brisa de la tarde hacía sonar las hojas del bosque, cerca se oía rodar agua; algunas avejillas cantaban al atardecer. En el apacible y a la vez majestuoso escenario, la voz del perseguido, a menudo tocada de honda ternura, iba enhebrando la historia.

Él era campesino, joven. Había oído hablar de la Capital y soñaba con librarse del ambiente agreste en que creciera. Buscó medios; pero no los veía. Un día descubrió el camino: ingresaría en el Ejército. A principio, claro, le supo mal; pero después se acostumbró, y hasta logró tener amigos, uno, sobre todo, a quien quiso.

—Bueno —explicaba—, no le voy a decir lo que yo quería...

Cuando llegó a sacudirse del todo el espíritu del campo, y se hizo a la vida de ciudad, se enamoró. Fue mala cosa esa. La mujercita era una perdida, sin duda; pero él la hallaba buena. Por lo visto ella coqueteó también con su amigo... No está claro. De todas maneras, el amigo hizo mal.

—Él, ¿usted sabe?, era guardia viejo, lleno de mañas, y me jugó sucio.

Tan pronto comprendió lo que pasaba se entregó a meditar. ¿No sería lo más discreto olvidar a la mujer y al amigo? Bien: a la mujer sí; al amigo no podía.

—Mujeres hay muchas, créamelo; pero amigos... ¡Jum!

Sin embargo, el compañero no parecía serlo del todo, o a lo mejor se enamoró él también, porque la mujercita era sabida. El caso fue que un día de inspección el otro hizo la maldad. Le ensució el sombrero para que lo arrestaran y no pudiera salir esa noche. A Quique le indignó aquello.

—Le juro, amigo, que no fue por no verla, sino por el mal hecho. Ya usted ve el tiempo que hace de eso... Bueno. Todavía no lo perdono...

Y, cosa inexplicable, él, en quien no había despertado aún la fiera, estuvo a pique de pasar por alto el pecado del amigo.

Casi nada faltó para olvidarlo; pero el otro colmó la medida. El lunes, mientras Quique llenaba su jarro de agua, se le acercó con cara de malicia.

—¿‘Taba blandito el piso? —preguntó.

Quique se sintió arder. Levantó el jarro, furioso por la burla, y le dio en la frente.

—Cosa de nada, créame; un simple chichoncito...

Corrió alguien y los separó. Pero esa noche el amigo estaba de patrulla, tropezó con Quique en un barrio y quiso maltratarlo.

—Ahí fue la desgracia. Yo ni an tenía la idea de matar a un cristiano. ¡Qué va! Y salí juyendo porque yo conocía la cárcel y sé lo que sufre un hombre metío ahí.

Quique Blanco enturbió sus ojos y miró muy hondo, tanto que no se sabía qué buscaba viendo, si la noche naciente o sus recuerdos.

—Si la cárcel hubiera sido como debe ser, no ‘taría yo agora aquí ni hubieran pasao muchas cosas, amigo. Lo primero sí, porque era una desgracia, y ahí sólo Dios puede...

Tal vez él tenía razón. Yo no lo juzgaba. Le oía explicar su caso, le oía preguntar, desolado, por qué lo persiguieron. Él no robaba, no mataba, no se metía con nadie. Simplemente no quería caer preso, porque la cárcel es dura hasta lo indecible. Un día, cansado, resolvió hacerles frente a sus perseguidores, y ya tuvo que seguir.

La voz de aquel hombre no desentonaba en la placidez del sitio. Acusaba a la sociedad de su desgracia, y lo hacía tranquilamente, sin énfasis, poniéndole cara a la maldición. De golpe se volvió a mí:

—Yo lo quería ver hoy, amigo. Dende aquella tarde me dio el corazón que usté era buena gente, y tengo dos días por aquí velándole el paso.

¿Me enternecí o me acobardé? No lo recuerdo con exactitud. Sí que le dije:

—Mande, Quique. Quizá yo pueda serle útil sin faltarle a mi conciencia.

—No, amigo, no tiene que faltarle; sólo lo quería pa' conversar con usted. Me parece que no voy a durar mucho, y como de mí se habla tanto no quería morirme sin que siquiera un hombre supiera que de no acosarme como un perro con rabia, esto se hubiera evitado.

Vi lo que decía. Me parecía que allí, a dos pasos, estaba el perro, con la pelambre erizada, mostrando los blancos dientes, amenazador, y que los hombres lo cercaban dando gritos y esgrimiendo machetes. Me sentía soliviantado, lleno de pesadumbre. Si Quique se hubiera quedado en el campo, trabajando, quizá casado... Pero se metió a guardia y aprendió a ser rudo.

Él lanzaba manotadas matándose los mosquitos y los mimes que le comían las piernas. Torné a verlo. Ni miraba ni se movía. Negro, triste y perseguido...

—No piense mal, Quique. ¿Por qué va a morirse usted?

—Es que tengo que morirme, amigo. Usted no sabe lo que tengo por dentro. He pasao muchos años poniéndole el frente al diablo y llevándome en claro a muchos vagabundos; pero hace unos quince días que me pasó una cosa muy mala, y dende entonces ni an duermo.

Manoteando discretamente esperó a que yo dijera algo. Accedí.

—¿Cosa mala? —pregunté.

—Sí, amigo. Me salieron en Licey...

Quique había estado rondando por Licey en pos de un compadre enfermo, y los soldados lo velaron. Ellos no acertaban nunca, porque la fama de Quique les hacía temblar el pulso a los mejores. Además, no se cuidaban de que hubiera o no gente. Mejor si la había, porque así se propalaba la noticia de que se habían enfrentado al temible Quique

Blanco, y eso, claro, podía proporcionar algún ascenso. Así, ese día una niña cruzaba cerca del fuego. La cogió una bala de Quique. Él la vio caer, y de golpe sintió que se le aflojaba el corazón.

—Dende ese día ando como loco, amigo. Cierro los ojos y la veo cayendo. Era una pobre criatura. No me lo perdono, amigo, y quisiera tener el poder de Dios pa' devolvérsela a su mama.

Mi propia voz me sorprendió. Yo no quería hablar; pero tampoco quería que él siguiera. Dolía oírle. Yo no sabía qué decir. ¿Cómo darle consuelo a él, hombre de corazón duro, y culpable, además?

—¿Usté tiene hijos, Quique? —pregunté.

—No, amigo. Si hubiera tenía uno...

Adiviné el resto. En su lógica primitiva dar su hijo en pago de la muerta era una solución. ¡Y eso lo pensaba él, que no sabía cómo se quiere a un hijo! Sin duda la sociedad malogró en Quique Blanco un espíritu delicado.

Moví la cabeza para verle. Durante unos segundos inacabables se mantuvo con la vista alta, como tratando de ver el cielo. Le observé y comprendí: estaba haciendo esfuerzos para que no le saliera una lágrima. Me sentí yo también culpable, responsable de su tragedia. Le cogí una mano.

—Quique —dije— no tema. Usté morirá hoy, mañana, dentro de un año, dentro de cien. Pero usté sabe que no es malo, y eso basta. Usté sabe que no quiso matar esa niña...

Ahí no pudo más. Su cara tosca se llenó de una ridiculez majestuosa. Torció la boca, se tapó los ojos y rompió a llorar.

—Yo no quise, amigo, júrelo —medio dijo.

Como lo hubiera hecho un padre, le fui pasando la mano por el áspero pelo. Ni me molestaba su mal olor de hombre miserable. Estuvimos así un tiempo incontable. Se hacía cada vez más oscuro. Poco a poco fue Quique serenándose; pero le noté que no quería verme más.

—Váyase, amigo —rogó—. Déjeme aquí. Hoy no, porque tengo que ir donde un compadre a llevarle medicina, pero mañana se acaba todo. No le cuente a nadie que habló conmigo, porque se lo llevan. Me tienen como si fuera perro con rabia. Váyase, que yo me quedo.

Busqué en mis bolsillos.

—Vea Quique, no puedo darle más, pero acéptelo como si fuera mucho; se lo doy con gusto.

Él estaba sentado todavía en el tronco y no me miraba.

—No, amigo. Usted me ha dao más de la cuenta, porque me ha dao consuelo y atención. No. Yo sí debería darle algo; pero no sé qué.

—No se apure —dije—. Me basta con la voluntad y con el recuerdo de esta tarde.

Iba a decirle adiós ya, pero él me atajó y buscó algo en el macuto. Sacó un hierro brillante y estuvo acariciándolo. Me lo tendió.

—Llévese eso. Yo no lo he usao todavía —dijo.

—No, Quique; quédese con él.

Entonces alzó la cabeza e inició una sonrisa. Se quedó con el brazo encogido, el revólver en la diestra. Tenía aspecto de niño.

—Vea —aseguró lentamente—: no sabe lo que le agradezco esa delicadeza, amigo. Este lo tenía yo pa' mí.

De golpe se puso en pie, volvió a meter el arma en el macuto y me tendió la mano.

—¿Usted no se siente en darle la mano a un criminal? —casi suplicó.

Y cuando se la estreché me miró con franqueza, limpiamente. Sonreía y parecía feliz. De súbito dio la espalda y a saltos largos y silenciosos se metió en el tupido monte. La noche había caído del todo cuando yo dejé el sitio.

Dos días después, de vuelta en la Capital, me encontré con la noticia de que un muchacho de Moca había sorprendido a

Quique Blanco durmiendo y le había destrozado la cabeza de un tiro con el revólver del propio muerto. Más tarde supe que habían paseado el cadáver por todos los pueblos del Cibao, para que la gente no creyera que seguía vivo.

Vivo, estuvieron persiguiéndolo con rabiosa saña; muerto, se regodean sobre sus restos y mienten descaradamente. Pero yo sé la verdad, la única verdad de esa vida empujada al crimen; la única verdad de esa muerte realizada con heroica frialdad. Es esa que he dicho. Desafío al más osado a que me contradiga.

CHUCHO

Precisamente a este lugar quería llegar Chucho. Ya estaba solo. A los tres días no había visto una cara. No se oía otra cosa que el mugido del viento entre los troncos y, a veces, el ronroneo de algún arroyo. Por entre los claros de los árboles se veía el camino que flanqueaba las lomas; desde alguna eminencia propicia se adivinaba el llano abajo, perdido entre nubes, oscuro y dilatado.

Chucho sabe que su caballo no resistirá mucho más. Encima arde un sol bravo. Pasa la brisa y quema; mira hacia las piedras y le arden los ojos. De pronto le parece distinguir, al pie de la cuesta, un hombre. Arrea su montura.

—¡Ey, don! —grita.

Pero no lo oyen. Ve al hombre cruzar de prisa.

—¡Ey, don!

Él otro atraviesa el camino. Parece huir.

—¡Don, don! ¡Ey, don!

Pero ¿quién ha de oírle a él, a Chucho, allí donde no mora alma? ¿No buscó estas vueltas precisamente por eso?

Chucho se siente tan cansado del camino y de la soledad que olvida su miedo; se deja caer y se echa a dormir a la sombra de un mamey, mientras el caballo ramonea a su vera.

En lo mejor del sueño, cuando estaba materialmente duro como un tronco, sintió pisadas. Despertó de un salto, con los ojos todavía torpes, y echó mano a su cuchillo. Oyó otra pisada. Se corrió hacia el tronco, guardándose la espalda, y esperó.

La noche venía subiendo y bajando a toda prisa las lomas. Una tenue claridad azul se conservaba en los firmes, pero empezaba ya a ascender en busca del cielo.

Con mirada ávida, Chucho espiaba el sitio del ruido. Creció. Parecía que gente enemiga se acercaba tronchando matos. Decidido ya a jugarlo todo, gritó:

—¡Que salga el que sea, carajo!

Resonó entonces un rápido chillido y vio cruzar un cerdo a veinte varas. Le dio rabia no haberlo adivinado. Pensó: “Puercos cimarrones de atrevidos”. Sin embargo no estaba tranquilo.

Encontró el caballo casi a media loma. La noche se había cargado de cocuyos cuando Chucho se paró en seco.

—Si me da un mal por aquí tan solo no hay quien me salve —se dijo.

Estaba cansado hasta lo indecible y se sentía afiebrado. Caminaría toda la noche, todo el día siguiente, todos los días de la semana, y no vería una persona. No comía desde dos días antes; no comería el próximo y quizá nunca más. Si caía enfermo tendría que arreglárselas sin una tisana. Hasta el caballo podría morírsele.

Chucho apoyó los codos en el cabezal del aparejo, se metió la cara entre las manos y apretó las sienes.

Allá abajo está Río Verde. Probablemente Isidoro y Piro estarían en la pulpería; el domingo irían a los gallos en Licey y tal vez a algún baile. Él, Chucho, no podía pensar más en esas cosas. Le da una gran tristeza admitirlo. No encontrará por aquí con quien hablar, a quien contarle algo. ¿Qué va a hacer tan solo?

Lo piensa hondamente. Días y días y días en soledad: ¡qué horror! Se ablandan hasta las entrañas pensándolo. Ni un niño siquiera; ni esperanza de una mujer...

Insensiblemente va haciendo dar vuelta al animal. La noche es ya una cosa cierta.

En el llano se abrían los caminos como los dedos de una mano. Los árboles cobijaban bohíos; reventaban flores entre los matorrales. A veces se oían cantares y los niños correteaban apedreando cerdos y gallinas. Chucho vio pasar una muchacha trajeada de verde. Iba descalza, movida de caderas, y llevaba a la cabeza un higüero con agua. Él no pudo resistir la tentación y la llamó. A la muchacha le llameaban los ojos bajo unas cejas finas. Sonreía.

—Sí —le dijo

—Más adelante hay un caminito estrecho. Ese es el de Mataceniza.

Cerca de donde estaba se veía un jardinillo, y detrás un bohío a la sombra de un rojo framboyán. Pasó un hombre. Chucho le vio con interés, porque aquel demonio no le quitaba ojo de arriba. Creyó que le estaba reconociendo; que le llamaría; que le iría encima, machete en mano. El otro empezó a silbar un merengue. La muchacha lo miraba, siempre sonreída. Chucho comprendió.

—¿Su novio? —preguntó.

Ella no dijo palabra. Movía las caderas al andar.

El caballo se le iba cayendo a Chucho bajo las piernas. Cuando se vio frente a la bifurcación del camino se detuvo un rato. Río Verde estaba muy cerca. Por el camino ancho se iba a Burende, y de Burende sólo había que bajar un trecho para caer en su casa. Pronto iba a oscurecer.

Chucho arreó la montura y tomó la vereda. A corto andar topó un hombre. Estaba recostado sobre las trancas que abrían paso hacia su bohío.

—Saludo —sopló deteniéndose.

El hombre contestó sin moverse.

—Vengo cansado y quisiera posada —explicó Chucho.

El otro casi no contestó. Mordió alguna palabra, se dobló y empezó a tirar maderos. Cuando terminó, alzó la cabeza y señaló el bohío.

—No va a dormir muy bien... —empezó.

—Mejor que en el monte, amigo —terminó Chucho sonriendo.

E inmediatamente se asombró de que pudiera sonreír, él, un hombre que tenía los huesos quemados y que quiso llorar allá arriba, en la tremenda soledad de la loma.

Sobre la cena y en ella, el silencio. La jumiadora se esconde en cada ojo. El hombre que le abrió las trancas mira a la vieja y pregunta, como si hablara consigo;

—¿Qué habrá Mingo?

A poco explica, siempre con dejo de cansancio:

—Salió dende ayer con la guardia atrás de un hombre de Río Verde.

Chucho no entiende.

—¿Atrás de...? —pregunta con voz rota.

El otro le mira por debajo de la ceja. Chucho abre la boca y parece idiota. El bohío debe estar dando vueltas. El otro repite:

—De uno de Río Verde.

Seguía todo derrumbándose. El catre y la cena estaban allí, quietos, y la muchacha que vio en la tarde. Pero lo demás giraba locamente sobre su cabeza, bajo sus pies.

Sabía solamente que el hombre seguía mirándole con dulzura. Mas sus ojos eran tenaces, y quizá demasiado serenos. El mundo daba tumbos... Hasta que unos pasos tranquilizaron todo aquello.

Chucho se apretó las manos y se violentó a sí mismo, sin embargo se vio obligado a rehuir la mirada de aquel hombre oscuro y alto que apareció en la puerta. Vestía de amarillo y saludó con voz de mando.

Chucho adivinó más gente tras el soldado. Entró uno más, pequeño y mirón. Parecía muy cansado.

—Ese condenao 'tá dando que hacer —explicó el pequeño.

Chucho comprendía perfectamente que no debía hablar; y no lo hizo. Ellos siguieron comentando su asunto con frases rápidas. El dueño de la casa preguntó por su hijo y le contestaron que estaba atendiendo las monturas.

Ahora se sentía latir una amenaza dentro del bohío. Chucho se preparaba a luchar. Estaba en la boca de una trampa, y no quería caer en ella porque esto no era la altura desolada; aquí la vida era algo grato, digno de que se defendiera. La vida y la libertad.

El soldado grande se movió hacia él. Chucho sintió que se arrugaba del pecho a la boca. Se quedó mirando sus propios pies. Al fin logró empezar:

—¿Se puede saber a quién buscan?

El soldado pequeño dijo:

—A uno de Río Verde.

Chucho insistió:

—¿Y qué facha tiene?

Le ardían las sienes y las mejillas. Tenía los músculos endurecidos, como quien espera un ataque.

—Flaco y descolorió —aseguró el otro.

Entonces el hijo de la casa entró por la puerta que daba al patio.

—Se parece su chin a usted —dijo.

—¿A mí?

El soldado grande estiró el pescuezo y lo miró con unos ojos bermejos. ¡Ahora sí se le había enredado la madeja a Chucho! Pero el viejo intervino:

—En el tamaño y en el color no más. Son muy distintos.

—¿Es de mi tamaño?

El viejo aprobó moviendo la cabeza de arriba abajo. El hijo seguía de pie, echando candela por los ojos negros, bajo el raído sombrero de cana.

El soldado grande se incorporó y avanzó con lentitud estudiada. Chucho lo veía caminar sobre él y le pareció que se agigantaba.

—¿Usted no lo habrá visto por casualidad? —preguntó con una voz tan templada y tan serena que no se le conocía la malicia.

Chucho se sintió desamparado. La vida estaba aquí, en el llano. Todo era fuerte y alegre.

—¿Yo...? Yo no.

—¿Que no?

La boca de la trampa se iba cerrando lentamente.

—No... Fue que en la loma vide uno pareció a mí.

El soldado le apretaba el brazo, arriba, cerca del hombro...

—¿Pareció a usted? —insistió.

—Sí, mucho.

Hablaba y el soldado no le soltaba el hombro. Chucho estaba calculando ya que necesitaba dar un golpe de varón. Sólo así tendría probabilidad de eludir la boca de la trampa. Iba a hacerlo; iba a reventar con una palabra cuadrada...

—Vea —terció el viejo—. Este hombre es de la loma.

—Sí —apoyó Chucho. Y señaló vagamente el lugar donde ellas estaban—. Por allá fue que lo vide —explicó.

El soldado empezó a soltar poco a poco.

—Mañana sale con nosotros —dijo.

A Chucho se le desbocaron estas inexplicables palabras:

—Yo no puedo porque voy al pueblo a buscar medicina.

—¿Al pueblo? ¿Y por qué no llegó hoy? 'Tá cerca. Volvió a terciar el viejo:

—No puede porque tiene la montura enferma.

El muchacho miró a su padre y miró a Chucho. El viejo ofreció:

—Mingo dirá con ustedes. Él conoce esas vueltas. Entonces el militar masticó la aprobación.

—Bueno.

Y se fue pesadamente hasta la puerta.

Chucho sintió trajín en el patio; oyó después conversaciones y pisadas de caballos. Todavía bregaban la noche y el día. Una de las bestias relinchó alegremente. Distinguió la voz del soldado pequeño.

—Guárdenos cena mañana, compadre.

Chucho se sentía casi enfermo. El viejo entró a poco. Caminaba como quien desea no hacer ruido.

—Ya su caballo tiene el aparejo puesto, amigo —dijo.

Y como Chucho le mirara con ojos azorados, explicó:

—Coja la primera dentrada a la derecha y busque la vuelta de Jarabacoa.

Chucho se hizo el sordo. Se tiró del catre y le dio la mano al viejo. En el patio estaba su penco aparejado. Montó. El otro puso una mano sobre su pierna.

—Si jalla un padrino, entriéguese. Es mejor que 'tar juyendo. —Todavía quiso Chucho borrar el último rastro.

—¿Juyendo yo? ¿Y por qué?

El viejo sonrió con amargura.

—¡Ay, amigo! Más sabe el diablo por viejo...

Levantó la mano y golpeó el animal. Chucho se viró. Quería decir algo. Pero arreó la montura y se fue, con una alegría que era a la vez un susto.

EL COBARDE

La noticia había llegado hasta aquel bohío perdido en la sabana: Monsito Rojas había asaltado el pueblo.

Ellos estaban en la cocina. A través de las rendijas crecía y se apagaba la luz del fogón. El muchacho dijo:

—Me parece que viene gente.

La vieja y Meco aprobaron con gestos; pero no trataron de averiguar quién llegaba, porque la noche oscura lo impedía. Meco andaba receloso y ordenó.

—Quítense de ahí.

A pasos lentos se encaminó a la puerta y clavó ambas manos en los espeques. El aire y la llama hinchaban su camisa. Aguzó la mirada y distinguió el bulto: era una masa alta y negra, que venía buscando la entrada de la cocina.

Desde el fondo del patio ladró el perro, con un ladrido largo y débil.

—Noche... —dijo el recién llegado.

—Buena —respondió Meco.

El hombre se tiró del animal al tiempo que explicaba.

—Soy yo...

Pero Meco se le interpuso:

—¿Fano? —preguntó.

El perro seguía sembrando la noche de ladridos.

—Déjeme entrar —pidió el hombre.

Meco se echó a un lado. La luz se regó de prisa en la tierra. Adentro estaban los ojos estallando.

—¿Y es usted, Fano? —inquirió la vieja. El hombre se tiró en una silla.

—Monsito asaltó el pueblo al oscurecer —dijo.

—Nosotros lo sabíamos —rezongó la vieja.

Meco sintió los temblores del animal y se acercó a verlo. Debíó dar una carrera larga, porque chorreaba sudor. Entonces tuvo dudas y se volvió a Fano.

—Usted 'tá herido —aseguró.

A Fano no le salieron las palabras para negar.

—¡Pero ese condena perro no se va a callar! —tronó Meco con la mirada clavada en el muchacho.

Cuando el pequeño dejó la cocina, Meco, apretando los dientes y con el puño cerrado, dijo:

—Entonces usted anda juyendo, Fano.

Fano levantó serenamente la frente. Desde el otro lado del fogón le miraba la vieja, que mordía en silencio su cachimbo.

Hacía rato que Meco deseaba hablar. El muchacho había vuelto y el perro estaba bajo el fogón. Era blanco y gruñía.

—Acuéstese, mama —dijo a la vieja—. Ya es tarde.

La falda morada de la vieja barrió el piso. Ya en la puerta volvió la cara y se le vio el amago de una sonrisa insultante. Seguramente quería decir una palabra sucia; pero no lo hizo por respeto al hijo. Después se levantó el muchacho y pidió la bendición.

Fano comprendió que Meco iba a empezar, y él no estaba para conversaciones. Quería estar a solas. Pero Meco... Era seguro que Meco le fastidiaría. A otro le contestaría con insolencia, y en último caso le pegaría un tiro si lo cargaba

mucho; en cambio, estaba obligado con Meco porque era su amigo, y a los amigos... Bueno...

—¿Fue al anochecer? —preguntó Meco al rato.

Fano contestó con la cabeza. Meco se remordió los labios, después estuvo largo rato con la barbilla entre las manos. La luz le chorreaba en la frente y hacía brillar los ojos del otro. Fano no podía con aquel silencio tan forzado.

Hasta allí mismo, audaz y grosera, se metía la noche. Pesaba sobre el techo de la cocina y parecía querer ahogar la pobre llamita que bailaba en el fogón.

Meco se levantó; revolvió los tizones, los apretujó, los golpeó sobre la hornilla de barro. Una lengua de fuego, ágil y alegre, llenó de luces los rincones de la cocina. Meco cogió entre dos dedos una brasa y encendió el cachimbo. Se volvió lentamente, mientras hablaba:

—Si Monsito sabe que usted anda por aquí lo afusila como a un perro.

—Dende que salí 'toy pensando eso —contestó el otro.

Meco acabó de dar rápidamente la media vuelta y apoyó ambas manos tras su espalda, en el fogón. Los ojos le relampagueaban sobre el cachimbo y entre el humo. También Fano se puso en pie. Era flaco y alto.

—Usted y su mama se creen que yo ando juyendo por miedo.

Hablaba despaciosamente y con rabia. Tenía los ojos metidos bajo un ceño duro.

Meco no halló palabras para contestar. Además, el otro no tardaría en explicarse.

Fano habla. Está sentado, con las piernas abiertas y los dedos de ambas manos entrelazados bajo la barba; no mira de frente,

sino de rato en rato y velozmente. Hace media hora que Meco le oye. Meco está en pie, con el cachimbo entre los duros dientes, de espaldas al fogón. El calor de la llama le cuece en la espalda; pero no se mueve.

Fano dice, al final:

—Dispués me entrego. Si quieren matarme que me maten.

Se alza. Su sombra grotesca llega hasta el techo. Camina hacia la puerta, lentamente, meciendo unos brazos encogidos y duros, como de madera.

—Si usted quiere, yo lo acompaño, Fano —ofrece Meco.

—No, amigo; mucho compromiso tiene usted con que yo haiga estao aquí esta noche.

Ha dicho esto con la cara vuelta. Meco siente que decrece ante tales palabras.

—¡Usted sabe que mi casa y lo mío es pa' el amigo!
—protesta.

Meco ve a Fano alzar una pierna. Parece que va a volar. Ya desde el caballo dice:

—Queden con Dios.

La luz roja, que se cuela por la puerta hasta el patio, pone reflejos y manchas bermejas en el pescuezo y en las ancas del sudado animal. Se oyen el tintineo del freno, el crujir de la silla. El caballo mueve la cola y alza las patas.

Todavía el ruido no se ha perdido del todo. Meco saca los tizones de la hornilla y golpea hasta dejar sólo brasas. El perro blancuzco es ahora, bajo el fogón, tan negro como café molido. Meco junta la puerta y se va. En el bohío, cuando chilla el catre bajo su peso, oye la voz de la vieja:

—¿Se fue el cobarde ése?

—No, mama; no es cobarde... —observa Meco. La voz de la anciana es sorda en la noche:

—Anjá... No se habrá juío.

Meco advierte:

—Pero no por miedo, mama.

En las yaguas del techo silbaba el viento. Apenas se siente ya el pisotear de la montura.

—¿Y por qué, entonces? —insiste ella.

Y Meco, mientras va colgando en la silla la camisa listada, explica:

—Supo que el muchacho 'taba entre la gente de Monsito.

En la habitación de la vieja salta una tos seca y cascada. En la distancia se ha perdido el ruido del caballo, que va camino del pueblo. La vieja, que no se rinde, pregunta todavía:

—¿Muchacho? ¿Cuál?

—Su hijo, mama —explica Meco. Y a seguidas grita:

—¡Pero ese condena perro no se va a callar!

Detrás de esas palabras se oye el viento, que castiga las yaguas del techo y los escasos arbustos de la sabana.

EL RESGUARDO

Cuando Tino se acercaba al sitio empezó a sentir angustia.

—Vea —dijo—, me siento tembloroso.

Tino tenía una cara ingenua, sin pelos; sonreía mucho y enseñaba los ojos hasta el fondo. El otro, en cambio, era flaco, velludo y torvo.

—A la mujer no se le pone tanto caso —comentó brevemente. Tino inició una risita.

—Eso dice usted ahora... Deje que usted la vea. ¡Una mata de pelo, y un andar!

—Entonces no me diga que le tiene miedo.

Tino empezaba a sentirse molesto.

—Unq, unq; si no es eso. Es como que el corazón me da que 'tá con alguno.

—Se la quita.

—¿Quién? ¿Yo?

El otro, con su media risa cortante, insinuó:

—A usted le jiede la sangre.

Tino era muy calmoso y no se ofendía fácilmente.

—Vea, amigo: me tiro con el diablo, no digo yo; pero ¿y si ella se quiere con otro?

El compañero hablaba sordamente:

—Yo no más por la mujer que me gusta peleo.

—Usted como que tiene la sangre liviana —comentó Tino.

—Ello sí —aprobó su amigo.

Llevaban los dos el paso corto y sudaban. Pasaba ya del medio día. Ardía el sol de fuego sobre todas las cosas.

—¡Diache de camino tan pelao! —se quejó el otro.

Tendía los ojos rapaces, como escrutando las lejanías. Parecía disgustado siempre y tenía mal carácter; pero Tino lo quería porque sabía ser amigo.

—Vea, Tino, usted se sentirá bien aquí, pero ni un triste bohío pa' descansar... No juegue, Tino.

—Echese ahí, si le pica el sol.

Señalaba un palo de lana que sombreaba apenas la vereda.

—Si usted quiere... —tentó el otro.

Y se acomodaron en la sombra.

Por primera vez, al cabo de tres años de estar juntos, a Tino se le soltó la lengua. Nunca había querido hablar de aquello. Además, su amigo no era gente de oír: le ayudaba si tenía mucho trabajo; le hacía tisanas si enfermaba; pero al tiempo de atender se resbalaba como los sagos.

El amigo endurecía los ojos a medida que Tino hablaba. Con ellos fijamente clavados en el polvo del camino, las manos colgando entre las rodillas y el sombrero bocarriba, en la tierra, Tino lo veía inmóvil, impasible. Cuando Tino dijo que había salido por no matarlo un día, porque eso era como echarse encima al demonio, el otro le interrumpió:

—¿Y qué tenía él más que usted?

—¿Y no le dije ya —explicó— que su hermano era sargento? Por eso andaba comprometiendo a la gente, porque él, como hombre, no sirve. Pero se sentía apoyao con el hermano: figúrese, ¡sargento!

Entonces el otro, sin decir nada, pero con el rostro apesadado, como si de pronto se hubiera despojado de aquella

sonrisa cortante, de aquellos ojos duros, de aquellos pelos crespos, de todo lo que lo hacía torvo e intratable, empezó a meterse una mano bajo la camisa, por el pecho. No miraba; no respiraba. Pareció encontrar lo que buscaba, dio un tirón y tornó a sacar la mano. La fue abriendo lentamente. Tino vio una diminuta saqueta negra en la palma, con dos hilos recién rotos.

Mordiéndose los finos labios, el otro habló:

—Vea: me lo consiguió en Barahona un papabocó, y desde que lo tengo ando seguro. El que anda con eso, ni lo ve enemigo ni lo corta cuchillo ni le da bala. Júrelo.

Tino dijo:

—Sí, mi taita tenía uno y nunca lo cortaron, por mucho pleito en que se vido.

El otro extendió la mano y ordenó, con voz metálica:

—Cójalo.

Tino alzó los ojos.

—¿Yo? ¿Y pa' qué?

—Cójalo, y si ese vagabundo se ha quedao con la mujer, quítesela. Y no se apure por el hermano, si anda con esto arriba.

Al acabar de hablar le pasó el resguardo a Tino y se puso de pie.

—Bueno, de aquí me devuelvo —dijo.

También Tino se incorporó, muy asombrado.

—¿Y no diba a pasar la noche en casa? —preguntó. El amigo se rascó la cabeza, como quien piensa.

—Le dije que sí, pero por lo que veo usted vive retirao y después tengo que andar mucho, Tino. Abur.

Se iba ya, de pronto Tino sintió miedo de verse sin él.

—¡Mingo! ¡Mingo! —gritó.

Anduvo hasta alcanzarlo, y entonces preguntó, atristado:

—¿Me lo va a dejar? ¿Y usted?

Mingo medio sonrió; pero ya de una manera amarga.

—Yo lo tenía —explicó— porque tuve que malograr a un sinvergüenza. Pero ya eso se acabó. Ella se murió, hará como un año.

—¿Quién? ¿Su mamá?

—No, mi mujer. Era un amigo que me la ‘taba enamorando y me vi en el caso de tener que malograrlo, y como él tenía muchísima familia...

Tino vio cómo aquellos ojos que siempre habían sido duros, fieros y concentrados, empezaron a enrojecer. Tal vez el sol. Estaban ellos dos solos entre el cielo y la tierra. A la distancia, remotas, las lomas.

—Aburito, Tino —dijo Mingo.

Tino cruzó los brazos. No pensaba ni sentía. Paso tras paso se alejaba el otro. El camino tenía un declive ligero, y lo vio irse hundiendo en él, como si le hubieran estado cortando las piernas poco a poco. De pronto tendió los ojos y se vio solo. Dejó caer la mirada en la sombra del palo de lana; tornó a ver el camino. Ya apenas el negro sombrero de Mingo sobrevivía al hundimiento. Ahora iría a su lugar sin el resguardo. Dijo que el difunto tenía muchísima familia... ¿Qué sería de Mingo? Echó a correr.

—¡Mingo! ¡Mingo! ¡Ey, Mingo! —gritó.

La voz repercutió en todo el sitio. Notó que el sombrero se detenía.

—¡Mingo!

Alzó un brazo y corrió. El sol alargaba su sombra en el camino.

—¿Qué era? —preguntó el otro, todavía a distancia.

—Que vea: que tal vé Teresa se haiga muerto ya. Yo ‘toy por no llegar —explicó.

—Bueno. Tal vé.

Volvió a cerrarse la cara del otro y echan a andar juntos. Al rato, con voz sorda, Mingo pidió:

—Déme eso, entonces.

Tino le pasó el resguardo. Y se sintió alegre, como quien hace un bien.

PILONCITO

Piloncito estaba en la cárcel porque mató a una mujer; pero a juzgar por su presencia, era incapaz de una rebeldía. Todos hacían burla de su figura de sapo y de sus ojos de becerro. Él jamás se incomodaba. Si acaso, sonreía con una helada sonrisa de muerto.

Los presos viejos se ensañaban:

—Piloncito, no comas mangos, que te mueres.

—Piloncito, cuando salga de aquí voy a gestionar tu libertad.

Piloncito mostraba sus dientes grandes y amarillos.

—Lo que yo quiero es salir de confianza.

Toda su aspiración estaba en que lo sacaran de allí, en que lo enviaran a otra cárcel o a una finca de algún capitán. Tenía un miedo horrible al lugar, y cuando le daban fiebres suplicaba con voz lastimera:

—No me dejen solo, por amor de Dios; no me dejen solo.

En la prisión de La Vega, antes de que lo condenaran, oía decir: “Se murió Fulano en Nigua”. “El que está grave en Nigua es Zutano”. En los días de la sentencia rezaba a la Virgen de La Altagracia para que no lo mandaran a Nigua. Así, cuando oyó al secretario leer: “...a cumplir condena de quince años de trabajos forzados en la Penitenciaría de Nigua”, cayó al suelo desmayado y hubo que sacarlo cargado del tribunal.

Piloncito estaba enfermo. Su color pálido, como traslúcido, había dejado paso al rojo de la fiebre. Temblaba, se quejaba. Piloncito era rechoncho, con la cara redonda y la frente estrecha. Acostado en su hamaca, parecía un cerdo. A media noche me llamó en voz baja. Yo puse oído al paso del centinela.

—Yo me muero —lamentó Piloncito—, y mi mama se va a quedar sin apoyo.

—No te apures, Piloncito, que tú mejorarás.

Movía la cabeza diciendo que no. Sus ojos pardos iban y venían llenos de terror.

—To' el mundo aquí dice que yo no salgo vivo.

—Mentira, Piloncito; yo te aseguro que no te mueres.

—¿Usted sabe de medicina?

—Sí, Piloncito; yo soy doctor.

Tornó a quejarse. Se cogía el vientre con las cortas manos.

—Ahí viene el centinela, doctor; váyase.

Por no prolongar la mentira, le dije:

—No me digas doctor. No me conviene que lo sepan.

Piloncito tenía ya tres días enfermo. A ratos alguno se acordaba de él y ya era frecuente, en el trabajo, oír esta pregunta:

—¿Se habrá muerto Piloncito?

Un muchachón que estaba sentenciado a treinta años, por asesinato y robo, repetía sin cesar:

—Aquí se salvan los que se mueren y los que cumplen.

Pero Piloncito no se “salvaba”. Estando lúcido nos miraba con ojos tristes y me llamaba para pedirme que le tomara el pulso.

—¿Usted cree que me muero, doctor?

Nosotros callábamos. Un preso llamado Jesús, que se mantenía echando cartas para leerse la suerte, sonreía como persona de experiencia en esos achaques.

—No sea blandito, Piloncito, que usted se para horita.

La tercera noche asomó el centinela la cara por entre las rejas y preguntó a toda voz:

—¿Ya se murió el porquería ese?

Piloncito abrió los ojos bovinos, se echó a temblar y rompió en llanto.

Dos días después hubo cambio de jefes; se hizo cargo del presidio un teniente que tenía cara de malo, pero que hablaba con dulzura. Fue en la tarde a la celda. Yo estaba bregando con el enfermo, que se había caído de la hamaca, inconsciente, y gemía como un niño.

—Ese hombre está muy mal, teniente —dije.

—¿Y qué quiere usted que hagamos?

Me simpatizó el hombre de golpe: el anterior me hubiera contestado con un “¡Cállese, que esto no es asunto suyo!”, o con algo peor.

—Mandarlo a otro sitio —argüí.

Piloncito se agarraba el vientre y gritaba. El teniente se acercó.

—No veo adónde —dijo.

Aproveché la coyuntura:

—De confianza, a alguna finca.

Los demás presos me miraban con asombro.

El penal estaba en pleno campo. Al atardecer veíamos, por las rejas, el sol que enrojecía en las lomas. El silencio se hacía dueño del lugar. A veces sonaban voces de soldados o ladridos de perros.

Piloncito me llamó una noche. Era tarde, casi de madrugada. Me dijo que se sentía en trance de muerte y que me estaba muy agradecido.

—No te apures, Piloncito, que lo que yo he hecho por ti lo harás tú mañana por mí.

—No, doctor; yo no lo haré por usted, yo no me paro ya.

Parecía tranquilo. Su rostro redondo, sus ojos de becerro, su frente estrecha y hasta su risa de muerto habían cobrado cierta dulce serenidad. Paz era lo que respiraba aquella cara descolorida.

Sujetando mis dos manos con las suyas toscas, me hablaba suavemente de su mamá, de su vida libre. Se le confundían las ideas. De pronto se agarró el lado derecho y volvió a gemir. Tenía el hígado abultado y endurecido.

—¡Quíteme este dolor, por Dios; quítemelo! —se quejaba.

Un preso despertó:

—¡Concho, Piloncito, usted no deja dormir a la gente! ¡Acábase de morir pa' que no embrome más!

Piloncito levantó la cabeza. Vi sus ojos cobrar una dureza ignorada, brillar como llamas; vi todo su rostro llenarse de pasión.

—¡Maldecío! —gritó—. ¡Maldecío! ¡Espero en Dios verte peor!

Resoplaba cuando se dejó caer de nuevo.

—¡Quíteme este dolor, por su madre, doctor! ¡Quítemelo!

Se retorció y babeaba.

—Aguanta con valor, Piloncito, que ya está al venir tu confianza.

Entre quejidos respondió:

—No, ésa no viene; yo no soporto, doctor.

—Sí, viene —mentí—; me lo aseguró el teniente hoy; lo había olvidado.

Se animó un tanto.

—¿Usted cree? ¿Será verdad?

—Sí, Piloncito.

Debía de estar cerca el amanecer. Oía el inconfundible paso del centinela: chas, chas, chas, chas.

Piloncito soportaba. Lo veíamos preso en las garras del implacable paludismo, sin tener cómo defenderle, sin quinina, sin cabrita para tisanas. Seguía cada vez peor. Vomitaba bilis y no podía sostenerse en pie. Un domingo, a media tarde, estaba bregando con él. Lo llevaba a cumplir una necesidad. Iba quejándose, ya casi sin voz, y los pies se le enredaban. De pronto oímos la voz del teniente.

—¡Piloncito! Ya tengo casi conseguido su confianza.

Por sobre mi hombro se torció Piloncito. Mostraba su sonrisa de idiota, rodeada de barba. Extendió una mano y quiso hablar. Yo sentía su corazón golpeando por debajo de la burda ropa.

—¿Verdá? —preguntó.

Miraba con expresión de incrédulo, y su rostro empezó a cobrar apariencia infantil. Se le relajaban a toda prisa las facciones. Yo sentía que se desforzaba.

—¡Piloncito! ¡Piloncito! —grité.

Él quiso sonreír, pero sólo hizo una mueca. De súbito golpeó mi hombro con su barba, dejó caer los brazos y dobló las piernas. Le oíamos gemir:

—Mi confianza, mi confianza...

Algunos corrieron. Murmuró algo más, ya en el suelo, pero no le entendimos. Después espumeó por las comisuras de los labios, y de pronto sobre sus ojos pardos pareció pasar humo.

Destinaron dos presos para hacer la fosa y cuatro para llevar el ataúd. Propiamente no era ataúd, sino un cajón de madera grosera, sin cepillar y sin pintar. Le quedaba holgado a Piloncito. Jesús dijo:

—Éste me sirve a mí.

Íbamos seguidos por dos soldados, cambiando pareceres. Camunguí, donde estaba el cementerio de la prisión, era un cerrito apartado; había allí una iglesia de cemento. La luna aumentaba los relieves del ataúd y de los hombres. Los perros alborotaban al vernos.

Un soldado se quejó:

—Dizque andar de noche con un muerto... A ver por qué no se murió en la mañana.

Cuidándose de que no pareciera una respuesta, Jesús dijo:

—De la muerte y de la suerte nadie se salva. Y no hay hora fija.

Cuando echaban tierra, aseguró un preso:

—Piloncito 'tá mejor que nosotros. Dios lo tenga en su gloria.

Un soldado saltó y le pegó la culata del rifle en el pecho.

—¿Quiere decir que usted no 'tá conforme con el trato que se le da, vagabundo? ¿Usted quiere ver? ¿Qué reclama?

—No, nada —dijo el preso en voz baja.

Y volvimos de dos en dos, silenciosos.

LA DESGRACIA

El viejo Nicasio no acaba de hallarse a gusto con el aspecto de la mañana. Mala cosa era coger el camino a pie y que le cayera arriba el aguacero y se botara el río y se llenara de lodo la vereda del conuco.

Con aspecto de hambrientas, las pocas gallinas del viejo se metían en el bohío, persiguiendo cucarachas, o irrumpían en la cocina, aleteando para treparse en las barbacoas en busca de granitos de arroz. Nicasio cogió una mazorca de maíz y se puso a desgranarla. Revoloteando y nerviosas, las gallinas se lanzaban a sus pies.

Desde el patio vecino una voz de mujer gritó los buenos días; después asomó un rostro de cuatro líneas y el paño negro en la cabeza. Nicasio se fue acercando a la palizada.

—¿No le jalla algo raro al día? —preguntó la mujer.

Nicasio tardó en responder. Fumaba, mascaba un grano de maíz y seguía atendiendo a las gallinas, todo a un tiempo.

—Ello sí, Magina. Pa' mí como que se va a poner un tiempo de agua.

—Unq unq —negó ella—. Yo hablo de otra cosa. Me da el corazón que algo malo va a pasar. Anoche sentí un perro llorando.

Nicasio espantó a las gallinas, que saltaban sobre su mano. Tornó a ver el cielo. El camino del Tíreo, rojo como la huella de un golpe, flanqueaba los cerros y se perdía en la distancia; encima se veían nubes cargadas.

—Vea Magina —dijo Nicasio al rato—, no ande creyendo zanganá. Lo peor que pué pasar es que llueva.

La mujer no entendía bien a Nicasio. Cuando se quedan solos, los viejos se ponen raros y caprichosos.

—¿Qué llueva? —preguntó ella intrigada.

—Sí, que llueva, porque el frijol no se pué secar y se malogra la cosechita. Tengo mucho bejuco cortao.

Magina hubiera querido contestar que el bohío de Inés no quedaba muy lejos del conuco de su padre, y que bien podía éste llevar allí los frijoles para que no los dañara la lluvia; pero se quedó callada porque Nicasio parecía no ponerle atención. Estaba empezando el sol a subir; sobre los firmes de la loma la luz se debatía con el peso de las nubes, y Nicasio observaba hacia allá. Magina lo veía con placer. Había algo simpático y viril en aquel hombre, acaso los negros ojillos llenos de vigor o el blanco bigote hirsuto. Años antes, cuando vivía la mujer de Nicasio, ella se dio cuenta de que le gustaba su vecino; pero él nunca le dijo nada, tal vez porque la difunta andaba muy enferma... Ya no podía ser. Había pasado el tiempo y los dos se habían ido gastando poco a poco... Alzó la voz:

—Lleve el bejuco al bohío de su hija.

Él se volvió repentinamente a la mujer.

—¿Cómo voy a trepar esa loma cargao, Magina?

Eso dijo; pero en realidad no era por la loma por lo que no llevaba el bejuco a casa de Inés. Lo cierto es que a Nicasio no le gustaba visitar a nadie. Iba a ver a la hija sólo cuando le quedaba en camino de alguna diligencia. Le agradaba ver a los nietos; pero no se hallaba bien en casa ajena.

—Ahora le traigo café —oyó decir a Magina.

Observando cómo el sol despejaba por completo las nubes, esperó un rato. Llegó la mujer con el café; se lo tomó en dos sorbos; después dijo adiós, y de paso por el bohío cogió el machete y un macuto. Magina le vio tomar el callejón y salir

a la sabana con paso rápido, y pensó que el viejo estaba fuerte todavía a pesar de su pelo cano y de sus dientes gastados y negros. Cuando Nicasio desapareció entre los matorrales frente al pinar, Magina volvió a su cocina. “Ojalá y no llueva”, pensó con cierta ternura. Después se puso a hervir leche y no se acordó más de su vecino.

Nicasio empezó a sentir el sol en la subida del Portezuelo. Se dijo que ese sol tan picante era de agua, y lamentó haber salido. Pero era tarde para volver atrás. Chorreaba sudor cuando llegó al conuco. Comenzó a trabajar inmediatamente, porque sabía que iba a llover; podía apostar pesos contra piedras a que llovería; y deseaba tener cortado todo el bejuco de frijol antes de que cayera el agua.

No lo logró, sin embargo. Cayeron unas gotas pesadas, gruesas y a seguidas se desató un chaparrón. Nicasio recogió los bejuco que tenía cortados, los llevó a un rincón y pensó buscar hojas de plátano para cubrirlos; pero no había tiempo. El chaparrón degeneró en aguacero violento, que azotaba árboles y tierra. Nicasio tuvo que meterse bajo un árbol. Vio el agua descender en avenidas rojizas y más abundante cada vez. En diez minutos toda la loma estaba ahogada entre la lluvia, y no era posible ver a cinco pasos.

—Tendré que dirme pa’ onde Inés —dijo Nicasio en voz alta.

Con esas palabras pareció conjurar a los elementos. Se desató el viento; comenzó a oscurecer, como si atardeciera. En un momento el conuco parecía un río.

Nicasio cruzó los brazos y echó a andar. Trepar la loma era difícil. Resbalaba, afincaba el machete en tierra, se agarraba a los arbustos. Inés vivía arriba, totalmente arriba. A Nicasio le parecía una locura de Manuel hacer el bohío en lugar tan extraviado. En tiempos de agua, sólo así, para buscar abrigo, podía nadie ir a casa de Manuel.

Había pasado la hora de comer cuando el viejo alcanzó el bohío. La puerta que daba al camino estaba cerrada. Del lado del patio comenzó a ladrar un perro. Nicasio se fue corriendo bajo el alero, pues la lluvia seguía cayendo con todo su vigor, y cuando pasó por el aposento que daba al lado del patio sintió ruido y voces, palabras dichas en tono bajo. La puerta de la cocina sí estaba abierta, y el viejo saludó antes de entrar. Junto al fogón se hallaba el nieto, que le pidió la bendición de rodillas. Nicasio le miró. Era triste el niño. Tendría seis años. Se le veía el vientre crecido, el color casi traslúcido, los ojos dolientes.

—Dios lo bendiga —dijo el abuelo.

Detrás del fogón estaba la niña. Era más pequeña, y con su trenza oscura repartida en ambos lados del cuello y su expresión inteligente parecía una mujer que no hubiera crecido. Nicasio sonrió al verla.

—¿Y tu mama? ¿Y Manuel? —preguntó.

—Taita no 'ta —dijo el niño.

A Nicasio le resultó sorprendente la respuesta del niño porque había oído voz de hombre en el aposento.

—¿Qué no? —preguntó.

El nieto le miró con mayor tristeza. Siempre que hablaba parecía que iba a llorar.

—No. Él salió pa' La Vega dende ayer.

Entonces Nicasio se volvió violentamente hacia el bohío, como si pretendiera ver a través de las tablas del seto.

—¿Y tu mama? ¿No 'ta aquí tu mama?

Se había doblado sobre el niño y esperaba ansiosamente la respuesta. Deseaba que dijera que no. Le ardía el pecho, le temblaban las manos; los ojos quemaban. No se atrevía a seguir pensando en lo que temía. Afuera caía la lluvia a chorros. Con un dedito en la boca, la niña miraba atentamente al abuelo.

—Mama sí 'ta —dijo la niña con voz fina y alegre.

—Ella 'ta mala y Ezequiel vino a curarla —explicó Liquito.

La sospecha y el temor de Nicasio se aclararon de golpe. Llevaba todavía el machete en la mano, y con él cruzó el patio lleno de agua. El perro gruñó al ver al viejo. Con andar ligero Nicasio entró en el bohío, caminó derechamente hacia el aposento y golpeó en la puerta con el cabo del machete. Oyó pasos adentro.

—¡Abra! —ordenó.

Oyó a la hija decir algo y le pareció que alguien abría una ventana.

—¡Que no se vaya ese sinvergüenza! —gritó el viejo.

Un impulso irresistible le impedía esperar. Cargó con el cuerpo sobre la puerta y oyó la aldaba caer al piso. Ezequiel, pálido, aturdido, pretendía saltar por la ventana, pero Nicasio corrió hacia allá y le cerró el camino. El viejo sentía la ira arderle en la cabeza, y precisamente por eso no quería precipitarse. Miró a su hija; miró al hombre. Los dos estaban demarcados, con los labios exangües; los dos miraban hacia abajo. Nicasio se dirigió a Inés, y al hablar le parecía que estaba comiéndose sus propios dientes.

—¡Perra! —dijo—. ¡En el catre de tu marío, perra!

Ezequiel —un garabato en vez de un hombre— se fue corriendo pegado a la pared, hasta que llegó a la puerta; de pronto la cruzó y salió a saltos. Nicasio no se movió. Daba asco ese desgraciado, y a Nicasio le parecía un gusano comparado con Manuel. Inés empezó a llorar.

—¡No llore, sinvergüenza! —gritó el viejo—. ¡Si la veo llorar, la mato!

La veía y veía a la difunta. Su mayor dolor era que una hija de la difunta hiciera tal cosa. Le tentaba el deseo de levantar el machete y abrirle la cabeza. Sacudió el machete, casi al borde de usarlo. La hija se recogió hacia un rincón, con los ojos llenos de pavor.

—¡Váyase antes que la mate! No quiero verla otra ve'. No vuelva a ponerse ante mi vista. ¡Váyase! —decía Nicasio.

Pegada a la pared, ella iba moviéndose lentamente, en dirección a la puerta. Miraba siempre al padre; le miraba con expresión de miedo. ¡Y era bonita la condenada, con su piel amarilla y su cabello castaño!

Como Nicasio avanzaba sobre ella, Inés pensó que el camino más corto era hacia el patio. Pero el padre le conoció la intención.

—¡Por esa puerta no! —dijo.

Le parecía inconcebible que la hija viera a sus hijos. Era indigna de verlos después de lo que había hecho.

Inés comenzó a temblar y a llorar.

—Taita... Perdón, taita —musitaba.

El viejo la tomó por un brazo y la condujo hacia la puerta que daba al camino; con la punta del machete levantó la aldaba y al mismo tiempo obligaba a Inés a avanzar. Cuando la hija estuvo en el vano de la puerta, la empujó y la maldijo.

—¡Que ni en la muerte tenga reposo tu alma! —gritó.

Vio a su hija lanzarse al agua, que corría arrastrando lodo, y a la lluvia que caía a torrentes, y sintió deseos de echarse sobre una silla a descansar, tal vez a dormir. Si hubiera sabido llorar lo hubiera hecho, aunque hubiera sido sólo con una lágrima. Pero se rehizo pronto, cruzó el bohío y salió hacia la cocina.

—¡Liquito! —llamó—. Busque el burro y póngase un pantalón, que se van pa' casa conmigo Inesita y usted.

Salieron bajo la lluvia. Nicasio iba detrás, arreando el asno y esforzándose en no pensar. Silenciosos, los niños se dejaban llevar sin preguntar a qué se debía el viaje.

Fue al otro día por la mañana, al decir Magina que a pesar de sus prevenciones nada malo había ocurrido, cuando Nicasio se dio cuenta de que había habido desgracia en la familia.

—Sí pasó —explicó mientras echaba maíz a las gallinas—. Se murió Inés ayer.

—¿Cómo? —preguntó Magina llena de asombro—. ¿Y los muchachos? ¿Y Manuel?

—Los muchachos vinieron conmigo anoche. Manuel 'ta pa'l pueblo en el entierro.

La vieja parecía aturdida. Se cogía la cabeza con ambas manos.

—¿Pero de qué murió? ¿Usted ha visto qué desgracia? Entonces Nicasio levantó la cara.

—Vea Magina —dijo mientras miraba fijamente a la vieja—, morir no es desgracia. Hay cosas peores que morir.

Y alejó la mirada hacia las nubes que salían por detrás de las lomas, aquellas malditas nubes por las cuales había él llegado a la casa de Inés.

—¿Peor que morir? —preguntó Magina—. Que yo sepa, ninguna.

—Sí —respondió lentamente Nicasio—. Saber es peor.

Magina no entendió. Nicasio la miró un instante, con extraños ojos de loco, y ella pensó que los viejos, cuando se quedan solos en el mundo, se vuelven raros y difíciles de comprender.

UN NIÑO

A poco más de media hora, cuando se deja la ciudad, la carretera empieza a jadear por unos cerros pardos, de vegetación raquílica que aparecen llenos de piedras filosas. En las hondonadas hay manchas de arbustos y al fondo del paisaje se diluyen las cumbres azules de la Cordillera. Es triste el ambiente. Se ve arder el aire y sólo de hora en hora pasa algún ser vivo, una res descarnada, una mujer o un viejo.

El lugar se llama Matahambre. Por lo menos, eso dijo el conductor, y dijo también que había sido fortuna suya o de los pasajeros el hecho de reventarse la goma allí, frente a la única vivienda. El bohío estaba justamente en el más alto de aquellos chatos cerros. Pintado desde hacía mucho tiempo con cal, hacía daño a la vista y se iba de lado, doblegándose sobre el oeste.

Sí, es triste el sitio. Sentados a la escasa sombra del bohío los pasajeros veían al chofer trabajar y fumaban con desgano. Uno de ellos corrió la vista hacia las remotas manchas verdes que se esparcían por los declives de los cerros.

—Allá —señaló— está la ciudad. Cuando cae la noche desde aquí se advierte el resplandor de las luces eléctricas.

En efecto, allá debía estar la ciudad. Podían verse masas blancas vibrando al sol y atrás, como un fondo, la vaga línea donde el mar y el cielo se juntaban. Pasó un automóvil con horrible estrépito y levantando nubes de polvo. El conductor del averiado vehículo sudaba y se mordía los labios.

De los tres viajeros, jóvenes todos, uno, pálido y delicado, arrugó la cara.

—No veo la hora de llegar —dijo—. Odio esta soledad.

El de líneas más severas se echó de espaldas en la tierra.

—¿Por qué? —preguntó.

Quedaba el otro, de ojos aturridos. Fumaba un cigarrillo americano.

—¿Y lo preguntas? Pareces tonto. ¿Crees que alguien pueda no odiar esto, tan solo, tan abatido, sin alegría, sin música, sin mujeres?

—No —explicó el pálido—; no es por eso por lo que no podría aguantar un día aquí. ¿Sabes? Allá, en la ciudad, hay civilización, cines, autos, radio, luz eléctrica, comodidad. Además, está mi novia.

Nadie dijo nada más. Seguía el conductor quemándose al sol, golpeando en la goma, y parecía que todo el paisaje se hallaba a disgusto con la presencia de los cuatro hombres y el auto averiado. Nadie podía vivir en aquel sitio dejado de la mano de Dios. Con las viejas puertas cerradas, el bohío medio caído era algo muerto, igual que una piedra.

Pero sonó una tos, una tos débil. El de ojos aturridos preguntó, incrédulo:

—¿Habrá gente ahí?

El que estaba tirado de espaldas en la tierra se levantó. Tenía el rostro severo y triste a un tiempo. No dijo nada, sino que anduvo alrededor del bohío y abrió una puerta. La choza estaba dividida en dos habitaciones. El piso de tierra, disparejo y cuarteado, daba la impresión de miseria aguda. Había suciedad, papeles, telarañas y una mugrosa mesa en un rincón, con un viejo sombrero de fibras encima. El lugar era claro a pedazos: el sol entraba por los agujeros del techo, y sin embargo había humedad. Aquel aire no podía respirarse. El hombre anduvo más. En la única portezuela de la otra habitación

se detuvo y vio un bulto en un rincón. Sobre sacos viejos, cubierto hasta los hombros, un niño temblaba. Era negro, con la piel fina, los dientes blancos, los ojos grandes, y su escasa carne dejaba adivinar los huesos. Miró atentamente al hombre y se movió de lado, sobre los codos, como si hubiera querido levantarse.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó con dulzura.

—No, nada —explicó el visitante—; que oí toser y vine a ver quién era.

El niño sonrió.

—Ah —dijo.

Durante un minuto el hombre estuvo recorriendo el sitio con los ojos. No se veía nada que no fuera miserable.

—¿Estás enfermo? —inquirió al rato.

El niño movió la cabeza. Después explicó:

—Calentura. Por aquí hay mucha.

El hombre tocó su bracito. Ardía, y le dejó la mano caliente.

—¿Y tu mamá?

—No tengo. Se murió cuando yo era chiquito.

—¿Pero tienes papá?

—Sí. Anda por el conuco.

El niño se arrebujó en su saco de pita. Había en su cara una dulzura contagiosa, una simpatía muy viva. Al hombre le gustaba ese niño.

Se oían los golpes que daba el conductor afuera.

—¿Qué pasó? —preguntó la criatura.

—Una goma que se reventó, pero están arreglándola. Así hay que arreglarte a ti también. Hay que curarte. ¿Qué te parece si te llevo a la capital para que te sanes? ¿Dónde está tu papá? ¿Lejos?

—Unjú... Viene de noche y se va amaneciendo.

—¿Y tú pasas el día aquí solito? ¿Quién te da la comida?

—Él, cuando viene. Sancocha yuca o batata.

Al hombre se le hacía difícil respirar. Algo amargo y pesado le estaba recorriendo el fondo del pecho. Pensó en la noche: llegaría con sus sombras, y ese niño enfermo, con fiebre, tal vez señalado ya por la muerte, estaría ahí solo, esperando al padre, sin hablar palabra, sin oír música, sin ver gentes. Acaso un día cuando el padre llegara lo encontraría cadáver. ¿Cómo resistía esa criatura la vida? Y su amigo, que había afirmado momentos antes que no soportaba ni un día de soledad...

—Te vas conmigo —dijo—. Hay que curarte.

El niño movió la cabeza para decir que no.

—¿Cómo que no? Le dejaremos un papelito a tu papá, diciéndoselo, y dos pesos para que vaya a verte. ¿No sabe leer tu papá?

El niño no entendía. ¿Qué sería eso de leer? Miraba con tristeza. El hombre estaba cada vez más confundido, como quien se ahoga.

—Te vas a curar pronto, tú verás. Te va a gustar mucho la ciudad. Mira, hay parques, cines, luz, y un río, y el mar con vapores. Te gustará.

El niño hizo amago de sonreír.

—Unq unq, yo la vide ya y no vuelvo. Horita me curo y me levanto.

Al hombre le parecía imposible que alguien prefiriera esa soledad. Pero los niños no saben lo que quieren.

Afuera estaban sus amigos, deseando salir ya, hallarse en la ciudad, vivir plenamente. Anduvo y se acercó más al niño. Lo cogió por las axilas, y quemaban.

—Mira —empezó—... allá...

Estaba levantando al enfermito y le sorprendió sentirlo tan liviano, como si fuera un muñeco de paja. El niño le miró con ojos de terror, que se abrían más, mucho más de lo posible. Entonces cayó al suelo el saco de pita que lo cubría. El hombre se heló, materialmente se heló. Iba a decir algo y se le hizo

un nudo en la garganta. No hubiera podido decir qué sentía ni por qué sus dedos se clavaron en el pecho y en la espalda del niño con tanta violencia.

—¿Y eso, cómo fue eso? —atinó a preguntar.

—Allá —explicó la criatura mientras señalaba con un gesto hacía la distante ciudad—. Allá... un auto.

Justamente en ese momento sonó la bocina. Alguien llamaba al hombre y él puso al niño de nuevo en el suelo, sobre los sacos que le servían de cama, y salió como un autómata, aturdido. No supo cuándo se metió en el automóvil ni cuándo comenzó a rodar. Su amigo el pálido iba charlando:

—¿Te das cuenta? Es la civilización, compañero... Cine, luz, periódicos, autos...

Todavía podía verse el viejo bohío refulgiendo al sol. El hombre volvió el rostro.

—La civilización es dolor también; no lo olvides —dijo.

Y se miraba las manos, en las que le parecía tener todavía aquel niño trunco, aquel triste niño con sus míseros muñoncitos en lugar de piernas.

LA PULPERÍA

La pulpería de Chu era en la noche un bulto silencioso. Estaba en un recodo del camino y sorprendía a los caminantes que desconocían el paraje. Apenas la alumbraba una jumiadora. Los golpes de luz destacaban el mostrador, la negra cabeza de Chu y el grupo de hombres que jugaban dominó. No se hablaba. A ratos sonaba el golpe de una silla o el de una pieza que alguien tiraba en la mesa. Los hombres escupían a un lado y Chu descansaba la frente en una mano.

La pulpería era igual cada noche; escasa gente la visitaba de día.

Acaso los sábados iban más, a tomar ron y a charlar.

Una noche el viejo Mendo fue más temprano que de costumbre; se arrimó al mostrador y se echó el sombrero sobre la nuca.

—Vamos a tar cojos p'al juego —dijo estrujándose la cara.

Chu entrelazó los dedos de ambas manos.

—¿Usté no va a jugar?

—Yo sí; el que no viene es el muchacho.

El viejo Mendo calló un rato mientras se acariciaba el bigote.

—Ahora se ha encontrado un enamoramiento pa' las vueltas de la Llanada —explicó.

—¡Ah...!

Chu miraba con aburrimiento hacia el camino.

—Pero de ese lado no hay muchachas, Mendo —dudó.

El otro movió la cabeza de arriba abajo; gruñó alguna cosa y se volvió de frente, echando el vientre en el mostrador.

—Di' que una de las del difunto Gatón —empezó a decir.

El pulpero se agarró la barbilla.

—Esa gente... ¡Jum...!

El viejo le miró vivamente. Mientras Chu entraba en su cuarto, pensaba Mendo: "Siempre 'tá este diache de azaroso".

Durante dos semanas el muchacho del viejo Mendo salía temprano; jugaba poco, picaba andullo, llenaba el cachimbo y se tiraba al camino. Los otros le olvidaban desde que dejaba la mesa; el padre le miraba de reajo, mientras barajaban las piezas.

—¡Chu! —llamaba.

El pulpero saltaba el mostrador, tentaba la silla y, sintiéndola caliente, decía:

—Muchacho ése que va a vivir largo...

Y nada más.

A cada uno, aunque lo disimulara, le preocupaba el muchacho, porque sabían que iba hacia la Llanada, tras la falda. La suya era feúcha y, además, Gatón. Los Gatón no se andaban con juegos. Todos los varones de la casa habían caído en encrucijadas. ¡Gente arrestada aquella! El último debía andar lejos, huyéndole a la conciencia. Había limpiado su cuchillo varias veces en pechos buenos. Al lugar llegaban las historias de sus hazañas y los hombres caseros se rascaban la frente cuando oían hablar de él.

Había estado cayendo agua desde temprano. Chu sentía sueño en los huesos. Finando el día llegó uno de los jugadores, bajo la llovizna fina y pertinaz.

—Pa' mí que hoy no hay compañía, compadre —rezongó el pulpero.

El otro golpeaba el sombrero contra los pantalones.

—Ello... Si no vienen no será por el tiempo.

—Sí, parece que 'tá por aclarar —confirmó Chu.

Pero no aclaró. La tierra estaba pegajosa y el camino lacerado de charcas. Bien metida ya la noche entró Mendo; y como los otros no asomaran, se quedaron haraganeando, contando viejos sucesos, fumando. Entre ratos no encontraban qué decirse y se miraban los unos a los otros con aburrimiento.

A la hora del primer tercio paró Chu una oreja.

—Asunte, viejo Mendo.

El viejo se movió, preguntando con gestos.

—Me parece que suena un caballo.

—Tal ve' —dijo Mendo, que se entretuvo fumando el cachimbo. Al rato les pareció oír pasos. Alguien chapoteaba de prisa en las charcas del camino.

—Asunte, viejo Mendo...

El pulpero señalaba hacia el poniente. Se acercaba el ruido, se hacía distinto. El viejo se arrimó a la puerta, pero la noche estaba demasiado oscura. Nada se veía. Se volvió, huyéndole a la brisita.

—No se ve...

Le interrumpieron el ruido, el chapoteo, los primeros pasos del caballo, que acercaba la cabeza y mostraba los ojos relucientes. Un hombre saltó. Era arrogante, erguido, y pisaba duro. El recién llegado no contestó al saludo de Mendo; cruzó de prisa, golpeó en el mostrador y dijo:

—Consígame una vela de muerto.

Mendo y el compañero preguntaron a un tiempo:

—¿Hay difunto por su casa?

No lo conocían; pero quizá se tratara de la muerte de un amigo. El pulpero hurgaba entre cajones.

—No hay ninguno —respondió el desconocido.

Tenía voz engolada y dura. Se viró lentamente. Usaba puñal cruzado sobre el ombligo; vestía bien y debía haber andado largo, a juzgar por el lodo que se le había pegado.

—No hay ninguno; pero va a haberlo.

—¡Jum!

El viejo Mendo chupó su cachimbo, se rascó la cabeza y dijo, en voz confusa y baja:

—Yo no sabía que hubiera gente grave por aquí.

El desconocido tendió la mano para coger una vela del paquete, que ya estaba sobre el mostrador, y sonrió enseñando unos dientes blancos.

—Tampoco, amigo —explicó—. Lo que pasa es que horita tengo que arreglar a uno.

La sonrisa cortaba al terminar de hablar. Rompió a caminar, enseguida.

—¿Cómo? —interrogó Mendo, asombrado y dudoso. El hombre tenía ya la rienda entre las manos.

—Júrelo —afirmó al tiempo de montar.

Mendo se acercó a la puerta. El jinete se acomodaba en la silla.

—Júrelo, viejo, porque se lo dice Cecilio Gatón. ¡Cecilio Gatón!

El viejo abría los ojos. El caballo pataleó con rapidez.

—¡Cecilio Gatón!

A la espalda del viejo, el pulpero y el otro silabeaban el nombre:

—¡Ce-ci-li-o- Ga-tón!

Al volverse los miró; ellos le miraron. Estuvieron un instante así, confusos, atolondrados. De pronto el pulpero saltó

y corrieron los tres sobre la puerta; se amontonaron en ella, se echaban la respiración encima.

La llovizna cerraba y el caballo se había perdido en las sombras.

¡Cecilio Gatón!

Al principio no encontraron qué decir, y se quedaron mirando hacia el camino; después anduvieron lentamente sobre el mostrador. El viejo Mendo empezó a pellizcar la madera con su cuchillo; el otro veía al pulpero. Movían las cabezas, ofuscados.

—Vea el diablo... Ese condena es capaz de matar un hombre bueno y quedarse tan tranquilo.

—Ello... Lo 'tará haciendo hasta un día, Chu.

—Hasta un día, asina será.

Y tornaron a su silencio. Pero en uno de esos momentos el otro preguntó, como al descuido:

—¿Y quién será el de esta noche?

Entonces el viejo alzó la cabeza, le pasó un relumbre endiablado por los ojos, y dijo:

—Sabe Dio'. La Virgen quiera que no se meta con mi muchacho.

—¡Jum!

Chu había murmurado; Chu era medio azaroso.

—¿Usted cree? —preguntó Mendo, contestándole el pensamiento.

—Asigún, compadre. ¿No di' que anda atrás de la hermana? Mendo apretó los labios. Empezó a subirle un calor a la garganta.

—Asunte, Mendo; asunte...

Chu paraba una oreja. El viejo se apresuró caminando hacia la puerta.

—Por ahí viene un caballo.

El pulpero señalaba ahora el oriente y palidecía, pendiente de aquel ruido.

—No veo.

Mendo hablaba de perfil y miraba.

—No veo, Chu.

Iba a volverse ya; pero le pareció que sí, que alguien chapoteaba entre el camino, en las charcas. La llovizna secreteaba y casi no le dejaba oír. El rumor se fue acercando. Era más veloz que la otra vez, mucho más.

—¡Ese andar es del mismo animal! —gritó Chu.

El pulpero tenía los ojos saltones. Mendo corrió, tomó un colín y se tiró afuera. El caballo apuntaba ya entre las sombras. El viejo blandió el arma. Débilmente, la jumeadora se hacía sentir en el camino. Cuando el animal rompió a su frente, el viejo se adelantó, dio un salto y gritó, ronco, colérico.

—¡Párate, maldito! ¡Párate, condena!

Estaba seguro de que aquel Cecilio Gatón criminal le había malogrado a su hijo. Lo sentía en la sangre; se lo decía el corazón.

—¡Párate, maldito!

Lanzó un mandoble, y el caballo caracoleó a dos pasos.

—¡Encárguese del difunto! —ordenó el jinete.

El viejo Mendo abrió la boca. El brazo armado se le cayó; sintió que se le ablandaba la carne mientras el caballo desaparecía.

—¡Se juyó, se juyó! —gritaba casi riendo.

Quiso entrar en la pulpería; pero Chu y el otro le llenaban la puerta.

—Vamo' a buscar el difunto —dijo el viejo, medio muerto. Chu le sujetó el hombro.

—¿Lo dejó dir? —escupió rabioso.

El viejo le miró con pena.

—¿Qué diba a hacer?

Parecía un agonizante. Chu no podía comprender.

—Es el muchacho mío —explicó Mendo señalando el lugar por donde el fugitivo se alejaba—. El muerto es el otro —terminó.

Se acercó al mostrador y se quedó mirando el paquete de velas, que descansaba todavía allí, como esperando.

ROSA

La sequía de los nueve meses acabó con el Cibao. Los viejos no recordaban castigo igual. La tierra tostada crujía bajo el pie, los caminos ardían como zanjas de fuego, los potreros se quedaron pelados. Las familias se acostaban sin haber comido y los animales que habían sobrevivido no tenían fuerzas ni para espantar las moscas

Sufrí mucho en ese tiempo. Anduve buscando trabajo desde las orillas del Yaque, por Taveras, hasta las del Yuna, por Almacén de Yuna. Estaba dispuesto a todo, y lo mismo me hubiera metido en Los Haitises a cazar cerdos cimarrones que me hubiera ido a pescar a Samaná.

Al tratar de recordar aquellos días no logro saber cómo pude mantenerme. Iba y venía lleno de polvo, enloquecido por el calor y el hambre. Muchas noches llegué a pedir posada en algún bohío y me devolví de la puerta. La gente no se quejaba; apenas lamentaba aquella desgracia diciendo, mientras miraba el cielo:

—Todavía no se acuerda Dios de nosotros.

Pero yo veía los rostros afilados, los ojos ardientes, a los niños flacos y callados; veía a la mujer silenciosa, el bohío sucio. Sabía que en toda la noche no oiría palabra y me iba sin decir nada.

Pensaba: “Con un conuco propio, con un bohío aunque fuera destartado, estaría penando menos”.

Poco a poco fue tomando cuerpo la idea de ser dueño de mi destino. Llegó el día en que lamenté haber perdido mis mejores años trabajando para otros. Sentía que me nacía adentro un hombre nuevo, un ser distinto que iba desalojando en mí los restos de mi vida anterior. La soledad me parecía dura e injustificable. Repasaba con la mente mis años perdidos y no encontraba recuerdo de amigos ni huellas en los demás de mi paso por el mundo. Estaba cansado de pensar tales cosas cuando llegó octubre y con él las aguas.

El primer aguacero, pesado y rápido, cayó de tarde. Media hora antes el cielo era transparente y limpio; una hora después de la lluvia comprendía que no padeceríamos más. Las nubes grises empezaron a surgir de atrás de las lomas y escalaban la altura con solemne gravedad.

Yo estaba en despoblado, más allá de Almacén de Yuna. Seguro de que me mejoraría si no encontraba cobijo, apuré el paso cuanto pude. Al anochecer columbré un bohío. Los niños correteaban en el camino con expresión alegre, dirigiendo palabras cariñosas a las nubes. Apenas había pasado el umbral cayeron las primeras gotas. Todo el mundo salió a verlas.

La lluvia hizo muy largo el camino a Cenobí. Aprovechaba las escampadas, que eran escasas y cortas, para hacer una ruta trabajosa, entre lodo y agua. Iba a ver al viejo Amézquita. El viejo Amézquita me cobró cariño en el corto tiempo que pasé con él. Tenía una hija vistosa, saludable y despreocupada, cuyo rostro se iluminaba con la gracia de una malicia incipiente. A mí me gustaba la hija del viejo Amézquita, y cuando volvía, al atardecer, de los potreros o de los cacaotales, me ponía a charlar con ella, sumido en una especie de alegría que me hacía sentir bien. Muchas veces vi en los ojos del viejo la esperanza de que su hija y yo llegáramos a entendernos. No sé; a lo mejor eran ilusiones mías. Él nunca dijo nada, pero sonreía con reserva cuando nos veía

juntos, y a mí me dio su sonrisa qué pensar. Yo era nuevo por esa época y adoraba mi libertad, la propiedad de mi cuerpo y de mi tiempo. Un día me cansé del viejo Amézquita y de Rosa, como me cansaba de todo. Sentí el cansancio una tarde; en la noche dormí mal y al otro día amanecí con el machete al cinto y la hamaca en el hombro, fija la vista en la vuelta distante del camino, sobre el que empezaba a levantarse un sol bermejo.

Esas cosas las recordaba en Cenobí, adonde había llegado al cabo de una semana de marcha trabajosa. Había tendido la hamaca en la enramada de un bohío bastante pobre y me sentía cansado de andar entre lodazales y raíces resbalosas. Era temprano. La gente de la casa hacía cuentos en la cocina; la alegre candela metía por las rendijas su vivo color rojo y en los árboles vecinos zumbaba la brisa. Pensando en el sitio hacia donde iba me preguntaba por qué quería volver a Penda, si el Cibao era tan grande y eran tantas las fincas donde un hombre de trabajo podía hallar qué hacer. La respuesta surgió como empujada desde la sangre: era Rosa; sí, la causa era Rosa. Iba hacia ella llevado por el instinto de la carne y por el miedo de la soledad. Rosa estaba en mis venas. Me sonreía, mostrando sus dientes parejos; se movía con su gracia un poco ruda; veía, como en la realidad, su cuello grueso, sus hombros redondos, su pecho alto, su piel bronceada. Y en aquel instante —uno de esos segundos tan intensos como toda una vida— me di cuenta de que quería ser el marido de Rosa. Vi claramente mi porvenir: vivíamos en un bohío nuevo, rodeado de yucas; desde la puerta se dominaba un paisaje de plátanos llenando una hondonada; en el patio escarbaban docenas de gallinas. Hasta vi los perros, y uno de ellos era blanco y negro. Colmado de una extraña alegría, empecé a dormirme. Todavía charlaban en la cocina y mi sangre iba apagándose lentamente, llena de Rosa.

Bien temprano, sin hacer caso de las señales del cielo ni de los ruegos de mis huéspedes, dejé Cenobí. Tardé dos días en llegar a Penda, y era ya noche cerrada cuando alcancé el lugar. El viento daba vueltas entre los troncos de los cacaoteros y del cielo caía una lluvia menuda que anunciaba más aguaceros. Había pasado la oración cuando vi las luces de la casa.

El hogar de los Amézquita era un caserón de madera. Se entraba por un portón amplio; detrás había unos ranchos e inmediatamente después un pequeño patio lleno de yerbajos casi por la cocina —grande como una casa—, y a seguidas empezaban las plantaciones de cacao, café y plátanos.

No se conocían las tareas que tenía el viejo Amézquita. Mucho más de la mitad de sus tierras estaban abandonadas. A medida que avanzaba pensaba yo en lo grande que era su propiedad y trataba de ver las alambradas de enfrente, que guardaban los potreros. El viento tiraba sobre mi cara rachas de agua fina y yo me esforzaba por alcanzar con la vista la sala de la casa. Vi una sombra de mujer que se movía. Tuve la impresión de que era Rosa. Me pareció que la sangre se me paralizaba en las venas y que hasta la voz se me hundía en lo más escondido del ser. Después alguien que me pareció ser el viejo cruzó la puerta trasera, hacia el comedor. Yo me acercaba al portón. La luz de la casa espejeaba en los pozos que la lluvia formaba en el camino. Los perros, que tanto me conocieron en otro tiempo, rompieron en lardidos vehementes.

Nadie salió a recibirme. Dos peones jugaban barajas bajo la luz de la lámpara y contestaron a mi saludo con voces indiferentes. Una vieja negra rezaba en un rincón. Era Marta, la cocinera. La vieja alzó la cabeza y trató de verme, pero los años habían enturbiado sus ojos.

—Dentro y asílese —dijo.

Yo murmuré:

—Soy yo, Juan, Marta.

Ella se incorporó con relativa agilidad. Parecía dudosa.

—¿Usté, Juan? ¡Válgame Dios, cristiano!

Los peones dejaron de jugar para verme. En una de las habitaciones sonó la voz del viejo. Preguntó:

—¿Es Juan, Marta?

—Sí, hijo; el mismo, el mismito.

Yo sonreía. En la puerta estaban los perros ladrando todavía. Los llamé:

—¡Rabonegro, Rabonegro, Mariposa!

Los animales empezaron a mover las colas. De pronto oí en el comedor la voz vibrante de Rosa.

—¡Juan!

La vi. Procuraba hacerse la desinteresada, pero su rostro estaba lleno de la luz y todos sus gestos eran torpes, como los de un niño sorprendido en delito. Me acerqué para saludarla.

Sentía los labios fríos y el corazón me daba golpes.

—Hola, Rosa —dije.

No sabía qué hacer de mi sombrero mojado, pero Rosa no sabía qué hacer de sus ojos negros.

Aunque en aquel caserón de Penda había siempre catres puestos para los visitantes y para los que pidieran posada, yo no quise dormir, sino en mi hamaca. La tendí en la sala. Sentía que esa noche necesitaba estar cerca de algo mío, de algo que tuviera para mí cierta familiaridad. Mientras cavilaba oía roncar el viento en el cacaotal vecino y desplomarse sobre el techo de zinc un aguacero pesado.

Era todavía de madrugada cuando sentí al viejo chancletear en el piso del comedor. Me levanté. La vieja Marta hacía arder en la cocina una leña húmeda. Desde la puerta de la cocina podía apreciar el ambiente de fecundidad que me rodeaba. Parecía que todo el campo acopiaba energía bajo la lluvia del amanecer. El viento sacudía las

yaguas de la letrina y mecía la puerta del comedor. Los troncos y los colores se perdían en el gris de la lluvia.

El viejo empezó a hablar. Sus palabras estaban cargadas de una honda y a la vez suave ironía. Se notaba que hacía esfuerzos por demostrarme que hice mal en dejarlo, y que procuraba conseguirlo sin herirme.

—Dicen que Malhaya volvió en caballo cansao —dijo.

—Sí, don; cansado y cojo —afirmé.

—¿Y por qué? ¿Malas las cosas?

—De vicio, viejo. La sequía acabó con el mundo.

—Anjá. ¿Y por dónde andabas?

—Vengo de las vueltas de Macorís.

—Dicen que por allá se da bueno el cacao.

—El cacao y todo, pero el sol achicharraba.

—¿Y no dique hay mar?

—Su poco de mar, don; pero mucho más allá.

El viejo se pasó una mano por la cara.

—Ya ni an me acuerdo del mar. Lo vide en Puerto Plata, estando chiquito. Ni más agua, cristiano.

Miraba sin malicia. Marta soplaba desesperada.

—¡Anda el diablo con esta leña tan enchumbada! —lamentó. El viejo Amézquita se puso de pie.

—Hoy va a ser día perdido, como el de ayer.

Dio algunos pasos y volvió a sentarse. Yo me encogía. El viento frío no desperdiciaba rendija. El viejo preguntó:

—¿Y a dónde vas agora?

—¿Yo? Tengo idea de quedarme aquí.

—Jum... Pa' dirte cuando nos estemos acostumbrando a ti.

—No, don; ahora no estoy por andar más mundo. Me he cansado de bregar con la gente.

—Bueno, pues aquí te quedas. Trabajo no falta.

—Sí, ya lo sé; pero lo que quisiera es trabajar con más comodidad.

—Sí es por comodidá... Yo no apuro a mi gente; tú lo sabes.

—No, don; ni usté apura ni a mí me duele doblar el lomo. Es que aquí cogí este rumbo pensando en otra cosa.

—Ah, hijo; lo que se piensa y no se dice, como si no se hubiera pensado. Si nosotros fuéramos adivinos...

—Lo mío no hay que adivinarlo. Es que quería encontrar quien me diera una territa a medias.

—Pero por tierra no tienes que apurarte, ahí las tengo yo perdías.

—Pues si usté me las da, no hay más que hablar, don. Marta nos tendía ya las tazas. Terció:

—Sí, Juan; quédese aquí.

El viejo Amézquita vaciaba su café en el platillo y luego lo sorbía con gran ruido. Entre sorbos hablaba:

—Yo supongo que tú vendrás arrancao. Si necesitas algo para peones, yo tengo ahí unos centavos.

Hubiera empezado el mismo día a buscar lugar para mí, pero durante una semana apenas pude salir de la casa. El viejo se quejaba de su reumatismo y yo aprovechaba las escapadas para echar una mirada por afuera. Al atardecer me tiraba un saco de pita en los hombros y me iba a encaminar los becerros hasta el chiquero.

Algunas veces hablaba con Rosa. Una graciosa timidez, mezclada con cierta dosis de coquetería, la mantenía a distancia de mí. Yo esperaba que esa situación se prolongaría hasta que volviera la confianza de otros tiempos. La encontraba más hecha, de formas más definidas. De sus gestos trascendía un aire de mujer en sazón, y a veces sus ojos se incendiaban con luces relampagueantes. Era una típica muchacha de campo, con sus malicias a la vista y su cortedad, terreno de pugna perpetua entre la naturaleza fuerte y el pudor. Un día le pregunté si no pensaba casarse...

—Me falta lo principal —dijo.

Por su expresión me pareció que mentía, pero me hice el desinteresado y seguí tejiendo unas cinchas de cabuya para el uso de los asnos lecheros. Días más tarde estaba enterado de todo lo que deseaba saber. Mientras echaba la brisca con Pancholo y con Remigio, mientras descascaraba el arroz y atendía a los gallos de calidad que el viejo criaba para regalar a los amigos del pueblo, fui sabiendo cosas. En la pulpería me dijeron que Inocencio el del viejo Vinicio no dejaba sestear a la muchacha; de la ciudad iban de domingo en domingo dos enamorados, y hasta don Rogelio el del Palmar aprovechaba toda ocasión para cantarle bonito.

Rosa no se decidía por ninguno. Decía que no podía dejar al padre con la única atención de Marta, que ya estaba vieja y pesada para cuidarlo. A lo que parece, Amézquita no era muy exigente en cuestión de marido para la hija; le bastaba con que se la quisieran y se la trataran bien. En todo era él así, discreto y amplio.

Contaban que en su juventud fue muy corrido, amigo de enamorar muchachas y dejarlas después que le daban un hijo. Parece que tenía varios regados por esos mundos de Dios, y que a cada uno le había dado un pedazo de tierra y dos o tres onzas para que trabajaran. Con la mujer sólo tuvo a Rosa. La mujer se le murió en el parto, y desde entonces se recogió y se dio a trabajar sus tierras.

Se contaba que el padre había sido muy rico y que fue hombre de juntar cincuenta onzas para jugárselas al dado o a los gallos. Decían que había sido muy sangrudo, que tenía la mano recia y pronta. Murió ahogado cierta vez que metido en tragos se empeñó en cruzar a caballo el río, que bajaba crecido y arrastraba troncos y animales muertos. Uno de esos troncos le hirió el animal cuando estaba en medio del cauce; la bestia se ladeó, tragó agua, y la corriente impetuosa se llevó el

caballo y al jinete entre remolinos y espumas. Tres días después encontraron los cadáveres medio descompuestos, entre las piedras de una playa alejada. La gente recordaba al difunto para decir, refiriéndose al hijo:

—Del taita na' más sacó la cara.

Y así debió ser, porque el “taita”, por ejemplo, no me hubiera dado tierras a escoger, como hizo Amézquita. Cuando le dije que había seleccionado un sitio cerca de la casa, en la misma orilla del camino real, me respondió que lo que yo hiciera estaba bien para él.

Trabajé duro y con entusiasmo. Cerqué con palizada de estacas recortadas; talé, quemé, desyerbé y sembré maíz, para ir acostumbrando la tierra. No pude hacer bohío, pero como no lo necesitaba me conformé con un rancho. Esperaba ir haciéndome poco a poco de lo necesario para levantar un bohío bueno, y con esa intención limpié y dejé sin sembrar un altillo que dominaba el lugar, cerca del camino. Allí no se estancaba el agua y la grama compacta afirmaba la tierra; estaba coronado por un guanábano que esparcía por el sitio su grato olor y por un naranjo agrio que algún día se utilizaría en las exigencias del guiso.

Yo soñaba con hacer de aquel punto un retiro amable, y ya creía ver las laderas de pendientes imperceptibles cubiertas por un jardín en el que reventaban las dalias rojas y blancas y en que se balanceaban pausadamente las gallardas azucenas.

De tarde le hablaba de mis propósitos al viejo Amézquita.

—Aquí va el bohío —le explicaba—, aquí la cocina, y por ahí bajará un caminito de piedras. Allí voy a poner el portón.

Él sonreía con mezcla de escepticismo y ternura. Cierta día me dijo, como al descuido:

—Lo malo es que te vuelvas a dir.

Era difícil saber si en sus palabras habría reproche o aprobación. Servían para las dos cosas.

Si hacía el bohío, sería uno más en Penda, donde podría haber, a buen contar, ciento cincuenta. Desde las orillas del arroyo, hacia el Norte, hasta las del Camú, por el Sur, y desde La Mara hasta el Rancho, Penda se extendía en distancias tan largas que a un hombre le hacía difícil caminarlas. Había potreros y conucos, pero lo más abundante eran los cacaotales y el monte. Las hojas se cerraban en un amasijo alto; se cruzaban las ramas de cien clases de árboles diferentes y la tierra se pudría en las lluvias, bajo la gruesa capa de hojas caídas. Las veredas serpenteaban de bohío en bohío y de paraje en paraje. El único camino real era el que pasaba por la casa del viejo Amézquita. En mal tiempo era un lodazal hediondo, amasado por los cascos de caballos, mulos y asnos.

Por ese camino, hacia la salida del sol, estaba la pulpería de Antonio Rosado. Antonio era cojo, picado de viruelas, trigueño y mal hablado. Había levantado una gallera en el patio de su negocio y los domingos no le alcanzaban las manos para despachar ron. En días de jugadas se oía desde lejos el griterío de las gentes del Rancho, de Penda y de La Mara, que acudían a los desafíos. Temprano los veía pasar; llevaban fundas con gallos y las monturas inquietas batían el lodo con su rápido casquear; cruzaban mujeres con bandejas de empanadas y dulces, cruzaban hombres descalzos, que desechaban las pozas y se tiraban contra la alambrada para llegar limpios.

Yo iba a menudo a la pulpería porque me agradaba la amistad de Antonio Rosado. Su conversación era tajante, como machete afilado. Llegaba allá algunas tardes en busca de jabón para la casa, de gas o de azúcar, y aprovechaba la ocasión para hablar con el pulpero de la cosecha, del tiempo, de los negocios y hasta de política. Antonio llenaba las conversaciones de palabras puercas, pero las decía con naturalidad.

Los domingos no me aparecía por allí porque aunque los gallos me entusiasmaban, los galleros borrachos me daban asco. Armaban una bulla infernal y a veces, si se acaloraban en una discusión, acababan echando mano a los cuchillos y clavándoselos unos a otros. Desde luego, comprendía que ellos habían nacido, crecían y morían en un ambiente que no les proporcionaba facilidades para que cambiaran su manera de ser; y en cambio yo había rodado, dado tropezones, visto mucha gente diferente, y había aprendido algo que me hizo distinto de ellos: había aprendido a juzgarme a mí mismo y a tratar de ser algo más que un peón de campo. Personas ilustradas a las que conocí en mis andanzas me dijeron más de una vez que esa superación se conseguía cambiando de vida, procurando otro ambiente, rodeándome de artefactos que podía comprar con dinero si decidía dejar de ser peón para ser amo en el campo o en una ciudad. Pero yo quería progresar por dentro, no por fuera, y no me animaba a dejar el campo. Amaba aquello con devoción. Las raíces de mi vida estaban allí, en el árbol, en el hombre, en el río, en aquel escenario de trabajo incesante donde se fraguaba el porvenir. No era culpa del campo ser arena de tragedias ni semillero de hombres que se desconocían a sí mismos. Esa era culpa de otros, de los que sacaban de nuestro sudor la parte que usaban en rodearse de comodidades o simplemente en envilecerse, y ni siquiera nos devolvían en escuelas lo que nos quitaban todos los días. Rodando por el mundo conocí muchos de esos culpables y me percaté de que gran parte de ellos ignoraba que vivían a costa nuestra. A los que me decían que con lo que yo sabía podía hacerme rico en la capital o en alguna ciudad, les respondía que yo sabía que era un explotado, pero que prefería eso a ser un explotador.

Pero estaba hablando de Antonio Rosado. Pues bien, Antonio Rosado me recibió un día con la cara seria. No me

saludó, y cuando yo estaba a pique de preguntar qué sucedía me sorprendió con estas palabras:

—Usted sabe que yo no soy chismoso y que lo que le digo a cualquiera se lo pruebo cuando le parezca.

Me pregunté a qué vendría aquello. Él siguió envolviendo un azúcar que estaba despachando y ni siquiera me miró. Pero yo me sentía preocupado. Así, le dije:

—Le agradecería que me explicara por qué me dice usted eso.

—Por nada. Es que aquí andan diciendo cosas que lo perjudican, y como yo soy su amigo quiero que usted las sepa.

—¿De mí? —pregunté.

—Sí, de usted. Yo no entiendo de líos y por eso me pongo alante, pa' que no vayan a creer que ando con chismes.

La mujer a quien despachaba hacía esfuerzos por sonreír, incómoda con la situación que se avecinaba.

—La gente siempre habla caballás, Antonio —dije.

—Sí, pero no como ahora. Inocencio el del viejo Vinicio anda regando que usted enamora a la muchacha por los cuartos de Amézquita.

No esperaba eso y temblé de arriba a abajo, como a efectos de un mazazo en la cabeza.

—Oiga, Antonio, usted sabe que no cuento más que con mis brazos para ganarme lo que como...

Callé, porque la indignación no me permitía seguir hablando. Veía los objetos de la pulpería temblando ante mí. Mi voz sonaba en mis propios oídos con timbre metálico.

—Además —agregué—, yo nunca he enamorado a Rosa.

—Pero dende que usted asoma la muchacha le pierde el gusto a to' el mundo. Yo no sé por qué será.

—No es por mí, Antonio; créalo.

—Bueno eso a mí no me importa. Ojalá yo que cayera en su mano y no en la de algún vagabundo. Lo que le dije es pa' que usted no se descuide.

Claro que no podía descuidarme. En el campo, si un hombre dice algo que pueda denigrar a otro hay que tomar en cuenta no lo que dice, sino la intención. Desde ese día no me quité de arriba el mediacinta ni un momento.

El mediacinta estuvo al costarme la vida; pues un día encontré una mata de guao en lo que llamaba para mis adentros “mi tierra”. El guao es venenoso y su sombra encona. Me puse a cortarlo, pero como tenía que hacerlo con cuidado para que no me cayera encima alguna gota de la savia, tiré un machetazo loco que me alcanzó un pie. Cuando bajé los ojos vi la sangre fluir y cubrirme todo el pie. Traté de estancarla y al agacharme sentí que todo lo que veía huía de mí. Me pareció que el campo, con sus árboles y sus veredas, con sus potreros y sus cacaotales, con su cielo y sus lomas, se alejaba y se acercaba formando un conjunto de borrachera; después todo fue haciéndose amarillo, blanco, más blanco. Luchaba por sostener la cabeza, por ordenar otra vez el paisaje. Creo que traté de llamar, pero no pude, y si lo hice fue en voz baja que nadie oyó. Casi sin darme cuenta sentí un sueño pesado y a la vez agradable, y luego me pareció que descendía muy de prisa por declives de pendientes suaves.

Desperté poco a poco, con el sol ya alto. Empecé a recordar vagamente lo que me había sucedido. Tenía la pierna pesada, y cuando quise ponerme de pie no pude. Entonces me arrastré hacia el camino y no tardé en ver las alambradas. De pronto sentí deseos de dormir, de quedarme allí boca abajo y recibir en todo el cuerpo la sensación de la tierra, su frescura y su pulso. No tenía ganas de ver más caras humanas sino de dormir ahí, en ese punto, un sueño muy largo. Me sentía como un niño echado en el regazo de una madre dulce. Dormir, dormir y no trabajar más, no luchar más, no sufrir ni ambicionar más; eso era lo que me pedía el cuerpo. Quedarme en ese sitio y no caminar otra vez; quedarme dormido a la

sombra del naranjo o a la del guanábano, mientras en las lomas de Macorís, en los higos lejanos, en la pulpería de Antonio, en la línea de tierra quemada —cerca y muy lejos—, la vida siguiera sembrando dolores y esperanzas, insensible a lo bueno y a lo malo.

Pero Remigio pasó por el camino real. Algo debió decir ese hombrecillo débil que vive en mí y en toda persona; algo debió decir porque Remigio saltó la alambrada, gritó, llamó, y entre él y Pancholo me llevaron a la casa, donde los ojos de Rosa se agrandaron con la noticia y los viejos y gastados de Marta se esforzaron en ver la herida.

En las horas lentas de la enfermedad comencé a dudar. Aquello empezó por una ligera inconformidad conmigo mismo. Nunca, cuando soñé que Rosa era mi mujer, me acordé que el padre tenía dinero; pero debí haber previsto que otros pensarían en eso. Así, de lo que Inocencio había dicho en la pulpería el culpable era yo, sólo yo, y nadie más que yo. Yo tenía la culpa de que Inocencio estuviera hablando.

A ser sincero, no me preocupaba por lo que la gente dijera; lo que me preocupaba era mi conciencia. Y la conciencia me echaba en cara haber puesto los ojos en la hija de un hombre como Amézquita, a quien todo el mundo en el sitio consideraba rico. Analizaba la situación y me decía que en verdad yo no había enamorado todavía a Rosa, aunque tal vez la muchacha sospechaba mis intenciones; me decía que al viejo Amézquita le hubiera gustado verme casado con la hija, porque me había dejado entrever en alguna conversación que quería para su hija un marido que no la maltratara. Luego, yo debía sentirme libre de mis propias sospechas. Pero no estaba conforme, y yo había deseado siempre, de manera ardiente, vivir de acuerdo conmigo mismo.

En mis relaciones con Rosa y con Amézquita había algo que no me satisfacía y no podía saber qué era, y con las

murmuraciones de Inocencio aquello, lo que fuera, se hacía presente. ¿Era la nostalgia de mi vida anterior? En algunos momentos la idea de perder la libertad de ir y venir sin compromisos me causaba cierto malestar. De pronto me asaltaba el recuerdo de paisajes, de caras, de voces, y sentía el deseo de verlos y oírlos otra vez.

¿Qué era, en realidad, lo que había ido a buscar a la casa de Amézquita? ¿Había sido a Rosa o algo diferente? Amézquita era bondadoso como un padre. ¿Estaba yo buscando la bondad de Amézquita sin saberlo? Si Rosa era necesaria para mí, ¿por qué no la enamoraba?

Rosa me cuidaba; entraba en mi cuarto a preguntarme cómo me sentía y qué necesitaba. Yo notaba que antes de entrar se pasaba el peine por los negros cabellos. Como en los primeros días tenía fiebre, una inflamación en la ingle y el pie y la pierna hinchados, ella me llevaba tisanas y me decía que había estado delirando y hablando disparates o que había dormido tres horas corridas.

Los peones de la casa me recomendaban cosas tan peregrinas como cera derretida en la herida. Marta y alguna que otra vieja de la vecindad me ponían cataplasmas de tuna. El primer día me habían lavado el pie con gas, y después, como no apareciera yodo me echaron, creolina. Según Pancholo, me habían confundido con un becerro.

De tarde en tarde llegaba alguien a visitarme y también gente que iba a otra cosa. Don Rogelio, el del Palmar, estuvo dos veces, pero sus visitas eran para Rosa. Hombre maduro, con barriguita, rico, era el tipo clásico del hacendado cómodo. Llegaba en una mula bien enjaezada y vistosa, y yo pensaba que él era el marido ideal para Rosa. Me molestaba pensarlo, pero lo pensaba. Rosa debía ser la mujer de otro, no la mía. No debía ser mi mujer. Es verdad que me gustaba verla y que a veces me embriagaba de sólo pensar que tenía sus

cabellos en mis manos y que los peinaba con los dedos. Pero esa atracción no podía justificar que me casara con ella, y por otra parte el comportamiento del viejo Amézquita me impedía llevármela y dejarla luego.

Rosa no debía ser mi mujer. En algunos momentos casi me gritaba a mí mismo esas palabras, sobre todo cuando la medianoche me hallaba pensando en Rosa o cuando la imagen de su cuerpo me hacía despertar antes del amanecer.

Uno de los muchachos del pueblo estuvo a verla. Tenía cara lamida y ojos falsos, y no me gustó el mozo aquel. Hablaba con demasiada suficiencia, seguro de que estaba deslumbrando a los campesinos, lo cual me disgustó tanto que lo traté con visible desdén. Otro que fue una tarde fue Inocencio el de Vinicio. Era joven, de cuerpo enorme y rasgos gruesos. Tenía una mirada de animal y torva. Se le veía que no utilizaba la cabeza sino para ponerse sombrero. Habló con mucha reticencia, casi sin mirarme, con los ojos puestos en Rosa. (Por cierto que cuando me sané Antonio el pulpero me contó que el lengualarga andaba regando por los callejones que en la casa de Amézquita la poca vergüenza había llegado al extremo de meter bajo el propio techo al novio de la hija, lo que sin duda dijo porque la tarde de su visita Rosa estuvo particularmente simpática conmigo).

Yo no había recuperado el movimiento del pie, pero no me acostaba y pasaba el día en la sala, en el comedor y hasta en el patio haciendo algún ejercicio. Cuando llegó la época de recoger el cacao me tiré a trabajar porque hacían falta brazos. Me ayudaba con manteca de culebra, que afloja las coyunturas, y trajinaba el día entero, empañándome en olvidar los restos del mal. Iba y venía por los cortes, cuidaba del desgrane, atendía a los secaderos, y no cargaba yaguaciles con cacao verde porque no podía hacerlo. Una tarde el viejo me siguió por una tira de cacao, y cuando

estuvo separado de los peones, apoyándose en el tronco de una guama, me dijo:

—Mire, Juan, usted debía quedarse aquí conmigo. Sembramos esa tierrita que a usted le gusta y no se ocupe más de ella. Yo me voy sintiendo cansao.

—Pero yo estoy tullido, don.

—Eso es asunto de días, y yo no le hablo pa' de una vez.

—Es que, mire, a la verdad, yo me cansé de trabajar para otros. Ahorita me caen los años encima y voy a llegar a viejo sin un bohío.

Amézquita sonrió con pena.

—Así quisiera yo que me cayeran a mí. Con esos bríos suyos me tragaba el mundo.

Me recogí en mí mismo. No sé por qué me pareció ver en lo que decía una alusión a mi aparente indiferencia con Rosa. El viejo creía que yo estaba desperdiciando la mejor oportunidad de mi vida, y no podía él darse cuenta de que si Rosa no hubiera sido hija suya habría cargado con ella y hecho renuncia de lo que él pudiera dejarle. Dije:

—No lo piense, don. Mucha agua sucia he tenido que beber en el rato que he vivido.

—Tal vé. Hay gente asina, que envejece pronto. Dicen que cada uno tiene cara de cada uno.

—Sí, don. El corazón de la auyama sólo lo conoce el cuchillo.

Él estuvo un rato callado; después lamentó:

—Si Dios me hubiera dado un hijo como usted...

Esa simpleza me causó un efecto desgarrador. Me dejé dominar por la lástima y le dije:

—Pues hágase de cuenta que lo tiene y tráteme como hijo. Pero el viejo entendió mal. Los ojos se le llenaron de luz y sonrió como nunca antes lo había visto sonreír.

—¿De forma que usted y Rosa...? —comenzó a preguntar.

—No, viejo: como amigos —atajé yo.

La expresión del viejo Amézquita cambió en segundos. Se quedó mirándome con ojos profundos, y después le vi en la cara todas las gamas del desconsuelo hasta que en el fondo de sus pupilas quedó fijo el vago resplandor de la tristeza. Aquello me apenó en tal forma que sólo podría explicarlo diciéndome que había causado un desengaño a mi propio padre. ¿O era que yo quería a Amézquita como si fuera mi padre?

De ese mal rato me salvó el viejo Vinicio, que llegaba a tratar un negocio con Amézquita. Me pareció muy joven para ser el papá de Inocencio y hasta más simpático de lo que merecía el animal de su hijo.

A partir de esa conversación la vida se me fue amargando. De noche, sobre todo, me ponía a calcular el alcance oculto de los silencios y los gestos de Amézquita, el valor que les daba a sus palabras cada vez que se dirigía a mí. Trataba de adivinar el desarrollo de los acontecimientos y sufría de antemano por el dolor que podría causar en aquella familia. Notaba con disgusto que Rosa se esforzaba en agarrarme, y en la difícil situación en que me había colocado mi propia duda, eso me llenaba de indignación. A menudo culpaba a Rosa por lo que Inocencio había dicho en la pulpería, como si la pobre muchacha hubiera sido la instigadora de tales habladurías. Llegué a pensar que ella coqueteaba con Inocencio, le daba esperanzas con algunos gestos y luego lo mortificaba haciéndole creer que su preferido era yo. Me decía que Rosa era una de esas mujeres a las que les gusta sentirse celadas y centros de tragedias.

La duda trabajaba con rapidez en mi pecho y poco a poco fui sintiendo que todo se me hacía extraño, que repelía a las gentes y las cosas, que había a mi alrededor una inexplicable hostilidad que al principio surgía de mí e iba hacia los demás y después rebotaba de nuevo en mi alma, llenándome de inquietud y malestar. Empecé a echar de menos mi

vida de antes, mi vagabundear sin rumbo, aquella posesión de mí mismo que tan feliz me hizo en una época. “Antes —pensaba— alquilaba mis brazos y los recuperaba cuando quería”. Me decía: “Ahora estaría por las vueltas de Bonao cortando madera”. O simplemente me veía a mí mismo en un camino, sin pasado y sin futuro, gozando de un presente corto pero mío, de un presente maravilloso, lleno de todo aquello que admiraba y quería en mi tierra —el paisaje, la honda esencia propia, el sentido viril, el infatigable espíritu de producción— y eludía lo que me hacía sufrir, la miseria y la ignorancia de los demás.

Ese movimiento de repulsa se hacía cada día más fuerte, ganaba cada vez más terreno en mi alma. Llegué hasta a reaccionar con disgusto a las frases agradables de Amézquita y a las coqueterías de Rosa. Sólo me encontraba bien con Pancholo, con Remigio, con los otros peones. Les oía charlar, los veía trabajar sin descanso y me sentía ajeno a las asechanzas contra mi libertad.

Pero el diablo no duerme, según dicen, y si lo hace es caminando. El diablo arregló las cosas de tal manera que me resultó imposible abandonar la casa: el viejo Amézquita enfermó y se fue agravando poco a poco, al punto que nos vimos metidos en el mal trance sin que ninguno lo viera llegar. Y yo no podía dejar al viejo Amézquita cuando él no servía para nada, porque hubiera sido cobardía y deslealtad.

La enfermedad se presentó con dolores en el pecho, al amanecer de un lunes; en la noche Amézquita respiraba con dificultad y yo no arreglé la hamaca porque amanecí sentado, en espera de que me necesitaran. El martes el enfermo estuvo débil, con algo de fiebre; el miércoles deliraba y la fiebre lo sacudía en temblores, le hacía sudar y le hundía los ojos y las sienas. El viejo se quejaba y dejaba caer los párpados. Ese día, en la noche sobre todo, fue gente de toda la vecindad e

innumerables mujeres a quienes yo no conocía estuvieron entrando y saliendo murmurando sin cansarse, preparando tisanas y rezando. El jueves temprano Amézquita me llamó. Hablaba con voz profunda e insegura.

—Ya falta poco pa' que esto se acabe, Juan. Si por mí fuera le pediría que me consiguiera el cura en el pueblo pa' morir en confesión.

Yo me hice el sordo y no le contesté. Trataba de mirar hacia cualquier sitio donde no estuvieran los ojos de Amézquita. Él me sujetó una mano por la muñeca.

—Vea, Juan, y tanto que me hubiera gustao verlo junto con Rosa.

No pude evitar el impulso y le clavé la mirada, una mirada que estoy seguro de que era fría y dura. El viejo tenía los ojos puestos en el vacío y por eso no notó nada. De pronto se llevó ambas manos al pecho y gimió. Trataba de hundirse en el esternón los dedos, oscuros y flacos. Parecía querer desgarrarse. Tosió y quiso hablar.

—Juan...

Por la puerta cruzó la sombra de Rosa. Sentí que de golpe el mundo pesaba sobre mí; el mundo todo, con sus arenillas y sus yerbas, pero también con sus montañas y sus ceibas. No podía resistir la angustia. Rosa, Rosa, Rosa... En lo profundo de mi pensamiento estaban ella y el viejo y Penda. Y cientos de caminos pardos que se cruzaban unos sobre otros. Me acudían a la mente recuerdos de la niñez, retazos de episodios que yo creía olvidados. Amézquita estaba ahí, junto a mí, muriéndose, y yo no podía retornar a mí. Rápidos, veloces, a galope tendido, desfilaron días y días por mi memoria; unos eran oscuros, otros eran claros, otros confusos.

—Juan...

Allí estaba Amézquita, una línea oscura y huesuda, de la que salía una voz pobre. Las mujeres de las cercanías

hablaban y se oían voces de hombres. Amézquita acezaba, como si se asfixiara.

—Juan...

Pero, yo no podía responderle. ¿Por qué había de responderle? ¿Por qué había de consentir que me lanzara en aquel pozo que se abría a mis pies? Rosa estaba en el fondo del pozo, llena de sonrisas maliciosas.

Era agraciada, sí, y joven y saludable. Pero yo no podía, ¡no podía admitir que el moribundo me dejara amarrado! Comprendía que no debía hablar; que si decía lo que estaba sintiendo iba a matar al viejo, iba a precipitar su muerte, y no quería ser responsable de su muerte. Era para volverse loco.

Tal vez lo que estoy contando duró menos de un minuto, pero yo sentía que el tiempo se había detenido, que todo lo que se mueve en el mundo había dejado de moverse. Me volvía loco. Y de pronto, en aquella angustia una idea surgió del caos, una idea no buscada, no solicitada, una idea que fue como una luz en la noche cerrada.

—A usted le hace falta un poco de berrón —dije.

A seguidas, como un autómatas, me puse de pie y eché a andar. Me había agarrado de aquel pretexto sin darme cuenta cómo ni por qué. Crucé a toda prisa por entre la gente, aparejé un caballo que hallé en el patio y tomé al trote el rumbo de la pulpería. Todavía a la vuelta me sentía como sin voluntad de llegar, y confieso que no me daba cuenta de por qué retardaba la marcha del animal. Me daba asco reconocer, con miedo de mí mismo, que tenía la esperanza de que el viejo muriera antes de que yo llegara a la casa. Desde lejos, tratando de ver el movimiento de la gente, quise adivinar si había pasado algo. Pero todo parecía igual que antes. Y como si el destino escondiera una burla en la curva de cada minuto, el berrón que fui a buscar para no estar presente en el momento de iniciarse la agonía de Amézquita

sirvió para volver en sí al enfermo. Rato después de habérselo untado en la cara y en el pecho, el viejo dormía como un niño. Yo también tenía ganas de dormir. Busqué la sombra de un alero y eché una siesta corta.

Pasamos aquella noche en calma relativa. A lo lejos ladraban los perros mientras adentro rodaba el murmullo de las conversaciones sostenidas en voz baja. Algunos hombres galanteaban a las muchachas; el humo de los cachimbos y los cigarros llenaba las habitaciones; en la cocina hervían tisanas y hacían café.

Rosa aprovechaba cualquiera ocasión para acercárseme. Iba a preguntarme futilidades, se movía como si fuera a sentarse en mi silla, y en una ocasión hasta me sujetó una mano. Con los labios lívidos y los ojos fosforescentes, su descuido y su palidez le daban un marcado aspecto de mujer sensual que no era corriente en ella. Yo procuraba mantenerme alejado.

En un grupo distinguí el rostro duro de Inocencio. Sus ojos me seguían como perros hambrientos. No le vi mover la boca una sola vez. Estuvo en el patio, entre mozos de su edad, y la luz de la cocina le enrojecía las facciones, dándoles mayor repulsión de la que tenían.

Temprano, cuando me convencí de que el viejo no daría sustos, me fui a dormir. Antes de sumergirme en el sueño oí la voz de Rosa, apagada y con un timbre extraño:

—Juan, Juan... ¿Adónde estará Juan, Marta?

No quise responder.

En toda la mañana del viernes nos sentíamos animados: el viejo parecía mejorar. Para mí aquello era la solución de mi tormento, porque la salud o la muerte eran puntos extremos y en ninguno de ellos cabía la duda, origen de mi angustia.

Nos envolvía un cielo nítido y el sol se mostraba jocundo, propicio a pensamientos de esperanza. Yo sentía que una felicidad suprema flotaba en el ambiente pero sentía

también que a mí no me tocaba parte en esa felicidad. La quietud de la mañana, sin embargo, me fascinaba.

En la misma casa había paz. Había ido poca gente y Amézquita dormía tranquilamente, tal vez sólo molesto por el desacompasado subir y bajar del pecho.

¿Por qué veía yo aquella tranquilidad como cosa superficial? Me dije que debía estar nervioso por el mal dormir, el trajinar, el pensar, y me lo repetí varias veces, empeñado en convencerme. Pero no lo lograba. Veía aquel cielo alto y claro, aquel armónico y gentil movimiento de toda hoja, aquel fluir lento del día como algo lejano, casi de sueño, que sólo lograba adormecerme la piel. Para ponerme a tono con el día cogí maíz y estuve echándoselo poco a poco a las gallinas; recorrí el jardincito deteniéndome en cada flor y jugué con los perros como en mi olvidada niñez. Y de pronto, cuando correteaba entreteniéndome a Rabonegro, oía a Rosa gritar mi nombre y llamarme.

Corrí. Ella estaba en la puerta, con un paño sobre la boca. La empuje y entré. Marta rezaba al pie del catre. Al viejo se le había llenado el rostro de huesos.

—¡El berrón, el berrón! —grité.

Toda alocada, en un revuelo de brazos, de faldas y de pelo, Rosa registró un rincón y se volvió desolada, mostrando la botella vacía. No perdí un segundo y corrí al patio.

—¡Pancholo, Remigio!

Nadie contestó. En una sombra de yerba que había junto a la cocina mordisqueaba un potro. Me dirigí a él corriendo y en medio de la carrera iba pensando: “Ya no lo salva nadie”. Mientras le echaba el bozal a la bestia tuve tiempo de decir algo que le devolviera a Rosa la confianza. Salté sobre el animal sin aparejarlo y empecé a maltratar a talonazos sus costillas. Llegué rápidamente. Desde el camino grité:

—¡Antonio, pronto, berrón, que el viejo se muere!

Veía la pulpería en sombras y repetía ahogándome:

—¡Berrón, que se muere!

—Dios le guarde la suerte —rezongó una voz.

Al tiempo que me volvía, pregunté:

—¿Suerte? ¿A quién?

Todavía no lograba distinguir al que hablaba. Antonio Rosado destapaba la botella para que yo perdiera menos tiempo. De pronto le oí decir:

—No hable caballá, Inocencio.

Pero Inocencio no quiso callarse.

—A usted —dijo señalándome.

Mientras corría a montar, sin comprender claramente qué quería decir, insistí:

—¿Y por qué a mí?

Pero súbitamente vi claro. No esperé la respuesta. Como si la sangre se me hubiera vuelto llamas de pronto, me sentí arder por dentro.

—¡Hijo de mala madre! —grité al tiempo de atacar.

Él estaba armado de cuchillo, pero no lo había sacado. Al golpe le vi la cara echando sangre y los ojos enrojecidos por la ira. El piso resonaba bajo nuestros pies. Antonio Rosado maldecía a grito pelado. En un relámpago de tiempo eché el ojo sobre el cabo de un machete que descansaba en el mostrador. Tiré la mano, pero ya él había logrado sacar su cuchillo. Mostraba los dientes ensangrentados y soplabla como bestia. Sentí la punta del cuchillo en el hueso, sobre el omóplato izquierdo y, loco, como quien tala matorrales, lancé el primer golpe. El hombre se ladeó. Di otra vez, y otra más. La voz de Antonio resonaba en mis oídos:

—¡Lo va a matar, Juan; lo va a matar!

Entonces vi a Inocencio doblarse, cubrirse el rostro y caer. Me asomé a la puerta. Los objetos se me confundían. El cielo, los árboles, el camino: para mí todo se movía en una

danza vertiginosa. Corrí. No recordé que andaba a caballo y me fui a pie. Antonio Rosado daba gritos:

—¡Corran, que malograron a Inocencio!

Caminé hora tras hora, dando rodeos, y cuando el sol clareaba, antes de que reventara la mañana, había alcanzado el fundo de Nisio Santos. El trillo terminaba ahí y a nadie iba a ocurrírsele buscarme donde el viejo Nisio Santos. Era un negro serio, silencioso muy estimado por sus amigos. Lo llamé desde la tranca. Tardó en salir. Un perro blanco empezó a alborotar.

—Muchacho, soñando contigo tuve anoche. Quién me lo diba a decir.

—Corté a Inocencio el del viejo Vinicio —dije a manera de explicación.

—Dentra y siéntate. Eso le pasa a cualquier hombre, no te apures.

La mujer de Nisio Santos no podía levantarse. Ellos eran solos, porque los dos hijos se les habían ido al pueblo. La vieja tenía medio cuerpo paralizado.

—Ay jijo —comentó al verme—. Dichosos los ojos. Mira que hacía tiempo que no sabíamos de ti.

Hablamos de su enfermedad mientras Nisio bregaba con astillas de cuaba en la cocina.

El bohío era pequeño, sucio. No comprendía uno cómo podía resistir las inclemencias del tiempo. Una gallina estaba echada en un rincón. Afuera se mecían los plátanos al aire de la mañana.

El viejo hablaba con voz monótona, respondiendo a una petición mía:

—Yo casi no resisto camino largo, y menos hoy, con este anuncio de agua; pero un servicio no se le niega a naiden, muchacho. Horitica salgo yo pa' Penda. Asina no habrá lugar a que piensen que tú andas por aquí.

Yo le oía y veía sus desnudos pies, grandes, de talones cuarteados. Ya estaba abrumado por los años. Se movía con lentitud y chupaba su cachimbo como adormeciéndose. Me pidió que le hiciera su sopa a la vieja y que le terminara un desyerbo en el plantel, si no llovía. El perro le acompañó buen trecho, moviendo alegremente el rabo.

El fundo estaba metido en pleno monte. Se oía el susurro del viento entre los troncos cubiertos de bejucos. Las hojas de plátanos resonaban con la brisa como puertas que se abrían y se cerraban de golpe. Silenciosa, la vieja dejaba pasar las horas prendida de su cachimbo de barro.

Cansado como me hallaba, quise esperar un rato antes de ponerme a desyerbar. Me tendí sobre un banco estrecho, frente al fondo, y cerré los ojos. Sin explicarme por qué, tenía una sensación de seguridad que me hacía mucho bien. Echado en la puerta de la cocina, el perro blanco se adormilaba y las moscas se le posaban encima.

Poco a poco fui sintiendo los ojos duros y empecé a perder el dominio de los sentidos. De pronto vi a Inocencio tendido a mis pies con la cabeza machacada, sin rasgos humanos. Yo caminaba y adonde iba, iba aquel cuerpo de cabeza deshecha. No se movía, pero no me abandonaba. Yo cruzaba el potrero de Amézquita. La noche era oscura y llovía a cántaros. De todo terrón, de todo tronco salía una mano. Yo lograba escapar por pulgadas de ventaja. Llenando el potrero resonaba la voz de Antonio Rosado: “¡Él fue, él fue, él fue!”. Rosa se hincaba frente a un soldado de rostro repugnante y lloraba hablando: “Le doy lo que usted me pida si lo perdona”. Yo no podía con mi terror. Gritaba desesperado, corría ladeándome, huyéndole a tantas manos. Blandiendo un machete afilado, el viejo Nisio Santos clamaba: “¡No le pongan la mano, no le pongan la mano, sinvergüenzas!”. Seguía la noche negra, tan negra como si hubiera sido sólida. Vi una mujer cruzar el

potrero, apartando la yerba con unas manos blancas y gentiles. De pronto aparecí a la puerta de Amézquita. Había mucha gente, un catre en la sala, y alrededor, cuatro velas en sillas, y Rosa tendida sobre el catre, llorando. El viejo Amézquita surgía de entre las sábanas blancas, me miraba con ojos hundidos y horrorizados, y me decía: “Tú fuiste, tú, yo lo sé”. Yo empecé a gritar: “¡Yo no, yo no, yo no!”. Entonces Pancholo y Remigio rompían en una risa a la vez sonora y tenebrosa, una risa tan estrambótica que ahogaba todos los ruidos. No sé por qué me hallaba con ellos jugando brisca al tronco de un caimito. Hacía mucho sol y a la vez era noche cerrada. Jugábamos, y al volver los ojos tropezaba con Inocencio a mis pies. Allí estaba, con la cabeza hecha trizas. Encolerizado por su injusta persecución, yo le escupía el vientre y el muerto lloraba lleno de amargura. Eso me causaba terror. “¡Juan, ahí vienen; huye, Juan, que ahí vienen!” —gritaba Marta—. Yo no podía huir. Quería moverme y estaba clavado en el suelo; deseaba dar voces y había enmudecido. Rabonegro empezó a ladrar en forma desesperada.

Alcé la cabeza. El perro blanco de Nisio perseguía un hurón, llenando el patio de ladridos. Tardé en recobrar-me, lleno de miedo cervical. De pronto no comprendí dónde estaba, y veía la cocinita negra, el bohiucho pobre; vigilaba los alrededores y me parecía estar acechando el silencio. La vieja tosió en su habitación. Entonces me hice cargo de dónde estaba y me apresuré a reavivar la candela, que ya se consumía. Después me puse a buscar los ingredientes de la sopa; registré macutos viejos, rincones y barbacoas; en parte alguna hallé con qué hacerla. Había unos granos de sal en una higuera, pero ni manteca ni ajos ni otra cosa para condimentar. Salí al patio, recogí unas mazorcas de maíz y en un plantón raquítrico encontré unos rabos de yuca. Más que sopa, lo que hice fue un caldo pobre, que a nada sabía; sin

embargo la vieja estuvo tomándoselo con placer y cuando terminó dijo que hacía tiempo que no comía sopa tan sabrosa.

Yo estuve un rato mortificado mientras ella tornaba a chupar su cachimbo, con los ojos perdidos en el techo. No sabía si sus palabras eran sinceras o si las dijo para no echarme en cara mi ignorancia. Lo primero me impresionaba por la miseria que hacía sospechar; lo segundo, por su generosidad.

Esperando a Nisio, que anduvo ligero, entró la tarde. El viejo llegó silencioso, preguntó por su mujer, fue a saludarla y después se metió en la cocina. No se había quitado el sombrero. Estuvo un rato acariciando al perro. Yo trataba de adivinar qué iba a decir. Sus gestos pausados y nada extraordinarios podían encubrir una noticia mala o una buena. Al cabo habló.

—Eso del muchacho de Vinicio es caballá. La gente creía que diba a salir guapo, pero yo sabía que no.

A la verdad, yo no estaba nervioso, o creía no estarlo; pues si no lo estaba, ¿por qué había soñado lo que soñé unas horas antes? Pero sí tenía una falta de acomodo interior, creía que la causa no era que hubiera herido a Inocencio sino haber sido violento con él; que él me hubiera sacado de mi decisión de no ser violento. Me producía rabia pensar que él me había obligado a herirle. Era bruto el condenado, bruto y odioso. Rosa no tenía nada que ver en eso; ni siquiera pensaba en ella. Era sólo Inocencio, sólo él y yo.

—Le diste sus buenos golpes, pero de plan, no de filo. Agora, que cuando te sintió hombre, se aflojó. Y como tú le sacaste sangre... una cortaíta; cosa de na'. Me dijeron, y te lo digo como me lo contaron, que el taita le dio su pela por blandito.

—¿No está grave, entonces?

—¿Grave? Esos porquerías ni an se mueren, muchacho. Y yo no sé, porque pa' la falta que hacen en el mundo...

—Yo creí que... Usted no sabe la alegría que siento.

—Caballá, muchacho... ni an herido... Tú puedes dirte a Penda, si te da la gana; pero si quieres llevarte de mi consejo no vayas. El Inocencio ése no saldrá guapo, pero alevoso sí. Lo mejor es evitar. Cuando no hay más remedio se para uno a pelear. Yo creo que tú no tienes nada que buscar en Penda, asina que...

—Sí, tengo que ir donde el viejo Amézquita.

—¿Amézquita? Enterraó 'tá ya. hoy mesmo lo enterraron.

“Hoy mesmo lo enterraron, hoy mesmo lo enterraron”. He oído esas cuatro palabras mil veces, más de mil veces, y ahora mismo estoy oyéndolas. La noche anula las líneas del camino y borra los perfiles del monte. Cantan las ranas y algunos cocuyos se encienden; los perros ladran en hileras, uno aquí, otro más lejos, otro perdido en la distancia. Camino. Arriba asoma una que otra estrella entre nubes densas y lentas.

He dejado atrás el trillo que lleva al fundo de Nisio Santos; he dejado atrás los primeros bohíos de Penda; y camino, camino. Como en la noche de mi vuelta a la casa de Amézquita, pienso en Rosa. Ahora es huérfana. Estará con Marta. El case-rón le parecerá grimoso y oscuro.

También pienso en Amézquita. Lo veo huesudo, con los ojos agrandados, agarrándose el pecho. “Hoy mesmo lo enterraron, hoy mesmo lo enterraron”. Imagino la hora del desenlace. Ocurriría cuando yo estaba luchando con Inocencio en la pulpería, Rosa gritaría desolada y las viejas del lugar debieron llegar a toda prisa. La noche del velorio —anoche— Rosa se pasaría el tiempo preguntando al sesgo por mí; le contarían lo de Inocencio y lloraría la desgracia a la vez que la muerte del viejo. Me parece verla con su negro pelo descuidado, los ojos hinchados y la nariz roja de llorar. En el velorio habría gente de todos los lugares vecinos; los hombres contarían cuentos y las viejas cabecearían sueños entre los rezos.

Camino, camino... Arriba siguen amontonándose nubes negras. Si no estoy equivocado debe faltarme poco para llegar a la pulpería. Llamaré a Antonio Rosado y le preguntaré. Aunque no; es mejor que nadie sepa mi paradero. A lo mejor es una trampa lo que le han contado al viejo Nisio Santos. Bueno, no puede ser trampa, porque nadie sabía que yo estaba en su casa.

Me gustaría hablar con Antonio, oírle decir algo. Es buen amigo y con seguridad no me delatará. Decía: “¡Corran, que desgraciaron a Inocencio!”; pero no decía quién lo había cortado. Quizá hasta esté un poco alegre por lo que la haya pasado a Inocencio.

Camino, camino... ¿Cuándo se desplomarán esas nubes que ya cubren el cielo? Creo reconocer el sitio por donde voy. De ser estos los cacaotales de don Vinicio, estoy al alcanzar la pulpería. Sí, son ellos. Ese árbol, aquí, a mi izquierda, es un roble desramado. Ahí está la pulpería; es ese bulto cuadrado. Llamaré a Antonio. Pero, ¿y si hay gente con él? ¿Quién? Tal vez una mujer; nadie sabe... El perro ladra furiosamente; parece que va a reventar ladrando. Acorto el paso. ¿Llamo?

Ya estoy frente a la pulpería. Debería detenerme y llamar. Pero no lo haré. Ahora no quiero devolverme. Antonio estará durmiendo. ¿Serán las doce? No, quizá sea un poco más tarde. Es imposible saber la hora exacta. De noche se camina más despacio porque apenas se ve por dónde se anda. Además, esta vez no hay estrellas. Las nubes crecen y se confunden allá arriba.

Camino, camino... A ratos no pienso; sólo me esfuerzo en mirar. ¿Alambres? Los tiento y digo: “Tierra de Amézquita”. Tierras de Amézquita. ¿Por qué no me conmueve pensarlo? Toda la que tenía la ha cambiado ahora por un hoyo estrecho. ¿Cuándo comenzará a pudrirse? Dicen que alguna gente no se pudre; depende del terreno y quizá hasta de la causa de la

muerte. Pero Amézquita... Amézquita se pudrirá pronto. Murió flaco. Quería dejarme atado a su hija. ¡Ah el viejo Amézquita! Era buen hombre, no cabe duda; pero quería atarme a su hija.

Rosa debe estar pensando en mí. ¿Llorará? Su vida ha quedado dislocada de golpe. ¿Quién iba a decirle que sucedería todo esto? La vieja Marta rogaba: “Quédese aquí con nosotros, Juan”. Bien: ni el viejo ni yo. Nadie puede prever el futuro, y a veces llega lo que menos esperamos.

Camino, camino... La brisa ha cambiado y es ahora viento de agua. Voltijea entre las copas de los árboles; zumba, gira, arranca hojas. No tardará en llover.

Toda la noche suena, canta. Del mismo corazón de la tierra parece levantarse un rumor de vida. Veo los arbustos doblarse, mecerse; ojeo hasta que me duelen los ojos; extendiendo el brazo para evitar tropiezos. “Amézquita no está; ha muerto” —pienso—. Se lo llevaron esta mañana por este mismo camino. Todos los campesinos de por aquí se pondrían ropa limpia —“su muda limpia”, como dicen ellos—, y sin duda vino don Rogelio el del Palmar en su mulita. Buen paso el de la mulita.

Camino, camino... Oigo a mi espalda el ronroneo de la lluvia; distingo el ruido peculiar de las gotas sueltas que caen en las hojas. Apuro el perfil de los árboles que la rodean. Inesperadamente el corazón me salta. Sí, ahí está la casa. Siento que las manos se me enfrían. El aguacero viene cantando a mi espalda. Corro. Rabonegro ladra, se enfurece, estruja su cabeza con mis piernas. Busco el alero. Me siento frío y lucho contra la impresión. La lluvia está lavando ya el techo de la casa.

El perro se echa a mis pies. Yo me doblo y acaricio su cabeza. Lluve intensamente. Me siento mojado en un brazo, en un hombro. Me pego más. Silencio. Ahora, al conjuro de la lluvia me va invadiendo una tristeza inexplicable. Debe ser mucho más de media noche. Quizá en algún lugar distante

estén celebrando una fiesta. Esta lluvia se irá filtrando poco a poco hasta mojar el ataúd de Amézquita. Los bohíos, pobres y miserables, están cerrados. Yo tendré que trabajar mañana, como ayer, como siempre; y no yo solo: también los miles de seres humanos que viven en esos bohíos miserables. A esta hora hay mucha gente cobijada por un techo de zinc, de yaguas o de cemento; unos estarán durmiendo junto a sus mujeres, otros junto a sus hijos, otros con sus padres y sus hermanos. Yo estoy aquí bajo un alero, acariciando la cabeza de Rabonegro. ¿Estará Rosa pensando en mí?

La lluvia arrecia. Las ideas tristes, los pensamientos dolorosos nacen en tropel no sé dónde, y me angustian. Oigo el viento pasar por entre los árboles.

¡Solo, solo! ¿De qué me sirve mi libertad ahora? Tal vez enferme, quizá caiga herido un día, golpeado por un tronco o macheteado por cualquier Inocencio. Rosa está aquí, y acaso no duerma. Su catre estará caliente. ¿Por qué no llamar, por qué, si ello asegura mi porvenir y calma mi soledad de hoy?

Voy a llamar. Bastará con que dé un golpe en la puerta y diga su nombre. Ella estará despierta, quizá esperando esto mismo, que yo la llame. La vieja Marta se alegrará de que vuelva; estoy seguro de que se alegrará.

Rabonegro gime entre mis pies. La lluvia decrece por un momento; es menos ronco su canto en el techo. La brisa pasa ahora menos sonora, más suavemente.

Oigo una tos. Estoy seguro de que es ella. Me presiente y no duerme. A seguidas, una voz:

—Marta, Marta...

Me llega el murmullo de la respuesta, pero no distingo las palabras. A poco, otra vez Rosa:

—No es el perro, Marta; es gente.

¿Gente? Ha querido decir “Juan”. Levanto la mano. Fugazmente, la imagen de Amézquita pasa por algún lugar de

mi cerebro. Lucho. Tengo la mano levantada pero lucho. Su catre estará caliente. ¿Y mi libertad, mi libertad? No puedo más, ¡no puedo más con mi duda! La lluvia torna a arreciar. Es un golpe de agua y viento el que se acerca El camino estará parido de charcas y lodazales, y aquí hay cama, casa, afecto.

Creo que voy a ahogarme. La voz se me aprieta sin haber salido; me ahoga como piedra metida en la garganta. Decididamente, no puedo más, ¡no puedo más!

Y me lanzo al camino, por cuyos desniveles corre raudamente el agua sucia.

DOS AMIGOS

Duck oyó decir varias veces que un viaje cambia siempre algún aspecto de la vida del viajero. Así, pues, cuando la familia decidió el traslado a un pueblo de la costa con el propósito de pasar el verano, él se llenó de aprensión y se puso nervioso.

—Sin duda que tal manera de sentir indicaba timidez, lo cual no podía enorgullecer a Duck. Pero el mal no tenía remedio. Acaso no hubiera sido tímido si hubiera vivido con más libertad. Metido día y noche en la casa, sin haber hecho una locura en lo que tenía de existencia, siempre sujeto a órdenes, a paseos limitados por las cercanías del hogar, siempre atemorizado a la sola idea de disgustar a la señora, a la niña, a los sirvientes, al chofer, se acostumbró tanto a no atreverse a nada que hasta el pensamiento de cambiar de casa le asustaba.

Todas esas cosas iba pensando Duck mientras el automóvil se deslizaba en rauda marcha por la carretera. Sombras fugaces de casas pequeñas, de árboles y de vehículos pasaban junto al coche. Se cansó de ver y se durmió. Cuando abrió los ojos estaba en un poblado de aspecto extraño, con casas bajas, calles sucias, niños desnudos, gente extravagantemente vestida —o desvestida—, una playa donde se veían mujeres con escasa ropa y un mar azul. Observando ese mar estaba Duck cuando oyó que le llamaban. Bajó del automóvil de un salto y se puso a ver la casa. Sin duda que en nada se parecía a

la hermosa construcción donde él había vivido hasta ese día ¿Empezarían los cambios por ahí? No muy seguro de sí, Duck entró, recorrió las habitaciones estudiándolas con detenimiento y al fin escogió una del fondo para echar sus habituales siestas, después le intrigó la agitación que notaba en torno suyo, y cuando supo que todo se debía al vaciado de las maletas se fue al patio y se puso a estudiar las cercanías de su provisional vivienda.

Extraño lugar aquel. Había mucha luz y a lo lejos se alcanzaba a ver el mar. Algunos niños hablaban a grito pelado. Duck observó que no se parecían a los niños de la ciudad, tan cuidadosos de sus ropas. Estos eran de mala presencia, sin duda clásicos tiradores de piedras y perseguidores de perros. ¡Desagradable encuentro sería el suyo con uno de esos arrapiezos! De sólo pensarlo se sintió él a disgusto, y tratando de evitar que tal cosa pudiera convertirse en realidad se fue a una esquina de la casa.

Allí estaba el bueno, el correcto, el tímido Duck sentado sobre sus patas traseras, oliendo con delectación el aire, cuando vio acercarse un extraño perro cuya raza no conocía. Era alto, flaco, de orejas caldas y rojizos ojos, de pelo amarillento y trote vulgar. Duck se asustó y —como ocurría siempre que tenía miedo— se echó a ladrar. Sin dejar su trote, el grandulón volvió a Duck los ojos y siguió su camino.

—¡Diablos! —se dijo Duck confuso y lleno de admiración—, ¿habrá tenido miedo de mí ese armatoste con figura de perro?

Al imaginarse tal cosa el tímido Duck se llenó de vanidad, pero de inmediato comprendió que con un solo mordisco el otro podía dar cuenta de él. En el conflicto de sentimientos que se apoderó de su almita, Duck se sintió sin autoridad sobre sí mismo; así se explica que sin saber lo que estaba haciendo se pusiera a ladrar, esa vez mientras corría hacia el

desconocido y amenazaba morderle una pata. De pronto se sintió morir porque el grandulón se detuvo en seco, volvió a mirarle con frialdad, y al fin le dijo:

—¡Hola!

¡Ah, eso sí que era extraordinario! De manera que aquel extraño perro no sólo parecía ignorarlo sino que al cabo respondía a sus ladridos con un saludo afectuoso. ¿Qué costumbres eran ésas? Duck no atinaba a explicárselo, porque, asustado todavía, se dejó llevar del miedo y respondió ahogándose:

—¡Hola!

El otro movió ligeramente la cabeza, como aprobando el saludo, y después ordenó con voz autoritaria:

—Acércate a que te huela.

Duck se quedó paralizado. ¿Por qué acercarse? ¿No sería una treta para hacerle pagar su altanería? ¿Qué segundo pasó Duck! Pero aquel grandulón le tenía como hechizado.

—¿No oyes? —preguntó.

Muy despacio, receloso, él se acercó y el otro empezó a olerle.

—¡Demonios! —dijo—. Hueles como una señorita.

—Es que me bañan con jabón fino —explicó Duck.

El otro arrugó el entrecejo.

—¡Miserable! —rezongó de pronto—. ¿Jabón de olor mientras miles de hermanos tuyos pasan hambre?

Duck se quedó mudo, sin hallar qué responder. El desconocido hizo una mueca despreciativa, parecida a la de un hombre que escupe con desdén, y diciendo algo en que se oían la palabra “aristócrata” y otras de ese jaez, echó a andar gravemente, con la seriedad y el aplomo de un perro habituado a pensar en problemas intrincados. Duck le vio irse con su trote poco distinguido y, cuando sin dignarse volver la cabeza el extraño dobló la esquina, Duck se quedó ajeno a lo que le rodeaba, pensando por primera vez en su vida en el vasto, en

el numeroso género de los perros, y al fin se dijo, con cierto dejo amargo, que aquel extraño hermano debía andar triste.

—Verdaderamente— pensaba mientras se dirigía a su nueva morada— que acaso haya por ahí perros hambrientos. Nunca lo había advertido.

Muy absorto en tales ideas, cayó en darse cuenta de que un gato se erizaba cerca de él sólo cuando oyó a su lado el bufido del minino. Cogido de sorpresa, Duck sintió un miedo violento, y con los ojos desorbitados de pavor se lanzó en una carrera de increíble velocidad que terminó en la habitación más apartada de la casa después de varios tropezones con muebles y con personas.

Allí, ahogándose y nervioso, dejó pasar el tiempo y dormitó. A ratos despertaba asustado. Cada vez más confundido, preguntándose a qué se debían los sucesos del día —nada importante, es verdad, pero muy raros—, se sumió en cavilaciones que hasta entonces no le habían mortificado. Llegó la noche, la triste noche de ese apartado lugar, y Duck soñó que andaba por las callejuelas acompañado del grandulón. Así, cuando abrió los ojos a la luz del amanecer, su primer pensamiento fue para el ignorado compañero del día anterior, y mientras desayunaba se decía con pesadumbre que acaso aquel otro andaría buscando qué comer. Se prometió guardarle algo, pero no pudo porque tenía hambre y le pareció poco lo que comía. Tras el desayuno se dirigió al sitio donde, la tarde pasada vio al otro, y allí se sentó a observar el distante mar, los chillones colores de las casas y el brillo del sol sobre las aguas, y a percibir los mil olores que le llevaba el aire.

Iba pasando la mañana sin novedad alguna, y el correcto Duck se aburría en su esquina cuando en un momento en que miraba hacia la playa le pareció ver la figura del grandulón cruzando la calle al trote. Duck se alborotó y ladró a todo

pulmón; incluso corrió algo. Pero el otro —si era él— siguió su marcha sin volver la cabeza. Duck se molestó.

—Lo mejor sería ir a aquella esquina —pensó.

A seguidas se asustó. ¿A la esquina? Si en la casa se enteraban de que él era capaz de albergar ideas tan descabelladas, le amarrarían inmediatamente. Sólo pensarlo era arriesgado.

—En verdad —se dijo Duck— que los viajes hacen cambiar.

Pensando eso estaba, totalmente abstraído, cuando sintió olor de perro. Rápidamente levantó la cabeza. ¡Ah, diablos, si ahí estaba el otro!

—Buen día —saludó, alegre, el joven Duck.

—Ah, ¿eres tú, señorita? —respondió con visible desprecio el grandulón.

Duck se sintió herido en lo más hondo de su alma.

—No soy señorita. Me llamo Duck —dijo.

—¿Duck? ¿Has dicho Duck? ¡Oh, oh, oh!

—Sí, Duck —explicó.

El otro se sentó, a decir verdad, con movimientos nada elegantes.

—Jovenzuelo —rezongó de pronto—, ¿cómo permite usted que le llamen con un nombre tan cursi?

¿Cursi? ¿Qué quería decir tal palabra? Duck no entendía.

—Es que así me han llamado siempre. ¿Y usted, qué nombre tiene?

—¿Para qué quiere usted saberlo, joven?

Duck hubiera querido gemir. Lo despreciaban, acaso por su tamaño, tal vez por su timidez.

—Es que me gustaría ser su amigo —explicó.

—¿Amigo? ¿Amigo mío un perro que huele tan, tan femeninamente?

Nada más dijo. Lo que le quedara por dentro —y sin duda que no era poco— pretendió expresarlo con la actitud que tomó al empezar a trotar de nuevo. Duck le vio partir y

se sintió tan humillado que se le revolvió el ánimo. Se llenó de ira. El bueno, el correcto, el tímido Duck rompió en un segundo todos los frenos de la educación, y encendido de vergüenza se lanzó tras el grandulón. Gruñía mil cosas a medida que corría, y cuando se halló junto a las patas del desconocido gritó un estentóreo “¡oiga!” que hizo volver la cabeza al otro.

—¿Cómo? ¿Qué significa esto? —inquirió el trotón.

—Significa —empezó Duck—, significa, significa...

Pero de ahí no podía pasar. Todo su valor se había esfumado de golpe, como un copo de algodón que arde.

—¿Significa qué? Diga, jovenzuelo insolente, ¡diga! —ladró el grandote.

Eso era demasiado. Duck no pudo resistir. Se echó a temblar, temeroso de que aquel bárbaro le diera un mordisco por su audacia.

Pero cuando temía tal cosa vio Duck con sorpresa que el grandulón despejaba el entrecejo y se sentaba plácidamente. ¿Qué había ocurrido? Misterio. Por lo visto aquel prójimo era maestro en esos cambios inesperados. También Duck se sentó. No sabía qué iba a salir de allí, pero sus emociones habían sido tan fuertes y tan dispares, que ya ni miedo podía sentir. El otro empezó a hablar y a Duck le pareció que su voz cobraba un tono benévolo, paternal, que entró como oleada de calor ligero y confortante en las venas de Duck y llenó de aliento su pobrecito corazón. Había vuelto a tutearle.

—Has dicho —oía Duck— que quieres ser mi amigo. Ignoro si tienes las condiciones de lealtad, de generosidad, de discreción, de valor, y en general todas aquellas virtudes necesarias para que la amistad, don sagrado, pueda embellecer tu inútil vida. Me temo que no. Sin embargo estoy cansado de la fama de altivo con que seres inferiores bautizan mi amor a la soledad.

Duck alzó los ojos y le pareció ver una mancha de tristeza nublando el rostro del desconocido. Había callado un momento y parecía recordar o meditar.

—Sí, estoy cansado —siguió—; no de la soledad, que es el estado perfecto de los fuertes, sino de la calumnia de mis compañeros. Pues bien, serás mi amigo; es decir, haré lo posible para que seas mi amigo, porque no creo que tú, criatura pervertida por tus amos, sirvas para ser eso tan alto y tan sublime que se llama un amigo, ¿Entiendes?

—Sí entiendo —aseguró Duck, aunque la verdad era que no entendía nada ni sentía otra cosa que una confusa alegría por la esperanza de amistad que le brindaban.

—Bien, pues prepárate. Mañana vendré a buscarte.

Esto dicho, el singular perro echó a andar y se perdió en el fondo de la calle mientras Duck le contemplaba con orgullo, alborozado, sintiendo que la alegría le hacía temblar el corazón.

Al otro día temprano, removiendo el rabo, Duck recibió a su nuevo amigo; pero el otro no se detuvo sino que dijo secamente:

—¡Andando!

—Pero, ¿ahora? —interrogó Duck.

—Desde luego, joven.

—Es que ahora...

—¿Cómo? ¿Ésas tenemos? ¿Empiezas con la pretensión de imponerme tu voluntad?

—No, no... —pretendió explicar Duck, asustado por la luz que temblaba en las pupilas del otro.

Pero comprendió que lo mejor en ese momento era no hablar sino actuar, y empezó a caminar con la cabeza gacha. El grande trotaba a su lado y Duck no tardó en hacerse cargo de que al paso que llevaban no podría él resistir mucho, porque aquel trote le exigía una carrera a cuyo ritmo no estaba acostumbrado el bueno, el correcto, el tímido Duck. A buen

paso, pues, iban ambos y Duck abría los ojos para ver cuanto había en torno suyo. Bajaron hasta la playa y después tomaron de nuevo hacia arriba, por una calle desconocida. Duck halló que casi todas las que debían ser viviendas tenían aspecto miserable; eran pequeñas, de madera, sucias y viejas. En las puertas se veían mujeres mal vestidas y niños desnudos.

—¿También éstas son casas? —preguntó Duck sin dejar su rápido andar.

—Sí —aseguró el otro—. ¿No lo sabes? Son casas y por desdicha abundan más que las que tú conoces.

La calle aparecía ahora enyerbada, con una especie de barranco al final y lodo rojizo en algunos lugares.

—¿Y cómo viven adentro? —preguntó Duck.

—¿Vivir? No viven, hijo mío; padecen la vida.

Duck no contestó. Se quedó pensando en las palabras de su compañero, tratando de penetrar su misterioso significado; pero no pudo detenerse mucho en su cavilación porque un penetrante mal olor le cortó las ideas. A cada paso aumentaba la fetidez. Duck arrugaba la nariz, queriendo rehuir el aire podrido que le mareaba.

—¡Puaf, qué mal olor! —comentó.

El otro volvió la cabeza con aire amargado y digno.

—¿Ha dicho usted mal olor, joven? ¿Si? Pues sepa que tras él ando. Lo que así le mortifica es mi desayuno.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

—He dicho, joven, que lo que le huele tan mal es mi desayuno.

Duck quiso comentar algo, pero el otro no estaba para oír comentarios. Con precisión de soldado torció hacia la derecha, y Duck le vio irse sin que pudiera seguirle. Aquella fetidez no le dejaba dar un paso. Era cada vez más fuerte, más dominante, y ya maleaba todo el aire. Duck sentía en todo el

cuerpo el hedor y empezaba a nublársele la vista cuando vio acercarse a su amigo; llegaba a carrera desenfrenada, con las orejas pegadas al pescuezo y el rabo entre las piernas. Apenas le oyó Duck decir, cuando pasaba por su lado:

—¡Huya, jovencito!

Empavorecido de súbito, también él se dio a correr. Parecían dos sombras en fuga. Duck se ahogaba. Quería preguntar algo y no podía. Unas cuerdas más allá el otro volvió la cabeza y al ver que no les seguían dobló una esquina y acortó el paso. Preguntó Duck:

—¿Qué... qué... qué su... ce... sucedió?

Aún en fuga, el grande no perdía su aire digno.

—Que me perseguían por comer aquella basura —dijo altivamente.

—¿Aquello tan hediondo?

—Sí, joven; hasta la basura se nos niega a los que tenemos la desventura de no ser objetos de lujo.

Con aire molesto, el perseguido cerró la boca y Duck comprendió que a partir de esas palabras su amigo no hablaría más sobre el incidente. Se había sentado y con sus ojos serios observaba las afueras del pueblo. A lo lejos estaba el mar. El sol arrancaba reflejos de las aguas. Sobre una altura, a espalda de ambos amigos, un viejo árbol extendía sus ramas poderosas. El grande se quedó mirando aquel árbol y Duck hubiera jurado que por sus ojos vagaba un aire triste y conmovedor. Al cabo de cierto tiempo se levantó, señaló aquel lugar con el hocico y dijo, como ordenando:

—Vamos a dormir un poco ahí.

Anduvieron lentamente y se acomodaron entre las raíces. Desde donde estaba Duck podía ver los techos de las casas, rojos y envejecidos, las calles llenas de arena y de toda suerte de objetos inservibles, la gente llenando la playa y, recortándose sobre el cielo, la vela de una embarcación. Con

la cabeza entre las piernas, el amigo de Duck dormía plácidamente. Duck le miraba y sentía que una admiración extraordinaria por ese compañero llenaba sus venas de alegría. ¡Qué raro, qué fuerte, qué atrayente perro era su amigo! Vivía como le daba la gana, sin amos, libre. Él se hallaba orgulloso de esa amistad. Su corazón cantaba como si en él se hubieran alojado jilgueros.

De vez en cuando una hoja arrancada por la brisa caía lentamente, dando vueltas, en la sombra donde los dos perros descansaban. Duck sentía deseos de jugar con ellas, de corretear y ladrar persiguiéndolas, pero temía despertar a su compañero. Se quedó, pues, tranquilo mientras la brisa acariciaba sus ojos y se los cerraba poco a poco. Era tarde ya cuando oyó al grande gruñir algunas interjecciones. Al levantar la cabeza, Duck se asombró de la hora. Pronto iba a oscurecer. En las calles empezaban a caer las sombras del crepúsculo y el cielo, allá lejos —donde se juntaba con el mar—, se llenaba de reflejos cárdenos.

—Me voy, me voy a casa. Se ha hecho muy tarde —dijo Duck asustado.

El otro le miró con sorna.

—Joven —aseguró—, mi experiencia me ha enseñado esto que voy a decirle: si usted va a su casa hoy, le pegarán; pero si no va hoy ni mañana, sino pasado mañana, le recibirán alegremente, casi con una fiesta, le mirarán como a un resucitado y para usted serán las mejores caricias y los tratos más finos. Ahora, usted escoja entre esas dos perspectivas.

Duck pensó un momento. Acaso no le faltaba razón al amigo, y en verdad su deseo era seguir con él, aprendiendo a su lado, conociendo ese misterio que es la vida; pero tenía tanto miedo de hacer algo que no fuera aprobado por sus amos.

—Es que siento hambre —explicó.

—¿Hambre? ¿Has dicho hambre?

A Duck le desconcertaban los cambios inesperados de su compañero; tan pronto le trataba de usted como le tuteaba. Parecía despreciarle. Clavaba en él sus ojos sangrientos y Duck sentía que aquella mirada le enfriaba el alma.

—Hambre... —seguía con tono irónico—. Miles y miles y miles de hermanos nuestros padecen miseria en este mundo; tú has comido regaladamente hasta ahora y hoy dices que tienes hambre. Decididamente, joven Duck, no tienes condiciones para ser mi amigo. Vamos, te acompañaré hasta tu casa.

Duck se detuvo y se puso a estudiar a su compañero. ¿Qué había querido decirle? ¿Iba a abandonarle?

—Veo en tus ojos la duda —aseguró el grande—. Quieres seguir conmigo, pero quieres también disfrutar del bienestar que tienes en tu casa. Tu corazón desea dos cosas distintas, y entre ellas vacilas. Se explica, porque eres joven.

A paso mesurado, el compañero caminaba, con su torpe manera de hacerlo, sin dejar de hablar. Duck no era tan ignorante que no supiera apreciar el dolor que dejaba ver el tono de su amigo. A él le llegaba ese dolor y le hacía sufrir. Oía:

—En la vida, y atiende a este consejo que te da un viejo a quien el porvenir no le reserva nada nuevo, no hay mayor fuente de angustia que la duda. Quien duda no vive. Escoge siempre, lo mejor o lo peor, no importa, pero escoge. Y ahora —dijo cambiando de voz— anda con cuidado, que estamos pasando frente a una casa donde hay un compañero bastante colérico y mal educado.

Duck tembló cuando observó que desde la puerta de la casa un bull-terrier de aspecto malhumorado le clavaba los ojos con mala intención. Sigilosamente cambió de lado y dejó el flanco peligroso a su compañero. Una cuadra más allá volvía aún la cabeza, receloso, y mientras no se sintió seguro de

ataques por la retaguardia no pensó en lo que había dicho su amigo. Éste iba calmosamente, como quien rumia una preocupación. Duck observaba que su paso no le parecía ya tan atropellado. Viéndole de perfil podía apreciar la gravedad y la decisión en sus líneas, en su boca seria, en sus orejas caídas. De todo él surgía un aire altivo y modesto a la vez.

—Te voy a llevar hasta tu casa —le oyó decir de nuevo—, pero antes deseo que conozcas cierto lugar.

Había oscurecido ya. Del lado del mar salían estrellas. En la distancia, negras, las aguas brillaban. Anduvieron más. Iban orillando el pueblo y de pronto Duck notó que su amigo se hacía cauteloso, como si temiera algo; notó que todo su rostro tomaba un aspecto emocionado, que casi le hacía parecer un cachorro. Llevaba alta la cabeza y sin duda olía con delectación el aire. Se detuvo. Cerca había una casa de amplio portal.

—Allí, allí —dijo su amigo.

Duck quiso ver, pero no lo consiguió. Señalando con la cabeza, su amigo insistía:

—Allí, mírala. Ahora se levanta, fíjate.

Una perrita no más grande que Duck, blanca y lanuda, se asomó al portal y estuvo inmóvil algunos segundos. Parecía pensar en algo distante, soñar acaso.

—¿Ella? —preguntó Duck.

—Sí, ella —respondió su amigo sentándose—. Ella... ¡Qué simple es decirlo! La conocí recién nacida, hace menos de un año; ahora su presencia renueva mi vida y mi viejo corazón tiembla a su solo recuerdo.

Duck se volvió, extrañado. ¿Era idea suya o estaba conmovido su amigo? Duck se apesadumbraba oyéndole. Notó que por el lado opuesto de la calle se asomaban otros perros, tres, acaso cuatro. Venían alegres.

—Ella prefiere a esos —oyó Duck decir—. Son jóvenes. No hay que culparla.

A Duck le pareció que su amigo había suspirado y él no entendía por qué lo había hecho. ¿Acaso sufría? Él, Duck, sólo tenía hambre; hambre y miedo de dar disgustos en la casa o de que se los dieran a él. Esperó largo rato mientras su amigo parecía abismarse en sus ideas.

—¿Nos vamos? —preguntó al fin.

—Sí, nos vamos —respondió el otro.

Dieron la vuelta y anduvieron a buen paso. Al final de una calleja se veía la casa de Duck. Se acercaban. Su compañero iba como quien ignora la presencia de cuanto le rodea. De pronto Duck le vio plantarse en seco, alzar la cabeza, mirarle despectivamente, y cuando azorado e impresionado fue a preguntar qué le pasaba, oyó una voz sorda y colérica que preguntaba:

—¿Es usted capaz de creer lo que le he dicho de aquella jovencita? Se trata de una comedia, ¡de una comedia! ¿O tuvo usted la ilusión de que yo le abriera mi intimidad a un ser despreciable como usted, que huele a señorita y que se llama Duck? ¿La tuvo? ¡Diga si la tuvo!

Empavorecido, Duck vio cómo el otro avanzaba hacia él, le mostraba los dientes, le descubría una fiereza no sospechada. De golpe, con los ojos llenos de un brillo infernal, el grande pegó un salto y se abalanzó sobre él. Con esguince rápido, preguntándose a qué se debía tal actitud, Duck hurtó el cuerpo y echó a correr. Se sentía morir. Era, huyendo, una bola de carne y pelos con ojos desorbitados. En la casa le vieron subir los escalones a toda velocidad y alguien gritó que había vuelto.

El grande se quedó plantado en la calle. No se movió de allí sino después que Duck desapareció de su vista. Después dio lentamente la vuelta.

—Ahora —dijo— estoy tranquilo. Él no perderá su bienestar porque tendrá un mal recuerdo de su primera aventura y yo no corro el peligro de encariñarme con él. Porque es lo cierto que iba tomándole afecto.

Pero nadie oyó esas palabras porque aunque las dijo en voz alta, sólo un hombre pasaba cerca cuando las decía, y los hombres son incapaces de entender el noble lenguaje de los perros.

LOS ÚLTIMOS MONSTRUOS

Del gran cataclismo escaparon sólo tres hombres, dos mujeres y cinco niños. Todos eran desconocidos entre sí. Subieron angustiados las laderas de las montañas mientras masas de tierra y de piedras, con árboles y seres vivos, caían formando un estrépito infernal. En la inmensa hoya donde caían esos pedazos del mundo entraba en olas negras el mar; entraba rugiendo, hirviendo, batiéndose con furia salvaje contra las masas de tierra que caían.

Locos de pavor, los fugitivos huían agarrándose a las raíces. A sus pies se deshacía el suelo. Caminaron en la oscuridad sin descanso, sin tregua. Uno de los niños cayó en un derrisco. Debió deshacerse allá abajo, demasiado hondo porque ni siquiera se oyó el golpe. No importaba. Uno de los hombres volvió la cara y nada más.

El mundo se mantenía en tinieblas. Estallaban ruidos subterráneos. Los fugitivos se miraban y hacían muecas con los rostros. De rato en rato alguno emitía un grito torpe y señalaba hacia el centro de la tierra. Al cabo de un tiempo interminable empezaron a dejar de oírse los ruidos y los nueve supervivientes se hallaron en una cordillera helada. Cerca de ellos se movían luces extrañas. Una de las mujeres fue a ver de qué se trataba y al apartarse del grupo la oyeron gritar salvajemente. El más viejo de los hombres salió hacia el lugar del grito. Se supo que luchaba porque

se oía un estertor. Agobiados de cansancio los demás se habían echado en el suelo. Al cabo de rato el hombre volvió arrastrándose y llevaba con él una bestia grande, peluda, jamás vista por los que formaban el grupo. Con sus ojos hechos a la oscuridad vieron que el hombre sangraba y perdía fuerzas; después agonizó trabajosamente, pero nadie le hizo caso porque los restantes se lanzaron sobre la bestia. Uno de los hombres sacó una piedra afilada que llevaba en una tira de cuero amarrada a la cintura, y con ella empezó a cortar la piel. Los demás chillaron en señal de que entendían; hacía frío y era necesario algo con que cubrirse, y nada mejor que esa piel; después todos se abalanzaron sobre la carne y cada uno arrancó un pedazo a uñas y dientes. Durmieron allí, y ya eran sólo siete; dos hombres, una mujer y cuatro niños.

Al cabo de un tiempo empezó a esparcirse por el sitio una luz vaga, incolora y fantasmal. A esa claridad, recortada contra el cielo, podían verse mejor las figuras. Los hombres eran bajitos, anchos, de espaldas grandes, de frentes cortas, ojillos inquietos, quijadas sobresalientes y pelo duro y abundante; sus narices eran dos hoyos en mitad de la cara y sus bocas hendidas por las que se veían dientes grandes y blancos. No hablaban sino que emitían gruñidos, rugidos y algunos sonidos guturales. Tenían las piernas torcidas, los brazos largos y las manos enormes; caminaban balanceándose y sólo llevaban cinturones de cuero en las cinturas. El que parecía de más edad despertó a la hembra clavándole las uñas en el cuello. La hembra tenía el pelo largo pero no se le veían vellos en la cara. Apenas había espacio entre su pelo y sus cejas y también tenía la boca grande; sus ojos eran de expresión torpe. Señalando las laderas de las montañas, el hombre pareció indicar que era forzoso seguir. La hembra se levantó y sacudió a los pequeños.

Anduvieron bajo aquella luz fantasmal y debieron caminar una distancia muy larga porque llegaron a un lugar donde había un sitio pelado, granítico, que en nada se parecía a la montaña y que debía ser ya la llanura. Allí rugieron los dos hombres y mientras la hembra y los pequeños se sentaban se fueron ellos a unos pilares de roca y arrancaron dos pedazos; después se pusieron a batirlos con piedras más pequeñas. Estaban haciendo dos mazas para tener con qué combatir a los enemigos que les salieran en el camino.

En toda la tierra, llena de montañas peladas, de selvas abrumadoras, de volcanes, torrentes y grandes pantanos hirvientes, no había ya más seres humanos que esos. Habían vivido hacia abajo, donde el clima benigno y la extinción de las fieras les había permitido salir de las cuevas, usar el fuego, hacer armas y útiles de trabajo y empezar a organizarse en grupos. Pero de súbito se sacudió el eje del globo y se hundió una extensión enorme y las cordilleras se derrumbaron y entró el mar. Hombres, fieras, árboles, piedras: todo cayó abajo, bien abajo, mientras del fondo de aquel hoyo gigantesco se elevaba un humo denso y salían ruidos aterradores. Sólo pudieron salvarse aquellos que escalaron a tiempo las montañas, y de ellos nada más quedaban, al cabo de largo andar, esos dos machos, la hembra y los cuatro niños.

Los hombres terminaron sus mazas y las dejaron llenas de asperezas para que fueran más útiles. Uno de ellos labró también hachas pequeñas para armarlas cuando encontraran árboles. Después de terminar el trabajo se durmieron y al despertar indicaron a gruñidos que era tiempo de seguir.

Después de mucho andar llegaron a la zona de los bosques. Árboles altísimos, helechos de grandes ramas por las que andaban lagartos extraños, lianas de hojas gigantes, flores de olores penetrantes, ríos torrentosos; todo eso vieron, asombrados, a la confusa luz. Estaban en medio de selvas

nutridas para cruzar las cuales debían ir los dos hombres haciendo camino con las mazas. Con el pelo sobre los ojos, ellos, las hembras y los pequeños acechaban por todos lados la selva, temerosos de que surgiera a su lado algún animal desconocido que pudiera atacarlos. Comían reptiles y hojas. Durmieron varias veces en aquella marcha, y al fin llegaron a un sitio que parecía reunir condiciones para establecerse. Buscando sin cesar, los hombres hallaron una cueva amplia que estaba en la falda de una colina. Al tomar el flanco del cerro surgió de pronto a su vista un pantano enorme, de aguas fangosas que hervían continuamente. Allí, en la orilla, se detuvieron. Uno de los hombres, el más viejo, metió la mano en aquel fango cálido, y de pronto asomó a su lado la cabeza de un animal que ellos nunca habían visto. El animal abrió la boca, y cuando el hombre quiso huir lanzó un coletazo que destrozó el cuerpo del intruso. Aterrorizados, los demás huyeron; iban huyendo cuando sintieron un chapoteo a sus espaldas, y cuando el último de los hombres volvió la cara alcanzó a ver que el animal atrapaba a uno de los niños. Se oyó un grito agudo y angustioso, y el chapoteo de nuevo. Al llegar a la entrada de la cueva el macho empujó a la mujer y a los niños y cayó de bruces, falto de aire. Tardó en levantarse, y cuando lo hizo se asomó con cautela a la hendidura, bajó con movimientos cuidadosos, aplicó sus fuerzas a una gran piedra y fue empujándola hacia arriba hasta que tapó con ella la boca de la cueva.

Temblando de miedo, los niños yacían amontonados en el fondo y la mujer golpeaba dos pedernales para hacer fuego. Al hacerse la llama, la mujer miró al macho, y éste tenía la mirada brillante bajo los pelos que le caían de la cabeza y hasta los dientes le refulgían. Ella esperó el asalto, pero cuando él iba a acercársele sonó afuera un bramido largo y potente que hizo temblar la piedra que el hombre acababa de colocar en la boca de la cueva. El macho giró violentamente y empujando la

piedra quiso ver qué sucedía. Lo que vio debió ser grandioso porque se arrastró hasta la mujer, la tomó con fuerza de un brazo y la llevó a la boca de la cueva.

Del fondo del pantano había salido un monstruo cuya cabeza aplastada llegaba a lo más alto de los árboles más altos. La luz se había vuelto amarillenta y a esa luz brillaban los ojos de la bestia, grandes y siniestros. El monstruoso animal tenía el pescuezo cubierto con escamas que despedían reflejos, batió la cola y el hombre y la mujer vieron caer docenas de árboles que se derrumbaban como si los hubiera tronchado una fuerza descomunal. Se hizo un claro en el bosque e infinidad de aves extrañas escaparon graznando. El monstruo volvió la cabeza a todos lados, como oliendo, y lanzó de nuevo su bramido, un bramido tan potente que sacudió los cogollos de los árboles y removió la piedra de la boca de la cueva. El hombre y la mujer se miraron entre sí y gruñeron de miedo. El macho clavó sus uñas en el brazo de la mujer y apretó los dientes. Estaba de rodillas, con una mano en la maza; sentía terror, pero estaba listo a lo que sobreviniera. Tal vez aquella bestia gigantesca andaba persiguiéndoles, y si se acercaba a la cueva él lucharía, aunque no sabía cómo habría de hacerlo.

Pero de pronto se oyó un chillido, tan hondo y tan escalofriante como el bramido de la bestia, y a seguidas golpes secos, como de árboles o de piedras que chocaban. La mujer volvió a mirar al macho y éste le apretó más el brazo. Súbitamente la gran fiera que había salido del pantano sacudió el pescuezo y se echó hacia atrás, y a seguidas la pareja humana vio aparecer un pico de tamaño increíble que despedía brillo al toque de la luz. El pico se abrió y se cerró, produciendo el mismo ruido que acababan de oír, y de él salió de nuevo aquel chillido; tras el pico se vio un cuerpo que tenía de ave y de reptil, un cuerpo que se arrastraba por entre los árboles caídos y tenía dos alas cortas y duras.

Los dos monstruos quedaron cerca, el uno frente al otro, ambos meciendo las cabezas. Millares de pájaros revoloteaban y graznaban alrededor de ellos. Del pantano empezó a elevarse un humo fétido y se oía bullir el hirviente lodo. A la espalda del hombre y de la mujer se sentía el ronquido de los pequeños que dormían; el fuego iba apagándose y el corazón de la mujer golpeaba bajo su seno.

De súbito la bestia que había aparecido en último lugar, la enorme bestia de pico, se alzó sobre su cola, batió las alas y se lanzó sobre la otra. Ésta la eludió con un esguince del cuello, pero debió recibir algún daño porque su bramido, más hondo y más espeluznante, tuvo un tono doloroso. A seguidas levantó la cola y hendió el aire. Se veía la sombra agitarse.

Así empezó la descomunal batalla. Mordiéndose, arrastrándose, chillando y bramando, cambiando golpes que retumbaban en la cueva, los dos monstruos luchaban. Al golpe de las colas los árboles caían tronchados y sus chasquidos sonaban dolientes. La luz se fue haciendo más clara y ya era un resplandor amarillento que se colaba a través de nubes pesadas y oscuras.

Los combatientes llegaron al pie del cerro. Estimulado por su instinto de pelea el hombre empujaba la piedra que tapaba la boca de la cueva porque así podía ver mejor y a través de los árboles que caían trataba de mirar hacia abajo. Más y más asombrado cada vez, contemplaba cómo se prolongaba la fantástica lucha y a los penetrantes chillidos de la bestia alada oía responder los bramidos llenos de ira de la otra.

El tiempo empezó a hacerse largo. Mordiéndose, pegándose coletazos, desgarrándose con las patas, alzándose hasta el mismo cielo con los pescuezos envueltos entre sí, los dos monstruos rodaban y se levantaban, moliendo la tierra y los troncos por donde pasaban.

La mujer estaba cansada, fría, agotada, y gemía. Con su maza en la mano, el hombre trató de salir a gatas porque el humo que salía del pantano no le permitía ver, y él quería ver.

Aquella gran batalla parecía no terminar jamás. Tan pronto se oía caer y rebotar hacia la orilla del pantano como volver al pie del cerro. La brisa que rompía ramas en el bosque y las aves que graznaban formaban el fondo de la lucha.

El hombre salió y la mujer le vio descender con cautela, pero a poco volvió, sin duda porque las bestias se acercaban; entró con los ojillos inquietos, como de animal perseguido. Ya apenas quedaban brasas encendidas. El hombre y la mujer estuvieron así tanto tiempo que parecían acostumbrados ya a aquel estrépito que conmovía el lugar. Se hallaban cansados, hostigados, con los cuerpos doloridos de tanta tensión.

En eso se oyó un chillido que fue como una larga queja, un chillido que fue debilitándose poco a poco y haciéndose poco a poco lejano; y conmovía oírlo porque era como un canto fúnebre, una bestial elegía fúnebre. Después, el monstruo que había salido del agua lanzó un bramido apagado y doloroso como el chillido, alzó el pescuezo, meció la cabeza en la altura y la dejó caer. El golpe se oyó retumbando entre los árboles.

El hombre se pegó a la tierra y puso toda su atención en escuchar. Estaba nervioso, con los ojos fijos, los pelos revueltos. Alguna vez se oía un movimiento que daba idea de un estertor mortal. Los graznidos de las aves iban apagándose y a ratos sonaba el chasquido de un árbol.

Al cabo de larga espera empezó a dejarse ver de nuevo la luz amarillenta y después fue haciéndose gris y blancuzca hasta que se hizo una claridad que recordaba la de las tierras hundidas. La calma parecía haber renacido con esa luz. El hombre y la mujer siguieron esperando sin moverse, y esperaron tanto que los niños despertaron y gruñeron, acaso de hambre. Entonces el macho empujó la piedra, tomó la maza y salió.

Abajo estaba el bosque deshecho. Dos montones de carne, informes y gigantescos, se veían junto al pantano. Eran tan grandes que hubiera dado trabajo subir a ellos. El hombre fue acercándose con cautela. Las bestias no se movían. Entrelazados y revueltos con las lianas, los árboles caídos tenían las hojas batidas por la brisa. El hombre anduvo a gatas, sin soltar la maza, y se acercó tanto a los monstruos que podía ver los enormes desgarrones que se habían hecho en la pelea. El hombre tomó una piedra y la tiró. La piedra cayó sobre una de las bestias y ésta no se movió. El hombre se arrastró más. Poco a poco fue levantando la mano, hasta tocar las escamas de uno de los animales. Estaba frío y muerto. ¡Muerto!

El hombre no dudó más; se puso de pie y corrió. Saltando sobre los árboles caídos, fue dando la vuelta alrededor de aquellas masas de carne y a medida que comprobaba que ya no vivían su cara se iluminaba con una alegría salvaje, daba gruñidos, saltaba y manoteaba y pegaba con la maza en los cuerpos muertos. Al fin se cansó y decidió irse; pero de súbito volvió, sacó la piedra afilada que llevaba al cinto y empezó a cortar aquella carne blanca repelente. Cortó un pedazo enorme y con él a la espalda comenzó a subir por el cerro mientras la luz iba haciéndose más fuerte. Quiso trepar el cerro corriendo, tanta era su alegría, y llegó a la boca de la cueva cansado. Entonces dejó caer la carne, entró dando gritos y tiró de la mujer, casi arrastrándola, clavando en su brazo las fuertes uñas. Desde la boca de la cueva señaló hacia abajo y emitió unos sonidos guturales que sonaban alegres. La hembra miró y saltó también, pegando con una mano sobre la otra. A seguidas el macho cogió a la hembra por la cintura y la apretó hasta hacer crujir sus huesos; y entonces, mientras la luz esplendía y llenaba todo aquel extraño paisaje, él, con un brazo extendido hacia los monstruos, gritó con un grito bárbaro y jubiloso que flotó largamente en el aire.

Traducido al lenguaje que usamos hoy, aquel grito que-
ría decir:

“Han muerto los últimos monstruos que nos amenaza-
ban; se han acabado luchando entre sí. Ahora nos queda la
eternidad por delante para poblar el globo con nuestra des-
cendencia e iniciar una gran época en la que los hombres
sean felices”.

Después de esto el hombre bajó a buscar piedras para fa-
bricar con ellas una vivienda que estuviera a la luz, porque ya
no era necesario seguir escondiéndose en cuevas.

OCHO CUENTOS

LUIS PIE

A eso de las siete la fiebre aturdía al haitiano Luis Pie. Además de que sentía la pierna endurecida, golpes internos le sacudían la ingle. Medio ciego por el dolor de cabeza y la debilidad, Luis Pie se sentó en el suelo, sobre las secas hojas de la caña, rayó un fósforo y trató de ver la herida. Allí estaba, en el dedo grueso de su pie derecho. Se trataba de una herida que no alcanzaba la pulgada, pero estaba llena de lodo. Se había cortado el dedo la tarde anterior, al pisar un pedazo de hierro viejo mientras tumbaba caña en la colonia Josefita.

Un golpe de aire apagó el fósforo, y el haitiano encendió otro. Quería estar seguro de que el mal le había entrado por la herida y no que se debía a obra de algún desconocido que deseaba hacerle daño. Escudriñó la pequeña cortada, con sus ojos cargados por la fiebre, y no supo qué responderse; después quiso levantarse y andar, pero el dolor había aumentado a tal grado que no podía mover la pierna.

Esto ocurría el sábado, al iniciarse la noche. Luis Pie pegó la frente al suelo, buscando el fresco de la tierra, y cuando la alzó de nuevo le pareció que había transcurrido mucho tiempo. Hubiera querido quedarse allí descansando; mas de pronto el instinto le hizo sacudir la cabeza.

—Ah... Pití Mishé ta eperán a mué —dijo con amargura.

Necesariamente debía salir al camino, donde tal vez alguien le ayudaría a seguir hacia el batey; podría pasar una carreta o un peón montado que fuera a la fiesta de esa noche.

Arrastrándose a duras penas, a veces pegando el pecho a la tierra, Luis Pie emprendió el camino. Pero de pronto alzó la cabeza: hacia su espalda sonaba algo como un auto. El haitiano meditó un minuto. Su rostro brillante y sus ojos inteligentes se mostraban angustiados. ¿Habría perdido el rumbo debido al dolor o la oscuridad lo confundía? Temía no llegar al camino en toda la noche, y en ese caso los tres hijitos le esperarían junto a la hoguera que Miguel, el mayor, encendía de noche para que el padre pudiera prepararles con rapidez harina de maíz o les salcochara plátanos, a su retorno del trabajo. Si él se perdía, los niños le esperarían hasta que el sueño los aturciera y se quedarían dormidos allí, junto a la hoguera consumida.

Luis Pie sentía a menudo un miedo terrible de que sus hijos no comieran o de que Miguel, que era enfermizo, se muriera un día, como se le murió la mujer. Para que no les faltara comida Luis Pie cargó con ellos desde Haití, caminando sin cesar, primero a través de las lomas, en el cruce de la frontera dominicana, luego a lo largo de todo el Cibao, después recorriendo las soleadas carreteras del Este, hasta verse en la región de los centrales de azúcar.

—¡Oh, Bonyé! —gimió Luis Pie, con la frente sobre el brazo y la pierna sacudida por temblores—, pití Mishé va a ta eperán to la noche a son per.

Y entonces sintió ganas de llorar, a lo que se negó porque temía entregarse a la debilidad. Lo que debía hacer era buscar el rumbo y avanzar. Cuando volvió a levantar la cabeza ya no se oía el ruido del motor.

—No, no ta sien palla'; 'ta sien paca' —afirmó resuelto. Y siguió arrastrándose, andando a veces a gatas.

Pero sí había pasado a distancia un motor. Luis Pie llegó de su tierra meses antes y se puso a trabajar, primero en la colonia Carolina, después en la Josefita; e ignoraba que detrás estaba otra colonia, la Gloria, con su trocha medio kilómetro más lejos, y que don Valentín Quintero, el dueño de la Gloria, tenía un viejo Ford en el cual iba al batey a emborracharse y a pegarles a las mujeres que llegaban hasta allí, por la zafra, en busca de unos pesos. Don Valentín acababa de pasar por aquella trocha en su estrepitoso Ford; y como iba muy alegre, pensando en la fiesta de esa noche, no tomó en cuenta, cuando encendió el tabaco, que el auto pasaba junto al cañaveral. Golpeando en la espalda al chofer, don Valentín dijo:

—Esa Lucía es una sinvergüenza, sí señor, ¡pero qué hembra!

Y en ese momento lanzó el fósforo, que cayó encendido entre las cañas. Disparando ruidosamente el Ford se perdió en dirección del batey para llegar allá antes de que Luis Pie hubiera avanzado trescientos metros.

Tal vez esa distancia había logrado arrastrarse el haitiano. Trataba de llegar a la orilla del corte de la caña, porque sabía que el corte empieza siempre junto a una trocha; iba con la esperanza de salir a la trocha cuando notó el resplandor. Al principio no comprendió; jamás había visto él un incendio en el cañaveral. Pero de pronto oyó chasquidos y una llamarada gigantesca se levantó inesperadamente hacia el cielo, iluminando el lugar con un tono rojizo. Luis Pie se quedó inmóvil del asombro. Se puso de rodillas y se preguntaba qué era aquello. Mas el fuego se extendía con demasiada rapidez para que Luis Pie no supiera de qué se trataba. Echándose sobre las cañas, como si tuvieran vida, las llamas avanzaban ávidamente, envueltas en un humo negro que iba cubriendo todo el lugar; los tallos disparaban sin cesar y por momentos el fuego se producía en explosiones y ascendía a golpes hasta perderse

en la altura. El haitiano temió que iba a quedar cercado. Quiso huir. Se levantó y pretendió correr a saltos sobre una sola pierna. Pero le pareció que nada podría salvarle.

—¡Bonyé, Bonyé! —empezó a aullar, fuera de sí; y luego, más alto aún:

—¡Bonyéeeee!

Gritó de tal manera y llegó a tanto su terror, que por un instante perdió la voz y el conocimiento. Sin embargo siguió moviéndose, tratando de escapar, pero sin saber en verdad qué hacía. Quienquiera que fuera, el enemigo que le había echado el mal se valió de fuerzas poderosas. Luis Pie lo reconoció así y se preparó a lo peor.

Pegado a la tierra, con sus ojos desorbitados por el pavor, veía crecer el fuego cuando le pareció oír tropel de caballos, voces de mando y tiros. Rápidamente levantó la cabeza. La esperanza le embriagó.

—¡Bonyé, Bonyé! —clamó casi llorando—, ¡ayuda a mué, gran Bonyé; tú salva a mué de murí quemá!

¡Iba a salvarlo el buen Dios de los desgraciados! Su instinto le hizo agudizar todos los sentidos. Aplicó el oído para saber en qué dirección estaban sus presuntos salvadores; buscó con los ojos la presencia de esos dominicanos generosos que iban a sacarlo del infierno de llamas en que se hallaba. Dando la mayor amplitud posible a su voz, gritó estentóreamente:

—¡Dominiquén bon, aquí ta mué, Lui Pie! ¡Salva a mué, dominiquén bon!

Entonces oyó que alguien vociferaba desde el otro lado del cañaveral. La voz decía:

—¡Por aquí, por aquí! ¡Corran, que está cogío! ¡Corran, que se puede ir!

Olvidándose de su fiebre y de su pierna, Luis Pie se incorporó y corrió. Iba cojeando, dando saltos, hasta que tropezó y

cayó de bruces. Volvió a pararse al tiempo que miraba hacia el cielo y mascullaba:

—Oh Bonyé, gran Bonyé que ta ayudán a mué...

En ese mismo instante la alegría le cortó el habla, pues a su frente, irrumpiendo por entre las cañas, acababa de aparecer un hombre a caballo, un salvador.

—¡Aquí está, corran! —demandó el hombre dirigiéndose a los que le seguían.

Inmediatamente aparecieron diez o doce, muchos de ellos a pie y la mayoría armada de mochas. Todos gritaban insultos y se lanzaban sobre Luis Pie.

—¡Hay que matarlo ahí mismo, y que se achicharre con la candela ese maldito haitiano! —se oyó vociferar.

Puesto de rodillas, Luis Pie, que apenas entendía el idioma, rogaba enternecido:

—¡Ah, dominiquén bon, salva a mué, salva a mué pa llevá manyé a mon pití!

Una mocha cayó de plano en su cabeza, y el acero resonó largamente.

—¿Qué ta pasán? —preguntó Luis Pie lleno de miedo.

—¡No, no! —ordenaba alguien que corría—. ¡Denle golpes, pero no lo maten! ¡Hay que dejarlo vivo para que diga quiénes son sus cómplices! ¡Le han pegado fuego también a la Gloria!

El que así gritaba era don Valentín Quintero, y él fue el primero en dar el ejemplo. Le pegó al haitiano en la nariz, haciendo saltar la sangre. Después siguieron otros, mientras Luis Pie, gimiendo, alzaba los brazos y pedía perdón por un daño que no había hecho. Le encontraron en los bolsillos una caja con cuatro o cinco fósforos.

—¡Canalla, bandolero; confiesa que prendiste candela!

—Uí, uí —afirmaba el haitiano. Pero como no sabía explicarse en español no podía decir que había encendido dos fósforos para verse la herida y que el viento los había apagado.

¿Qué había ocurrido? Luis Pie no lo comprendía. Su poderoso enemigo acabaría con él; le había echado encima a todos los terribles dioses de Haití, y Luis Pie, que temía a esas fuerzas ocultas, ¡no iba a luchar contra ellas porque sabía que era inútil!

—¡Levántate, perro! —ordenó un soldado.

Con gran asombro suyo, el haitiano se sintió capaz de levantarse. La primera arremetida de la infección había pasado, pero él lo ignoraba. Todavía cojeaba bastante cuando los soldados lo echaron por delante y lo sacaron al camino; después, a golpes y empujones, debió seguir sin detenerse, aunque a veces le era imposible sufrir el dolor en la ingle.

Tardó una hora en llegar al batey, donde la gente se agolpó para verlo pasar. Iba echando sangre por la cabeza, con la ropa desgarrada y una pierna a rastras. Se le veía que no podía ya más, que estaba exhausto y a punto de caer desfallecido.

El grupo se acercaba a un miserable bohío de yaguas paradas, en el que apenas cabía un hombre y en cuya puerta, destacados por una hoguera que iluminaba adentro la vivienda, estaban tres niños desnudos que contemplaban la escena sin moverse y sin decir una palabra.

Aunque la luz era escasa todo el mundo vio a Luis Pie cuando su rostro pasó de aquella impresión de vencido a la de atención; todo el mundo vio el resplandor del interés en sus ojos. Era tal el momento que nadie habló. Y de pronto la voz de Luis Pie, una voz llena de angustia y de ternura, se alzó en medio del silencio, diciendo:

—¡Pití Mishé, mon pití Mishé! ¿Tú no ta enferme, mon pití? ¿Tú ta bien?

El mayor de los niños, que tendría seis años y que presenciaba la escena llorando amargamente, dijo entre llanto, sin mover un músculo, hablando bien alto:

—¡Sí, per; yo ta bien; to nosotros ta bien, mon per!

Y se quedó inmóvil, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Luis Pie, asombrado de que sus hijos no se hallaran bajo el poder de las tenebrosas fuerzas que le perseguían no pudo contener sus palabras.

—¡Oh Bonyé, tú sé gran! —clamó volviendo al cielo una honda mirada de gratitud.

Después abatió la cabeza, pegó la barbilla al pecho para que no lo vieran llorar, y empezó a caminar de nuevo, arrastrando su pierna enferma.

La gente que se agrupaba alrededor de Luis Pie era ya mucha y pareció dudar entre seguirlo o detenerse para ver a los niños; pero como no tardó en comprender que el espectáculo que ofrecía Luis Pie era más atrayente, decidió ir tras él. Sólo una muchacha negra de acaso doce años se demoró frente a la casucha. Pareció que iba a dirigirse hacia los niños; pero al fin echó a correr tras la turba, que iba doblando una esquina. Luis Pie había vuelto el rostro, sin duda para ver una vez más a sus hijos, y uno de los soldados pareció llenarse de ira.

—¡Ya ta bueno de hablar con la familia! —rugía el soldado.

La muchacha llegó al grupo justamente cuando el militar levantaba el puño para pegarle a Luis Pie, y como estaba asustada cerró los ojos para no ver la escena. Durante un segundo esperó el ruido.

Pero el chasquido del golpe no llegó a sonar. Pues aunque deseaba pegar el soldado se contuvo. Tenía la mano demasiado adolorida por el uso que le había dado esa noche y, además, comprendió que por duro que le pegara Luis Pie no se daría cuenta de ello.

No podía darse cuenta, porque iba caminando como un borracho, mirando hacia el cielo y hasta ligeramente sonreído.

EL SOCIO

Justamente a una misma hora, tres hombres que estaban a distancia pensaban igual cosa.

En su rancho del Sabanal, Negro Manzueta maquinaba vengarse de don Anselmo y calculaba cómo hacerlo sin que el Socio se diera cuenta de lo que planeaba; en la cárcel del pueblo Dionisio Rojas cavilaba cómo matarlo tan pronto saliera de allí y de qué manera se las arreglaría para que el Socio no saliera en defensa de aquel odiado hombre; en su bohío de la Gina, sentado en un catre, el viejo Adán Matías apretaba el puño lleno de ira porque no hallaba el medio de matar a don Anselmo sin que el condenado Socio se enterara y pretendiera evitarlo.

Boca arriba en su barbacoa, el Negro Manzueta fumaba su cachimbo y meditaba. No veía cómo recobrar sus tierras. Los agrimensores llegaron con polainas y pantalones amarillos, con sombreros de fieltro y espejuelos; cargaban palos de colores y un aparato pequeño sobre tres patas; estuvieron chappeando, y aunque él sospechó que en nada bueno andaban, se quedó tranquilo para no tener líos con la autoridad. Además, ¿qué miedo iba a tener? Esas tierras eran suyas; el viejo Manzueta las había comprado a peso de título, las heredó el hijo del viejo —su taita—, y luego él.

Don Anselmo estuvo un día a ver el trabajo de los agrimensores y llegó hasta el rancho.

—Andamos aclarando esto de los lindes, Manzuela —dijo.

Y el Negro Manzuela no respondió palabra. Estaba contento de que lo visitara don Anselmo, el dueño de medio mundo de tierras. Estuvo observándole la mulita inquieta como mariposa.

—¿Ésa fue la que trajo en camión de San Juan? —preguntó.

Don Anselmo no debió oírlo; miraba gravemente el trabajo.

—Bájese pa' que tome café, don —invitó el Negro.

El visitante no quiso bajarse porque andaba apurado. Apurado... Lo que pasaba era que le remordía la conciencia. Le quitó sus tierras, así como si tal cosa. Los agrimensores hablaron hasta decir "ya", y el Negro Manzuela se negó a entender explicaciones. Él sólo sabía que desde la quebrada del Hacho para arriba todo era suyo, y lo demás no le importaba.

Tuvo que importarle, sin embargo. Un día llegaron los peones —ocho, armados de colines, y el capataz de revólver— y tiraron la palizada a la brava. Bueno... Para algo un hombre es un hombre, y fuera de esas tierras que le habían quitado el Negro Manzuela no tenía casi qué perder. Pegado de su cachimbo, cavilando, veía entrar las sombras en su mísero rancho. En la puerta, flaco y torvo, el perro cazaba moscas; afuera la brisa hacía sonar las hojas de los plátanos. Una tórtola cantó, sin duda en el roble de la vereda.

—Hay que arreglar primero lo del Socio —se decía Manzuela mientras, rehuendo las durezas de los varejones, daba vueltas en la barbacoa.

Vueltas estaba dando también en su camastro Dionisio Rojas. El pueblo se hallaba a decenas de kilómetros del Sabanal, hacia el sur, y la cárcel quedaba en una orilla del pueblo. A dos días de su libertad, Dionisio Rojas no dejaba de pensar en la maldad que le habían hecho. No se trataba de la res, y él lo sabía bien como lo sabía don Anselmo; se trataba de la vereda

que pasaba por su conuco. Don Anselmo tenía necesidad de esa vereda porque le acortaba la distancia de sus tierras a la carretera. Su hermano estaba dispuesto a entrar en arreglos, pero él no, y por eso inventaron lo de la res. ¿Cómo lo hicieron, que ni los perros se dieron cuenta? Dionisio llegó a pensar si su hermano no había estado en la combinación. Dijeron que la res se había perdido, llegaron al bohío y se pusieron a investigar. Hallaron la cabeza y las patas enterradas en el patio, y más adentro, en pleno conuco, el cuero. ¿Por qué los perros no desenterraron esas cosas para comérselas? Dionisio no lograba averiguarlo. Era para morir de tristeza. ¡Lo habían hecho pasar por ladrón, a él, Dionisio Rojas, un hombre criado tan en la ley, un hombre de su trabajo! Don Anselmo tenía que pagar su “acumulo”.

La tarde caía velozmente y desde su camastro podía el preso ver el río, que rodeaba la cárcel por el Oeste. En chorro impetuoso, las sombras iban metiéndose en las aguas, ennegreciéndolas.

Así ennegrecían esas mismas sombras las aguas del arroyo en la Gina. El lugar —tres docenas de bohíos desperdigados bajo los palos de lana o en los riscos del arroyo— estaba al oeste del pueblo, a un día de camino en buen caballo. Allí, sobre el catre, pasándose la mano por la cabeza, casi arrancándose los pelos, estaba el viejo Adán Matías. Era bajito, flaco y rojo. Su bigote cano temblaba cada vez que él batía la quijada. Por momentos se ponía de pie, recorría el cuartucho a grandes pasos y volvía a sentarse. Su hija Lucinda se asomaba a la puerta.

—Tranquilícese, taita. Después con calma se arregla eso.

Pero también Lucinda estaba triste y lloraba a escondidas. El viejo, que lo sabía, se llenaba de cólera.

—Ella tiene la culpa, taita —pretendía alegar Lucinda.

—¿Culpa ella, una criaturita sin edá pa' saber lo malo?

Cuanto más se le hablaba peor se ponía el viejo. Iba y volvía por el cuartucho, se sentaba, se paraba, agarraba el machete. Al fin pareció haber resuelto algo.

—¡Lucinda! —llamó a la hora en que la noche se cerraba sobre el monte—. ¿Usted cree en eso del Socio?

Con los ojos hinchados de llorar, la hija habló desde la puerta:

—¿Y cómo no voy a creer, taita? Si no fuera asina, ¿cómo le diban a salir bien las cosas a ese hombre?

El viejo no le quitaba la mirada de arriba.

—¡Po' conmigo se le acaban el retozo a él y al Socio! —tronó; y volvió a sentarse, a pasarse la mano por la cabeza, a batir la quijada.

Aunque hiciera preguntas, también Adán Matías creía como su hija, y nadie ponía en duda lo que se decía de don Anselmo. Quince años antes ni Anselmo lo llamaban, sino Chemo. Era feo y antipático, con su perfil rapaz, de nariz corva y mentón duro, con su frente pequeña y sus ojos de hierro. Andaba siempre de prisa, con un gran tabaco en una esquina de la boca y levantándose los pantalones a cada paso. A los que dependían de él no les hablaba sino que les daba órdenes. Consiguio unas tierras en La Rosa, a precio de nada, y sin que se supiera cómo ni cuándo empezó a echar palizadas hacia afuera. Fue por esos días cuando hizo su trato con el Socio. Eso ocurrió en la Loma del Puerco, y aunque el acuerdo se llevó a cabo en secreto, al poco tiempo todo el mundo conocía el trato. La sospecha comenzó cuando en el sitio observaron que don Anselmo no perdía cosecha ni por sequía ni por lluvia, que los hombres más hombres no le pedían cuenta por llevarles las hijas, que la viruela respetaba sus gallinas y el dandí no les daba a sus puercos, que sus gallos ganaban las peleas peor casadas, que las vacas le parían hembras todos los años, que a ninguno de sus caballos le

daba la jaba o la cucaracha. Pero con todo, la verdad absoluta no podía saberse porque don Anselmo tenía su malicia para hacer las cosas.

Y el don sabía darse el gusto. Levantó en La Rosa una casa enorme, de dos pisos y con galería amplia. Abajo se fueron arrimando bohíos de peones y encargados, y entre las muchachas de esa gente iba él escogiendo.

—Dentro de dos años me guardan ésta —decía.

Usaba automóvil y tenía luz eléctrica, nevera y fonógrafo. Vivía a sus anchas. Todo le salía bien. Igual que si fueran hombres, las palizadas se mantenían anda que anda, siempre hacia afuera, ampliando la propiedad. Una tropa de peones se encargaba de sembrar los postes y tirar el alambre, y durante el año entero aquella tropa vivía ocupada. Llegó el día en que sin salir de las tierras de don Anselmo podía irse de Hinch a Rincón flanqueando la cordillera y sin tener que repechar una loma. Entre las cercas había leguas de potreros, plátanos y cacaotales, extensiones enormes de maíz y de piñas.

Hubo años en que el don agotó la cosecha de muchachas de La Rosa, y entonces se iba a otros lugares y las pagaba en lo que le pidieran. Las admitía de cualquier color, siempre que fueran tiernas; pero las prefería trigueñas, como la nieta de Adán Matías.

Le gustaban trigueñas como le gustaba la tierra con aguas, igual a la del Negro Manzueta. Y estaba acostumbrado a que todo el mundo cediera ante él, por las buenas —con su dinero— o por las malas, como tuvo que ceder Dionisio Rojas.

Y al hablar del Negro Manzueta conviene decir que se había despertado muy contento.

—¡El gusto que me voy a dar! —dijo en alta voz al echarse de la barbacoa.

Con las costillas casi fuera del cuerpo y las ancas puntudas, el perro aguardaba órdenes.

—¡Ajila por aí, Tiburón, que hoy arreglamos eso de la palizá! —gritó Manzueta.

Salió al claro y se entretuvo en ver cómo de los árboles cercanos se levantaban bandadas de ciguas y cómo el sol vidriaba las pencas de las palmas; después se puso a recoger charamicos, y al rato, ya sudado, se dio una palmada en la frente.

—¡Anda la porra! —dijo asombrado—. Si la cuaba arresulta mejor.

Diciendo y haciendo. Se metió en el bohío, cogió un hacha y un machete y seguido por el perro tomó el camino de la loma. Llegó pasado el mediodía. El sol era candela. El Negro Manzueta subió sin fatigarse y allá arriba empezó a darle hacha a un pino mediano. Estuvo hasta media tarde sacando astillas de cuaba, después gastó media hora buscando bejuocos, amarró las astillas y bajó, con ellas al hombro y el perro pegado al pie.

Sin darle descanso al cuerpo y muy contento por lo que iba a hacer, Manzueta se entregó a una curiosa faena; al lado de cada poste fue colocando una astilla, y a veces dos, clavadas en la tierra. Al caer la noche había andado no sabía cuánto; luego empezó el camino al revés, dándoles candela a las astillas. Así, a la hora en que allá en el pueblo el sacristán tocaba las ánimas, en El Sabanal podía verse una hilera de postes ardiendo y a Manzueta corriendo de poste en poste, con una tea en la mano.

Aquella móvil y alegre línea de fuego subía cerros, bajaba hondonadas, atravesaba pajonales. Todo el monte se iluminaba con la demoníaca siembra de Manzueta. El perro ladraba mientras, crepitando y crispándose, se chamuscaban las hojas de los árboles cercanos.

Nadie veía aquello; nadie, por tanto, sabría nunca la verdad. Las llamas iluminaban la sonrisa del Negro Manzueta; los ladridos de Tiburón atronaban, contestados a la distancia

por otros; el alambre caía a trechos, enrojecido por las llamas, y la cerca levantada por los peones de don Anselmo no tardaría en irse al suelo. Mientras tanto el fuego seguía extendiéndose, creciendo cada vez más, y los platanales y los ranchos de tabaco se dañaría o arderían. El Negro Manzueta se hallaba contento.

—¡Que venga a salvarlo el Socio! —gritaba lleno de orgullo al tiempo que seguía sembrando fuego.

Pero el Socio sí fue. Sopló de pronto un viento inesperado que subía del arroyo, y arrancó chispas a las llamaradas. El Negro Manzueta vio las chispas volar en dirección de su conuco y pensó en sus plátanos y en su rancho. Mas se rehizo pronto y volvió a sentirse alegre.

Sin duda también el viento estaba contento. Sopló más fuerte, mucho más, y de súbito la candela se extendió sobre un pajonal; caminó como viva, a toda marcha, hacia el conuco de Manzueta; anduvo de prisa, y en pocos segundos hizo una trocha roja, cárdena, coronada de humo negro. Manzueta la vio y subió a su rancho. El perro ladraba. El hombre vio la llama henchirse de pronto, alzarse y caer de golpe, llevada por la brisa, sobre las yaguas de la vivienda. El Negro corrió más.

—¡Ah candela maldita! —rugía.

Con el machete en la mano, revolviéndose airado, cruzó y se metió en el rancho. Estaba como ciego de cólera. Golpeaba con el arma. ¡Allá iba la candela metiéndose entre el tabaco! Golpeó más y más. Fue entonces, sin duda, cuando sin saber qué hacía dio con el machete en el varejón de arriba. Inesperadamente se derrumbó el techo, y las yaguas encendidas y los maderos echando llamas le cayeron encima sin que él pudiera defenderse. Saltó y quiso huir cuando notó que la camisa le llameaba. Debió tropezar con algo, y cayó. El perro gritaba y él hubiera querido que se callara. El ardor en la cara y

en el vientre era insoportable. ¡Y la candela metiéndose en el conuco! Ahí, en tal momento, pegado a la tierra, impotente, el Negro Manzuela creyó ver el origen de aquella desgracia. Alzó la cabeza, aterrorizado y frío de miedo.

—¡Él, él! —barbotó.

La idea sacudió al hombre de arriba abajo. Su miedo se hizo súbitamente tan grande que le impedía moverse. Suplicante, casi llorando, logró decir:

—¡Fue él! ¡En el nombre de la Virgen, fue el Socio!

Voraz e implacable, el fuego consumió en poco tiempo la propiedad de Manzuela; pero afuera, en las tierras de don Anselmo, nada habría de pasar. Mientras las llamas se entretenían con lo del Negro arriba, en el cielo, se presentaron nubes inesperadas que encapotaron la noche y a poco empezó a caer un chaparrón violento que hacía chirriar los postes carbonizados al apagar los troncos encendidos.

Por la mañana encontraron al Negro Manzuela lejos de su rancho. Había ido arrastrándose hasta el camino de La Jagua, seguido por el perro, que se adelantaba en carreras múltiples y veloces y ladraba sin cesar.

Mirando al hombre, una vieja chiquita, flaca y de rasgos duros dijo:

—¿No ven? Eso ha sío el Socio.

Con ojos de asustado, un negro manco que tenía una cicatriz en la frente murmuró:

—Sí, fue el Socio.

—¡Fue el Socio, el Socio! —aseguró la voz de centenares y centenares de personas, mientras en toda la región se comentaba el suceso.

Exactamente a la hora en que entraban al pueblo al quemado Negro Manzuela, ponían en libertad a Dionisio Rojas. Con un paquetito de ropa al hombro, sin un centavo encima, Dionisio se detuvo a mirar la inmensidad del cielo.

—Bueno, al fin llegó mi hora —dijo. Y echó a andar.

Dando pie, se halló en el lugar a medianoche. Había luna. La tierra negra, desnuda y bien barrida hacía resaltar el color blanco de la vivienda. Dionisio contempló con cierta amargura el paisaje familiar y se puso a pensar. ¿Dormirían su hermano y su cuñada? Los perros alborotaron, pero al reconocerlo se tiraron contra el suelo, blandiendo los rabos.

Viendo el bohío, la rabia endureció todo el cuerpo de Dionisio. En seis meses ni su hermano ni su cuñada fueron a verle. ¡Daban ganas de escupirlos a los dos! ¿Llamar? ¡No! Se fue a dormir en la enramada, sobre unas esterillas viejas.

Despertó bien temprano y se dirigió al portón. Vio el conuco desperezarse a la brisa del amanecer, vio las calandrias cruzar en dirección del monte, vio las gallinas bajar de los palos. Nada le alegraba. De pronto oyó ruido a su espalda y se volvió. El hermano estaba en la penumbra del bohío, mirándole con ojos duros. Dionisio se tiró de las trancas, donde se había sentado, y caminó hacia el bohío. El otro ni se movió.

—Como que se azora de verme —dijo Dionisio.

—Ello sí. No sé a qué viene.

Sujeto a la puerta, su hermano parecía su enemigo. Oyó a la mujer exclamar desde adentro:

—¿Adió...? ¿Y es Dionisio?

Él hubiera preferido no hablar, pero tenía que hacerlo.

—Vengo porque ésta es mi casa y porque quiero averiguar lo de la vereá —dijo.

—La vendí; vendí la tierra de la vereá —explicó secamente el otro.

Dionisio sintió que la cólera le hacía crujir los huesos. Con un brazo apartó a su hermano y entró en el bohío. Allá, por lo hondo, pensó que su hermano estaba flaco; flaco y descolorido. Dionisio buscaba con la mirada dónde sentarse.

—Vea —dijo—, usted no podía hacer eso. La herencia no ‘tá dividía.

—Pero me dio la gana —rezongó el otro—. Me dio la gana, contimás que si taita ‘tuviera vivo lo desheredaba a usted.

Dionisio casi no podía seguir oyendo. ¡Virgen Purísima, las cosas que estaba aguantando desde hacía meses! Pero hizo esfuerzos por mantenerse sereno.

—Asunte —dijo—, don Anselmo me ha deshonrao. Me deshonró pa’ cogerse la tierra de la vereas, y usted, que es mi hermano, se la dio; pero don Anselmo no pasa de hoy vivo. Lo que me ‘tá doliendo es que usted crea lo que dijo de mí ese ladrón.

—Usted dijo la palabra —escupió el hermano—. Usted la dijo. Si quiere hacemos el reparto ya mesmo, pero aquí, en mi casa, no dentra más.

Con la garganta seca y casi ciego de ira, Dionisio se levantó.

—¡Me ‘tá insultando, Demetrio! —gritó.

El otro le señaló la puerta.

—Su sitio ‘tá ajuera —dijo.

—¡Me ‘tá insultando! —tornó él a gritar, fuera de sí.

Y como Demetrio seguía mirándole con tanta dureza y señalando el camino, Dionisio perdió el último resto de serenidad y se fue sobre el hermano. Levantó la mano y pegó. Su hermano era bravo, y en el fondo de su alma, aun en aquel momento, Dionisio se sentía orgulloso de que fuera así. Pero cuando sintió que el otro le golpeaba en la boca hasta sacarle sangre perdió la noción de que era su hermano y sólo le quedó en el cuerpo una cólera sorda. Quiso prenderse con los dientes de un hombro del hermano y hasta pensó apretarle el cuello hasta ahogarlo. Como no veía ni sentía no se dio cuenta de que Demetrio le estaba echando una zancadilla. Oía a la mujer gritar. A toda velocidad, el bohío se clareaba por las rendijas y los perros ladraban y gemían. Su hermano le clavó

un codo en la frente y lo fue doblando poco a poco. Dionisio perdía el equilibrio. De súbito, con un movimiento centelleante, el otro lo soltó y lo empujó. Lanzado como una bala, Dionisio cayó sobre una silla y sintió que la espalda le estallaba. Con la mano sobre la boca, la mujer gritó más fuerte. Dionisio quiso levantarse y no pudo. Las cosas empezaban a borrarle, a írsele de la vista, y una palidez semejante a la de la muerte se extendía a toda carrera por su rostro.

—¡Lo mataste, Demetrio! —oyó decir a la cuñada.

Con gran trabajo, Dionisio pudo articular dos palabras:

—Es-pi-na-zo-ro-to...

A seguidas se desmayó. A la gente del contorno que se apareció allí en el acto, su cuñada le explicaba que Dionisio había vuelto con ánimos de matar a don Anselmo, pero que se enredó en discusión con su hermano...

—...y ya ven el resultado —terminaba ella.

Tras oírla y meditar un momento, Jacinto Flores comentó, atreviéndose apenas a levantar la voz:

—¿Y en este lío no andaré metido el Socio?

Anastasio Rosado abrió los ojos, muy asustado.

—Jum... Pa' mí que asina es.

—¡Sí, fue el Socio, como en lo del Negro Manzuela!
—exclamó una mujer.

—¡El Socio, fue el Socio! —repitió, de bohío en bohío, la voz del campo.

De bohío en bohío esa voz corrió como el viento hasta llegar a La Gina. Ahogándose de miedo, Lucinda entró en el aposento de su padre.

—¿Usted lo ve, taita; usted ve que lo del Socio no es juego?

El viejo Adán Matías lanzó un bufido y clavó la mirada en su hija.

—¿Y qué me importa a mí, concho? ¡Lo que tenga otro hombre lo puedo tener yo!

La hija se escabulló y estaba en la cocina encomendándoles a los santos la vida de su padre, cuando entró éste.

—¿Me dijo usted que fue en la Loma del Puerco donde se vio con el Socio?

—Ello sí, taita; asina me lo dijeron.

—Bueno, 'tá bueno. ¡Pero no me hable lloriqueando! Alevante la cabeza y dígame: ¿fue la vieja Terencia, dijo usted, la que arregló el asunto?

—Sí, taita, la vieja Terencia, pero ella dique se murió cuando la virgüela.

—Mejor que se haiga muerto pa' que sean menos los sinvergüenzas. Pero alguno de su familia debe saber del asunto, ¿no le parece?

—Dicen que dique una hija; yo no puedo asegurarlo.

—Bueno, si no puede asegurarlo, no hable. Acabe ese sancocho y cállese. Me tiene jarto usted con su lloriqueo.

El viejo Adán Matías volvió a meterse en el cuarto, a dar paseos y a querer tumbarse el pelo a manotazos. Flaco, rojo, incansable, la hija lo veía ir y volver y sentía tristeza. El viejo se tomó su caldo soplando, pero todavía no había acabado cuando se puso de pie, entró en su habitación y salió con su machete mediacinta en la cintura. Al verle los ojos, Lucinda se asustó.

—¿Qué va usted a hacer, taita?

—Usted espéreme y no pregunte —ordenó él.

Estuvo en el patio bregando con un caballo, lo aparejó, y diciendo a la hija que si no volvía antes del amanecer no se apurara, encaminó la bestia por detrás de la casa y le sacó todo el paso de que ella era capaz.

A la caída de la tarde estaba el viejo Adán Matías frente a la Loma del Puerco. Preguntó en un bohío y le señalaron la vereda que lo llevaría a la casa que buscaba. Llegó oscurecido ya. Al cabo de dos horas de estar repechando loma, al caballo

se le sentía el corazón a flor de pecho. A través de la puerta del único bohío que había por allí, Adán vio un hombre, media docena de muchachos y una mujer. El hombre se levantó, salió y se pegó a la bestia.

—¿Vive aquí la hija de una tal Terencia? —le preguntó Adán Matías.

—Ello sí. ¿Quiere verla?

De años, oscura, de piel grasienta, con los sucios cabellos echados sobre las mejillas, con los ojos torcidos hacia abajo y la boca desdeñosa y la nariz larga y un túnico lleno de tierra, a la hija de Terencia sólo le faltaba la escoba entre las piernas para ser una bruja. Al principio la mujer rehuyó explicar lo que sabía, pero el viejo andaba dispuesto a todo y no se quedó corto al ofrecer. Se habían metido en un cuartucho alumbrado por una vela y llevaban más de media hora hablando en voz baja cuando ella aceptó.

—Bueno, mama me dejó el secreto.

Ella vio cómo le brillaban los ojos al viejo y cómo batió la quijada, pero tal vez no se dio cuenta de todo lo que eso significaba para él. Sin embargo empezó a responder las preguntas de Adán.

—No, ni yo ni naide sabe la fecha. Él sólo se deja ver del que tenga negocio con él. El único que lo conoce bien es don Anselmo, pero ni an mama lo vido nunca.

—‘Tá bien —cortó Adán—. No se entretenga tanto, y siga.

—Bueno, como le diba diciendo: le prende el azufre, pero no en crú, y usté dice la oración; cuando termina coge y pega tres gritos llamándolo, pero han de ser gritos de hombre, porque él no dentra en negocio con gente que se ablande dispué; asina que como él ‘tá en acecho, tiene que andar con cuidao, porque si le tiembla la vo’, ni an se asoma. Y to’ eso, tal como le digo, sólo al pie del amacey, el que ‘tá arriba mismito, y al punto de la medianoche, ni pa’ trás ni pa’ lante.

—Bueno —dijo Adán— lo que ‘tá malo es lo del azufre. Tendré que dir al pueblo a buscarlo. Por lo de los gritos no se apure, que a mí no me tiembla na’.

Con las manos cruzadas por delante de las rodillas, sentado sobre sus talones, veía el rostro de la mujer envuelto en reflejos mientras la luz de la vela que ardía entre ambos se retorció a los golpes del viento que entraba por las rendijas. La mujer y el viejo estuvieron un rato callados; después Adán Matías se levantó, puso algunas monedas en la mano de la mujer, salió del cuarto, saludó al hombre y se fue. Al choque de las patas de su caballo rodaban piedras por los flancos de la loma. Casi amaneciendo, la hija, que no había dormido, sintió las pisadas de la bestia. Se le aplacó el corazón, que no había dejado de saltarle en el pecho toda la noche. El viejo entró, hizo como que no oía las preguntas de Lucinda, se metió en el catre y a poco empezó a roncar.

—¡Qué bueno que ‘tá durmiendo, dipué de tanto tiempo desvelao! —comentó ella.

Y también ella se durmió.

Pero el sueño no fue largo, porque antes de las ocho Adán Matías estaba aparejando de nuevo el caballo para ir al pueblo en busca de azufre. Y a esa misma hora, don Anselmo recibía a un amigo de la ciudad. Los dos hombres cambiaron frases de amistad, se echaron los cuerpos en los brazos y sobre los pechos, se palmotearon las espaldas y se metieron juntos por la sala y las habitaciones de la hermosa vivienda.

—Anselmo —comentó el visitante—, esto es un encanto. Aquí me paso yo quince días de maravilla.

Se detuvieron frente a unas litografías que colgaban de una pared y vieron la radio y el fonógrafo, bastante viejo, con su colección de discos.

—Esto lo tengo para ustedes, los del pueblo —explicó don Anselmo—, porque yo me aburro con esa música; pero

Atilio se empeñó en que le comprara el aparato con los discos, y lo complací.

Salieron al jardín; vieron la pequeña planta eléctrica, el garaje, y después don Anselmo se puso a señalar los muchachos que pasaban y a decir cuáles eran suyos.

—Ése, y aquél que va allí. Fíjate en ese otro, el blanquito; mi misma cara, ¿verdad?

—Pero es un ejército, Anselmo. ¿Y cómo mantienes tantos hijos?

—Yo no, los mantienen las mamás. Viven aquí y cogen lo que quieren.

—Diablos... y ahora, ¿cómo está el harén ahora?

Rascándose el pescuezo, con el tabaco metido en una esquina de la boca, don Anselmo explicó:

—Ahora no anda muy bien. Tengo una muchachita que me traje de La Gina, trigueña de ojos claros. ¡Bonita y mansa la muchacha!

De pronto los ojos de don Anselmo cobraron un tono apagado. Al parecer estaban fijos en un limonero que florecía al fondo del patio.

—Ya estoy envejeciendo —dijo con lentitud— y eso me hace sufrir. Me gusta tanto la vida que preferiría morirme ahora.

—No hables tonterías, Anselmo —desdeñó el amigo.

Anselmo le cogió un brazo.

—Mira, hasta hoy he tenido cuanto he deseado. No quiero envejecer.

El otro no supo qué contestar. Desde los lejanos sembradíos llegaba una suave brisa doblando hojas. Con ella viajaban trinos de pájaros y voces de hombres que cantaban.

—Todo lo que has deseado —comentó, al rato, el visitante— ... La gente dice que tú tienes un arreglo con, con...

Don Anselmo sonreía con cierta amargura.

—Dilo —pidió—; puedes decirlo, que no me molesta.

—Bueno, ya tú sabes —terminó el otro.

A su lado, cogido a su brazo, don Anselmo dijo:

—Yo voy a enseñarte ahora cuál es mi socio; lo vas a ver.

Entre curioso y asustado, deseando decir que no y sin atreverse a hacerlo, su amigo lo miraba extrañamente mientras subían las escaleras. Se encaminaron al dormitorio. Allí había una caja de hierro. Don Anselmo la abrió y mostró a su amigo una pila de billetes de banco y una funda con monedas de oro.

—Ése es mi socio —dijo con serenidad.

Todavía estaba el índice de don Anselmo señalando el dinero cuando sonó el bufido. Fue una especie de bufido de cólera. El visitante lo oyó y le pareció que había salido de los labios de su amigo, pero al volverse para mirarlo se impresionó enormemente; con los ojos desorbitados, pálidos y tembloroso, el dueño de la casa miraba a través de la ventana y su rostro se veía desfigurado por una mueca de terror.

Unas horas más tarde —a las doce en punto de la noche—, el viejo Adán Matías quemó el azufre, rezó la oración y pegó los tres gritos. Su voz resonó en todo el sitio, y no había en ella la más ligera huella de miedo. A la luz del azufre quemado brillaban los ojos de Adán Matías y parecían más crespos sus canos bigotes.

Aún no se había apagado el eco del último grito cuando se oyó un tronar impetuoso, bárbaro, como si la loma hubiera estado derrumbándose o como si un ciclón llegara descuajando árboles. El viejo no sintió ni frío. De súbito vio una luz verdosa reventar ante él, comenzó a envolverle un humo azul y brillante, y por entre el humo azul y brillante, advirtió un rabo que se agitaba con violencia. “Bueno, ya ‘tá aquí”, pensó Adán Matías; y se dispuso a hacer su trabajo con la mayor serenidad.

El recién llegado habló con voz estentórea. Dijo que había ido a oírle, pero que no podía perder tiempo.

—Así que diga rápidamente lo que quiere.

Adán Matías se molestó. No estaba acostumbrado a esas maneras y ya era muy viejo para cambiar.

—Si anda tan apurao puede dirse. A mí no me saca naiden de mi paso ni tolero que se me grite —rezongó.

Su oyente pareció asombrado. Era la primera vez que le hablaban en tal forma. Dijo algo en tono más bajo, suavizándose. Medio calmado, Adán Matías se sentó en una piedra, invitó a su interlocutor a que hiciera lo mismo y empezó a explicar qué deseaba.

La negra noche temblaba, llena de grillos y de brisa. Arriba resonaban las hojas del amacey y algunos cocuyos rayaban el monte. Las palabras de Adán Matías eran claras y precisas:

—Dicen que usted le ayuda a cambio de su alma. Bueno, pues yo le ofrezco la mía, la de mi hija y la de la muchacha, y lo único que le pido es que le quite su apoyo a ese condena.

—No —oyó decir—, la de su hija y la de su nieta no; nadie puede negociar con almas ajenas; sólo puede hacerlo con la suya. En cuanto al apoyo, se lo iba a retirar de todas maneras, porque esta mañana, sin respetar mi presencia, negó su sociedad conmigo.

—Lo raro 'tá en que no lo negara antes. ¿No ve que es un sinvergüenza?

—En presencia mía —levantó la voz—... No estaba obligado a decir la verdad, pero...

—Pero tampoco tenía que hablar embuste —agregó Adán.

—Así es. No tenía que hablar mentiras.

—Bueno —atajó Adán, molesto por estar oyendo quejas que nada tenían que ver con lo que él buscaba—, ya lo sabe; cuento con que le niegue su apoyo.

—Sí. Mañana puede ir. Yo estaré allí para ayudarle. Así aprovecho y me llevo el alma.

Durante medio minuto, los dos estuvieron callados. Sentado en la piedra, Adán Matías se agarraba las rodillas con ambas manos. De pronto oyó preguntar.

—¿Y usted? ¿Cuándo me da la suya?

—Jum —comentó él—, usté como que anda apurao. Cumpla conmigo, que yo no le engaño. ¿No ve que ya soy viejo?

—Trato hecho —aseguró la voz.

—Bueno, trato hecho.

Inmediatamente la Loma del Puerco volvió a resonar. ¡Qué ruido, señor! De seguro iban cayéndose los troncos y los pedregones. Adán Matías se levantó, alzó una mano, abrió la boca y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Y cuidao con jugarme sucio, que de mí no se ríe naiden!

Acabando de decirlo saltó evitando las piedras, palmoteó el pescuezo de su caballo, montó de un salto y echó la bestia cuesta abajo.

—A ver si llegamos a La Rosa con la fresca de la mañana —le dijo en alta voz al animal.

Como si hubiera entendido, éste apuró el paso.

Con la fresca de la mañana llegó a las orillas de La Rosa, pero la casa le quedaba distante todavía. Había pasado ya la hora del ordeño, porque a lo lejos, camino de los potreros, se veían unos muchachos arreando vacas. Contemplando la diversidad de siembras y el buen cuidado de cada una, el viejo Adán Matías pensaba con tristeza en su conuquito de la Gina.

Pasaban de las ocho cuando llegó a la casa. En el patio trajinaban algunos peones y se oían cantos de mujeres que pilaban café, y por entre los cantos el golpe de los mazos en los pilones.

Adán Matías notó de entrada la ayuda ofrecida porque nadie salió a preguntarle qué buscaba. Se tiró del caballo y echó escaleras arriba. Antes de llegar a la puerta del alto probó su machete para saber si salía con ligereza de la vaina. Sí

salía. Todo empezaba bien. Un poco fatigado, se detuvo a estudiar el sitio. Entró en una habitación bien amueblada que debía ser la sala; al fondo se veía el comedor, y a la mesa, dos hombres. ¿Cuál de ellos sería don Anselmo? Ambos se reían. Seguro que el condenado estaba haciendo cuentos. Adán Matías se detuvo en el vano de la puerta.

—Las tierras —decía uno de ellos— las fui consiguiendo poco a poco. Compraba frutos a la flor, con la propiedad de garantía. Lo demás era fácil. Con dinero se arregla todo, créelo.

Adán Matías tosió. El que hablaba alzó la cara.

—¿Qué desea, amigo? —preguntó, sin duda asombrado de que alguien hubiera entrado hasta allí sin su permiso.

El viejo se acercó con paso seguro.

—¿Quién es aquí don Anselmo? —inquirió.

El hombre tenía en ese momento un cuchillo untado de mantequilla en una mano y un pan en la otra, y se quedó como alelado, sin mover ninguna de las dos manos. Ignoraba debido a qué, pero sentía algo raro. Quiso saber por qué aquel viejo le preguntaba por don Anselmo.

—Tengo que verlo —explicó el viejo Adán Matías—. Yo soy el agüelo de la Chinita.

—Ah... ¿De la Chinita?

Y de pronto, llevado quién sabe de qué impulso, don Anselmo señaló a su amigo, que estaba sentado frente a él.

—Este es don Anselmo —dijo.

Adán Matías pensó: “Ahora sí se arregló esto”. Y con paso firme se arrimó al supuesto don Anselmo.

—Ah —empezó—. Yo quería verlo, amigo, porque ese asunto de la Chinita...

Pero le pareció que ya había hablado mucho. Haciéndose el distraído, no había despegado la mano del cabo del machete; y de pronto, con velocidad de relámpago, alzó la vaina y sacó el hierro. Al ver aquello, el hombre a quien Adán Matías

tomaba por don Anselmo trató de esquivar el golpe, se enredó en la silla y cayó de bruces en el piso. Silbando en el aire, el machete había cruzado por encima de su cabeza y tropezó, chasqueando, con el pescuezo del verdadero don Anselmo. Al golpe, como de una fuente, saltó la sangre. Durante unos segundos Adán Matías pareció perplejo.

—¡Cónfiro —dijo en alta voz—, me han jugao sucio!

Mientras don Anselmo trataba de escapar a cuatro pies, el amigo se metía bajo la mesa, y ahí, lleno de cólera, fue a buscarlo el viejo.

—¡No soy yo, no soy yo! —gritaba el desdichado—. ¡Es él, él es don Anselmo!

Confundido y verdaderamente disgustado, Adán Matías pensó que el Socio le había jugado sucio; pero su confusión duró muy poco porque inmediatamente tomó una resolución: “Por si acaso, los arreglo a los dos”, pensó.

Iba a hacerlo ya, y en eso vio a una vieja que se asomaba por la puerta del aposento. Al ver la escena, la vieja se llevó las manos al pelo y empezó a gritar:

—¡Han herío a Anselmo; corran, que matan a Anselmo!

Con la ancha falda revuelta y moviéndose como una loca, la vieja fue a tirarse sobre el herido.

—Ah, conque éste es el don —exclamó Adán Matías, entre colérico y sardónico.

Y sin pensarlo más se lanzó hacia el herido y le dejó caer el machete en la nuca. Vio la cabeza doblarse de golpe y vio también al Socio, que entró por la ventana con un saco de pita abierto como quien llega a buscar una carga de yuca.

Visto que todo había terminado bien, Adán Matías se volvió y huyó, blandiendo el arma, seguido por la vieja, por el otro hombre y por incontables ladridos. A través de todas las puertas comenzó a salir gente. Al llegar a la galería brincó y cayó al pie de su caballo. Adán veía peones que corrían con

machetes y palos y docenas de mujeres y de niños que se atropellaban en dirección hacia la casa, y mientras tanto, él iba rompiendo las costillas de su caballo a talonazos.

—¡Cójnlo, cójnlo, cójnlo! —gritaban a su espalda cien voces.

Apuró cuanto pudo y tomó un callejón. Vio la yerba de los potreros agitada por la gente que corría hacia la casa. El viento le zumbaba en los oídos y él vigilaba la vuelta distante del camino. Por allá iba a doblar, por allá, por allá. ¿Y si no se moría el mentado don Anselmo? Jum... Si no se moría... Por allá iba doblar, por allá. Se oían los pasos de su perseguidores. Por allá...

Adán Matías oyó por encima de él un bufido extraño, un bufido endemoniadamente alegre, y alzó la cabeza. Hendiendo el aire, con su frente de chivo y su rabo peludo, el Socio iba cruzando por el cielo. Una risa fina y maléfica le cortaba el rostro, y llevaba al hombro el saco de pita.

—¡Aquí lo llevo! —gritó señalando el saco.

Adán Matías sintió un contento que ni el mejor ron le había dado nunca. ¡Eso sí era cumplir los compromisos!

—¡Ande con cuidao! —recomendó a toda voz—. ¡Asujételo bien, que ése es capaz de dírsele todavía!

Ya el Socio era del tamaño de un gato allá arriba. Adán Matías casi no podía oírlo cuando respondió:

—¡No tenga miedo, que yo soy como usted: a mí no hay quien me juegue sucio!

Adán Matías detuvo el caballo y revolvió una mano.

—¡Que le vaya bien, amigo! —gritó a todo pulmón.

Al verle hablar al aire, los dos perseguidores que le andaban más cerca se miraron entre sí.

—Como que 'tá loco el viejo ése —dijo uno, con la voz ahogada por la carrera que iba dando.

Y el otro, sin dejar de correr, aseguó:

—Si, ése ‘tá loco; segurito que ‘tá loco.

Y por loco lo tuvieron cuando se dejó echar mano sin hacer resistencia. Había detenido el caballo; seguía mirando hacia el cielo con el rostro iluminado por una ligera sonrisa, y pensaba, complacido, que aunque el mundo había cambiado mucho, todavía quedaba alguien capaz de cumplir sus compromisos. Y como estaba seguro de que los hijos de don Anselmo le darían muerte ese mismo día, él, Adán Matías, cristiano viejo, no se alarmaba al pensar que tardaría muy poco en entregarle su alma al Diablo.

Trato es trato, y el Diablo se había portado lealmente. “Como un hombre serio”, se decía Adán Matías al tiempo de entregarse.

FRAGATA

La resolución de Fragata fue tan sorprendente que hasta doña Ana se sintió conmovida. Doña Ana no dijo media palabra, pero se mantuvo en la puerta, pálida e inmóvil, hasta que Fragata desapareció por la esquina balanceando su enorme cuerpo.

La muchacha había llegado hacía un mes. Mucha gente la vio entrar en la callecita, caminando junto a una carreta que llevaba muebles y litografías de imágenes religiosas, pero a ninguna se le ocurrió pensar que iba a vivir allí. Era una criatura tan extraña, tan gorda, tan fea, y llevaba la cara tan pintarrajeada, que la gente pensó —vaya usted a saber por qué— que iba a seguir de largo, buscando el camino de Pontón. Por esa causa fue mayúsculo el asombro cuando a una voz suya el carretero detuvo el mulo frente a doña Ana, en la puerta de una casucha vacía que estaba desalquilada desde mucho tiempo atrás.

Algunos vecinos se detuvieron a observar. La muchacha buscó en su cartera una llave y abrió el candado. Durante unos minutos pareció registrar adentro; después salió y empezó a dar órdenes al carretero. Jamás, desde que existía aquella callecita, se había oído por allí una voz tan estentórea.

El lugar era pobre. Excepto la de doña Ana, la de don Pedrito y alguna más, las casas eran bohíos. La calle nunca había sido arreglada. Se acumulaban allí, confundidas, tierra,

yerba y piedras, y cuando llovía se formaban lodazales. Pero esa misma miseria daba al sitio un aspecto austero, al que contribuía la falta de pintura en los frentes de las viviendas. La gente no se sentía a disgusto, porque, como decían a menudo los vecinos, aunque la calle no era vistosa, las personas eran decentes. Siempre había sido así, hasta que llegó Fragata.

Al escándalo que hacía ésta dando órdenes al carretero, se asomó doña Ana a la puerta. Quedó confundida y en el acto se sintió molesta. Don Pedrito, un viejo comerciante retirado, de esos que llevan siempre las manos a la espalda, se acercó con ánimo de comentar.

—Tiene todo el aspecto de una fragata, ¿verdad, señora?
—dijo don Pedrito.

Doña Ana, que no encontraba en quién descargar su disgusto, le dio por toda respuesta una mirada fulminante y no puso atención en el símil; ello no fue obstáculo para que éste tuviera éxito, pues a poco la muchacha gorda fue conocida de chicos y grandes por Fragata.

Fragata era enorme, y lo parecía más porque vestía trajes transparentes de colores claros, que la hacían ridícula. Tenía una cara de facciones groseras y causaba malestar vérsela tanto y tan mal pintada. A veces se ponía en la cabeza lazos de cintas, como si hubiera sido una niña de pocos años. Caminaba abriendo las piernas y balanceando dos brazos cortos, pero gruesos hasta lo increíble.

Desde el día de su llegada empezaron a visitarla los tipos más raros y a la segunda noche hubo escándalo en su casa. La pequeña calle dormía ya cuando se oyeron gritos, maldiciones y carreras. A la mañana siguiente, acompañada de un policía al que hacía reír con lo que le iba diciendo, Fragata apareció en la esquina con la cabeza vendada. A un hombre que pasaba se le ocurrió hacer un chiste a costa de ella, y sin respetar la presencia del policía, Fragata empezó a insultarlo a grito pelado.

A partir de ese día doña Ana inició la ofensiva sobre su marido.

—Esto es insoportable —le decía—. Mira lo que hemos ganado por venir a vivir a semejante barrio. ¡Bonito ejemplo para los niños!

Los niños, sin embargo, no comprendían nada. Fragata era una diversión para todos los de la calle. Así, grande y gorda como era, se ponía a jugar con los pequeños, a perseguirlos y gritarles palabras extrañas, que parecían sucias, pero que estaban matizadas de una ternura conmovedora. Corría tras los muchachos, llamándolos por los nombres más raros y tirándoles piedras. Se reía a carcajadas con ellos y cuando alcanzaba a alguno se ponía a estrujarlo, a besarlo, tirada en pleno polvo de la calle aun cuando su traje estuviera acabado de planchar. Esto ocurría sobre todo de tarde, cuando el silencio era tal que la risa de Fragata podía oírse en los dos extremos de la calleja.

De noche empezaban a llegar a la casa de Fragata hombres que iban de otros barrios, mandaban buscar ron a la pulpería de doña Negra y armaban escándalos. Muchas veces la muchacha se emborrachaba y salía a la puerta gritando obscenidades. Una de esas noches insultó a don Ojito, venerable de una logia, que vivía tres casas más abajo de la de doña Ana.

Los sábados en la tarde Fragata se ponía su mejor ropa, algún traje lleno de arandelas y cintajos, y sacaba una silla a la acera y se sentaba allí muy circunspecta. Al mismo tiempo, nadie sabía por qué, las tardes de los sábados era cuando Fragata resultaba más agresiva, pues a la menor provocación respondía con sus peores insultos. Ocurrió muchas veces que estando en un cambio de palabrotas la muchacha saliera corriendo después de haber cambiado súbitamente su cara feroz en un rostro lleno de alegría. Era que Fragata había

visto a un niño y se había olvidado de todo. Entonces parecía diferente; sus ojos brillaban con una luz resplandeciente y se le advertía una especie de ausencia por todo lo que no fuera el niño. A veces recorría la callecita jugando como si no hubiera tenido más de siete años. En muchas ocasiones, tras haber perseguido a un muchacho, volvía a su casa y hallaba algún amigo esperándola; entonces se metía con él en sus habitaciones, volvía para cerrar la puerta de la calle y se quedaba adentro hasta que se la veía de nuevo despidiendo al visitante.

Los vecinos vivían escandalizados. Iban a comentar el asunto con doña Ana y aseguraban, muy serios, que eso no podía seguir. Doña Ana comentaba:

—Le dije muchas veces a Pepe que no me trajera a vivir en un barrio como éste.

—Pues mire, doña, que este lugar fue siempre muy pobre, pero muy decente —explicaba alguna vecina.

—No lo digo por ustedes —enmendaba doña Ana— sino porque a las orillas se lanza gente de mal vivir. Miren el ejemplo ahí.

“Ahí” era Fragata. En ocasiones doña Ana quedaba mal al señalarla, porque muchas veces la muchacha parecía transformada, convertida de súbito en un ser angustiado y digno de compasión. Se le veía caminar por la acera de su casucha, con las manos enlazadas en la espalda y la cabeza baja, y durante horas enteras permanecía silenciosa, sin responder siquiera a las provocaciones de los hombres que pasaban. En ocasiones entraba y se lanzaba sobre su cama a sollozar, otras veces cerraba la puerta y se iba, nadie sabía adónde, para retornar al día siguiente o dos días después.

Una tarde don Pedrito le contó a don Pepe algo extraño. Dijo que cierto conocido suyo había dormido en la casa de Fragata y a media noche la muchacha se levantó y empezó a

pegarle y a insultarle. “Vete de aquí, condenado, maldito; vete o te voy a matar!”, gritaba Fragata. El hombre, que se había asustado, se asustó más cuando la muchacha pasó de los insultos al llanto y se le acercó, arrastrándose sobre el piso, para agarrarse a sus piernas, gimiendo desconsoladamente, quejándose de que ni él ni nadie pudiera darle un hijo. El hombre se vistió y huyó mientras Fragata, de rodillas en medio de la habitación, hablaba amargamente con sus imágenes litografiadas. Don Pedrito y don Pepe comentaron ese episodio de muchas maneras y convinieron en que Fragata estaba loca y era un peligro para todos; al final acordaron hacer algo para poner remedio a ese estado de cosas. Tal vez, sin embargo, no hubieran pasado de las palabras si al día siguiente no hubiera ocurrido lo que ocurrió.

Ese día siguiente fue domingo. En la noche acudió a la casa de Fragata más gente que nunca. Los viajes a la pulpería, en pos de ron, fueron incontables. A eso de las doce se oyeron voces airadas e insultos. En varios hogares de la callecita los vecinos despertaron y algunos llegaron a abrir sus puertas. Había un escándalo infernal, como si muchas personas hubieran estado pegándose entre sí, y se oía la voz estentórea de Fragata gritar:

—¡No me da la gana! ¡Mi cuerpo es mío y nadie manda en él!

Agregó varias rotundas aseveraciones, por las que el vecindario dedujo que Fragata estaba rechazando alguna insinuación que le había desagradado; después se la oyó amenazar con muertes. El tumulto fue de tal naturaleza que don Pepe tuvo que salir a la acera y reclamar silencio.

En las primeras horas del lunes don Pepe se fue a ver a don Pedrito y luego acompañado de éste, se dirigió a la casa de don Ojito. A eso de las ocho estaban los tres reunidos con doña Ana en la sala de ésta.

—Lo que va a hacer es insultarlos, provocar otro escándalo y dejarlos en ridículo —dijo doña Ana cuando le explicaron lo que los tres señores habían acordado.

—No crea que pensamos distinto, señora —admitió don Ojito.

—Entonces, ¿para qué se molestan? ¿Por qué mejor no hablar con la policía?

—Lo haremos después que hayamos agotado los medios pacíficos, Ana —explicó su marido.

Serían las ocho y media cuando Fragata abrió la puerta y asomó por ella la cara, que —cosa rara— estaba desnuda de pinturas. Inmediatamente volvió a cerrar. Los hombres se cambiaron señales como diciéndose “ahora”; y atravesaron la calle. Muy circunspecto, don Ojito llamó con los nudillos. Cuando Fragata abrió los señores entraron con solemnidad, como si cumplieran una visita de duelo. Desde la ventana de su habitación doña Ana los vio entrar.

—En la que nos vemos, Señor, por vivir en este barrio. Dios quiera que esa mujer no empiece ahora a insultarlos —exclamó doña Ana, volviendo la mirada hacia sus santos.

Pero, cosa extraña, no oyó la voz de Fragata. Pasó un minuto, pasaron dos, tres, cinco, que a doña Ana le parecieron una hora. Fue adentro, limpió algunos muebles; después sintió rumor de pisadas y volvió a ver hacia la calle. En ese momento, silenciosos y al parecer impresionados, los hombres se dirigían hacia ella. Doña Ana corrió a abrir la puerta.

—¿Los insultó? ¿Qué dijo? —inquirió.

El que habló fue don Ojito.

—No señora. Nos oyó y se echó a llorar.

—¿A llorar?

—Sí, y dijo que si ella hubiera sabido que les estaba dando malos ejemplos a los niños de por aquí, se hubiera mudado hacía tiempo. Preguntó por qué no se lo habíamos dicho antes.

Doña Ana parecía negada a comprender.

—¿Preguntó eso? —articuló vagamente. Y de pronto buscó con la mirada a su marido—. ¿Dónde está Pepe? —inquirió volviendo la cara a todos lados, como si tuviera miedo de que Fragata lo hubiera fascinado.

—Ella dijo que quería irse hoy mismo, ahora mismo —explicó don Pedrito.

Doña Ana salió a la puerta. Estaba pálida y silenciosa. Durante más de media hora, mientras llegaba la carreta y la cargaban, esperó allí, sin moverse y sin hacer un comentario. Vio a Fragata salir, tan pintarrajeada como siempre, con un traje azul claro y vaporoso que la hacía ver más gorda aún. El sol ardía en la pequeña calle, de casuchas miserables. La carreta iba despacio, bailoteando. Fragata marchaba a su lado. Al llegar a la esquina la muchacha se detuvo un instante y volvió la cara. Desde su puerta, doña Ana estaba observándola. Durante unos segundos Fragata contempló la calleja triste y sucia y los árboles que ocultaban a lo lejos el camino de Pontón; después giró y echó a andar de nuevo.

La carreta empezaba a doblar la esquina. En el silencio de la mañana se oían distintamente sus crujidos, los golpes de sus ruedas contra las piedras. No tardó en desaparecer, con su marcha bamboleante. Tras ella desapareció también Fragata.

Mujer al fin, doña Ana pensó un momento en aquella mujer que se iba así, sola, nadie sabía adónde. Le pareció que la vida era dura con Fragata. Pero reaccionó de pronto.

—Se lo merece, por sinvergüenza —dijo en alta voz.

Y antes de entrar contempló la callecita, que volvía a ser apacible a partir de ese momento.

—Por vivir en este barrio miserable —aseguró como si hablara con alguien.

Y cerró la puerta con un golpe rotundo.

CAPITÁN

A las siete de la tarde, el viernes día 3, Capitán despertó con el espinazo helado. En el acto supo que se trataba de Ella y empezó a ladrar furiosamente. Se sentía lleno de ira, frenético, igual que cuando se enfrentaba a un perro enemigo.

—¡Juau, juau, juau! —gritaba Capitán al tiempo que sacudía la sogá a que estaba amarrado.

Tal vez debido a su ira Capitán no lograba ver nada. De todas maneras era igual: viera o no, Ella debía andar por allí, y eso quería decir...

Pero de pronto Capitán la vio. Doblando la esquina del bohío, pegada a las tablas, Ella iba arrastrándose en dirección a la puerta del patio. Una cosa extraña sucedía, y era que el perro podía ver el seto del bohío aun a través de la sombra y del manto que Ella llevaba puesto. Durante un segundo Capitán se sintió impresionado, pero reaccionó ladrando con más fuerza. Y entonces sucedió lo que todo perro teme que le pase algún día, por mucho que no haya uno entre ellos que pueda escapar más tarde o más temprano a la terrible prueba. Moviéndose lentamente, con evidente disgusto, Ella volvió el frente y plantó en Capitán sus poderosos ojos vacíos.

El perro sintió que le habían partido el espinazo de un golpe seco; se abrió de patas, pegó el vientre a la tierra y un frío de muerte fue helando poco a poco todo su cuerpo y erizando los pelos de su espina dorsal. El miedo había hecho presa en él, en el

temido Capitán. Como una sombra recordó a la vieja perra que lo echó al mundo, cuando en las oscuras noches le advertía cómo era Ella y cómo todo animal de su raza debe estar preparado para el día que la vea. Con la garganta seca, ahogándose y sin poder abrir la boca, Capitán se sintió morir. Desde la distancia a que se hallaba, Ella seguía espantándole con su mirada vacía. Entonces él quiso sobreponerse, luchar contra aquello, y pretendió ladrar para asustarla; pero lo que salió de su garganta fue un quejido largo de miedo, un aullido tembloroso y humillante. Convencido de que era inútil luchar, sintió lástima de sí mismo; se echó por completo al suelo, alzó el hocico en dirección de las contadas estrellas que nacían a esa hora, y siguió lanzando su penoso y lúgubre aullido, que se esparcía por todo el lugar llenando de pavor a los niños y a los viejos supersticiosos.

A tres cosas dio lugar ese prolongado gemir de Capitán: una, que Ella se encolerizara, lo cual podía apreciar el perro porque la vio apretar las quijadas y oyó el crujido de los largos dientes descarnados; otra, que don Gaspar saliera al patio a ver qué le pasaba a su animal; y la última, que Tiburón hiriera el orgullo de Capitán soltando indecorosos e inoportunos ladridos en el patio contiguo, sin duda queriendo decir al aterrorizado can que no armara tal escándalo.

A causa de lo primero, Ella fue sorprendida por la presencia de don Gaspar; no lo esperaba y no supo qué hacer al verlo. Capitán observó que Ella recogió su manto, miró fijamente a su amo y entonces reculó despacio, perdiéndose otra vez en la oscuridad del callejón. A causa de lo segundo, Capitán sintió que su miedo cedía, que con la presencia de don Gaspar la confianza volvía a nacer en él. A causa de lo tercero, una sorda ira empezó a trabajarle las venas y se juró que en la primera oportunidad Tiburón iba a saber con qué hay que contar para atreverse a llamarle la atención a un perro del genio y de los bríos suyos.

Cuando don Gaspar llegó hasta el rincón donde amarraba a Capitán vio a su perro ponerse en cuatro patas, mirando al principio con seriedad y después con afecto, y notó cómo al contacto con su mano los pelos del animal volvían a pegarse a la piel.

—¿Qué te pasaba, mi buen Capitán? —preguntó el viejo con dulce voz al tiempo que golpeaba las costillas del animal—. ¿Qué te pasaba? ¿Por qué ‘tabas llorando asina? ¿No ves que eso trae desgracia?

Capitán hubiera querido decirle que a partir de ese momento no se descuidara, que se mantuviera alerta. Pero él no sabía hablar y lo único que podía hacer era dar a entender que se sentía contento con la presencia de don Gaspar. Lo dejó dicho blandiendo el rabo y pegando con él en tierra; luego se acostó de vientre y estuvo así, con los ojos entrecerrados, hasta que el viejo volvió a meterse en el bohío.

El sábado temprano don Gaspar abrió la puerta y se puso a limpiar el patio. Capitán estuvo observándole y le preocupó hallar que su amo tenía aspecto de cansado; le pareció más flaco que de costumbre, con un aire de enfermedad que le adormecía los ojos. Por encima de su camisa sobresalían sus hombros y las manos mostraban docenas de huesos. Aquello entristeció a Capitán. Don Gaspar iba amontonando las piedras, los aros de barril, la yerba arrancada. El sol no era excesivo, y tal vez a ello se debiera que don Gaspar parecía no ver las cosas con precisión. ¿O se trataba de que los años iban nublando sus ojos?

Por el patio vecino cruzó el negro Inés, echando humo de su cachimbo.

—Buenos días, vale Gaspar —cantó Inés.

—Buenos días... Aquí, dándole una limpiadita a esto —explicó el amo.

—Anoche —empezó Inés con mucha seriedad— anduvo su perro llorando, y eso es cosa mala, Gaspar... Anuncia desgracia.

—Ello... Pa' mí que lo que le pasó a Capitán es que sintió miedo.

—Porque algo vido, amigo; algo vido.

Capitán oía la conversación y se paró, extendiendo las patas.

Miró de reojo a Inés. No le gustaba que hablara de eso. De pronto Capitán creyó morir: Ella iba deslizándose en dirección a la puerta del bohío. Casi flotando, con su mano gris transparente y una expresión criminal en la cara, parecía vigilar a los hombres y al perro.

—¡Juau! —ladró Capitán lleno de ira.

—¡Fíjese —exclamó Inés— fíjese en los ojos de ese animal, Gaspar! Pa' mí que tiene la peste.

Gaspar se acercó al perro dando la espalda a la puerta del bohío, y entonces Capitán advirtió que Ella corría para entrar. ¡Eso no podía él permitirlo! Lleno de ira, dio un estirón a la sogá que lo sujetaba y parecía que iba a romperla; erizó los pelos del espinazo, ladró con ira cada vez mayor, empezó a pegar saltos. Por fin logró romper la sogá y se lanzó como un bólido hacia el bohío.

—¡Ahí lo tiene! ¡Mire lo que le decía! —gritó el viejo Inés.

Don Gaspar corrió detrás de su perro, llamándole a voces. Pero no tuvo que llegar lejos, porque a cuatro varas del bohío Capitán se detuvo, clavó las patas en la tierra, bajó la cabeza y comenzó a aullar. Ella había vuelto a dirigirle su vacía y espantable mirada y el animal sentía el frío del miedo paralizándole hasta la voz. Claramente, el perro oyó la advertencia que Ella le hizo:

—Vas a pagar caro tu atrevimiento, animalucho indecente.

El viejo Gaspar se acercaba, y Capitán, que sentía su olor cerca, quería decirle que se detuviera, que no diera un paso más, que se mantuviera quieto, sin respirar siquiera; que Ella

estaba allí, a tres pasos, y que era la segunda vez que llegaba a buscarlo a él, a don Gaspar. Estaba helado, sin dominio sobre sus músculos. El miedo acababa con él. Vio cómo Ella empezaba a retroceder, a desvanecerse, a irse alejando, y cuando por fin dobló el callejón perdiéndose en dirección de la calle, Capitán, libre de aquella cosa que le tapaba la garganta, alzó la cabeza y se puso a aullar lastimeramente, con un largo, tembloroso aullido que espantó a Inés.

Lo mismo que la noche anterior, Tiburón empezó a protestar a ladridos.

—¡Me está ordenando que no haga escándalo! —se dijo Capitán indignado.

Por la cerca de alambre, en el solar opuesto al de Inés, Tiburón asomó el hocico. Era un enorme perro negro, de cara antipática y ojos pesados. Miró fijamente a Capitán y le lanzó un último ladrido. Pero Capitán había perdido ya su miedo, porque Ella se había desvanecido, y a la insultante intervención de Tiburón sintió su sangre hervir. De un salto se puso de pie, gruñó, furioso, y se lanzó a toda carrera sobre los alambres.

—¡Capitán! ¿Qué es eso? —gritó don Gaspar.

—Le digo que a su perro le 'tá pasando algo, amigo —remachó Inés.

Ninguno de los hombres observó la terrible y asesina mirada que lanzó Tiburón desde su sitio; sólo Capitán comprendió lo que ella quería decir. Significaba: “Esto lo arreglaremos hoy mismo”. Capitán contestó volviéndole la espalda, lo cual quería decir: “Para hacerte huir me basta con el rabo”. Y se dirigió lentamente hacia su rincón habitual, donde su amo volvió a amarrarlo anudando los dos pedazos de la sogá que había reventado poco antes.

A eso de las tres de la tarde, el mismo día sábado, el viejo Gaspar fue en busca de Capitán para llevarlo al río.

Inés le había aconsejado que lo bañara, porque la rabia venía, según él, del calor que les hacía doler las muelas a los perros. Sujetándolo por la soga, el viejo lo sacó a la callecita, a esa hora agobiada por el sol. Estaban en un extremo del pueblo, donde algunos bohíos desvencijados daban albergue a familias que vivían de milagro, cosechando maíz y batatas en los patios o haciendo trabajitos de tarde en tarde. Capitán, con su pelo rojizo y sus costillas pronunciadas, caminaba seriamente junto al viejo. Dos o tres perrillos corrieron a ladrarle, metiéndose entre sus piernas; pero Capitán no les hizo caso. Tampoco don Gaspar parecía atender a la gente ni a los animales; iba erguido, caminando a grandes pasos y ya se dirigía hacia la vereda que llevaba al río cuando una tromba de carne y pelos salió rugiendo de un bohío y se lanzó en dirección suya a toda velocidad. En un instante Capitán comprendió que Tiburón había adelantado la cita.

Abusador y perverso como era, Tiburón procedió violando todas las reglas del código de los perros. En vez de atacar a Capitán saltó furiosamente sobre don Gaspar. El viejo quedó tan sorprendido que se enredó los pies, uno con otro. Pero Capitán no perdió la cabeza. Durante un segundo su ira fue tan grande que apenas pudo mostrarla enseñando los dientes; pero en el acto calculó qué debía hacer y dando un brinco bien medido clavó sus dientes en el espinazo de Tiburón. Éste se dobló, arrugó el hocico, volvió la cabeza y, buscando evadir aquella tenaza candente, se pegó a tierra mientras encima de él, gruñendo de rabia y moviéndose sin cesar, Capitán buscaba herirlo con las uñas a la vez que lo mordía. La cólera de Capitán no se saciaba con nada. Soltó por una fracción de segundo, pero fue para coger un poco más arriba. Se le veía erizado y fuera de sí.

—¡Déjalo ya, Capitán! —ordenó don Gaspar.

Los niños se agruparon en las puertas y los perros del vecindario empezaron a ladrar de lejos.

—¡Déjalo ya, déjalo ya, Capitán! —insistía el viejo.

Cada vez más colérico, Capitán se negaba a cumplir la orden, cuando un hombrecito amarillo y flaco salió de su casa corriendo.

—¡Hay que matar a ese condenao! —gritaba muy resuelto—. ¡Hay que matarlo, porque ya no se puede con él!

—¡Vino a morderme sin que yo le hiciera na'! —se quejó don Gaspar.

El hombrecito dijo algo más, entró de nuevo en su bohío y salió armado de machete, todo en menos de un minuto.

—¡Condenao, te llegó tu hora! —vociferaba.

Una mujer gritó que no hiciera tal cosa, pero el hombrecito no la oyó y descargó su machete dos veces sobre el animal. La brillante sangre de Tiburón salió a chorros, esparciéndose por la calle. Capitán no quería soltar aún.

—¡Capitán, ven, Capitán! —ordenó don Gaspar.

Entonces Capitán, con los dientes descubiertos todavía, reculó con los ojos fijos en su enemigo, que se debatía en el polvo.

—No te hizo na', perro mío, no te hizo ni un aruñazo —decía el viejo al tiempo que acariciaba con sus huesudas manos el espinazo del animal.

Pero sí le había hecho. En el calor de la pelea el propio Capitán no se había dado cuenta de ello; sin embargo, es el caso que en una pierna, hacia la parte de adentro, Tiburón le había clavado los colmillos. Cierto que era una herida apenas visible, sin importancia alguna, sobre todo si se tenía en cuenta la ferocidad de Tiburón.

La gente no quería creer que Capitán había salido casi ileso.

—Era una fiera —explicó el hombrecillo—. Había que matarlo. ¿No se acuerdan de lo del otro día?

“Lo del otro día” fue un crimen de Tiburón, ocurrido dos semanas atrás. Tiburón salía de la casa y por la calle iba al trote un sato blanco que apenas alzaba un pie del suelo, flaco, jadeante, que debía ir cansado porque llevaba la lengua afuera. Cualquier perro lo hubiera dejado en paz, pero Tiburón era abusador y al verlo se lanzó sobre él, rugiendo de ira y sin razón para sentirla. El pobre sato aulló de miedo. Tiburón le clavó los colmillos en el pescuezo y lo sacudió en el aire, enloquecido por su instinto criminal. El perrito quiso defenderse y mordió a Tiburón en una oreja. Todos vieron esa mordida y todos vieron cómo eso le pareció a Tiburón la peor de las afrentas. En un instante echó el sato a tierra y allí lo destrozó a dentelladas y desgarraduras. El animalito se alejó aullando de dolor.

—Bien muerto ‘tá, sí señor —aseguró una mujer contemplando los restos de Tiburón.

Don Gaspar siguió hacia el río mientras los muchachos y algunas personas mayores hacían comentarios. Capitán se refrescó con el agua y parecía no tener memoria de lo que había pasado poco antes.

Amaneció un domingo radioso sobre el barrio. Inés se asomó por la cerca, bastante temprano, y estuvo hablando con don Gaspar sobre el incidente del día anterior.

—Por lo que vi, si Tato no mata a su perro lo hubiera matao Capitán —dijo.

Los dos viejos volvieron los ojos hacia el animal. Echado en su rincón, bajo dos yaguas viejas, Capitán parecía atender a lo que se hablaba. Con el pescuezo y la cabeza pegados a la tierra, miraba fijamente a los dos viejos.

—Jum... Capitán usa poco juego —comentó don Gaspar.

—Por eso me extrañó el lloro de anoche —explicó Inés.

Al oír referencias a aquello Capitán cerró los ojos; pero los abrió a seguidas para ver cómo iba don Gaspar. Estaba parado, agarrado al alambre, y se veía flaco, con los pómulos muy

pronunciados, la piel quemada, las manos huesudas. “No parece enfermo”, se dijo seriamente el perro al tiempo que acomodaba la cabeza entre las piernas para dormir. Otra vez, de golpe, levantó el hocico. “No parece enfermo, pero Ella vino a buscarlo”.

—Tal vé ‘taba llorando la muerte de Tiburón —explicó don Gaspar.

—Yo no sé qué lloraba, pero lo que sí le digo es que algo vido. Los perros asuntan cosas que los cristianos ni an se imaginan, compadre —aseguró muy serio Inés, y después se puso a contar una historia de un perro que tenía cierto amigo suyo. Cuando acabó, invitó:

—Fíjese si esta noche llora. Yo por mi parte ‘taré atento.

Diciendo adiós se fue Inés a través del patio de su bohío, y el sol comenzó a correr arriba. Llegó la tarde, cayó la noche y Capitán no aulló; pero tampoco aulló el lunes, ni el martes ni en toda la semana.

—¿Ve, compadre, que lo que lloraba era la muerte de Tiburón? —afirmaba riendo don Gaspar.

—Pa’ mí era eso —comentaba Inés mientras miraba con seriedad al perro y fumaba su cachimbo a grandes bocanadas.

Los viejos parecían muy contentos de que las cosas resultaran así, pero Capitán no compartía su optimismo. “Ella vino; yo la vi venir”, se decía a menudo. Ella había ido, y todo perro sabe que Ella jamás visita un hogar en vano. Capitán estaba seguro de que una de esas noches la vería entrar de nuevo.

Pero todavía pasó una semana más, y aun otra y algunos días hasta llegar a la tarde del miércoles 22. Capitán se había levantado ese día ligeramente triste y después estuvo inquieto. Sentía necesidad de arañar las viejas yaguas, de moverse, de levantarse y acostarse. Algo le molestaba. Le parecía que hacía más calor que de ordinario, sobre todo dentro de su cuerpo, y acezaba largamente, con su roja lengua caída por

entre los dientes. En la pata derecha, hacia la parte de adentro, algo le producía escozor, y se lamía y mordía el sitio, justamente el lugar donde aquel sábado día 4 había clavado sus colmillos Tiburón. Los olores que le traía el aire eran secos e irritantes. Ya en la tarde, mientras olfateaba pedazos de madera, vio a don Gaspar cruzar el patio. Fue en ese momento cuando sucedió aquello.

Tal vez porque no veía bien el viejo no se dio cuenta de que iba a pisar un aro de barrica: lo pisó y el aro saltó, pegó en las piernas del viejo y éste perdió el equilibrio. Capitán lo vio caer de bruces y vio cómo su mano izquierda dio contra un casco de botella. En el acto saltó la sangre, y Capitán, asustado, comenzó a ladrar.

—¡Juau, juau, juau! —exclamaba.

Pero el viejo don Gaspar no hizo mayor caso al incidente y ni siquiera notó la herida en el acto. Se puso de pie, siguió caminando, el perro siguió observándole y ladrando. Al notar que le salía sangre de la mano, don Gaspar sólo comentó:

—Qué cosa, una herida.

—¡Juau, juau! —insistía el perro.

—Eso no es na', Capitán aseguró el viejo; y cuando llegó a su lado extendió la mano, la puso bajo el hocico de Capitán y dejó que éste lamiera.

—Pa' que se pierda mi sangre, mejor te la comes tú —decía el viejo sonriendo.

Capitán lamió, agradecido de ese gesto de confianza; pero a poco se sintió molesto, sin que supiera debido a qué, y se echó en un rincón, mirando a su amo con gravedad. Al rato el viejo se fue, y nada más pasó ese día.

Al día siguiente sí pasó algo. Serían las nueve de la mañana cuando unas moscas transparentes empezaron a volar ante los ojos del perro. Capitán estuvo observándolas un momento; de súbito sintió una ira loca y se lanzó sobre ellas, pero las

moscas desaparecieron sin que él las viera irse a parte alguna. Capitán quedó sorprendido y caviloso. Haciendo un esfuerzo se mantuvo inmóvil y en acecho, porque las moscas debían volver; pero entonces sucedió algo increíble: Tiburón estaba allí, frente a él, erizado y mostrándole los dientes. Es difícil de explicar lo que sintió Capitán. Un fuego de llama ardió de golpe en sus venas. Jamás había tenido tanta ira. Se lanzó en un brinco sobre aquel odiado enemigo y cerró su boca en el pescuezo de Tiburón, pero los colmillos golpearon en el vacío. Allí donde segundos antes estaba su enemigo no había nada más que aire. Capitán ladró lleno de cólera y notó que su voz no era igual a la de antes; y entonces, sin saber por qué, lloró con un corto, pero escalofriante aullido muy agudo. De súbito, aterrorizado, Capitán perdió la cabeza, y a seguidas volvió a sentir ira. Le acometió una violenta necesidad de correr, y aunque trató de hacerlo no podía porque la sogá no lo dejaba libre. En menos de un minuto se sintió cansado y comenzó a castigarle un súbito deseo de tomar agua, mucha agua.

Media hora después toda la voluntad de Capitán estaba fija en una sola cosa: entrar en el bohío de don Gaspar y meter la cabeza en la pequeña tinaja del viejo hasta dejarla vacía. Toda su ambición era beber, calmar con agua el fuego que tenía en la garganta. Después de haber tirado de la sogá hasta rendirse sólo tenía ojos para ver la puerta por la que acaso saliera don Gaspar a llevarle agua.

Pero don Gaspar no salía y Capitán, que necesitaba calmar ese ardor, empezó a comer yagua. Cerca había una tusa de maíz. Pensó que su cuerpo áspero le rascaría la garganta, y se la comió: después encontró un pedazo de madera podrida y se lo engulló en el acto. A esa hora se levantaba una tenue brisa y Capitán pensó que si la brisa le llevaba un papel que había en medio del patio, o siquiera hojas secas, el papel y las hojas le ayudarían a calmarle aquel ardor.

Como si hubiera decidido complacerle, la brisa metió bajo el papel sus impalpables dedos, lo alzó, lo meció, lo arrastró. Con la lengua seca y colgante, los ojos hundidos adornados por un brillo metálico, lleno de avidez, Capitán esperó. Cada movimiento del papel le hería los nervios. Lentamente, rasan-do el suelo, el papel se acercó y de pronto la mano invisible de la brisa lo sacudió alejándolo. Capitán sintió ira. Otra vez vio al condenado papel acercarse y otra vez se alejó en un esguin-ce burlón. Capitán se levantó y anduvo tanto como se lo per-mitía la sogá. Notó que no le era fácil caminar. Se hallaba liviano y tenía la sensación de andar por el aire; además, su paso era vacilante. Quiso batir el rabo, sin causa que lo justi-ficara, y de golpe sintió en el tronco de la cola un dolor agu-do, y algo indefinible, parecido a una fuerte sacudida, le reco-rrió todo el espinazo hasta la misma cabeza. Cayó sentado y empezó a acezar. Inesperadamente le ardió de nuevo la pata en el sitio donde lo había mordido Tiburón. Lo que sentía allí era una brasa encendida. Desesperado, empezó a mor-derse y a lamerse; y a poco sintió que ya no podía abrir la boca y que unos puntos de fuego le herían el anca derecha haciéndola temblar y endureciéndosela al mismo tiempo.

¿Qué diablos le estaba pasando? ¿Y don Gaspar, y el viejo Inés; dónde estaban? Los tonos pardos de los bohíos empeza-ban a confundirse con los del cielo. Y en ese momento volvió a suceder aquello: en medio de las sombras nacientes, tem-blando, traslúcido, con las formas oscilantes, surgió Tiburón; miraba con sus odiosos ojos pesados y caminaba lentamente hacia Capitán.

—¡Ah, maldito, ahora verás! —dijo éste.

Pero al ir a salir, gruñendo de ira, notó con asombro que Tiburón se deshacía en el oscuro aire. Ahogándose de cólera y asombrado a la vez, Capitán cayó sentado. A seguidas notó que apenas podía respirar. Se asfixiaba, ¡se asfixiaba! ¡Oh, si

en ese momento hubiera salido don Gaspar! La presencia de su amo le ayudaría a vencer esa obstinada pesadez del aire que lo ahogaba. Doblado como un arco, Capitán quiso respirar por la boca; pero su lengua ardía, ardía su paladar, y el solo contacto del aire le hacía sufrir y le daba cólera.

Con los ojos agrandados por el desconcierto y no queriendo rendirse, el perro se esforzaba en usar la última gota de oxígeno que tuviera en el fondo de los pulmones. El vientre se le movía a saltos, como una vejiga que se infla y se desinfla rítmicamente. Pasado un rato comprendió que cada vez perdía más movilidad en la boca, que apenas podía sentir ya otra cosa que un progresivo endurecimiento en la quijada.

Cayó la noche del todo. Por alguna causa baladí, los perros del vecindario empezaron a ladrar, alborotando el barrio.

Capitán quiso sentarse, pero no pudo; y entonces sintió miedo, un miedo único, que enfrió su sangre; un miedo que no había sentido ni siquiera cuando Ella estuvo mirándole. En ese momento —un pequeño instante de lucidez— Capitán quiso ver hacia el callejón y vio la sombra. En el acto la reconoció. Un calor cosquilleante le recorrió la piel; sus rojizos pelos se pararon; el espinazo se le alzó como un arco. ¡Allá estaba Ella misma, riendo con sus largos dientes descarnados!

—¿No te lo avisé? —dijo con una voz llena de sarcasmo, una voz que nadie podía escuchar, porque excepto los perros, nadie la oye.

—¡Maldita! —rugió Capitán—. ¡Vienes a buscarlo, yo lo sé; vienes a buscarlo, maldita!

Entonces Ella lanzó una carcajada larga y seca que enloqueció de pavor a Capitán; la lanzó y salió corriendo, con su transparente manto gris batido por el aire, con sus huesos pelados y blancos, con los brazos y las costillas sonando lúgubramente. Capitán hubiera querido gritarle a don Gaspar que Ella iba a meterse en el bohío, pero no podía.

Durante un segundo, al tremendo miedo siguió la ira, una ira que le hizo ver fuego en torno suyo. Quiso ladrar, pero de su garganta no salió sino un ronquido seco. Loco, frenético, saltó; rascó el aire con las patas, se sacudió, fuera de sí; y entonces, de golpe, cayó al suelo, como fulminado por un rayo. Todavía pataleó algo, pero comprendió que todo esfuerzo era inútil porque el frío de la muerte endurecía ya sus músculos. Expandió el pecho una vez más, sólo una vez más; y todo desapareció súbitamente.

Don Gaspar estaba en su catre, mirando hacia las yaguas del techo que dejaban caer trizas negras. No sospechó nada. La puerta del patio se abrió y tornó a cerrarse. El viejo sintió que por allí se había colado un frío diferente a todos los fríos. Pero él era hombre y no podía ver que Ella había llegado ni pudo oír el ruido de sus huesos secos cuando Ella tomó asiento en un pequeño banco de madera que estaba a los pies del catre. No pudo darse cuenta porque sólo los perros tienen ojos para verla y oídos para oírla.

Claro que don Gaspar llegaría a saberlo, pero sería al día siguiente cuando el viejo Inés entró como a las nueve de la mañana para decir, con acento de preocupación:

—¿No ve? ¿No le dije que algo raro le pasaba a su perro? Tiburón tenía la rabia. Aquel perrito blanco que Tiburón maltrató era de mi comadre Luisa, y ella me dijo que murió con la peste.

Don Gaspar alzó los ojos y miró fijamente a Inés.

—Usté 'tá equivocao —dijo; y la voz le temblaba.

—Capitán no ladró anoche, compradre; vamo' a verlo —respondió Inés.

Inés corría, pero don Gaspar iba cruzando el patio despacio, y cada vez que avanzaba un paso sentía un frío de hielo ascendiendo por su sangre.

—¡Tá muerto, muerto de la rabia! —gritó Inés, con ojos despavoridos.

—¡No! —gritó don Gaspar con voz ronca, el pescuezo rígido, el cuerpo endurecido.

—¿Pero qué le pasa, amigo? —preguntó asustado Inés.

Entonces vio la mano herida que le enseñaba don Gaspar; la vio y comprendió.

—¡Me lambió la cortá ayer! —gritó don Gaspar; y se veía tieso, como un muñeco de madera plantado en el patio.

Lleno de terror, aullando de miedo, Inés huía por el callejón y a lo lejos se oía su voz:

—¡Don Gaspar tiene la rabia; don Gaspar tiene la rabia!

Desde la puerta del bohío Ella había visto toda la escena con sus ojos vacíos; después entró, se sentó de nuevo al pie del catre y no se movió más de allí hasta dos meses después, cuando sacaron al viejo en un tosco ataúd.

Pero Capitán no supo que Ella había alcanzado su propósito porque ya él estaba bien podrido, una vara bajo tierra, en la misma esquina del patio donde había vivido amarrado más de cuatro años.

POPPY

Aunque la poca gente que conoció a Poppy parezca conternada —hace una semana que no hablan de otra cosa—, sería de tontos explicarles que lo que sucedió no fue un incidente vulgar, porque esa gente, como la gran mayoría del infatuado género humano, no aceptaría la explicación.

Poppy, a la verdad, se precipitó un poco. Era demasiado sensible, y acaso hurgando en su “pedigree” se hallarían antecedentes, porque es lo cierto que nada se hereda tanto como la anormalidad. Pero las incontables parejas de quienes Poppy vino al mundo —padres, abuelos, bisabuelos— no se conocen. Excepto la madre, Fox-Terrier pura, nada más se sabe de sus antepasados.

A juzgar por ciertos detalles físicos el padre debió ser un sato corriente; incluso en lo psíquico se le conocía, pues el pobre Poppy tenía una ternura casi humana, y la vivacidad y la gracia contagiosa del sato. Sin embargo era también grave, en ocasiones demasiado. Por lo visto, nunca pusieron atención en ese contraste.

Todo en Poppy era extremado. Por ejemplo, sería difícil hallar un perro tan sumiso. Jamás tuvo la menor rebeldía ni trató en momento alguno de escaparse ni se lanzó, como muchos compañeros a quienes él conocía, a morder la piedad de un visitante. ¿No era eso extraño, tratándose de un perro nada cobarde? Pues bien, nadie se fijó en ello, nadie se

preguntó la causa de tal sumisión, ni siquiera Josefina, a pesar de que a ella se debía.

En conjunto, Poppy sentía que su vida era muy feliz. Para él todo lo bello y agradable de este mundo tan extravagante estaba en Josefina. Desde el instante en que la luz del sol, colándose a través de los cristales, le hacía abrir los ojos, él se emocionaba pensando que Josefina no tardaría en despertar. Con su fina cabeza levantada acechaba los menores movimientos de su ama. A veces ella se levantaba tarde y Poppy sentía miedo de que se hallara enferma, y cuando al fin ella se movía, él empezaba a gemir de contento. En ocasiones, Josefina extendía el brazo desde la cama y acariciaba la cabeza de Poppy. En tales momentos él desfallecía de felicidad, se le iluminaban los pardos ojos, se le llenaban de un resplandor extraño, de una claridad infantil. Otras veces, muy pocas por cierto, ella no lo miraba ni parecía notar su presencia. Poppy veía entonces el entrecejo de su dueña; observaba cómo una sombra vagaba por todo el rostro de Josefina, y, herido en lo más sensible de su ser, bajaba la cabeza y se iba lentamente, con el rabo colgante, lleno de una amargura que nadie sospechaba.

En verdad, esos momentos de dolor eran escasos en la vida de Poppy; incluso podía recordarlos todos, aunque a él no le gustaba hacerlo. Sólo cuando temía que algo le sucediera a su ama, volvían tales instantes a amargar sus días. Además, la tristeza no le duraba mucho. Un gesto ínfimo, un amago de ternura de Josefina le hacían olvidarlo todo. La alegría era en Poppy un sentimiento desbordante, que inundaba todo su ser y le enloquecía de dicha.

Pero un día —abominable día en su historia— Poppy sintió que la risa de Josefina era secundada por otra más seca y que las pisadas de su ama —leves y rápidas, tan conocidas por él— eran seguidas por otras lentas y sordas. Además, le llegaba un olor nuevo. Una sensación desconocida confundió sus

sentimientos. Vio llegar a un hombre al lado de su ama, y vio la mano de él sujetar el brazo de Josefina. Aquello lo llenó de asombro. ¿Cómo era posible que alguien tocara ese brazo? Para Poppy tal cosa era inexplicable, y se quedó sentado, con los ojos fijos en el visitante, deseoso de hacer algo no muy correcto. Sin duda su ama comprendió las intenciones de Poppy porque le dijo que se fuera. Ella lo miró con dureza y a Poppy le dolió mucho esa mirada. Con la cabeza baja y la cola caída, avergonzado y triste, se fue de allí rezongando algo sobre la intromisión del hombre en la vida de los demás animales. Al echarse bajo la cama se dijo que aquel desconocido y él no podrían ser amigos. Poppy no sabía debido a qué, pero lo cierto es que el extraño no le había sido simpático.

Estaba Poppy cavilando sobre esas cosas cuando sintió entrar a Josefina.

—¡Poppy, Poppy mío! —cantaba ella alegremente.

Señor, ¿qué había ocurrido? Poppy hubiera querido tener más voluntad, ser menos emotivo, lo cual le hubiera permitido quedarse bajo la cama sin poner oídos en las voces de su ama. Pero él no podía. A la segunda llamada se lanzó, con el corazón ahogándosele de felicidad, y fue a dar en los pies de su ama. Ella lo tomó entre sus brazos, lo cargó y le dijo mil lindezas. Hablaba un idioma especial, en el cual abundaban frases cariñosas que Poppy sospechaba dirigidas a alguien que no era él.

En ese estado de ánimo duró Josefina varios días. Se arreglaba con entusiasmo; peinaba de quince maneras su bronceado pelo; se ponía en las pestañas una pasta azul que daba a sus ojos un brillo y un tono deliciosos; se perfumaba, se cuidaba las uñas. Poppy se maravillaba de lo que veía y —¿para qué esconderlo?— disfrutaba también de una dicha loca, porque antes de tantos arreglos él hallaba a Josefina lo más bello de la creación; admiraba sus manos largas, pausadas,

distinguidas; su pelo dorado, sus ojos azules, su nariz fina y audaz; lo admiraba todo en ella y él observaba que con el cuidado todos los encantos de su dueña aumentaban sensiblemente. Lo único desagradable era la presencia del hombre. Iba a menudo. Cuando él llegaba Josefina se quedaba un instante como dormida, un solo instante; pero Poppy comprendía —a pesar de que él no tenía una noción clara del tiempo— que en la vida de su dueña esas fracciones de minuto duraban una eternidad. Después Josefina y el hombre se iban. ¿Adónde iban?

Metido bajo la cama, entristecido por la soledad en que lo dejaban, Poppy se hacía esa pregunta muchas veces. ¿Sería a la orilla del mar, frente a la casa, en el sitio donde ella solía llevarlo a pasear? ¿Sería al jardín, en el rincón de las buganvillas, donde antes se pasaba ella las tardes con la mirada perdida en el cielo y donde él cazaba lagartijas? Con su fino oído —herencia de su madre— atento al menor roce, Poppy trataba de percibir los ruidos provenientes del jardín; acechaba, se volvía todo atención. Al cabo de unos días notó que la llegada de Josefina era precedida siempre por el rumor de un automóvil que se detenía frente a la casa. “Pasea en esos feos aparatos que ruedan y hieden”, pensó. Y como a él no le era dado saber por dónde solía ir el automóvil, se acostumbró a cavilar más sobre las salidas de su dueña. Lo único que le interesaba era que retornara pronto.

Algunas veces el hombre subía con ella y aunque Poppy no hallara al sujeto muy de su agrado, tuvo que aceptar que le pasara la mano por la frente. Bien sabía él, sin embargo, que tales caricias las hacía el hombre sólo por hacer creer a Josefina que lo quería un poco. Nunca se hizo ilusiones al respecto. Ni aquel extraño llegaría a tenerle estimación ni él se la tendría jamás.

Una noche oyó decir al visitante:

—Poppy se vería mejor si le cortáramos la cola.

—Imposible; le dolería mucho —replicó Josefina.

—¿Dónde? ¿Y por qué? ¿Acaso sienten dolor mis pacientes cuando los opero?

Estupefacto, asombrado de lo que oía, Poppy salió del escondite donde se hallaba —un rincón bajo el librero— y se acercó a Josefina. ¿Qué iba ella a responder? Poppy la miró fijamente y la notó indecisa. En sus bellos ojos azules le vio la duda. Pero aquel hombre debía ejercer una mala influencia en su ama.

—¿Crees que no le dolerá? —preguntó ella cediendo terreno.

Con una sonrisa que a Poppy le pareció la más odiosa mueca nunca vista, él respondió:

—Te aseguro que no.

Poppy se quedó perplejo. ¿Cómo hablaban así de esas cosas? ¿Era posible que se atrevieran a cortarle su cola, única parte del cuerpo con la cual podía él expresar su alegría y su gratitud cuando su ama le hacía mimos? No; jamás podría un ser humano hacer algo semejante. ¿De dónde había sacado el amigo de su ama ideas tan crueles y extravagantes? ¡Y todavía iba a hablar más el bárbaro! Sin duda estaba empeñado en convencer a Josefina. Poppy temblaba de miedo. ¿Qué diría; qué iba a decir?

Pero el hombre no habló de él, sino de algo así como un paseo. Se levantó, y Josefina no tardó en hacerlo. Sumido en la más amarga de las dudas, presintiendo algo muy malo, Poppy se quedó tan acobardado que no se atrevía ni a seguir pensando.

Dos días después ocurrió algo inusitado. Con sus propias manos adorables Josefina bañó a Poppy, después se arregló ella misma. Era muy temprano, tanto que el sol no había caminado aún un cuarto de cielo. Mientras se arreglaba,

Josefina cantaba. ¿Qué iba a pasar? ¿A qué tales cuidados? Poppy no quería pensar en nada; ¡se sentía tan feliz! Advirtió que se preparaba una salida. Hacía tiempo que Poppy no veía la calle de mañana. Pasando por el jardín, Poppy sentía la nariz envuelta en perfumes capitosos. Su ama se detuvo en la puerta y tendió los ojos hacia el mar. El mar aparecía al frente, azul, límpido y brillante como una pintura. Poppy miró a su dueña. Vestida de blanco, fina, dorada y celeste, con las manos puestas en la reja, con el pelo y el traje batidos por la brisa de la mañana, a Poppy le parecía ella algo delicado, bello y tierno; una flor de líneas serenas, esa flor que los hombres llaman lirio.

Era aquella una gloriosa mañana de abril. El aire olía deliciosamente y toda la creación temblaba de alegría. Poppy gimió de dicha; se arrastró a los pies de su ama, correteó lleno de júbilo. La felicidad lo ahogaba. Por la acera, bajo los árboles, empezó a perseguir lagartijas y a dar veloces vueltas. Se embriagaba; le embriagaban el sol, el mar, el cielo distante, la sombra de los árboles, la presencia de Josefina. Pero de pronto —¡oh fugacidad de las cosas!— oyó a su espalda un ruido que le disgustó: ahí estaba el automóvil del hombre. Súbitamente sintió ira y empezó a ladrar como un desesperado. Su ama pareció más disgustada que él.

—¡Poppy! ¿Qué es eso, Poppy? —preguntó. Y por primera vez —cosa extraordinaria— él no sintió dolor por haberla disgustado.

Pero Poppy no tardó en arrepentirse de la dureza de su corazón. Llenándole de asombro, su dueña lo tomó en brazos y entró con él en el automóvil; incluso lo pegó contra su pecho y juntó su cara con la suya. ¡Qué inolvidable momento!

Pronto llegaron adonde iban. Poppy vio a una joven graciosa vestida de blanco que le hizo caricias y a un mozo de espejuelos, muy serio, que le estuvo tocando la cola. Josefina

se cubría el rostro con un pañuelo y parecía apenada. Eso entristeció a Poppy, pero no pudo detenerse mucho en ello porque sintió un ligero pinchazo en la cola. ¿Qué sucedía? Miró a su dueña con ánimos de pedirle que lo ayudara, que no lo dejara en manos de aquellos desconocidos. El amigo de Josefina anduvo buscando hierros en una especie de librero blanco que no tenía libros. Poppy lo veía sonreír y lo oía hablar con desparpajo. La joven vestida de blanco y el mozo de espejuelos lo sujetaron fuertemente. Le pareció que alguien lo golpeaba en la cola y quiso volverse a ver qué le hacían, pero no lo dejaron.

Aquellos momentos fueron confusos. Poppy tuvo miedo, un extraño miedo a no sabía qué. ¿Maquinaban los desconocidos apartarlo de Josefina? ¿Quién podía saberlo! A él le parecía que los hombres eran capaces de las mayores atrocidades.

Pero no sucedió lo que temía. Josefina volvió a cargarlo, a decirle palabras cariñosas; después entraron de nuevo en el automóvil y en todo el trayecto fue acariciándolo con mayor intimidad que nunca.

Aparentemente, todo volvió a ser igual. Pasó el resto de la mañana y empezó a caer el día. Poco a poco, con progreso lento, Poppy fue sintiendo dolor en la cola. Trató de morderse, de pasarse la lengua, pero no lo dejaron. A media tarde ya no pudo más.

Quiso mover la cola, porque Josefina había entrado en la habitación y él sintió alegría, como siempre que ella se presentaba a sus ojos, y el dolor fue tan agudo que lo inmovilizó. Entonces fue cuando, mediante un brusco esguince, logró ver. Al principio no comprendía. ¿Qué era aquello? ¿Estaba él perdiendo el juicio? Empezó a girar sobre sí mismo, como un loco. Sentía que se le salían los ojos, que se le iba la cabeza. Tuvo miedo, un miedo agarrador. Alzó la mirada, y fue tanta la compasión que halló en la cara de Josefina que temió

más todavía, y reculó, impresionado. Al acercarse al armario se vio en el espejo. ¿Cómo? ¿Qué pasaba, qué había sucedido? ¿Era él o era otro Poppy el que se reflejaba en el cristal? Se quedó un momento fijo ante su imagen; después se volvió a Josefina, con la mirada suplicante, y oyó que ella decía:

—Pobrecito Poppy mío...

Y al querer agradecerle su ternura él comprendió que ya nunca más podría demostrar su gratitud, porque lo habían dejado sin cola.

Su primera reacción, un impulso que no pudo dominar, fue de cólera. Había sido aquel antipático amigo de su dueña el que lo había mutilado. Fuera de sí, se lanzó sobre Josefina y le enseñó los dientes. Ella gritó reconviniéndole. Molesto, aunque no avergonzado, Poppy se metió bajo la cama, de donde se negó a salir en el resto del día. Con los ojos cargados de sangre y el disgusto agriándole la vida, se pasó las horas amargado, pensando con verdadero dolor en su triste destino. En la noche sintió el ruido del automóvil; al oír las pisadas del hombre y distinguir su olor, quiso salir de su escondite y morderle una pierna. A duras penas lograba contenerse. El hombre de su ama le golpeaba la cabeza por dentro, y sólo así pudo resistir sus malos instintos. Después, cuando en las altas horas de la noche su dueña dormía, sintió de pronto un miedo atroz. Fue una idea loca, que le nació sin que supiera por qué. Tanto le impresionó que pegó un salto. ¿Y si al visitante se le ocurría cortarle una mano a Josefina? ¿Por qué no? ¿No le había cortado a él su cola?

La sola sospecha le dolió hasta dejarlo sin respiración. Se volvía loco. Estaba seguro de que iban a mutilar los hermosos brazos de su dueña; podía jurar que lo harían. El vehemente deseo de morir, si no podía impedir tal atropello, acabó por hacerle sentirse todo él un dolor vivo. Gimió en tono bajo, para no despertar a Josefina, y buscó algo con que hacerse daño,

algo que le hiriera. Empezó a arrastrarse lentamente. Se sentía solo en el mundo, agobiado por la soledad y el sufrimiento.

Durante tres días las cosas no cambiaron para Poppy. En la casa aseguraban que nunca había estado de tal humor. Cuando llegaba el amigo de Josefina él no podía contenerse. Ladraaba, nervioso y erizado; gruñía, enseñaba los dientes. Sentía necesidad de vengarse. Pero volvía de nuevo aquella impresión de orfandad, aquella sensación de que lo habían humillado, de que lo habían despojado de parte de su vida. La tercera noche Poppy puso oído en unas palabras cuyo sentido no alcanzó a entender.

—Este perro está muy majadero —dijo el hombre—. Yo te voy a dar una sorpresa.

Poppy retrocedió poco a poco. ¿Sorpresa, había dicho sorpresa? ¿Qué diablos maquinaba el odioso visitante?

Con la cabeza entre las piernas, preocupado, queriendo desentrañar el misterio de esas palabras, Poppy sufrió más que nunca, hasta que el sueño lo libertó de esa tortura.

Al día siguiente Poppy esperó ansiosamente la llegada de la noche. Disimulando su impaciencia se sentó junto a la puerta, cerró los ojos y esperó. Tuvo que hacer un esfuerzo para no denunciarse cuando llegó el hombre. Le oyó hablar de muchas cosas; le oyó reír y hacer chistes. Muy tarde ya dijo:

—Mañana viene Bonzo. Ese sí es de raza pura, no como este malcriado.

Poppy aguzó el oído. ¿Bonzo? ¿Qué sería eso? ¿Qué significaba tal palabra? Jamás la había oído. Ah, sí; una vez que su dueña disfrazó a un niño de chino. ¿Pero fue “bonzo” propiamente lo que dijo?

Una pregunta tras otra, docenas y docenas de ellas se fueron encadenando en la atormentada cabeza de Poppy hasta que llegó el momento en que creyó que la cabeza se le quedaba hueca. Francamente, él no podía ya más.

En efecto, llegó Bonzo al otro día. Poppy estaba dormitando, tratando de recobrar parte del sueño que había derrochado en la noche; iba sumiéndose en la suavidad nebulosa cuando lo despertó un grito alegre de su ama. La sintió correr a toda prisa y la oyó murmurar en voz alta palabras de emoción.

—¡Qué lindo, qué preciosidad! —decía ella.

A Poppy le pareció que sentía olor a perro y también que oía besos. ¿Besos? ¿A quién besaba su dueña? Poppy no era curioso —costumbre de perras y de cachorros— pero se intrigó tanto que salió de su escondite habitual. De pronto Josefina entró corriendo y él la vio reír, y vio su dorado pelo agitarse como dos alas pardas. Llevaba algo en los brazos. Era un bulto oscuro, peludo. ¿Sería un abrigo? Tal vez; pero a Poppy le pareció que por un abrigo no debía ponerse así, y además, aquello olía demasiado familiarmente. Ella se tiró en un sillón, pálida de alegría, con los párpados caídos, y Poppy notó que el placer ponía en su rostro un aire apasionado. Ella estuvo así un minuto y él empezaba a sentirse confuso y avergonzado ante tanta dicha. Pero inesperadamente ella se incorporó, tomó aquel bulto lanudo y lo puso en sus piernas. Poppy no pudo reprimir un temblor de asombro y de ira. ¿Cómo? ¿Qué quería decir eso? ¡Era un perro, Dios: un perro lo que tanto había emocionado a su dueña!

Incapaz de contenerse ya, Poppy saltó, con los dientes desnudos y la cólera en los ojos. Josefina lo miró un segundo; lo miró un segundo como nunca lo había hecho y le gritó algo horrible, algo que Poppy hubiera dado la vida por no oír; y a seguidas le pegó, ¡le pegó con el pie!

Verdaderamente, ya no era posible soportar más. Humillado hasta lo más profundo de su ser, Poppy bajó la cabeza y con la nariz rozando el suelo se fue de allí paso a paso. Estuvo debajo de la cama todo el día, negado en absoluto a salir.

Durante la tarde aquello fue una fiesta. Subieron y bajaron las niñas de la casa, la vieja sirvienta, el hijito del jardinero, y cada uno le hizo gracias a Bonzo. ¡Bonzo! ¿Había habido alguna vez un nombre más feo que ése? Decían de él cosas admirables, tantas que Poppy, sin salir de debajo de la cama, aprovechó un momento en que tenían al intruso en el suelo y abrió un ojo para echarle una mirada. ¿Bonito; bonita esa bola de lana parda? Sintió asco de la gente, exagerada en todo. Vio las manos —las queridas manos de su ama— tomar al animalito y levantarlo, y aquel solo gesto rebotó el atribulado corazón de Poppy.

Fue ahí, en tal instante, cuando resolvió lo que haría después. No pudo esperar. Era demasiado sensible —herencia de quién sabe cuál de sus abuelos— y además no tenía noción clara del tiempo e ignoraba que éste cura todas las heridas y hace viejas todas las novedades. Lo ignoraba todo en ese momento, excepto que ya no sería el favorito, que las frases ternas de su ama no serían para él y que aquellas amadas manos acariciarían en lo adelante a otro perro. Él era un pobre animal mutilado que no podía demostrar amor ni alegría.

No se movió ese día, ni siquiera se levantó a comer. ¿Para qué? ¿Valía la pena? Tampoco quiso moverse el día siguiente. Vio y oyó entrar gente que olía de mil maneras, oyó celebrar a Bonzo y se quedó quieto, sin fuerzas ni aun para indignarse. A la hora del paseo, tal como había resuelto, se levantó y dejó su rincón de abajo de la cama. Lentamente, sin ánimo alguno, fue emergiendo del escondite. Josefina no lo miró. Con gesto desdeñoso le dijo que saliera. Él vio al intruso en los brazos de su dueña. ¿Le dolió? No, pero sintió tristeza.

Con paso tardo descendió por la escalera. Al salir al jardín se detuvo un momento y contempló el viejo escenario de su felicidad, tan lleno de olores que él conocía y distinguía. Allá estaba el rincón de las buganvillas, y allí estaba el estanque de

verdes aguas. Había sol, un sol que brillaba en las hojas de los árboles y en el lejano mar. Amargado y enternecido recordó sus días infantiles, las horas de correteo por entre los pinitos australianos, cuando, perseguido por Josefina, iba y venía loco de contento. En lo hondo de sus venas aquella amargura hirvió rápidamente y sintió nacerle de golpe un odio enorme por cuanto lo obligaba a abandonar aquel sitio. Volvió los ojos y vio al intruso en los brazos de su ama. Durante un segundo pensó saltar, apretar entre sus dientes el pescuezo de aquel animalito lanudo. Fue un ímpetu que iluminó con reflejos diabólicos sus ojos pardos. Hasta llegó a calcular la distancia para el salto. Pero de pronto sintió que podía hacer sufrir a Josefina y eso no valía la pena. Para lo que faltaba...

Y estaba bella su ama. La brisa de la tarde agitaba su falda. ¡Lindo trajecito! Alguien dijo que la hacía juvenil como una estudiante. ¿Qué era eso de estudiante? Poppy no lo sabía; lo que sí sabía era que su dueña era muy bella, que los ojos azules le brillaban dulcemente y que el aire levantaba con suavidad su fino pelo dorado. ¡Qué tristeza no volver a verla! Poppy sintió dolor por todo lo que iba a abandonar. Lentamente, como sin darse cuenta, bajó la acera. Le pareció que entre las pardas hojas jugaban algunos lagartos. Sí, debía ser así. En lo adelante serían para el otro.

Anduvo más. Vio acercarse el automóvil y oyó el grito de Josefina, un agudo grito que lo traspasó como una flecha. Inmediatamente, un estrépito loco, la impresión de que el mundo estallaba. De pronto, luz, mucha luz, un deslumbramiento. Después súbita oscuridad. Y nada más. Acaso sólo la sensación de que se dormía velozmente.

EL RÍO Y SU ENEMIGO

Sucedió lo que cuento en un lugar que está más abajo de Villa Riva, en las riberas del Yuna. Cuando pasa por allí el Yuna ha recorrido ya muchos kilómetros y ha fecundado las tierras más diversas. Nacido en las fragosidades de la Cordillera, descendiendo en paciente y prolongada marcha docenas de lomas, el gran río llegaba al sitio de que hablo hecho un poderoso, aunque sereno mundo de aguas.

Yo estaba pasándome unas vacaciones donde mi viejo amigo Justo Félix. Debía retornar el día siguiente a la Capital y pasaba la última noche en la sala de la casa —un vasto caserón de madera fabricado sobre altos pivotes para que el río no se metiera en las habitaciones cuando se desbordaba—. Nos hallábamos esa noche reunidos mi huésped, cómodamente sentado en una mecedora; su mujer, señora de pocas carnes y pelo blanco, que cosía en silencio; la hija menor de Justo, muchacha de cutis rosado y abundante pelo castaño, muy atrayente; dos nietecitos de Justo, Balbino Coronado y yo.

La lámpara alumbraba pobremente y los rincones de la sala se conservaban en penumbras. Balbino se había sentado en una silla serrana. Yo había entrado desde el comedor y tuve que fijarme en él porque me quedaba justamente delante. Nunca le había visto, y aquella noche, tan pronto mis ojos tropezaron con él, sentí que me hallaba frente a un hombre de difícil personalidad. Él no levantaba los ojos. Muy seco,

muy tieso en su silla, sólo se movía para escupir, cosa que hacía con frecuencia, tirando la saliva en el piso. De momento, tan rápidamente como un relámpago, sus ojos fulguraban despidiendo reflejos; era cuando miraba a la hija de mi huésped, la cual parecía sentirse molesta y no osaba levantar la cabeza. Yo pensé que eran novios disgustados o estaban a punto de serlo.

Justo empezó a hablar de cosas interesantes, a contar cómo había él aprendido a cazar con machete los cerdos cimarrones que frecuentan los bosques y las faldas de la vecina Cordillera, y al conjuro de su voz le parecía a uno ver las escenas, vivir la misteriosa y profunda fuerza del monte que cubre ambas orillas del Yuna. Con buenas dotes de narrador, con descripciones sobrias y acertadas que llenaban su relato de interés, hablaba de una cacería en la que había tomado parte el año anterior y yo seguía el hilo de su historia sin mover un músculo, cuando vi a Balbino ponerse de pie, dar las buenas noches y tomar la puerta. Justo dejó de hablar, miró hacia el que se iba, después a su mujer y a su hija, y haciendo una mueca que lo mismo podía querer decir “¿qué ha pasado?” o “ya se fue ése”, se quedó silencioso y como preocupado.

—Un hombre extraño —comenté para animar el momento.

Justo movió la cabeza de arriba abajo.

—Bastante —dijo por toda respuesta.

La mujer de mi amigo hizo alguna pregunta sobre la administración de la finca y se enredó con su marido en una conversación doméstica. La muchacha alzó la cabeza, me miró y sonrió. Me pareció atrayente. Tenía los ojos limpios y aire saludable y vivaz. Hasta ese momento no lo había notado. Como creía que había algo entre ella y Balbino, hallé lógico que, si estaban disgustados, él se fuera con la cara de pocos amigos que llevaba, pues la muchacha bien valía un disgusto. Le dije algo, empezamos a hablar, y ya pasó Balbino a segundo

plano. Por desdicha aquello duró poco. Los nietos de mi amigo no tardaron en irse a dormir; al rato la mujer de Justo hizo una señal a su hija, ésta pidió permiso, dio las buenas noches y madre e hija tomaron el camino de sus habitaciones. Nos quedamos solos mi huésped y yo.

Hora llena de impresionante calma, aquella en que estábamos me infundía sentimientos de bienestar. Se oía el vago rumor del bosque y del río; la brisa de la noche pasaba por la arboleda vecina; desde la sala se veían cruzar los cocuyos iluminando la oscuridad y un coro de grillos parecía hacer germinar sobre la tierra una rara música de encantamiento.

Ésa era mi última noche en el lugar y quería disfrutarla. Sentía el deseo de hablar de Balbino Coronado, de saber algo de su vida, porque la verdad era que el hombre me había interesado; pero sentía también una especie de holganza espiritual que me impedía alzar la voz. Me levanté y me fui a la puerta.

—Esta noche sale la luna temprano —dijo mi huésped a mi espalda.

—Me gustaría verla en el río —dije.

Entonces Justo me invitó a seguirle; bajamos los escalones y fuimos por una vereda estrecha hasta llegar a los guijarros que marcaban la orilla del Yuna.

Una poderosa masa de árboles cubría del todo el agua y aquel sitio tenía un olor penetrante y suave a la vez. No hablábamos. Acaso Justo me llamaba la atención sobre alguna piedra o alguna rama que podía hacerme daño, pero yo apenas le oía. Me había entregado a disfrutar de la noche. La fuerza del mundo se sentía allí. Cantaba alegre y dulcemente el río, chillaban algunos insectos y las incontables hojas de los árboles resonaban con acento apagado. De pronto por entre las ramas enlazadas apareció una luz verde, pálida, delicada luz de hechicería, y vimos las ondas del río tomar relieve,

agitarse, moverse como vivas. Todo el sitio empezó a cobrar un prestigio de mundo irreal. Los juegos de luz y sombra animaban a los troncos y a los guijarros y parecía que se iniciaba una imperceptible pero armónica danza, como si al son de la brisa hubieran empezado a bailar dulcemente el agua, los árboles y las piedras.

Absorto ante la tranquila y maravillosa escena, estuve sin moverme hasta que Justo dijo que la luna se apagaba. Unas nubes oscuras que vagaban por el cielo la cubrieron lentamente. Mi amigo y yo dejamos el lugar, pero yo me sentía tan emocionado que no pude callarlo. Hablé del paisaje, del Yuna majestuoso, de la dicha que se gozaba viviendo allí. Justo me oía en silencio, igual que si jamás hubiera oído hablar así. Caminábamos muy despacio. Por momentos un rayo de luz atravesaba las masas de nubes y llenaba el sitio de claridad. Tomándome por un brazo, mi amigo empezó a hablar.

—Al hombre —dijo— no se le puede entender. ¡Qué gran refrán es ése de que cada cabeza es un mundo!

Me quedé esperando que dijera algo más, porque aquellas palabras no tenían aparente relación con lo que yo había dicho. Él debió leerme la duda en la actitud.

—Sí, amigo; sé lo que digo —siguió—. Aquí mismo tiene usted un caso ¿Vio a Balbino Coronado, ese joven que estaba hace una hora con nosotros? ¿Sabe usted por qué tenía esa cara tan extraña?

—Supongo —respondí— que estará enamorado de su hija y le molestó que ella no le pusiera atención.

Mi amigo sonrió con suficiencia.

—No, no es eso. Estaba así porque él siente las avenidas del Yuna.

—¿Que las siente?

—O las presiente, si halla usted más justa esta palabra.

Yo no pude evitar la mirada de asombro con que me fijé en Justo. Él pareció no darle importancia a ese gesto mío.

—Usted —dijo— me ha hablado hace poco de la emoción que le ha producido el río, ¿no es así? Yo, en cambio, conozco a otra persona —Balbino Coronado— que siente por el Yuna un odio mortal, un odio que no puede tenerse sino por un hombre que nos ha hecho mucho daño.

Me intrigaron las palabras de mi amigo.

—Explíquese mejor —le pedí.

En medio del patio había un tronco tirado. La tierra, los ranchos, las piedras del lugar adquirían un color grisáceo con la luz que llegaba a ratos del cielo. Todo parecía allí detenido. El lento vaivén de las masas de árboles que orillaban el río producía la impresión de que el patio iba deslizándose pausadamente por una pendiente fantasmal. Sobre las masas negras se veía el firmamento plomizo, y yo sentía que sólo la vida vegetal tenía razón de ser allí. El hombre estaba de más en el corazón silencioso de la noche. Tal vez influidos por ese sentimiento, mi amigo y yo habíamos hablado en voz baja, como si hubiéramos temido ser considerados intrusos en aquel sitio.

—¿Quiere que nos sentemos en ese tronco? —preguntó Justo.

Dije que sí con la cabeza. Mi amigo se sentó a mi lado, encendió un cigarro y empezó a hablar. Yo oía sus palabras, que sonaban apagadas. Explicaba él que dos veces por año, y una cuando menos, el Yuna recibe agua en las cabezadas y empieza a crecer. Poco a poco va descendiendo de la Cordillera más veloz, más ancho, y acaba bajando con un caudal imponente. En esas épocas el río llega a las llanuras tan cargado de agua que se sale del cauce; los vividores de esos parajes no hacen nada que no sea ver cómo el Yuna va adueñándose lentamente de toda la extensión, metiéndose por las tierras

sembradas, inundando las sabanas y los sitios más bajos. En ocasiones las avenidas son violentas y entonces se oye el río rugir día y noche y se ven las masas de agua que descienden iracundas, negras, y asaltan los barrancos más altos y ganan en marchas impetuosas los altozanos donde la gente fabrica sus bohíos. Cuando ocurre eso el desborde arranca árboles de cuajo, arrastra viviendas y animales, se lleva pedazos enteros de conucos, porque el agua cava la tierra y la deshace. Las familias que viven en las márgenes suben a los lugares altos llevándose consigo los cerdos, las gallinas y las vacas. Desde su casa, Justo había visto en alguna de esas inundaciones kilómetros y kilómetros de agua esparcida sobre la tierra y en una ocasión su familia había estado días enteros sin poder salir de la vivienda porque el río se había metido hasta allí mismo y golpeaba sin cesar los pivotes de ojancho que sostenían la casa.

—Conozco el Yuna —aseguraba mi amigo— como si fuera una persona, y siento por él gran cariño porque sé que esas avenidas fecundan toda la región. En cambio, Balbino Coronado lo odia a muerte.

Mi amigo calló. Yo seguí un momento imaginando cómo sería aquel sitio ocupado por las aguas desbordadas.

—¿Y por qué lo odia? —pregunté al cabo.

—Mire, hasta hace tres años Balbino Coronado era dueño de tierras, bien pocas por cierto, unas quince tareas, pero él las aprovechaba como nadie; las tenía sembradas de cuanto puede dar un conuco pequeño. Al parecer le había costado mucho trabajo adquirir esa pequeña propiedad. Estaba situada a la orilla del río, cerca de aquí, detrás de ese monte que se ve a nuestra espalda. Vino el Yuna crecido por este tiempo, dos años atrás, y le comió la tierra en una noche. Al otro día el conuco de Balbino Coronado era cauce del río y todavía pasa por ahí. El muchacho casi se volvió loco y para mí que desde entonces no anda bien de la cabeza.

La historia era curiosa. Quise saber más, y mi amigo me dijo que muchas veces había hallado a Balbino en el sitio donde había estado su conuco mirando con ojos desorbitados el majestuoso e indolente río.

—Hace un rato —explicó— cuando lo vi a usted quedarse extasiado a la orilla del Yuna, yo pensaba en Balbino, para quien el río no tiene nada de bello. Por eso le dije que cada cabeza es un mundo.

—Es raro —terminé yo por todo comentario.

Mi amigo chupó dos o tres veces su cigarro, miró hacia el cielo y habló algo de posibles lluvias; después se puso de pie.

—Vamos a dormir —dijo—. Mañana tiene usted que irse y debemos madrugar para arreglar el viaje.

Detrás suyo tomé el camino de la casa, y todavía desde la puerta contemplé un momento el dormido paisaje. Cruzando a toda marcha enormes nubes oscuras, la luna se entreveía en la altura. Antes de dormirme pensé un poco en Balbino Coronado. Extraña historia la suya. Lamenté no haberlo conocido antes; hubiera tratado de intimar con él, de estudiarlo; pero no lo pensé mucho porque me fui durmiendo rápidamente.

Muy temprano sentí voces cerca de mi habitación. Me levanté a toda prisa pensando que tal vez era tarde, y al abrir la puerta vi a Balbino gesticular airadamente al tiempo que decía cosas ininteligibles. Justo estaba frente a él y le miraba fijamente.

—Cálmate, Balbino —dijo.

Me acerqué a ellos. Con las manos clavadas en los hombros de Justo, el otro tenía los ojos desorbitados, luminosos e impresionantes; su faz era agresiva y al parecer Balbino padecía de angustia.

—¡Vuelve; le digo yo que vuelve! —aseguraba.

Se comprendía que estaba desesperado, pero yo no sabía debido a qué. Entre su aspecto y el de un loco no había

diferencia alguna. Mi amigo lo tomó por la cintura y se lo fue llevando de allí. Iban a salir ya del comedor cuando llegó la hija de Justo. Súbitamente Balbino se detuvo y bajó la cabeza. Con una voz dulcísima ella le increpó:

—¿Cómo es eso? ¿Es que no vas a hacerme caso?

Balbino no se movía. Yo me hallaba confundido y hubiera jurado que aquel hombre se había ruborizado.

—Vete a la cocina —ordenó con suavidad la hija de mi amigo— y que te den desayuno.

Silencioso y como humillado, Balbino se alejó sin alzar la cabeza. La muchacha le miró, después volvió los ojos al padre y movió las manos como quien lamenta algo.

—Sólo le hace caso a ella cuando está así —pretendió explicarme Justo.

—¿Así? ¿Qué quiere decir?

—Es la avenida. Cree que el Yuna va a crecer hoy.

—¿Crecer hoy? No me parece.

Justo sonrió.

—Usted no se va, amigo. Balbino nunca ha fallado en eso.

—¿Y qué tiene que ver mi viaje con el Yuna?

—¿Pero no se lo expliqué anoche? ¿Cómo va usted a cruzar ese río si se bota?

Hablando nos sentamos a desayunar. Los nietos de mi amigo charlaban y contaban episodios de los desbordes. A poco empezó a llover y no me fue posible poner un pie fuera de la casa. A través de la ventana vi el patio lleno de agua. La hija de Justo se adormecía con el canto de la lluvia.

—El pobre Balbino se vuelve loco de ésta —aseguró.

Molesto con el fracaso de mis planes, me fui a la habitación y estuve acostado hasta mediodía. A esa hora la lluvia parecía menos fuerte. Debajo del piso gruñían los perros y cacareaban las gallinas. Ráfagas de viento sacudían los árboles cercanos.

Todo el mundo en la casa demostraba cansancio y sólo el más pequeño de los nietos de Justo parecía contento por la proximidad de la inundación. Los peones que entraban de rato en rato no decían palabra y el ambiente estaba cargado de preocupación.

A la caída de la tarde la lluvia había cesado del todo. Yo estaba en la galería viendo cómo unos patos se solazaban en las charcas, cuando vi a Balbino entrar a saltos y cruzar ante mí sin darse cuenta de mi presencia. Con todo el pelo caído sobre la frente, más nervioso que por la mañana, con los ojos más fúlgidos, Balbino tomó a Justo por un brazo y le dijo:

—¿No oye como viene roncando ese maldito?

Justo le miró con seriedad.

—Deja eso ya —ordenó secamente—. Yo no oigo nada. Son cuentos tuyos. Además, Lucía está ahí y te va a regañar.

Balbino pareció impresionado; empezó a irse, pero de pronto se volvió.

—¡Y lo mato; si crece lo mato! ¡Le juro por mi madre que lo voy a matar!

La voz de Lucía se oyó en la sala y como si lo hubieran conjurado, Balbino echó a correr hacia los escalones, los bajó a saltos y se perdió en el patio. Yo pensé que estaba al borde de un ataque de locura.

La noche cayó rápidamente. Pasamos las primeras horas en la sala, hablando de temas variados. Cuando la familia se fue a dormir quise ver desde la galería el espectáculo de la naturaleza triste. Un cielo plomizo, como lleno de humo, clareado por la luna —a la que ocultaban nubes pesadas— se extendía agobiador sobre todo cuanto los ojos dominaban. En el patio brillaba a trechos el agua aposada.

—¿Quiere que bajemos a ver cómo está el río? —preguntó Justo.

Yo no tenía interés en ir, pero me sentía dispuesto a dejarme llevar. Tomamos un atajo que no era el mismo por el cual habíamos pasado la noche anterior; caminamos un rato largo, orillando la masa de árboles, y de pronto, en un recodo, nos sorprendió el horizonte amplio. Estábamos en un sitio sin vegetación, una especie de vasta playa guijarrosa. Allí curvaba violentamente el río, yéndose hacia el oriente, y desde nuestro lugar podíamos ver una llanura pelada que se extendía sobre la margen opuesta y que parecía terminar en lo que debían ser las primeras estribaciones de la Cordillera.

Del Yuna se elevaba un rumor sordo, que agobiaba como una amenaza. Aparentemente, el río era tranquilo en ese sitio. Desde donde estábamos la playa iba en descenso y dos metros hacia abajo el agua golpeaba con vago murmullo. La luz confusa de aquella noche se tendía sobre el paisaje. Los árboles que se alcanzaban a ver hacia la izquierda y la derecha lucían mustios, inmóviles, y despedían un brillo apagado. Silencioso y serio, Justo parecía vigilar la amplia masa líquida que susurraba a nuestros pies. De pronto me tomó un brazo y señaló hacia el recodo de donde surgía el río.

—¡Mire, mire! —dijo.

Yo traté de ver y no acerté a dar con lo que inquietaba a mi amigo.

—¡Mire, mire cómo viene el condenado!

Temblorosa de emoción o de miedo, su mano señalaba con mayor vigor al tiempo que la otra se clavaba en mi brazo. Entonces observé con detenimiento. De súbito creí oír un murmullo creciente, que iba haciéndose más fuerte por segundos. Atendí con toda la atención de que soy capaz. De golpe vi un lomo de agua parda que rodaba sobre el río y se lanzaba rugiendo en la que parecía plácida superficie; lo vi avanzar, descender y tornar a levantarse; lo vi hirviendo, arrojando espumas rojizas; lo vi rascar con furia las márgenes; lo

vi agitarse, sacudirse, encrespase como una persona poseída de un frenesí. Troncos y animales llegaban coronando una ola, y tras ésa llegó otra y después otra y a poco otra más. Ya el agua estaba a un metro de nosotros. Aquel líquido vivo empezó a esparcirse en la llanura que teníamos enfrente y a los pocos minutos todo el recodo donde se agitaban los pendones que crecen en las playas eran lecho del río, y los pendones iban desapareciendo rápidamente bajo el seguro avance.

Yo estaba asustado, lo confieso. Veía salir el agua del recodo y la veía adueñarse del lugar. Pensaba en la noche anterior, tan dulce, tan hechicera, y pensaba también en los campesinos a quienes la inundación arrebataría cerdos y reses y arrojaría de sus casas. Sin decir palabra Justo observaba, tan atento como yo.

Ignoro cuánto tiempo estuvimos allí. Mi amigo debió cansarse porque me pidió que nos fuéramos. Yo hubiera deseado contemplar un rato más aquel turbio paisaje que a mi juicio debía tener mucho parecido con los de los primeros días de la creación. La vaga luz lunar sobre la extensión ahogada, el sordo rugido del río y su golpear incesante en el barranco y el triste aspecto de la vegetación daban la impresión de que toda la naturaleza estaba empavorecida, así como la noche anterior me había parecido que hasta las piedras transpiraban paz.

Nos fuimos de allí oyendo el rumor amenazante. Justo iba hablando de lo que esperaba a la gente de las cercanías y nos aproximábamos a la casa eludiendo las charcas cuando de repente surgió de las sombras una figura humana que pareció confundida al vernos. Pero su confusión duró apenas segundos. En brusca arrancada, el que fuera echó a correr y los perros se lanzaron tras él, ladrando con vehemencia.

Durante un momento no supimos qué hacer. De pronto Justo se volvió, me sujetó por una manga de la camisa y gritó:

—¡Corra!

A seguidas emprendió una carrera loca tras la sombra que huía. Mi impresión fue grande. No acertaba a darme cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Corra! —tornó a gritar Justo.

¿Qué sentí? No fue valor ni deseo de luchar; lo sé, y no me engaño ni trato de engañar a nadie. Lo que tuve fue vergüenza de que a mi amigo le sucediera algo estando yo allí, y acaso miedo de verme solo en aquel lugar y en aquella noche fantasmal. Corrí también, corrí como quien huye de alguna amenaza; vi a Justo meterse en la oscuridad de la masa de árboles y le seguí sin saber por qué. Sentía el viento en mis oídos y los tenaces gritos de los perros me torturaban y me angustiaban. La sombra que perseguíamos cruzó por una pequeña zona de luz que dejaba un claro entre los árboles. Con increíble rapidez yo pensaba que el que fuera podía esconderse entre el bosque y esperar el paso de Justo para herirle a mansalva.

—¡Justo, Justo! —grité con la pretensión de advertirle que se cuidara.

Pero no me oía. Calculé que estábamos cerca del río, acaso a veinte metros. Se distinguía ya el rumor del agua, aquel sordo murmullo que levantaban las olas; y de súbito vi el Yuna a través de los troncos y vi la borrosa figura lanzarse al cauce blandiendo en la mano derecha un hierro que en la confusa claridad despedía reflejos siniestros.

—¡Justo, Justo! —Torné a gritar.

Pero ya era imposible que me oyera. La voz apenas me salía. Me ahogaba y el corazón quería salirseme del pecho. Los condenados perros se acercaban al agua y aumentaban su furioso ladrar. Otros perros contestaban desde los sitios cercanos. A pique de llegar a la orilla oí a Justo lanzar voces coléricas.

Y cuando, frío por el esfuerzo, agotado, casi a punto de caerme, desemboqué en el pequeño claro donde pensé que estaba Justo, vi en medio del agua a un hombre que se debatía

entre las oleadas y que lanzaba machetazos a la superficie del río. Lo que se distinguía de su rostro —la mirada brillante y el gesto duro de la boca— daba la impresión de que estaba poseído por una cólera que ningún hombre corriente podía sentir. Por encima del rugido del agua oía su voz.

—¡Maldito, río maldito! —exclamaba.

Desde la orilla yo llamaba a Justo a gritos. Otro lomo de agua se acercaba rugiendo a aquel hombre que se retorció y se agitaba en medio del Yuna. Vi el agua acercarse a él hirviendo, espumeando, enrollándose, mordiéndose a si misma. Aquella mole parduzca avanzaba de una orilla a la otra, y las piedras de las orillas saltaban como hojas y el barro se deshacía al contacto con aquella fuerza ciega. Vi el agua acercarse y vi el gesto de ira que endureció por última vez las facciones del hombre. Todavía alzó el machete una vez más, y un tronco que rodaba llevado por la corriente se interpuso entre él y mis ojos. Justo Félix, que había llegado a mi lado, gritó, haciendo rebotar el grito de orilla en orilla.

—¡Balbinooo... Sal, Balbinooo!

Pero Balbino no salió.

Cinco días después, cuando bajó la crecida, se vio que el cauce del río había cambiado y las quince tareas de Balbino Coronado habían quedado libres de agua y listas para levantar un buen conuco. Sin embargo, hasta donde me informaron, se quedarían sin dar fruto porque Balbino Coronado no tenía quien lo heredara.

MARAVILLA

La baja de la carne —por los días aquellos en que un toro de veinticinco arrobas valía veinticinco pesos— salvó a Maravilla del puñal del matarife, pero no pudo torcer su destino. El dueño llegó, le dio la vuelta estudiándolo detenidamente, le golpeó las ancas y dijo, mientras chupaba su cigarro, que era un crimen vender tan hermoso animal a ese precio; después se fue, cambiando opiniones con el viejo Uribe, y Maravilla empezó a mordisquear la grama con su calma habitual. Cuando el viejo Uribe volvió se plantó frente a la bestia y sin quitarle el ojo de encima se pasó largo rato con los brazos clavados en la cintura, la boca cerrada y la cara ensombrecida. Allí estuvo Uribe con sus piernas torcidas y sus hombros estrechos hasta que llegó el boyero Eusebio, a quien dijo, con cierta pesadumbre, que había que abrirle la nariz a Maravilla y que el dueño había dispuesto mandarlo a la loma.

—¿Pa'l arrastre? —preguntó Eusebio.

—Unjú —respondió Uribe.

Algo murmuró el boyero. Uribe se fue sin ponerle mayor caso. Ya había él pensado eso mismo y estaba de acuerdo con lo que dijera Eusebio sobre la belleza del animal y la pena de enviarlo al trabajo. Al cabo, ¿no era igual matarlo?

Eusebio salió a la amanecida de un lunes arreando a Maravilla. Eusebio temía que la gordura le hiciera daño y lo ahogara en la subida de la loma. Con su piel rojiza y su hermoso

cuello, Maravilla se veía fuerte y poderoso. Su conductor y él iban flanqueando el primer repecho de la Cordillera por el lado de San José; abajo, hacia el Sur, flotaban manchas de humo mecidas por el viento y entre las arboledas se extendía rápidamente un tono oscuro. Eusebio se detuvo un instante para contemplar la llanura y pensó que había escogido mal día. “De las doce pa’ bajo llueve”, se dijo.

El boyero Eusebio era muy viejo en esas andanzas para no saber con exactitud qué decían las señales del tiempo. Con toda seguridad llovería. El aserradero estaba bien distante y si le cogía el agua con Maravilla cansado iba a tener que encomendarse a todos los santos para llegar antes de la noche. Dispuso, pues, apurar al animal. Al principio Maravilla rompía en trote cuando oía la voz potente de Eusebio ordenándole más prisa, pero al cabo empezó a sentir cansancio y un golpe fuerte en el pecho, algo así como si el corazón le hubiera estado creciendo. El calor era agobiante y el poco sol que llegaba quemaba como una llama. Fatigado y respirando sonoramente, Maravilla logró ganar el firme de la loma.

En aquellos sitios sólo había pinos. Las negras raíces se extendían cruzando el camino y los enormes troncos, cubiertos de cáscara rugosa, se sucedían en desorden. Al pie de uno de ellos, babeando y cansado, se detuvo Maravilla.

Las manchas oscuras iban ganando las primeras estribaciones de la loma; a lo lejos se podía columbrar algún techo pardo y entre la confusión de las arboledas se distinguían los tonos claros de los potreros. Expandiendo las costillas a resoplidos, Maravilla quiso descansar mientras contemplaba el paisaje con ojos inexpresivos. Pero Eusebio veía acercarse la lluvia y opinó que debían seguir. Gritó dos o tres veces, y aunque Maravilla quiso complacerlo, no pudo. Estaba ahogándose; sentía el corazón pesado como una piedra y

apenas podía batir la cola. Eusebio perdió la paciencia, y con una larga vara que no había utilizado en toda la mañana aguijoneó el animal pinchándole las ancas. Maravilla saltó como si lo hubieran picado con una punta de fuego. El boyero volvió a clavarlo. Fuera de sí por el dolor, Maravilla echó a correr y su enorme cuerpo se balanceaba mientras sus pisadas resonaban sordamente. Profiriendo gritos, Eusebio le siguió.

La sospecha de que el hombre pudiera alcanzarlo y volver a causarle dolor enfriaba en sus venas la sangre del animal. Se sentía cada vez más asustado y sus propios pasos le causaban angustia. Favorecido por los desniveles del firme de la loma, anduvo a toda carrera hasta que el sol desapareció entre las nubes y el viento empezó a presagiar la cercanía de la lluvia. El boyero había dejado de gritar. Arremolinándose en las copas de los pinos, la brisa arrancaba hojuelas. El lugar iba tornándose oscuro y desagradable. Maravilla sintió de golpe la soledad. Ese sentimiento no era nuevo; él había sido siempre muy sensible a la tristeza de la lluvia. Pero entonces, en aquel sitio apartado, sin compañeros y con el recuerdo de los pinchazos, la tristeza le pareció mayor. Se detuvo y volvió los ojos en redondo buscando la presencia de algún toro o de alguna vaca. El viento tomaba fuerzas por momentos. Los pinos jóvenes se doblaban y gemían como seres vivos; el batir de las hojuelas llenaba el paraje de un rumor entristecedor. Maravilla perdió su calma habitual. El mismo Eusebio se había detenido y observaba aquellas señales de mal tiempo con evidente preocupación. Repentinamente asustado, Maravilla lanzó un mugido largo y doloroso.

—¡Cállate, condena! —gritó el boyero.

A seguidas, como si el animal le hubiera insultado, se puso a dar voces ordenando que siguiera y el desdichado Maravilla pudo notar en el brillo de sus ojos que se había puesto fuera de sí. Temeroso de algo malo, Maravilla echó a andar. Sólo el

miedo podía hacerle caminar. Estaba agobiado, con el pecho como lleno de aire, las ancas adoloridas y las rodillas duras. La furia del viento aumentó de golpe y el grito de los pinos azotados se hizo más fuerte. Y de pronto comenzó a llover. De los pinos caían gotas gruesas y al sentir las el animal perdió hasta el miedo que tenía; sólo le quedó su sentimiento de soledad y desamparo y empezó a mugir tristemente. Eusebio buscó el cobijo de un tronco y se dobló y se cubrió como pudo mientras Maravilla, batiendo la cola, mugía con acento doliente. Al fin, también Maravilla buscó abrigo al pie de un pino. Él y el hombre podían verse por entre el agua. Desde su lugar, Eusebio contempló la bestia, tan poderosa, tan fuerte, y volvió a sentir pena por el destino que le esperaba.

Cuando la lluvia cesó había caído tanta agua que durante horas estaría bajando por los flancos de la loma y llenando el camino. El barro era pegajoso y en algunos sitios las patas de Maravilla se metían casi hasta las rodillas en aquella pasta rojiza. Sin duda Eusebio quería ganar el tiempo perdido y por eso gritaba como un endemoniado. Hostigado por aquella voz Maravilla apuraba el paso, cuidándose de clavar bien las pezuñas. Antes de una hora se sentía cansado; le dolían las ancas y respiraba con dificultad.

—¡Echa, que horita llegamos! —gritaba Eusebio.

Y él “echó”. Todavía caían algunas gotas de agua rezagadas y los pinos se revolvían, llevados y traídos por el viento. De pronto Maravilla percibió un rumor sordo, como de río despeñándose.

—¡Para, para! —ordenó el hombre.

Al tiempo de decirlo se le puso delante y le pegó la garrocha en la frente. Con las patas y el vientre llenos de barro, molido, cansado, el animal se detuvo y miró en redondo. Eusebio señaló un camino que descendía a la derecha de

Maravilla, y éste vio que abajo, casi como si estuvieran a sus patas, había algunos bohíos y un rancho largo, cubierto de zinc, del cual salía humo.

—¡Echa! —tornó a gritar el boyero.

Empezaba a oscurecer. Con sus lentos ojos, Maravilla vio la bajada del camino, por el cual rodaba agua, y sintió miedo. El descenso era difícil, mucho más que la peor de las subidas, porque como él tenía las patas delanteras más cortas que las de atrás, sentía que todo el peso del cuerpo se le iba a la cruz y tiraba de él hacia adelante, como queriendo desricarle de cabeza. Lleno de hoyos, de piedras, de lodo y de raíces, aquel sendero le parecía a Maravilla la peor prueba de su vida. Por momentos volvía los ojos al boyero pidiéndole que lo dejara allí, que no lo mortificara más con sus gritos. Quería descansar, echarse a rumiar, dormir un poco. Oscurecía rápidamente. Maravilla adelantaba con suma cautela, afirmando cada pezuña en terreno sólido. Correteando arriba, sin tirarse a las profundas zanjas del camino, sujetándose a los troncos y gritando sin cesar, Eusebio blandía su garrocha sobre los ojos del animal. Enloquecido por el tormento, Maravilla se puso a mugir, y su mugido era casi un grito de angustia. No podía más. Veía los bohíos y distinguía ya algunos hombres que saltaban sobre los pinos cortados; los veía y pensaba que jamás podría él llegar allá abajo. Desde el fondo del hoyo subieron ladridos de perros y voces agudas.

—¡Echa! —gritaba Eusebio sin cesar.

Pero Maravilla resolvió no “echar” más. Volvió los ojos a Eusebio, le miró largamente, y decidido a soportar lo que le llegara dobló las patas delanteras y se recostó en el lodo; pareció recobrar de golpe su acostumbrada placidez y se puso a ver, por entre los pinos, las lomas más cercanas. El boyero lanzó un grito agudo.

—¡Condenao! —rugió—. ¡Arriba, maldecío!

La bestia hizo como si no lo oyera, lo cual llenó al hombre de cólera. Blandiendo la garrocha le asestó varios golpes en el espinazo y después empezó a clavarle la punta en las ancas. El animal sentía aquel clavo como un punto de fuego, pero prefería ese tormento al de seguir andando. Eusebio perdió completamente la cabeza; los ojos le enrojecieron como brasas, saltó al camino y comenzó a golpear a Maravilla en las costillas, dándole con el mango de la garrocha; después le pegó con pies y manos. Los gritos del boyero eran insufribles. Estaba como loco y llegó a pensar en saltarle un ojo a aquella bestia incommovible, pero en fin decidió hacer algo más práctico: le tomó la cola, se la dobló por la mitad y apretó con todas sus fuerzas. Maravilla sintió de pronto un dolor tan agudo que perdió la vista y creyó que iba a morir. Mecánicamente se paró. De poder hacerlo hubiera gritado como los seres humanos. Aquel dolor insoportable le había dejado sin fuerzas. Eusebio volvió a tomarle la cola, y temeroso de que repitiera su crueldad, Maravilla echó a andar. No tenía ya voluntad. Sólo el miedo lo empujaba y se movía como un madero arrasado por la corriente de un río. Fue bajando la pendiente poco a poco, mugiendo con tristeza. El ruido de la brisa entre los pinos, el del agua que rodaba y el que subía del fondo le atontaban más. Pensaba en el potrero y recordaba los días en que fue castrado.

Llegó, al fin, metida ya la noche y levantando un vuelo de ladridos. Eusebio le hizo entrar en un corralejo y vio perros acercársele con los dientes desnudos; se echó en un aserrín caluroso y al mismo tiempo húmedo, y su cansancio era tal que durmió hasta la madrugada.

Por la mañana hubo sol y la bestia pudo darse cuenta, observando lo que le rodeaba, de que estaba en un aserradero. Había por todas partes troncos de pinos; algunos hombres sacaban parejas de bueyes enyugados y se iban con ellos. Del

lado opuesto a aquel por donde había llegado Maravilla corría un río. Justamente encima del río, acaso a quinientos metros de distancia, la loma estaba calva, sin un árbol, y mostraba su entraña rojiza. Maravilla vio que algunas parejas de bueyes llegaban al calvero y que dos hombres golpeaban los troncos que arrastraban los bueyes; los troncos se desprendían, resbalaban por una zanja profunda que caía a tajo sobre el río, y formando un estrépito infernal rodaban haciendo saltar piedras y barro, y pegaban en el agua, de la cual se elevaban columnas de espuma. El río se remansaba en ese punto, pero inmediatamente volvía a correr llevándose los troncos. Varios hombres armados de varas terminadas en hierros curvos saltaban de tronco en tronco y los iban empujando y ordenando para que no se amontonaran. Los cantos de aquellos hombres y los gritos de los boyeros que desde arriba pedían atención se confundían con el rumor del agua, el ruido de la tierra y los ladridos de los perros. Un humo oloroso a madera se elevaba continuamente de una chimenea. Algunos mulos esperaban que acabaran de cargarlos; les amarraban tablas en los lados y salían a trote ligero, arreados por los recueros, que gritaban y hacían restallar sus foetes. Maravilla trató de dormir, pero el ruido no lo dejaba. No se movió, sin embargo. Estuvo allí toda la mañana, y los chicos —también algunos que no lo eran— se acercaban a mirarle y a decir su nombre en alta voz. Con su mirada noble, Maravilla los observaba mientras rumiaba con lentitud.

Bien entrada la tarde lo sacaron del corralejo y lo llevaron junto a un viejo buey negro, de ancas peladas y cuernos rugosos, que estaba en mitad de una explanada y que tenía aspecto penoso. Aquel huesudo compañero parecía agobiado por los años. Excepto la quijada, nada se movía en su cuerpo, ni siquiera la cola, por mucho que las moscas se posaban en las llagas que le había formado la garrocha. No se movió tampoco cuando pusieron a su lado a Maravilla. Maravilla se impresionó

cuando trajeron un yugo que colocaron en su cabeza y en la del viejo buey. Sintió que amarraban el yugo a sus cuernos, pero no intentó impedir la operación. Se quedó quieto un rato y no comprendió de qué se trataba sino más tarde, cuando quiso moverse y observó que no podía hacerlo ni podía mover la cabeza. Así, en ese estado, le hicieron andar. Todo el resto de la tarde tuvo que pasarlo aprendiendo a soportar el yugo, a parar en seco, a recular. Le dolía el pescuezo y debía estar atento a la menor presión de su compañero o a la voz del boyero. Dar la vuelta, lo cual se hacía girando sobre las patas delanteras, le parecía un tormento infernal.

Aquello duró varios días, pero al fin se acostumbró al yugo, al ruido de la sierra, a los silbidos de las máquinas, al estrépito de los troncos que caían, a las voces de mando. Y un día —una clara mañana de junio— Maravilla fue sacado con su viejo compañero y llevado a la loma. Le hicieron caminar horas y horas por entre pinos, por bajadas y subidas, por lugares donde las hojas caídas hacían el suelo resbaloso y por otras donde las piedras golpeaban sus patas. El sol penetraba en todas partes y la brisa hacía sonar dulcemente la loma. Sin duda el día era bello, pero Maravilla no podía apreciarlo porque iba sometido al yugo, con la cabeza baja, sin poder moverla. A su lado, calmoso y triste, caminaba lentamente el viejo buey negro, ducho en sufrimientos. Anduvieron larga distancia y al fin llegaron a un claro donde reposaban troncos enormes de pino a los cuales habían quitado la corteza para que resbalaran fácilmente sobre el camino. Cuando Maravilla y su compañero llegaron allí oyeron a dos hombres saludar alegremente al boyero que los conducía.

—Vamos a ponerle este tronco, que es de buen tamaño—dijeron.

—No —opinó el boyero—, Maravilla es nuevo y hay que ponerle carga liviana.

Los otros protestaron que nada importaba eso y al cabo de una ligera discusión se acordó que yendo con el Negro no había miedo de que Maravilla no pudiera cargar pesado. Mientras los hombres discutían los animales reposaban a la sombra de los pinos. El sitio era plácido. La brisa danzaba suavemente y alguna avecilla —muy raras en esos parajes— saltaba y piaba arriba.

Pero el descanso no fue largo. Los hombres escogieron un tronco enorme y en el extremo más grueso, justamente en el corazón, le clavaron una especie de gran púa. Utilizaban una mandarria y sus golpes resonaban multiplicándose de árbol en árbol hasta perderse a lo lejos. Una vez terminada esa faena llevaron a los bueyes junto a la cabeza donde habían clavado la púa, pusieron en ésta una cadena y colgaron la otra punta de la cadena en una argolla que llevaba colgando el yugo. Maravilla oyó el tintineo de los hierros y temió que iba a empezar de nuevo algo desagradable.

Así fue, por desdicha. El boyero gritó hasta cansarse, le clavó la garrocha y le hizo andar. A su lado, como una sombra, con paso seguro, iba el Negro. Maravilla procuraba mantener la cabeza baja porque el peso del tronco tiraba de él hacia atrás. Le ardían los nacimientos de los cuernos, quemados por las sogas. Lentamente, con mucho trabajo, los animales fueron saliendo a un camino formado por huellas de pinos arrastrados. El tronco se rodaba hacia adelante en los desniveles y golpeaba en las patas de Maravilla. Delante, dando gritos, saltaba el boyero.

Molesto, acalorado, resoplando, Maravilla veía que el camino se alargaba dos horas, tres horas, hasta que le pareció oír el ruido de las sierras. Por otros caminos descendían parejas de bueyes que, igual que ellos, llevaban troncos. Faltaba poco para la caída de la tarde y el sitio iba cobrando un aire amable. El sol no tardaría en hundirse en la llanura distante. Arreados

por su boyero, Maravilla y el Negro se acercaban al calvero. Otra pareja estaba ya allí. Con las patas afincadas en la tierra, inmóviles, los dos bueyes esperaban que soltaran la cadena. Maravilla vio cómo lo hacían, y vio de pronto levantarse la punta del tronco como si éste estuviera manejado por un brazo gigantesco; oyó el estrépito que hacía el pino pegando contra el declive y luego el golpe en el agua seguido por gritos de hombres. La pareja de bueyes quedó allí todavía medio minuto, como clavada, acaso asustada. Al fragor de la caída, los dos bueyes abrieron los ojos y después empezaron a caminar con lentitud.

Lleno de recelo, Maravilla oyó la voz del boyero animándoles a él y al Negro a acercarse. De su lado —el derecho— no había nada entre sus patas y el abismo. Un ligero movimiento, un descuido fugaz, y sus pezuñas resbalarían. Al ver allá abajo hombre y troncos confundidos con el agua, Maravilla empezó a temblar. Con la mirada vidriosa, con las patas vacilantes, frío de miedo, fue andando pulgada a pulgada. La voz del boyero le enloquecía. Sentía a su lado al compañero, confiado, tranquilo, hecho desde hacía años a ese peligro, y no se explicaba por qué tenía una respiración normal cuando la suya le hacía estallar las costillas.

De pronto sintió que su pata trasera derecha resbalaba, que la tierra se deshacía bajo ella. El boyero gritó con un alarido agudo y torturante. Maravilla quiso saltar y sintió que no podía. Durante un segundo su corazón se detuvo y su sangre se heló. Tembló más. Inesperadamente, el pito de la sirena estalló abajo, penetró en el bosque, sacudió los pinos y paralizó la vida de Maravilla. Fue un segundo, un solo segundo mortal. Enloquecido, el animal quiso huir, escapar al yugo, al terrible instante. Su pata batió el aire y, abierto de ancas, la sintió rodar por el abismo hasta que él pegó con el vientre en la tierra. Mugió, lleno de pavor y de dolor. El pesado tronco

se fue cargando de lado, moviéndose con cruel lentitud, y Maravilla sentía ese movimiento y comprendía a qué conducía. Pero luchó; clavó las tres pezuñas restantes, las afincó furiosamente, restregó el hocico contra la tierra. Una fuerza descomunal tiraba de su cabeza hacia arriba y él sabía que si le daba a esa fuerza la menor ventaja, quedaría desnucado. Hizo un esfuerzo desesperado y sus ojos se llenaron de sangre, se le hinchó el pescuezo, se le crecieron las venas del vientre y los músculos de las ancas y los muslos le quedaron en relieve. A su lado, silencioso y obstinado, el Negro se mantenía firme, con una de las patas traseras apoyada en una raíz tirando también su cabeza hacia abajo. Asustado hasta la palidez, el boyero corría de un lado a otro dando voces.

Allá abajo alguien llamó la atención y la gente empezó a murmurar. Corrían de todos lados y se agrupaban a ver la escena. Los perros ladraban y esos ladridos atormentaban a Maravilla. Éste luchaba con su destino en aquel calvero y desde abajo se le veía librando la batalla por su vida.

Poco a poco, con lentitud espeluznante, el pino iba rodando y saliéndose hacia el abismo. Maravilla sintió que perdía la vista, que entre él y la tierra se interponía una mancha de sangre. No podía respirar; le faltaba el aire y su corazón debía estar creciéndole por segundos. Crujieron las sogas del yugo y la cadena. Maravilla oyó resoplar al Negro y le pareció que también pateaba, que también iba cediendo. La fuerza que tiraba de su cabeza era cada vez más poderosa. Un poco más y aquello iba a decidirse.

—¡Suban para aguantar el tronco; que suban para aguantar el tronco! —gritaban de abajo.

El tronco se movió, se hizo más pesado, se agitó como un péndulo, y la cadena quedó tan templada que chirrió. La pezuña de la pata trasera izquierda de Maravilla, que hasta entonces había estado fija, comenzó a rodar, a resbalar, a

deshacer la tierra. El peso aumentó hasta lo indecible. La bestia perdió la vista durante unos segundos y su corazón pareció estallar.

De abajo vieron como un ligero movimiento decidió la lucha en favor del tronco. En un instante las cabezas de ambos bueyes se movieron, se alzaron; sus patas delanteras batieron el aire y se vio a las dos bestias resbalar, empujadas por el tronco, que saltó pegando con un extremo en un saliente del declive y se lanzó luego al vacío en una mecida gigantesca. Golpeando contra las piedras y las raíces, Maravilla y Negro rebotaron, ensangrentando la zanja, y cayeron con estrépito. Los hombres vociferaron. Allá arriba, pálido, el boyero buscaba un sendero para bajar.

De pronto un hombre de ojos autoritarios corrió desde el aserradero y hendió el grupo de gente con los brazos.

—¡Corran —ordenó con voz estentórea— y saquen esos bueyes, que su carne sirve todavía!

Los de varas largas corrieron en dirección de Maravilla y del Negro saltando sobre los troncos que iba arrastrando el agua y otros fueron en busca de machetes y cuchillos mientras los perros aullaban de alegría pensando en un próximo festín.

Al caer la noche la carne de Maravilla estaba lista para ser enviada a las carnicerías de la comarca. Fue así como se cumplió su destino, a pesar del bajo precio de la carne, que por esos días era una miseria.

EL DIFUNTO ESTABA VIVO

La atmósfera del juicio se cargó más cuando Jesús Oquendo, peón de obras públicas y testigo presencial, dijo con toda seriedad:

—Lo que pasa es que el difunto ‘taba vivo.

—¿Cómo? —preguntó el juez, intrigado y al parecer de mal humor.

—Sí, yo lo vide y él fue el matador.

Entonces en la concurrencia empezó alguien a reírse. El propio fiscal soltó una carcajada, y cuando el juez alargó el brazo para coger la campanilla, en medio de las risas que se extendían por toda la sala resonó una voz enérgica, de tono angustiado, asegurando a gritos:

—¡Sí, estaba vivo; yo puedo asegurar que estaba vivo!

La sala —público, funcionarios, jueces— se llenó de estupor. El juez se quitó los lentes y miró con detenimiento y disgusto al que había gritado; igual que los del juez, todos los ojos se clavaron en él. “Él” era un hombre joven, bien parecido, arrogante y sin embargo de aspecto triste; se hallaba en medio del público y todo el mundo sabía que había sido el ingeniero jefe de las obras. El asombro era completo, ¿pues cómo podía nadie explicarse que un ingeniero asegurara tal cosa? Además, desde que empezó la instrucción del sumario el ingeniero había negado conocer las causas de los hechos, a pesar de que fue él quien recogió el cuerpo herido de Felicio.

A eso se refería el juez cuando preguntó despaciosamente:

—¿Y cómo se explica que ahora —y recalcó esta palabra— sepa usted tanto?

—Porque sólo ahora he comprendido la causa oculta de cuanto ocurrió —respondió sin titubear el ingeniero.

El juez se volvió al secretario; los dos cambiaron palabras en voz baja y luego consultaron al fiscal. El abogado acusador se había quedado mudo e inmóvil. Al cabo de largo rato de confusión, de movimientos y cuchicheos, el juez hizo sonar la campanilla y pidió al ingeniero que dijera cuanto supiera. La expectación en el público era tal que nadie se quedaba tranquilo en su asiento.

El ingeniero empezó con este extraño exordio:

—El honorable señor juez tiene que ser benévolo y permitir todas mis disquisiciones, por alejadas que parezcan del asunto, pues cuanto voy a decir aquí es importante para conocer la verdad. Al principio creía que el culpable era yo por haber cedido a las peticiones del sargento. Yo pude haber trazado la carretera por otro sitio; el terreno es llano, de igual grado de humedad en todo el valle hasta llegar al poblado, y las dificultades de desagüe son las mismas en el centro que en cualquiera de sus orillas. Además, la gente del lugar, que no está enterada ni de estos particulares ni de la petición que me hizo el sargento, ha estado considerándome responsable de la tragedia e incluso un degenerado incapaz de respetar el reposo de un muerto. Esta circunstancia dificultó mucho mi situación y me impidió conocer el origen de los hechos, pues lo que yo me preguntaba hasta atormentarme era por qué el viejo Felicio reaccionó de tal manera si el difunto don Pablo no era de su sangre. Pero cuando habló el testigo Jesús Oquendo comprendí toda la verdad; es que don Pablo no había muerto.

—¿No puede el testigo ceñirse a la exposición de los hechos que presencié? —interrumpió el juez.

—Sí y no; pues los hechos que presencié carecen de valor si se desconocen otros, y debo hablar de esos otros. Esta historia, señor juez, tiene dos inicios, uno reciente y otro lejano. El reciente empezó cuando el sargento Felipe fue a verme para pedirme que desviara la carretera haciéndola cruzar por el cementerio; el lejano, cuando llegó al lugar por vez primera don Pablo de la Mota. Si no puedo referirme a ambos, es mejor que no hable, señor juez.

La sensación de intriga que había en la sala del juicio al terminar el ingeniero estas palabras era tan densa que el propio juez se había dejado ganar por ella. Así, el ingeniero pudo explicarse sin límites. He aquí un resumen de cuanto dijo:

Resulta que el sargento Felipe tenía un poco de tierra más allá del cementerio; propiamente, entre éste y el pueblo. Dos veces ya había pedido al ingeniero que desviara la carretera a fin de que pasara por esa tierra. Para complacer al sargento era forzoso cruzar el cementerio, pues no podía, sin exponerse a investigaciones y reprimendas de sus superiores, trazar una curva innecesaria y, además, cerrada. Y si la carretera cruzaba el cementerio, era inevitable que la cuneta derecha pasara a todo lo largo de la fosa de don Pedro de la Mota.

—Habría que quitar esa cruz y sacar de ahí los huesos, si todavía duran —dijo el ingeniero a unos peones.

Ahora bien, la mayor parte de los peones era del lugar, de ahí que poco tiempo después el viejo Felicio estaba enterado de todo. Esa misma tarde el ingeniero recibió su visita. Era un anciano casi ciego, bajito, de piel oscura, encanecido, tar-do para hablar. Sentado en la silla del acusado, frente al juez, permanecía tranquilo y la gente se movía para verle. Según explicó el ingeniero, al visitarle fue muy respetuoso, pero firme. Estaba temblando, y aunque el ingeniero creyó que eso

se debía a sus años supo después que era a causa de la ira. Explicó que remover los huesos de don Pablo de la Mota lloraría ante la presencia de Dios; que el difunto descansaba ahí con todo derecho, porque él mismo había dedicado esas tierras a cementerio, y que mientras él, Felicio, estuviera vivo, no consentiría que lo dejaran sin sepultura. A todas las explicaciones que le dio el ingeniero contestó obstinadamente con las mismas razones que había expuesto en el primer momento. El ingeniero creyó que iba a perder la cabeza.

—Pero señor —dijo—, ¿a mí qué me importa lo que usted siente o deja de sentir?

—¿Que no le importa? ¿Usted se atreve a decir que no le importa lo que siente un hombre? ¿Y no le importa tampoco el reposo de un difunto? —preguntó Felicio, con el acento de una persona que está a punto de perder la razón.

—¡No, no me importa! —gritó el ingeniero, fuera ya de sí.

—¡Antonces máteme, máteme agora; quiero morirme antes que ver los güesos del difunto don Pablo sin reposo!

A todo esto los obreros de la obra habían dejado de trabajar; oían y miraban, y el ingeniero comprendió que no tardarían en sentirse irritados. Casi toda era gente del lugar y quién sabe lo que empezarían a pensar. ¿No habría en ese cementerio familiares de esos hombres enterrados?

—¡Llévense a este viejo de aquí, pronto! —ordenó a voces; y después se fue a pasos largos, disgustado consigo mismo.

Ya en el pueblo cometió un error. Se puso a beber y lo hizo con exceso. Estaba borracho cuando el sargento entró en la pulpería, y aunque lo razonable hubiera sido que los tragos le dieran por pelearse con el sargento —pues a él se debían sus trastornos morales—, se sometió al ron, que no acata razones, y acabó abrazado al militar. A eso de las nueve de la noche el ingeniero y el sargento reían a carcajadas, eran los amigos más grandes en todo el país y hablaban horrores del difunto y de Felicio.

—Desenterramos los güesos y los enterramos otra vez junto con el viejito ese —decía tartamudeando el sargento.

De pronto empezó a apostrofar al dependiente, a pesar de que el muchacho no respondía ni una sílaba.

—¡Sinvergüenza! ¿Usté se atreve a decir que mi propiedad no vale más que los güesos del difunto, eh? ¡Manque no lo diga lo 'tá pensando! ¡Dígalo pa' que vea cómo se muere un hombre, pedazo é sinvergüenza! ¡Atrévase a decir que esos güesos valen más de trescientos pesos!

Eso era verdad, pues los restos de don Pablo de la Mota no valían trescientos pesos; no valían nada en dinero. Ahora bien, también era verdad —aunque eso no podía saberlo el dependiente— que si los huesos no hubieran estado allí nadie hubiera dado veinte pesos por la tierra que el sargento le había quitado a doña Masú Pérez. El sargento había obtenido esa propiedad a cambio de dejar tranquilo al hijo de la señora, un muchachón medio loco que tenía deudas con la justicia por cuenta de cierto lío de faldas. Si la carretera lo cruzaba, el terreno subiría de valor.

—...Y como yo necesito ese dinero, que boten al viejo de ahí —explicaba el militar entre eructos, mientras abrazaba al ingeniero.

—Si todavía está ahí —añadió éste—, pues es probable que ya no haya ni huesos. El terreno es muy húmedo —añadió a manera de explicación.

Pero como pudieron ver todos el día siguiente, la osamenta de don Pablo estaba entera. El viejo era tan duro bajo la tierra como había sido sobre ella.

—Al ver aquel esqueleto en el fondo de la tumba sentí lo degradante que había sido mi conducta. No debí haber accedido a la petición del sargento, aunque eso me hubiera costado el cargo; no debí haber bebido la noche anterior; no debí haber tratado tan groseramente a Felicio pues el anciano

respetaba la memoria del muerto como debí yo respetar su descanso eterno.

Así habló el ingeniero ante el juez; e inmediatamente empezó a explicar por qué Felicio, que se hallaba en la obra junto con los peones cuando abrieron la vieja fosa, estaba tan vinculado al recuerdo del difunto. Ésa era una historia antigua, pues Felicio había entrado a trabajar con don Pablo cuando apenas tenía veinte años. Don Pablo era ya hombre de más de cuarenta y reinaba como dueño absoluto en todas aquellas tierras.

En esa época había pocos bohíos; ahora hay un pueblo, y para comunicarlo con Jarabacoa y La Vega se hizo la carretera; pero según pudo averiguar el ingeniero, cuando don Pablo lo vio por vez primera, toda la llanura, desde las lomas de Río Grande hasta las del Tíreo —un valle triangular entre montañas— era monte salvaje, donde no entraba el sol. Don Pablo llegó acompañado de un peón, contempló el hermoso y agreste panorama y volvió a irse por la ruta del Sur, abriendo él mismo lo que años más tarde iba a ser el camino de San Juan. Regresó meses después, con tres peones y una negra cocinera llamada María.

Nadie supo jamás de dónde había salido don Pablo. Se estableció allí y con el tiempo era dueño de potreros, siembras de tabaco y caña, de varios conucos, reses, caballos y mulos. Durante mucho tiempo vivió aislado, sin trato con personas que no fueran sus peones y la cocinera. Al cabo de largos años de vivir entregado al cuidado del desmonte y a levantar sus potreros bajó un día a Tíreo, conoció una muchacha y se la llevó. Antes del año empezó a tener hijos, y todos fueron varones.

Para los días de la guerra con los españoles el hombre estaba metido en familia, lo que no le impidió asegurar cierta noche, asombrando a quienes le oían, que tal vez se fuera a

soltarles sus tiros a los extranjeros. No lo hizo, y esa fue la única cosa que dejó sin hacer después de haberla anunciado.

A raíz de la paz murió la mujer de don Pablo. Él no la lloró ni lamentó su falta con una sola palabra; pero desde entonces se hizo más esquivo y silencioso. Poco después murió también la negra María. Los hijos y los peones esperaban que alguna otra mujer reemplazaría por lo menos a la cocinera; pero don Pablo ni siquiera mencionó la posibilidad de hacerlo. Los hijos tuvieron que atenderse solos y acostumbrarse a asar ellos mismos los cerdos cimarrones o los becerros que mataban. Don Pablo comía con ellos. Desde lo alto del caballo señalaba el pedazo que debían asarle; sin apearse del caballo se lo llevaba a la boca y con él en la mano se iba tras la peonada a vigilar el trabajo.

Criados como salvajes, los hijos de don Pablo se dieron agresivos. Era frecuente que algún vecino del Tíreo se acercara al viejo para darle quejas de los hijos.

—Ezequiel se metió en la propiedad y me mató un puerquito, don.

—Don Pablo, meta a sus muchachos en cintura, que ayer me tumbaron una palizá.

Aunque casi nunca respondía a quienes le iban con esas acusaciones, don Pablo sentía disgusto por el comportamiento de sus herederos; los llamaba, se quedaba mirándolos y les daba un bofetón o les echaba un “ajo”. Un día se cansó de oír quejas. Al que le fue a dar una le respondió:

—Los hombres son para entenderse con los hombres. Si el muchacho lo embroma, mátelo y tíreselo a los perros.

La gente del Tíreo le tenía respeto a don Pablo y murmuraba que un señor que decía esas cosas debía andar mal de la cabeza.

La verdad era que aquel personaje resultaba impenetrable. Jinete en un caballo flaco, se pasaba los días de sol a sol

atendiendo a la siembra, a la producción del melado, a las reses o al remiendo de palizadas. De tanto andar al sol tenía la piel oscura y su bigote y su pelo blanco resaltaban sobre el color pardo de la cara, aumentando la energía que denunciaban sus facciones.

De año en año don Pablo bajaba a San Juan a vender andullos, cueros de reses o melado. Cuando volvía de uno de esos viajes, al cabo de diez o doce días de andar por lomas y caminos infernales, llegaba tan silencioso como si no hubiera ido a parte alguna; respondía a los saludos de los peones con un movimiento seco de la mano; muchas veces seguía en el mismo caballo dirigiendo los trabajos y sólo en la noche pisaba la puerta de la casa.

Cuando llegó al lugar la noticia de la guerra de los Seis Años empezaron los hijos a cuchichear entre sí y a formar grupos con los peones. Don Pablo notaba la rara actitud de sus hijos y callaba. Un día desaparecieron los tres mayores con cinco de los trabajadores y ocho animales de silla y dejaron dicho que se iban a la frontera del Sur. A partir de entonces se agrió el carácter de don Pablo. Cuando algún caminante contaba en la noche relatos de la guerra o cuando algún peón de los que bajaban al Tireo llegaba con noticias de la frontera, don Pablo se ponía a escuchar, pero haciéndose el que atendía a otra cosa. No nombraba nunca a sus hijos.

Otro día desaparecieron dos más. Se llevaron cuatro caballos y dos peones. El viejo no salió de su casa, pretextando que llovía. Empezaba a notarse en su rostro el paso de los años, y al tiempo que se le descarnaban las mejillas y las sienes, el pelo del bigote se le hacía más blanco, más erizado el de las cejas y más escaso el de la cabeza. El día de la fuga de los muchachos el viejo estuvo, por primera vez en su vida, una hora sin moverse de una silla; ese día, también por primera vez en su vida, posó su mano en la cabeza de uno de los dos

herederos que le quedaban. Fue en la de Remí, el menor, que tendría entonces quince o dieciséis años, y el joven Remí pudo ver cómo una leve sombra de ternura apagó durante un instante el fulgor de los ojos de su padre.

Meses más tarde ocurrió una tragedia; un toro cimarrón le mató al mayor de los dos hijos que le quedaban. El peón que llevó la noticia llegó ahogándose y lívido.

—Sí, don Pablo; yo ‘taba con él y lo vide. Por esa loma anda el maldito con las tripas de Merardo entre los chifles.

El viejo se levantó de golpe y pareció que los huesos de la cara querían salirse de la piel.

—¿Cómo? —preguntó.

Sin esperar respuesta entró en su aposento, se amarró un pesado sable, tomó una antigua tercerola que nunca usaba y ordenó al peón que entramojara los perros. Se le podían oír las lágrimas por dentro.

—¡Vamos! —mandó.

Silenciosos y llenos de respeto, los hombres le vieron coger el camino de la loma y durante cuatro días no supieron palabra ni de él ni de su peón.

Al cuarto día de ausencia, ya metida la noche, les vieron volver. Don Pablo entró mudo, y se le podía ver en el rostro la enorme fatiga moral que padecía. Ante el silencio de todos su peón contaba en la enramada:

—Pasaba un animal cerca y lo dejaba seguir. No más me preguntaba: “¿Ése?” Pero yo conocía bien al maldito. Era joco en negro y tenía una oreja gacha. El viejo y yo sube repecho, baja barranco, busca aquí, busca allí. Veníamos a comer en la noche, como quien dice, con algún puerquito que se arrimaba; pero el viejo ni an tentaba la comida. Ayer, casi al caer el sol, asunto yo a los perros orejones y cantando. Jum... Me malicié que era el condena; me lo dijo el corazón. ¿Y pueden creer que era él? El viejo ni an resollaba. Soltamos los perros y

al rato asomó el toro los chifles por un claro. “Aguáitelo ahí, don Pablo; ése es el maldito”, grité yo. El viejo parecía como descuidado; pero se viró en un repente y... ¡tuá! ¡Le partió una pata de un tiro! El animal pegó un grito y bregó por alevantarse, pero llegó el viejo, que ‘taba como tembloroso: ¡tuá!; el otro tiro en la otra pata. Yo no sabía que don Pablo tenía tanto pulso. No más se veía ese toro dando vuelta y vuelta sobre las patas partías. En eso yo me le fui arriba al animal, y don Pablo me atajó y me dijo que me quitara, que no me atreviera a acercarme. Echaba candelita por los ojos, créanmelo. Ahí mismo salió en carrera, le agarró un chifle al animal y le cayó a machetazos por la cara. El toro fuetiaba la tierra con el rabo y pegaba unos gritos que partían el corazón.

El peón arrugaba la cara y los otros le oían en silencio mientras arriba, batidas por la brisa, iban y volvían sin descanso las llamas de un pedazo de pino encendido que habían amarrado a un espeque.

—Asina —seguía la voz— tuvo el viejo un rato largo; después parece que se cansó, cogió el sable y se lo metió entero al animal. El pobre toro boquiaba entre tanto tormento, y todavía boquiaba cuando el viejo lo dejó. Don Pablo ‘taba embarrao en sangre de arriba abajo y me dijo que cogiera el camino. Dende que salimos no ha dicho ni jota. ‘Tá como si se le hubiera caído la lengua.

Así, como si se le hubiera caído la lengua crecía Remí, el último de los hijos, llamado a morir en brazos de Felicio. Hablaba poco, como el padre, pero era más afectuoso. Aunque nunca el viejo y él cambiaban una prueba de cariño se sentía el afecto que los ligaba y algunos peones sorprendieron más de una vez a don Pablo con los ojos puestos en las últimas vueltas del camino cuando Remí hacía un viaje y se demoraba más de lo normal.

Un día Remí abrazó a dos de sus hermanos que volvían de la frontera. Tuvo un alegrón tan grande que no pudo disimularlo; el viejo, en cambio, apenas los saludó. Los hermanos mostraban cicatrices y barbas, y durante muchas noches los peones se reunieron en la enramada para oírles relatos de la guerra. De los otros hermanos no sabían palabra y ni siquiera los mencionaban. En cierto momento don Pablo fue a llamar a uno de ellos y el nombre que le salió a los labios fue el del mayor, que acaso a tal hora estaba enterrado allá en el Sur. Cuando Remí se volvió notó una vaga palidez en las mejillas de su padre y un brillo doloroso en sus ojos.

Los hermanos volvieron a trabajar y su vida se deslizaba en el sitio como si nunca hubieran abandonado aquel paraje. Pasaron seis meses, ocho, diez... Un día, por fin, llegó alguien con una queja, y poco a poco, igual que antes, empezaron las querellas con los vecinos distantes. Con los ojos inyectados en sangre, las barbas negras y crespas, jinetes en buenos caballos, los dos endiablados hijos de don Pablo recorrían los confines del sitio buscando pelea, y como la gente de los contornos sabía de lo que eran capaces, los dejaba hacer, temerosa. Uno de ellos anduvo enamorando a una joven del Tíreo y ella no le dio oídos. El galán decidió ver al padre de la muchacha, y allá se fue con su hermano. El padre trató de esquivar el problema diciendo que él no podía obligar a su hija a ser la mujer de un hombre que no le gustaba, y los hermanos contestaron con un ultimátum en regla: o les daban la prenda de ahí en tres días o ellos irían a buscarla como hombres, se la llevarían y después darían candela al bohío.

Así lo hicieron. Una noche se presentaron en la casa, cada uno armado de sable y carabina. El padre de la muchacha había preparado a sus familiares y peones, y cuando los asaltantes, sin apearse de los caballos, con las cabezas de los animales metidas en la casa, dijeron que iban a buscar “lo

suyo”, recibieron en respuesta el ataque de los asaltados. Los hijos de don Pablo no eludieron la pelea. El menor de ellos resultó herido en una pierna; pero cuando los hermanos se alejaron de allí dejaban el bohío en llamas, un peón muerto, a la muchacha herida y al padre agonizante. El vecindario oyó la precipitada carrera de las dos bestias que montaban los hijos de don Pablo; en cuanto a estos, nadie más volvió a verlos. Muchos años después llegó al sitio un hombre que dijo haberlos conocido y contó que el mayor se había dedicado a robar reses y que el otro murió peleando en el Este.

La bárbara agresión de aquellos demonios distanció a la gente del Tireo de don Pablo. La misma noche del suceso se supo éste en la casa del viejo, pero a él no le dijeron palabra hasta el otro día. Le tembló el bigote y le ardieron los ojos al oír lo que le contaban; después se levantó, dio algunos paseos lentos por la sala y al fin hizo llamar a casi todos sus peones. Cuando estuvieron reunidos dijo con voz pausada:

—Tienen dos días para buscarme a esos bandidos. Si no los pueden traer vivos, tráiganlos muertos.

Sin detenerse a pensarlo mucho, uno de los peones se adelantó.

—Para nosotros no son bandidos, don, sino sus hijos, y ni yo ni ninguno de nosotros va a hacer preso a un hijo suyo, contimás tirarle.

—¡Tienen dos días para buscarlos! —remachó don Pablo lleno de cólera.

Los peones se miraron entre sí. Otro explicó:

—Mire, don Pablo, una noche y casi un día nos llevan por delante. Ellos conocen bien los cubujones de la loma y no los vamos a encontrar, contimás que van bien montaos.

Ante ese razonamiento don Pablo pareció dudar. Miró fijamente al que había hablado, se llevó las manos a la espalda

y se puso a dar paseos. Remí temió que él mismo se lanzara a perseguir a los muchachos.

Por cuenta de ese suceso Remí no quiso seguir cortejando a una muchacha del Tireo que le gustaba y como ya estaba en edad de tener mujer, el disgusto lo desmejoraba. El viejo comprendía lo que le ocurría al hijo y un día lo llamó:

—Vístase de limpio y ensille su caballo —le ordenó.

Sin hablar y sin tratar de averiguar qué se proponía el viejo, Remí le obedeció. Tomaron el camino del Tireo y ambos iban mudos. Don Pablo no levantó la cabeza sino cuando llegaron a los primeros ranchos del lugar. A la vera del arroyo, entre amagos de selva, pardeaba un bohío. Una muchacha blanca, tierna todavía y ágil y tímida como una paloma, se metió huyendo en la casa. Don Pablo le gritó que se cambiara de ropa, entró tras ella y sin preámbulo alguno le soltó al hombre que salió a recibirlo:

—Aliste a su muchacha, que Remí está enamorado de ella y se la lleva hoy mismo.

Oyendo hablar al hombre de sus cosechas, siempre mudo y grave, don Pablo esperó el café; después salió, dijo que iba a la pulpería, donde ordenó que le despacharan dos cajas de ron en una mula, y volvió para decir a Remí que lo esperaba con la pareja en su casa. Cuando los enamorados llegaron encontraron a los peones asando dos lechones. En la enramada comieron y bebieron, alumbrados por los hachones de cuaba. Don Pablo estuvo levantado hasta muy tarde, cosa que jamás había hecho, y alguna vez se le vio sonreír, con una sonrisa torpe a la que no estaba acostumbrado.

Esa noche, sentado a su lado, estaba el todavía muchachón Felicio Rojas, que poco antes había entrado a formar fila entre los peones de don Pablo.

Una vez Felicio tuvo que ir a la loma en busca de Grano de Oro, novilla cebada que debía ser llevada al corral; pero en

el camino olvidó la orden y esa misma tarde llegó a la casa arreando a Pinto, un buey viejo que había sido echado a la sabana para que se hartara de pasto. Los peones se rieron de él y todavía hay quien diga en el lugar, a lo mejor ignorando el origen del dicho: “Cuidao si en ve de Grano de Oro trai a Pinto”.

Así de distraído era Felicio en su juventud; con el andar de los años aquel mal pareció agravarse en vez de mejorar, y al mismo tiempo aumentaba su extraña sensibilidad moral. Había muchas cosas que Felicio reputaba por mal hechas y que a otros le parecían corrientes, y había muchas que otros juzgaban decentes y él no.

—Don Pablo mata a un hombre y no lo hace por mal, sino por autoridad; pero esos muchachos suyos que se fueron dispué de lo del Tireo eran malos manque hicieran el bien —decía; y sentenciosamente agregaba:

—El hombre bueno lo merece todo; el malo lo que hace es malgastar lo que se come.

De haber sido por don Pablo el sitio no se hubiera poblado, porque él no consentía tener cerca gente que no estuviera bajo su mando. No le dolía dar tierras, repartirlas o arrendarlas, siempre que fuera a personas que reconocieran su jefatura moral y se abstuvieran de querer penetrar su intimidad.

Cierta vez llegó al lugar un hombre de las vueltas de La Vega, y como en realidad aquellos terrenos no habían sido legalmente adjudicados a nadie, se creyó autorizado a tomar su parte y empezó a tender una palizada. El viejo lo supo, montó a caballo, llamó a unos cuantos peones entre los que iba Felicio, y tumbó la palizada. Cuatro o cinco días más tarde volvió el desconocido a pararla; alguien se lo dijo a don Pablo, quien, sin decir una palabra, montó a caballo y salió hacia allá. En el camino pechó al hombre.

—Oigame, amigo —tronó—, si usted quiere sembrar o criar aquí, hágalo sin cuidado, pero si usted quiere seguir vivo, tumbe esa palizada ahora mismo.

A espaldas del papá, Remí aconsejaba lo contrario.

Los años pasaban también por aquel rincón del mundo, y el viejo iba perdiendo bríos. Un bohío hoy, otro más tarde; un rancho allá y alguno a la vera del río, entre el tupido monte de negros y copudos árboles fue apareciendo gente y en la tierra cubierta de maleza y de yerba fueron naciendo, como ligeras cicatrices, veredas que llevaban de una puerta a otra.

Llegó el día en que la férrea mano de don Pablo dejó de gobernar los destinos de aquel triángulo de tierra metido entre lomas. Seguía siendo el amo, pero sus ojos perdían luz entre los largos pelos de las cejas y los huesos de su rostro se pronunciaban cada vez más. Algunas veces se refería a la poca hombría del hijo que no daba descendencia. La nuera enfermaba mucho y se quejaba de cólicos. Uno de esos terribles dolores acabó con ella y la enterraron cerca de Merardo y de dos peones que habían muerto años atrás, en el mismo sitio donde don Pablo pidió que sepultaran a su mujer y a la negra María. Jinete en un hermoso potro negro acompañó el ataúd de su nuera, y desde su montura siguió con fría mirada la operación del enterramiento. Felicio estaba allí y siempre recordó aquel grave y silencioso instante. Oyendo el golpe de los picos que cavaban la zanja de la carretera, oía Felicio el de la tierra cayendo sobre la madera que albergaba el cuerpo de la difunta desde muchísimos años atrás. Como si el tiempo no hubiera pasado le parecía ver al viejo, callado, de mirada fija, inmóvil, y le parecía oír su voz diciendo, al emprender el camino de regreso, que ahí quería tener él su última morada. Sí, ésas habían sido sus palabras, y una vez dichas se había vuelto lentamente hacia el valle, en cuyo césped brillaba el sol. Al final, hacia el Tiro, se veían los negros penachos de

los pinos y sobre ellos el cielo radiante. Según creyó siempre Felicio, ésa fue la única vez, en lo que él recordaba, que don Pablo se detuvo a contemplar el paisaje.

Antes del año Remí tenía otra mujer, con la cual fue padre. Cuando ocurrió esto don Pablo estaba ya más que viejo. Había enflaquecido tanto que sólo le quedaba la piel sobre los huesos; con la flacura parecía haber aumentado su natural solitario y a veces se pasaba días enteros sin abrir la boca.

Al nacer el muchacho don Pablo se animó un poco. Acechaba que no hubiera gente en la casa y se acercaba silencioso a la hamaca de cuadro en que dormía el nieto y le hacía caricias en la mejilla con la punta de sus duros y temblorosos dedos. Desde recién nacido exigió que le pusieran Antonio, en recuerdo de su mujer, que se llamó María Antonia. Aquel hombre enigmático debió guardar veneración por la difunta, con quien ni siquiera se había casado, ya que en tan remotos tiempos no había habido en toda la comarca ni cura ni juez civil.

No pareció sino que don Pablo sólo esperaba la satisfacción de tener un nieto para abandonarse a las manías que le apuntaban. Agravada su naturaleza solitaria con la vejez, se disgustaba profundamente cada vez que alguien iba a verle. Llegó día en que se negó a ponerse su ropa y andaba por las cercanías de la casa vestido con un batón de tela que le daba a media pierna; cuando llegaban mujeres de visita se echaba maíz en la falda, se levantaba el ruedo de ésta hasta la altura del pecho y salía a echarles el maíz a las gallinas. Era ridículo y triste verle en tal facha, y Felicio sufría como nadie tales espectáculos, pues en tan largo tiempo a su lado había aprendido a quererle como a un padre.

Cerca de los noventa debía andar don Pablo cuando se le conoció el primer quebranto. Jamás se había quedado un día en la cama y no podía admitir que tenía que mantenerse acostado.

Comprendiendo que no tardaría en morir, los vecinos empezaron a visitar la casa. Don Pablo no tardó en darse cuenta de la realidad, y cuando adivinó que la cercanía de su muerte era causa de esas visitas pidió la ropa que había dejado de usar en los últimos tiempos y ya anochecido tomó la puerta y se fue, sin hacer caso de la nuera que se esforzaba en convencerle de que no saliera.

Cuando pasaron dos horas salieron en su busca. Una luna radiante metalizaba los matorrales y los árboles. La vecindad se erizaba de miedo, llena de aullidos de perros y mugidos de toros.

Fue Felicio quien dio con él cuando se levantaban las primeras luces del día. Yacía en el fondo de un barranco, descalabrado, con los brazos y las piernas tendidos y los ojos abiertos. El antiguo peón se ahogaba cuando le daba la noticia a Remí, y lloraba horas más tarde, al abrir la fosa que iban a profanar años después los picadores de obras públicas. Al andar del tiempo, Remí, su mujer y su hijo Antonio iban a morir a causa de la influenza, y serían enterrados cerca de don Pablo.

Al llegar a este punto el ingeniero pidió tomar agua. Nadie se movía en la sala. Con toda suavidad, como si temiera hacer ruido, el fiscal se rascaba la cabeza o limpiaba sus lentes con el pañuelo.

—A partir de ahora debo contar las cosas, no como las vimos nosotros sino como con toda seguridad las vio y las sintió Felicio. Él está aquí y hasta ahora se ha negado a hablar, pero estoy seguro de que al final declarará y repetirá mis palabras. Es un viejo respetuoso, que no miente; yo diría que espiritualmente Felicio es un hijo de don Pablo de la Mota.

Al llegar ahí el ingeniero, Felicio se puso de pie. Estaba temblando y por las mejillas le rodaban lágrimas que se secaba con el dorso de una mano. El público vio eso y se conmovió.

Parece que Felicio quiso hablar, lo cual causó expectación porque era la primera vez que iba a hacerlo; no pudo, sin embargo, y lo que hizo fue mover la cabeza de arriba abajo, aprobando lo que acababa de oír. Lentamente volvió a sentarse mientras seguía estrujándose los ojos con la mano. El ingeniero había callado y el juez y los asistentes miraban hacia Felicio.

—Yo había visto a Felicio allí, sentado sobre una tumba, oyendo el golpe de los picos y tratando de ver lo que se hacía —explicó el ingeniero.

Sí, allí estaba. No quería creer lo que veía y esperaba que a última hora se ordenaría la suspensión del trabajo. Siempre había sido él así: no se avenía a aceptar que la gente procediera mal sino cuando ya era evidente que lo había hecho. En ese momento, por ejemplo, Felicio no pensaba en que estaban abriendo la tumba, sino que pensaba en don Pablo y lo veía ante él tal como había sido antes de volverse maniático; lo veía con su estampa alta, flaca, su piel quemada, sus bigotes blancos, su mirada fría; lo veía moverse, observándolo todo y siempre tan callado. De pronto oyó voces. Felicio hizo un esfuerzo, se puso de pie y caminó. Los hombres rodeaban el hoyo y señalaban algo. Felicio quiso ver.

—¡Sigue picando, tú! —gritó alguien.

Dos peones se tiraron al hoyo mientras el resto hacía gestos de repulsión y algunos se persignaban. Con sus cansados brazos, Felicio se abrió camino y se acercó al hoyo. Lo que había en el fondo era borroso para sus ojos, y cuando empezaba a distinguir oyó una exclamación.

—¡Concho, 'tá enterito todavía! —dijo una voz.

Entonces Felicio volvió el rostro a los que le rodeaban. Sí, debía ser que habían dado con la osamenta de don Pablo. Estaba ahí, en ese lugar, y él lo sabía mejor que nadie; pero se negaba a admitir que no hubieran respetado el descanso del

difunto. Miró de nuevo hacia el hoyo; al principio todo le pareció barro revuelto con madera, pero después distinguió el esqueleto, del cual, debido a un golpe de pico, se había desprendido un brazo.

En ese momento todo se confabuló para que las cosas ocurrieran como sucedieron. Serían las once del día, más o menos, y un sol radiante iluminaba el valle. Por el camino de Tiro, que estaba al oriente, se acercaban dos hombres a caballo y uno de ellos montaba un hermoso animal negro cuya crin se batía al paso de la bestia. El grupo que rodeaba el hoyo atrajo a esos hombres y el del caballo negro se tiró de él para ver qué estaba pasando. Al mismo tiempo, a cosa de cien varas y procedente del pueblo, se acercaban a pie el sargento Felipe y el ingeniero.

Así estaban distribuidos los personajes en el momento en que los picadores dieron con la osamenta de don Pablo de la Mota. Además de todos esos detalles, hay que agregar éste. A la espalda de los trabajadores que estaban junto a Felicio, hacia la mano derecha del viejo, había un pequeño montón de herramientas, mandarrias y martillos entre ellas.

—Ahí 'tá el difunto. Usté que lo conoció, diga si es él...

Felicio se volvió hacia el que hablaba y después hacia el hoyo. Allá abajo estaba el esqueleto, grande, sucio, con el brazo izquierdo separado. Súbitamente, Felicio reculó. Ahí, dentro del pecho, sintió que algo le estallaba y al mismo tiempo se le fijó en la espalda un terror que lo ahogaba y lo mataría. La idea que tuvo fue la de que don Pablo iba a salir de la tumba, montado a caballo, más colérico que jamás lo había estado en vida y que iba a preguntarle por qué estaba allí y por qué había consentido que profanaran su último sueño.

Aquello fue tan vivamente sentido que Felicio gimió y se llevó las manos a los ojos. Asustados, los que le rodeaban quisieron sujetarle. Entonces Felicio miró en torno suyo y

vio a seis pasos del hoyo el caballo negro del recién llegado. Al dar con el animal palideció y gritó, con una voz llena de miedo:

—¡Su caballo; el caballo de don Pablo!

Sí, aquélla era la bestia en que don Pablo había estado ahí, en ese mismo sitio, mientras enterraban a la nuera, muchísimos años atrás. Violentando las manos que le sujetaban, Felicio corrió y vociferó, dirigiéndose al hoyo:

—¡Ahí 'tá su caballo, don Pablo!

Y entonces él vio a don Pablo, que apoyaba una mano en el fondo del hoyo, la derecha, porque no tenía mano izquierda; lo vio levantarse y sujetarse a la pared del hoyo.

—¡Dame la mano! —ordenó el muerto con la misma voz autoritaria de otros tiempos.

Todo sucedió tan de prisa que Felicio no comprendía por qué los demás no hacían algo para evitar lo que estaba sucediendo. Él no podía hacer nada; él estaba paralizado por el miedo, con los ojos vidriados, sudando frío en la frente.

—¡Acompáñame y toma esto! ¡Hay que matar, Felicio! ¡Monta conmigo! —dijo la voz, fría y precisa.

¿Qué le había dado aquel difunto que de pronto volvía a la vida? Ah, sí; el hueso de su brazo izquierdo. Felicio lo tomó y notó que estaba húmedo, sin duda por haber estado tanto tiempo bajo tierra.

Felicio temblaba y quería llorar. Don Pablo de la Mota se veía más viejo que cuando vivía y estaba amarillo y sucio de barro. Su aspecto era el de un hombre salido de las profundidades de una cueva. Firmemente, con su brazo a faltar, caminó y montó el caballo negro. Al poner el pie en el estribo se volvió y miró a Felicio con ojos glaciales.

—¡Tú aquí atrás! —dijo; y nada más.

Felicio corrió y montó en las ancas. Don Pablo llevaba las riendas. Felicio se dio cuenta de que el animal galopaba y oyó

gritos; volvió la cara y vio que entre los hombres que rodeaban el hoyo se producía un tumulto. De súbito él se sintió lleno de ternura por don Pablo y pegó su pecho en la espalda del difunto.

—Don Pablo, ¿se acuerda que se descalabró, la noche que se tiró por el barranco?

El muerto dijo:

—Sí; todavía tengo la marca en la frente.

Pero de pronto su voz cambió, y gritó, como cuando ordenaba atajar un toro:

—¡Ahora, Felicio!

Felicio se ladeó y vio ante el caballo al sargento Felipe que enarbolaba un revólver. El ingeniero corría hacia un matarral vecino.

—¿‘Tá loco, viejo condena? —gritó el sargento a todo pulmón.

Se le veía que estaba asustado; se había puesto pálido y resultaba grotesco pegando saltos con sus piernas torcidas.

—¡Ahora, Felicio, duro! —ordenó el difunto con voz estentórea.

El caballo pasaba velozmente junto al sargento. Felicio alzó el brazo y descargó el golpe. Él no podía pensar que aquel hueso sucio, descarnado y húmedo, pudiera ser tan fuerte. Oyó el chasquido del golpe y vio al sargento caer haciendo un círculo y manando sangre por la cabeza. Entonces sonó un disparo.

—Ay... —dijo don Pablo.

Felicio se asustó.

—¿Lo hirieron, don? —preguntó solícito.

—Sí, aquí —masculló el difunto llevándose la mano al vientre.

Pero a Felicio le resultó curioso comprobar que la mano que tocaba aquel vientre no era la de don Pablo sino la suya.

Tal vez era porque el difunto no tenía mano izquierda. Cada vez más asustado, Felicio notó que tocaba un líquido caliente y espeso.

De golpe el caballo se detuvo. Por encima de la cabeza de don Pablo, Felicio vio el cielo y observó que las lomas iban girando allá arriba, todas deslizándose, una tras otra. Dobló la frente, golpeó la silla con el rostro; luego, con todo el cuerpo, la tierra negra y feraz del valle. A su lado, temblando, espantado y sudoroso, estaba el caballo negro. La gente corrió, dividiéndose en dos grupos, uno que se precipitaba hacia el sargento y otro hacia Felicio.

—Yo mismo recogí a Felicio —explicó el ingeniero—; después noté el odio de la gente y me sentí mal. Me acusaban de ser el culpable de la tragedia, y aunque tenían razón hasta cierto punto, el que le dio a Felicio la orden de matar fue el difunto, pues aunque nadie quiera creerlo, el difunto estaba vivo. Sólo ahora lo comprendo.

Lentamente, Felicio volvió a ponerse de pie. Parecía trabado de la espalda por algún dolor. De nuevo empezó a temblar y señalaba con un brazo hacia el ingeniero.

—Sí, sí, sí —comenzó a decir, casi babeando—. El difunto ‘taba vivo y seguiré vivo mientras yo no me muera, porque naiden se muere de a verdá si queda en el mundo quien repete su memoria.

Y aquel viejo casi ciego tenía una figura y una voz tan patéticas, que a pesar de que estaba haciéndolo sin autorización, el juez le dejó hablar sin interrumpirle. El juez evocó la sombra de su padre, tan presente siempre en él, y comprendió al ingeniero y a Felicio. De todo esto surgía, sin embargo, una dificultad: él no podía condenar a un difunto, aunque estuviera vivo.

Y como no quería cavilar mucho, porque se sentía cansado, se puso de pie, sonó la campanilla y dijo:

—El juicio queda declarado suspenso para proceder a las deliberaciones.

Con sus cansados ojos, Felicio vio la sombra de la toga levantarse y alejarse.

—¿Qué habrá aquí el cura? —pensó.

Y siguió sentado, mientras el público abandonaba la sala con las caras vueltas para verle.

EL TOMO I (NARRATIVA), DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE
JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS
MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.